GAGARIN, EL PRIMER COSMONAUTA

7

1960-1969

El hombre en el espacio

Historia Gráfica del Siglo XX



ibercultura

HISTORIA GRAFICA DEL SIGLO XX

VOLUMEN VII

1960 ~ 1969

EL HOMBRE EN EL ESPACIO

EDITORIAL LABOR, S.A.

ISBN: 978-84-3352-700-4 Obra Completa
ISBN: 978-84-3352-707-3 Tomo VII

Impreso en España
www.ibercultura.net

Sumario

La cuenta del tiempo

Por CAMILO JOSE CELA

I

ENCUENTRO no poco artificial el arbitrio de probar a dividir el tiempo en módulos de duración prevista e inalterable, aduana que la historia se salta con una desconsideración y un desprecio infinitos. Siglo es noción más administrativa que eficaz, más procesalista que natural, y resulta no poco forzado el admitir que al devenir del hombre sobre la Tierra —y aun más allá de la Tierra y sus minúsculas rencillas— se le pueda querer buscar un sentido encorsetándolo en rígidos períodos que, con el isocronismo y el rigor del péndulo, todos empiezan su caminar en el primer año de cada centuria. Se cuenta por siglos, es bien cierto, pero pienso que tan sólo por comodidad y sin excesiva fe en el propósito; quizá fuera útil, no obstante, seguir por la vereda trazada y no buscarle los tres pies al gato, que es lo que estoy haciendo ahora.

Tampoco me parece razonable, sino excesiva, la duración de estos lapsos con los que se quiere acotar el calendario. En cien años caben cuatro generaciones y jamás nadie se siente prolongado en su tataranieto —o radicado en su tatarabuelo— Yo hubiera preferido el uso de otra manera de contar más dinámica y flexible, quizá de tractos más cortos y no forzosamente del mismo tamaño cada uno de ellos, porque pienso que un poco de imprecisión ayuda a discurrir mejor y a recordar con mayor aplomo y fundamento.

La historiografía positivista, apoyada en la crónica de los acontecimientos puntuales, ha visto envejecer y enrobinarse sus estructuras y su terminología, y los supuestos que un día pudieran funcionar se nos muestran hoy caducos e ineficientes. Tampoco soy el primero en suponer lo que queda dicho.

Epoca y era son conceptos que pudieran servirnos porque escapan a la rigurosa cronometría que, a mi entender, lastra a la idea de siglo y su significado, pero también son voces demasiado solemnes y grandilocuentes: época romana, era cristiana, etc. Edad es señalamiento desvirtuado por el uso vicioso que de él han hecho los historiadores, y no cabe admitir —en buen sentido— que la Edad Media nazca, a los efectos españoles, con el derrumbe del Imperio romano para morir con la toma de Granada; que la Edad Moderna llegue hasta la Revolución francesa y la declaración de los Derechos del Hombre, y que la Edad Contemporánea —la que coincide en el tiempo con el hablante— no pueda tener fin teórico, por muchos años que pudiera prolongarse e incluso aunque acabara llegando hasta el hastío.

Con no pocas reservas y con todos los rubores precisos, me atrevería a reivindicar aquí el uso de un término que funciona perfectamente en español y que tiene todas las poéticas imprecisiones y todas las metafísicas precisiones necesarias. Acabo de aludir a la voz tiempo, que en singular —y quizá también en plural— forma en locución tan eficaz como correcta (Academia, 3.ª acep. «Epoca durante la cual vive alguna persona o sucede alguna cosa. En tiempo de Trajano; en tiempo del descubrimiento de América»), pese a que comporta cierto cariz pretérito y aun añorante, al que el paso de los años, en previsible proceso semántico, pudiera descabalgar sin mayor violencia.

No creo —digo— en el tiempo estático y parcelado y preconizo una visión más elástica y cimbreante del acontecer histórico o, mejor dicho, de su contemplación y estudio y consiguiente relato científico y literario. Las señales en tiempo de Séneca o en tiempos, en plural, de Maricastaña, las tengo por más precisas, aunque también más huidizas y sutiles, que siglo I o edad remota en que, según Cervantes, hablaban las calabazas y, según el maestro Correas, los animales (hubo otra Maricastaña, lucense y coetánea del Libro de Buen Amor, que se sublevó contra el obispo), porque más mueve al mundo y más cambia la imagen y aun la visión y la concepción —la Weltanschauung de los alemanes— que de él puede tener el hombre, un suceso memorable, que la rutinaria caída de una hoja del almanaque.

Insisto en suponer que es más hermoso y adecuado, e incluso más riguroso y aleccionador, el contar la historia (contar de cuenta, cómputo, y no de cuento, narración) por hitos modificadores —y aun no más que maquilladores— de la faz del mundo, que el hacerlo por resortes, tan sólo convencionales y que quizá pudieran servirnos a los únicos y meros fines de las precauciones inmediatas.

A mayor abundamiento, la cronología —esa necesidad no siempre considerada y aprovechada con adecuación bastante— cobraría nuevas y útiles fuerzas ordenando los aconteceres en nuestra memoria. Hablar del tiempo (o de los tiempos) de la fundación de Cádiz, de la llegada de los celtas a la Península, de los Juegos Olímpicos, de la fundación de Roma, de Confucio, de Pericles, etc., sucesos todos acaecidos hace más de dos mil años, o hacerlo de Gutenberg, del des-

cubrimiento de América, de Copérnico, de Cervantes y Shakespeare, de Galileo, de Newton, de la revolución industrial, de la toma de la Bastilla, de Darwin, de la radiactividad, de Einstein, de la guerra europea, etcétera, hechos todos producidos de medio milenio a esta parte, lleva más claridad a la cabeza que la escueta mención del ordinal señalador de cada siglo.

II

Los hombres creemos siempre dos cosas del tiempo que nos ha visto nacer, del tiempo que nos ha tocado vivir: que es la cúspide y suma de todos los eventos acaecidos, buenos y malos, y que es el decantado licor y el ombligo de todas las ideas expresadas, yermas o rebosantes de lozana frescura.

El siglo XX, en Europa, empieza con la guerra del 14 y no con la muerte de la reina Victoria de Inglaterra. España pudo haber sido más precoz, pudo haber entrado en él a renglón seguido de la humillante paz de París, pero no acertó a hacerlo, prolongó sus estructuras decimonónicas hasta más allá de lo necesario y, una vez más, vio frenada su historia por las más oxidadas y gratuitas inercias.

Los hombres nos movemos condicionados por esos dos tiempos de que hablo —el del nacimiento y el de la primera asomada a la vida (los veinte años)— y no podemos substraernos a la huella con que nos marcan el alma y las carnes. De mí puedo decir que nací en el apogeo de la guerra europea, que coincidió con la época familiar de las vacas gordas, y me asomé al mundo con el siniestro chasquido de la guerra civil, que marcó la era nacional de las vacas flacas. El uso de nuestro propio tiempo personal nos ata, queramos y aunque no queramos, a un determinado entendimiento de cuanto sucede a nuestro alrededor y que, desde que el mundo es mundo y con una monotonía pasmosa y aun ejemplar, es la bullidora suma de todas las delicias y todos los denuestos imaginables y posibles. Un entendimiento catastrofista de la vida, o lo que es lo mismo, un entendimiento de la vida como una sucesión de muertes y falsas muertes atroces y grandilocuentes, podría llevarnos, a los hombres de mi tiempo, a una crónica con todos los acaeceres teñidos de luto: las dos guerras dichas y todas las demás, el bolchevismo y el fascismo en el poder, las masacres, la bomba atómica y, en voz baja, la desertización de la tierra, la putrefacción del mar, la contaminación y aun el envenenamiento del aire, la sublevación del ruido, el crimen organizado y el gratuito, la tenaza de la droga, los hombres sin trabajo, el hambre endémica y en proporciones vergozonsas, etc. El panorama es preocupante, aunque supongo que no desesperado: el hombre es bestia de mucho aguante y, pese a sus esfuerzos denodados, no dio aún —y por fortuna— con la fórmula que lo borre de la faz de la Tierra.

Del otro lado de la calamidad (y no pocas calamidades se han ensayado, por ahora sin éxito, en mis zurradas carnes mortales) también se pintan las bendiciones, los remansos adornados por el amor y la paz, y las situaciones deleitosas. De mi niñez guardo una áurea memoria olímpica; mi adolescencia la recuerdo de color verde veneno; en mi juventud fui, primero, carne de cañón y, ya en la paz, marioneta del hambre, y en mi madurez ejerzo los seis oficios del caballero: leer (Gracián decía: «Gran gusto el de leer, empleo de personas que, si no las halla, las hace»), escribir (para Cervantes, la pluma es la lengua del alma), comer («Comamos y bebamos, que mañana vendrá la muerte», dijo San Pablo a los corintios), beber («El vino alegra el corazón del hombre», se advierte en las Sagradas Escrituras), amar («Sus muchos pecados le serán perdonados porque amó mucho», dijo Cristo de la Magdalena, según San Lucas) y despreciar a los miserables (Ramón Gómez de la Serna lo preconiza: «Los miserables debían ser escupidos hasta por las fuentes»).

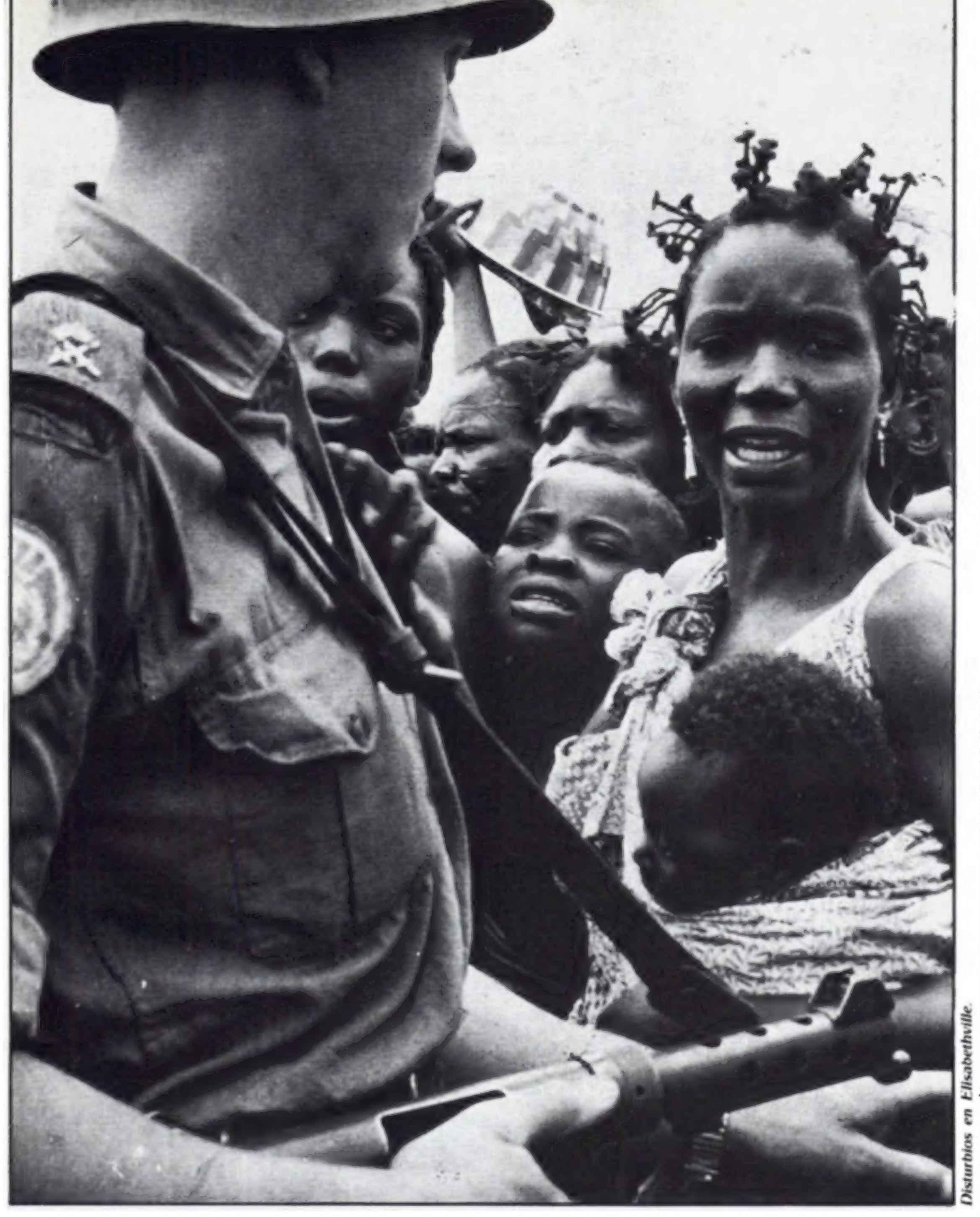
Queda dicho cuanto antecede para que nadie se sienta jamás demasiado heroicamente desgraciado. Ciñámonos a nuestras propias vidas como el gladiador a su muerte, incluso con soberbia, y dejemos que el hombre discurra por la falsilla de la cuenta del tiempo que acepta tanto como se le impone y con el mismo espíritu.

Eugenio d'Ors, el día antes de mi boda (advierto que llevo cerca de cuarenta años casado, lo que cualquier psiquiatra pudiera considerar deformante), me regaló un grabado de Sunyer en cuyo borde escribió cuatro bellos versos alejandrinos:

Que un destino, sin falla ni aplazamiento alguno,
Ejecute mañana lo que ayer prometió,
Y que tus hijos vean el siglo XXI,
Que tú tal vez no veas y yo, de cierto, no.

Estamos empezando ya a desollarle el rabo al siglo XX, y el siglo XXI, con sus evidencias y sus incertidumbres, se pinta ya en el horizonte. La historia, contémosla como la contemos, no va a interrumpir su zarabanda por mor de la nueva terminología.

Camilo José Cela



Disturbios en Elisabethville.

1960

LA INDEPENDENCIA DEL CONGO

EN el año 1885, las potencias europeas reunidas en Berlín reconocen la existencia del llamado «Estado independiente del Congo», propiedad privada de un jefe de Estado que al mismo tiempo es el rey de los belgas.

Leopoldo II cede al país, en su testamento, los derechos sobre esta parcela suya de Africa.

Bélgica, como otros países europeos, no tiene en cuenta la identidad del pueblo que acaba de colonizar y se limita a utilizar su territorio como válvula de escape para su problema demográfico y sus excedentes fabriles. Durante muchos años, miles de empresas obtuvieron beneficios de las explotaciones agrícolas y mineras de la nueva tierra, y, sin embargo, hasta 1954 no abre las puertas la universidad del Congo. Mientras, el pueblo africano empieza a despertar del sueño de la historia; aparecen movimientos independentistas y líderes que luchan por la liberación del país y del continente.

La chispa surge en 1955 cuando el rey Balduino promete a los congoleños su independencia para dentro de treinta años.





Nuevos instrumentos musicales.

Historia de una colonización

El Congo tiene todo el aroma de las viejas leyendas europeas. Una mezcla de Samarkanda y El Dorado, que hicieron las delicias de la expansión colonial del siglo XIX. En esta ocasión, El Dorado existía; pero sus precedentes están teñidos de sangre y de explotación. En el año 1482, un navegante portugués, Diego Cao, llegaba a la desembocadura del gran río Congo; pero no arribaba a un país de nadie; estaba ante uno de los reinos africanos más importantes en su pasado y en su realidad: el Congo. Son años, los subsiguientes al descubrimiento, de una extraña relación, esquizoide en cierto modo, entre el sentido religioso, misional, de los navegantes y conquistadores portugueses, y los soberanos y el pueblo del Congo, que hacen gala de una tremenda ingenuidad ante el hombre blanco: bautizos masivos, conversiones espectaculares, consagraciones episcopales de príncipes africanos. Este contacto inicial, intento frustrado de simbiosis, no durará largo tiempo; aunque siglos más tarde quizá pudiesen encontrarse ecos de esta experiencia en los intentos asimilacionistas del doctor Salazar en el Africa portuguesa. El reino del Congo, sin embargo, como otros tantos pueblos africanos, será víctima inmediata de la trata y de la esclavitud. El Africa negra será utilizada por el primer colonialismo europeo como abastecedora de mano de obra barata para los cultivos intensivos y los trabajos de extracción minera en el otro gran continente recién descubierto, América. Para el Congo, el tráfico negrero, una de las mayores infamias que pesan sobre la historia de Europa, supuso una sangría

Las pipas nativas utilizadas por los guerreros para la danza fueron calladas para siempre, y en su lugar se emplearon modernos instrumentos de viento para acompañar las marchas militares. Las formas primitivas de vida de los habitantes del Congo cambiaron radicalmente con la colonización.

Los belgas se hicieron con el corazón de Africa, y hasta allí viajaron sus ingenieros, sus soldados y sus misioneros. Hoy, cuando ya casi nadie discute los nefastos efectos de la presencia europea en Africa, conviene reconocer que los únicos que acudieron al continente negro más dispuestos a dar que a recibir fueron los religiosos, obligados a simultanear el apostolado con tareas mucho más terrenales, como la medicina o la agricultura.



Los religiosos acudieron al continente más dispuestos a dar que a recibir.

continua de sus gentes que no concluyó hasta muy avanzado el siglo XIX.

En la historia de la colonización del Congo, ya en pleno expansionismo decimonónico, coinciden dos actitudes típicas del hombre europeo de la época. Por una parte, el afán por ampliar sus conocimientos científicos a toda la superficie del globo. Es el momento estelar de las grandes exploraciones, de las sociedades geográficas que surgen por doquier, especialmente impulsadas por la iniciativa privada. Con respecto al Congo, los exploradores comenzarán el intento de llegar a su corazón, a su interior, en 1815, con la expedición del capitán Tuckey, comisionado por la Sociedad Geográfica de Londres; desde entonces se sucederán otras muchas; pero serán Livingstone y, sobre todo, Stanley, que en 1876 inicia su gran viaje de novecientos noventa y nueve días de duración, los verdaderos descubridores del Congo. La otra actitud, generalizada entre los políticos de la época, es la del puro y físico expansionismo territorial: «No hay potencia, sin colonias», se decía en el siglo XIX. Leopoldo II, rey de los belgas, ilustrará hasta extremos límites este planteamiento; su aureola romántica, en más de un aspecto, queda reducida a sus proporciones justas si se tienen en cuenta unos datos objetivos que, en definitiva, impondrán la empresa colonial: en el caso de Bélgica, a la necesidad de materias primas para sus industrias y de búsqueda de mercados para sus excedentes fabriles, se uniría un problema demográfico ya amenazador y que necesitaba urgentemente una válvula de escape.

Lo que hace realmente atractivo el tema de la colonización del Congo es su presentación y posterior realización como resultado directo de una empresa absolutamente personal. Se ha escrito de Leopoldo II que estaba dominado por la idea de construirse «un imperio personal para satisfacer su sed de creación y de poder»; y al servicio de esta idea pondrá incluso su propia fortuna particular; fundador, a su vez, de una sociedad geográfica en 1876, conseguirá la celebración en Bruselas de una conferencia internacional (Alemania, Austria-Hungría, Gran Bretaña, Francia, Italia y Rusia) que aprueba una acción destinada a «la exploración y a la civilización del Africa austral», cuyo comité ejecutivo presidirá el mismo rey Leopoldo. Dos años después, en 1878, el soberano belga conoce en París al explorador Stanley; de esta entrevista y de una admiración recíproca nacerá la expedición del año 1879. Rematando la cúpula de su empresa personal, en 1880, Leopoldo constituirá la Asociación Internacional del Congo. La colonización institucionalizada había comenzado; junto con los exploradores, pisándoles los talones, llegaron los misioneros.

De la Conferencia de Berlín al movimiento independentista

Desde noviembre de 1884 a febrero de 1885, la capital del Reich alemán será el escenario de un espectáculo insólito, ilustrador de la prepotencia europea: el reparto de todo un continente entre sus depredadores, sentados en torno a una mesa de conferencias. Es el instante histórico en que se articula jurídicamente un modelo

En 1960, durante la celebración de la mesa redonda de líderes congoleños reunida en Bruselas para decidir un acuerdo de independencia con Bélgica, Moise Tshombé hizo pública su doctrina de la descentralización del Congo, chocando así por primera vez con las tesis de Patricio Lumumba, líder indiscutible, tras esta reunión, del panafricanismo como doctrina unificadora. El joven rey Balduino había heredado, junto con el trono, una colonia que no estaba dispuesta a esperar treinta años para conseguir la independencia.



Balduino de Bélgica con un grupo de congoleños. En el centro, Lumumba.

moderno de explotación de un espacio físico y de unos recursos materiales concretos. Es también, en el aspecto que ahora consideramos, la consagración diplomática de los trabajos del rey Leopoldo. Las potencias europeas, reunidas en Berlín, reconocen la existencia del llamado «Estado Independiente del Congo», propiedad privada de su jefe de Estado, que, al mismo tiempo, es el rey de los belgas. Se trata de un supuesto específico y peculiar de unión exclusivamente personal entre el territorio y el soberano. Este fantasmal Estado independiente tendrá la misma duración que la vida física de su propietario: desde 1885 hasta 1908. Son los años, preciosos, en que se dispone la infraestructura necesaria para la explotación económica de los recursos de un territorio que se presentaban como altamente prometedores. Años antes de su muerte, Leopoldo II dispone en su última voluntad testamentaria «la intención de legar y transmitir a Bélgica todos nuestros derechos soberanos sobre el Estado Independiente del Congo». Cuando, en 1908, Leopoldo II muere sin haber pisado nunca el suelo de su propiedad, finaliza también la farsa diplomática: el Congo es, lisa y llanamente, una colonia belga. Se abre un nuevo período de dependencia que se prolongará hasta el día 30 de junio de 1960; medio siglo durante el cual Bélgica debió enfrentarse a las apetencias de otros poderes coloniales, sabiéndolos sortear. En el plano administrativo combinó un régimen paternalista, que no dejaba espacio político a los naturales del país, junto con la aparición de grandes empresas mercantiles (Unión Minera del Alto Katanga, Unilever, Forminière, etc.) que obtuvieron sustanciosos beneficios de las explotaciones agrícolas y de las mineras de estaño, cobre, diamantes, oro, cobalto y, más tarde, uranio. Prueba de esta mezcla de paternalismo militante y de capitalismo desenfrenado es que la primera universidad del Congo, la de Lovanium, no abre sus puertas hasta 1954, sólo seis años antes de la independencia.

No obstante, en el decenio de los años cincuenta de nuestra centuria, el viento de la descolonización soplaba imparablemente en todo el

Entre la destitución de Lumumba como presidente del gobierno y la toma del poder por los militares encabezados por el coronel Mobutu sólo medió una semana. El dictador, cuyo poder únicamente duró once meses, les hizo un buen servicio a los belgas y a la alta burguesía congoleña: no se conformó con destruir la legalidad vigente, sino que trató de desprestigiar a Lumumba acusándole de haber recibido dinero de la China roja.



continente africano, y Bélgica no supo estar acorde con los tiempos. En 1955, Balduino de Bélgica visitaba la colonia y pronunciaba un discurso en Leopoldville, luego confirmado por ciertos expertos belgas, en donde se prometía la independencia... para dentro de treinta años. Esta inadecuación con el tiempo histórico precipitaría los acontecimientos y actuaría de catalizador de una serie de organizaciones y de movimientos que rápidamente cristalizarían en los futuros partidos políticos: Conciencia Africana, Abako, Movimiento Nacional Congoleño y otros; al mismo tiempo, en un espacio muy breve, casi de meses, aparecerían una serie de figuras y personalidades congoleñas que, de una u otra manera, encabezarían la marcha hacia la independencia: Maluba, Ileo, Kasavubu, etc. El día 30 de junio de 1956, el grupo Conciencia Africana hace público un manifiesto, de extrema moderación, que admite el proyecto de independencia de Bruselas, a treinta años vista; pero, aquel mismo año 1956, el grupo Abako responde exigiendo actuaciones concretas y rápidas: «Ya que ha llegado la hora, es preciso concedernos la emancipación ahora mismo y no retrasarla treinta años. Nuestra paciencia se agota.»

¿Qué ha ocurrido? Africa emerge del sueño de la historia; sus congresos y encuentros se multiplican bajo la personalidad de líderes como Nkwame Nkrumah y Sekou Touré, que exigen no sólo la descolonización inmediata, sino que presentan un plan y una doctrina unificadores: el panafricanismo. Y, por otra parte, más de un dirigente político europeo, dotado de un cierto sentido de la historia y buen entendedor de la aspiración de los pueblos africanos, se muestra ante las masas continentales con un mensaje que no necesita intérpretes posteriores. El general Charles de Gaulle, presidente de la V República Francesa, lanza en Brazzaville, el 24 de agosto de 1958, un llamamiento cuyos ecos aún no se han apagado y que será tanto o más importante que el que, en circunstancias trágicas para Europa, realizase desde Londres durante la Segunda Guerra Mundial; en Brazzaville, afirma De Gaulle: «Quien quiera la independencia, podrá tomarla inmediatamente. La metrópoli no se opondrá.»

En 1958, Kasavubu, uno de los líderes congoleños de claro futuro político, reclama no sólo la inmediata convocatoria de unas elecciones generales, sino también la independencia y la salida de todos los belgas, colonos y militares del país. Es, prácticamente, una convocatoria a la insurrección general. Y, como casi siempre ocurre, por desgracia las tomas de conciencia llegan tardíamente. El 13 de enero de 1959, el rey Balduino afirma: «Hoy día, nuestra resolución consiste en conducir, sin aplazamientos funestos pero sin precipitación inconsiderada, a las poblaciones congoleñas a la independencia en la prosperidad y en la paz.» Pese a las promesas inequívocas, el lenguaje era demasiado críptico y el mensaje llegaba con notorio retraso, para las urgencias de la población del Congo.



Manifestación pro Lumumba en Leopoldville.



Patricio Lumumba llega a Bruselas.

Patricio Lumumba, que aparece en el centro de la fotografía, fundó en 1958 el Movimiento Nacional Congoleño y en diciembre de ese año, ya convertido en líder nacional, asistió a la Conferencia Panafricana de Accra. Bajo la acusación de «nacionalista», los belgas le encarcelan a su regreso, pero deben ponerle en libertad para que asista a la mesa redonda en Bruselas. Tras las elecciones, Lumumba, que publica por esa época unos sentidos versos de contenido político, obtiene la mayoría y el encargo de formar el primer gobierno del país.

El liderazgo de Lumumba y la difícil independencia

Junto a los políticos más adiestrados, procedentes de empresas públicas y de cargos de la administración, aparece Patricio Lumumba, líder del Movimiento Nacional Congoleño. Natural de la provincia de Kassai, había trabajado en el servicio de Correos y para una empresa belga cervecera. En la conferencia africanista de Accra había entrado en contacto ideológico con los caudillos africanos más importantes. A finales del decenio de los años cincuenta, Lumumba, al



Pauline Lumumba pide el cuerpo de su marido.

Pauline Lumumba encabezó una manifestación de duelo por las calles de Leopoldville pidiendo que el cuerpo de su marido, asesinado en Katanga, le fuera devuelto para que recibiera cristiana sepultura. Entonando cánticos religiosos, se despojó de todos los signos de colonialismo, cubrió con una túnica la mitad de su cuerpo, al igual que sus antepasados los bateles (tribu de la que descendían ella y su esposo), y se mostró al mundo como una auténtica africana. Por una vez, el orgullo y el dolor de la raza negra se respetaron, y Patricio Lumumba pudo ser enterrado como correspondía a un católico.

frente del Movimiento Nacional Congoleño, encabezará abundantes manifestaciones de protesta y, como muchos otros de sus compatriotas, conocerá las cárceles colonialistas. Cuando, a comienzos del año 1960, se inaugura en Bruselas la Mesa Redonda, convocada por el gobierno belga para poner en marcha la entrega de poderes, Lumumba mantendrá las tesis más avanzadas entre todos los grupos y partidos que participan en la negociación. Los resultados del encuentro, que conoció fases extremadamente tormentosas, marcan, por una parte, el abandonismo sospechosamente vertiginoso de los belgas y, por otra parte, el triunfo de las tesis lumumbistas, favorables fundamentalmente al mantenimiento de un Estado unitario, en contra de los partidarios interesados en un federalismo disgregador; finalmente, se fija la fecha del día 30 de junio para la concesión de la independencia. Las elecciones legislativas previas, celebradas en el mes de mayo, designan a Joseph Kasavubu como presidente de la república, y a Patricio Lumumba como jefe del gobierno. Cuando llega el 30 de junio, Lumumba pronuncia en Leopoldville, en presencia del rey Balduino, un desgarrador y también desafiante discurso: «De lo que fue nuestro destino durante ochenta años de régimen colonialista, nuestras heridas están muy frescas y dolorosas para que podamos expulsarlas de nuestra memoria...»

Pocas jornadas después de la proclamación de la independencia, la alegría de las primeras horas se disipa en medio de la violencia y del enfrentamiento. La chispa surgirá de entre las filas de la fuerza pública congoleña, formada por nativos y mandada por oficiales belgas, los cuales manipularán muy hábilmente los sentimientos existentes en la tropa. Existía una clara reivindicación: la africanización inmediata de todo el ejército, incluidos, lógicamente, los mandos. El 4 de julio comienza una serie de amotinamientos iniciados en Leopoldville, en el Campo Leopoldo II; de allí, el movimiento se extenderá a otros establecimientos militares. Nunca se aclaró el papel, cuando menos equívoco, que en estos sucesos desempeñó el general Jansen, responsable máximo belga de los efectivos armados. Los soldados amotinados desencadenarán una oleada de violencia contra los ciudadanos belgas, militares y colonos, sin distinción de sexo. Escenas que fueron convenientemente utilizadas por los medios informativos belgas. La precipitada acción negociadora, la apresurada entrega de poderes, había causado quizá los efectos perseguidos. Las tropas belgas, acantonadas en bases militares, salen de sus reservas e intervienen por la fuerza en lo que fue su antigua colonia, pero que ya es un Estado soberano e independiente. Todavía se desconoce quién dio la orden última de esta auténtica intervención extranjera; pero sí se sabe que fue Moise Tshombé, congoleño al servicio de la Unión Minera del Alto Katanga, con una posterior actuación política nefasta en la vida de su país y que

Los hijos del líder africano Lumumba visitan las pirámides.





Manifestación ante la embajada de Bélgica en París.

acabaría sus días trágicamente, uno de los políticos del Congo que solicitaron la intervención militar belga; en ningún caso lo hicieron Kasavubu y Lumumba, los únicos constitucionalmente capacitados para ello. Y, como una casualidad fatal, aunque en la historia nunca hay coincidencias fortuitas, casi inmediatamente, el día 11 de julio, Katanga, el feudo de la Unión Minera, proclamaba unilateralmente su independencia, en abierto reto al poder central, separándose de Leopoldville. Moise Tshombé era el que personalmente hizo pública la proclamación separatista.

La internacionalización del conflicto

El día 12 de julio de 1960, el secretario general de las Naciones Unidas, Dag Hammarksjoeld, recibía en Nueva York un telegrama, firmado por Kasavubu y por Lumumba, en el que, aparte denunciar la intervención extranjera, solicitaban la rápida ayuda militar de la ONU, afirmando: «Acusamos al gobierno belga de haber preparado minuciosamente la secesión de Katanga para conservar el predominio en nuestro país.» Al día siguiente, el 13 de julio, el Consejo de Seguridad de la ONU aprobaba una resolución en la que se pedía al gobierno de Bruselas la retirada inmediata de sus tropas del Congo, autorizando al secretario general para tomar, en consulta con el gobierno de la república del Congo, las medidas necesarias para proporcionarle asistencia militar. En las jornadas siguientes comienzan a llegar al Congo contingentes de las Naciones Unidas, formados por efectivos de Marruecos, Tunicia, Etiopía, Ghana y Liberia.

Pero ya estaba en marcha un mecanismo de efectos neocolonialistas prácticamente imparable. A comienzos de agosto, Albert Kalondji, siguiendo el modelo secesionista, proclamaba la independencia del Estado del Sur de Kassai. El Congo se encontraba seriamente amenazado del más grave peligro para su futuro: la atomización, que o bien lo devolvería a la antigua metrópoli o bien lo pondría a merced de los grandes *trusts* internacionales. Lumumba, que ha querido seguir el modelo panafricanista y no comprometido de otros líderes continentales, amenaza con solicitar la ayuda soviética. A comienzos de septiembre de 1960, gracias al esfuerzo de los «cascos azules», ya no quedaban efectivos militares belgas en el Congo. Pero el joven país debería enfrentarse a otra crisis de extrema gravedad. El día 5 de septiembre, Kasavubu destituía de sus funciones de primer ministro a Lumumba, el cual, pocas horas más tarde, declaraba que Kasavubu había dejado de ser presidente de la república. Y una semana después se produce un golpe militar, encabezado por el coronel Mobutu, jefe del Estado Mayor del

La destitución de Lumumba provocó fuertes choques entre la fuerza pública y los partidarios del líder, a quien se mantiene detenido en su residencia, aparentemente custodiado por las fuerzas de las Naciones Unidas. Se fuga y llega a Stanleyville, pero, detenido antes de que pueda ponerse en contacto con los suyos, es encarcelado y entregado para su «custodia» al secesionista Tshombé, en cuyas manos finalmente muere durante un supuesto intento de fuga. Su asesinato provocó numerosas y graves manifestaciones callejeras.

ejército. La actuación del poder civil queda suspendida y se abre una crisis que durará once meses, en el curso de los cuales no hay en el Congo un gobierno representativo.

Lumumba había quedado aislado en su residencia ministerial de Leopoldville, bajo la protección de las fuerzas de las Naciones Unidas. El 10 de octubre consigue evadirse y comienza un breve calvario, donde constatará el fracaso de su proyecto político y la falta de apoyo de sus seguidores. Lumumba vaga de un lugar a otro, intentando encender una nueva revuelta independentista, aunque ahora en defensa de una patria dividida. El 28 de noviembre es capturado por fuerzas congoleñas y trasladado primero a Leopoldville y después a Thysville. En enero de 1961 es trasladado a Elisabethville y entregado a las autoridades de Katanga; allí será asesinado por las fuerzas de Tshombé. El crimen abre una nueva crisis en la ONU, que designa una comisión de investigación que, en su informe final, afirmará que Lumumba había sido asesinado el día 17 de enero por elementos mercenarios, en presencia de funcionarios provinciales de Katanga; y que, en consecuencia, tanto Kasavubu como Tshombé tenían también un cierto grado de responsabilidad en esta muerte.

Sobre la personalidad de Lumumba corrieron en aquellos años ríos de tinta y las más diversas opiniones. Quizá podría decirse de él que fue un líder no muy provisto de recursos intelectuales, pero dotado de un fino instinto político, y que, en cierta medida, se adelantó a su tiempo. Precisamente acerca de Patricio Lumumba, escribiría Jean-Paul Sartre: «Muerto, Lumumba deja de ser una persona para convertirse en toda Africa, con su voluntad unitaria, la multiplicidad de sus regímenes sociales y políticos, sus diferencias, sus discordias, su fuerza y su impotencia; no fue, ni podía serlo, el héroe del panafricanismo, fue su mártir.»

El destino del Congo

El año 1961 había finalizado sin un poder central y con tres gobiernos enfrentados: Leopoldville, Stanleyville y Elisabethville (Katanga). En febrero de 1961, bajo el impacto del asesinato de Lumumba y con el fantasma de la balcanización del Congo, la ONU da pasos más enérgicos para solucionar la guerra civil y evitar el peligro secesionista; acción insólita en los anales de la organización internacional, que para conseguir tales fines intervendrá directamente en la política interna congoleña. Durante ocho días, del 22



Soldados congoleños intentan contener a las masas que se agolpan para conseguir cigarrillos gratuitos que el presidente Tshombé había mandado distribuir entre la población en los días en que denunció a la policía del Congo al presidente Kasavubu. Tshombé, que pertenecía a la alta burguesía congoleña, consiguió muy pocos votos en las elecciones, pero logró el puesto de presidente de su provincia. Proclamó la república e independizó a Katanga, que producía y exportaba las dos terceras partes de la riqueza del país. Apoyándose en la gendarmería y en mercenarios blancos llegó a ser designado primer ministro del Congo.

La batalla del cigarrillo.

de julio al 2 de agosto, se reúnen los parlamentarios, Senado y Congreso de Diputados en Lovanium, bajo la protección de los «cascos azules». De tan larga reunión saldrá el gobierno de Adula, en el que ocupan diez carteras otros tantos ex ministros del gabinete de Lumumba.

Pero quedaba pendiente el problema de la secesión de Katanga. Bajo la acción y la presión de las fuerzas de la ONU, los gobiernos de Adula y de Tshombé firman un precario alto el fuego; en la base estaba el Plan de Reconciliación Nacional, elaborado por la Secretaría General de la ONU. En el empeño había perdido la vida Dag Hammarksjoeld, cuyo avión que le transportaba a N'Dola (Katanga), para negociar el alto el fuego, se estrelló en la selva; las circunstancias de su trágica desaparición, harto sospechosas, tampoco fueron nunca esclarecidas. Su sucesor en la Secretaría General, el birmano U Thant, continuaría este plan, que daría sus frutos el mes de enero de 1963: la secesión de Katanga, mediante acuerdos entre los políticos congoleños, finalizaba, y el Congo recuperaba su unidad estatal y nacional. La actuación de las Naciones Unidas, en aquel tiempo, fue muy criticada por las más diversas instantáneas políticas e ideológicas. Pero es obligado reconocer que la ONU actuó en muy distintos frentes y que, en última instancia, el resultado último fue positivo; al menos en lo que respecta a lo siguiente: la retirada del ejército belga, el mantenimiento del orden público, la crisis constitucional, el fin de la guerra civil, el fin de la secesión de Katanga y la proporción de asistencia técnica.

Sin embargo, esta acción internacional no había impedido los designios políticos de la antigua metrópoli y de los consorcios industriales y financieros. En 1964, Kasavubu designaba primer ministro a Moise Tshombé; sin embargo, las rivalidades entre fuerzas políticas y poder militar, así como el nacimiento de nuevos protagonismos, seguían pesando sobre el futuro del país. En vísperas de elecciones presidenciales, tras la deposición de Tshombé, que marcharía al exilio, donde encontraría la muerte en circunstancias violentas, el ejército da un golpe de Estado y pone al frente de la república al general Joseph Mobutu. Hoy día, el Congo continúa siendo la víctima de todas sus contradicciones y permanece expoliado por sus antiguos y por sus nuevos dueños. Unicamente, ha promovido un nominal proceso de africanización: el Congo es el Zaire, y Mobutu se llama Sesé Seko. El resto, tras frustrados intentos de hegemonismo regional y junto a una contradictoria política exterior, es el fracaso absoluto de los sueños panafricanistas y revolucionarios de Patricio Lumumba.

R. M.



Louis Armstrong en el Congo.

Una estrella nació ese día en Leopoldville. Louis Armstrong es paseado a hombros de una multitud enardecida por sus canciones. «El rey del jazz» cantaba por primera vez en la tierra de sus antepasados; aquellos que creyeron ver en él a un esclavo redimido por América fueron conquistados por su voz y su trompeta. La tensa situación del Congo no impidió que tribus venidas de todos los puntos del país hermanaran sus danzas con el jazz. Louis Armstrong lloró emocionado, y con él todos los que creían en la igualdad de razas.

Bibliografía básica

BENOT, Y.: *Idéologies des indépendences africaines*, F. Maspero. París, 1969.

CORNEVIN, R.: *Histoire du Congo-Léo*, Berger-Levrault. París, 1963.

CHOMÉ, J.: *L'ascension de Mobutu. Du sergent Joseph Désiré au général Sese Seko*, Editions Complexe. Bruselas, 1974.

KI ZERBO, J.: *Historia del Africa negra*, Alianza Editorial. Madrid, 1980.

LECLERC, C.: *L'ONU et l'affaire du Congo*, Payot. París, 1964.

MERCIER, M.: *Le Congo de la colonisation belge à l'indépendence*, Maspero. París, 1962.

SARTRE, J.-P.: «La pensée politique de Patrice Lumumba», en *Situations V. Colonialisme et néo-colonialisme*, Gallimard. París, 1964.

DE VOS, P.: *Vida y muerte de Patricio Lumumba*, Ed. Era. México, 1962.



BRASILIA, EL SIMBOLO DE UNA EPOCA

EN la primavera de 1960, el presidente brasileño Juscelino Kubitschek inauguraba la ciudad más moderna del mundo: Brasilia. Era la plasmación de un sueño desmesurado, el esfuerzo orgulloso de un país joven llamado a ocupar antes del final del siglo XX un papel destacado en la escena mundial. Herederos del aventurero Fitzcarraldo, empeñado, medio siglo antes, en construir en plena selva un palacio de la ópera, el presidente y sus colaboradores seguían ilusionados día a día en la construcción de la nueva ciudad. Mientras, la sociedad brasileña, en pleno desarrollo, crecía y sacaba a la luz sus conflictos latentes.

Ramiro de Cristóbal es el autor de este artículo sobre la vida política brasileña y la inauguración de su nueva capital, Brasilia, pretendido símbolo del desarrollo del país.

El «invento» de Kubitschek

En el mes de abril de 1960, una larga caravana de automóviles llenaba las carreteras de Brasil. Venían de todas las grandes ciudades de la periferia, y su punto de encuentro estaba en el centro del país, concretamente en el Estado de Goias: Brasilia. Al frente de esa larguísima fila motorizada iba el propio presidente de Brasil, Juscelino Kubitschek, sonriente, puesto en pie sobre un descapotable. Había ambiente de fiesta y un no disimulado orgullo que llegaría al máximo cuando Kubitschek dirigió la palabra a las decenas de miles de personas que se congregaron en la nueva capital. Con voz vibrante, un poco emocionada, el presidente aludió a los logros obtenidos por Brasil en los últimos años («en cinco años hemos avanzado cincuenta») y puso por testigo de la entrada de su nación en el reducido club de los grandes precisamente a la ciudad, aún sin habitar, que tenían delante de ellos.

Brasilia: Plaza de los Tres Poderes.

Lo que los brasileños han dado en llamar «los años J. K.», es decir, los que comprenden la presidencia de Juscelino Kubitschek (entre 1955 y 1960), marcan el apogeo de la política burguesa en Brasil. Después de J. K., no tardarán en hacerse con el poder la extrema derecha y la oligarquía tradicional; antes, es una lucha por la hegemonía entre las clases medias populistas y los partidos de base proletaria revolucionarios. Kubitschek será el primer presidente claramente perteneciente a las clases medias que gobernará en su nombre y con su programa.

La propia personalidad de Kubitschek es notable. Había sido gobernador del Estado de Minas Gerais y estaba casado con una mujer rica y hermosa, que formaba parte del *gotha* nacional y salía con frecuencia en las crónicas de sociedad de la prensa. El propio Juscelino era un hombre extraordinariamente simpático y atractivo: famoso por lo bien que bailaba tangos y sambas y por sus elegantes trajes de chaqueta cruzada. Miembro del Partido Social Democrático, mantuvo una política desarrollista en lo económico que tuvo un éxito parcial, pero que, al final, no convenció a casi nadie.

Nunca se sabrá cuánto había de pragmatismo y cuánto de propia convicción en lo que hizo Kubitschek. Sabía que ninguna medida socializante a favor de los obreros industriales, ni ningún tipo de reforma agraria serían permitidos por la oligarquía latifundista ni por el ejército. Así pues, se planteó un quinquenio de desarrollo industrial, en parte con los excedentes agrícolas brasileños y en parte con empréstitos exteriores e inversiones que pudieran venir de cualquier lugar del mundo. Como colofón se «inventó» una ciudad futurista, totalmente construida en el centro del país (a 965 kilómetros de Río de Janeiro), que fuera símbolo a la vez de la unidad de todos los brasileños, de la grandeza del país y de su marcha hacia el futuro.

La era del crecimiento

Kubitschek era un simpático demagogo que mantenía relativamente quieta a la extrema derecha con la amenaza de la revolución, y a la izquierda con la amenaza del golpe militar. En una ocasión en que los estudiantes hicieron manifestaciones por la subida del transporte escolar, el presidente llamó al líder estudiantil y le

Fruto de un sueño que a veces nos recuerda los de Lope de Aguirre o Fitzcarraldo, Brasilia surgió un día de entre la selva. Corría el año de 1960 y las imágenes de sus recién estrenados edificios, sus calles solitarias y su ambiente un poco fantasmagórico recorrieron el mundo como anuncio de la potencialidad de un joven país que, sin darse cuenta, imitaba los actos fundacionales de los conquistadores españoles y portugueses de cinco siglos antes. Uno de los artífices del proyecto, el arquitecto Lúcio Costa, lo reconocía incluso en unas declaraciones: «Hemos tomado posesión de esta tierra con el gesto primario de la señal de la cruz.»



Getulio Vargas en el Estado de Minas Gerais.

La biografía de Getulio Vargas parece ideada por la mente de García Márquez o de Alejo Carpentier: diputado liberal en 1923, gobernador del Estado de Río Grande en 1928, candidato derrotado a la presidencia por Prestes en 1930, alcanza por fin el poder gracias a un golpe revolucionario. En 1934 la Asamblea Nacional le proclama presidente constitucional; tres años después, y luego de reprimir un alzamiento de comunistas y socialistas, proclama el «Estado Novo», su peculiar interpretación del nacionalismo sudamericano a la luz de las doctrinas fascistas en boga. Durante la Segunda Guerra Mundial, sin embargo, su apoyo es para los aliados: se trata de una más de las muchas contradicciones que al final acabarían provocando el golpe militar que le depone en 1945. Pero Vargas es incansable y retorna, escorado a la izquierda, como vencedor de las elecciones de 1950. Cuatro años después se suicida ante un nuevo ultimátum militar.

invitó a sentarse en su poltrona al frente del consejo de ministros, y después le dijo: «Ahora, gobierne usted. Si su huelga sigue adelante, yo me tendré que marchar y los militares estarán en el poder mañana. Si no quiere usted eso, detenga el asunto sin que la policía tenga que intervenir.»

Fueron años de grandes logros y grandes problemas, en los que desde luego nadie se acordó de la enorme magnitud de la miseria que padecía gran parte del pueblo, tanto en las zonas rurales como en la periferia de la ciudad. Todo quedaba enmascarado por las cifras de crecimiento de la gran industria: tomando como base 100 en 1946, diez años después la alimentación llegaba a 131; las químicas y farmacéuticas, a 232; el papel, carbón y corcho, a 257, y el material eléctrico, a 310.

Pero el gran juguete del señor presidente era Brasilia. Sus asesores veían cómo se le iluminaba el gesto cuando, cada atardecer, abandonaba los problemas del Estado y se enfrascaba en los planos de «su» ciudad. Había encargado el plan urbanístico a Lúcio Costa y el arquitectónico a Oscar Niemeyer; el plan era una gran ciudad dispuesta en forma de cruz con los ejes arqueados, a orillas de un gran lago artificial. Al fin, tras la larga marcha en coche descubierto, Brasilia pasaría a ser la capital de Brasil el 21 de abril de 1960.

Después del golpe militar de 1964, el ex presidente Juscelino Kubitschek fue obligado por la junta militar a presentarse periódicamente en la comisaría de su distrito, bajo una turbia acusación de malversación de fondos públicos. La humillación a que se vio sometido este hombre contradictorio y orgulloso le hizo exiliarse y murió fuera de su país años más tarde.

El reino del café

La fecha que hemos elegido —abril de 1960— marca, sin duda, un punto de inflexión. Como ya veremos, nada volvió a ser lo que había sido antes. Y, de la misma manera, tanto la época J. K. como la propia creación de Brasilia venían a ser consecuencia de una herencia histórica llena de facetas y contrastes.

Brasil se había independizado de la corona portuguesa en 1822. Y, curiosamente, fue un emperador, Pedro I, el que proclamó la independencia. Su hijo, Pedro II, emperador y republicano, gobernaría en el país durante casi todo el siglo XIX. Después daría paso, con singular elegancia, a la república, aunque mantuvo las formas históricas, dejando que el ejército, cuyos mandos eran republicanos, hiciera la revolución y expulsase del trono a la princesa Isabel.

Durante todo el siglo XIX y los treinta primeros años del actual, Brasil continuará siendo un país de estructura fundamentalmente agrícola, con exportaciones reducidas casi en su totalidad a materias primas y, a partir de 1850, con un predominio peligrosísimo de un solo producto: el café. El profesor Werneck Sodré ha demostrado que Brasil fue durante todo este período un país que necesitaba importar toda clase de productos manufacturados y que la debilidad de su sector industrial se demostraba por la escasa importancia de la entrada de maquinaria entre estas manufacturas venidas de fuera y pagadas con la venta de materias primas.

El hombre del «Estado Novo»

La crisis mundial de 1929 tuvo un enorme reflejo en el país. La caída de las exportaciones y la consiguiente restricción en las importaciones producen una enorme miseria en un pueblo ya con excesivas bolsas de pobreza. Hay conflictos sociales e intentos de golpes militares. En estas circunstancias aparece uno de los hombres claves de Brasil: Getulio Vargas.

Brasilia, el símbolo de una época

Brasilia fue un intento más voluntarista que eficaz por alterar el desarrollo desigual que prima a ciudades como Río de Janeiro, con una renta per cápita superior a los 1.000 dólares y un ambiente de vida claramente occidental, mientras en el interior la gente vive en condiciones de pobreza.

Getulio Vargas, como Juan Domingo Perón, en Argentina, es una confusa figura surgida del caos político de los años veinte y de la crisis económica de finales de esta década. En efecto, durante ese decenio habían menudeado los intentos militares *(tenentismo)* por hacerse con el poder y eliminar a una clase política a la que consideraban corrupta. No cabe duda de que la implantación del fascismo en Europa tenía mucho que ver con el tema. Curiosamente, en Brasil existió un partido fascista —los «camisas verdes» de Plinio Salgado— que tuvo una escasa implantación.

En 1930, Getulio Vargas llega al poder con un programa de reformas que intenta llevar a cabo desde el poder personal, dejando en suspenso la constitución y suprimiendo los partidos políticos después. Se trata de una dictadura populista, una especie de «bonapartismo» en el que se intenta integrar a todo el país —clases medias y populares— a través de dos motores básicos: el nacionalismo y la salida de la crisis económica.

Vargas era un hombre con carisma. Indudablemente, llevaba en su ideología muchos elementos del fascismo, pero resultó que en Sudamérica esta ideología tomaba formas muy diversas. En primer lugar, se convirtió en nacionalismo antiimperialista y mantuvo desde el principio una significativa tirantez con las potencias capitalistas. En segundo lugar, se preocupó por la situación de las masas menos favorecidas, aproximándose así más a un socialismo nacionalista y patriotero que al fascismo agresivo italiano o alemán.

Inventor del «Estado Novo», el presidente hubo de enfrentarse con la pavorosa caída internacional de los precios de las materias primas, fundamentalmente del café. Procedió, por tanto, a diversificar las materias primas de exportación y, sobre todo, a crear una industria nacional que salvara al país de la enorme brecha económica causada por la importación tanto de los artículos manufacturados de consumo como de la tecnología extranjera.

El éxito se conseguirá en parte. Cuando Vargas es expulsado en 1945 tras una sublevación militar, el país ha conseguido un nivel aceptable de industrialización, donde coexisten la antigua clase media comerciante, ubicada en las grandes ciudades de la costa —São Paulo, Río de Janeiro, Bahía, etc.—, la clase industrial nacida al calor de las exportaciones, tras la Primera Guerra Mundial, y la que se había creado durante los quince años del gobierno populista de Getulio Vargas.

Eliminado políticamente Vargas, el varguismo no murió, sino que por el contrario se popularizó más aún y fue tomando un sesgo cada vez más progresista, hasta el punto de que el proscrito partido comunista fue estableciendo alianzas con el movimiento, al menos mientras duró la dictadura militar.

Este clamor popular, materializado en el movimiento de los *marmiteiros* (como los «descamisados» peronistas), motivó la convocatoria de elecciones, que serían ganadas por el propio Vargas, que volvió de nuevo al poder, esta vez por procedimientos democráticos, en 1950.

Quizá sean los años más duros que haya pasado un político, sólo comparables a los que sufriría, tiempo después, Salvador Allende en



El presidente Vargas.



Río de Janeiro.

Chile. Vargas, que seguía siendo nacionalista y *trabalhista*, hubo de enfrentarse a la creciente presión de Estados Unidos, que veía peligrar el futuro de sus multinacionales, y también a la de la clase latifundista y, sobre todo, a la del ejército. El Parlamento era una continua caja de resonancia que llamaba al golpismo. La prensa, mayoritariamente en manos de la oligarquía, atacaba una y otra vez al presidente: sólo el gobernador de Guanabara, Carlos Lacerda, un antiguo comunista pasado a la ultraderecha, controlaba, a través de su amigo Francisco de Asís Chateaubriand, un magnate de la prensa, nada menos que 31 diarios, 5 semanarios, 20 emisoras de radio y 12 cadenas de televisión.

Juscelino Kubitscheck fue un dandy empeñado en desarrollar el indudable potencial económico de Brasil. Uno de sus grandes proyectos frustrados fue la construcción de una mancomunidad política en la cuenca del Plata con Argentina y Paraguay. Llevó, en cambio, a la práctica otro no menos fantástico: levantar en el interior del país una nueva capital, a la que se llamó Brasilia. Luego, tras renunciar a la presidencia, viajó por Europa y Estados Unidos, país donde gozaba de firmes apoyos, y cuyo presidente, el luego asesinado Kennedy, le encargó la creación de un plan socioeconómico para América latina, que se conocería como la Alianza para el Progreso.

En 1954 el golpe de Estado militar estaba a las puertas, tras una campaña de descrédito contra el presidente, llevada adelante por el grupo de Lacerda. Se pensaba que tras desacreditar al presidente ante sus masas incondicionales, eliminarle después sería mucho más fácil.

Getulio Vargas rompió este plan de la forma más dramática: suicidándose. Ese gesto valió a la democracia diez años de vida, y a la extrema derecha, la mayor derrota de su historia.

En contra de lo que se había previsto, la gente de la calle comprendió perfectamente el caso. Supo que, con todas sus contradicciones, Vargas había sido eliminado por los enemigos del pueblo, no por sus pretendidas corrupciones, sino por su sincero patriotismo y por su preocupación popular. El día del entierro, una enorme muchedumbre acompañó al féretro, profiriendo gritos contra la oligarquía y los militares golpistas. Después de eso, el golpe era imposible.



Juscelino Kubistchek en la embajada de España.

La democracia, amenazada

La primera torpeza que cometió la oposición de ultraderecha, agrupada en el partido UDN (Unión Democrática Nacional), fue poner como sucesor de Vargas a un mediocre político, llamado Joao Café Filho, que organizó un gobierno compuesto por hombres del UDN. Todo bajo la vigilancia de las fuerzas armadas, que temían, para las elecciones de 1955, un retorno de los partidarios de Vargas.

De todas formas, no hubo más remedio que convocar las elecciones en tal año, y a ellas se presentó el ya mencionado gobernador de Minas Gerais, Juscelino Kubitschek, que llevaba en la candidatura, como vicepresidente, a Joao Goulart, un joven político salido de las filas del getulismo, aunque más escorado a la izquierda. El tándem Kubitschek-Goulart ganó, como ya queda dicho, los comicios, pero tuvo que soportar un intento de golpe por parte del Club Militar, de la Cruzada Democrática y de la eterna ultraderecha civil, con Carlos Lacerda al frente. No obstante, un militar constitucionalista, el ministro de la Guerra, mariscal Lott, sofocó la sublevación y repuso en el poder a los dos políticos que el pueblo había elegido.

La política de industrialización y obras públicas que ambos hombres llevaron durante la siguiente década se ha reseñado, someramente, más arriba. Sin embargo, a fines de esos años ocurrió un hecho de auténtica trascendencia en el exterior: la victoria del castrismo en Cuba, en 1959. El rápido distanciamiento de Estados Unidos por parte de Fidel Castro suscitó la inmediata reacción de éstos para crear un «cordón sanitario» que eliminara la posibilidad de revoluciones similares en otros países de América latina. Paralelamente, muchos políticos, aun los no comunistas, sintieron la atracción de la política antiimperialista que Castro realizaba. Esto dará lugar a confusiones de todo tipo.

Para empezar, la de Janio Quadros. En las elecciones de 1955, la UDN le presentó como candidato, al no gozar Lacerda de muy buena reputación; con él iba de nuevo Joao Goulart como vicepresidente, gracias al apoyo de sus *janguistas* populares.

Quadros parece que se dejó tentar por el castrismo y el populismo, y en contra de los intereses de quien le había llevado al poder, intentó una reforma fiscal y un acercamiento a los paí-



Busto de Juscelino Kubitschek en Brasilia.

ses comunistas del Tercer Mundo para sustituir el comercio exterior que casi monopolizaba Estados Unidos. En el asunto de Cuba se negó a tomar represalias, tal como pretendían los países latinoamericanos más conservadores y el propio Estados Unidos.

Su gobierno duró solamente hasta el verano. En el mes de agosto de 1961 tendrá que dimitir, «obligado por la reacción», según sus propias palabras. El vicepresidente Joao Goulart se encontraba de viaje por la China comunista y hubo de retornar, deprisa y corriendo, para hacerse con el mando. Esta circunstancia, fruto de la casualidad, fue aprovechada por sus enemigos para demostrar su «pro comunismo».

Para todo el mundo resultaba evidente que la época de la democracia liberal estaba tocando a su fin. La llave maestra de la política de la burguesía industrial brasileña radicaba en la creación de una industria nacional y en la búsqueda de nuevos mercados exteriores. Una y otra cosa les llevaba al enfrentamiento con las grandes multinacionales, especialmente americanas. En el interior, la creciente depreciación de los intercambios internacionales, en contra de las materias primas, producía un deterioro económico que repercutía particularmente sobre las clases más pobres. Los gobiernos de centro y de izquierda moderada se veían impelidos a hacer concesiones a los sindicatos, y esto les llevaba a un enfrentamiento con el ala más radical de la oligarquía y de las fuerzas armadas.

El gobierno de Goulart duró tres años y en su gabinete figuraron personas tan prestigiosas como el economista Celso Furtado. Desde el principio es abandonado por la Administración americana. En el mes de abril de 1962, Goulart se traslada a Washington y se entrevista con el presidente Kennedy, quien le promete devolverle la visita. Esta será pospuesta una y otra vez, hasta ser aplazada *sine die* en 1963, pocos meses antes de que el presidente norteamericano sea asesinado.

El gran choque político se produciría por el proyecto de reforma agraria que Goulart deseaba que se aprobara en el Parlamento. Tras unos tensos debates que tuvieron como virulento portavoz de la derecha al inevitable Carlos Lacerda, la cámara rechaza el proyecto con los votos no sólo de la UDN, sino de parte de los representantes de los partidos en el gobierno. El presidente inicia entonces, por decreto, una mínima reforma, restringida a las tierras lindantes con las vías de comunicación.

El país se divide claramente. La Iglesia católica se muestra favorable a la ley de reforma agraria (Helder Cámara es obispo auxiliar de Río de Janeiro y, poco después, será arzobispo de Recife); también la apoyan la CGT, sindicato de mayoría izquierdista, y la Unión Nacional de

1960

Brasilia, el símbolo de una época

OSCAR NIEMEYER (Río de Janeiro, Brasil, 1907)

Personalidad excepcional, con una imaginación desbordante, la obra de Oscar Niemeyer ha dado lugar a las controversias más apasionadas. Su exuberancia barroca, su espontaneísmo de expresión han chocado a veces en una disciplina fundamentalmente racionalista como la arquitectura. Frente a las teorías funcionalistas, en pleno auge cuando inició su vida profesional, Niemeyer afirmó la fantasía, la plasticidad de los materiales nuevos, la originalidad, ya que para él «hacer arquitectura es crear belleza».

En 1934 se graduó como arquitecto en la Escuela Nacional de Bellas Artes de Río de Janeiro. Desde antes había establecido una colaboración profesional estrecha con Lúcio Costa, cuyo principal fruto fue el Ministerio de Educación y Salud. Influido decisivamente en un principio por Le Corbusier, siguió pronto una dirección personal. Su gran oportunidad le llegó en 1941 al encomendarle el alcalde de Belo Horizonte, Juscelino Kubitschek, la construcción de una serie de monumentos en el futuro barrio de Pampulha. Desde entonces le afluyeron los encargos: Banco Boa Vista (1946), en São Paulo; Centro Técnico Aeronáutico de São José dos Campos; parque de Ibirapuera, en São Paulo (1951-1954)...

La accesión de Kubitschek a la presidencia y la fundación de la nueva capital, Brasilia, fueron para él la ocasión definitiva. Niemeyer se encargó de construir la mayoría de los edificios públicos, dentro del plan general trazado por Lúcio Costa.

En 1964, razones políticas le obligan a abandonar Brasil y se instala en París. Desde entonces sus encargos se internacionalizan: proyectos para Ghana, Líbano, Israel, Argelia. En Europa destacan entre sus trabajos el edificio de las ediciones Mondadori en Milán, donde las influencias de Brasilia se funden con la tradición renacentista de Brunelleschi; el inmueble de la empresa Fata en Zurich, la sede del partido co-

munista en París, todos ellos muestra de una prodigiosa creatividad, que sin embargo a algunos les empieza a parecer urbanísticamente obsoleta.

LUCIO COSTA (Tolón, Francia, 1902)

Considerado como el padre de la moderna arquitectura brasileña, Lúcio Costa sintetiza en su obra y en sus escritos lo más profundo de este movimiento: un enfoque humanista y lírico de los problemas de nuestro tiempo, dentro de una continua relación emocional con el pasado colonial de su país.

En 1924 se gradúa en la Escuela Nacional de Bellas Artes de Río de Janeiro y entra en relación con Gregori Warchavchik, arquitecto de origen ruso que había estudiado en Roma y se había establecido en Brasil. Tras la revolución de 1930, Costa, partidario decidido de Getulio Vargas, fue nombrado director de la Escuela de Bellas Artes. Su breve paso de siete meses al frente de este establecimiento, hasta que los profesores titulares volvieron a hacerse con el control, supuso la aparición de un nuevo estado de espíritu entre los alumnos, y los partidarios de una arquitectura moderna se agruparon alrededor del joven director, despedido por haber tomado como modelo la obra de Le Corbusier. Entre ellos destacaría especialmente Oscar Niemeyer, incorporado al estudio de Costa antes de terminar la carrera.

A petición del gobierno, Lúcio Costa dirige el equipo que construyó el Ministerio de Educación y Salud en Río de Janeiro (1937-1943) y para el que Le Corbusier había sido asesor. Este edificio marcó un giro decisivo en la historia de la arquitectura brasileña. En 1939, Costa, junto con Niemeyer, se encarga de la realización del pabellón brasileño de la Feria Mundial de Nueva York. Otra de sus grandes realizaciones fue la construcción de los edificios de apartamentos del parque Guinle en Río (1948-50-54).

En 1956 su plan de urbanismo para Brasilia fue seleccionado por un jurado internacional en un concurso abierto.

Entre los últimos trabajos de Costa destaca el proyecto de un nuevo barrio en Río de Janeiro, que data de 1972.

Estudiantes. En esta tesitura se produce un incidente con algunas unidades de la marinería que se rebelan en algunas grandes ciudades, constituyéndose en soviets. Las tropas enviadas para reprimirlos confraternizan con ellos. A pesar de su escasa importancia numérica, el hecho asusta gravemente a las fuerzas armadas, que piden un castigo ejemplar para los marinos. El presidente se conforma con un simple arresto.

Inmediatamente tres Estados se rebelan: Minas Gerais, Guanabara y São Paulo. El golpe de Estado está en marcha. La prensa de Lacerda truena contra el presidente y contra su cuñado, el gobernador de Río Grande do Sul, Leonel Brizola. Al fin, Goulart, que no quiere dar lugar a una posible revolución y a la subsiguiente guerra civil, dimite y marcha al exilio. La primera felicitación al nuevo gobierno será del presidente de Estados Unidos Lyndon B. Johnson, un tejano que ha sustituido, por muerte violenta, al presidente Kennedy.

La samba de los generales

Nombres para la pequeña historia de la dictadura. Comienza el general Castelo Branco, que es sustituido por el general Costa e Silva, al que sigue el general Garrastazu Medici; vendrán luego el general Ernesto Geisel y, años más tarde, el general Figueiredo. Durante casi veinte años su política tiene continuos altibajos. La represión contra la izquierda es durísima en tiempos de los dos primeros, en los que se crea el tristemente célebre «Escuadrón de la muerte», una organización parapolicial encargada de la eliminación de líderes sindicales e intelectuales progresistas.

La clase política queda quebrantada, aunque se mantiene una ficción de Parlamento, con partidos que representan, bien a la opinión del gobierno, bien a una oposición atemorizada y domesticada. Las farsas parlamentarias van unidas a las farsas electorales, en las que son nombrados presidentes los que el poder desea. En los últimos años sesenta y primeros setenta, Brasil es un país donde la represión solapada es máxima: tanto las organizaciones internacionales de derechos humanos como las dependientes de la Iglesia católica denuncian torturas y desapariciones. Brasil compite en esta triste experiencia con Argentina, Uruguay y Chile, que también han eliminado sus respectivos regímenes democráticos y mantienen sendas dictaduras militares.

Se produce un peculiar desarrollo económico, basado en las ayudas exteriores, los bajos salarios y la desigualdad social, que muchos cronistas interesados se apresuran a bautizar con el pomposo calificativo de «milagro brasileño». No hay tal, y ya para 1973-1974 el índice de inflación, el estancamiento de la productividad y el crecimiento del paro se encargan de desmentir tan optimistas consideraciones. Existe, al parecer, un lento y tenue movimiento dentro de las fuerzas armadas a favor de una democracia de tipo controlada, tal como ponen de moda otros países del mundo.

Los políticos se van agrupando en coaliciones imposibles con vistas a una salida democrática.



Cambio de poder en Brasil.

Se trata de conseguir formaciones con cierta representatividad social y popular, pero que, al mismo tiempo, reciban el visto bueno de la junta militar.

La democracia se acerca

En estas condiciones llegan las elecciones de noviembre de 1982. El partido oficialista (PDS) recoge un considerable varapalo electoral: los cuatro partidos de la oposición obtienen casi seis millones más de votos. El principal grupo de esta oposición más o menos tolerada es el Partido del Movimiento Democrático Brasileño (PMDB), un centro-izquierda apoyado por demócratas de diversas tendencias, incluidos cristianos y también socialistas y comunistas. A su izquierda, el Partido Democrático Laborista (PDT), cuyo líder es el ya mencionado cuñado de Goulart, Leonel Brizola, ex gobernador de Río Grande do Sul, que ha obtenido el gobierno de Río de Janeiro, hoy Estado de Guanabara, con casi seis millones de habitantes, y el Partido Laborista (PT), con gran implantación en los sindicatos obreros. Por último, un confuso partido de aluvión, el Laborista Brasileño (PTB), que intenta reivindicar la tradición *trabalhista* de Getulio Vargas, sin mucho éxito. En sus filas milita un viejo conocido: el ex presidente Janio Quadros.

En opinión de muchos observadores, la derrota de la junta militar y sus aliados civiles fue clarísima, y sólo una ley electoral cuidadosamente fabricada y una favorable Constitución han conseguido que el presidente Figueiredo se mantenga por el momento en el poder. El futuro está aún por decidir.

Brasilia sigue siendo hoy un símbolo. Situada en el centro del país, irradia el poder. Desde su inauguración, con una capacidad inicial de 350.000 personas, hasta el momento, cuando se encamina hacia el millón, ha cambiado mucho. Su estructura axial, dibujada sobre el papel por los urbanistas, se ha visto alterada por los barrios «de emergencia» que han surgido en torno a la flamante capital. Cuando ha cumplido poco más de veinte años, Brasilia ha demostrado ser más una consecuencia de una etapa de optimismo histórico que la maravillosa ciudad del futuro que muchos creyeron ver. Hoy en día no es más que la gran empresa romántica de la conquista de las tierras sin habitar. Su inauguración tuvo algo de conquista de la frontera, con aquellas caravanas de coches descapotables, al frente de las cuales un atractivo y simpático presidente saludaba al futuro.

R. de C.

Bibliografía básica

FURTADO, C.: *Brasil en la encrucijada histórica,* Nova Terra. Barcelona, 1966.
MAESTRE ALFONSO, J.: *Brasil: de situación colonial a estado gendarme,* Cuadernos para el Diálogo. Madrid, 1976.
GEORGE, P.: *Panorama del mundo actual,* Ariel. Barcelona, 1980.
TOYNBEE, A. J.: *Ciudades en marcha,* Alianza. Madrid, 1973.
HALPERIN DONGHI, T.: *Historia contemporánea de América latina,* Alianza. Madrid, 1980.

En los últimos años, la imagen de Brasil se ha movido entre el clásico folklorismo de los carnavales de Río, la presencia de una dictadura militar aparentemente granítica y la eterna promesa de un brillante porvenir económico, asegurado por las riquezas naturales del país. En 1982, sin embargo, los militares en el poder han dado el primer paso hacia la normalización democrática al permitir la presencia de la mayoría de los partidos políticos en las elecciones para el gobierno de los distintos Estados. Si el proceso consiguiera desarrollarse sin nuevas alteraciones, el gigante brasileño podría haber sentado un precedente muy útil para la atormentada vida política sudamericana.



Los carnavales de Río.



El INCIDENTE DEL «U-2»

EN los primeros meses de la década de los sesenta, todo parecía indicar que las relaciones entre las dos grandes potencias, muy deterioradas a lo largo de la guerra fría, habían entrado en una etapa de más cordialidad. Incluso se esperaba con optimismo la reunión que americanos, rusos, ingleses y franceses iban a mantener en París para solucionar la crisis de Berlín. Pero todo se vino abajo en el momento en que un cohete ruso alcanzó a un objeto volante que se había infiltrado más de 2.000 kilómetros en su territorio: era un avión espía americano U-2, pilotado por el agente de la CIA Gary Powers. Tras unas declaraciones confusas sobre un aparato en misión científica, Washington tuvo que reconocer los hechos: bajo la sonrisa diplomática del deshielo, el espionaje trabajaba día y noche.

Un frenazo al deshielo

El viaje de Nikita Jruschov a Estados Unidos (septiembre de 1959) proporcionó un breve respiro en el clima de tensión que había dominado las relaciones de las dos superpotencias desde el final de la Segunda Guerra Mundial. La cumbre mantenida cara a cara entre Jruschov y Eisenhower en Camp David (Maryland) trajo consigo uno de los escasos lapsos de calma en la guerra fría. El líder soviético, que había correspondido al presidente norteamericano invitándole a visitar su país, dio un paso adelante en la normalización de relaciones al retirar su amenaza de tomar una acción unilateral en Berlín a cambio de las promesas norteamericanas de comenzar negociaciones sobre el problema alemán en una nueva cumbre entre los cuatro grandes (Estados Unidos, Francia, Gran Bretaña y la Unión Soviética), que debía celebrarse en París a mediados de mayo de 1960. Para Estados Unidos esta pausa suponía un nuevo retraso del día en que inevitablemente tendría que decidir si la cuestión de Berlín merecía una guerra total con la Unión Soviética. El «problema alemán» no llevaba camino de resolverse, fundamentalmente porque Estados Unidos no estaba dispuesto a aceptar la exigencia soviética de neutralizar y desarmar completamente a esta nación liberándola de la ocupación de las fuerzas de ambas potencias; pero, por lo menos, el «espíritu de Camp David» ofrecía los primeros indicios de esperanza y buena voluntad entre los dos adversarios.

Todo se vino abajo, sin embargo, a causa de un espectacular incidente que originaría uno de los momentos más tensos de la guerra fría. El 1 de mayo de 1960, la Unión Soviética derribaba dentro de su territorio un avión *U-2* norteamericano que volaba a gran altitud y llevaba a cabo una misión de espionaje fotográfico de las instalaciones militares rusas. El avión iba pilotado por Francis Gary Powers, un agente de la Agencia Central de Inteligencia (CIA) que, no obstante, llevaba credenciales de ser empleado civil de la firma aeronáutica Lockheed.

Jruschov aprovechó el incidente para denunciar a Estados Unidos, aunque añadió que no dudaba de las buenas intenciones y deseos de Eisenhower por la paz. En Washington, sin embargo, la reacción y la serie de explicaciones diplomáticas que se sucedieron no pudieron ser más ineptas. La Administración Eisenhower anunció que el avión sólo realizaba experimentos meteorológicos y podía haberse salido de su curso. Jruschov reveló entonces la verdadera misión del vuelo y aportó la confesión del piloto, lo que puso en sus manos una poderosa arma



El piloto americano G. Powers se declaró culpable.

Una sala abarrotada por más de 2.000 personas siguió con expectación en Moscú el juicio contra el piloto espía norteamericano Gary Powers, derribado en su avión U-2 por un misil mientras sobrevolaba el espacio aéreo ruso. El incidente supuso un frenazo para los tibios acercamientos que las dos grandes potencias habían iniciado con la visita de Jruschov a Estados Unidos: detrás de las sonrisas y de las declaraciones rebosantes de buena voluntad, la desconfianza, el espionaje y la guerra subterránea indicaban el verdadero estado de las cosas.



Jruschov presenta las pruebas.

Los norteamericanos no demostraron demasiada agilidad diplomática en el asunto del U-2, pero también hay que reconocer que les tocó jugar una partida en la que Jruschov tenía todos los triunfos en la mano. El dirigente ruso actuó con habilidad, y presentó los hechos sin mencionar nunca el que Powers siguiera con vida, por lo que Eisenhower entró al engaño acusando a los soviéticos de haber derribado un avión dedicado al estudio meteorológico. ¿Qué pensaría luego Ike al ver las fotografías de su espía, sano y salvo, en Moscú?

propagandística, provocó el fracaso de la cumbre cuatripartita de París y canceló la invitación cursada al presidente Eisenhower para visitar la Unión Soviética.

Espías con alas

Desde 1956, Estados Unidos había estado espiando el territorio soviético por medio de los *U-2*, un prototipo de avión ligero, que no llevaba armas y era capaz de volar a altitudes de 24.000 metros, equipado con un sofisticado equipo que le permitía tomar fotografías de los centros vitales soviéticos, así como detectar cualquier señal de radiactividad que evidenciase la realización de pruebas nucleares secretas. Moscú, que había tenido noticias desde el principio de los aviones espías norteamericanos, no pudo poner a punto hasta 1960 cohetes capaces de alcanzar las alturas a que volaban los *U-2*. Oficialmente estos aviones llevaban a cabo estudios meteorológicos para la NASA —la Agencia Nacional de la Aeronáutica y del Espacio—, que disponía de 10 aparatos.

El 1 de mayo de 1960, el *U-2* que pilotaba Francis Gary Powers partió de la base de Incirlik, cerca de la localidad turca de Adana, y se dirigió hacia territorio soviético. Powers debía sobrevolar los Urales hasta Murmansk, en la península de Kola, para aterrizar después en Noruega. Llevaba una aguja impregnada en veneno con la que podía darse muerte en caso de ser capturado. Cuando había penetrado 2.000 kilómetros en territorio soviético y sobrevolaba la localidad de Sverdlovsk, Powers fue alcanzado por los cohetes rusos y saltó en paracaídas, mientras su avión se estrellaba a corta distancia. El piloto y el equipo fotográfico fueron capturados. Cuatro días después, Jruschov se presentó ante el Soviet Supremo de la URSS y anunció lo sucedido. El líder soviético afirmó que llevaría el asunto ante el Consejo de Seguridad de la ONU, pero no añadió mayores detalles. Las comunicaciones diplomáticas entre Moscú y Washington se sucedieron a toda velocidad.

El U-2 era un avión ideado para el estudio meteorológico, que la CIA preparaba en una base de Nevada con los más sofisticados sistemas de espionaje. Sus ventajas eran obvias: volaba tan alto que ningún cohete era capaz de alcanzarle. Gary Powers salió de una base norteamericana en Turquía, convencido de la seguridad de su aparato, hasta que un fuerte impacto en el fuselaje le demostró en pocos segundos los avances rusos en el campo de los misiles. Sólo le quedaba el suicidio, según las instrucciones recibidas, pero Powers no se envenenó y cayó en paracaídas sobre el suelo soviético. Para Jruschov era un auténtico regalo venido del cielo.



Los restos del U-2 son presentados a la prensa del mundo.

La Casa Blanca manejó el embarazoso incidente con manifiesta ineptitud. Un portavoz del Departamento norteamericano de Estado hizo algo peor que mantener el silencio oficial: ofreció una versión falseada de los hechos. La NASA —dijo— nos ha informado de la caída de un avión *U-2* que «accidentalmente violó el espacio aéreo soviético; un fallo en el suministro de oxígeno provocó la pérdida de conciencia del piloto». Horas después, Estados Unidos volvía a negar oficialmente que el avión hubiera violado deliberadamente el espacio aéreo soviético. «Sería monstruoso pensar que Estados Unidos está ocultando al mundo el propósito real del vuelo», dijo el portavoz oficial.

Washington picó el anzuelo

Con esta salida en falso, Washington puso en las manos de Jruschov el arma que el líder soviético estaba buscando. El 7 de mayo, el *premier* del Kremlin dijo ante el Soviet Supremo: «Camaradas, tengo que comunicarles un secreto. Cuando hice mi primer informe omití deliberadamente decir que el piloto estaba vivo y que teníamos los restos del aparato. Lo hice con objeto de ver si los americanos inventaban otra versión.» La Administración Eisenhower respondió, por fin, a las afirmaciones de Jruschov con una declaración diplomática sin precedentes, en la que admitía que había enviado al piloto Powers en misión de espionaje con el propósito de obtener información de los secretos militares de la URSS. «El presidente —dijo el secretario de Estado Christian Herter—, desde el comienzo de su Administración, ha implementado las directrices necesarias para reunir por todos los medios posibles la información necesaria destinada a proteger a Estados Unidos y al mundo libre contra un ataque por sorpresa y a permitirles hacer preparativos efectivos para su defensa. Bajo estas directrices se han ejecutado varios programas que han incluido una extensa vigilancia aérea por medio de aviones civiles desarmados, normalmente desde la periferia, pero en ocasiones penetrando en el territorio de la Unión Soviética.»

Moscú interpretó esta declaración como una clara muestra de la intención de Estados Unidos de continuar enviando más aviones *U-2* a la URSS en misiones de espionaje aéreo. Jruschov, que había utilizado el incidente con fines propagandísticos tras lograr del piloto Powers una confesión completa de culpabilidad, y que había mostrado a la prensa los restos del avión e, incluso, la aguja envenenada que llevaba el piloto, quiso forzar una disculpa oficial por parte de Washington, además de la promesa de que tales vuelos no se llevarían a cabo en el futuro, y la condena y castigo de los responsables directos del incidente.

Sólo faltaba una semana para la celebración en París de la cumbre de jefes de Estado y gobierno de los aliados y de la URSS. Eisenhower, De Gaulle, MacMillan y el mismo Jruschov tenían previsto reunirse en la capital francesa el 16 de mayo para discutir la tensa situación de Alemania y de Berlín. El 9 de mayo, Moscú protestó oficialmente ante el Departamento norteamericano de Estado por la posición que habían adoptado ante el incidente del *U-2*. Washington volvió a rechazar las protestas soviéticas. El presidente Eisenhower hizo entonces una nueva declaración, asegurando que los vuelos del *U-2* habían sido suspendidos tras el incidente y que no volverían a realizarse, pero Jruschov no lo

Gary Powers, con una sonrisa forzada de «acusado complaciente» dispuesto a declararse culpable, presenta una maqueta del avión U-2 ante el tribunal de la Unión Soviética. Nunca sabremos por qué arte de magia un agente de la CIA como Powers, con instrucciones para tales casos, con una aguja impregnada en veneno casi fulminante, se decidió a hacer una confesión completa sobre su misión, comprometiendo a Estados Unidos ante la opinión mundial.



Francis Gary Powers muestra una maqueta del U-2

Barbara Powers llega a París, procedente de Moscú, después de asistir al juicio en el que su marido sería condenado a diez años de cárcel. En sus primeras declaraciones a la prensa dijo que su esposo no le había contado nada sobre las circunstancias en las que su avión había sido derribado, pero que su estado de ánimo era bueno. Gary Powers no llegó a cumplir su sentencia: dos años más tarde, el 10 de febrero de 1962, fue canjeado en Berlín por el jefe del espionaje soviético Rudolf Ivanovic Abel.



Barbara Powers con la prensa.

consideró suficiente. La Unión Soviética quería que el espionaje aéreo de Estados Unidos fuera denunciado como un acto de agresión, no sólo para desacreditar a Washington ante la opinión pública mundial, sino para que varios países fronterizos con la URSS rechazaran las bases norteamericanas en su territorio. El 13 de mayo, Moscú enviaba notas de protesta a Turquía, Pakistán y Noruega por poner su territorio a disposición norteamericana como base de las actividades de espionaje.

Powers, en el banquillo

La víspera de la apertura de la conferencia de París, Jruschov expresó sus condiciones para permitir que se llevase a cabo con éxito, pero la cumbre naufragó definitivamente un día después de su inicio. El líder soviético solicitó que se reanudara ocho meses más tarde, en una clara maniobra para descalificar como interlocutor al presidente Eisenhower, quien a principios de 1961 sería sucedido por John F. Kennedy.

Tras el colapso de la cumbre de París, el gobierno soviético solicitó una sesión especial del Consejo de Seguridad de la ONU con el fin de que el vuelo del *U-2* fuese declarado como «acto de agresión». Sin embargo, después de un largo debate que duró cinco días, la petición de Moscú fue rechazada por siete votos contra dos.

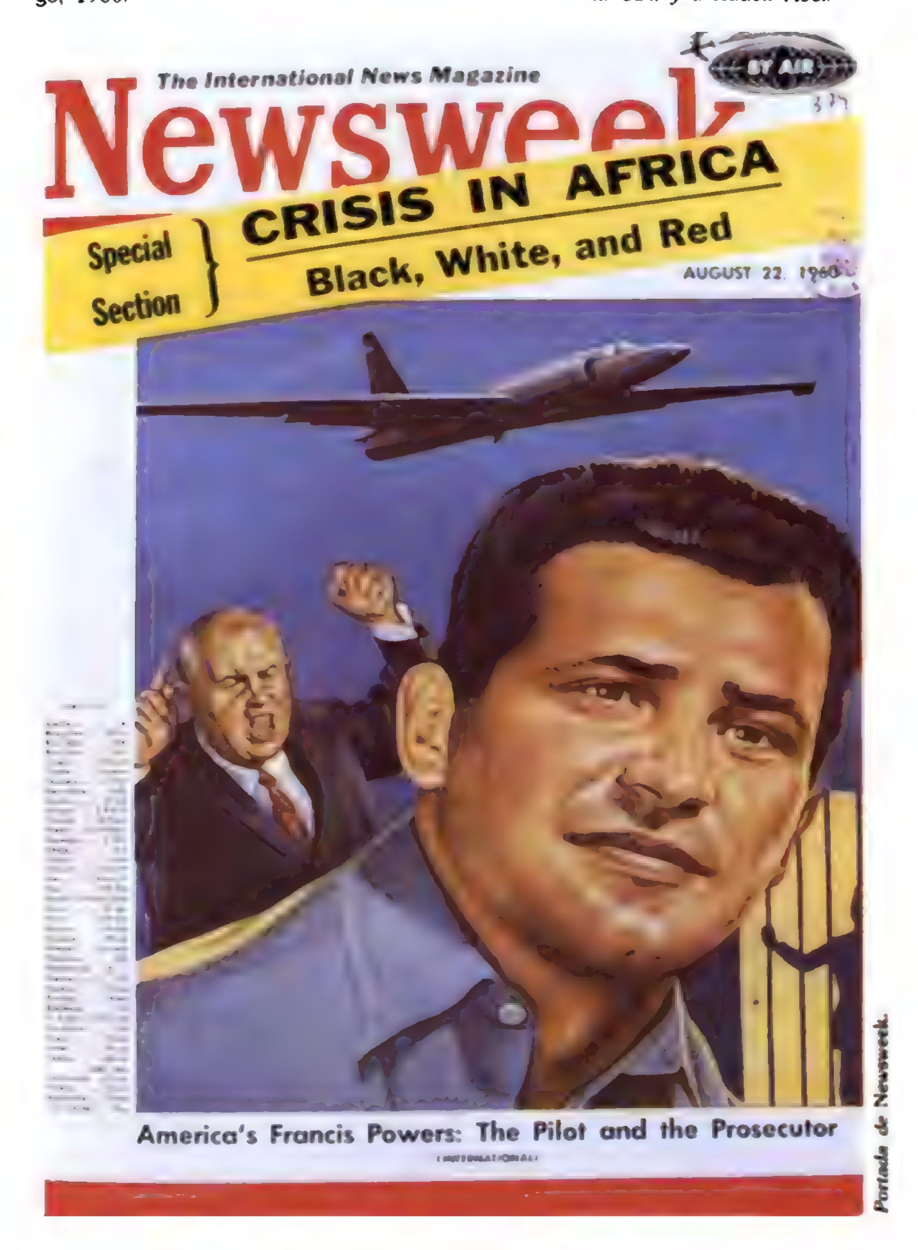
Francis Gary Powers corrió mejor suerte de lo que cabía esperar. Fue juzgado en Moscú, bajo la acusación de espionaje, en agosto del mismo año por la sección militar del Tribunal Supremo soviético. El juicio se celebró en una amplia sala ante más de 2.000 personas, y Jruschov no desaprovechó la ocasión para seguir su campaña acusatoria contra Estados Unidos en todos los tonos. Los padres y la esposa de Powers asistieron al juicio, y el padre hizo un emotivo llamamiento a Jruschov durante la causa: «Apelo a usted de padre a padre, por el bien de mi hijo. Sé que ha perdido a su hijo en la guerra contra la Alemania nazi, luchando junto a Estados Unidos.» El Kremlin invitó a la prensa extranjera y permitió que el juicio fuera televisado. Cuatro horas y media después de retirarse el tribunal fue leída la sentencia. La voluntad de Powers de no ocultar datos le proporcionó una sentencia más suave de lo esperado: diez años de cárcel. Sólo llegó a cumplir dos años de condena, ya que después sería canjeado por el maestro de los espías soviéticos, el coronel Rudolf Abel, y devuelto a Estados Unidos. Washington continuó adelante con sus actividades de espionaje, esta vez con aviones de reconocimiento *RB-47*, uno de los cuales fue abatido en julio de 1960 sobre el mar de Barentz, en el círculo polar Artico, al norte de la península de Kola. Los dos tripulantes del aparato también fueron capturados por la URSS.

M. H.

Bibliografía básica

BOWN, C., y MOONEY, P. J.: *De la guerra fría a la détente*, Heinemann Educational Books. Londres, 1976.
WRIGHT, Q.: *Aspectos legales del incidente del «U-2»*, Revista Americana de Derecho Internacional. Madrid, 1960.
SPANIER, J.: *Política exterior americana desde la Segunda Guerra Mundial*, Praeger Publishers. Nueva York, 1960.
Documentos de los sucesos del «U-2» y de la cumbre de París, Comité de Relaciones Exteriores del Senado de Estados Unidos. Washington, 1960.
El juicio del «U-2», Translation World Publishers. Chicago, 1960.

Pocos meses después del intercambio de espías, el New York Times *hizo este comentario sobre el canje: «Los rusos han hecho un negocio.» Para el diario norteamericano, aunque Estados Unidos había obtenido la libertad de Frederic L. Pryor —estudiante de Yale y agente de la CIA arrestado en Berlín Este—, además de la de Gary Powers, la ventaja había sido claramente soviética. Nunca se pudo poner en la misma balanza a Francis G. Powers, que volvió a su patria lamentándose ante la prensa sobre un montón de cuestiones embarazosas para la CIA. y a Rudolf Abel.*



Portada de Newsweek.

1960

EL TERREMOTO DE AGADIR

DOCE segundos, sólo doce dramáticos segundos, hicieron falta para que, en la noche del 29 de febrero de 1960, un terremoto arrasara la ciudad costera marroquí de Agadir. La tierra descendió un metro y luego volvió a levantarse, y esa flexión geológica enterró entre escombros a más de 15.000 personas. No fue éste, sin embargo, el único azote que conoció la ciudad: mientras los barrios más viejos ardían, una gigantesca ola penetró 300 metros en tierra firme y lo arrasó todo.

Angel Santa Cruz, autor del artículo, es periodista y subjefe de la sección internacional del diario El País.

Cadáveres cubiertos con mantas en las ruinas de Agadir.



Doce segundos de una noche

Pudieron ser 15.000, 18.000, 20.000 las personas que perecieron sepultadas. Pero la verdad no se supo entonces y ya no se sabrá nunca. Nadie que no conozca los acontecimientos puede suponer hoy que la ciudad marroquí de Agadir, ese centro turístico y dorado recostado a orillas del Atlántico, frente a las islas Canarias, fue prácticamente borrada del mapa, la noche del 29 de febrero de 1960, por uno de los terremotos más devastadores de que se tiene noticia en este siglo.

Fueron sólo doce segundos, y los expertos aseguran que de los doce sólo dos fueron auténticamente «críticos», los suficientes para destruir una ciudad de 45.000 habitantes.

A las doce menos cuarto de la noche, horas después de otro movimiento sísmico que apenas había sido percibido por los habitantes de Agadir, la tierra se conmovió de manera definitiva.

Después de sus trabajos, los estudiosos del seísmo concluyeron que el suelo que sostenía a la próspera ciudad balnearia sufrió un «tirón» hacia abajo de poco más de un metro y regresó en fracciones de segundo a su posición original. La contracción derribó el 70 por 100 de los edificios de Agadir y enterró a muchos miles de sus vecinos entre las ruinas de sus propias casas.

Muchos supervivientes se evacuaron por sí mismos, en barco o a pie, la madrugada siguiente al seísmo, sin que nadie sepa dónde fueron. Otros acamparon a varios kilómetros de la ciudad-cementerio y salieron de la zona a través de los ininterrumpidos puentes aéreos puestos a punto por la solidaridad internacional. La nómina exacta de desaparecidos es imposible de establecer veintitrés años más tarde.

El mar se mueve

Desde el océano Atlántico, una gigantesca ola provocada por la fractura terrestre penetró casi 300 metros tierra adentro. A medianoche del aciago día, la ciudad que en 1911 fuera escenario de una crisis política que estuvo a punto de precipitar la Primera Guerra Mundial se vio simultáneamente a oscuras, inundada e incendiada por el seísmo.

Ese día, por la mañana, los turistas habían hecho su apacible vida habitual. Los trabajadores musulmanes de la Kasbah y del barrio de

El primer flash anunciando la catástrofe apareció en los teletipos el 29 de febrero, a las seis veinticinco de la mañana: «Un violento temblor de tierra ha tenido lugar a la una de la madrugada en Agadir. Una parte de la zona europea de la ciudad ha quedado totalmente destruida. Las comunicaciones con la población están cortadas.» Durante toda la jornada reinó la incertidumbre. En un principio se hablaba de centenares de muertos, después se anunciaron 2.000 y más tarde 4.000; nunca se ha podido precisar exactamente el número de víctimas que entre heridos, muertos y desaparecidos había producido el terremoto, pero se sabe que la cifra está situada por encima de los 15.000.



Nadie quería abandonar los pocos bienes ganados a los escombros.

Talborjt, a los pies de la colina, habían acudido como de costumbre a las minas, el puerto o las fábricas de conservas. Los comerciantes judíos habían abierto las puertas de sus tiendas y de sus oficinas de transporte.

Horas después, en la Kasbah, la ciudad vieja, se derrumbaron el 98 por 100 de los edificios. Talborjt desapareció en sus tres cuartas partes. La mayoría de sus 2.200 habitantes judíos murieron en segundos. La ruina no fue tan absoluta en la ciudad nueva, poblada mayoritariamente por europeos, a pesar de lo cual buena parte de los 6.000 extranjeros censados perecieron a consecuencia del terremoto. En la zona europea resistieron algunas casas y hoteles, y hubo turistas que pudieron abandonarlos por su propio pie.

El perfil del fondo marino varió dramáticamente junto a la ciudad, hasta el punto de que los barcos enviados para socorrer a las víctimas hubieron de fondear mar adentro y sólo un lanchón de desembarco, precisamente español, pudo hacer los acarreos de ida y vuelta con las ropas, alimentos y medicinas que la ayuda in-

Los efectos de un terremoto pueden variar considerablemente en función de diversos factores, unos bien definidos: la naturaleza y resistencia del subsuelo, el tipo de construcciones, densidad media de la población, y otros fortuitos: la hora en que se producen o las costumbres de sus habitantes. En Agadir, la sacudida más violenta coincidió con la hora de salida de los cines y espectáculos, y además en el tercer día del Ramadán, cuando los musulmanes se reúnen en familia, tras la jornada de ayuno, y se regalan pasteles de miel.

Los terremotos que han dejado más profunda huella en la historia son los que han provocado las pérdidas más considerables de vidas humanas. Siguiendo este parámetro, el más grave de los sufridos hasta el momento fue el de China en 1556, con 800.000 muertos.
A lo largo del siglo XX, la zona más castigada por los movimientos sísmicos fue la costa del continente asiático entre China y Japón, seguida por todo el litoral del continente americano en el océano Pacífico.

Marinos y militares de la base aeronaval de Agadir participaron en las labores de rescate.

ternacional volcó sobre la ciudad siniestrada.

Las primeras mediciones fiables después del terremoto mostraron que la pendiente marina que bajaba suavemente desde el nivel de la playa hasta los 1.000 metros de profundidad se había visto superpuesta por una «cordillera» de nueva formación, causante de que hubiera cinco metros de profundidad donde antes existían 200 y algo más de 15 donde el día 28 de febrero se medían 1.000...

Unas horas en el infierno

La noche del 29 de febrero, las ratas y los chacales se hicieron dueños de una ciudad fantasmal, de cuyos escombros salían gritos de socorro, progresivamente débiles, en media docena de idiomas. A lo largo de los días e incluso semanas sucesivas irían apareciendo «muertos vivientes», rescatados, o salidos de entre las ruinas por su propio pie, a los que la suerte o la casualidad permitió sobrevivir contra toda esperanza. Las narraciones del momento sobre sus experiencias escapan a toda valoración.

Las ruinas de Agadir fueron fumigadas durante días enteros, desde tierra y aire, con espesas capas de desinfectante. Un ejército de hombres tapados con mascarillas se dedicó a hacer surcos, con tractores y palas excavadoras (60 centímetros de profundidad, tres metros de anchura y 30 de longitud), para enterrar por centenares los cadáveres recuperados. Fueron exterminados todos los perros y gatos de la ciudad, y se pensó en arrasarla con *napalm* hasta no dejar piedra sobre piedra, pero prevaleció la voluntad de reconstruirla del rey Mohamed V.

Los centenares de fosas comunes fueron recubiertos con cal para evitar el peligro de epidemia, que aumentaba por el hecho de que la tradición quiere que los musulmanes sean sepultados lo más cerca posible de la superficie.

El lado español de la tragedia

Agadir fue, como casi todas las tragedias similares, un ejercicio de solidaridad internacional, aunque en un primer momento la ayuda llegara fundamentalmente de una base aeronaval francesa, situada a ocho kilómetros al norte de la ciudad. Esta, en los días sucesivos, se convirtió en el cuartel general de las operaciones de socorro, en las que participaron, además, norteamericanos, ingleses y alemanes.

El lado español de la catástrofe tuvo sus dos vertientes. Por una parte, el pesado fardo de la baja de un 70 por 100 de la colonia española, cifrada en 1.200 personas, entre muertos y desaparecidos. Por otro, el del gran esfuerzo hecho por la armada y el ejército del Aire, que desde sus bases en Canarias y Madrid contribuyeron de forma destacada a las tareas de rescate. El ala de Transporte de Getafe y la fragata *Magallanes,* zarpada desde Canarias, tuvieron a su cargo fundamentalmente las tareas de ayuda inmediata.

Las noticias «sociales» de la época aseguran que el rey Mohamed V dispuso de una buena parte de su fortuna personal para iniciar la reconstrucción de Agadir, mientras que el príncipe heredero Muley Hassán, hoy Hassán II, dirigía desde un centro de operaciones situado a 15 kilómetros de Agadir, Iznegan, las tareas de coordinación. Pero quizás el epitafio de la ciudad-sepultura fue pronunciado por el propietario francés de un pequeño café: «Eramos una pacífica unión de musulmanes y cristianos, árabes y europeos. Esta era una ciudad próspera... En el nombre de Dios, ¿qué se supone que hicimos mal?»

A. S. C.

El 5 de marzo, por la noche, el príncipe heredero Muley Hassán, que seguía las labores de salvamento desde un campamento situado a algunos kilómetros de la ciudad, vino a tomar contacto con los diversos equipos que trabajaban en las ruinas. El elevado número de víctimas, la falta de medios y las altas temperaturas añadían dificultades a su ardua labor. Tifus, peste y cólera comenzaron a ser una amenaza no sólo para Agadir, sino también para toda la región. Hassán se vio entonces obligado a tomar una doble decisión: parar los trabajos de descombro y bloquear todas las salidas de la ciudad por un cordón sanitario.



Un niño musulmán herido recibe los primeros cuidados.

CRONOLOGIA

Política internacional

Durante el año se declararán independientes 17 países africanos.
La Cámara de Representantes norteamericana aprueba la creación de árbitros federales encargados de proteger los derechos de voto de los negros del Sur.
En la Conferencia Panafricana de Accra se toman resoluciones sobre la situación de Argelia, la política racial en África del Sur y las explosiones atómicas francesas en el Sáhara.
Leónidas Breznev es nombrado presidente del Estado soviético.
El avión norteamericano U-2 pilotado por el capitán Francis Gary Powers es derribado en territorio soviético. Estados Unidos justifica los vuelos de reconocimiento como medida defensiva.
Fracasa la reunión entre Jruschov, Eisenhower, MacMillan y De Gaulle, celebrada en París.
Patricio Lumumba, primer ministro congoleño, forma su gobierno el 30 de junio, día de la independencia del país. Joseph Kasavubu es nombrado presidente.
Debido a los graves disturbios producidos en Katanga a raíz de su independencia, el gobierno congoleño pide ayuda a Estados Unidos y asistencia a los «cascos azules» de la ONU. Moise Tshombé es nombrado presidente de esta rica provincia.
Héctor Bienvenida Trujillo dimite como presidente de la República Dominicana y es sustituido por Joaquín Balaguer.
John Fitzgerald Kennedy, del partido demócrata, es elegido presidente de Estados Unidos. Lyndon B. Johnson será el vicepresidente.
Proclamación de la independencia de Chipre. El arzobispo Makarios, presidente de la nación.
La publicación del «Manifiesto de los 121», sobre los derechos de insumisión en Argelia, provoca una gran manifestación de viejos combatientes en el Arco del Triunfo de París.
Leopoldo Senghor es elegido presidente de Senegal.



Jean-Paul Sartre durante los ensayos de sus obras.



Sociedad

Se celebra en Roma el primer sínodo después de seis siglos.
Boda entre Balduino de Bélgica y Fabiola de Mora y Aragón.
Congreso Eucarístico Internacional en Munich.
Huelga general de los sindicatos socialistas belgas, como protesta por la ley de austeridad impuesta tras las pérdidas financieras en el Congo.

Economía

Fidel Castro confisca las empresas norteamericanas, así como las refinerías de petróleo. Como represalia, el Congreso norteamericano autoriza la reducción en un 95 por 100 de la compra de azúcar a Cuba.
Tras la visita a Cuba del ministro de Comercio soviético Mikoyan, la URSS concede créditos a aquel país y le asegura la compra de azúcar.
Se crea el Mercado Común Centroamericano, entre Argentina, Brasil, Chile, México, Paraguay, Perú y Uruguay.
En la República Democrática Alemana se colectiviza la agricultura.
Falta mano de obra en Alemania federal. Comienza la emigración hacia aquel país.

Ciencia y tecnología

La administración americana de la salud aprueba el uso de la «píldora», primer anticonceptivo oral.
En Birmingham (Gran Bretaña), un grupo de cirujanos crea el primer marcapasos cardiaco.
Empieza en Estados Unidos la aplicación práctica de los rayos láser.
Es instalado en Bilbao un reactor nuclear.



Manuel Millares: Omúnculo (1960).

Se consigue la síntesis completa de la clorofila.
Botadura del Enterprise, *primer protaaviones norteamericano impulsado por energía atómica.*
Muere el doctor Marañón.

Sucesos

Hussein de Jordania sale indemne de un atentado en el que mueren el primer ministro y altos funcionarios de su gobierno.
Adolf Eichmann, ex coronel de las SS, es secuestrado en Argentina y trasladado a Israel.
El 2 de mayo, Caryl Chessman, después de varios aplazamientos a última hora por apelaciones, es ejecutado en la cámara de gas en Estados Unidos.
Gran terremoto en Agadir, con más de 15.000 muertos. La ciudad queda destruida.
Secuestro en Francia del niño de cuatro años Eric Peugeot.

Deportes

Se celebran los Juegos Olímpicos en Roma. Destacan como figuras el alemán Arnim Hary, al cubrir los 100 metros lisos en diez segundos dos décimas, y el etíope Abebe Bikila en el maratón.
Muere el ciclista Fausto Coppi, víctima de un virus que le atacó durante su estancia en Africa.
El investigador francés Auguste Piccard se sumerge hasta 10.916 metros bajo el mar.

Literatura

Saint John Perse: premio Nobel.
Jean-Paul Sartre: Crítica de la razón dialéctica.
Lawrence Durrell: Clea.
Octavio Paz: Libertad bajo palabra.
Claude Simon: Los caminos de Flandes.
Mueren Albert Camus, Boris Pasternak y Vicky Baum.

Cine

René Clément: A pleno sol.
Jean-Luc Godard: Al final de la escapada.
Michelangelo Antonioni: La aventura.
Luchino Visconti: Rocco y sus hermanos.
Alfred Hitchcock: Psicosis.
Muere Clark Gable.
Oscars de Hollywood a Burt Lancaster por su interpretación en El fuego y la palabra *y a Elizabeth Taylor por* Una mujer marcada.

Teatro

Robert Bolt: Un hombre de cualquier época.

Música

Hans Werner Henze: El príncipe de Homburg.

Pintura y escultura

Exposición retrospectiva de las obras de Picasso en la Tate Gallery de Londres.
Antonio Tapies: 4-D.
Eduardo Chillida: Abesti gogora.

Arquitectura

Jean Tschumi: Sede de Nestlé *en Vevey (Suiza).*



Boda de Balduino y Fabiola. (Foto Gyenes.)

1960


BULLEN MIT DEM

1961



El «muro de la verguenza».

EL MURO DE BERLIN



BERLÍN era desde hacía una década el epicentro de la guerra fría que enfrentaba al Este y al Oeste, y, al mismo tiempo, el «escaparate de Occidente», de la sociedad de bienestar y consumo con la que soñaban millones de personas de la Alemania comunista.

El Berlín libre se había convertido a lo largo de la década de los cincuenta en una isla de prosperidad rodeada de una población que no lograba levantar cabeza tras la contienda mundial, sometida a un severo régimen comunista y tutelada por la Unión Soviética. Primero, la opulenta América, que había apadrinado a los sectores occidentales de la ciudad, acosados por la URSS y por la República Democrática Alemana, y luego, la Alemania federal, en pleno milagro económico, habían volcado en el Berlín occidental ayudas y subvenciones para su moderna reconstrucción.

José V. Colchero, periodista, corresponsal en el extranjero, vivió personalmente el acontecimiento político de la construcción del muro de Berlín.

Sábado 22 de agosto. Media noche. El sargento Rudi Thurow fue despertado por el ruido de las sirenas, que él creía convocaban a uno de los continuos ejercicios nocturnos; sin embargo, al llegar al despacho de la compañía, el lugarteniente Otto Wirtz anunció a Rudi y a sus compañeros que la República Democrática se veía forzada a tomar medidas enérgicas para protegerse de los imperialistas. «Estas medidas —explicó— serán penosas para algunos ciudadanos, pero son indispensables para que los obreros, los campesinos y las fuerzas vivas del Estado puedan trabajar en paz.»
Sólo veinte minutos más tarde comenzaban las obras para levantar el muro que dividiría a Berlín, conocido ya en todo el mundo con el apelativo «de la verguenza».



En 1953 los obreros se manifestaron contra el ejército soviético.

Después de haberse levantado el bloqueo de la zona oeste de Berlín en 1949, los ciudadanos de la parte este de la capital habían sido observadores atentos de los avances que la República Federal Alemana iba consiguiendo con su política, mientras que el sector comunista luchaba por sacar su país adelante a duras penas. En 1953, obreros de la construcción de la República Democrática se manifestaban en las calles de Berlín lanzando piedras contra los tanques del ejército soviético, pero era sólo «una más» entre las protestas del pueblo. El problema verdaderamente grave lo planteaban las continuas deserciones que se producían, favorecidas por la facilidad de acceso de una zona a otra de la capital. Dentro de poco tiempo no habría manifestaciones, porque no quedarían obreros para acudir a ellas.

La guerra fría

Con arreglo a los acuerdos cuatripartitos entre los vencedores de la guerra, Berlín se había dividido en sectores bajo el control conjunto de las cuatro grandes potencias (Estados Unidos, Unión Soviética, Gran Bretaña y Francia). A plena luz, a cualquier hora del día, era posible cruzar sin controles del sector oriental a los occidentales, o al revés, sin necesidad de aguardar a que la Puerta de Brandemburgo quedase envuelta en las brumas de la noche. De un solo paso sobre el asfalto se atravesaba de los dominios del Kremlin a los de la Casa Blanca, del sector soviético al norteamericano. Berlín era por aquel entonces un boquete abierto en el telón de acero.

La guerra fría había alcanzado su clima más gélido desde que Jruschov lanzó un ultimátum, en noviembre de 1958, para convertir à la parte oeste de la ex capital alemana —los tres sectores donde norteamericanos, británicos y franceses ejercían su soberanía, lo mismo que los rusos en el oriental— en una ciudad desmilitarizada y desligada de Occidente.

El temor a que Jruschov se saliera con la suya tornó en torrente incontrolable la corriente migratoria de alemanes orientales hacia la Alemania federal a través de Berlín. Por la invisible frontera entre el sector soviético y los sectores aliados huyeron durante 1959 unos 143.000 ciudadanos de la Alemania oriental. En 1960 fueron 199.000. A principios de 1961, el promedio mensual era de 30.000 y ya en la primera década de agosto llegaban entre 1.500 y 2.000 al día. En los campos de refugiados eran generosamente atendidos e instalados hasta que se les trasladaba en aviones de las líneas civiles aliadas a Hamburgo, Hannover, Colonia, Francfort, Munich o a cualquier otra ciudad de la República Federal Alemana.

Las consecuencias de esas fugas masivas eran funestas para la empobrecida Alemania oriental. En múltiples lugares, las tiendas —socializadas, integradas en el «sector público»— tenían que cerrar ya a mediodía por falta de personal. Dejaron de recogerse cosechas. No podían cumplirse los planes económicos en la industria. Falló casi por completo la asistencia sanitaria por falta de médicos (que se iban a Occidente a abrir una consulta privada). Hubo de reducirse el número de aulas en todos los niveles de la enseñanza por carencia de personal docente. Aproximadamente la mitad de los fugitivos tenía menos de veinticinco años, lo que reflejaba el escaso entusiasmo de la juventud por el sistema comunista. Huían seducidos por el nivel de vida occidental, pero también desengañados por las dificultades político-económicas y por la colectivización forzosa de la agricultura.

13 de agosto: tapias y alambradas escinden la ciudad

Aunque la situación internacional no estaba para desafíos, la policía del Berlín oriental empezó la noche del sábado 12 al domingo 13 de agosto a cortar el paso entre los sectores soviético y occidentales. Aquel domingo, los *vopos* (policías populares de la Alemania oriental) y brigadas de obreros que habían sido movilizados —muchos de los cuales vestían monos de sus empresas— empezaron, ante la mirada pasmada de sus conciudadanos, a tender alambradas de espino y a colocar ladrillos para levantar tapias.

La población estaba desconcertada. Sabía


Reconstrucción de una zona derrumbada del muro en 1962.

En una sola noche, la Bernauerstrasse iba a ser cortada en dos. Una larga fila de camiones comenzó a colocarse a lo largo del muro del cementerio, a unos metros del Berlín Oeste; soldados en traje de combate y protegidos con cascos de camuflaje salían de ellos y descargaban rollos de alambrada que más tarde extendieron por toda la frontera, delimitada dieciséis años antes para separar la parte ocupada por los aliados de la zona soviética. Los «voluntarios» trabajaron hasta cubrir una línea de aproximadamente 45 kilómetros que no respetó propiedades, ni casas, ni iglesias, ni calles. En algunos barrios, los vopos levantaron barreras de hasta tres metros, cavaron fosas, se picó en las calles con perforadoras automáticas hasta partir los raíles de los tranvías, se esparcieron troncos de árboles en algunas avenidas, y la alambrada cubrió ríos, lagos y canales.

muy bien de qué iba. Quien pudo y tuvo decisión huyó en los días siguientes. Desde Bonn los periodistas cruzaban al sector soviético por un control abierto en la Kochstrasse —luego sería el célebre «Checkpoint Charlie»—. En aquellos días de angustia y pesimismo todo el mundo estaba muy comunicativo y hablaba sin miedo. En un viejo café que conservaba aún el ambiente al mismo tiempo severo y bohemio del Berlín de los años veinte, una señora de mediana edad, viuda de guerra, comentaba con profunda tristeza su convencimiento de que no volvería a ver a su anciana madre, que vivía a pocas calles de distancia, en el sector francés.

Willy Brandt, alcalde del Berlín Oeste, dio instrucciones para que nadie impidiera por la fuerza los trabajos de los *vopos*. Algunos de ellos llevaban fusiles en bandolera. Las brigadas de uniforme y de paisano se hallaban bajo la vigilancia de hombres armados. Recuerdo cómo un *vopo*, en un descuido de sus compañeros, dio un espectacular salto por encima de una alambrada y se plantó en sector norteamericano.

En la parte occidental se formaban corrillos, discretamente vigilados a veces por alguna pareja de policía municipal. La gente contemplaba cómo a pocos pasos iban tendiendo alambradas que desenrollaban de grandes rodillos de madera portados por dos hombres. Previamente, en el suelo se había pintado con cal la línea de demarcación entre los dos Berlines. En las calzadas de algunas calles se colocaron también obstáculos metálicos para impedir el paso de vehículos.

Dentro del inmenso desconcierto, no hubo por parte de la población berlinesa —ni del Este ni del Oeste— el menor brote de tomarse la justicia por su mano y desencadenar manifestaciones que en esos primeros momentos hubieran podido, quizás, intentar barrer las alambradas y las endebles tapias. Eran tiempos de gran sumisión a la autoridad. Willy Brandt, tremendamente popular entre los berlineses, predicaba calma.

Aunque en su fuero interno les iba dominando cierto escepticismo, los habitantes de la ex capital del Reich confiaban —¡como otras veces!— en la actitud que adoptara Estados Unidos. John F. Kennedy era presidente desde hacía escasamente siete meses. Nueve semanas antes había celebrado en Viena una reunión con Jruschov para tratar de Berlín.

Quizá los berlineses temían demasiado el que una acción espontánea de la población contra


La frontera se había delimitado dieciséis años antes.



Un miembro de la patrulla antirrefugiados salta la alambrada.

Aprovechando que estaba destinado en una patrulla de refugiados, un soldado del Berlín oriental salta sobre la barrera de alambrada hacia la libertad del sector occidental.

Las autoridades de Berlín occidental ayudaron en múltiples ocasiones a los refugiados, que consiguieron escapar a millares durante la primera época después de ser levantado el muro.

las alambradas y las tapias con que les dividían la ciudad pudiera desencadenar la guerra caliente, la tercera guerra mundial, si los soviéticos respondían invadiendo el Berlín libre con las 20 divisiones acuarteladas en sus alrededores. La guarnición de los aliados en sus sectores era simbólica. En aquellos días no llegaba a 8.000 hombres. Organizaron patrullas en *jeeps* por los límites de la línea de demarcación, pero consintieron que los *vopos* fueran fortaleciendo la hasta entonces invisible frontera.



Pabellón para recibir a los refugiados de Berlín Este.

Kennedy manda un convoy

El canciller Adenauer, que contaba ya de antes con escasas simpatías en Berlín, se convirtió en blanco de críticas populares. Le acusaban de preocuparse poco por la suerte que podían correr la ciudad y sus habitantes. Eran injustos. Adenauer estaba tratando de movilizar a los aliados, en primer lugar a Estados Unidos, para que presionaran sobre la URSS y ésta diera orden al régimen comunista alemán de Walter Ulbricht de restablecer el libre paso entre los cuatro sectores de la ex capital alemana.

En aquellas jornadas, a los estadistas del Este y del Oeste no les llegaba la camisa al cuerpo. Jruschov y Ulbricht temían que los occidentales adoptaran una actitud irreductible enérgica que les obligara a desmantelar lo que habían montado (y exponerse a que se les despoblara en pocas semanas la Alemania oriental) o a mantenerse firmes en su postura, aun a riesgo de desencadenar la tercera guerra mundial. Los occidentales carecían de medios en el propio Berlín para retirar las alambradas y tapias *manu militari*, y, por tanto, su capacidad de respuesta a una escalada de tensiones que desencadenara acciones bélicas se basaba en el arma nuclear. Un ultimátum político al Kremlin podía equivaler, pues, a un órdago para la guerra atómica. Pero la aceptación impasible de las arbitrarias e inhumanas medidas para dividir una ciudad de más de tres millones de habitantes podían interpretarla Jruschov y Ulbricht como una muestra de debilidad que les llevara a crecerse.

El mundo vivió jornadas de angustiosa incertidumbre. John F. Kennedy sopesó el acudir personalmente a Berlín, pero optó por enviar al vicepresidente Johnson, quien llegó tras una breve parada en Bonn para recoger al canciller Adenauer. El avión presidencial norteamericano —un *Boeing 707* de la US Air Force— se posó en Tempelhof, el legendario aeropuerto del «puente aéreo» con el que en 1948 y 1949 se había burlado el bloqueo terrestre soviético a Berlín. Hubo una multitudinaria manifestación en la que intervinieron Johnson, Adenauer y el alcalde Willy Brandt. El vicepresidente enfatizó, en nombre del pueblo norteamericano, que si la URSS o su régimen títere de la Alemania del Este atentaban contra la seguridad de los sectores occidentales de Berlín se encontrarían con la oposición firme de Norteamérica, dispuesta a mantener esa garantía hasta sus últimas consecuencias.

Kennedy ordenó el reforzamiento de la guarnición yanqui en Berlín. Así demostró al mundo que estaba dispuesto a defender los sectores aliados y a no renunciar al derecho de acceso de sus tropas a través de los pasillos fijados en lo

que fue zona soviética de ocupación, ahora República Democrática Alemana. Se pusieron en marcha varios batallones del VII Ejército, con base en la antigua zona norteamericana de ocupación, ya entonces asignados a la OTAN. El convoy, que incluía carros de combate, salió de las inmediaciones de Francfort, donde estaba acuartelado. Llegó a la frontera interzonal (entre las dos Alemanias) y, tras horas de inquietud ante la posibilidad de que los soviéticos —o los alemanes orientales— trataran de cortarle el paso, siguió sin novedad.

¿Qué ocurriría si unos centenares de metros antes, en el control de salida de la Alemania oriental, les impedían seguir? El conflicto podía resultar aún mayor que si horas antes no les hubieran permitido cruzar el control interzonal, pues los soldados yanquis podían quedar en una ratonera, dentro del territorio bajo dominio de la URSS. Nunca se supo qué instrucciones tenía el jefe del convoy para el caso de que le hubiesen impedido seguir, pero, sin duda, no la de abrirse paso a cañonazos. En la Alemania oriental, en las inmediaciones de Berlín, había más de 20 divisiones soviéticas, que se hallaban en estado de alarma por el momento de gran tensión que atravesaba el mundo.

Si el Kremlin hubiera querido comprobar hasta qué punto Norteamérica estaba dispuesta a llegar hasta el final en la defensa de sus derechos de posguerra (que incluían el libre acceso a Berlín por tres «pasillos» a través de la Alemania oriental), le hubiera bastado con detener el convoy. Podían haberlo intentado. No necesitaban apostar tropas rusas para cerrar el paso a los soldados norteamericanos. Eso hubiera constituido un desafío tal que Washington no hubiera tenido más remedio que responder con un ultimátum dejando claro que Moscú le colocaba ante un *casus belli*. Para dosificar una escalada de la ya alarmante crisis hubiera bastado con unas cuantas excavadoras, manejadas por civiles, que abrieran zanjas, y el paso hubiera quedado cortado «por obras». Así fue como empezó trece años antes el bloqueo de Berlín.

Cundió una sensación de alivio al ver aparecer a los primeros vehículos del convoy norteamericano por una curva que formaba la autopista en el bosque y que impedía divisar el control oriental. Eran varios *jeeps* que llevaban los faros encendidos aunque era de día. Inmediatamente después siguió el grueso de la columna. Hubo un emotivo saludo por parte de Johnson al comandante que le dio la novedad, pero la tropa siguió sin parar. Los G.I.s, blancos y de color, en uniformes de campaña, saludaban satisfechos desde sus vehículos, como si hubieran ganado una batalla sin disparar un tiro. Se dirigieron a los barracones militares del barrio de Dahlem, donde estaba —y sigue estando— el

Una de las ocasiones para huir.



WALTER ULBRICHT (Leipzig, 1893, Berlín Este, 1973)

Hijo de un modesto sastre, aprendió el oficio de ebanista. A los trece años ingresó en las juventudes socialistas y, en 1912, en el Partido Socialdemócrata Alemán (SPD). Durante la Primera Guerra Mundial militó en el grupo espartaquista, al mismo tiempo que, movilizado y destinado al frente oriental, desertaba dos veces del ejército. Finalizada la guerra fue uno de los fundadores del Partido Comunista Alemán (KPD), para cuyo comité central fue elegido en 1923 gracias a sus dotes burocráticas y organizativas. Pasó una temporada en la Unión Soviética, y desde 1926 representó al KPD en el ejecutivo de la Komintern. Regresó a Alemania en 1928 y fue elegido diputado por Westfalia del Sur; al año siguiente pasó a dirigir la organización del partido comunista en Berlín-Brandemburgo, y en 1931 fue condenado a dos años de prisión por sus actividades políticas. La llegada de Hitler al poder, con el consiguiente encarcelamiento o asesinato de los líderes comunistas, llevó a Ulbricht al exilio, primero en Praga y más tarde en París. Participó en la guerra civil española, donde pudo mostrar su fidelidad a Stalin dedicándose a la caza de trotskistas, reales o supuestos, en las filas republicanas. Desde 1938 se instaló en Moscú, reagrupando a los militantes comunistas exiliados en la URSS.

Durante la Segunda Guerra Mundial, y sobre todo a raíz de la victoria soviética en Stalingrado, se encargó de misiones de información so-

bre el ejército alemán y de las tareas de propaganda entre los prisioneros alemanes. Regresó a Alemania en abril de 1945 con las tropas soviéticas, una semana antes de la capitulación nazi, y se encargó de la administración de la zona alemana de ocupación soviética, de la reorganización del KPD y de su fusión con el SPD para dar lugar, en abril de 1946, al Partido Socialista Unificado (SED), del que fue nombrado vicepresidente (1946-1950) y, más tarde, secretario general. Son años de consolidación en los que, sorteando las vacilaciones del propio Stalin, Ulbricht se va haciendo con todos los resortes del poder. Cuando en 1949 se constituye la República Democrática Alemana, Ulbricht ha tenido tiempo de depurar el KPD, eliminando de la escena política a todos sus posibles competidores.

Guardián celoso de la ortodoxia marxista, incluso después de la muerte de Stalin, no tuvo el menor inconveniente en aplastar la revuelta obrera de 1953, implantando en la RDA una férrea planificación centralizada que llevó al país a figurar entre las diez primeras potencias industriales del mundo y a ser una especie de modelo industrial para los demás países del bloque socialista, a costa todo ello de sufrir una constante sangría de habitantes, profesionales muchos de ellos, que en número creciente huían a la RFA. Para evitarlo ordenó el levantamiento del tristemente famoso «muro de Berlín» en agosto de 1961. Ulbricht se erigió en árbitro de las relaciones del bloque socialista con la República Federal Alemana, hasta que las necesidades soviéticas de distensión le obligaron, a su pesar, a una política algo más flexible, cuyos resultados se plasmaron en los tratados firmados por Willy Brandt en Moscú y Varsovia en 1970. Ulbricht fue también uno de los dirigentes del bloque socialista que más fervorosamente apoyaron la invasión de Checoslovaquia por las tropas rusas en 1968. Duro, implacable, pragmático y trabajador incansable, la única «debilidad» personal que se le conocía era su afición a patinar sobre hielo.



cuartel general norteamericano en la ex capital del Reich.

A ese envío de refuerzos quedó reducido el «enseñar los dientes» por parte de los occidentales como reacción al muro de Berlín. En las semanas, meses y años siguientes se desplegó una gran campaña de publicidad para que el mundo se enterara de cómo el régimen comunista alemán, con la complicidad y el respaldo de la URSS, había dado ese corte inhumano y sin precedente en la historia a una urbe de más de tres millones de habitantes. Políticos, periodistas, representantes de organizaciones profesionales y juveniles de los cinco continentes comprobaron *in situ*, desde la parte occidental de Berlín, lo antinatural del muro, convertido en símbolo de opresión. El muro ha costado al comunismo internacional tanto prestigio como el aplastamiento de la revolución húngara (1956), la invasión de Checoslovaquia (1968) y la crisis de Polonia.

El muro: Más luz de neón que en la Quinta Avenida

El muro tiene una longitud de 166 kilómetros. Discurre entre el antiguo sector soviético, es decir, la parte oriental de la ciudad, y la occidental y entre ésta y el territorio de la antigua zona de ocupación rusa, o sea, el límite entre el gran Berlín y su entorno. Ya no es una simple tapia o una alambrada de espino sobre el suelo en ninguna parte de su recorrido. Donde el límite fronterizo no lo forma el río Spree, algún canal o un lago —en cuyo caso se han instalado impedimentos en el agua o en la orilla—, el muro está constituido por una auténtica muralla en la que, en lugar de almenas, hay incrustados vidrios rotos y púas de metal. En otros lugares lo corona un soporte en forma de horquilla por el que va un tendido de alambrada de espino o cables de alta tensión.

Altas farolas de neón iluminan el muro. Se derrochan en él más kilovatios que en la Quinta Avenida de Nueva York, pero no para facilitar el paso, sino para impedirlo. Nadie puede intentar huir amparándose en las sombras de la noche. La franja iluminada por las farolas tiene unos 50 metros de ancho y para llegar a ella hay que atravesar una «zona prohibida» de 200 a 300 metros, también vigilada con dispositivos automáticos de alarma conectados a sirenas. Hay algunas metralletas instaladas en la propia pared del muro que se disparan automáticamente cuando alguien atraviesa el campo de una célula fotoeléctrica orientada en la misma dirección que correspondería al punto de mira del arma.

Fugas y muertes

El muro ha crecido a lo largo de los años —superponiendo bloques de cemento— hasta alcanzar casi cuatro metros y medio de altura. Crece sin que el mundo se preocupe por ello. Con el cemento gastado en la última «reforma» hubiese podido construirse un estadio olímpico.

Hay también franjas de terreno sembradas de minas que estallan si alguien las pisa, puestos de paqueo donde están apostados tiradores y atalayas de vigilancia, que ofrecen, asimismo, un buen campo de tiro. Además, paralela al muro y a escasos metros discurre una pista asfaltada y a la que llega por la noche la iluminación de las altas farolas de neón. Por esa pista circulan pa-

rejas de policías a pie con perros y patrullas en *jeeps* o en tanquetas.

Los intentos de fuga surgieron inmediatamente después de comenzar la construcción del muro, y en los primeros tiempos se produjeron algunos espectaculares, que, incluso, se han llevado al cine, como el del túnel construido desde el sótano de una vivienda fronteriza por el que huyeron varias familias. En septiembre de 1961, en la Bernauerstrasse, cuyas casas pertenecían al sector oriental, pero la acera de la calle era ya occidental, se registró la primera víctima mortal. Desde una vivienda de un segundo piso, un grupo de fugitivos se estaba tirando a unas lonas de bomberos. Una anciana de ochenta años que no supo o no pudo dar el impulso debido cayó sobre la acera. Aquel mismo día, brigadas de obreros tapiaron todos los huecos de ventanas y balcones de las casas de la Bernauerstrasse, de las que luego evacuaron a sus moradores y más tarde las derribaron, como otras en diferentes barrios fronterizos para poder vigilar mejor el muro.

Los *vopos* recibieron órdenes desde el primer momento de abrir fuego contra cualquier fugitivo al que no pudieran detener de otra manera. Un joven estudiante, Peter Fechter, se desangró al pie del muro, después de haber sido abatido a tiros, porque no recibió a tiempo asistencia sanitaria. Los *vopos* no habían permitido auxiliarle desde la parte occidental, a tan sólo unos metros de distancia.

En una noche oscura, un acróbata circense fue pasando a su familia con una motocicleta a través de un cable tendido de un tejado de una casa del sector oriental a otra, al otro lado de la calle, en el sector occidental. Varias veces, camiones pesados se lanzaron contra el muro para abrir un boquete. Pero, a medida que fue corriendo el tiempo, técnicos en construcción y policías de la Alemania oriental mejoraron las instalaciones del muro hasta convertirlo en una obra casi perfecta de la ingeniería alemana.

Hoy resulta prácticamente imposible huir por Berlín. Es más fácil intentar la fuga, por ejemplo, viajando a un tercer Estado del área comunista y desde allí, con documentación falsa, continuar a Occidente. Otro procedimiento para salir de la Alemania oriental consiste en pagar un «rescate». Bufetes de abogados con buenas relaciones en el Berlín Este solventan los trámites de manera oficiosa. Según la edad y la capacitación profesional del aspirante a emigrar, el salvoconducto puede costar hasta el equivalente a ocho o diez millones de pesetas.

En los últimos años casi no se registran conatos de fuga, pues las posibilidades de éxito son mínimas. Pero desde agosto de 1961 han muerto 71 personas en intentos de huida y 112 resul-

Algunas viviendas berlinesas quedaron adosadas al muro o formaron parte de él. A través de ellas tuvieron lugar numerosas fugas, familias que saltaron desde sus ventanas para ser recogidas por los bomberos, o grupos que se organizaron para excavar túneles en condiciones verdaderamente peligrosas. Las historias sobre los refugiados de la República Democrática han llegado a ser tan espectaculares que incluso fueron motivo y argumento de alguna película de Hollywood. Hoy, las fachadas de estas casas se han convertido en muros ciegos, en testigos mudos, de las «cada vez más difíciles» fugas.



Ver desde una ventana la libertad del otro lado de la calle

La división de Alemania en dos Estados dotados de sistemas militares, políticos, económicos y sociales opuestos impidió la firma de un tratado de paz que hubiera constituido el fin diplomático de la Segunda Guerra Mundial. La reunificación del país sigue siendo el principal problema político de Alemania. En mayo de 1973, Alemania occidental reconoció oficialmente al gobierno de Alemania oriental, siendo ambos admitidos en las Naciones Unidas.



El paso de Checkpoint Charlie.

El muro no respetó ni casas, ni iglesias, ni calles.

taron heridas por disparos de los *vopos*. Durante mucho tiempo era relativamente frecuente oír tiros por la noche procedentes de las inmediaciones orientales del muro. A lo largo de los últimos veintiún años se han contabilizado 3.130 casos de fugas frustradas.

Era inviable un nuevo puente aéreo

En aquellos días de angustia que siguieron al inicio de la construcción del muro se realizaron estudios muy completos sobre la posibilidad de que el Berlín occidental hubiera soportado entonces, como trece años antes, un bloqueo terrestre y fluvial (de carreteras, ferrocarriles, ríos y canales). Los medios de comunicación se ocuparon ampliamente de ello. La conclusión casi unánime fue que no era viable ya mantener a una población de más de dos millones en el Berlín occidental con suministros por vía aérea. Resultaba imposible transportar la cantidad de carbón indispensable para generar la energía eléctrica que consumía esa urbe, donde había vuelto a crecer una importante industria. Hubiera habido que volver —como cuando de las ruinas de la posguerra aún se recogían escombros, fase no superada al iniciarse el bloqueo soviético en 1948— a las velas y a las cartillas de racionamiento. A una ciudad ya integrada en un moderno proceso industrial, disfrutando las mieles de la sociedad de consumo surgida del «milagro alemán», se le podía ya abastecer desde el aire.

Desde que Jruschov había planteado su ultimátum sobre Berlín en noviembre de 1958,

para convertir a la parte occidental en una ciudad desmilitarizada y sin vínculos directos con el mundo capitalista, las grandes potencias habían reiterado que mantendrían el compromiso de defender a la población de los tres sectores aliados. Se hallaban vigentes los acuerdos cuatripartitos de la posguerra, y ni Estados Unidos, ni Gran Bretaña, ni Francia estaban dispuestos a renunciar a ellos. Era un momento histórico en el que el mundo occidental parecía dispuesto a mandar a sus soldados a morir por Berlín si hacía falta.

La construcción del muro no atentaba de una manera directa contra ninguno de los aspectos que las tres potencias aliadas habían calificado de «esenciales», que eran la libertad de accesos, su presencia militar y el mantenimiento de relaciones entre los habitantes de sus sectores de ocupación —es decir, del Berlín Oeste— y el resto del mundo occidental. El alarde del paso del convoy a través de la Alemania del Este camino de Berlín permitió a Washington salvar la cara ante el mundo al demostrar que no se achicaba ante un desafío soviético.

Por otro lado, la perspectiva de la historia permite suponer que Jruschov dio luz verde al entonces dirigente del régimen comunista alemán, Walter Ulbricht, para levantar el muro en el convencimiento de que Kennedy encajaría la drástica decisión. En la cumbre de Viena, celebrada el 5 de junio (sesenta y ocho días antes de empezar el muro), Kennedy y Jruschov hablaron, sobre todo, de Berlín. Kennedy enfatizó su decisión de defender la libertad de los habitantes de la parte occidental. Jruschov llamó la atención del peligro que acarreaba para la Alemania del Este la despoblación progresiva como consecuencia de las fugas masivas a través de Berlín y de la necesidad de adoptar medidas para impedirlas. Se impuso, de alguna forma, el criterio que ya había imperado en Yalta y que se ha mantenido hasta nuestros días: que tanto Estados Unidos como la URSS se respetaban las zonas de influencia surgidas como consecuencia de la Segunda Guerra Mundial.

El muro fue fruto del instinto de conservación

El muro de Berlín ha sido un fruto monstruoso de la guerra fría en Europa. El correr del tiempo ha dejado claro que Moscú no pretendió con su construcción provocar a Occidente y buscar un pretexto para anexionarse la parte libre de la ciudad, sino que lo erigió para atajar el miedo que le inspiraba el mantener abierta una frontera con el mundo occidental. Los motivos se debieron al puro instinto de conservación del régimen comunista. Fueron esencialmente económicos, no políticos. La República Democrática Alemana había perdido más de dos millones de habitantes en pocos años. Una octava parte de su población —que incluía una alta proporción de catedráticos, médicos, obreros especializados, etc.— dejó la Alemania oriental para irse a la occidental, donde nada más llegar se convertían en súbditos del régimen de Bonn porque la Constitución federal sólo admite una nacionalidad alemana. Se les reconocían —por lo general— sus títulos académicos y de capacitación profesional.

Esos refugiados, que en su inmensa mayoría no eran refugiados políticos, sino económicos —pues huían en busca de mejores sueldos y salarios—, contribuyeron de manera decisiva al enriquecimiento de la Alemania occidental y al empobrecimiento de la oriental. En el Berlín Este no andaban seguramente descaminados en sus cálculos cuando anunciaron, poco después

La vigilancia es continua desde uno y otro sector.

El continuo juego con los binoculares no cesa. En la fotografía, un policía de la Alemania occidental vigila la zona soviética desde lo alto del edificio del Reichstag; al fondo ondea la bandera sobre la Puerta de Brandemburgo, construida en 1788, uno de los pocos monumentos que quedaron en pie tras los bombardeos sufridos por la capital en 1945. (Foto de Stuart Heydinger, de Camera Press.)

de levantar el muro, que la sangría humana y económica antes de construirlo había supuesto para la Alemania oriental una pérdida de más de 20.000 millones de marcos, cifra equivalente entonces al presupuesto anual de la República Federal. La Alemania oriental empezó a prosperar económicamente después de la construcción del muro. Su «milagro económico» es de la década de los setenta y, aunque no es comparable con el de la Alemania occidental en la década de los cincuenta, la coloca en el primer puesto de bienestar entre las naciones comunistas. El fin económico justificó para Berlín Este y Moscú los medios inhumanos de que se sirvieron.

Salvoconductos por Navidades

En ningún sitio como en Berlín ha peligrado tanto la paz mundial desde 1945. En ningún otro lugar han estado, como allí, soldados norteamericanos y soviéticos apuntándose con armas cargadas. Ya a muro construido y antes de iniciarse la distensión, en momentos en los que la guerra fría se tornaba gélida, los norteamericanos llegaron a apostar carros de combate en el Checkpoint Charlie, control de acceso al sector soviético. Pero, al mismo tiempo, fue concretándose precisamente en Berlín el germen de lo que Jruschov pregonaba como la «coexistencia pacífica«, que constituye el preludio de la distensión, practicada en la ex capital alemana por las grandes potencias con la misma cautela con la que antes se había escalado la guerra fría.

Fueron, sin embargo, los propios berlineses —las víctimas más directas del duro enfrentamiento Este-Oeste— quienes tomaron la iniciativa para empezar a superar parcialmente las consecuencias del muro. En las navidades de 1963, el ayuntamiento del Berlín occidental y las autoridades comunistas suscribieron un «acuerdo de salvoconductos». Se abrieron pasos en el muro para que los berlineses de los sectores aliados que habían obtenido salvoconductos pudieran visitar a sus parientes del otro lado. Fue el inicio de una corriente de visitantes en dirección única: sólo los occidentales podían cruzar el muro, no los habitantes del Berlín Este, porque las autoridades comunistas tenían razones para temer que a quien se le diera la oportunidad no regresaría. En aquellas navidades, pese al intenso frío, a tener que aguardar horas en colas a varios grados bajo cero, centenares de miles de berlineses occidentales se reencontraron en el otro lado con sus padres, sus hijos, sus hermanos o sus primos (había que tener parientes próximos para pedir los salvoconductos, cuyas tramitaciones se enviaban al Berlín Este, donde comprobaban la veracidad de los datos y expedían los pases).

Mientras los vopos entretienen su tiempo haciendo un muñeco de nieve que pretende ser la imagen de Walter Ulbricht, el mundo vive uno de los momentos más tensos de la guerra fría; nunca estuvo tan cerca la tercera guerra mundial. En las navidades de 1963, las autoridades acordaron permitir el paso de los berlineses del sector aliado hacia la zona este, bajo un riguroso control, habiendo solicitado previamente un salvoconducto y justificando la existencia de parientes próximos en dicha zona. (Foto de Leon Herschtritt, de Camera Press.)

También hay Navidad junto al muro de Berlín.



Con la llegada del ex alcalde de Berlín Willy Brandt a la cancillería de Bonn se puso en marcha un proceso de acercamiento al Este que luego se conoció como la *Ostpolitik* y que tuvo desde el primer momento el visto bueno del entonces presidente norteamericano, Nixon. Como fruto de esa política se firmaron los acuerdos interalemanes y nuevos acuerdos cuatripartitos —entre las viejas potencias vencedoras del Reich—, y desde 1972 el muro está abierto para visitas de menos de veinticuatro horas al Berlín Este, sin más que presentar el carnet de identidad o el pasaporte. Los jubilados de la República Democrática Alemana también reciben permisos de sus autoridades para desplazarse a la Alemania occidental, pues no les preocupa el que no regresen las personas que ya sólo cobran pensión.

Desde que se encontró la vía para que los berlineses occidentales puedan visitar el Berlín Este cuantas veces quieran, a pesar de las incomodidades —nunca se sabe cuánto van a durar las esperas y los controles, que lo mismo acaban en diez minutos que se prolongan horas— se han registrado por término medio más de un millón de transeúntes al año. Ultimamente ha descendido algo esa corriente debido a que las autoridades orientales han elevado de manera drástica la cantidad mínima de divisa fuerte que los visitantes han de cambiar obligatoriamente, a más de pagar el equivalente a unas 250 pesetas en concepto de visado.

Hay varios pasos fronterizos para cruzar en coche, pero la inmensa mayoría de los visitantes pasan al otro sector en metro. Llegan a un andén especial de la estación de Friedrichstrasse, en pleno centro de lo que fue el Berlín de la *belle époque*, barrio muy bien reconstruido en los últimos años, convertido en escaparate para los turistas occidentales que se asoman al mundo comunista.

El muro de Berlín, que estuvo a punto de desencadenar la tercera guerra mundial en la década de los sesenta, ya no es noticia en la de los ochenta. Los alemanes de uno y otro lado se han acostumbrado a él. No esperan que desaparezca en un futuro previsible. Ni las Naciones Unidas ni las Conferencias sobre la Seguridad y Cooperación en Europa se han ocupado del muro berlinés. Bonn ha optado por un diálogo posibilista con el régimen del Berlín Este para ir haciendo más llevadera a la población de uno y otro lado la división de Alemania. Y las grandes potencias parecen también satisfechas de que el problema de Berlín se haya convertido para ellas políticamente en un volcán apagado.

J. V. C.

Una imagen vale más que mil palabras. El muro es ya algo cotidiano, algo a lo que las personas se han habituado; para algunos pequeños ciudadanos se ha convertido, incluso, en itinerario de su paseo en bicicleta.
Europa se ha acostumbrado, Norteamérica se ha acostumbrado y puede que la Unión Soviética haya empezado a restarle importancia. Sólo de tarde en tarde, alguien, persona u organización política, alza tímidamente la voz para demostrar que los hombres quieren ser libres, aunque se puedan conformar sin serlo.

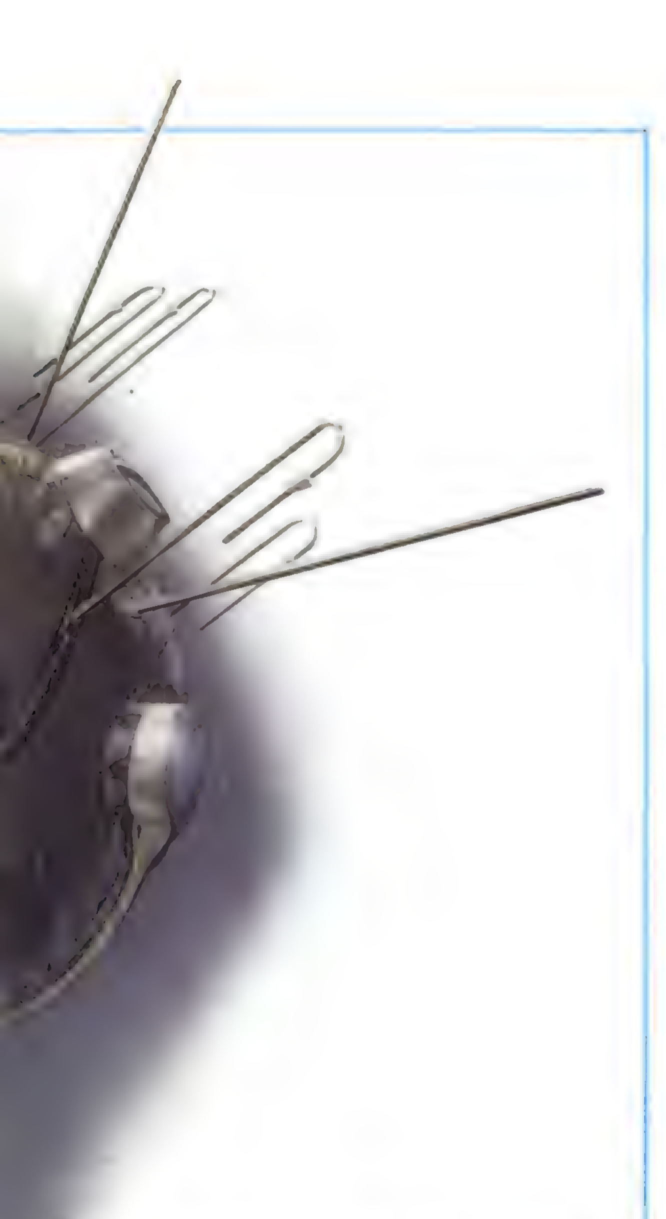

Vivir junto al muro.

GAGARIN, EL PRIMER COSMONAUTA



Yuri Gagarin y Nikita Jruschov.





YURI Gagarin, un militar ruso de veintisiete años, bajo de estatura, hijo de un carpintero de la región de Smalensk, fue el primer hombre en la historia que tripuló una nave espacial en órbita alrededor de la Tierra. La Unión Soviética, tras su arranque triunfal con el lanzamiento del Sputnik, ganaba la segunda etapa de la carrera espacial que sostenía con Estados Unidos. Tras su feliz aterrizaje, Gagarin se convirtió en un hombre popular, héroe oficial en su país e invitado de honor en cualquier otra parte del mundo. Siete años después, poco antes de que los norteamericanos Amstrong y Aldrin pusieran su pie en la Luna, el primer cosmonauta de la historia fallecía durante un vuelo rutinario en avión.

Malen Ruiz de Elvira, periodista especializada en temas científicos, es la autora de este artículo sobre la aventura espacial del cosmonauta Yuri Gagarin.

El «Colón del espacio»

El mayor Yuri Alexeivich Gagarin se convirtió el 12 de abril de 1961 en el primer ser humano que escapaba a los límites de la gravedad terrestre y salía al espacio exterior. Lanzado desde una base mantenida en secreto, como todo lo que todavía rodea a la aventura espacial soviética, el primer tripulante espacial se encontraba al mando de una pesada nave, la *Vostok I*, que fue puesta en órbita por un cohete de los diseñados para el lanzamiento de misiles balísticos.

El conjunto cohete-nave espacial fue lanzado a las nueve horas siete minutos de la mañana, hora de Moscú. La *Vostok I* dio una sola vuelta a la Tierra, a una altura orbital máxima de 301 kilómetros, invirtiendo una hora cuarenta y ocho minutos, a una velocidad máxima de 29.000 kilómetros por hora. A las diez horas cincuenta y cinco minutos se encontraba de nuevo de vuelta en casa.

El entonces mayor Gagarin tenía veintisiete años cuando su nombre se inscribió de forma permanente en el libro de la historia. Había nacido el 9 de marzo de 1934 en la ciudad de Gzhatsk, en la región rusa de Smalensk. Era hijo de un carpintero que trabajaba en una granja colectiva, y, a pesar de ver interrumpida su educación por la invasión nazi, pudo completarla y tiempo después terminar su formación profesional con el título de técnico metalúrgico. Posteriormente continuó sus estudios en una escuela industrial en Saratov, donde se graduó en 1955. Entonces fue cuando inició su contacto con la aviación, que siempre le había fascinado, y entró en la escuela de cadetes de la fuerza aérea de Orenburg. En 1960 se hizo miembro del partido comunista. Se casó con una licenciada en medicina y tuvo dos hijas.

Con su corto vuelo espacial, Gagarin se convirtió inmediatamente en un héroe. Calificado por los propios medios oficiales soviéticos de «Colón del espacio interplanetario», Gagarin no olvidó en ningún momento de su aventura su condición de oficial de las fuerzas aéreas soviéticas y su pertenencia, entonces reciente, al partido comunista. Al aterrizar, por medio del contacto por radio que había mantenido durante todo el vuelo, Gagarin dijo: «Informen, por favor, al partido, al gobierno y a Nikita Sergeivich Jruschov personalmente de que el aterrizaje fue normal. Me encuentro bien y no tengo ni heridas ni contusiones.» Jruschov, que se encontraba de vacaciones a orilla del mar Muerto, contestó inmediatamente con un telegrama de felicitación.

El 14 de abril, Gagarin llegó al aeropuerto de Moscú, donde fue recibido por las autoridades soviéticas en un clima de verdadero entusiasmo

A las siete de la mañana (hora de Moscú) del 12 de abril de 1961, Yuri Gagarin, piloto del ejército del Aire soviético, entra en la cabina espacial Vostok *(Oriente) dispuesto a ser el primer hombre del espacio, a los veinticinco años de edad. Poco más tarde escribía: «La víspera de mi salida en avión hacia el cosmódromo de Baikonur, me sentí atraído hacia los hombres, hacia los lugares sagrados para los soviéticos...» Dos horas después se encienden los motores del cohete propulsor. «Estaba hundido en mi asiento. Apenas podía mover los brazos y las piernas.» Los seis reactores, con una potencia de 20 millones de caballos, desencadenan una tempestad de fuego. Pocos segundos después comenzaba el primer viaje del hombre hacia el cosmos a una velocidad de 30.000 km/h. Yuri Gagarin estaba solo frente al espacio infinito: la estrella más cercana se encontraba a 4,27 años luz. La agencia Tass difundiría la noticia en seguida. En la fotografía de la izquierda, Yuri Gagarin es saludado por un grupo de oficiales a su llegada al aeropuerto de Vnoukovo.*



Gagarin visita la Exposición Soviética en Londres (julio de 1961).

Entre 1960-1961 los soviéticos habían puesto en órbita, alrededor de la Tierra, varias cabinas espaciales habitadas por perros. Esos vuelos permitieron la puesta a punto de naves que podían albergar a seres humanos. El éxito del vuelo de la Vostok I *demostró que el hombre podía vivir a casi 300 kilómetros de la Tierra. La Vostok I tenía dos departamentos: el bloque de servicio y la cabina, que iba provista de una defensa térmica en el exterior (alcanzó una temperatura de 10.000 grados con la entrada en la atmósfera), acolchada en el interior y equipada con retrocohetes y paracaídas. El peso total de la nave era de 4.725 kilos. En la fotografía, Yuri Gagarin visita la Exposición Soviética en Londres celebrada en julio de 1961. Al fondo se ve la reproducción de uno de los primeros* Sputnik.

popular. Fue condecorado con la orden de Lenin, recibió el título de Héroe de la Unión Soviética y uno creado especialmente para él, el de Piloto Cosmonauta de la Unión Soviética. Luego hizo una entrada triunfal en la ciudad, donde fue objeto de un recibimiento popular como no se había visto en la capital soviética desde el final de la Segunda Guerra Mundial.

Eran tiempos de distensión, y Gagarin viajó a diversos países, mientras el suyo recibía la felicitación de jefes de Estado de todo el mundo, entre ellos el presidente norteamericano Kennedy.

Segunda etapa de la exploración espacial

El histórico vuelo de Yuri Gagarin inició la segunda etapa en la historia de la exploración espacial, la de vuelos tripulados. El éxito de la aventura demostró que se habían llegado a dominar los difíciles problemas de la ausencia de gravedad y de la reentrada en la atmósfera terrestre, problemas que se presentaron como inabordables en los primeros años de los proyectos espaciales. La falta de gravedad, concretamente, había sido objeto de especulaciones infinitas en torno a sus posibles efectos sobre el organismo humano. Gagarin, en una entrevista concedida a la agencia soviética Tass el 13 de abril, decía sobre la ingravidez: «Me sentí fenomenal; los brazos y las piernas no me pesaban, y todo flotaba en el aire. Yo también floté, y durante este tiempo comí y bebí, y todo era como en la tierra. Pude incluso escribir, sin que mi escritura variase; lo único que tuve que hacer fue sujetar el cuaderno contra el bolígrafo, para que no se fuera flotando.»

Gagarin afirmó también que la transición de la ausencia de gravedad al estado de gravedad normal se hizo de forma suave y que, simplemente, empezó a notar otra vez que le pesaban los brazos y las piernas. De paso, el cosmonauta terminó de una vez por todas con las posibles dudas sobre la forma de la Tierra. Afirmó rotundamente que había podido ver con toda claridad que la Tierra es redonda, y señaló la be-

lleza de la vista desde el espacio de la parte iluminada del planeta, que se observa rodeada de un halo azul.

Tanto Estados Unidos como la Unión Soviética habían hecho de la puesta en órbita de un cosmonauta uno de sus objetivos más importantes en la carrera espacial, carrera que se abrió con el detonante del lanzamiento del *Sputnik* en 1957 por parte de la URSS. Sobre la base del desarrollo militar, especialmente el de los misiles intercontinentales, ambos países empezaron a proyectar cápsulas espaciales que sustituirían al misil en la cabeza del cohete lanzador. El misil soviético era mucho más grande y pesado que el norteamericano —la *Vostok I* que utilizó Gagarin pesaba nada menos que cuatro toneladas y media, mientras que la primera nave tripulada norteamericana, la *Freedom 7,* no llegaba a un tercio de esta cifra.

El vuelo de Gagarin estuvo rodeado de secreto, y no fue dado a conocer hasta que hubo terminado con éxito, sin que se facilitaran detalles sobre lugares y métodos. Especialmente, el sistema de aterrizaje de la nave espacial fue objeto de numerosas especulaciones fuera de la Unión Soviética, y la duda nunca fue totalmente despejada. La prensa y radio soviéticas dejaron entrever que Gagarin se había lanzado en paracaídas desde una baja altura, una vez que se había efectuado la reentrada en la atmósfera, mientras la nave aterrizaba, al parecer suavemente, a poca distancia. El propio Gagarin se limitó a señalar, en una conferencia de prensa, que la utilización del paracaídas era sólo una de las técnicas de aterrizaje que se habían desarrollado en la Unión Soviética. Al parecer, la otra técnica alternativa consistía en permanecer dentro de la cápsula hasta que ésta aterrizase.

Aunque la cápsula espacial era del tipo pasivo, controlada directa y automáticamente desde la Tierra, los medios de información oficiosos soviéticos destacaron que la nave se encontraba preparada para que el cosmonauta pudiera controlarla manualmente en caso de necesidad.

Estados Unidos contraataca

Una vez que los rusos habían tomado la delantera, los estadounidenses tuvieron que demostrar que no habían perdido la carrera, y a las tres semanas del vuelo de Gagarin lanzaron al espacio, en lo que se llamó un «salto», a su primer astronauta, Alan Shepard, que sólo estuvo en el aire quince minutos. Su nave espacial, la *Freedom 7,* englobada dentro del proyecto *Mercury,* cayó al mar, donde fue recogido el astronauta norteamericano, al que posteriormente le hicieron un exhaustivo examen médico, sin que se observara ninguna influencia del vuelo en sus condiciones físicas.

En agosto del mismo año, 1961, se produjo el segundo vuelo tripulado soviético, el del mayor Titov en la *Vostok II,* vuelo de gran importancia por su larga duración, que superó las veinticinco horas. Para entonces se habían desvelado algunas de las incógnitas que todavía rodeaban el vuelo de Gagarin. El Club Central de Aviación de la URSS comunicó a la Federación Astronáutica Internacional que la *Vostok I,* como probablemente la *Vostok II,* había sido lanzada desde el cosmódromo de Baikonur, que ha jugado en el desarrollo del programa espacial soviético el mismo papel que Cabo Cañaveral, en Estados Unidos. Baikonur está situado en Kazakistán, a unos 300 kilómetros al noroeste del mar de Aral. El aterrizaje se había realizado en un área predeterminada, situada cerca del pueblo de Smelovka, en la región de Saratov, a unos 700 kilómetros al sudeste de Moscú. Además, se supo que la *Vostok I* llevaba seis motores.



Los americanos, que unos meses después del éxito del Sputnik *habían creado la NASA (National Aeronautics and Space Administration), consiguieron dar la réplica. El 20 de febrero de 1962, un cohete* Atlas *colocaba en órbita, alrededor de la Tierra, la cabina* Mercury, *con John Glenn a bordo. Yuri Gagarin y Valentina Tereshkova (primera mujer cosmonauta) son entrevistados durante su visita al Planetario Hayden, en Nueva York (16-X-1963).*

Después del éxito de Yuri Gagarin, nombrado héroe de la Unión Soviética, diputado en el Soviet Supremo y coronel del ejército rojo, los soviéticos continúan su carrera espacial. En octubre de 1964 se produce el primer vuelo de una nave espacial multiplaza, el Voskhod. *Y el 18 de marzo de 1965, Alexei Leonov es el primer hombre que sale con escafandra de su cabina* Voskhod 2.
En agosto de 1965, Estados Unidos arrebata a la URSS (vuelo Geminis 5*) el récord de duración de un vuelo espacial: Gordon Cooper y Charles Conrad franquean la barrera de una semana en órbita. La tripulación del* Gemini 7 *(Frank Borman y James Lovell) permanecerá catorce días en el espacio. El viaje a la Luna estaba más cerca.*

En los primeros tiempos de su fama mundial, Gagarin se aficionó a viajar. Cuando Titov terminó su vuelo, Gagarin se encontraba en Moscú para participar en la entusiasta recepción popular que se le tributó, pero para ello había tenido que acortar una visita que estaba realizando a Nueva Escocia, invitado por un importante empresario. En octubre de 1961 realizó una visita a Inglaterra de cuatro días, siendo recibido por la reina Isabel II y el príncipe Felipe, quienes le invitaron a almorzar. La gente se echó a la calle para vitorearle. Gagarin —cuentan las crónicas— se mostró en todo momento muy educado, y sobre todo modesto y amable. Rechazó el calificativo de superhombre que algunos periodistas se empeñaban en darle, y dijo sobre este tema: «La gente que realizará los vuelos espaciales en el futuro, en la Unión Soviética, en su país, en todos los países, son gente normal. No hay nada sobrehumano en ellos; se trata simplemente de un entrenamiento intensivo y un cierto grado de conocimiento. Yo no estoy de acuerdo con la división de la gente en simples mortales y en celebridades. Yo sigo siendo una persona normal y no he cambiado en ningún aspecto...» Entre los actos realizados por Gagarin en su visita a Londres hubo uno significativo, la ofrenda de una corona de flores en la tumba de Carlos Marx.

Tanto la *Vostok I* como la *Freedom 7* habían demostrado que el hombre podía moverse y permanecer en el espacio en condiciones de ingravidez, pero no estaban diseñadas para ser operativas. A estos dos primeros vuelos siguieron bastantes más, con tripulaciones de hasta tres astronautas, pero hubo que esperar a la siguiente etapa, la marcada por el proyecto *Gemini* en Estados Unidos y el *Voskhod* en la Unión Soviética, para empezar a experimentar naves espaciales con cierto grado de independencia y operatividad, que podían encontrarse en el espacio con otras y acoplarse entre sí. Esta etapa culminó con el proyecto estadounidense *Apolo,* que llevó al hombre a la Luna, y el soviético *Soyuz,* que permitió la permanencia de astronautas durante largos períodos en órbita de la Tierra.



El héroe ruso con sus hijas Galya y Lena en 1963.

Fallecimiento en acto de servicio

Convertido en héroe nacional, Gagarin, que nunca más volvió a tripular una nave espacial, se presentó a las elecciones al Soviet Supremo en marzo de 1962 por su ciudad natal, Gzhatsk, saliendo elegido como representante. Gagarin participó de cerca en la formación de los astronautas que le siguieron en el espacio, y no volvió a ocupar las primeras páginas de la actualidad hasta el 27 de marzo de 1968, en que fue anunciada su muerte, durante lo que las autoridades soviéticas calificaron de «vuelo de rutina», en un accidente que costó la vida a otro piloto que le acompañaba. Las cenizas de Yuri Gagarin se encuentran depositadas en las murallas del Kremlin, y, tras su muerte, su ciudad natal pasó a ostentar su nombre.

Poco después de producirse los primeros vuelos tripulados, en noviembre de 1961, se reunió por primera vez el Comité de las Naciones Unidas para los Usos Pacíficos del Espacio, establecido durante la sesión de la ONU de 1959. Este comité nunca se había reunido antes debido a que la Unión Soviética y los países de su área de influencia estimaban que no se encontraban suficientemente representados. Sin embargo, la URSS asistió a esta primera reunión, y de ella salió una resolución, adoptada por el comité político de la Asamblea de la ONU el 11 de no-

viembre, sobre los usos pacíficos del espacio exterior. En esta resolución se establecía el registro público de todos los objetos que fueran lanzados al espacio, comprometiéndose los Estados miembros a mantener este registro al día. Los primeros datos fueron facilitados por Adlai Stevenson en marzo de 1962, y daban la cifra de 72 objetos lanzados por Estados Unidos. Poco después los rusos facilitaban su lista, que sólo recogía 16 lanzamientos.

Además de la implantación del registro, la resolución afirmaba el interés común de la humanidad en los usos pacíficos del espacio exterior para beneficio de todos los países, sin tener en cuenta su grado de desarrollo. Un bello principio, del que Gagarin siempre se mostró partidario, pero que todavía no se puede decir que se haya cumplido, como lo demuestran las continuas acusaciones entre las grandes potencias sobre el uso, para el espionaje político, de satélites espaciales.

M. R. de E.

Manifestación en la plaza Roja de Moscú.

Gagarin fue un héroe querido y admirado por el pueblo ruso. En la fotografía de la izquierda, el retrato del cosmonauta desfila junto al de Lenin durante una manifestación en la plaza Roja de Moscú.
Abajo, la viuda de Yuri Gagarin acaricia el retrato de su marido. Los restos del coronel del ejército ruso fueron depositados en el Muro del Kremlin, cerca de los de otro cosmonauta muerto trágicamente, Vladimir Komarov.



La viuda de Yuri Gagarin durante el entierro.

CRONOLOGIA

Política internacional

Ruptura de relaciones diplomáticas entre Estados Unidos y Cuba. Intento de invasión de tropas anticastristas, apoyadas por Estados Unidos, en la bahía de Cochinos.
Apoyo a De Gaulle en el referéndum sobre la independencia de Argelia.
Asesinato en Katanga del primer ministro congoleño Patricio Lumumba. La URSS acusa al secretario general de la ONU y a Bélgica de ser cómplices en el crimen.
Hassán II, rey de Marruecos a la muerte de su padre, Mohamed V. Aumentan las tensiones con España por las posesiones de ésta en Africa.
Africa del Sur abandona la Commonwealth por las críticas que sufre sobre su política de discriminación racial. Se convierte en república independiente.
Es asesinado Rafael Leónidas Trujillo, presidente de la República Dominicana.
Entrevista, sin ningún resultado positivo, entre Kennedy y Jruschov en Viena.
La República Democrática Alemana construye el muro de Berlín para evitar la huida de sus habitantes hacia Occidente.
El secretario general de la ONU Dag Hammarskjoeld muere en accidente de aviación en Rhodesia cuando se dirigía a negociar la unificación del Congo. Le es concedido el premio Nobel de la Paz.
El birmano U Thant, nuevo secretario general de la ONU.
Los militares destituyen a Velasco Ibarra como presidente de Ecuador.
Janio Quadros dimite como presidente de Brasil, acusado de simpatizar con el régimen cubano. Le sucede el hasta entonces vicepresidente J. B. Goulart.
Tropas indias ocupan posesiones portuguesas en Goa, Damao y Diu.
Se celebra en Ginebra la conferencia sobre Laos.
Muere el ex jefe de Estado italiano Luigi Einaudi.

Sociedad

John F. Kennedy funda un «Cuerpo de la Paz» para ayuda a los países subdesarrollados.
Ante las fuertes medidas de socialización en Alemania oriental aumentan las fugas a Occidente.
Publicación de la encíclica Mater et Magistra.

Economía

Comienzan las negociaciones para el ingreso de Inglaterra en el Mercado Común.
Ayuda alimenticia occidental a China popular, asolada por las catástrofes meteorológicas.
Se revalúa el dólar americano.

Ciencia y tecnología

Yuri Gagarin es el primer hombre que vuela alrededor de la Tierra con la nave espacial soviética Vostok I, *aterrizando al cabo de una hora cuarenta y ocho minutos.*
Rudolf Mössbaner obtiene el premio Nobel de Física al conseguir medir la variación de la longitud de onda de los rayos gamma con respecto a la gravedad terrestre.

Sucesos

Adolf Eichmann es condenado a muerte por las atrocidades cometidas en los campos de exterminio nazis, ante un tribunal israelita.

Deportes

El atleta soviético Valeri Blumel establece un nuevo récord mundial de salto de altura al conseguir 2,25 metros.
El español Manuel Santana gana el trofeo Roland Garros de tenis.

Literatura

Ivo Andric: premio Nobel.
Teilhard de Chardin: Himno del universo.
Ingeborg Bachman: El año trigésimo.
Graham Greene: Un caso acabado.
Muere Ernest Hemingway.

Cine

Michelangelo Antonioni: El eclipse.
Jack Clayton: Los inocentes.
François Truffaut: Jules et Jim.
Luis Buñuel: Viridiana.
Otto Preminger: Tempestad sobre Washington.
Pier Paolo Passolini: Accatone.
Alain Resnais: El año pasado en Marienbad.
Robert Wise y J. Robbins: West side story.
Agnès Varda: Cleo de 5 a 7.
Pietro Germi: Divorcio a la italiana.
Oscars de Hollywood a Maximilian Schell por Vencedores y vencidos *y a Sofía Loren por* Dos mujeres.
Mueren Gary Cooper y Chico Marx.

Teatro

John Osborne: Luther.
John Whiting: Los diablos.

Música

Luigi Nono: Intoleranza 60.
Frederic Loewe: My Fair Lady.
Estreno mundial en Barcelona de La Atlántida, *de Manuel de Falla.*

Pintura y escultura

Antonio Saura: Dama.
Kenneth Nolan: Seno negro.
Larry Rivers: Partes del rostro.
Robert Goodnough: Rapto XI.

Arquitectura

José Antonio Coderch: Hotel de Mar, *Mallorca.*
Pier Luigi Nervi: Palazzo del Lavoro, *Turín.*



Ivo Andric, premio Nobel de Literatura.



Cartel de la película Jules et Jim.



Salvador Dalí, Sueño de Mahoma.

1961

En 1912, cuando Francia y España impusieron su dominio colonial en Marruecos, toda Africa estaba gobernada por países extranjeros, con la excepción de Etiopía y Liberia (independizada en 1847). Después de la Primera Guerra Mundial, las colonias alemanas en Africa pasaron bajo el mandato de la Sociedad de Naciones. Egipto consiguió su liberación el 28 de febrero de 1922. Los demás países del continente africano siguieron siendo hasta la primera mitad del siglo XX una gran colonia europea.

En 1954 se inicia en Argelia la gran batalla por la independencia, cuya victoria final llegará el 3 de julio de 1962. Durante cinco días, los argelinos celebrarán, sin interrupción, la libertad de ser un país que dirige sus propios destinos. París está silencioso y Argelia es una fiesta nacional. La bandera —verde, blanca y media luna roja— se iza en todos los balcones, hasta el día anterior cerrados por el miedo. A partir de ese momento, y en el espacio de una década, Africa va a imponer su propia imagen en el mundo.



LA INDEPENDENCIA DE ARGELIA

LA nación francesa regaló a sus ciudadanos las tierras de los agricultores argelinos; quería hacer de su colonia una región más del país, controlada por su gobierno y habitada por auténticos franceses. Pero ¿hasta qué punto era posible excluir al pueblo de Argelia?

En 1931, después de casi setenta años de

1962



sometimiento absoluto al gobierno francés, se manifiesta la primera aspiración de los argelinos, una muy modesta petición para disfrutar de los mismos derechos jurídicos que la población francesa: «Queremos ser franceses à part entière.»

Los pasos posteriores fueron casi idénticos a los dados por otras naciones colonizadas; enfrentamientos armados, aparición de grupos independentistas organizados, líderes y miembros de un «gobierno revolucionario» en la cárcel. Al mismo tiempo, Francia vio cómo caía un gobierno tras otro hasta el fin de la IV República y cómo su héroe, Charles de Gaulle, tuvo que acabar firmando la independencia de Argelia en 1962.



Paso a nivel en la nacional 8; todos los vehículos son controlados

1956. Hace dos años que en Argelia se lucha atrozmente. Los atentados y el terrorismo, por ambos lados, se multiplican. En el cruce de carreteras de la nacional 8, todos los vehículos deben someterse a un severo control. Un nativo cruza pacíficamente seguido de un rebaño de ovejas. La paz y la independencia tardarán todavía seis años en llegar. Y durante ese largo tiempo, torturas, muertes y una batalla a la que pone fin el general De Gaulle, y, sobre todo, la propia historia, que había comenzado con la sumisión del emir Abdel Kader en 1847.

Una larga y dura conquista

Un incidente entre el bey Hussein y el cónsul francés en Argel, en 1827, constituye la base anecdótica de una de las más cruentas implantaciones coloniales del siglo XIX. Desde el año 1830, fecha de la expedición Duperré Bourmont, transcurren diecisiete años hasta que se consigue, en 1847, la sumisión del emir Abdel Kader. Argelia pasaba, después de una prolongada resistencia, de las manos de la todavía llamada Sublime Puerta al poder de París. Parte fundamental en esta prolongada batalla, que lógicamente tuvo hondas repercusiones políticas, corresponde a otra figura histórica, la de Bugeaud, gobernador general de Argelia desde 1841 a 1847, y que, junto al mariscal Lyautey, forma la pareja más notable del ejército colonial francés en el Norte de Africa.

Si bien es cierto que el bey había firmado en 1830 una capitulación incondicional y que el Tratado de Tafna de 1837 sentaba las bases diplomáticas del sometimiento, la resistencia argelina no se venció tan fácilmente ante las evidencias convencionales. Una vez pacificado el país, para utilizar el eufemismo de la época, que encubre la eliminación física de todo tipo de oposición, se pusieron en marcha, desde París, una serie de medidas administrativas que echan los cimientos de unas relaciones entre colonia y metrópoli que siempre serán conflictivas. En 1848 se divide el país en tres departamentos (Argel, Orán y Constantina) que tienen como finalidad la identificación de sus estructuras administrativas y orgánicas con las de la metrópoli; aunque también el término metropolitano sea eufemístico, ya que Argelia será para el francés algo muy distinto del territorio de la patria francesa. La explicación de este peculiar entendimiento radica en que Argelia fue, ciertamente, lo que se conoce con el nombre de una colonia de población. El gobernador general, siguiendo las instrucciones de París, practicó una política de concesión de tierras que hizo que sólo en un año, en 1846, llegasen a Argelia 46.000 colonos franceses, agricultores que con sus familias echaban raíces en suelo argelino. La otra cara de la moneda era que la instalación de estos agricultores se hacía en contra de los intereses de los propios argelinos y bajo la fuerza de las armas del ejército francés. Bugeaud había sido muy claro al respecto: «Hay que impedir a los árabes que siembren, que cosechen, que utilicen los pastos.» De tal forma se aplicó esta política de expolio sistemático que, hacia 1870, aproximadamente 674.000 hectáreas de tierras cultivables y 160.000 hectáreas de bosque estaban ocupadas y explotadas por colonos franceses, cuyo número se elevaba ya en aquellas fechas al cuarto de millón de personas. Los argelinos comenzaban, tras una prolongada resistencia, el papel de espectadores pasivos a la espera de tiempos más favorables; mientras, se forjaban unos lazos indisolubles entre agricultores franceses y pequeños comerciantes, con su mismo ejército colonial, que explicarán mucho más tarde los conflictos que habrían de producirse entre los franceses de Europa y los franceses de Argelia.

El proyecto de asimilación

Asimilación, en el lenguaje colonial, quería decir la pura identificación del territorio argelino con el francés; de tal forma que toda la administración argelina, desde las prefecturas a los departamentos ministeriales, pasa a depender indirectamente de París. Todo el conjunto con la finalidad de facilitar el enraizamiento de los colo-


Un europeo acaba de ser abatido en la calle

Izquierda: Los teletipos de la agencia Keystone en París transmiten con frecuencia, durante aquellos días, noticias como la que acompaña a la foto: «En Argelia se asiste cotidianamente a este espectáculo: un europeo o un musulmán en la calle. En este caso, un ciudadano francés acaba de ser asesinado, y se espera la llegada de una ambulancia.»

nos en una tierra que se presentaba como la prometida. Con este objetivo se promulgó una legislación que desposeía a los propietarios argelinos y distribuía sus tierras gratuitamente entre los franceses. Con la aplicación de este régimen de saqueo sistematizado, en 1930 la propiedad agrícola europea alcanzaba los dos millones y medio de hectáreas. Por otra parte, en el plano administrativo se reprodujo en Argelia miméticamente el modelo francés de comunas y prefecturas para que el francés se encontrase en Argelia como en su casa. Y, coronando esta cúpula de poder, todo un proceso que perseguía privar al árabe de sus propias señas de identidad: destruir la sociedad autóctona y promover el proceso de afrancesamiento, es decir, la antiarabización. El paso primero fue, ciertamente, la privación de la mayoría de los derechos civiles a la población árabe. Habrá que esperar largo tiempo, y, sobre todo, a las conmociones mundiales de la época, para que, en el mes de marzo de 1944, el general De Gaulle concediese a algunos argelinos musulmanes la posibilidad de convertirse en «ciudadanos franceses a título personal»; y hasta 1946 para que los musulmanes de Argelia pudiesen tener unos derechos similares, que no idénticos, a los de los ciudadanos franceses; situación administrativa que se aplicaba con extremo rigor, en especial para poder desempeñar cargos en la función pública.

El primer nacionalismo argelino

La estirpe de Abdel Kader y su lucha encarnizada frente al ocupante extranjero no podían resultar estériles; su tradición tuvo unos lógicos continuadores. Entre los más importantes, en el tiempo y en la política, fue Messali Hadj, quien

Vista de la ciudad de Argel.

Llega un momento en que el gobierno francés se ve obligado a negociar. Entonces comienzan difíciles e interminables reuniones. En la ilustración, los miembros del GPRA (el segundo por la izquierda, A. Ben Bella) en el castillo d'Auroy, en enero de 1962. Desde el 1 de noviembre de 1954 en que había estallado el movimiento nacionalista, Francia se había visto obligada a movilizar a 500.000 soldados. Hasta entonces, los colonos franceses y los militares se habían opuesto a cualquier actitud negociadora por parte del gobierno galo. Una insurrección militar hace caer la IV República. El general De Gaulle es llamado nuevamente al poder, y es él quien consigue poner fin al conflicto argelino con la firma del Tratado de Evian.

desde el año 1927 dirige el grupo llamado «Estrella Norafricana»; curiosamente, esta agrupación nació en Francia, en el seno de trabajadores argelinos emigrados. En esta figura histórica, en este precedente y en su misma evolución intelectual, teñida de fanatismo religioso y de oportunismo político, se encuentra la simiente de un ideal panislámico, así como el sueño secular de la gran «nación árabe». Aproximadamente en la misma época, pero en suelo argelino, surgen otros nombres que figurarán en el elenco de padres de la independencia, aunque todavía con matices frecuentemente confusos; de ellos, el más conocido por su protagonismo posterior será Ferhat Abbas, que en 1931 publica su libro *El joven argelino*. En estos momentos aún no estamos en presencia de una reivindicación rigurosamente independentista; la propuesta es mucho más modesta: se aspira al mismo estatuto jurídico del que disfrutan los franceses residentes en Argelia; como decían muy gráficamente: «Queremos ser franceses *à part entière.*» Ya en 1935, como formación más sólida, nace el Partido Comunista Argelino, aunque con el lastre de constituirse como sección delegada del Partido Comunista francés, con todo lo que ello quería decir en los años de la Komintern; dependencia que, además, en el futuro provocaría serias contradicciones entre ambas formaciones, dado el carácter colonialista del comunismo francés. Pero la realidad es que, en aquel entonces, nadie —individuos, agrupaciones, partidos políticos— pone en tela de juicio la soberanía francesa.

Es preciso, en una visión panorámica, mirar hacia el mundo árabe y contemplar el despertar de una idea nacional que va a movilizar las masas populares desde Bagdad hasta Rabat. Por esta razón, quizás el primer movimiento organizado, con una dirección concreta, se materialice, todavía primariamente, en el año 1936, con ocasión de celebrarse el Congreso Musulmán Argelino; tiempos que, no debe olvidarse, son también los esperanzados del Frente Popular en Francia. De este congreso saldría la aprobación de la *Carta reivindicativa del pueblo argelino musulmán;* texto sin llamamientos revolucionarios ni tampoco independentistas. La carta era la expresión de un ideario reformista que podría resumirse así: el argelino debe ser igual en todos sus derechos al francés. Casi como una concatenación lógica de hechos, una secuencia cinematográfica, en marzo de 1937, Messali Hadj funda un nuevo partido, de nombre muy significativo: el Partido del Pueblo Argelino. Como respuesta, el gobierno de París puso en estudio diversos proyectos reformistas, entre otros el famoso Blum-Viollette, que, por otra parte, nunca vieron la luz. Negativas y vacilaciones que coherentemente irán favoreciendo el crecimiento de las



Miembros de GPRA (Gobierno Provisional de la República Argelina)

reivindicaciones y en particular las del partido de Messali Hadj. Su ascendiente popular hizo que el gobierno de París decretase en 1939 la disolución del partido y el encarcelamiento de su líder, quien en 1941 fue procesado y condenado a trabajos forzados. Era el momento en que la Segunda Guerra Mundial también llegaba al mundo colonial, en donde el régimen colaboracionista del mariscal Pétain en Vichy no tuvo serias dificultades; éstas empezaron cuando se produjo el desembarco anglo-americano en el norte de Africa el 8 de noviembre de 1942; desembarco que contenía un mensaje sublimal independentista. El argelino, además, tuvo ocasión de presenciar diversos enfrentamientos entre militares franceses, divididos en su lealtad a la Francia libre o en su seguimiento de Pétain.

Las vísperas insurreccionales

Ferhat Abbas, muy pocos días después del desembarco aliado en las costas norteafricanas, dirigía un mensaje de los representantes de los musulmanes argelinos a las autoridades responsables en el que, entre otras cosas, se recoge fielmente el ideario del presidente Franklin D. Roosevelt, quien, por cierto, tan abiertamente expuso en la Conferencia de Casablanca: «Si esta guerra, como ha declarado el presidente de Estados Unidos, es una guerra de liberación de los pueblos y de los individuos, sin distinción de raza y de religión, los musulmanes argelinos se asociarán con todas sus fuerzas y con todos sus sacrificios a esta lucha de liberación.» Por desgracia, este mensaje no halló interlocutor; Francia se encontraba enfrentada al problema de su propia división interna y de su liberación del yugo nazi. Un segundo manifiesto, del 22 de diciembre de 1942, era mucho más explícito: «El pueblo argelino exige desde hoy mismo la condena y la abolición del colonialismo, la aplicación a todos los países del derecho de los pueblos a disponer de ellos mismos.» El mecanismo, de forma imparable, ya estaba en marcha. Un tercer manifiesto, del 26 de mayo de 1943, pide «la garantía de la integridad y de la unidad del territorio argelino y, por otra parte, el reconocimiento de la autonomía política de Argelia en tanto que nación soberana.» La ordenanza del 7 de marzo de 1944, dictada ya por De Gaulle desde la misma Argelia, en donde se encontraba instalado el Comité Francés de Liberación Nacional, no respondió plenamente a las aspiraciones argelinas y provocó más frustraciones que ilusiones; en otras palabras, las nuevas promesas, que encubrían un nuevo proyecto integracionista, no sólo llegaban tardíamente, sino que hacían gala de una extrema torpeza política.

La orientación independentista, todavía difusa y aún no popular, comienza a tomar cuerpo cuando, mediante el apoyo y la discusión en torno a los distintos manifestos, se alcanza un entendimiento entre los partidarios de Messali Hadj, los comunistas y otros grupos de carácter religioso. La chispa salta con motivo de la fiesta del Primero de Mayo del año 1945. Los manifestantes, trabajadores argelinos, junto a los eslóganes proletarios, enarbolan banderas nacionalistas y corean gritos independentistas. Aquel día, las manifestaciones en Argelia se cierran con el saldo de varios heridos y tres muertos, causados por los disparos de la gendarmería.

Todavía no ha llegado el gran día de la independencia. Mientras tanto, una joven argelina, rodeada de cascos de la policía francesa, hace ondear la bandera de la cercana liberación.



Disturbios en Argelia.

La batalla de Argel tuvo toda suerte de episodios, desde barricadas que trataban de impedir la guerra abierta o defender una zona de la ciudad, hasta manifestaciones en donde mujeres musulmanas (ver página siguiente) se apiñan junto a una mujer europea con gorra militar y bandera. Llegó un momento en que las raíces del pasado y el anhelo de un futuro independiente no dejaban ver el presente. En esa situación, los acuerdos de Evian que condujeron a la independencia supusieron doce días de trabajo y un documento de 93 páginas. En las cláusulas de los acuerdos se regulaba la transición a la independencia del nuevo país. A los dos días de un referéndum surgió la República Argelina (3 de julio de 1962).

Ocho días después son las autoridades francesas las que celebran el armisticio, firmado en la metrópoli, que sella la rendición del ejército alemán. En estos nuevos festejos reaparecen las banderas blanquiverdes. En la región de Constantina, en la localidad de Sétif, se originan enfrentamientos violentos entre argelinos y franceses; la protesta se extiende rápidamente a otras ciudades de la región, trascendiendo a las montañas, desde donde se continúan los enfrentamientos. La situación no será dominada por el ejército francés hasta finales del mes de junio. Las cifras oficiales proporcionan la información de víctimas: 97 muertos franceses y más de 100 heridos; los muertos árabes, según las fuentes oficiales francesas, llegaban a 1.500; las fuentes argelinas arrojaban la cifra de más de 50.000 muertos.

Desde los sucesos iniciados en Sétif, el mecanismo acción-represión ya no se detendría. Las autoridades coloniales procedieron a más de 5.000 detenciones, y los tribunales dictaron 151 sentencias de muerte, de las que se ejecutaron 28. De ahora en adelante, ya sería imposible el entendimiento entre colonizadores y colonizados. Ni tan siquiera el estatuto de 1947, aprobado por la Asamblea Nacional de la IV República francesa el día 20 de septiembre, detendría las aspiraciones totales del pueblo argelino. Antes de la aprobación del estatuto, el gobierno de París había rechazado todas las propuestas, ciertamente no revolucionarias, de los representantes y notables musulmanes, Ferhat Abbas entre otros, que habían sido amnistiados. Según los especialistas, el estatuto de 1947 se basaba en dos puntos claves: «Primero: El principio de asimilación (Argelia forma parte de Francia). Segundo: El principio de descentralización (Argelia es una unidad administrativa peculiar constituida por varios departamentos).» Evidentemente, estos dos principios clausuraban toda hipotética vía conducente a la independencia; puesto que, por encima de la letra, estaba la realidad: una Asamblea con dos colegios electorales, uno francés y otro árabe, elegidos los representantes por sus cuerpos electorales respectivos; una Asamblea, por lo demás, sin capacidad alguna legislativa. Y en la cima del poder, la figura del gobernador general, delegado de París, que reunía en sus manos todo el poder ejecutivo. El estatuto de 1947, tan debatido, era absolutamente inaceptable para los argelinos. En primer lugar, porque no recogía sus aspiraciones fundamentales; en segundo lugar, porque las elecciones celebradas para la constitución de la Asamblea, en las consultas de los años 1948, 1951 y 1954, fueron además manipuladas, por muy diversos medios, por la administración colonial francesa. Debe recordarse, para completar la totalidad del panorama, que en aquellos mismos años Francia vivía el drama de la guerra de Indochina, y que, en el mismo Magreb, el Marruecos de Mohamed V y la Tunicia de Habib Burguiba luchaban ya abiertamente por una independencia total.

La revolución argelina

El día 1 de noviembre de 1954, Argelia se ponía en pie de guerra; en la noche de aquella jornada histórica se perpetraron más de 70 ac-



La barricada intenta defender una zona de la ciudad



Una mujer europea, algunos veteranos y mujeres musulmanas en una manifestación

ciones combativas en todo el territorio nacional: ataques a edificios oficiales, explosiones, atentados a servicios públicos, muertes de militares y agentes del orden. Al mismo tiempo, una nueva organización, el Frente de Liberación Nacional (FLN), se da a conocer mediante un llamamiento a la lucha armada cuyo objetivo último es la independencia nacional por medio de «la restauración del Estado argelino soberano, democrático y social, en el marco de los principios islámicos». París respondió de inmediato: Argelia era francesa y continuaría siéndolo, y el envío de varios destacamentos de paracaidistas para reforzar los ya abundantes efectivos militares. Para completar la respuesta, Jacques Soustelle, reputado arqueólogo y conocido golista, que luego pasaría a posiciones de extrema derecha, era nombrado gobernador general, con poderes ampliados por la promulgación del estado de excepción.

El número de afiliados al FLN, procedentes de diversas formaciones políticas o sin ninguna experiencia militante previa, crece rápidamente. La dirección militar del movimiento, en manos de argelinos que habían luchado en las filas francesas durante la Segunda Guerra Mundial, como Ahmed Ben Bella, se combinó con actividades terroristas, destinadas a disuadir a la población francesa de su propósito de permanecer indefinidamente, y en situación hegemónica, en Argelia. El 20 de agosto de 1955, la insurrección se generaliza y llega a las ciudades; sólo en esta jornada, también histórica, mueren 71 franceses y 1.300 argelinos; las detenciones entre la población civil se multiplican. El FLN ha sabido conectar con los deseos del pueblo argelino y, desde el primer momento, para el francés será imposible distinguir entre el militante argelino, el combatiente o el simple campesino; incluso la mujer, secularmente apartada por razones religiosas, participa activamente en la lucha armada.

En 1956 el FLN alcanza otro de sus triunfos más importantes: la internacionalización de pleno derecho de la guerra de emancipación. Ferhat Abbas, representante de las tendencias moderadas, se une al Frente, refugiándose en El Cairo. A finales de octubre de aquel mismo año tiene lugar un incidente de repercusiones importantísimas. El avión en que viaja Ben Bella y otros dirigentes del FLN, de Rabat a Túnez, es desviado en pleno vuelo por la aviación militar francesa, secuestrando a sus ocupantes, que permanecerán en cárceles francesas hasta el final de la guerra en 1962. A los héroes anónimos de la Kasba argelina se sumaban ahora los nombres propios de los dirigentes de la revolución. Un paso más en la internacionalización del conflicto se produce en 1958, cuando el 8 de febrero la aviación francesa bombardea la población tunecina de Sakiet-Sidi-Yussef, causando no pocas víctimas y graves daños entre la población civil, bajo el argumento del apoyo dado por el gobierno de Túnez al FLN. Incidente que, no por azar, sobrevenía poco tiempo después de una oferta de negociación conjunta elevada al gobierno de París por Mohamed V y por Burguiba.

Y, al igual que no hacía mucho había ocurri-

1962

La independencia de Argelia

AHMED BEN BELLA (Marnia, Orán, 1916)

Hijo de campesinos de Marnia, pueblo próximo a la frontera marroquí, Ahmed Ben Bella inició los estudios secundarios, que no llegó a terminar, en el liceo de Tlemcen. Durante la Segunda Guerra Mundial luchó en la campaña de Italia, primero como sargento de los tiradores argelinos y después como sargento primero de los tabores marroquíes. Fue condecorado por el general De Gaulle por su actuación en Monte Cassino.

Militante del Partido Popular Argelino (convertido en 1946 en Movimiento para el Triunfo de las Libertades Democráticas), fue, en 1949, uno de los fundadores y dirigentes de la OS (Organización Especial), que agrupaba en el seno del movimiento nacionalista a los partidarios de la acción armada. Como consecuencia del ataque a la central de Correos de Orán para conseguir fondos para el partido, fue encarcelado en la prisión de Blida, de la que se evadió en 1952 y huyó a Egipto. Desde entonces se afirmó como uno de los líderes más destacados del Comité Revolucionario de Unidad y de Acción y del Frente de Liberación Nacional.

El 26 de octubre de 1956, el avión que le conducía de Marruecos a Tunicia fue interceptado por la aviación francesa. Detenido junto con algunos de sus compañeros, Ben Bella permanecería en las prisiones francesas (primero en Argel y después en la Santé, en la isla de Aix y en el castillo de Turquant) hasta el 18 de marzo de 1962, día de la firma de los Acuerdos de Evian.

Nada más proclamada la independencia de Argelia, los distintos grupos, únicos hasta entonces por la lucha contra Francia, comienzan a enfrentarse entre sí, a veces de forma sangrienta, en una pugna por el poder, en la que terminaría imponiéndose Ben Bella gracias al apoyo del Ejército de Liberación Nacional, encabezado por el

coronel Bumedian El 3 de agosto de 1962, Ben Bella entraba en Argel en medio del entusiasmo popular.

En una Argelia destruida por ocho años de guerra y la salida de un millón de *pieds-noirs*, Ben Bella intentó durante tres años instalar un socialismo *sui generis*, desde los puestos claves de presidente de la república y secretario general del FLN, que terminó convirtiéndose en una dirección absolutamente personal.

El 19 de junio de 1965, Huari Bumedian dirigió un golpe militar que derrocó al presidente, encontrando sólo una pequeña oposición materializada en dos levantamientos, en Sone y en Orán, que fueron sofocados en seguida. En el proceso secreto que se le incoó, Ben Bella fue acusado de «abuso del poder personal, de la no utilización de las instituciones nacionales y de mala gestión de los asuntos económicos».

Su encarcelamiento en condiciones de aislamiento total —únicamente su madre consiguió en un principio autorización para visitarle— se prolongó hasta el 4 de julio de 1979, fecha en que fue colocado en régimen de libertad vigilada. Una serie de campañas internacionales a favor de su liberación, iniciadas al poco del golpe de Estado, no tuvieron ningún efecto hasta después de la muerte de Huari Bumedian. El 30 de septiembre de 1980 termina su largo cautiverio —más de un tercio de su vida en prisión—, el gobierno anuncia su libertad total, y Ben Bella se instala en Argel en compañía de su esposa, Zohra Sellami, joven periodista de la izquierda islámica, a la que conoció por mediación de su madre y con la que contrajo matrimonio en sus años de detención en Argelia.

Dedicado durante su largo período de aislamiento a la lectura del Corán y de los místicos árabes, el pensamiento político del que en otros tiempos fue considerado como el «Fidel Castro árabe» parece haber sufrido una profunda transformación, y en sus declaraciones más recientes afirma su convicción en la posibilidad de una renovación del mundo islámico gracias a sus valores intelectuales y a sus posibilidades energéticas y financieras, y propone la elaboración de un proyecto de civilización cualitativamente superior a la que pueden ofrecer tanto el mundo capitalista como el socialista.





En el cartel, «Los generales traidores, a prisión»

do en Indochina, comienzan a sucederse los nombres de ilustres militares que, uno tras otro, a las derrotas del Sudeste asiático tienen que sumar la impotencia para reprimir la sublevación nacional en Argelia. Por su parte, la comunidad internacional adopta posiciones claramente. El entonces senador John F. Kennedy declaraba en junio de 1957: «Argelia no es un problema exclusivo de Francia. Más tarde o más temprano, Francia deberá reconocer la existencia de un Estado argelino; ha llegado el momento en que Estados Unidos se enfrente con las duras realidades de la situación y asuma sus responsabilidades para trazar el camino hacia la independencia de Argelia.»

La crisis de 1958 y de la IV República

El año 1958 marca el giro decisivo de la revolución argelina por un número considerable de razones. Pero, entre todas, tiene particular importancia la crisis misma del sistema político francés. El aparato militar, derrotado en Indochina (1954) y humillado por el fracaso de la expedición franco-británica sobre el canal de Suez (1956), demuestra su incapacidad para domeñar la sublevación nacional argelina. Su descontento enlazó fácilmente con el temor de los colonos franceses, que veían en el horizonte la pérdida de sus privilegios económicos y lo inevitable de su retorno a la metrópoli. Era necesario buscar un chivo expiatorio: la IV República, en primer lugar, y el sistema de partidos políticos, por extensión fascista. El día 13 de mayo de 1958, los generales Salan y Massu, con el apoyo de la población civil francesa de Argel, dan un golpe de mano y comunican a René Coty, presidente de la República, que han asumido todos los poderes militares y civiles, y exigen la constitución en París de un gobierno de salvación nacional o de salud pública. El día 1 de junio de 1958, bajo la amenaza del envío de paracaidistas, los tristemente famosos «paras», la Asamblea Nacional francesa votaba la investidura del general De Gaulle, al tiempo que le otorgaba plenos poderes. En esta ocasión de suicidio político colectivo de los parlamentarios franceses, sólo se alzó en el hemiciclo la voz de Pierre Mendès-France para denunciar tal postura abandonista: «Sean cuales sean mis sentimientos hacia el general De Gaulle, no votaré a favor de su investidura. No admito el voto bajo la amenaza de la insurrección y del golpe de fuerza militar. La decisión que se va a tomar no será libre, está dictada. No aludo a amenazas individuales, sino al chantaje de la guerra civil y a la amenaza de un golpe de fuerza contra los representantes del pueblo.»

Charles de Gaulle, investido de plenos poderes, llegaba a Argel el día 4 de junio de 1958 para decir al auditorio francés que le aclamaba, simplemente: «*Je vous ai compris.*» Más adelante, hablaría de «la paz de los valientes», como homenaje a todos los combatientes. El 28 de septiembre de 1958 tendría lugar el referéndum que aprobaba la Constitución de la V República francesa. De Gaulle tenía ya también el refrendo moral del electorado. Sólo unos días antes, como en una operación concertada, el 19 del mismo mes de septiembre, el FLN daba un paso



Tanques delante del Gran Palacio en París.

De izquierda a derecha: «Huelga general de una hora en París después de los últimos acontecimientos en Argelia» (24-IV-61). «Los generales rebeldes Zeller, Jouhaud y Salan abandonan la delegación general después del fin de la insurrección» (28-IV-61). «Medidas de precaución en París ante los acontecimientos argelinos. Tanques delante del Gran Palacio» (24-IV-61). «Carteles del GAR (Grupos de Acción y de Resistencia) en París ante la campaña del referéndum argelino» (26-III-62).

adelante anunciando la constitución del Gobierno Provisional de la República Argelina (GPRA), bajo la presidencia de Ferhat Abbas; Ben Bella, vicepresidente, y otros cuatro ministros continuaban en las cárceles francesas. Este gobierno provisional fue rápidamente reconocido por un elevado número de gobiernos árabes, afroasiáticos y de países socialistas. Ante la recién estrenada V República, el pueblo argelino designaba su interlocutor para cualquier posible negociación.

Pero había otras razones quizá más profundas que la propia caída del sistema político, y era la crisis moral de la nación francesa. No sólo fueron ya los complots y las conjuras, sino también la organización de cuerpos paramilitares, de extrema derecha, profundamente racistas, como la sangrientamente célebre OAS, que llevaron la muerte y la destrucción al suelo de la misma Francia y que, cuando advirtieron las intenciones reales del presidente De Gaulle, incluso atentaron contra su propia vida. La reacción del general contra sus antiguos compañeros de armas, los que le habían aupado al poder en la jornada del 13 de mayo, no vaciló en llevar a tan ilustres soldados a tribunales que les condenaron a largas penas de prisión y les expulsaron del ejército.

Sin embargo, aún había más en esta crisis moral que corroía como un cáncer a la conciencia de la nación francesa. Dos libros, *La gangrena* y *La cuestión,* pusieron ante los ojos de la opinión pública francesa el comportamiento de su ejército colonial. Decían aquellos militares, tan pomposamente cantados por novelistas de la talla de un Larteguy, que practicaban la guerra psicológica aprendida del Vietminh en las campañas de Indochina. La verdad, como siempre ocurre, era mucho más simple: en Argelia se practicaba organizada y sistemáticamente la tortura. Frantz Fanon, médico martiniqués y uno de los primeros pensadores de la ideología liberadora de los pueblos, en un texto inolvidable, *Los condenados de la tierra,* hizo una penetrante denuncia del sistema represivo del colonialismo francés e incluso enriqueció la terminología psiquiátrica con una nueva enfermedad: el sín-

La OAS, organización paramilitar, que llevó la sangre hasta territorio francés, era el gran enemigo que llegó a atentar contra el presidente De Gaulle, quien no dudaría en llevar a los tribunales a los generales rebeldes.

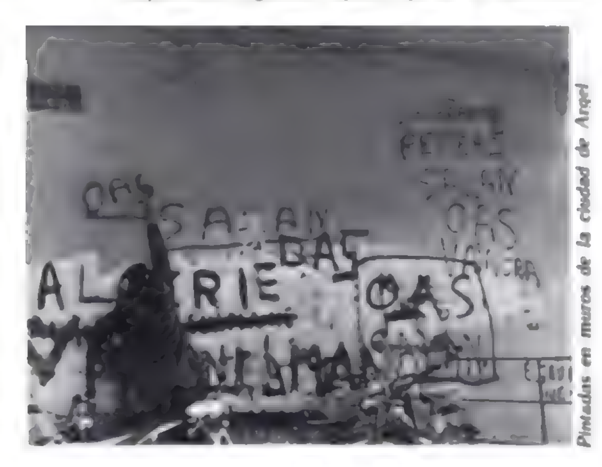


«He aquí a los asesinos, OAS y sus jefes».



Repatriados argelinos llegan al puerto de Marsella

Comienza el éxodo para miles de repatriados que llegan al puerto de Marsella (27-V-62). Detrás quedaba una nación ensangrentada; había que comenzar por blanquear de negro y sangre los muros de la ciudad. Sólo quedaba por subrayar la afirmación de los jefes argelinos: «No se excluye una libre cooperación entre Argelia y Francia en el mutuo respeto de sus intereses recíprocos.»



Pintadas en muros de la ciudad de Argel

drome norteafricano, irreversible en el argelino que había pasado por las mazmorras francesas. El famoso manifiesto de los 101 intelectuales franceses ahondó la herida y la separación en la *intelligentsia* francesa. Hombres como Albert Camus alzaron su voz a favor de la «Argelia francesa». Otros, encabezados por Jean-Paul Sartre, hicieron suya la causa del pueblo de Argelia. En marzo de 1958, el padre del existencialismo francés publicó dos artículos que fueron otros tantos aldabonazos en la adormecida conciencia intelectual de Francia; se titulaban «Todos somos asesinos» y «Una victoria»; en este último afirmaba: «Imposible, no es francés: en 1958, en Argelia se tortura regular, sistemáticamente; todo el mundo lo sabe, pero nadie habla.» Y concluía: «Si queremos terminar con estas inmundas y tristes crueldades, salvar a Francia de la vergüenza y a los argelinos del infierno, sólo tenemos un medio, el mismo de siempre, el único que tenemos y el único que tendremos: abrir las negociaciones y hacer la paz.»

Los acuerdos de Evian: Argelia independiente

Como si de una tardía caja de resonancia se tratase, enfrentado a la imposibilidad de ganar una guerra perdida de antemano, asediado por la presión internacional, ocupado por la intención de hacer una Francia distinta bajo su presidencia, y ejerciendo hábilmente las excepcionales cualidades de hombre de Estado que siempre tuvo, el presidente De Gaulle hacía unas propuestas concretas para negociar el día 16 de septiembre de 1959: Francia reconocía a Argelia el derecho de decidir sobre su propio destino. Tras un alto el fuego necesario y un período de calma, ofrecía una negociación sobre la base de tres alternativas: una, la integración simple y directa con Francia; dos, la asociación con Francia en términos sumamente vagos, no explicitados; tres, la independencia y la constitución de un Estado soberano. Justo es también recordar de qué forma había fracasado el ambicioso proyecto golista de crear una «Unión Francesa», al estilo de la Commonwealth británica, tras el fiasco de las consultas a las colonias en el año 1958. Sin embargo, más que con las pretensiones francesas había que contar con las exigencias argelinas.

Ciertamente, no era esta solución la esperada por los partidarios de la «Argelia francesa», por aquellos que precisamente habían puesto todas sus esperanzas en la conquista del poder metropolitano por el general De Gaulle. En enero de 1960 hubo nuevas protestas violentas en Argelia por parte de los franceses contra su gobierno de París. La OAS recrudeció sus actividades, en aquella extraña mescolanza de pretorianos y *pieds-noirs.* Pero la oferta hecha por De Gaulle era inconmovible. Sólo quedaba la aceptación del otro interlocutor. El 29 de febrero de 1960 llegaba la respuesta del GPRA: «Sólo hay una opción: la independencia, de la que no se excluye una libre cooperación entre Argelia y Francia en el mutuo respeto de sus intereses recíprocos.» Las prenegociaciones comenzaron el 29 de junio de 1960 en la ciudad de Melun. Los primeros contactos no fueron fáciles, y las reticencias, múltiples; aumentadas en particular por el deseo francés de desgajar del territorio del nuevo Estado todo el espacio correspondiente al Sáhara argelino, especialmente apetecido por la riqueza de sus yacimientos petrolíferos y de gas natural.

Finalmente, las negociaciones oficiales se abrían el día 7 de abril en la ciudad de Evian. Todavía, el 21 de abril de aquel año, se registró otro intento de golpe de fuerza contra De Gaulle, acaudillado en esta ocasión por el general Challe. La respuesta de De Gaulle, como en anteriores ocasiones, también fue particularmente dura. El día 20 de mayo se constituían las delegaciones oficiales en las negociaciones de Evian, presididas, respectivamente, por Louis Joxe y por Belkasem Krim.

Durante el tiempo que duraron las transacciones se registraron notables cambios políticos que pesarían de modo decisivo en la orientación del futuro Estado; fundamentalmente, la sustitución en la presidencia del GPRA de Ferhat Abbas por Ben Khedda, en línea más acorde con los proyectos revolucionarios del Frente de Liberación Nacional. Superado el escollo que representaba el contencioso del Sáhara, lógicamente mediante su integración total en el territorio estatal argelino, firmado el alto el fuego en marzo de 1962, el día 5 de julio de 1962 se proclamaba la independencia de Argelia. Habían terminado ciento treinta y dos años de colonialismo y siete interminables años de una guerra que había causado miles de muertos. Ben Bella, liberado de la cárcel en loor de multitud, sería el primer presidente del nuevo Estado. Era el punto final de la lucha por la independencia y comenzaba la batalla por la identidad cultural y socioeconómica del pueblo argelino, que había protagonizado una de las más heroicas epopeyas en la lucha por la descolonización.

R. M.

Bibliografía básica

CAMUS, A.: *Problemas de nuestra época. Crónica argelina,* Losada. Buenos Aires, 1960.
FANON, F.: *Los condenados de la tierra,* Fondo de Cultura Económica. México, 1963.
LACHERAF, M.: *L'Algérie: nation et société,* F. Maspero. París, 1975.
LE TOURNEAU, R.: *Evolution politique de l'Afrique du Nord musulmane,* A. Colin. París, 1962.
OPPERMAN, T.: *Le problème algérien. Données historiques, politiques et juridiques,* F. Maspero. París, 1961.
ROY, J.: *La guerra de Argelia,* Seix Barral. Barcelona, 1961.
SARTRE, J.-P.: *Situations V. Colonialisme et néo-colonialisme,* Gallimard. París, 1964.
TALEB, A.: *Cartas desde la prisión (1957-1961),* Fondo de Cultura Económica. México, 1976.



Junio de 1962: las calles de Argel se van llenando de banderas verdiblancas, de medias lunas y de estrellas rojas, como señal de la independencia recién conquistada. Es el final de una larga y cruenta guerra de liberación nacional, que ha enfrentado durante años al FLN argelino y al Estado francés; una guerra que muchos periodistas y testigos describen como especialmente sucia y sangrienta, y en la que no ha faltado ni la tortura ni el atentado. Una guerra que ha puesto en las cuerdas a las instituciones políticas de la metrópoli y que ha hecho nacer en su seno el problema de los terroristas de la OAS.



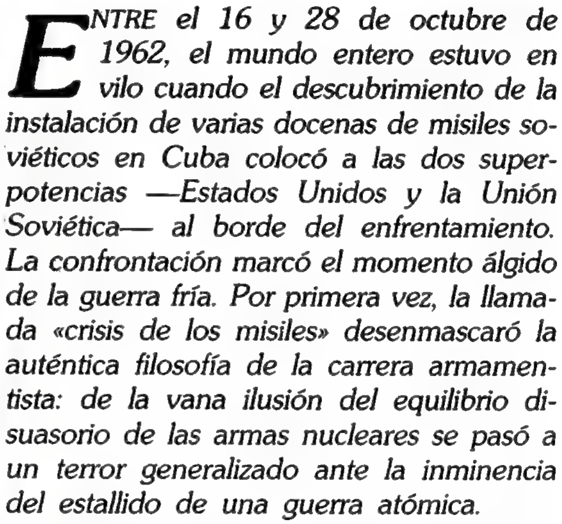


Carteles de la revolución (cedidos por la embajada de Cuba).

Menos de 100 millas separan a la isla de Cuba de las costas norteamericanas: demasiada proximidad para dos países políticamente antagónicos y que consideran a su vecino el gran culpable de los males que achacan a todo el continente. La rápida evolución de Fidel Castro hacia el comunismo y la influencia soviética causaron auténtico pavor en Washington, y desde entonces las relaciones entre ambos Estados no han hecho sino agriarse. El punto de máxima tensión se alcanzó en el otoño de 1962, cuando la Administración Kennedy amenazó con la guerra si la URSS no desmontaba las bases de misiles que acababa de instalar en la isla.



1962



LA CRISIS DE LOS MISILES

ENTRE el 16 y 28 de octubre de 1962, el mundo entero estuvo en vilo cuando el descubrimiento de la instalación de varias docenas de misiles soviéticos en Cuba colocó a las dos superpotencias —Estados Unidos y la Unión Soviética— al borde del enfrentamiento. La confrontación marcó el momento álgido de la guerra fría. Por primera vez, la llamada «crisis de los misiles» desenmascaró la auténtica filosofía de la carrera armamentista: de la vana ilusión del equilibrio disuasorio de las armas nucleares se pasó a un terror generalizado ante la inminencia del estallido de una guerra atómica.

El mundo acababa de presenciar el enfrentamiento previo de Moscú y Washington por la crisis de Berlín del año anterior. En ese mismo año de 1961 se había gestado sin éxito la invasión de Cuba en la bahía de Cochinos por una pequeña fuerza de exiliados cubanos que soñaban con derribar a Fidel Castro con un asalto anfibio desde las costas de Florida (Estados Unidos) y desde otros puntos del Caribe. El fracaso de la operación, en abril de 1961, incrementó la popularidad interna de Castro y los sentimientos antiyanquis en toda Latinoamérica, además de suponer un rudo golpe para la imagen de John F. Kennedy, un joven presidente que había llevado a la Casa Blanca aires liberales ese mismo año, tratando de identificarse con el anticolonialismo y las causas de la paz.



Fidel Castro, el centro de una batalla entre los «dos grandes».



Cuba. La Habana.

Kennedy había prometido durante la campaña que le llevó a la presidencia de Estados Unidos una política diferente para Latinoamérica, capaz de conciliar la defensa de los intereses económicos norteamericanos con la democracia y las libertades. Pero se encontró con el regalo envenenado de Cuba y tuvo que apoyar la invasión de la isla que habían proyectado los refugiados anticastristas.

La bahía de Cochinos

El desastre de la bahía de Cochinos, la continuidad por Estados Unidos en la base naval de Guantánamo, en territorio cubano, y el resentimiento acumulado en Norteamérica por la llegada de Fidel Castro al poder en 1959 habían situado las relaciones entre Estados Unidos y Cuba en una posición insostenible. El mayor punto de fricción no sólo era la pérdida de los enormes intereses económicos en la isla —donde las compañías estadounidenses controlaban, según cifras de 1956, el 80 por 100 de los servicios públicos, el 90 por 100 de las minas y de la agricultura y el 40 por 100 de las plantaciones de azúcar—, sino el apoyo activo y el envío de armas por parte de la Unión Soviética y el resto de las naciones comunistas a la revolución castrista. El sentimiento nacionalista antiamericano, deliberadamente impulsado por Castro para aumentar la popularidad de su régimen, hizo temer en Estados Unidos que la consolidación política, económica y militar de Cuba acabaría convirtiendo las armas y los asesores soviéticos enviados a Castro en un trampolín para nuevas revoluciones a lo largo de todo el hemisferio occidental. En 1961, Estados Unidos rompió sus relaciones diplomáticas con La Habana y advirtió a Fidel Castro que, si intentaba ocupar la base de Guantánamo, una intervención militar norteamericana sería inevitable.

La crisis de los misiles salta en este contexto de tensión. En el verano de 1962, varios aviones de reconocimiento y la marina norteamericana empezaron a observar la llegada a los puertos cubanos de un creciente número de barcos soviéticos. Pocas semanas después, refugiados cubanos que seguían llegando a Florida dieron la primera señal de alarma de que centenares de asesores rusos estaban construyendo varias rampas de lanzamiento para unos 70 misiles de medio alcance. El gobierno Kennedy reaccionó con sorpresa y consternación ante el peligro que suponía instalar estos nuevos ingenios a sólo 150 kilómetros de las costas de Florida.



Raúl Roa, ministro de Asuntos Exteriores. Pruebas que muestran la intervención de EE. UU.

Jruschov juega fuerte

En la Unión Soviética se contemplaba con idéntica aprensión la superioridad norteamericana en la carrera nuclear. El secretario de Defensa de Estados Unidos, Robert McNamara, había hecho un pronunciamiento en tal sentido asegurando al público norteamericano que si la Unión Soviética se atreviese a lanzar un ataque por sorpresa, Estados Unidos contaba con un almacén de misiles y bombas atómicas suficiente como para hacer «desaparecer de la civilización» al adversario soviético. Nikita Jruschov, consciente de esta ventaja norteamericana, se enfrentaba con una crisis interna y externa cada vez mayor, acosado por el sector estalinista para que corrigiera la desventaja atómica y presionado igualmente desde el exterior por el régimen maoísta de China.

Cuba se presentaba como una oportunidad para remontar estas señales de debilidad. Fidel Castro acababa de pedir protección a la Unión

Soviética ante una eventual nueva invasión procedente de Estados Unidos. El régimen castrista creyó inicialmente que bastaría con una declaración pública de apoyo, pero Jruschov aprovechó la oportunidad y tomó la decisión de enviar a Cuba, entre otras armas, un contingente de misiles. Con ello intentaba corregir la neta desventaja de la Unión Soviética en el terreno de los misiles intercontinentales.

El 14 de octubre, los aviones espías norteamericanos *U-2* obtuvieron las primeras pruebas firmes de la instalación de los misiles soviéticos. El Pentágono envió al presidente Kennedy un informe que aseguraba que las nuevas armas tendrían en pocas fechas la capacidad de alcanzar todas las ciudades norteamericanas al este de Chicago. Al día siguiente, Kennedy convocaba, en un desayuno de trabajo, al Consejo de Seguridad Nacional, convencido de que las indagaciones y aclaraciones que había exigido a través del Departamento de Estado y de su propio asesor, Theodore Sorensen, ante la embajada soviética en Washington no habían servido para esclarecer las verdaderas intenciones de Moscú. El embajador soviético Anatoly Dobrynin negó que los misiles *SAM*, de fabricación rusa, se estuvieran instalando en territorio cubano, aunque posteriormente aseguraría que las armas transportadas a Cuba por los barcos soviéticos eran de naturaleza defensiva y no representaban ningún peligro o amenaza para la seguridad de Estados Unidos. Los vuelos de los aviones *U-2*, sin embargo, seguían acumulando información, en la que se comprobaba que el número de técnicos rusos había crecido hasta 2.000, que los misiles instalados o a medio instalar superaban la cifra de 40, que también se habían entregado a Cuba embarcaciones ligeras con sistemas de lanzamiento de misiles, y que se había detectado la presencia de varios cazas *MiG-21*.

El presidente norteamericano envió a su hermano Robert Kennedy, que ocupaba el cargo de secretario de Justicia, para que se entrevistase de nuevo con el embajador Dobrynin, en un último intento por disuadir a Jruschov de sus intenciones, pero sólo obtuvo la misma respuesta negativa y una comunicación del propio líder soviético afirmando que la URSS no trataría,

El desembarco de los anticastristas en la bahía de Cochinos fue un fracaso militar y un duro golpe político para el presidente Kennedy, que acabó siendo acusado por los exiliados cubanos de hacer fracasar el intento de invasión. Para Fidel Castro, en cambio, supuso, además de una considerable inyección de popularidad, la confirmación de que la militarización de la sociedad cubana era una necesidad ineludible e inseparable de su proyecto político.



Playa Girón. Fuerzas castristas tras el desembarco norteamericano en la bahía de Cochinos



Plano del emplazamiento de los misiles.

La URSS comprendió muy pronto las ventajas que para su política exterior representaba la llegada del castrismo a Cuba. Washington lo comprobó también en octubre de 1962, cuando sus aviones espías U-2 fotografiaron varias rampas de misiles soviéticos al este de la isla. El gobierno estadounidense pidió explicaciones al embajador Dobrynin, y éste, tras una primera negativa a aceptar los hechos, aseguró que los misiles SAM instalados en Cuba tenían únicamente un carácter defensivo.

bajo ningún modo, de «intervenir» o entorpecer las elecciones legislativas a punto de celebrarse en Estados Unidos en el mes de noviembre.

«Halcones» y «palomas»

El 16 de octubre, la crisis llegó a su máximo grado de tensión cuando la Agencia Central de Inteligencia (CIA) puso ante los ojos del presidente un nuevo lote de fotografías que se completarían al día siguiente con una serie de ampliaciones fotográficas gravemente reveladoras. Treinta y dos misiles estaban ya instalados, y con capacidad para poner en peligro a 80 millones de vidas en territorio norteamericano. El propio Kennedy, en una reunión con la plana mayor de su gobierno, describió la situación de la forma siguiente: «Este intento, realizado en secreto y con la intención de sorprendernos y engañarnos, es un claro esfuerzo por alterar materialmente la balanza de poder y por demostrar al mundo que la Unión Soviética ha logrado colocar sus armas y misiles a la misma puerta de Estados Unidos.»

A pesar del dramatismo de la situación, el presidente impuso un total secreto sobre todos los datos, sin dar la mínima señal al mundo o a la nación de las intenciones soviéticas. Estados Unidos contaba con una baza importante a su favor: haber descubierto la operación antes de que los misiles estuvieran totalmente instalados y en la llamada «fase operativa». Kennedy tuvo, pues, tiempo suficiente para deliberar y sopesar a fondo las diversas opciones o alternativas antes de responder adecuadamente. Faltaban, por lo menos, diez días para que las armas pudiesen ser usadas. El presidente insistió ante el grupo de asesores políticos y militares para que no se emprendiese ninguna acción precipitada. El comité ejecutivo del Consejo de Seguridad Nacional siguió reuniéndose noche y día para considerar las cinco opciones que se habían contemplado. La primera era no hacer nada, la simple aquiescencia. Una segunda posibilidad era plantear el caso ante las Naciones Unidas. La tercera contemplaba un bloqueo de Cuba. La cuarta, un ataque preventivo contra las instalaciones de los misiles. Y la quinta, una invasión en toda regla de Cuba.

Las cinco opciones fueron examinadas exhaustivamente durante una semana. Inmediatamente, los asesores de Kennedy se dividieron en dos grupos: los llamados *halcones,* que aconsejaban la destrucción de los misiles con todos los medios disponibles del poder militar norteamericano. En este sector se atrincheró, sin ninguna voz disidente, la Junta de Jefes del Alto Estado Mayor, presidida por el general Maxwell D. Taylor. En el sector opuesto se sentaban los *palomas,* que sugerían una línea más moderada para evitar los riesgos de un enfrentamiento nuclear. Pero el influyente secretario de Defensa, Robert McNamara, que se oponía a la primera línea de acción, se fue inclinando paulatinamente hacia la tesis de los militares y acabó


Foto aérea del navío soviético que transportaba los misiles

Kennedy contó con una baza importante durante la crisis de los misiles, al enterarse de las intenciones soviéticas antes que los cohetes estuvieran definitivamente montados en suelo cubano. Ello le dio un plazo de más de una semana para tomar una decisión. Sus consejeros se dividieron en halcones, o partidarios de una rápida operación militar de castigo, y palomas, que preferían apurar la vía diplomática y evitar así el riesgo de una tercera guerra mundial.

proponiendo al presidente Kennedy que retrasase el bombardeo de los misiles, pero no más allá de la fecha límite del 23 de octubre.

Evitar la catástrofe

El grupo de *halcones*, encabezado por el Alto Estado Mayor, contaba con fuerte apoyo en el Congreso, donde el prestigioso senador J. William Fulbright, presidente del Comité de Relaciones Exteriores del Senado y una de sus voces más liberales, había logrado superar la fuerte resistencia inicial que se registró entre los legisladores hacia la línea dura. Pero tanto Kennedy como el sector moderado expresaron sus reservas ante el temor de que una acción militar repentina podría disparar una cascada incontenible de consecuencias como los fallos de cálculo y la arrogancia que causaron la Primera Guerra Mundial. Un error en un momento de tensión tan grave podía lanzar a los dos gigantes mundiales a la confrontación nuclear. La Unión Soviética quizá no aceptaría el desafío de plantear una guerra convencional en la misma Cuba, fuera de su zona estratégica, pero podría hacerlo en Berlín, abriendo un foco de conflicto en el escenario europeo.

Kennedy siguió examinando en secreto sus opciones con el «gabinete de guerra» y consultó también a los principales líderes occidentales del Reino Unido (MacMillan), Alemania federal (Adenauer) y Francia (De Gaulle). En Estados


Técnicos rusos llegan a La Habana

Unidos, la prensa y demás medios de comunicación seguían exclusivamente inmersos en la campaña electoral para las elecciones de «medio término», donde los resultados en el Congreso se esperaba que ofreciesen el primer referéndum sobre la popularidad de Kennedy después de su apurada victoria en las elecciones presidenciales de 1960 contra Richard Nixon. Este factor, según muchos observadores, quizás interviniera poderosamente en la decisión de Jruschov de provocar la crisis, al calcular que el fragor y la obsesión interna norteamericanos por el resultado de los comicios impedirían moverse a Kennedy bajo el riesgo de que el partido demócrata sufriera un descalabro en las urnas.

Kennedy optó por enfrentarse a la crisis por medio de una doble estrategia: informar a sus conciudadanos y a la opinión pública mundial de los acontecimientos, y lanzar a la URSS un ultimátum, emplazando a Jruschov a retirar los misiles. Al mismo tiempo puso en estado de alerta a su ejército, sin excluir los bombarderos nucleares de alcance intercontinental y los submarinos Polaris *de la base escocesa de Holy Loch. Como él mismo reconocería tiempo después, las posibilidades de una guerra mundial durante los críticos días de octubre «fueron de 1 contra 3, o aún más».*

El 22 de octubre, el presidente norteamericano interrumpió su viaje electoralista por varios Estados de la Unión y regresó a Washington con el pretexto de que sufría una gripe. Horas después, la Casa Blanca anunciaba que Kennedy iba a dirigirse a toda la nación para comunicar un asunto de la «mayor urgencia» para la seguridad del país. Previamente, el Consejo de Seguridad Nacional y el secretario de Defensa habían adoptado un consenso por el que se acordó decretar un bloqueo naval de Cuba y exigir a la Unión Soviética el desmantelamiento de todos los misiles y de todas las armas ofensivas de la isla como «medida inicial» de una serie de acciones que Estados Unidos estaba dispuesto a emprender. El secretario de Defensa, McNamara, había realizado los cálculos de un posible escenario de guerra: si el bloqueo no era respetado por Moscú, Estados Unidos necesitaría tener en pie de guerra 250.000 soldados, realizar 2.000 vuelos de bombardeo sobre el lugar de los misiles y contar con una fuerza naval invasora de otros 90.000 hombres. De encontrar oposición, los cálculos de pérdidas por parte norteamericana eran estimados en unas 25.000 vidas humanas.

Kennedy, ante las cámaras

Estados Unidos, de hecho, puso en situación de alerta a sus reservas, colocó a miles de paracaidistas, *marines* y otras tropas de combate en Florida, reforzó la base de Guantánamo y preparó varios escuadrones de aviones con 14.000 hombres, además de medio centenar de buques de guerra de toda la zona del Caribe, con 20.000 hombres a bordo. Kennedy se aseguraba de que la trágica experiencia de la bahía de Cochinos, su peor tropiezo desde que llegó a la presidencia, no se volvería a repetir. El arsenal nuclear (SAC) de Estados Unidos fue puesto en el mismo estado de alerta por el Pentágono, y los bombarderos nucleares de alcance intercontinental se repartieron a lo largo de 40 aeropuertos militares y civiles de Estados Unidos para enfrentarse con la eventualidad de un ataque de



El navío norteamericano Barry se acerca al soviético Anosov para inspeccionar su carga

los misiles soviéticos. Lo mismo ocurrió con los submarinos *Polaris*, cada uno con 70 misiles nucleares a bordo, que se pusieron en guardia desde la base de Holy Loch, en Escocia.

A las siete de la tarde de aquel gris 22 de octubre, desde Washington el presidente Kennedy se dirigió por televisión a todo el país para hablar acerca de la crisis y sobre su decisión. Estas son algunas de las palabras de aquel discurso que sembró de miedo al mundo entero y que abrió los trece días más peligrosos de tensión internacional que recuerda la historia:

«Nuestros misiles estratégicos nunca fueron instalados en el territorio de otra nación bajo una cortina de silencio, y nuestra historia, a diferencia de la de la Unión Soviética desde la Segunda Guerra Mundial, demuestra que no tenemos deseos de dominar o conquistar ninguna otra nación ni de imponer nuestro sistema a su pueblo.

Este gobierno, tal como prometió, ha mantenido una estrecha vigilancia del rearme militar soviético en la isla de Cuba. Durante las pasadas semanas, pruebas fehacientes han demostrado que una serie de rampas de lanzamiento para misiles ofensivos están siendo construidas en esta isla prisionera. El propósito de estas bases no puede ser otro que adquirir capacidad de impacto nuclear contra el hemisferio occidental...

Nuestro objetivo, consiguientemente, debe ser prevenir el uso de esos misiles contra éste o contra otro país y asegurar su retirada o eliminación.

Cualquier misil nuclear lanzado desde Cuba contra alguna nación del hemisferio occidental será contemplado como un ataque de la Unión Soviética contra Estados Unidos, lo que provocará, por nuestra parte, una respuesta total de represalia contra la Unión Soviética...

Hago un llamamiento al presidente Jruschov para que detenga y elimine esta amenaza clandestina, imprudente y provocativa contra la paz del mundo y contra las estables relaciones entre nuestros dos países.»

Comienza la cuenta atrás

El primer enfrentamiento nuclear de la historia había comenzado. Arthur Schlesinger y Theodore Sorensen, principales asesores de Kennedy, explicarían en sus biografías del presidente asesinado en Dallas que el bloqueo fue la opción más racional de las examinadas porque, además de ofrecer a Jruschov una salida expeditiva, evitó una derrota humillante y una mayor pérdida de prestigio del líder soviético, quien, de lo contrario, se hubiera visto forzado a replicar al ataque aéreo norteamericano o a la invasión de Cuba. Tanto estos asesores como el consejero de seguridad nacional, McGeorge Bundy, han confirmado en sus escritos que el propio Kennedy consideró durante los días de la crisis que las posibilidades de una confrontación nuclear entre las dos superpotencias habían sido «por lo menos una sobre tres, o quizá más». Robert Kennedy, en su libro *Trece días, una memoria de la crisis de los misiles en Cuba*, revelaría, por su



Las bases militares en otros países son moneda corriente en el delicado equilibrio militar entre la Unión Soviética y Estados Unidos. Por eso no es de extrañar que desde Moscú se manejase como excusa para la construcción de las rampas de misiles en Cuba la existencia de bases norteamericanas en Turquía. A ello contestaría Kennedy, en su mensaje televisado, con el argumento de que su país jamás había construido bases militares de forma clandestina, como de hecho estaban intentando hacer los rusos en la vecina Cuba. En la foto, un periodista cubano, corresponsal en Nueva York, golpeado durante aquellos difíciles días. Su oficina fue saqueada.



Base norteamericana en Guantánamo (Cuba).

El presidente Kennedy se dirige a la Asamblea de las Naciones Unidas

La marina norteamericana estableció un bloqueo en torno a Cuba con un radio de 500 millas, pero los barcos soviéticos que se acercaban a la isla con nuevo material para las bases de misiles no variaron por ello su rumbo. El enfrentamiento parecía inevitable en esta suerte de partida de póquer atómico que jugaban a muchos miles de kilómetros de distancia Kennedy y Jruschov. Pero, por fin, la cordura logró imponerse: 20 navíos soviéticos habían detenido sus motores al llegar a la zona límite y alguno incluso había dado marcha atrás.



Estudiantes de Bratislava se manifiestan en favor de Cuba.

parte, que, en la jornada en que se decretó el bloqueo, los buques soviéticos no alteraron su curso hacia Cuba, e incluso varios submarinos se situaron en posición ofensiva entre los buques de guerra *Gagarin* y *Komiles.*

Al alcanzarse la hora límite marcada por Kennedy, cuando el reloj de la Casa Blanca daba las 10.25 horas, un mensajero del Pentágono llegó con un telegrama urgente que aseguraba: «Tenemos un informe preliminar que parece indicar que algunos buques soviéticos se han detenido cerca de la línea de las 500 millas marcadas por la cuarentena.» La confirmación definitiva llegaría siete minutos más tarde. Los veinte barcos de la flota soviética habían parado sus máquinas o dado marcha atrás. «El mundo entero se paró en esos instantes a respirar» —confesaría Robert Kennedy en su libro— después de una semana larga de angustia contenida.

El 27 de octubre llegó a la Casa Blanca un primer mensaje de Jruschov. El líder soviético manifestaba que su país retiraría los misiles de Cuba si Estados Unidos hacía lo mismo con los misiles instalados en Turquía y Grecia. La carta era insultante y acusaba a Kennedy de «bandidaje» y de «imperialismo degenerado» que «llevaría al mundo hacia el abismo de una guerra nuclear». Kennedy contestó de forma correcta, reiterando su determinación de mantener el bloqueo. Una inesperada tragedia aumentó la tensión. Un misil soviético del tipo *SA-2* derribo sobre Cuba a uno de los aviones espías norteamericanos que mantenían su vigilancia, para comprobar si los misiles se desmantelaban. El avión

iba pilotado por uno de los oficiales que dos semanas antes había logrado descubrir y fotografiar las instalaciones soviéticas. El hecho de que el aparato volara a 27.000 metros de altura y de que los técnicos soviéticos que realizaron el certero disparo se atreviesen a usar sus equipos demostró al Pentágono que las armas instaladas funcionaban ya a la perfección.

El sector militar en Estados Unidos intentó convencer a Kennedy para que no retrasase una réplica contundente. Kennedy lo prohibió. El domingo 28 de octubre, una nueva misiva llegó desde Moscú a la Casa Blanca, dirigida directamente, y sin estar cifrada, al presidente Kennedy: Jruschov prometía retirar todos los misiles en treinta días, bajo supervisión de las Naciones Unidas. Con este mensaje se puso punto final a la crisis. Las dos superpotencias enterraron de nuevo sus misiles y sus cabezas nucleares en los silos, sin atreverse a pulsar el botón. Nikita Jruschov había preferido una tranquila retirada en lugar del suicidio del valor.

Las explicaciones de una crisis

Historiadores y críticos han definido la «línea moderada» seguida por Kennedy como una brillante operación, un modelo ejemplar en el manejo de las crisis y las confrontaciones de la era nuclear, a pesar de que muchos de sus críticos de la izquierda calificaron posteriormente su comportamiento como irresponsable, mientras que los de la derecha le acusaron de inexcusablemente débil.

Las explicaciones dadas tanto por los exegetas norteamericanos como por los soviéticos no han terminado de aclarar los numerosos misterios de la crisis. Estos siguen centrándose en los motivos que, en primer lugar, impulsaron a la Unión Soviética a colocar los misiles y, posteriormente, a retirarlos. Arthur Schlesinger resumió el punto de vista del gobierno de Washington en estos términos: «Con una sola jugada a los dados del terror nuclear, Jruschov intentaba recomponer la balanza de las armas estratégicas, humillar a Estados Unidos, ayudar a Cuba, silenciar los focos estalinistas y al aparato militar soviético, controlar a China y adquirir un importante elemento de negociación cuando escogiese jugar de nuevo la baza de Berlín. Los riesgos le parecieron medianos, mientras que los beneficios serían colosales.» En sus memorias, el líder soviético manifestaría que su intención primordial fue proteger a Cuba de una segunda invasión y ponerse a la altura de Estados Unidos en la capacidad de asestar un golpe nuclear al territorio norteamericano. Su retirada ante la determinación demostrada por Kennedy encuentra más dificultades aún a la hora de ser explicada, aunque los expertos militares han resaltado que la Unión Soviética no tenía otra opción ante la ventaja táctica de Estados Unidos en su zona de influencia cercana a Cuba y su indiscutible superioridad nuclear en aquellos momentos.

Robert Kennedy revelaría posteriormente que fue la intención —pero no la promesa formal— de Kennedy de retirar los misiles norteamericanos de Turquía lo que acabó por hacer desistir a Moscú de la arriesgada confrontación creyendo que lograrían esta mínima concesión.

G. V.

Bibliografía básica

Abel, E.: *La crisis de los misiles,* Bantam Books. Nueva York, 1966.
Kennedy, R. F.: *Trece días,* Norton. Nueva York, 1971.
Schlesinger, A.: *Los mil días,* Crest Books. Nueva York, 1965.
Sorensen, T.: *Kennedy,* Grijalbo. Barcelona, 1972.

Jruschov había perdido el pulso, pero cubrió su retirada con una carta a Kennedy en que exigía a Estados Unidos el desmantelamiento de sus bases en Grecia y Turquía. A la vista de que Washington daba la callada por respuesta a su petición y se reafirmaba en el bloqueo a la isla, Moscú envió un nuevo cable a la Casa Blanca el 28 de octubre, en el que prometía retirar los misiles en un plazo de treinta días y bajo supervisión de las Naciones Unidas. El inminente peligro de guerra se había evaporado.



La popularidad de Fidel Castro



Marilyn, la tentación rubia.

1962

EL ULTIMO SUEÑO DE MARILYN

MARILYN Monroe es mucho más popular que John Ford, aunque nadie duda de quién es más importante para la historia del cine. Es la actriz que cualquiera mencionaría en primer lugar, a pesar de la distancia insalvable que separa sus recursos de los de Barbara Stanwick. Es el mayor mito erótico nacido en la oscuridad de las salas de proyección, a despecho de bellezas clásicas mucho más perfectas, como Ava Gardner o Hedy Lamarr. Es todo esto y algo más: es un misterio inaprensible por la lógica, una extraña presencia a la que sólo se puede querer o despreciar, un espejo donde muchos se vieron reflejados. Su muerte por sobredosis de Nembutal añadió a una vida llena de dificultades un final tan dramático como confirmador: si James Dean demostró a los adolescentes que le admiraban que su desprecio por la vida era algo más que una pose, Marilyn evidenció que su soledad era real, y que incluso podía morir por ella. Algo más la une a Dean: los dos murieron jóvenes, y joven permanece, por tanto, su recuerdo.



Marilyn. (Foto de Philippe Halsman. Magnum.)

[redacted]

Marilyn y Norma Jean

Quizá por oposición a las edulcoradas historias que las revistas cinematográficas urdieron siempre en torno a las grandes estrellas, Marilyn ha sido adoptada por buena parte de los amantes del cine como el ejemplo de que bajo las sonrisas publicitarias, los éxitos y los millones se esconden también personas que pueden sufrir como cualquier otro ciudadano anónimo.

Marilyn vivió treinta y seis años. Había nacido el 1 de junio de 1926 en Los Angeles, y era hija natural de una empleada de la industria cinematográfica que pasó buena parte de su vida en clínicas psiquiátricas. Sin padre reconocido y con una madre incapacitada, la niña Norma Jean Baker vivió casi toda su infancia en asilos para huérfanos. Luego fue adoptada por varios hogares. En uno de ellos, «un amigo de la familia» la violó a los nueve años. De por entonces data este sueño: «Estaba de pie en una iglesia, completamente desnuda, y todos se hallaban acostados a mis pies sobre el suelo, y yo caminaba desnuda, con una sensación de libertad, por encima de sus cuerpos tendidos, procurando no pisar a nadie.» No destacó en los estudios, ni siquiera en la asignatura de arte dramático, y cuando ya era una actriz conocida, algunos ex miembros de la Sociedad Dramática de su último colegio, la Van Nuys High School, declararon incluso a la prensa que se sentían orgullosos de Jane Russell, pero no así de Marilyn, «que no aprendió nada de interpretación durante su estancia con nosotros».

Su educación escolar no fue buena, y de esas lagunas se lamentaría luego. En lo tocante a moralidad, el puritanismo de sus maestros y tutores fue tan esperpéntico que no pudo dejar casi huella. «La primera familia con la que viví me indicó que no debía ir al cine porque era pecado. Me decían que el fin del mundo se acercaba, y que si yo estaba pecando cuando el mundo se acabara, me hundiría muy hondo, muy hondo, muy hondo. Así que las pocas veces que podía meterme a escondidas en un cine, me pasaba la mayor parte del tiempo rezando para que el mundo no se acabara.»

Su primer empleo lo consiguió en una fábrica de paracaídas, en la sección de plegado. Allí la descubrió un fotógrafo, mientras realizaba un re-



Durante la guerra de Corea

portaje sobre el trabajo femenino durante la Segunda Guerra Mundial; él la recomendó para la escuela de modelos Blue & Book, de Emmeline Snively. Otro amigo, Ben Lyon, director de reparto de la Fox, le consiguió su primera prueba y un contrato de 75 dólares a la semana. El estudio no esperaba gran cosa de ella y la encasilló como otra de sus rubias decorativas.

Marilyn y el cine

Se lo han preguntado muchas personas: ¿Era Marilyn una buena actriz? Seguramente no, si por bueno entendemos un registro parecido al de Bette Davies o Joan Crawford. Sí lo era, en cambio, y muy buena, en cualquier papel que rozara la comedia, como demostró en *Me siento rejuvenecer, La tentación vive arriba* y *Con faldas y a lo loco.* Billy Wilder, el director que mejor partido supo sacarle como actriz, la definió así: «Tenía lo que yo llamo impacto carnal. Es algo que se da muy pocas veces. Las tres que recuerdo son Clara Bow, Jean Harlow y Rita Hayworth. Esas chicas tienen carne que da en la fotografía como carne. Se siente que se puede alargar la mano y tocarla.»

¿Por qué entonces dudó ella misma de su capacidad hasta el día de su muerte? La respuesta no es fácil, y tiene mucho que ver con la propia historia de Hollywood. Hoy reconocemos sin esfuerzo que aquella gran fábrica de hacer películas, con su sistema de géneros y su impersonal método de trabajo, dio filmes memorables. Hace treinta años, sin embargo, para cualquiera que pretendiese poner en aquel mundo un poco de su visión personal de las cosas, la «fábrica de sueños» se parecía más a un mundo de pesadilla dirigido por negreros. Marilyn no fue la única que chocó contra el muro. Su problema consistió en que mientras que a todos les pareció lógica la rebelión de un genio ególatra como Von Stroheim o el pulso que Orson Welles pretendió echar a la industria, nadie aceptó que Marilyn, una simple rubia de la Fox, intentara escapar del cliché para el que la habían entrenado. Los ejecutivos y, sobre todo, las numerosas revistas que vivían del chismorreo cinematográfico fueron inflexibles y sangrientos en sus ataques: Marilyn Monroe era una chica de extracción muy humilde que debía de agradecer al mundo del cine todo lo que tenía; cualquier intento de escapar de ello significaba en el fondo renegar de lo que la periodista Hedda Hopper, cabecilla destacada de la campaña, definía siempre como «el trabajo y el esfuerzo de muchos miles de personas».

Si resistió en esta batalla desigual mucho más que otros fue porque el sistema de trabajo de los estudios, su principal enemigo, era también su mejor arma. En el Hollywood dorado (aunque menos) de entonces, una estrella era mucho más importante que un director. Eran los actores quienes llevaban al público a la taquilla, y Marilyn lo sabía: «Debo decir que si yo soy una *star* es porque el público ha hecho que lo sea. No la firma, ni una persona en particular, sino el público.»

Marilyn y la seriedad

Marilyn dejó plantado a Hollywood para intentar convertirse en una actriz seria. Se equivocaba al identificar la seriedad con el teatro y con Dostoievski, pero había llegado a una situación donde los matices eran casi imposibles. Los estudios, además, tampoco ayudaban: por cada película que conseguía rodar a las órdenes de un director de su agrado, recibía ofertas para

Uno de los rasgos más llamativos de la personalidad de Marilyn fue la inseguridad. Nunca se convenció de que su trabajo podía ser valioso, y cuando pretendió subsanar sus supuestas lagunas interpretativas escogió un terreno, el dramático, para el que estaba paradójicamente mucho menos dotada. Dos de sus mejores interpretaciones llegaron de la mano de Billy Wilder, que la dirigió en La tentación vive arriba *y* Con faldas y a lo loco, *y que sufrió, sobre todo durante el rodaje de esta última, la inestabilidad de carácter de la actriz.*



Descanso durante el rodaje de la película Con faldas y a lo loco, *con Billy Wilder*





Marilyn no fue una belleza clásica, e incluso dos de sus atributos más llamativos, el pelo y la boca, estaban siempre convenientemente resaltados por el tinte y el maquillaje. Pero su figura poseía un algo, a medio camino entre la inocencia y la lascivia, que le hacía no sólo irresistible, sino también entrañable. Su capacidad para conciliar estas dos cualidades es la que la ha convertido en alguien muy por encima de las vampiresas al uso.

cinco comedias insípidas. Nunca, que se sepa, rechazó algo de lo que luego tuviera que arrepentirse.

En los Estados Unidos de finales de los cincuenta, la seriedad estaba en el Este, y se llamaba Broadway, Actors' Studio, Lee Strasberg, el Método, Arthur Miller y Sigmund Freud. Allí se zambulló Marilyn, aceptada más como un símbolo que como una persona: era el símbolo rubio del entonces despreciado Hollywood, la estrella millonaria que había descubierto el verdadero reducto de la verdad y que se disponía, con la humildad necesaria, a reandar el camino. Enfundada en un suéter cualquiera, sin maquillar, con un pañuelo recogiendo ese pelo que necesitaba teñir de rubio cada tres días, podía vérsela cualquier tarde en los bancos del Actors' Studio. Lee Strasberg le dedicó todo su interés; su esposa, Paula, se convirtió en su consejera dramática durante los rodajes.

Pero de las últimas películas de su carrera, la mejor es *Con faldas y a lo loco,* rodada a las órdenes del ciento por ciento hollywoodense Billy Wilder, lo que viene a confirmar que si las grandes productoras no habían sabido nunca valorar la joya que les había caído entre las manos, tampoco tenía Marilyn demasiado que hacer con la «inteligentsia» del Este. Los proyectos teatrales con Strasberg no pasaron de ser declaraciones a la prensa, y las dos películas que Marilyn rodó al margen de la disciplina de la Fox aportaron muy poco a lo que ya había demostrado como actriz: de *El príncipe y la corista,* dirigida y coprotagonizada en un borrascoso ambiente por Laurence Olivier, se salva precisamente esa intuición natural de Marilyn para llamar la atención delante de la cámara, mientras que la seriedad del gran actor británico, a cuya sombra pretendía resultar ella más respetable, no supera en este caso una afectación algo apergaminada; el otro proyecto, el más ambicioso, *Vidas rebeldes,* tiene hoy mucho más valor como documento necrológico que como película: a pesar del guión de Arthur Miller, a pesar de la dirección de John Huston, *Vidas rebeldes* ha pasado a la historia por ser la última película de Marilyn y Clark Gable y la crónica de la destrucción de Montgomery Clift.

«Me han preguntado muchas veces: "¿No le aburre vivir en un mundo hecho por y para el hombre?" Yo siempre he contestado: "No me aburre nada mientras pueda ser una mujer".»

1962

El último sueño de Marilyn





Como reconocieron numerosas maquilladoras de Hollywood, Marilyn fue una auténtica maestra en la utilización de los cosméticos, quizá porque sabía que su rostro era su principal herramienta de trabajo. De las interminables sesiones fotográficas a las que se sometía, muy pocas tomas superaban su examen final, descartadas por los más pequeños defectos. En sus últimos meses, sin embargo, algo cambió en su criterio para valorar las fotografías, y llegó a dar por buenas algunas que la retrataban francamente envejecida.

Marilyn, los hombres y el amor

Marilyn se casó tres veces (hay un cuarto matrimonio sin confirmar) y mantuvo relaciones con muchos hombres, pero fue siempre enamoradiza y fiel. Su problema no fue el de Jean Harlow, que buscaba todas las noches a alguien con quien poder hacer el amor, y deparó a más de un taxista la experiencia más feliz de su vida. Marilyn buscaba, sobre todo, amor, comprensión y protección; en el fondo, estaba abocada siempre a establecer relaciones dependientes y paternales. Suyas son estas palabras tan tristes: «Una carrera es una cosa maravillosa, pero no sirve para acurrucarse contra ella en una noche fría.»

Su primer marido se llamaba Jim Dougherty; se casó con él a los dieciocho años, y la pareja sólo permaneció unida unos meses: la guerra mundial les separó y ya no volvieron a encontrarse hasta el momento del divorcio. En la actualidad, Jim es policía en una pequeña ciudad de Estados Unidos. El segundo fue Joe Di Maggio, una institución del béisbol americano y prototipo del joven sano y sencillo y del marido ideal; era bueno, pero celoso, y nunca aceptó la carrera profesional que Marilyn había escogido. Todavía casados, ella le situó en el décimo puesto de una lista de hombres favoritos que le había pedido un periodista, detrás, entre otros, de su profesor teatral Michel Chejov, de Arthur Miller, de John Huston, de Marlon Brando y de Robert Mitchum. «En tiempos del cine mudo hubiéramos hecho una pareja admirable», sentenció la ex señora Di Maggio tras la separación; sin embargo, la amistad perduró hasta el final y fue él quien organizó el entierro de Marilyn.

El último fue el dramaturgo Arthur Miller, justamente el símbolo de la otra parte de América que Marilyn había marginado en su boda con Di Maggio. Pero tampoco con esta otra mitad tuvo suerte. Miller era judío, ciento por ciento intelectual y abiertamente izquierdista, y Marilyn tuvo que soportar las campañas más feroces por su elección de esposo. Las presiones de la industria no cambiaron en nada su decisión, y pagó por ello. A los cuatro años de matrimonio, la relación estalló en mil pedazos, pero no parece que este fracaso influyera demasiado en su decisión de suicidio. Durante el verano de 1962, su último verano, Marilyn vivía un romance apasionado



En 1954 contrajo matrimonio con Joe Di Maggio.

Marilyn contrajo matrimonio con dos hombres que podían representar casi a la perfección dos maneras bien diferentes de entender a la Norteamérica de su tiempo. Uno fue Joe Di Maggio, deportista famoso, de origen italiano y profundas convicciones tradicionales. El otro, Arthur Miller, famoso dramaturgo de origen judío y posición política abiertamente radical. Con ninguno de los dos consiguió ser feliz.



Marilyn interpreta el Happy Birthday en honor a John F. Kennedy

con Robert Kennedy, el hermano del presidente, a quien había conocido por medio de su cuñado, el actor Peter Lawford, y debió de ser la imposibilidad de que esta relación siguiera adelante lo que la sumió en la depresión.

Marilyn como víctima

En los últimos meses de su vida, Marilyn pasó algunas tardes con el periodista James Weatherby, al que había conocido durante el rodaje de *Vidas rebeldes* en Reno. Eran conversaciones privadas, pero uno y otro, profesionales al fin y al cabo, sabían que algún día esas charlas verían la luz. Cuando así sucedió, varios años después de la muerte de la actriz, el público tuvo en sus manos el mejor retrato psicológico de Marilyn Monroe publicado hasta el momento. ¿Cuál había sido el mérito de Weatherby? Uno muy sencillo: abordar al personaje sin paternalismo y sin falsa compasión.

Un día, ella le confesó con sencillez: «Puedo ser un monstruo», y era verdad. La imagen de la muñeca indefensa, víctima de la estupidez de la industria del cine y de la incomprensión de todos los maridos-tipo que podían encontrarse en Estados Unidos, es cierta pero incompleta. Marilyn era también una profesional exigente, capaz de pasar una tarde descartando docenas y docenas de fotografías publicitarias por el simple hecho de un brillo en la nariz; capaz también de despedir con cajas destempladas a un ayudante de dirección que se había atrevido a molestarla con el recado de que todo el equipo de rodaje llevaba varias horas esperándola en el plató. Sus patéticas declaraciones sobre la soledad no pueden ocultar el hecho de que no cedió ni un ápice de su vida profesional a cambio de la estabilidad matrimonial, y que fue siempre ella, directa o indirectamente, la que decidió romper estas relaciones. Los que la conocieron coinciden en el diagnóstico: era dependiente, sí, pero también poseía una fortaleza de hierro para decidir cuándo una amistad no valía ya la pena de ser prolongada.

Algunos de los rodajes en los que participó se convirtieron en un auténtico infierno por su culpa: retrasos de varias horas, escenas que hubieron de repetirse hasta 30 veces, interferencias constantes de su consejera Paula Strasberg, días de rodaje suspendidos por su incomparecencia... Después de acabar *Con faldas y a lo loco,* el director Billy Wilder confesaba que miraba con odio a su esposa «por el solo hecho de ser mujer». Suyas son también estas palabras, dichas sin admiración pero también sin acritud: «Tomad a una chica como Marilyn, que nunca tuvo realmente oportunidad de aprender, que

nunca tuvo realmente oportunidad de vivir, y enfrentadla de pronto con un monstruo de Frankestein nacido de ella misma, a base de fama, publicidad y notoriedad: es natural que se sintiera algo confusa y aturdida por todo ello... Se hallaba trastornada emocionalmente todo el tiempo; estaba asustada e insegura de sí misma, hasta el punto de que cuando trabajaba con ella me di cuenta que deseaba inconscientemente que yo fuera un psicoanalista y ella mi paciente.» Una opinión diplomática, si tenemos en cuenta que viene de alguien que soportó a Marilyn en momentos terribles; pero también una opinión hueca y tan parcial como la de Hedda Hopper y sus comadres, pues al final viene a decir que todo le hubiera ido mejor a Marilyn si no hubiese salido de su *status:* olvida Wilder que su madre y su abuela, sin abandonar nunca su nivel social, habían recorrido todos los manicomios de California.

Sin embargo, la opinión oficial de los estudios y de la prensa afín a ellos tampoco se sostiene. Poco antes de su muerte, la Fox despidió a Marilyn del rodaje de *Something's Got to Give,* bajo la acusación de haber causado con sus incomparecencias más de seis millones de dólares de pérdidas a la productora; Hedda Hopper escribía en el *San Francisco Cronicle:* «Marilyn Monroe está acabada... Despedida por la Twentieth-Century Fox, es dudoso que cualquier otro productor quiera arriesgar millones de dólares sobre su humor y sus caprichos.» ¿Pero desde cuándo en Hollywood una estrella taquillera era despedida por causar pérdidas con sus caprichos? El escritor Alvah Bessie puso el dedo en la llaga cuando afirmó: «Elizabeth Taylor ha costado a la misma compañía muchos millones más por sus numerosas indisposiciones y el tiempo que le ocupaban en los alrededores de Roma sus amores con su pareja en *Cleopatra.* Pero la Fox recuperará esos millones y ganará otros tantos exactamente como los habría ganado con *Something's Got to Give* si hubiera mostrado algún afecto por la Monroe cuando decía que estaba enferma.»

Podría argumentarse que la Fox trató de una forma inusual a Marilyn porque el sistema de los grandes estudios había entrado ya en bancarrota en los años sesenta y necesitaba de un chivo expiatorio para demostrar a todos que los tiempos de las vacas gordas habían terminado. Esa es la opinión de Frank Sinatra, que defendió por entonces a Marilyn; seguramente acierta con parte de la verdad, pero no con toda, porque de nuevo el ejemplo de Elizabeth Taylor sitúa las cosas casi como al principio: si la industria del cine entraba en crisis en 1960, ¿no lo estaría aún más un año después, empantanada entre los decorados millonarios de *Cleopatra?* La verdad entera quizá sea ésta: Marilyn sufrió el casti-



Marilyn tras una de sus crisis.

Marilyn provenía de una familia en la que varios de sus miembros habían conocido los hospitales psiquiátricos y las casas de reposo, incluida su propia madre. Ella tampoco fue una excepción. Poco antes de su muerte, y como última solución a una crisis depresiva muy fuerte, Marilyn ingresó en un sanatorio psiquiátrico que reblandeció aún más su cada vez más débil resistencia a la locura. De la habitación con barrotes en que había sido internada la sacó su ex marido Joe Di Maggio, uno de sus apoyos más fuertes en la etapa de su crisis fatal.



La habitación donde murió tal y como la encontró la policía.

Un halo de misterio impregnado de sensacionalismo rodeó la muerte por suicidio de Marilyn Monroe. Incluso llegó a barajarse la hipótesis de la conspiración y el asesinato promovidos por ocultos poderes. Pero todo parece indicar que Marilyn falleció víctima de los fantasmas que siempre la habían atormentado: la inseguridad, el desamor y la soledad. Parece que se impone la veracidad de que su último romance lo había tenido con el hermano del presidente Kennedy, Robert, y que la imposibilidad de llevar la relación más allá de los encuentros ocultos le había afectado profundamente.

go ejemplar que la industria necesitaba propinar porque personalmente se había convertido en una actriz molesta para los conservadores productores californianos, que de esta forma le pasaban factura por su matrimonio con el «indeseable» Arthur Miller, por su partida de Hollywood y por sus intentos de producir independientemente sus películas.

Weatherby tiene razón al considerar a Marilyn como un clásico personaje de los años sesenta, a pesar de que sólo viviera dos años y medio de esa década. En 1970, por ejemplo, sus pretensiones de dirigir su carrera al margen de la imposición de las productoras no habría chocado a nadie, como tampoco lo habría hecho su acercamiento a la América progresista del Este, o su perfeccionismo enfermizo.

Marilyn y el humor

Una vez, mientras recordaba para un periodista sus tiempos de modelo publicitaria, Marilyn contó lo siguiente: «Una de las revistas en las que aparecí no era precisamente una publicación para hombres. Se llamaba *Family Circle.* Se puede comprar en los supermercados. Yo tenía en brazos un cordero con un delantal. El delantal lo llevaba yo.» En otra ocasión, y refiriéndose a la vida matrimonial, dijo: «En mi opinión, el hombre y la mujer deben compartir el mismo dormitorio. Si están en dormitorios separados, en el caso de que se os ocurra algo que queréis decir al otro, no queda más remedio que ir a tientas por el pasillo, y esto cansa. Por esta causa se puede olvidar lo que queríais decir.»

Son dos frases de las muchas que sus biógrafos han expurgado de las entrevistas que ella concedió a la prensa. Agrupadas en un libro, se leen casi como si se tratara de una novela de Lewys Carroll. ¿Era Marilyn consciente de su humor absurdo, como lo era sin duda Groucho, o se debía todo a una aproximación a la vida diaria a partir de la más sincera de las inocencias? Para el filósofo Eugenio Trías esta segunda posibilidad es sin duda la acertada: «Marilyn fue *excepción* en una cultura patética, en una sociedad habituada a mirar las cosas de través. De ahí el carácter *insultante* de sus enunciados. Irrita porque habla a flor de piel y porque habla de la piel misma de las cosas. Dice lo que siente... Pero me temo que no "entendimos" a Marilyn. Era demasiado superficial. Y la superficialidad, morada de la verdad, alarma.»

J. G. A.

Bibliografía básica

GUILES, F. L.: *Norma Jean,* Lumen. Barcelona, 1970.
MAILER, N.: *Marilyn,* Lumen. Barcelona, 1970.
WEATHERBY, J.: *Conversaciones con Marilyn,* Gedisa. Barcelona, 1978.
VARIOS: *Marilyn revisitada,* Anagrama. Barcelona, 1976.





El cuerpo sin vida de Marilyn es sacado de su casa de Hollywood.

El entierro de Marilyn, en el cementerio de Los Angeles.

¿Quién mató a Norma Jean? *Este es el título de una canción de Peter Seeger, que muchos norteamericanos y aficionados al cine de todo el mundo repitieron tras la muerte de Marilyn Monroe, un mito de nuestro tiempo que llegó a ser la mujer más deseada del mundo, a la vez angelical y satánica, inocente y vampiresa, que destruía a quienes se le acercaban. Amiga de los varones Kennedy, que solían frecuentar su casa, su muerte aún está llena de interrogantes que podrían ser desvelados si se publicara el desaparecido Diario rojo, que la actriz escribía cotidianamente y por el que se ofrecen más de 150.000 dólares. Su segundo marido, el jugador de béisbol Joe Di Maggio, mandó durante veinte años tres ramos de flores semanales a su tumba, una cripta color de rosa del cementerio de Los Angeles.*





Los padres conciliares en el interior de la basílica de San Pedro

EL VATICANO II

EL 11 de octubre de 1962 pasará a la historia como una fecha clave en la vida contemporánea de la Iglesia católica. Aquel día, 2.498 obispos cruzaron la plaza de San Pedro, revestidos de blancas capas pluviales y blanquidoradas mitras, para iniciar el Concilio Vaticano II, una asamblea que abrió sus puertas cuando ya nadie esperaba que volviera a haber concilios en la historia de la Iglesia.

Efectivamente, la definición del dogma de la infalibilidad papal en el Vaticano I había hecho imaginar a muchos teólogos que ya jamás se reunirían los obispos para decidir cosas que podía resolver y definir el papa solo. Pero la idea conciliar seguía viva en la Iglesia. Ya Pío XI, primero, y Pío XII, después, habían soñado con convocar un nuevo concilio o, más bien, terminar el Vaticano I, que se había cerrado sin conclusión. Pero, en uno y otro caso, el proyecto no había pasado de eso, en vista de las tremendas complicaciones que una asamblea ecuménica comportaba.

José Luis Martín Descalzo, sacerdote, escritor y periodista, analiza el desarrollo del concilio. Los cambios que éste supuso para la Iglesia católica y su repercusión en la vida de millones de cristianos de todo el mundo.

Después del reforzamiento de la autoridad papal con el dogma de la infalibilidad y de la estructura centralizada de la Iglesia católica (decisiones adoptadas en el Concilio Vaticano I, celebrado en 1869-70, bajo el pontificado de Pío IX), pocos esperaban que un papa de edad avanzada, elegido como «transición», convocara un nuevo concilio y escuchara las opiniones de los pastores de la Iglesia. Y, sin embargo, esto fue lo que hizo el sencillo y modesto cardenal Roncalli, a los tres meses de ser elegido para ocupar «la silla de Pedro». A Roma vinieron 2.498 obispos de todo el mundo, por primera vez mayoría no europea, y 101 representantes de otras 29 Iglesias cristianas.



El féretro de Juan XXIII recorre la plaza de San Pedro.

La muerte de Juan XXIII el 3 de junio de 1963, tras cuatro años y siete meses de pontificado, pareció poner en peligro la continuidad de su gran obra: la celebración del Concilio Vaticano II, que supuso la reconciliación y la integración de la Iglesia al mundo moderno. Pero su sucesor, el inteligente y prudente cardenal Montini, Pablo VI, continuó la tarea iniciada por su antecesor.

La renovación interna de la Iglesia católica se reflejó también en la postura de Roma ante los cristianos no católicos, que pasó de ser intransigente a ser tolerante y dialogante, intentando lograr el ecumenismo total. Asimismo, el Vaticano II fijó la independencia de la Iglesia y del Estado y la lucha de aquélla en favor de los derechos humanos y la paz en todo el mundo.

Terremoto en la Iglesia católica

Cuando, tras la muerte de Pío XII, Juan XXIII subió a la silla de Pedro nadie esperaba grandes cosas de él. Pública y privadamente se dijo que se trataba de un «papa de transición» elegido para cubrir unos años mientras la Iglesia encontraba un candidato más sólido y duradero. El propio Roncalli bromearía en algunos de sus discursos sobre esta condición de «papa de paso» que le atribuían.

De ahí que fuera tan grande la sorpresa del mundo entero cuando, a los pocos meses de su elección, anunció, el día 25 de enero de 1959, su deseo de convocar un concilio ecuménico. Grande fue el asombro de los cardenales presentes y de todos los obispos del mundo que conocieron el anuncio de tal acontecimiento por la prensa, como el común de los fieles.

Como era típico en todas las obras del papa Juan XXIII y como es normal en los sucesos de tipo carismático, tanto en el enfoque del concilio como en su preparación hubo inicialmente confusión y contradicciones aparentes. En un primer momento se presentó como un concilio de unión de las Iglesias; después se perfiló como de reforma interior de la Iglesia y de su disciplina; luego, como una asamblea de adaptación del catolicismo a los tiempos modernos. Y la misma preparación conciliar registró estas oscilaciones: nacido de un deseo carismático del papa, se encarriló más tarde su preparación por cauces tradicionales, como si la Curia romana —dominada entonces por el integrismo— fuera capaz de ponerle muros y canales a las intuiciones puramente evangélicas del papa Roncalli. Este dejaba hacer, confiado, como era típico en él, en la acción correctora del Espíritu Santo a través de la comunidad.

Por de pronto no quiso el papa imponer los temas del concilio, como hubiera estado en su derecho y como era tradicional en la Iglesia. Pidió más bien que se consultara a todos los obispos del mundo qué temas creían más necesarios y qué sugerencias hacían para ese estudio. Quince enormes volúmenes reúnen hoy esas peticiones de la Iglesia entera.

Sobre ellos trabajó la comisión preparatoria entre los años 1960 y 1962 hasta elaborar los 69 «esquemas» que el Vaticano II hubiera debido tratar. Eran esquemas netamente conservadores con los que la Iglesia, más que adaptarse a la problemática del mundo moderno, parecía encadenarse para siempre al mundo pasado. Los obispos que conocían estos proyectos fueron al Vaticano II con fuertes dosis de pesimismo. Pensando sobre todo que, dado el desconocimiento entre sí de los obispos que llegarían a Roma, todo hacía prever que la Curia romana lograría controlar plenamente las comisiones conciliares y conducir con ello las ideas y decisiones conciliares por los caminos de siempre.

Tal vez por ello resultó tan sorprendente el discurso que Juan XXIII pronunció el día de la apertura, y en el que expuso que la Iglesia de Cristo «siempre se opuso a los errores y con frecuencia los condenó con la máxima severidad», pero que «sin embargo, en nuestros tiempos, la Esposa de Cristo prefiere usar la medicina de la misericordia más que la de la severidad», al tiempo que señalaba como meta de este concilio el que la doctrina católica fuera «enseñada en forma más eficaz».

La batalla conciliar

Apoyados en este discurso, los obispos partidarios de una profunda renovación de la Iglesia, dirigidos, sobre todo, por los episcopados centroeuropeos, iniciaron una batalla contra los esquemas preparados por la Curia romana. Consiguieron ya en la primera jornada un aplazamiento de las elecciones de las comisiones conciliares —que el reglamento obligaba a realizar un poco por sorpresa ya en la primera congregación—, con lo que las conferencias episcopa-

les lograron colocar en esas comisiones a una gran mayoría de obispos de línea más abierta que los propuestos por la Curia romana. Y ganaron su gran batalla al presentarse el esquema «Sobre las fuentes de la revelación», que fue estrepitosamente derrotado en la votación del 20 de noviembre. Con ello quedaba claro que la mayoría de los obispos querían un enfoque diferente del que representaban los esquemas elaborados por las comisiones preparatorias y que se imponía una reelaboración a fondo de todos ellos por las nuevas comisiones elegidas por los 2.500 obispos reunidos. El posterior debate sobre la Iglesia mostró la misma oposición.

Con todo ello, la primera sesión conciliar, la de 1962, no ofreció muchos frutos prácticos, pero mostró los deseos renovadores de la mayor parte del episcopado y sirvió para encarrilar un concilio preparado para atar al pasado, hacia una apertura pastoral hacia el futuro. Se mostró que los obispos aspiraban a una reforma en profundidad de la liturgia y que, en lo referido al esquema sobre la Iglesia, querían que se acentuaran más los aspectos pastorales que los puramente jurídicos, y que aspiraban a presentar no tanto una Iglesia encerrada en sí misma, cuanto una Iglesia para el mundo.



Juan XXIII, un papa sencillo, amante de la oración en soledad

Un grupo de escolares rezan por el alma del papa, durante sus funerales

El Concilio Vaticano II recogió las opiniones y a la vez transformó las mentalidades de casi todos los católicos, a lo largo y ancho del mundo. Fue el primer concilio de la historia de la Iglesia (hizo el número 21 de los mismos) en el que la mayoría de la asamblea episcopal asistente no era de origen europeo, sino verdaderamente ecuménico. Pastores católicos de todas las razas y de matices ideológicos diferentes se reunieron en Roma para hablar libremente de los problemas e inquietudes de sus fieles.

Concluyó la sesión con el desconcierto de los conservadores, que se confirmaban en la idea de que convocar un concilio era abrir las puertas del desorden en la Iglesia. Por eso, el agravamiento y la muerte de Juan XXIII, el 3 de junio de 1963, ponía en juego la misma existencia del concilio que un nuevo papa hubiera podido reabrir o cerrar para siempre. O aplazarlo *sine die*, como querían los ambientes curiales.

Pablo VI, el continuador

De ahí que fuera tan importante la elección de Pablo VI. El cardenal Montini había sido ya en la primera sesión partidario abierto de una reorganización y reelaboración a fondo de los esquemas conciliares en una línea moderada y profunda, pero claramente renovadora. Y en vísperas del cónclave de 1963 había sido claramente partidario de la inmediata reapertura y continuación del concilio. Su elección era garantía de que la gran aventura continuaría. Y así lo confirmó en su primer discurso como papa, al señalar que la prosecución y conclusión del Vaticano II sería la obra fundamental de su pontificado.

El 20 de septiembre de 1963 se abrió la segunda sesión, la más difícil e intensa de las cuatro conciliares. En ella tuvieron lugar las más duras polémicas en torno a los esquemas sobre la Iglesia, sobre ecumenismo y libertad religiosa.



Asistentes al concilio salen de San Pedro, tras una sesión de trabajo

En el esquema de la Iglesia, el mayor de los debates fue sobre «la colegialidad». Muchos católicos pensaban que al haberse interrumpido sin concluir el Vaticano I, en el que se definió el puesto del papa en la Iglesia, pero no llegó a estudiarse el capítulo sobre el episcopado, se había creado un cierto desnivel en la estructura de la Iglesia, dándose la impresión de que el papa anulaba el papel de los obispos y presentando al obispo de Roma como desgajado de los demás obispos. Propugnaban por ello la doctrina de la colegialidad, que subrayaba el papel de los obispos como sucesores del «colegio apostólico», resituando en él al papa, ciertamente *sobre* los obispos, pero también *entre* ellos. Este planteamiento, que podía ayudar a los cristianos no católicos a comprender mejor el papel del papado en la Iglesia, era visto por algunos como sospechosamente recortador de la función papal, mientras que sus partidarios lo presentaban como fiel al evangelio y como clarificador pero no infravalorador del papado.

En un largo debate se puntualizaron y formularon estas ideas, y el planteamiento colegialista triunfó por larga mayoría en la votación del 30 de octubre de 1963.

Duras fueron también las discusiones sobre la libertad religiosa y sobre el ecumenismo, y también en las mismas se fueron abriendo paso las posturas dialogantes y reformistas. Con ello, esta segunda sesión señalaba la victoria clara de los obispos renovadores, lo que se confirmaba con la decisión de elaborar un nuevo esquema, no previsto entre los iniciales, que daría origen a la futura *Constitución sobre la Iglesia y el mundo*, que señalaría la nueva postura de la Iglesia ante las realidades humanas. Pero todos estos temas quedarían aún abiertos para un nuevo debate en la tercera sesión, con lo que la segunda concluyó únicamente con la proclamación del documento sobre liturgia (que abría paso a la celebración en lenguas vulgares y acercaba la misa y los sacramentos a la participación del pueblo) y con un débil texto sobre los medios de comunicación.

La sesión de la mediación

Se inició en 1964 la tercera sesión conciliar, que se esperaba pudiera ser la conclusiva. Pero pronto se vio que resultaría imposible terminar los 13 esquemas que aún estaban por proclamar.

Y volvieron de nuevo a ser motivo de tensión el debate sobre la colegialidad, en el que fue necesaria una cuidada labor de mediación por parte de Pablo VI, y el tema de la libertad religiosa, al que no se resignaba la minoría conservadora. Tuvo el papa también en este terreno que calmar los deseos de los grupos mayoritarios para que no se diera ni siquiera la apariencia de que no se respetaba suficientemente el papel de las minorías. El documento de la Iglesia quedó finalmente aprobado el 19 de noviembre de 1964, mientras que el de la libertad religiosa se dejaría para nuevas reelaboraciones en la cuarta sesión. También se discutió y se ultimó un documento sobre Iglesias orientales. Y se comenzó el estudio sobre el documento de los sacerdotes, el de los religiosos, así como el referente a los judíos. Y, sobre todo, el que entonces se llamaba «esquema XIII», que llegaría a ser la *Constitución sobre la Iglesia y la nueva línea de sus relaciones con el mundo actual.*

Giovanni Battista Montini, Pablo VI, fue un hombre culto y moderado que aceptó la renovación de la Iglesia propuesta por su antecesor Juan XXIII: su integración al mundo moderno, manteniendo la fuerza de la tradición y adoptando posturas prudentes, diplomáticas y eclécticas en algunas cuestiones escabrosas. Realizó varios viajes y reforzó la presencia internacional del Vaticano.



El papa Pablo VI, continuador del Concilio Vaticano II

La sesión de los frutos

En 1965 se reunió la cuarta sesión conciliar, mucho más serena que las anteriores, a la vez que más fructífera. Ahora ya sólo se trataba de ultimar detalles y conseguir el máximo posible de unanimidad en las votaciones finales.

El 28 de octubre de este año se promulgaron cinco decretos: los referidos a los obispos, a los religiosos, a la formación sacerdotal, así como las declaraciones sobre la educación cristiana y sobre las religiones no cristianas. A los que el 18 de noviembre se añadirían otros dos documentos: el referido a la Revelación (acentuando el papel de la Biblia en la vida de la Iglesia) y relacionado con el apostolado de los seglares.

Los debates en esta sesión se centraron en el documento sobre la Iglesia y el mundo, y especialmente en algunos de sus apartados: en el referido a la familia, Pablo VI había sustraído el tema de la limitación de la natalidad, que prefería resolver él solo; pero fueron intensos los debates en lo concerniente a la postura de la Iglesia ante la guerra y ante el ateísmo.

Finalmente, en una solemne sesión, el 7 de diciembre de 1965, se proclamaron los cuatro últimos documentos: los decretos sobre la actividad misionera de la Iglesia y sobre el ministerio y vida de los presbíteros, la declaración sobre la libertad religiosa y la *Constitución pastoral sobre la Iglesia y el mundo moderno.* Y el 8 de diciembre, en la plaza de San Pedro, se celebró la solemne sesión de clausura.

Una nueva visión de la Iglesia

Es difícil valorar los frutos y consecuencias del Vaticano II, un concilio muy diferente de los anteriores. No hubo en él definiciones dogmáticas. Tanto por el planteamiento de Juan XXIII como por los enfoques de la mayoría conciliar, se aspiró siempre a realizar un concilio pastoral que señalase más los caminos del futuro, en lugar de petrificar en definiciones determinadas posturas o ideas de la Iglesia. Mas no por este enfoque



Sesión inaugural del Concilio Vaticano II en la basílica de San Pedro

En el lujoso e impresionante marco de la basílica de San Pedro del Vaticano, construida por el papa Julio II (un auténtico hombre del Renacimiento italiano) y sus sucesores en el siglo XVI, fue donde se celebraron las sesiones solemnes y plenarias del Concilio Vaticano II. Las comisiones de trabajo conciliares fueron mucho más pluralistas y abiertas que las preparatorias, inicialmente controladas por personas afines a los intereses de la Curia romana. El material y el plan de trabajo recopilado por éstas fue muchas veces rechazado por la asamblea y tuvo que transformarse radicalmente en algunos casos. A lo largo de las sesiones del concilio se confrontaron las tesis de una minoría conservadora reaccionaria frente a las de la mayoría, de tono progresista moderado.

pastoral, es éste un concilio menos importante para los creyentes, ya que señala las actitudes de la Iglesia en este momento y en este siglo. Y esas directrices se sitúan en tres campos: en una nueva visión de la Iglesia en su interior; en un nuevo planteamiento de los contactos con los cristianos no católicos, y en una nueva manera de situarse ante las realidades de este mundo.

En la redefinición de la Iglesia se acentuó su visión como pueblo de Dios, y no como simple sociedad jurídica: todos los católicos, y no sólo la jerarquía, son responsables de la vida de la Iglesia, con lo que se pasaba de una visión más piramidal y autoritaria a otra más fraternal y comunitaria. Se acentuó el contacto vivo del papa con los obispos y de éstos entre sí. De ahí surgiría uno de los frutos más visibles del concilio: las conferencias episcopales. A la idea de los obispos «sueltos» y dispersos, responsable cada uno únicamente de su diócesis, se pasaba a una responsabilidad más compartida, a través de las conferencias que surgieron en todas las naciones. En esta misma línea de colaboración surgió el Sínodo, órgano permanente de reforma de la Iglesia, al que acudirían los representantes de cada episcopado para discutir cada dos o tres años los problemas más vivos de la Iglesia, siempre bajo la presidencia del papa.

Surgió también una figura del obispo más próxima a los sacerdotes y a los fieles. El concilio ordenó que en todas las diócesis se crearan consejos presbiterales y pastorales, para que, a través de ellos, los sacerdotes y todas las fuerzas vivas de las diócesis pudieran hacer oír su palabra.

Al mismo tiempo, la reforma litúrgica acercaba el culto a los fieles que lograban participar mejor en unas celebraciones que podían comprender por celebrarse en su propia lengua. Y se acentuaba también el papel que la Biblia ha de tener en la vida religiosa de todos los católicos.

Más hermanos que separados

Tal vez el fruto más visible del concilio fue la nueva postura de la Iglesia católica hacia los



JUAN XXIII, ANGELO GIUSEPPE RONCALLI (Sotto il Monte, Italia, 1881-Ciudad del Vaticano, 1963)

Elegido, debido a su avanzada edad, como un papa «de transición», introdujo en su breve pontificado los cambios más profundos experimentados en los últimos tiempos por una institución tan impermeable como la Iglesia católica.

Hijo de una familia campesina, hizo carrera en la diplomacia vaticana como representante pontificio en Bulgaria (1925-1935), Grecia y Turquía (1935-1944) y Francia (1944-1953). Cardenal en 1953, fue nombrado arzobispo de Venecia. Su elección al solio pontificio no llegó hasta la duodécima votación. Seis semanas después reorganizó y amplió el Sacro Colegio Cardenalicio y la Curia romana.

A los tres meses de pontificado sorprendió al mundo católico con la convocatoria del Concilio Vaticano II, a cuyo desarrollo imprimió tal rapidez que se abrió el 11 de octubre de 1962.

El Concilio Vaticano II trajo vientos de cambio en la Iglesia católica que le permitieron asumir buena parte de los valores incorporados a la sociedad civil por la Revolución francesa.

Juan XXIII cuidó de no interferir en los trabajos de los más de 2.000 obispos reunidos en Roma, sin renunciar por ello a una labor pastoral que se concretó en dos encíclicas, *Mater et magistra* (mayo de 1961), sobre el papel de la Iglesia católica en el mundo actual, y *Pacem in terris* (abril de 1963), sobre la paz en el mundo.

Vitalista a pesar de su edad, extravertido, pragmático, bondadoso, no exento de cierta socarronería muy campesina, fue un papa extraordinariamente popular, gracias también a los medios de comunicación, auténtico reverso en muchos sentidos tanto de Pío XII, su antecesor, como de su sucesor, Pablo VI.

PABLO VI, GIOVANNI BATTISTA MONTINI (Concesio, Italia, 1897-Castelgandolfo, Roma, 1978)

Hijo de un periodista, estuvo siempre vinculado, por medio familiar y educación, a la Democracia Cristiana. Ordenado sacerdote en 1920, amplió estudios en la Academia de Nobles Eclesiásticos y se inició en la diplomacia vaticana en la nunciatura apostólica en Varsovia. Nombrado sustituto de la Secretaría de Estado en 1937, fue uno de los más cercanos colaboradores de Pío XII, al que llegó a parecerse hasta en los gestos, y gran conocedor de los intrincados caminos de la Curia romana. En 1953 rechazó la púrpura cardenalicia, que no pudo rehusar en 1958 de manos de Juan XXIII, a cuya muerte fue elegido papa el 21 de junio de 1963.

Defensor de los derechos humanos, fue una de las muchas personalidades que pidieron a Franco clemencia para Julián Grimau en 1963.

Merece recordarse la manifestación estudiantil, auspiciada por el S.E.U. franquista, que recorrió las calles de Madrid gritando: «¡Arriba, abajo, Montini al carajo!», pocos meses antes de que el ministro Solís Ruiz representase al Estado español en la coronación de Montini como el 262 sucesor de Pedro.

Enfrentado a la segunda etapa del Concilio Vaticano II, intervino directamente en sus sesiones, remansando las corrientes renovadoras, reafirmando la prioridad del papado sobre toda veleidad «colegialista» y marcando posiciones conservadoras sobre las prácticas anticonceptivas en la encíclica *Humanae Vitae* (1968), cuyas repercusiones en el mundo católico aún continúan.

Avido lector, escritor frustrado, introvertido, dubitativo hasta la inseguridad, fue el primer papa que inauguró la práctiica de los viajes a los puntos más dispares de la tierra y de la presencia en los principales foros internacionales.

cristianos no católicos. De una Iglesia puramente a la defensiva, que no reconocía casi valor alguno en ortodoxos y protestantes, se pasó a un diálogo sincero con todos. Ya desde la primera sesión conciliar estuvieron presentes en el aula conciliar representantes de todas las Iglesias. Y los contactos entre el papa y los más altos jerarcas de otras confesiones se multiplicaron durante estos años. El papa Pablo VI se encontró, primero en Jerusalén y después en Estambul, con el patriarca Atenágoras, y varios patriarcas orientales viajaron también a Roma, donde fueron igualmente recibidos el arzobispo anglicano de Westminster y otros jerarcas luteranos. La Iglesia católica pasó a formar parte (si bien sólo como observadora) del Consejo Ecuménico de las Iglesias.

Los cristianos no católicos pasaron, de ser enemigos hostiles, a ser hermanos separados, más hermanos que separados. Y el concilio permitió ver que en muchos campos las diferencias eran bastante menores de lo que parecían. Esto supuso un impulso decisivo al movimiento ecuménico, si bien tras un primer momento, un tanto romántico, de entusiasmo en el que parecía verse como inmediata la unión de las Iglesias, hubo de pasarse después a otra etapa, más realista, que reconocía la inevitable lentitud de este camino.

Los dolores y esperanzas del mundo

No menos significativo fue el cambio de postura de la Iglesia frente a las realidades mundanas. De una postura en la que parecía verse



Sellos conmemorativos de Juan XXIII, Pablo VI y la celebración del Concilio Vaticano II

todo el bien como dentro de la Iglesia y todo el mal fuera de ella, se pasó a un reconocimiento de la autonomía de las cosas humanas, con la consecuente separación de la Iglesia como tal de toda actividad política. Pero, al mismo tiempo, descubría la Iglesia que los valores humanos de la libertad y de la justicia no le son indiferentes y que luchar por ellos es también parte de su misión. Se pasaba así de una visión de la Iglesia encerrada sólo en el llamado «mundo espiritual» a una mayor proyección sobre el campo ético de los derechos humanos. La Iglesia se presentaba a sí misma como al servicio del hombre, de sus dolores y de sus esperanzas, una Iglesia con una acentuación de su preocupación por lo social.

Un giro que no se haría sin dolor. Porque al entusiasmo de los años conciliares sucedió la tensión en la llamada «crisis postconciliar», que abrió numerosas polémicas en el interior de la Iglesia y que precisó de todo el pulso de Pablo VI para evitar exageraciones y recortes de la doctrina conciliar.

Esta crisis encontraría un apaciguamiento con el paso de los años y, especialmente, con la llegada de Juan Pablo II, que, manteniendo lo sustancial de los logros conciliares, ha puesto el freno a alguno de los abusos de los años siguientes.

Veinte años después hay que considerar que el Vaticano II, a pesar de estas tensiones, ha sido fundamental a la hora de presentar una Iglesia despierta y viva en los albores del siglo XXI, tras algunas décadas en las que parecía haberse encerrado para siempre en el siglo XIX, como temerosa de los nuevos planteamientos del mundo moderno.

J. L. M. D.

Muchos países y Estados, entre ellos el Vaticano, lanzaron emisiones filatélicas para conmemorar la celebración del Concilio Vaticano II. La figura del obispo como alta jerarquía de la Iglesia dejó paso a la del obispo-pastor, sencillo servidor de sus fieles y coordinador de los sacerdotes y fuerzas vivas católicas de su diócesis, entre las que explica la doctrina de Cristo en su propia lengua y les ayuda en sus problemas tanto espirituales como terrenales.





Los asistentes al concilio admiraron las bellezas de Roma, como unos turistas más, entre sesión y sesión



Política internacional

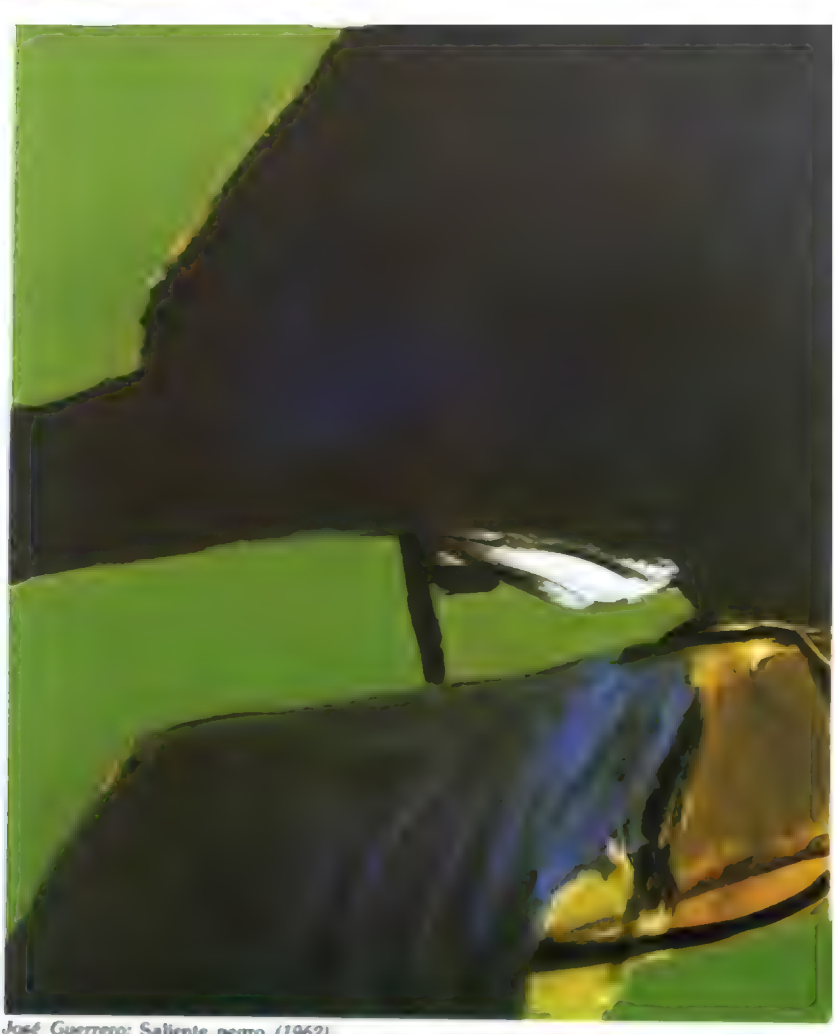
Se celebra la conferencia de la OEA en Punta del Este (Uruguay). Cuba es expulsada de la Organización.
El presidente de Argentina, Frondizi, es depuesto por los militares.
Estados Unidos envía tropas a Tailandia y ayuda económica y militar a Vietnam del Sur.
El referéndum celebrado en Argelia da como resultado una mayoría aplastante de votos a favor de su independencia. Ben Bella es nombrado presidente.
La visita de Adenauer a Francia confirma la reconciliación franco-alemana.
Georges Pompidou sucede a Michel Debré como primer ministro del gobierno francés.
El 22 de octubre, el presidente de Estados Unidos, John F. Kennedy, da a conocer el descubrimiento de misiles soviéticos con cabezas nucleares en Cuba y ordena el bloqueo naval de la isla. La flota soviética y la norteamericana llegan a estar frente a frente en el Caribe. Sólo después de tensas conversaciones entre las dos grandes potencias, los misiles rusos son retirados.
Francia publica la ley sobre la elección de jefe de Estado por sufragio universal.
Independencia de Jamaica, Uganda, Tanganica y Trinidad-Tobago.
En Italia se forma un gobierno de coalición entre cristiano-demócratas, republicanos y socialistas. Su presidente es Amintore Fanfani.
Guerra fronteriza entre China e India.
España acoge a gran parte de los jefes de la OAS.
Continúan las luchas internas en el Congo y las matanzas de misioneros y colonos blancos.
Gary Powers, el piloto americano prisionero en la URSS, es intercambiado por el espía soviético Abel.

Sociedad

Movimiento huelguístico en Asturias, Cataluña y País Vasco.
La Conferencia Laboral Internacional recomienda la semana laboral de cuarenta horas.
A pesar de la amnistía concedida a los yugoslavos, el ex vicepresidente Milovan Djilas es nuevamente encarcelado por su libro Conversaciones con Stalin, bajo la acusación de revelar secretos de Estado.
Empieza el Concilio Vaticano II. La primera sesión será el 11 de octubre.
Muere la ex reina Guillermina de Holanda.
Boda entre el príncipe Juan Carlos de Borbón y la princesa Sofía de Grecia.

Economía

España pide su ingreso en el Mercado Común.
Los seis países que integran el Mercado Común acuerdan una política agrícola conjunta.



José Guerrero: Saliente negro (1962).



Arturo Frondizi, ex presidente de la República Argentina.



Boda de Juan Carlos de Borbón con Sofía, princesa de Grecia.

Ciencia y tecnología

Se firma el acuerdo franco-británico para la construcción del avión Concorde.
Glenn, Carpenter y Schirra realizan el primer vuelo orbital norteamericano.
Se construye el mayor puente de cemento armado del mundo (8.678 metros) en el lago de Maracaibo (Venezuela).
Lanzamiento del primer satélite de comunicación Telstar.
James Watson, bioquímico norteamericano; Francis Crick, biólogo inglés, y Maurice Wilkins, biofísico inglés, comparten el premio Nobel de Fisiología y Medicina por sus estudio sobre el ADN (ácido desoxirribonucleico), base fundamental de la herencia genética.

Sucesos

Ejecución de Adolf Eichmann.
Atentado frustrado contra el general De Gaulle.
La facultad de Ciencias de Argel es destruida por una bomba puesta por la OAS.
Ocho fugitivos del Berlín oriental pasan a la zona oeste en un carro blindado.
Graves malformaciones en niños cuyas madres tomaron talidomida durante su embarazo.
Catastróficas inundaciones en Cataluña y Valencia.



Andy Warhol. Marilyn Monroe is gold (Marilyn Monroe es oro).

Deportes

Graham Hill se convierte en la gran estrella de la fórmula I.
La checa Karol Divin se proclama campeona del mundo de patinaje artístico.
Cuatro medallas de oro para los soviéticos en los campeonatos del mundo de halterofilia.

Literatura

John Steinbeck: premio Nobel.
Alejo Carpentier: El siglo de las luces.
Mario Vargas Llosa: La ciudad y los perros.
Erich Maria Remarque: Los exilados.
Morris West: Toda la verdad.
Catherine Paysan: Historia de una salamandra.
Günter Grass: El gato y el ratón.
Mueren William Faulkner, Georges Bataille y Hermann Hesse.

Cine

Ingmar Bergman: A través del espejo.
Orson Welles: El proceso.
Francesco Rosi: Salvatore Giuliano.
Howard Hawks: Hatari.
Visconti-De Sica-Monicelli-Fellini: Boccacio 70.
David Lean: Lawrence de Arabia.
Roman Polanski: El cuchillo en el agua.
John Ford: El hombre que mató a Liberty Valance.
Darryl F. Zanuck: El día más largo
Oscars de Hollywood a Gregory Peck por Matar a un ruiseñor *y a Anne Bancroft por* El milagro de Ana Sullivan.
Mueren Marilyn Monroe y Charles Laughton.

Teatro

Tennessee Williams: La noche de la iguana.
Edward Albee: ¿Quién teme a Virginia Woolf?

Música

Paul Hindemith: La larga cena de Navidad *(ópera).*
Carlos Chávez: El sol, corrido mexicano.
Igor Stravinski: The Flood.
The Beatles: Love me do.

Pintura y escultura

Exposición Arte Degenerado, *en Munich (artistas prohibidos por el III Reich).*
Robert Rauschenberg: Barcaza.
Alberto Giacometti es galardonado en la Bienal de Venecia.

Arquitectura

Max Abramowitz: Philharmonic Hall, *Lincoln Center (Nueva York).*
Kenzo Tange: Club de Golf, *Tatsuka (Japón).*

1963



Jacqueline Kennedy y Caroline en los funerales del presidente asesinado.

La década de los sesenta se abrió con la llegada al poder en Estados Unidos de América de un flamante presidente, un hombre joven, de ideas innovadoras y excelente imagen, que encarnó para muchos el eterno «ideal americano». Su política de compromiso a nivel interno no pudo aplicarse debido a la oposición del Congreso y a los intereses particulares de un grupo de poderosos hombres de negocios que imposibilitaron cualquier tipo de pacto social. En política internacional inauguró, junto al dirigente soviético Jruschov, la época de la «coexistencia pacífica», y ambos firmaron el Tratado de No Proliferación Nuclear, poniendo fin a los tristes años de la guerra fría, de la que la crisis de los misiles de Cuba de 1962 no fue más que el último episodio. Tuvo una muerte «muy americana», y las circunstancias de su asesinato todavía no están suficientemente aclaradas, a pesar de las investigaciones realizadas por diversos organismos de Estados Unidos.



John F. Kennedy acaba de ser alcanzado por los disparos

ASESINATO EN DALLAS

DALLAS, 22 de noviembre de 1963, un lugar y una fecha que conmovieron a América y al resto del mundo y que cambiaron el rumbo de la historia. La crónica de aquel viernes soleado de otoño en la ciudad tejana pasó a los anales de los libros de historia, de los periódicos y emisiones de radio y televisión en todo el mundo como el drama humano más emotivo del siglo XX. El más prestigioso de los diarios de Estados Unidos, The New York Times, *registró para siempre aquel momento único en la vida de esta nación:*

«El presidente John Fitzgerald Kennedy fue muerto hoy por los disparos de un asesino. Falleció de la herida causada en su cerebro por una bala de rifle que le dispararon mientras atravesaba el centro de esta ciudad de Dallas en una comitiva de automóviles. El vicepresidente, Lyndon Baines Johnson, que viajaba en el tercer coche de la comitiva, detrás del que transportaba a Kennedy, fue juramentado como el trigésimo sexto presidente de Estados Unidos noventa y nueve minutos después de la muerte de Kennedy.»

El trigésimo quinto presidente de Estados Unidos y el más joven de toda su historia cayó abatido a balazos el 22 de noviembre de 1963, en la ciudad sureña de Dallas. Con él moría una nueva forma de hacer política y un símbolo de esperanza y paz para muchos de sus simpatizantes en todo el mundo. Cinco años más tarde morirían también su hermano y sucesor político Robert y el líder moderado negro Martín Lutero King, otra figura significativa de la joven América.

El clan Kennedy procede de un inmigrante irlandés, Patrick, establecido en la zona de Boston desde 1850, de religión católica (John F. será el primer presidente de Estados Unidos de esta confesión) y líder de la comunidad irlandesa local. Su hijo Joseph senior (el padre de Joseph junior, John, Robert y Edward) cursó estudios en Harvard y se introdujo en el mundo de las finanzas hasta amasar una gran fortuna. Fue embajador de su país en Londres. Joseph junior participaba ya activamente en la vida política del partido demócrata cuando estalló la Segunda Guerra Mundial y murió a bordo de un avión sobre suelo francés. Le sucedió como futuro líder de la familia su hermano John, graduado en Harvard y héroe del Pacífico. A su muerte, Robert encabezó el clan.

El presidente más joven

El magnicidio de Dallas, que puso fin a la vida de un brillante y joven presidente —Kennedy había ganado las elecciones frente a Richard Nixon tres años antes, el 8 de noviembre de 1960, convirtiéndose en el trigésimo quinto presidente de Estados Unidos, en el primero de religión católica que alcanzaba la Casa Blanca, y en el más joven de toda la historia de la presidencia—, detuvo una carrera política espectacular, cuya corta presencia al frente del ejecutivo norteamericano en los primeros años de la década de los sesenta había servido para crear una prometedora atmósfera de liberalismo y de apertura después de los temores de la guerra fría y del miedo a los avances comunistas que se produjeron en Europa tras la Segunda Guerra Mundial. La «década del fallo», como se ha calificado a los turbulentos años sesenta, se abría con este cruel asesinato y se cerraba en 1968 con la doble muerte, también a manos de asesinos, de su hermano Robert Kennedy y del líder negro Martín Lutero King.

Kennedy llegó a la Casa Blanca en un período de grandes y violentos cambios, cuando numerosas naciones e instituciones luchaban por adaptarse a una nueva era marcada por el conflicto: los países del Tercer Mundo, la Unión Soviética, el Movimiento por los Derechos Civiles, la llegada de Fidel Castro al poder, la confrontación por la instalación de los misiles soviéticos en Cuba, la crisis de Berlín, las incursiones comunistas en Laos y Vietnam, el despertar social de Latinoamérica, el enfrentamiento con los magnates del acero y el mejoramiento de las clases trabajadoras en Estados Unidos. Kennedy trató de centrar su mandato en lograr un cambio, y ello le valió enfrentarse con las enormes fuerzas que se oponían al mismo.

América entera lloró la muerte de su joven presidente. Las balas asesinas suponían el final



Foto familiar del clan Kennedy, tomada en 1934.

de una promesa, de una visión de futuro y de transformación que ya se había perfilado durante su discurso inaugural, cuando sucedió a Dwight D. Eisenhower, el hombre de mayor edad que había servido en la Casa Blanca. En aquella histórica inauguración, en enero de 1961, Kennedy ya había planteado su desafío: «Que el mundo se entere desde este momento y desde este lugar, ya sean amigos o enemigos, que la antorcha acaba de pasar a una nueva generación de americanos, gente que ha nacido en este siglo XX, que se ha curtido por la guerra y se ha disciplinado después por una paz dura y amarga...»

«¡Dios mío, me han disparado!»

Quizá Kennedy había tenido una premonición de su propia tragedia. Aquel viernes, 22 de noviembre, mientras se vestía en el hotel de Forth Worth, había comentado a su esposa Jacqueline: «Si alguien quisiera matarme desde una ventana con un rifle, nadie podría impedirlo.» El presidente, de hecho, había decidido acudir al Estado de Texas para atemperar la célebre violencia de este lugar, para demostrar a los altos magnates del petróleo y de la industria que su fama de *antibusiness* (antinegocios) era inmerecida, y para calmar la virulencia de la izquierda y la derecha extremistas. Y, efectivamente, al llegar a Dallas había alguien esperándole con un rifle en una ventana. En las calles de la ciudad se repartieron panfletos con su imagen en los que podía leerse: «Se le busca por traición.» Los periódicos locales rezumaban insultos por haberse negado a apoyar la invasión de Cuba en la bahía de Cochinos, le acusaban de negociar en secreto con el partido comunista norteamericano o vapuleaban a su hermano Robert, ministro de Justicia, por no perseguir más duramente a los elementos ultraizquierdistas. Los panfletos habían sido financiados por Nelson Bunker Hunt, hijo del multimillonario ultraderechista H. L. Hunt, el magnate del petróleo tejano.

Kennedy acudía a dar un discurso en el Trade Mart. Viajaba junto a su esposa por la plaza Dealy, en el centro de Texas, en un automóvil *Lincoln* descubierto. Fue la propia Jacqueline la que escuchó el grito de dolor del tercer pasajero, el gobernador Connally. Al darse la vuelta vio que la cara de su esposo cambiaba de color mientras se llevaba las manos a la garganta y exclamaba: «¡Dios mío, me han disparado!» Inmediatamente después se escuchó un segundo disparo y Jacqueline presenció cómo saltaba en pedazos el cráneo del presidente, cuya sangre se


Los tres Kennedy varones. Robert, John Fitzgerald y Edward.

La juventud y simpatía natural de los hermanos Kennedy fue una de sus mejores bazas políticas, en un país donde los votantes se dejan influir bastante por la imagen televisiva de sus líderes. John F. arrasó a su contrincante republicano en este terreno, pues mientras Nixon se empeñaba en hablar de asuntos concretos y perdía los nervios, Kennedy contactaba con la mayoría de sus compatriotas y les hablaba de cambio, ilusión y esperanza. Su política de «nueva frontera» unió la gran tradición


Caroline Kennedy, en primer plano, sale de la iglesia el día de su tercer cumpleaños.



La pequeña Jacqueline, acompañada de sus padres.

derramó sobre su vestido y sus medias. Jacqueline rompió a gritar: «¡Oh, Dios mío, han herido a mi marido...! ¡Jack, yo te quiero!» La esposa de Connally, cuarta pasajera del automóvil presidencial, acababa de decir a Kennedy: «No creo que esta vez puedas decir que Dallas no te ha recibido bien...» Mientras el coche aceleraba al darse cuenta el chófer de que eran víctimas de un atentado, Jacqueline saltó, con la ayuda de un agente de seguridad, a los asientos posteriores. Cinco minutos más tarde, a una velocidad superior a los 120 kilómetros por hora, la comitiva llegaba al hospital Parkland Memorial. La propia Jacqueline ayudaba a los agentes del Servicio Secreto a colocar a su esposo en una camilla. Pero los médicos que intentaron salvar la vida del presidente llegaban tarde: el segundo balazo le había destrozado. Su cerebro había saltado hecho pedazos. Veintisiete minutos después de sonar los disparos, dos sacerdotes administraban los últimos sacramentos al primer presidente católico que había llegado a la Casa Blanca. Llorando, el doctor George Burkley comunicó a Jacqueline que su marido estaba muerto. Jacqueline no lloró. Se acercó a la me-

Jacqueline (Jackie) Bouvier, luego Kennedy, después Onassis, fue una mujer que heredó mucho del espíritu e incluso del aspecto físico de su padre, John Vernou Bouvier III, un agente de bolsa neoyorquino con pinta de galán latino y «moreno peligroso», que fue conocido en la alta sociedad por los motes de El Príncipe Negro, El Jeque *y* Jack el Negro. *Poseedor de una gran fortuna, hizo que sus hijas Jackie y Lee se codearan con las élites aristocráticas y financieras de América y Europa. Se divorció de su mujer Janet y tanto su nombre como luego el de sus hijas nunca dejaron de salir en primera página de las revistas del corazón.*

«Ni tan guapa como una modelo ni tan rica como su hijastra, Cristina Onassis» es una frase que se ha dicho recientemente sobre «la viuda más famosa del mundo»; lo cierto es que Jacqueline siempre ha sido bella y rica. Mientras fue la primera dama de Estados Unidos y luego como mujer de Onassis, Jackie siempre ha sabido estar en los grandes centros políticos y financieros internacionales.

Jacqueline Kennedy, recibida por el papa Juan XXIII.

sa del quirófano y, levantando el lienzo blanco, trazó la señal de la cruz sobre la frente de su esposo, le besó en los labios y colocó su propia alianza de boda en uno de sus dedos.

Había pasado sólo media hora escasa desde el fatídico momento de los disparos. La nación tardaría todavía otros treinta y cinco minutos en conocer la muerte de su presidente. El retraso fue debido a la fuerte conmoción que sufrió el vicepresidente Johnson, quien viajaba en el tercer coche de la comitiva y había salido ileso (un agente de seguridad se abalanzó sobre Johnson y le cubrió con su propio cuerpo para protegerle). El vicepresidente no quiso que se realizase la ceremonia de su juramento como presidente hasta que se sintió a salvo, a bordo del avión presidencial. Robert Kennedy, que se encontraba en Washington comiendo con el subsecretario de Justicia, sería informado de la muerte de su hermano después que el anuncio fuera hecho a toda la nación.

La caza del asesino

La búsqueda del asesino comenzó a los pocos segundos de oírse los disparos, ya que la ciudad de Dallas estaba virtualmente tomada por la policía local, en preparación de la visita del presidente. Varios testigos presenciales dieron la voz de alarma de que los disparos procedían de un edificio donde se albergaba un almacén de libros para las escuelas de Texas, situado a unos 80 metros del lugar por donde pasó la comitiva presidencial. La policía logró descubrir el rifle, unos papeles que habían servido para envolverlo y los restos de un bocadillo cerca de una de las ventanas del edificio. Un agente consiguió identificar a un joven, vestido con una camisa deportiva, que huyó rápidamente de la cafetería del segundo piso tan pronto como los policías le avistaron. Detrás de la ventana se encontraron también varios casquillos de bala. El rifle, un modelo italiano *Mannlicher-Carcano* de 6,5 milímetros, había sido adquirido por correo a un precio de 21,45 dólares. La policía registró a fondo el edificio y, entre el personal que allí trabajaba, echó en falta a un joven que llevaba pocas semanas empleado: Lee Harvey Oswald.

Su descripción se emitió por radio. Cuarenta y cinco minutos después del atentado, J. D. Tippit, un policía de treinta y ocho años que llevaba once trabajando como agente, se toparía con él en el centro de la ciudad. Al llamarle desde su automóvil para pedirle la documentación, Oswald le disparó a quemarropa con un revólver calibre 38. Cuatro disparos alcanzaron al agente, que murió en el acto. Poco después, la cajera del teatro Texas, donde el asesino se había escondido tratando de pasar inadvertido, dio la voz de alarma y el sospechoso fue detenido por cuatro agentes. Cuando le colocaban las esposas, Oswald murmuró: «Bueno, se acabó todo.» Uno de los policías tuvo que utilizar la fuerza cuando Oswald intentó quitarle su revólver, causándole una herida cerca de la boca y un ojo amoratado. En las ocho horas de interrogatorios, Oswald negaría haber matado a nadie. Las pruebas balísticas demostraron posteriormente que las balas que segaron la vida del agente Tippit procedían de su revólver, y en el rifle se encontraron también sus huellas dactilares, además de fibras procedentes de su camisa.

Todas las investigaciones se convirtieron, sin embargo, en puramente académicas. La policía no llegaría a probar el asesinato ante ningún tribunal. Ese mismo domingo, Oswald moriría a manos de otro personaje misterioso de la vida nocturna de Dallas, Jack Ruby, quien se alzó como fiscal, juez y verdugo del asesino del Kennedy mientras el mundo entero presenciaba con dolor el funeral del joven presidente en el salón central del Capitolio.

Viajera infatigable, de temperamento voluble y caprichoso, Jacqueline ha visitado casi todos los países del mundo. En su juventud fue periodista, y así se la presentó a John F. Kennedy el matrimonio Bartlett, amigo de ambos, que fue el que «preparó» su boda. Jackie es simpática y habla francés, italiano y español, aparte del inglés; la alta sociedad norteamericana recuerda sus cambios de humor y sus rachas derrochadoras, o sus caprichos, que tuvieron que sufrir algunos jefes de Estado extranjeros durante sus visitas a la Casa Blanca. Alguien ha resumido su carácter en una frase: «Es una snob, pero nunca se ha molestado en ocultarlo.»



Jacqueline Kennedy da de comer a un elefante en la residencia del príncipe Norodom Sihanuk de Camboya.



Norteamericanos residentes en París comentan apesadumbrados la trágica muerte del presidente Kennedy.

Con la muerte de John Fitzgerald Kennedy, las revistas de todo el mundo perdieron uno de sus personajes habituales de portada. Los rostros de su mujer Jacqueline, del canciller alemán Adenauer, del líder de la independencia argelina Ben Bella y del revolucionario Fidel Castro siguieron adornando los quioscos de prensa, pero algo había cambiado. John era miembro de una familia muy rica, pero nunca mostró demasiado amor al dinero. Se preocupaba por los demás, y varias veces votó en contra de los intereses financieros familiares, lo que le supuso enfrentarse con su padre. Idealista y realista a la vez, dijo en un discurso durante su campaña presidencial: «He recibido un telegrama de mi padre, que dice: "No compres más votos que los estrictamente necesarios. No tengo ningún interés en que ganes por mayoría absoluta".»

¿Quién era Lee Harvey Oswald?

El asesino de Kennedy fue inmediatamente identificado como un personaje extraño y aventurero, de vida borrascosa sembrada de fracasos y de incidentes oscuros. Después de escaparse de la escuela a los diecisiete años, se había alistado en los *marines* en 1956, de donde también se marchó alegando una enfermedad de su madre. Decepcionado en sus ideas políticas, desertó a la Unión Soviética, donde se casó con una joven rusa, Marina Oswald. Y nuevamente decepcionado de lo que él había definido como el «paraíso de los trabajadores», pidió ayuda a la embajada de Estados Unidos y el secretario de la Marina (quien en aquel entonces era, precisamente, John Connally, que, como gobernador de Texas, viajaba con Kennedy en el automóvil de Dallas) para poder regresar nuevamente a Estados Unidos. La embajada norteamericana pagó los gastos de su regreso, y las autoridades soviéticas permitieron que su esposa y su hija hiciesen el viaje con él a Norteamérica. Oswald se asentó en Dallas después de diferentes intentos fallidos para obtener trabajo y de constantes desavenencias con su esposa soviética. Tras intentar ir a Cuba y realizar varios viajes a México para lograrlo, comunicó a Marina que intentaba matar a Nixon, e incluso estuvo a punto de atentar contra la vida de un general del ejército en Dallas. También intentó pedir ayuda a la embajada soviética para ir a Cuba, viaje que nunca pudo efectuar, según declaró la comisión Warren, nombrada para investigar el magnicidio de Dallas.

Durante los meses anteriores al asesinato de Kennedy, Oswald mantuvo frecuente correspondencia con el partido comunista de Estados Unidos, y con el Partido Socialista Obrero, además de comprar por correspondencia el rifle y el revólver que luego utilizaría en Dallas, con los que realizó pruebas continuas y hasta se fotografió con ambas en sus manos, además de varios ejemplares de revistas comunistas y socialistas.

El domingo 24 de noviembre, cuarenta y ocho horas después del magnicidio, el FBI decidió trasladar a Oswald, desde la cárcel municipal de Dallas, a una prisión más segura del distrito. Delante de las cámaras de televisión, ante 120 millones de norteamericanos que contemplaban esta discutible decisión, la nación y el mundo entero volvieron a quedar aterrorizados cuando Oswald caía muerto a manos de Jack Ruby, un operador de salas de fiestas y clubs nocturnos de origen judío, cuyo nombre auténtico era Jacob Leon Rubinstein. La policía estaba a punto de hacer entrar a Oswald en una furgoneta especialmente protegida para efectuar su traslado cuando Jack Ruby, sin que nadie le impidiera el paso o le pidiese su identificación, avanzó hacia él, pistola en mano, y le disparó a quemarropa un solo balazo que alcanzó a Oswald debajo del corazón. Varios de los policías conocían a Ruby por sus negocios de prostitución y sus clubs nocturnos. Los espectadores de todo el país pudieron incluso escuchar, a través de sus receptores de televisión, el improperio de uno de los agentes cuando sonó el disparo: «¡Jack, so hijo de perra...!»

Por segunda vez en dos días, la nación había batido un triste récord contemplando el primer asesinato de un presidente delante de las cámaras de televisión y el crimen posterior cometido sobre su asesino. Oswald, que fue llevado con la idéntica prisa al mismo hospital donde murió Kennedy, falleció minutos más tarde. Un año después, un tribunal condenó a muerte a Jack Ruby, a pesar de que la defensa y varios psiquiatras aseguraron que sufría trastornos mentales producidos por una larga enfermedad epiléptica. El condenado llegaría a manifestar que había dado muerte al asesino de Kennedy «para demostrar al mundo que los judíos tenían narices».

El juez que presidió el tribunal permitió la entrada de las cámaras de televisión cuando el jurado hizo pública su sentencia. Para completar las ironías del caótico caso, cuando todavía no se había agotado su proceso de apelación, Ruby enfermó de cáncer en la prisión y falleció al poco tiempo, en enero de 1967, en el mismo hospital donde trasladaron al presidente Kennedy y a Lee Harvey Oswald.

El «Informe Warren»

Una semana después del asesinato de John Kennedy, su sucesor, Lyndon B. Johnson, nombró una comisión especial para investigar las circunstancias del mismo y descubrir los móviles de Oswald. Compuesta por siete miembros (dos senadores, dos congresistas de la Cámara de Representantes, el ex director de la CIA Allen W. Dulles y el ex director del Banco de Reconstrucción y Desarrollo John J. McCloy), la comisión estaba encabezada por el presidente del Tribunal Supremo, Earl Warren. Durante diez meses se escucharon las declaraciones de 550 testigos, y centenares de documentos y pruebas fueron sometidos por el FBI y todas las agencias federales y estatales de Texas, además de las investigaciones realizadas por la policía de Dallas. El 24 de septiembre de 1964, la comisión hizo público el célebre «Informe Warren», donde se estableció que las balas que mataron a Kennedy fueron disparadas por Oswald con el rifle ocupado por la policía de Dallas y desde la ventana



Portada del Time.

El asesinato del presidente Kennedy y el de su presunto asesino Lee Harvey Oswald ante las cámaras de televisión, a manos del hampón de Dallas Jack Ruby, movilizaron la atención de la opinión pública mundial. El informe oficial de la comisión Warren sobre la muerte del presidente no aclaró demasiadas cosas acerca de las circunstancias y, sobre todo, respecto de los móviles de los autores del magnicidio. El investigador estadounidense David Lifton afirma en su libro Best evidence *(La mejor prueba), publicado en 1981, que el cadáver de Kennedy fue manipulado por los servicios secretos antes de que se le realizara la autopsia oficial. Por otra parte, el prestigioso periodista Jack Anderson tuvo acceso en 1977 a un informe del Congreso norteamericano en el que se aseguraba que la CIA y el FBI ocultaron pruebas vitales para el esclarecimiento del asesinato del presidente.*

Expectación popular ante la Casa Blanca, tras el asesinato del presidente.

Funerales del presidente Kennedy.

El magnicidio de Dallas conmovió al mundo. Las imágenes del silencioso cortejo fúnebre y del dolor de los familiares en el funeral quedaron grabadas en la memoria de toda una generación.



John Kennedy Jr. da el último adiós a su padre.

Robert, Jacqueline y Edward durante el entierro.



del sexto piso del almacén de libros escolares de esta ciudad.

El informe descartó que hubiese existido una conspiración entre Oswald y Ruby, o entre éstos y cualquier agente exterior o interior de Estados Unidos. La comisión detalló minuciosamente toda la vida y antecedentes de Oswald para tratar de ofrecer una causa o motivo de su acto, pero se abstuvo de analizar o hacer conclusiones sobre los móviles. Los siete miembros de la comisión Warren expresaron su total satisfacción sobre las pruebas y conclusiones y descartaron como imposibles las incesantes dudas sobre la eventualidad de una conspiración que originaron una cascada de literatura en Estados Unidos y en el resto del mundo.

El senador Edward Kennedy, en nombre de la familia, declararía que estaba satisfecho con el informe, pero numerosos expertos e investigadores criticaron a fondo la tesis del asesino solitario, aportando varias demostraciones con el rifle y otras pruebas acústicas que permitían pensar que Oswald no pudo recargar tan rápidamente el arma para efectuar los tres disparos que alcanzaron a Kennedy y a Connally. Estos críticos han adelantado la teoría de que uno de los disparos debió de hacerse desde la parte delantera del automóvil, posiblemente desde un ribazo cercano a la ruta de la comitiva. Este disparo sería, eventualmente, el que alcanzó a Kennedy en la cabeza. Según versiones posteriores a la publicación del «Informe Warren», el propio presidente Johnson era contrario a la opinión de que Oswald actuase solo, y en términos parecidos se pronunció el gobernador Connally ante una comisión de la Cámara de Representantes. Tres de los siete miembros del grupo Warren reflejaron también sus propias dudas sobre las labores de la investigación y firmaron con reservas el informe oficial.

Las promesas de Kennedy

Los «mil días» de la Administración Kennedy son fundamentales para entender toda la década de los años sesenta, la turbulencia generada con la guerra del Vietnam y la dirección de la política interior y exterior de Estados Unidos hasta nuestros días. Ninguna crónica de este período puede completarse sin analizar a fondo la figura y el entorno de aquellos treinta y cuatro meses y dos días de presidencia. John F. Kennedy sentó ya el tono de su gobierno en el célebre discurso de inauguración (enero de 1961) y en el que anteriormente marcó su aceptación de la candidatura presidencial por el Partido Demócrata: «Vamos a comenzar una nueva frontera... Ayudaremos a las gentes de los pueblos y ciudades de medio mundo a que se ayuden a sí mis-



El cortejo fúnebre desfila por las calles de Washington.

JACQUELINE KENNEDY-ONASSIS (LEE BOUVIER) (Southampton, Long Island, Nueva York, 1929)

Cuando en enero de 1961, a la edad de treinta y un años, Jacqueline Kennedy se convirtió en la primera dama estadounidense, un nuevo estilo —poco conforme con la imagen popular que hasta entonces había dominado la figura de la esposa del presidente— llegaba a la Casa Blanca. Aunque en los años siguientes la prensa, y no sólo la del corazón, la describiría de formas absolutamente contradictorias —tímida o segura de sí misma, reservada o cordial, ingenua o mujer de mundo—, para muchos americanos fue la referencia inexcusable en gustos artísticos, modas, distinción, e incluso en la decoración de sus hogares.

Jacqueline Lee Bouvier nació en el seno de una familia acomodada de la vieja sociedad neoyorquina. El primer Bouvier americano llegó a América, según unas versiones, con Lafayette para luchar a favor de la independencia de los Estados Unidos; según otras, fue un soldado de infantería del ejército de Napoleón que escapó a Filadelfia y se enriqueció como negociante. El padre de Jackie, John Vernou Bouvier, era agente de bolsa. Tras el divorcio de sus progenitores, en 1940, Jacqueline se instaló con su madre, pero mantuvo excelentes relaciones con su padre, al que siempre tuvo admiración.

En 1951, Jacqueline se graduó en artes por la universidad de Washington, después de haber estudiado en varios de los colegios más distinguidos (Holton-Arms, Miss Porter's School, Vassar College) y haber pasado un año en París siguiendo cursos en la Sorbona. Ese mismo año obtuvo el *Prix de París*, organizado por la revista *Vogue*, en el que junto con el talento periodístico se premiaba la aptitud para detectar las modas. Sin embargo, renunció al premio, consistente en un año trabajando para *Vogue* en París y Nueva

York, y comenzó a escribir para el *Times-Herald* de Washington. En 1953 cubrió como corresponsal de este periódico la coronación de Isabel II de Inglaterra.

Una de las figuras que Jacqueline Bouvier entrevistó en su carrera periodística fue el senador demócrata por Massachusetts John F. Kennedy, al que había conocido en 1951. En junio de 1953 anunciaron su compromiso matrimonial y el 12 de septiembre de ese año los casó el arzobispo de Boston (más tarde cardenal), Richard Cushing, en la iglesia católica de Saint Mary, en Newport. El 27 de noviembre de 1957 nació su hija Carolina y el 25 de noviembre de 1960 su hijo John Fitzgerald. Durante la campaña de su marido para la presidencia de los Estados Unidos en 1960, Jacqueline reanudó su actividad en la prensa escribiendo una columna de amplia difusión con el título «La campaña de una esposa».

El asesinato de su marido en Dallas y el inquebrantable valor que mostró en los días siguientes hicieron aparecer una Jacqueline absolutamente distinta, simbolizada en la imagen trágica de la viuda caminando tras el féretro del presidente. Poco después se instaló con sus dos hijos en Nueva York.

Las especulaciones periodísticas sobre su vida sentimental empezaron pronto. En la primavera de 1968 acompañó a Aristóteles Onassis en un breve crucero por el Caribe. Su amistad se remontaba al verano de 1963, cuando Jacqueline, a raíz de la muerte de su tercer hijo, Patrick, realizó un crucero de restablecimiento por el Egeo en el yate *Christina* del naviero griego. El 17 de octubre de 1968 anunciaron su próximo matrimonio.

La reacción absolutamente desfavorable de la opinión pública estadounidense se ha resumido así: demasiado viejo, demasiado extranjero, demasiado bajo, demasiado moreno y demasiado rico. La boda se celebró tres días más tarde en la isla de Skorpios, según el rito ortodoxo griego, en medio de un auténtico asedio de la prensa internacional. El matrimonio, a pesar de los rumores de fricciones entre los cónyuges, perduró hasta la muerte de Onassis, el 15 de marzo de 1975. Los problemas sobre la herencia de éste se solventaron, recibiendo Jackie 20 millones de dólares, más otros seis para pago de impuestos.



mos... El mundo libre nunca tendrá miedo a negociar con el mundo comunista, pero tampoco negociará con miedo... Los americanos no deberán preguntar qué es lo que puede hacer vuestro país por vosotros, sino que deberéis preguntar qué es lo que vosotros podéis hacer por vuestro país... Mi llamamiento es para los jóvenes de corazón, para aquellos que pertenecen a la primera generación nacida en este siglo.»

Es interesante reflejar que cuando Johnson hizo su discurso inaugural, después del magnicidio de Dallas, ante una sesión conjunta del Congreso, sus primeras palabras fueron: *«Let us continue...»* (Continuemos...).

La elección de John F. Kennedy el 8 de noviembre de 1960 —por un margen de sólo 150.000 votos de los 70 millones que se registraron, a pesar de que en el colegio electoral obtuvo 303 votos, frente a los 219 del republicano Richard Nixon— supuso un cambio radical en la vida americana. Además de llevar al poder a una nueva generación nacida después de la Primera Guerra Mundial, y que comenzaba su vida pública en la era atómica, la «nueva frontera» de Kennedy impuso un talante de cambio no sólo en la generación joven de Estados Unidos, sino en la del resto de las naciones. Su muerte hizo patente el dolor que todo el mundo sintió por la pérdida de tal promesa.

Una saga irlandesa

Kennedy descendía de una familia de emigrantes irlandeses que llegaron a Estados Unidos a mediados del siglo pasado. Su padre, Joseph P. Kennedy, fue una figura de gran vigor y dedicación que logró graduarse en Harvard, participó activamente en la política e hizo una gran fortuna en negocios relacionados con el cine, la banca, la industria, la especulación del suelo y otras actividades. El presidente Franklin D. Roosevelt le nombró embajador en Gran Bretaña, país hacia el que John Kennedy sentiría gran admiración y que le hizo profundizar durante su educación —también en la universidad de Harvard— en los temas históricos y políticos. Esta inclinación proporcionaría gran fama al futuro presidente cuando escribió su primer libro, *Por qué dormía Inglaterra,* en el que analizó la tardía respuesta británica al rearme alemán antes de la Segunda Guerra Mundial.

1963

Asesinato en Dallas



Edward Kennedy, al timón del yate Patrician, junto a su familia.



Sello con la efigie de Robert Kennedy.



Tras el asesinato de John Fitzgerald Kennedy, su hermano Robert tomó el mando de la familia y continuó su carrera política dentro del Partido Demócrata, hasta ser el claro favorito a la nominación presidencial por dicho partido. En 1968 fue también asesinado a tiros, en Los Angeles, por un joven árabe llamado Sirhan B. Sirhan. A partir de entonces, el benjamín Edward Kennedy se puso al frente de los destinos políticos de la familia.

Tras graduarse en Harvard y en la universidad de Stanford, Kennedy se alistó voluntario a la marina norteamericana y fue nombrado comandante de una lancha torpedera. En agosto de 1943, su embarcación fue hundida por los japoneses en el Pacífico, y aunque Kennedy logró salvarse nadando cinco millas con otros siete supervivientes, sufrió un dislocamiento en la columna vertebral que le causó momentos intermitentes de invalidez y fuertes dolores durante el resto de su vida. Tras la muerte de su hermano mayor, Joseph Kennedy, en un acto de guerra contra un submarino alemán, su padre le aconsejó que se dedicara a la política. A los veintinueve años lograba un escaño en la Cámara de Representantes y cinco años más tarde obtendría otra sonada victoria electoral al presentarse como candidato al Senado por su Estado de Massachusetts. Al año siguiente se casaba con Jacqueline Lee Bouvier, de una prominente y adinerada familia de Rhode Island.

En 1956, aquejado por la dolencia de su columna, tuvo que convalecer durante varios meses, período que aprovechó para escribir su segunda obra, titulada *Profiles in Courage,* un estudio sobre diferentes personajes públicos de la



Robert Kennedy, portavoz de la familia, ante la prensa.

¿Quién mató a Kennedy? Esta es una pregunta que todavía no ha sido contestada satisfactoriamente. Contra las conclusiones oficiales del informe de la comisión Warren, diversos investigadores privados han esbozado las hipótesis de que el presidente fue víctima de un complot en el que participaron hombres de negocios de Texas, la CIA, grupos de exiliados cubanos anticastristas, e incluso el FBI. Pero todo permanece en la oscuridad desde la muerte por cáncer de Jack Ruby, en el mismo hospital de Dallas donde fueron internados John F. Kennedy y Lee Harvey Oswald.

historia norteamericana que habían demostrado un valor encomiable tomando posiciones difíciles y poco populares entre sus votantes. La obra obtuvo el premio Pulitzer de biografía de 1957. En 1960, Kennedy, después de prepararse concienzudamente, decide dar el salto hacia la presidencia y enfrentarse con el candidato republicano, el entonces vicepresidente de Eisenhower, Richard Nixon. Kennedy tenía en contra, principalmente, su catolicismo, pero ello le sirvió también para atraerse una mayor atención. Recorrió el país de costa a costa, escribió artículos en todos los periódicos y revistas de prestigio, demostró un vigor desacostumbrado y logró incrementar su popularidad y la de su joven y atractiva esposa. Su programa se inclinó hacia las causas liberales: expansión de la ayuda económica a los países subdesarrollados de Asia, Africa y América del Sur, críticas a la política francesa en Argelia, incremento de las relaciones económicas con los países del Este, énfasis en el papel de las Naciones Unidas, negociaciones con la URSS, pero desde una posición de fuerza.

Las elecciones para la Casa Blanca en noviembre de 1960 marcaron un hito en la utilización de la televisión, en la organización política y en el derroche de vigor y de compromiso demostrado por la nueva generación de miembros del mundo académico y estudiantil, que se sintieron arrastrados por su fuerte personalidad, su brillantez, su gran sentido del humor y su «idealismo sin ilusiones». Kennedy supo distanciarse de los viejos clichés de la derecha y de la izquierda, de los ritos del liberalismo trasnochado, y aportar a la vez un nuevo estilo de juventud y madurez, de hombre de familia y de intelectual, de curiosidad y compasión, de alegría por la vida y de disciplina ante el poder. En la última de sus conferencias de prensa, que hizo célebres, declararía, pocos días antes de su asesinato, reflejando el caos que sufría el mundo después de la crisis de Berlín y de la confrontación con la Unión Soviética por la instalación de los misiles en Cuba: «La vida está llena de injusticias; muchos hombres mueren o son heridos en las guerras, otros nunca llegan a visitar un país ex-

Jack Ruby dispara contra Oswald ante la policía y las cámaras de televisión





Funerales de Robert Kennedy, asesinado en 1968. Su hermano Ted y su viuda Ethel.

tranjero, ciudadanos de raza negra no consiguen tener iguales derechos que el resto de los súbditos blancos... Pero esta nación no llegará a ser libre del todo hasta que todos sus ciudadanos lo sean.» En otro de sus pronunciamientos antes de morir manifestaría: «Ha llegado la hora de montar un asalto nacional contra las causas de la pobreza, un programa total que supere todos los demás esfuerzos.»

En 1962, cuando llevaba sólo quince meses en la Casa Blanca, tuvo su peor crisis interna al enfrentarse con la industria del acero y oponerse radicalmente a un incremento de los precios de este producto. Logró la aprobación del Congreso en programas para incrementar el salario mínimo, para construir casas para las capas sociales más necesitadas y ampliar otros programas de cuño social, pero al no contar con una mayoría en el Congreso, otros programas de ayuda a la educación, de reforma fiscal y de asistencia médica a los estratos sociales más bajos fueron derrotados.

En política exterior, su bautismo de fuego lo recibió con el fracaso de la invasión de Cuba en la bahía de Cochinos, que no quiso respaldar con pleno apoyo militar. Tampoco demostró una rapidez de acción en las ofensivas comunistas en Laos y Vietnam. Se resistió a recalentar la crisis de Berlín cuando el régimen comunista de Alemania oriental cerró el acceso a la ciudad con un muro, pero salió triunfante en la confrontación con Jruschov durante la crisis de los misiles de Cuba. Uno de sus grandes esfuerzos fue el lanzamiento de la Alianza para el Progreso, destinada a impulsar programas económicos y sociales en Latinoamérica. En el terreno económico abrió las fronteras para incrementar el comercio y reducir las tarifas aduaneras. Y en el de las relaciones internacionales logró el Tratado de Prohibición de Pruebas Nucleares con la Unión Soviética en 1963.

G. V.

Tras la muerte de Robert Kennedy, después de la de Joseph y John F., la matriarca de la familia, la vieja Rose, aguantó como una heroína griega los embates de su vida trágica y sólo le preguntó a su hijo menor Edward: «¿Cuándo tomas el relevo de tus hermanos?» Los millones de votantes de los Kennedy también miraban a Ted y se alegraron cuando éste decidió tomar el testigo político de la familia. A la larga esto ocasionó la ruptura del matrimonio de Edward con su mujer Joan, «una hembra frágil» según su suegra, sobre todo al compararla con Ethel, la esposa de Robert, que continuó la lucha política de su marido y la familia, «más Kennedy que los mismos Kennedy», con valor indomable hasta la muerte.

Bibliografía básica

LEE, B.: *Kennedy,* Santillana. Madrid, 1966.
SCHLESINGER, A. M.: *Mil días, John Fitzgerald Kennedy en la Casa Blanca,* Houghton Mifflin. Boston, 1965.
SORENSEN, T.: *Kennedy,* Grijalbo. Barcelona, 1972.
Informe oficial de la comisión Warren sobre el asesinato del presidente Kennedy. Washington, 1964.

1963


«Kim» Philby.

PHILBY, EL ESPIONAJE QUE SURGIO DEL FRIO

El Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda del Norte, una vez perdido su imperio y el liderazgo del mundo occidental a favor de Estados Unidos, tras las dos guerras mundiales que asolaron a Europa, ha sido un país pródigo en espías que trabajaban para el Este, desde el seno de la apacible y tradicional sociedad inglesa. Ha habido problemas de espionaje en otros países occidentales, pero Gran Bretaña se ha llevado la palma. Junto al caso Profumo y otros escándalos recientes en que se mezcla la política, el dinero y el sexo, destaca la bien montada red de espías británicos que trabajaban para los soviéticos desde los tiempos en que la URSS combatía al lado de las democracias contra las tropas de Hitler. Reclutados entre lo más selecto de los colleges de Oxford y Cambridge, llevaron una doble vida en los círculos conservadores y tradicionales británicos mientras trabajaban para la Unión Soviética. Los nombres de Burgess y McLean en 1951, Harold «Kim» Philby en 1963 y «Sir» Anthony Blunt, «el cuarto hombre», en 1979, saltaron a las páginas de los periódicos.

EL espionaje, en nuestro siglo, se ha convertido en una actividad consustancial a la de la política internacional, tanto que hoy es impensable que un Estado subsista sin que a su sombra aniden los geniales y odiados espías, esos hombres y mujeres que proporcionan a los que mandan la información precisa para gobernar a sus pueblos y dominar o destruir a los demás.

El caso de Harold «Kim» Philby, que consiguió escapar a Rusia en 1963, es quizás uno de los más controvertidos de todo nuestro siglo. El y el denominado «Círculo de Cambridge» obligaron a la historia del siglo XX a discurrir por un cauce algo distinto del que llevaba y proporcionaron a la Unión Soviética elementos de información de tanta envergadura como para permitir que el Estado de los bolcheviques no sólo sobreviviera a su primer gigantesco rival exterior —el nazi-fascismo—, sino que lograra además nivelarse y tratar de tú a tú al mundo occidental que Estados Unidos capitanea.

La historia del siglo XX —comenta Rafael Fraguas, periodista, autor de este artículo— hubiera sido muy diferente de no haber existido una serie exigua de gentes, a menudo atormentadas, que se dedicaron a uno de los oficios más ingratos y sucios, pero más fascinantes, de cuantos se conocen: el espionaje.

Harold Adrian Russell Philby, nacido en la localidad de Ambala, del Punjab hindú, el 1 de enero de 1912, era hijo de un excéntrico funcionario colonial británico, Harry St. John Bridger, conocido luego por el sobrenombre musulmán de *Abdullah Al Hajj*, y de Dora, una mujer de personalidad dominante y espíritu abnegado.

De gran sensibilidad y con esas maneras de las que se dotan los hombres con mundo y con un ápice de paranoia, el padre de nuestro personaje sometió a su familia a esos constantes cambios de humor que sufren habitualmente los neuróticos. Neurosis que, en su caso, tenía una dimensión política. St. John era uno de esos hombres que previó el derrumbamiento del imperio británico, a quien debía gran parte de su personalidad contradictoria. Su reacción ante esta evidencia fue la de mantener los hábitos de una personalidad grandilocuente imperial, pero cada vez más odiosa hacia una metrópoli que desconocía las claves de su propia destrucción.

De este modo, St. John Philby dejó la India, se instaló en el Medio Oriente y se convirtió en una suerte de consejero de los principales jeques árabes que, con enormes dificultades y con la perenne actitud ambigua de Gran Bretaña, comenzaban su difícil y traumático proceso de emancipación. St. John fue la mano derecha del poderoso Ibn Saud, y, a la vista de las repetidas traiciones jugadas por Londres a los árabes, como muchos de ellos, el británico de origen y ceilandés de nacimiento fue acumulando una inquina que años después le llevaría a pasar algunos meses de cárcel por sus simpatías hacia Adolfo Hitler.

St. John Philby se islamizó, adoptó un nombre árabe, Abdullah Al Hajj («servidor de Alá, peregrino»), y se enamoró del desierto, todo ello



Philby y otros muchos espías, biografías enigmáticas al servicio del ideal comunista soviético.

sin cortar de cuajo sus vínculos con Gran Bretaña, donde su creciente distanciamiento no le impidió mantener importantes amistades, incluso en el servicio diplomático o en la Cámara de los Comunes.

Aristócrata en Westminster

Un enamorado del desierto como St. John lleva a su hijo varón a una aristocrática y urbana escuela pública de Westminster, donde el rechoncho Kim, así llamado por sus similitudes con el personaje de Kipling, añora a sus amiguitos hindúes con los que compartió sus primeros balbuceos allá en la India. En Westminster, Kim Philby comenzó a adiestrarse en los modales que con el tiempo le convertirían en un hombre incapaz de ofrecer la imagen de un auténtico comunista. Estos modales, aprendidos por Philby con una aplicación extraordinaria, configurarían externamente una personalidad que atrajo a menudo a mujeres y también a hombres.

Tras la Primera Guerra Mundial, Europa registró una etapa de cierta quietud que cobijaba, no obstante, los gérmenes de la segunda conflagración. Al final de la década, cuando sobreviene la crisis económica más acentuada de cuantas sufrió el sistema capitalista, Kim Philby accede a la universidad de Cambridge, que, junto a la de Oxford, es vivero dorado de los cuadros de la Administración británica, de su servicio interior y exterior y de su intelectualidad.

Cambridge es un bullir intelectual. Los fracasos del laborismo han provocado primero la frustración y luego la búsqueda de ideas, métodos y políticas más radicales. Jóvenes marxistas

Frente al despliegue de medios técnicos y métodos espectaculares al que nos tienen acostumbrados los telefilmes americanos y los del agente secreto de Su Majestad británica James Bond 007, la imagen de los espías reales suele ser algo más prosaica y normal. Todos ellos inteligentes, despiertos y astutos. Muchos obligados por las circunstancias a practicar el «doble» o el «triple» juego. Moscú siempre ha preferido la captación directa por motivos ideológicos, «hombre a hombre», primando «el factor humano» sobre los medios técnicos.

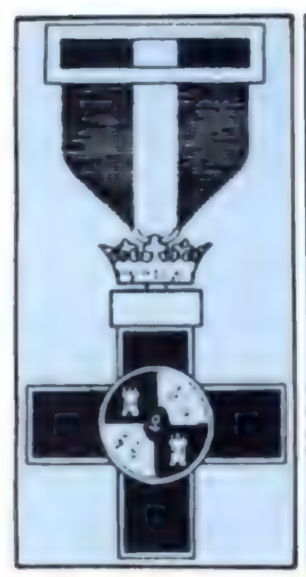
Casi siempre los espías llevan vidas camufladas para ocultar sus actividades, y detrás de un periodista conservador como Philby, condecorado por Franco durante la guerra civil española, se esconde un agente de Moscú. Sus azarosas vidas han sido inmortalizadas literariamente por dos grandes escritores británicos, Graham Greene y John Le Carré, seudónimo de David Cornwell. Ambos trabajaron para el Foreign Office y los servicios secretos de su país, antes de escribir las aventuras cotidianas de sus héroes.

que han estudiado en el extranjero inflaman las asambleas de estudiantes con sus llamadas a oponer la libertad y el socialismo a esa nueva forma de esclavitud, el fascismo, que va ganando poco a poco sectores populares europeos, desesperados por el paro y la miseria.

Odio de clase

Philby toma buena nota de lo que oye y de lo que ve, no sólo de sus profesores, sino también de los compañeros que, junto a él, acuden a las reuniones de la secta de los Apóstoles, una logia inserta en las tradiciones intelectuales de la élite del Trinity College, centro donde Philby estudia y en el que conocerá a su amigo y correligionario Guy Burgess, homosexual, esteta y brillante joven, espía luego y compañero en las largas tardes de Moscú, en el crepúsculo de la vida de ambos.

Philby pasea hoy por las calles de Moscú.







Condecoraciones de Philby. La primera se la dio Franco.

David Haden Guest, un matemático hijo de una diputada laborista, que en febrero de 1931 explica a los estudiantes del Trinity sus meses de cárcel en la prisión sueca de Braunschweig a consecuencia de sus enfrentamientos con los nazis de la universidad de Gottinga, es la alarma que ha puesto en marcha el compromiso político con el marxismo de muchos estudiantes de Cambridge. Comienzan a crearse células comunistas en los principales centros universitarios británicos —la primera de ellas, en la London School of Economics—, y el marxismo inicia su extensión en los medios estudiantiles reservados hasta entonces a la reacción conservadora, el liberalismo frívolo o el laborismo aristocraticista.

Ni Philby, ni Guy Burgess, uno de los primeros marxistas convencidos de Cambridge, que encabeza una huelga de sirvientes en el Trinity, ni el apuesto Donald McLean, años después pieza clave también del círculo de espías, se sustraen a este bullir intelectual que preconiza soluciones científicas para los gravísimos problemas que recorren el mundo.

Philby añade además su conocimiento de las colonias y del mundo árabe, por boca de su padre, y tiene información suficiente como para averiguar que la metrópoli tendrá poco tiempo para prorrogar su explotación de ultramar. Empero, su objetivo inmediato está en Europa. En octubre de 1933, con una excelente madeja de amistades de las que se servirá a lo largo de su vida, y a la que brindará también su apoyo, Kim sale de Cambridge con el propósito de incorporarse algún día al Civil Service, el funcionariado británico al que su padre estuvo adscrito tantos años.

Muy poco antes, su amigo el homosexual Burgess había viajado a la Unión Soviética, donde su extraordinaria inteligencia debió sorprender a algún alto dirigente de la policía política de Stalin. Burgess, un apasionado y extravertido comunista, sin reparos para ensalzar, aun sin conocerla, a la Gran Patria Soviética, cambió a su llegada el carácter laudatorio de sus referencias a la URSS y expresó juicios discretamente positivos. Según sus biógrafos, de esta etapa data su conexión con los servicios secretos soviéticos, que le recomendaron prudencia y discreción como requisito para trabajar con ellos por la causa de la revolución socialista mundial. Se iniciaba así una aventura que iba a asombrar luego al mundo entero, incapaz de comprender las razones de esta arriesgada decisión.

Viena, la luz

Entretanto, Kim Philby decide viajar a Austria y ampliar sus conocimientos de alemán. En Viena, una capital decadente llena de sabor, va a tener la ocasión de poner a prueba sus convicciones progresistas. El conflicto social y político, la lucha entre socialismo moderado y fascismo, por una parte, y una mujer cuatro años mayor que él y de origen judío, Litzi Kohlmann, por otra, le van a hacer madurar velozmente.

Litzi (Alice) Kohlmann era hija de Israel Kohlmann, el hombre en cuya casa Philby se hospedó. Casado con Gisela, Israel había nacido en Polonia, pero se instaló como funcionario en Austria después de la Primera Guerra Mundial, dedicado sobre todo a la causa sionista. Litzi se casó muy joven con el activista judío Karl Friedmann, pero tras catorce meses de matrimonio se divorció de él.

Adscrita a la organización judía sionista Blau Weiss, fundada por su primer esposo, en su seno realizaba actividades para cubrir el ocio de los jóvenes hebreos. Poco a poco, y no únicamente por influencia de Philby, Litzi iría adoptando posturas de compromiso político con el comunismo.

Philby se enamora de Litzi y ésta del apuesto graduado de Cambridge. Poco a poco, la joven se va aproximando al PC austriaco en tareas de apoyo, una de las cuales consiste en acoger a un grupo de militantes húngaros, entre los que se encuentra un hombre maduro, Gabor Péter, cheposo, de cara fea y aspecto repulsivo, pero con una personalidad extraordinaria.

Péter, que más adelante sería jefe de la policía política húngara desde 1945 hasta 1953, dio presumiblemente el último retoque al incipiente comunismo del ardiente Kim Philby. Apuntaló sus convicciones y con él discutió de los principales problemas que a la sazón Europa sufría. Una de las más importantes revelaciones que Péter hizo a Philby fue su convicción de que el socialismo moderado, a la manera austriaca de entonces, resultaba ser un arma completamente inútil para combatir el fascismo, que precisaba de un socialismo fuerte, pétreo y capaz de ahogar la crueldad fascista con la dureza y la tenacidad revolucionarias, léase estalinista.

Aquellos encuentros fueron de extraordinaria importancia para Philby. Aunque no se sabe nada con plena certeza, de aquella etapa ha de datar su vinculación al aparato clandestino del espionaje soviético en Europa, si bien hasta oficiar completamente desde su interior aún aguardaban algunos años a Philby.

En Austria la situación se hace insostenible. El dictador Dollfuss, clerical, observa con pavor a los cada vez más agresivos nazis austriacos y negocia paralelamente y por separado con Hitler y Mussolini. El 12 de febrero de 1934, el ejército reaccionario Heimwher provoca un grave enfrentamiento en una barriada obrera vienesa en donde pretende localizar un depósito de armas. Los socialistas declaran una huelga general cuya convocatoria, por azar, desconoce el conjunto de la población. La artillería de la Heimwher entra en acción y destruye barrios obreros enteros. Los muertos entre los trabajadores se cuentan por millares.

Socialistas y comunistas se alían entonces, en una organización única en la cual opera Kim Philby, todo un caballero. El es poseedor, en aquellos terribles días, de un pasaporte británico

El periodista británico Chapman Pincher revela en su libro De profesión: traidores *buena parte de las actividades desempeñadas en su país por los espías de la llamada «red de Cambridge». Tras el descubrimiento de Burgess, McLean, Philby y Blunt, las sospechas recayeron sobre «Sir» Roger Hollis, director del contraespionaje británico (MI-5) desde 1956 a 1965.*



El padre de Kim Philby.

de valor incalculable a efectos de poder actuar con libertad de movimientos para el aparato socialcomunista. Con gran arrojo, Philby, con su pasaporte, contribuye a evacuar a los personajes más buscados, y oculta con discreción a los socialistas que se lo piden. Litzi, de la cual está profunda y adolescentemente enamorado, se encuentra en dificultades y, para paliarlas, Kim decide casarse con ella ante un juez vienés, cuya firma abrirá las puertas del extranjero a su primera y ardiente esposa.

Ultima foto conocida del espía británico Guy Burgess, en la que aparece con atuendo veraniego en un balneario soviético del mar Negro, país donde se refugió en 1951, tras ser descubiertas sus actividades. Homosexual y alcohólico, envió la foto a su madre, residente en Inglaterra, antes de morir. Sus funerales fueron organizados en Moscú por su compatriota y compañero de actividades Donald McLean, que sigue viviendo en el «paraíso soviético» junto a Kim Philby, Günter Guilllaume y otros espías, que, una vez cumplido su trabajo, «volvieron al frío» después de ser descubiertos. Tras una azarosa vida, los espías también mueren: a tiros, con una cápsula de cianuro, o en una cama.

España, convicciones ocultas

Una vez en Londres, decide iniciarse en el periodismo. Roger Chance, editor de la publicación mensual *Revista de Revistas*, decide darle un trabajo, por recomendación del periodista Wilfred Hindle. Para entonces, Philby comienza a ocultar profundamente sus convicciones políticas y pasa por ser un liberal conservador. Cada vez se acerca más a los círculos de amistad británico-germana, centros desde los cuales el nazismo intenta, inicialmente con cierto éxito, abrirse paso dentro de Gran Bretaña. «La solidaridad aria» es la coartada ideológica con la cual almirantes, lores y baronesas tratan de cubrir su proclividad hacia el *führer*, que inicia su carrera meteórica hacia el poder y hacia el abismo de Europa.



Guy Burgess, otro espía británico que desertó al Este.

Con una destreza extraordinaria, Philby se granjea la amistad de los círculos conservadores. Se le abren las puertas del gran diario londinense *The Times*. En febrero de 1937 viaja a España, donde la guerra civil enfrenta ferozmente a franquistas y republicanos. Philby, como corresponsal de guerra, opta por el bando de Franco. Sus crónicas, no desprovistas en ocasiones de cierta objetividad, se ven sesgadas favorablemente hacia la causa del general derechista.

Ello le servirá de inmejorable coartada, ya que Franco, consciente del sesgo del corresponsal británico, de sus artículos y de su trayectoria a lo largo de toda la guerra, le impondrá, el 2 de marzo de 1937, la cruz del Mérito Militar con distintivo rojo.

En España, país que le fascinaba desde que lo visitara en 1928 con su padre, Kim Philby consiguió, presumiblemente, importantes informaciones sobre el potencial real y los movimientos de las tropas franquistas. Aunque no existen evidencias concretas de ello, siempre se ha creído que la experiencia de Philby en la guerra española no sólo formaba parte de una etapa orientada a hacerle ganar credibilidad en medios conservadores, sino también, y sobre todo, a adiestrarle en las tareas de espionaje e infiltración en el campo enemigo.

Sus amigos de la época recuerdan entonces ciertos viajes extraños del corresponsal de guerra de *The Times* a Francia desde Salamanca o Burgos, cuarteles generales alternativos del ejército de Franco. Tras dos años y medio de estancia en la primera línea de los combates —Philby fue posiblemente uno de los primeros hombres procedentes del bando franquista que entraron en Barcelona—, el joven reportero británico abandonó España en julio de 1939, recién acabada la contienda.

Antesala de la Segunda Guerra Mundial, la guerra de España brindó a Kim una experiencia inigualable. Su ascendiente en medios conservadores creció enormemente, y su tarea de infiltración en estos círculos, así como su aproximación al servicio secreto británico, iniciada ya antes, culminaron con éxito.

Dos organizaciones rivales

En agosto de 1940, el hijo de St. John Philby se adentra en el Servicio Secreto (SIS), organización del espionaje ofensivo británico en el extranjero y del contraespionaje fuera del territorio británico. El SIS, que a la sazón era dirigido por Stewart Menzies (nacido en 1890, hijo de lord y lady Holford, educado en Eton y en la academia militar de Sandhurst), era una organización creada en 1911, dos años después de que el

capitán Vernon Kell fundara el célebre MI-5, la agencia de lucha contra el espionaje extranjero en el Reino Unido.

A lo largo de su historia, en tantos casos borrosamente fronteriza, el MI-5 y el SIS libraron entre sí una guerra despiadada, en la cual rivalizaban por destrozarse mutuamente. Las dificultades para trazar el perfil de las competencias de cada entidad, los distintos modos de trabajo y de promoción del personal, las diferencias en la valoración de las tareas, a menudo complementarias, y las distinciones, en ocasiones más personales que de fondo, existentes entre el SIS y el MI-5 determinaron una carrera que no cristalizó en un mejoramiento competitivo de ambas organizaciones, sino más bien todo lo contrario.

Kim Philby se incorporó inicialmente a la sección «D» del SIS, luego llamado MI-6, desde donde se preparaba a los agentes que debían realizar misiones secretas, naturalmente en el extranjero. Allí había ido a parar gracias a la amistad de su padre con Vivian Valentin, lugarteniente de Stewart Menzies, al igual que el coronel Claude Dansey, de quien le distanciaba una especial enemistad. Vivian Valentin era entonces jefe del contraespionaje en el extranjero y director de Seguridad del SIS. La amistad de Vivian con el padre de Philby procedía de la etapa en la cual ambos fueron destinados a la India, donde había nacido el ahora deslumbrante Kim, introducido en la inteligencia británica por iniciativa del capitán Leslie Sheridan.

Carrera fulminante

La carrera de Philby es fulminante. A principios del verano de 1941, tras su estancia con éxito en la sección «D», Kim es trasladado a la denominada sección «V», que se encarga del contraespionaje en el extranjero. Apenas ha transcurrido un año desde que entrara en el Servicio Secreto británico y ya ha llegado a su corazón.

En esta importante oficina del SIS, Philby se hace cargo de la subsección correspondiente a la península Ibérica, España y Portugal, escenario entonces de una extraordinaria carrera entre los distintos espionajes europeos, que utilizaban la plataforma peninsular (España, neutral, alineada con el eje; Portugal, igualmente neutral pero alineado con los aliados) para conocer los movimientos de sus enemigos.

Desde su atalaya, Philby pone, presumiblemente, en manos de los soviéticos importantes informaciones sobre los movimientos perceptibles desde la península, que abarcan todo el estrecho y el norte de Africa, y ello aderezado por un profundo conocimiento de la España de Franco, adquirido durante la guerra civil por el «periodista» Kim Philby.

Tras tres años de trabajo sistemático, en el cual destaca por su reserva, su meticulosidad y su pulcritud, Philby es nombrado en 1944 jefe de una nueva sección, aquella que se hará cargo del espionaje en el interior de la Unión Soviética y del área de influencia de Moscú. Hasta esos momentos, los esfuerzos combinados de norteamericanos, franceses, británicos y soviéticos se habían centrado sobre un enemigo común, Hitler y el nazismo. Sin embargo, desde Londres comienza a verse con nitidez, muy poco después de Stalingrado, que Hitler perderá la guerra y que las alianzas de hoy se trocarán en enemistades mañana. El nuevo enemigo a vigilar desde Londres es el poderoso gigante soviético, cuyo líder, José Stalin, atemoriza ferozmente a sus aliados y a sus compatriotas. Philby, una vez más, es su hombre indicado en el lugar idóneo.

Norteamericanos y británicos, sobre todo, desean atar corto al oso soviético e impedir que su ambición y la oleada antifascista, triunfante ya, le permitan adueñarse de media Europa. Para Londres y Washington se trata de hostigar a Moscú y demostrarle que, pese a todo, va a encontrar duras resistencias a su expansión. De aquí arranca la colaboración cada vez más estrecha entre la organización del espionaje norteamericano OSS, luego convertida en la Agencia

El espía tradicional, residente en la Costa Azul, el Caribe, El Cairo, Budapest o Beirut con una «tapadera» adecuada, ha ido dejando paso a agentes modernos, tipo funcionarios de ministerio, que viajan incansables de un lugar a otro. Pero sus «bases» siguen siendo ciudades abiertas donde se juntan «redes» y «contactos» procedentes de todo el mundo. Beirut fue en la década de los sesenta una estupenda base de operacionss para Kim Philby, camuflado como corresponsal de las revistas conservadoras The Observer *y* The Economist. *Desde esta ciudad preparó también su fuga definitiva a la URSS, donde vive en Moscú como un soviético más.*



Beirut, capital del Líbano. Nido de espías de todos los colores.

El muro de Berlín separa dos mundos condenados a entenderse o a destruirse, y puede ser una representación real de lo que en los años de la guerra fría se llamaba «el telón de acero». Sus puertas se han abierto muchas veces para proceder a intercambios de espías del Este y del Oeste que han sido descubiertos por el contraespionaje. Así ocurrió en 1974 con Günter Guillaume y su esposa Christel, descubiertos por los servicios secretos de la República Federal Alemana como agentes de la República Democrática Alemana y la red soviética, a la que pasaban información procedente de la mesa del propio canciller de la Alemania federal, Willy Brandt, a quien Günter servía como secretario de confianza. El socialdemócrata Brandt tuvo que dimitir, y los círculos reaccionarios europeos llegaron a decir de los socialistas lo mismo que De Gaulle dijera de los comunistas: «No están a la izquierda, están al Este.»

Central de Inteligencia (CIA), y el Servicio Secreto británico. Antes del 6 de junio de 1944, fecha del desembarco de Normandía, la sección de espionaje contra la URSS ya estaba funcionando bajo las órdenes de Kim Philby, según la mayor parte de los historiadores.

De este modo, Stalin se aseguró durante años el fracaso de las numerosas acciones de sabotaje planeadas desde Londres o desde Washington, y de cuyos programas Kim Philby le informaba puntualmente, como sucedió con los casos de Albania y Ucrania, entre los más conocidos hoy, aunque silenciados en su tiempo.



El muro de Berlín. División entre el Este y el Oeste.

Un eslabón no tan débil

Al finalizar la guerra, Albania parecía el eslabón más débil de la cadena trabada alrededor de Europa oriental por Stalin. Previo estudio detallado de las condiciones, el espionaje británico localizó una zona albanesa, la de las montañas de Mati, donde una comunidad católica, denominada Malessori, profundamente monárquica, garantizaba un buen terreno sobre el que operar para instalar un régimen sedicioso, capaz de hostigar al socialismo albanés rampante y dañar en su punto más débil al incipiente imperio gestado por Stalin. Paracaidistas británicos fueron entrenados en la isla mediterránea de Malta, mientras el rey de Albania, Zogú, era aleccionado en su exilio de El Cairo para aportar hombres a la empresa.

Los paracaidistas británicos, uno por uno, fueron aniquilados, al igual que los dirigentes albaneses de la intentona. Según revelaciones de los escasos supervivientes, la milicia albanesa conocía el lugar exacto donde los paracaidistas caerían, las horas, el material del que disponían y un infernal etcétera que irremisiblemente llevaba a pensar que la misión estaba siendo traicionada por alguien situado, sin duda, en la cúspide del espionaje británico.

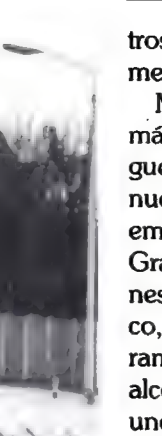
Un delator impotente

Al episodio albanés, que Londres y Washington mantuvieron no obstante oculto hasta 1952, hay que sumar un incidente realmente raro, que ha hecho especular a más de un investigador sobre los apoyos con los que Philby contaba para actuar como espía de Stalin durante bastantes años más. En 1945, un soviético de apellido Volkov se adentra en la embajada británica de verano en Estambul, la perla turca del Bósforo, y asegura que posee importante información sobre la infiltración soviética dentro del espionaje británico, además de facilitar la lista de unos 200 agentes del KGB, Comité de Seguridad del Estado, la policía política de la URSS.

Tras exigir condiciones que le son satisfechas sólo de modo parcial, previa consulta a Londres, Philby se desplaza personalmente a Estambul e interroga a Volkov, quien le localiza a una persona muy importante que desde el SIS británico colabora con la URSS desde antes del comienzo de la guerra mundial. Philby, conscientemente, minimiza la información dada por Volkov, que desaparece lleno de desconfianza ante su interrogador. Muchos meses después, un avión soviético averiado aterriza —sin tener que hacerlo— en el aeropuerto de Estambul. Mientras reparan sus averías, un automóvil cruza a toda velocidad la pista del aeródromo, y sus ocupantes se adentran velozmente en el aparato, que despega a los pocos segundos. Volkov, el desertor soviético, se halla en su interior.



Günter Guillaume, secretario de Willy Brandt, al servicio del Este.



Philby va penetrando paso a paso todos los niveles de decisión del espionaje británico. Es una de las cuatro personas más relevantes, más próximas a la toma de decisiones. Kim no sólo pasa información a los soviéticos, sino que allana las condiciones para que sus compañeros de Cambridge, Guy Burgess y Donald McLean, penetren el espionaje británico y brinden a Stalin, desde el Partido Conservador el primero y desde la cúspide del Foreing Office el segundo, la información política y diplomática que precisa.

Sin embargo, la trayectoria de estos dos agentes será a la postre fatal para Philby. Tanto Burgess como McLean son homosexuales, con distintos grados de admisión de ello, y ambos son asimismo, pero de modo evidente, alcohólicos. En el alcohol parecen hallar los dos el elemento soluble de sus contradicciones, que se manifiestan en una desgarradora doble vida como espías y como hombres con altas responsabilidades políticas dentro del *establishment* británico. Burgess tiene antesala con el Consejo de Ministros cuando lo desea y puede acceder directamente al líder del Partido Conservador.

McLean, por su parte, lleva una carrera diplomática meteórica que comenzó, al iniciarse la guerra, en la embajada británica en París, continuó en Washington y se completó en El Cairo, embajadas todas de primerísimo rango para Gran Bretaña. Ambos simultaneaban sus funciones con la adscripción al servicio secreto británico, dentro del cual eran profesionales verdaderamente cualificados. Su creciente e imparable alcoholismo, sin embargo, los iba a destruir en unos pocos años. En sus delirios llegaron a contar sus dramáticas vidas de espías a los camareros de los clubs de Londres, Nueva York, Gibraltar o El Cairo, dispuestos a oírles en vez de echar el cierre de sus establecimientos, bien entradas las madrugadas.

Testigo en la carrera nuclear

McLean fue destinado a Washington con el cargo de coordinador de los programas de seguridad nuclear de norteamericanos y británicos. El hombre de confianza que los norteamericanos tenían en Gran Bretaña era precisamente él, a quien la CIA informaba detalladamente sobre las últimas pruebas atómicas realizadas en los desiertos de Arizona o Nevada, o de los volúmenes de mineral de uranio de los que se podía disponer, durante el resto del siglo, en el Congo Belga.

McLean fue haciéndose sospechoso porque acostumbraba, como haría también Philby desde su puesto de primer secretario de la embajada británica en Washington, quedarse hasta muy altas horas de la noche estudiando documentos de su departamento y de otras dependencias. Sin embargo, las sospechas sólo contribuyeron a alejarlo de Estados Unidos, una vez que ya había filtrado datos de consideración extraordinaria a la URSS.

En El Cairo, una plaza de extrema importancia para los británicos, McLean fue testigo excepcional mientras se gestaba el nasserismo, la crisis de Suez y el surgimiento del Cercano Oriente como foco número uno de la tensión internacional. Antes de acudir a El Cairo, McLean se somete a psicoanálisis en Londres, donde está a punto de romper el matrimonio con su esposa Melinda. Todos sus amigos de Cambridge y del Foreign Office le ayudan cuanto pueden, ya que todavía le consideran la estrella del servicio exterior británico. Pero el alcoholismo de McLean es irreversible. Ello se demostrará en la capital egipcia, donde protagoni-

Poco antes de la construcción del muro de Berlín, concretamente en 1956, los Guillaume se pasaron al Oeste desde la República Democrática Alemana y se destacaron por sus críticas contra el sistema comunista. Así consiguieron introducirse en el ala derechista del SPD (Partido Socialdemócrata de Alemania Occidental) y situarse al lado de su líder, Willy Brandt, prestigioso dirigente que llegó al poder tras ganar las elecciones. Como secretario particular de éste, Guillaume tuvo acceso a todo tipo de documentos, incluidos papeles de la OTAN clasificados como cosmic, la más alta clave secreta, que, por supuesto, pasaba a la URSS. Ahora parece ser que el contraespionaje alemán occidental conoció pronto su deslealtad y lo mantuvieron en su puesto para desprestigiar a los socialdemócratas en el poder. Cuando fue detenido, a las seis de la mañana del 24 de abril de 1974, el propio Günter salió a abrir la puerta en pijama y dijo a los agentes del servicio secreto: «Soy capitán del Ejército Nacional Popular de la República Democrática Alemana. Les ruego, señores, que respeten mi honor de oficial.»

za un desagradable incidente justo en el mismo sofá en el que se sienta, durante una recepción, la princesa Fawzia, hermana del rey Faruk.

Sometido a investigación por insistencia de los norteamericanos, que se ven engañados por el aristocrático y apuesto alcohólico, McLean presiente lo peor, se sabe seguido y comienza a derrumbarse. En privado no tiene inconveniente en reconocer los logros de la Unión Soviética y denigra cuanto puede el sistema capitalista.

El fin se acerca

La situación se hace insostenible. Philby informa a Moscú que el fin de McLean se acerca, sin creer que el suyo propio también avanza a grandes pasos, porque durante una visita de su amigo Guy Burgess a Washington se ha alojado en su apartamento de la avenida de Nebraska, precisamente cuando acababa de estallar el asunto McLean.

Ya en Londres, Burgess inicia su aproximación a McLean y, de modo inesperado, los dos amigos toman una noche de mayo, la del 25 precisamente, en la que Donald cumple treinta y ocho años, el *Falaisie*, un ferry que cubre la ruta entre Southampton y la ciudad portuaria francesa de Saint-Malo. Burgess había dicho poco antes a un amigo: «Hay alguien en Asuntos Exteriores que se encuentra en un grave aprieto. Debo ayudarle.» Los dos hombres viajaron desde Francia hasta la Unión Soviética. El aparato del espionaje soviético en Europa se encargó de acogerles.

Philby quedaba entonces como el hombre a observar. Desde Washington habían sido regis-

Del inmenso edificio de fachada roja de la KGB, situado frente a la cárcel de Lubianska, en Moscú, y del enorme complejo que la CIA norteamericana tiene en su sede central de Virginia salen hilos y comunicaciones que se entrecruzan y llegan a todo el mundo. El espionaje sigue siendo un misterio, un «sacerdocio», un rocambolesco juego de ajedrez donde es difícil separar la realidad de la ficción. Tras el caso Guillaume, por ejemplo, el canciller germano-occidental Willy Brandt fue acusado de pertenecer a la KGB soviética e, inmediatamente después, de ser agente de la CIA. No faltaron tampoco los que dijeron que era agente doble.



El Pentágono norteamericano


Una misión de los espías es cazar a espías del bando contrario

Inmediatamente después de su regreso de un fin de semana en Venecia, acompañado de su esposa Valerie, el entonces ministro de la Guerra británico, John Profumo, tuvo que dimitir de su cargo. Era el último domingo de junio de 1963, y horas antes el contraespionaje inglés había descubierto que una «amiguita» del ministro, la bellísima call-girl Christine Keeler, era una agente que trabajaba para los soviéticos, a los que también recibía en su apartamento por motivos «profesionales». El escándalo Profumo fue aireado por la prensa de todo el mundo y perjudicó sobre todo al Partido Laborista británico, entonces en el poder.


John Profumo con su familia.


«Sir» Anthony Blunt, el cuarto hombre del «círculo»

trados sus extraños movimientos, pero su altísimo rango en el SIS y, sobre todo, su papel de contacto entre este servicio y la CIA, en Washington, habían bloqueado hasta entonces las numerosas sospechas que recaían sobre él.

Los norteamericanos, no obstante, se hacen oír, una vez que el asunto Burgess-McLean ha estallado. Se revisa el caso albanés, el incidente Volkov y los pasos dados por Philby, pero nadie quiere creer que lo que se piensa en voz baja pueda ser verdad.

A mediados de 1951, Philby deja Washington y las sospechas le hacen comparecer a juicio, secreto entonces, pero el que fuera director de la más importante sección del Servicio Secreto británico durante la guerra fría esquiva los interrogatorios con una habilidad extraordinaria, de la que no se excluye una utilización precisa de su tartamudez, lo cual le permite ganar tiempo para responder a las preguntas endiabladas que le arroja el letrado Helnus Milmo, del MI-5, la organización rival.

El caso se archiva formalmente, pese a que Philby haya estado tocado seriamente por las sospechas. Sus amigos del SIS le ayudan, no creen en su traición porque todos viven de una suposición de lealtad previa sin la cual no sería posible trabajar. Philby, curiosamente, continúa trabajando para el SIS. En 1956 viaja a Beirut, ciudad en la que a través de su padre había cosechado fuentes y contactos. Su cobertura vuelve a ser el periodismo. El experimentado corresponsal de *The Observer* y de *The Economist* viaja regularmente a Chipre y a la Armenia turca. Su vida familiar, con sus cinco hijos, discurre con cierta normalidad, salvo algún romance ocasional.

Los norteamericanos no cejarán en sus esfuerzos para que el Servicio Secreto británico cese completamente su relación con Kim Philby.

Aileen, su esposa, muere en Londres en los primeros días de 1957, mientras el cerco se aprieta cada vez más a su alrededor. Empero, su gran habilidad le permite capear la nube de sospechas que le envuelve, y permanece en Beirut hasta el 23 de enero de 1963. Geln Balfour, primer secretario de la embajada británica en Líbano, le espera entre los invitados a la fiesta de la que es anfitrión. Philby no llegaría nunca.

Sus contactos y, sobre todo, sus amigos le introdujeron en la Unión Soviética por las magníficas montañas de Armenia, donde el monte Ararat, aquel cuya fotografía desde el lado soviético presidió tantos años el despacho de Philby, se yergue desafiante y enigmático, cuajado de nieve.

Philby regresó a la URSS a pie. Un hombre dotado de extraordinarias cualidades, con una envidiable posición social y una vida económicamente resuelta dentro del mundo donde nació, optó por el mundo socialista, por el comunismo. Traidor para unos, idealista para otros, apasionado para los más, Harold Adrian Russell Philby, de setenta años, vivo, con domicilio en Moscú, forma parte de la historia del siglo XX.

R. F.

Durante las décadas de los cincuenta y los sesenta, el agente Philip Agee trabajó en las secciones de enlace, información sobre la KGB, formación de grupos de choque y desestabilización de gobiernos, que la CIA tiene operando en todo el mundo. En 1969, asqueado de los trabajos sucios que tenía que realizar, decidió abandonar la CIA y contar en libros y artículos todo lo que había visto.

Bibliografía básica

PAGE, B.; LEITCH, D., y KNIGHTLEY, P.: *Philby, the spy who betrayed a generation*, Sphere Books Limited. Londres, 1977.



Philip Agee, la mala conciencia de la CIA



Los Beatles en su época dorada. Un grupo de jóvenes que cambiaron los gustos musicales de una generación

Cuando los Beatles consiguieron publicar su primer disco, titulado Love me do, el 4 de octubre de 1962, los cuatro profetas de la juventud rebelde tenían cara de buenos chicos y tanto John Lennon (el cerebro del grupo) como Paul McCartney habían compuesto ya más de 50 canciones que no pasaron a la posteridad. Ambos tocaban todo tipo de instrumentos y cantaban acompañados de George Harrison y, más tarde, de Ringo Starr en conjuntos que se llamaban The Quarrymen, Johny The Moon Dogs y The Silver Beatles, en locales de ínfima categoría de la ciudad portuaria de Liverpool. A veces, John y Paul tocaban a dúo, bajo el nombre de The Nurk Twins. Paul era melodramático y componía temas muy románticos; John lo era todo en los Beatles.

LOS BEATLES

1963



John Lennon y Ringo Starr nacieron en 1940, Paul McCartney y George Harrison lo hicieron en 1942 y 1943, respectivamente. Todos de clase baja o clase media baja, pasaron algo de hambre, se subieron sin pagar en los tranvías de Liverpool, hicieron novillos, aguantaron los golpes de los maestros y desde adolescentes, casi niños, comprendieron que la música era la salida para no repetir la vida anodina y vacía de sus padres, trabajando de nueve de la mañana a cinco de la tarde y luego aburriéndose en una sociedad estúpida e hipócrita. La rebeldía de la juventud estaba en marcha, pero con música, con buena música.

ERAN cuatro muchachos de Liverpool, y se llamaban John, Paul, George y Ringo. Revolucionaron el mundo de la música y contribuyeron con su actitud, sus gustos y sus opiniones a consolidar la aparición de la juventud en la escena social. Nada fue lo mismo después de su llegada y nadie parece haberles olvidado a pesar de su ruptura en 1970: sus discos, millonarios casi todos en el momento de su lanzamiento, se venden todavía a un ritmo sorprendente. Casi todo lo que en los años sesenta significó una novedad tuvo que ver con ellos, desde el interés por lo oriental hasta el consumo de drogas o el pacifismo.

Veinte años después, cuando parece que el curso de las modas ha dejado anticuadas muchas de sus propuestas, la herencia de los Beatles sigue presente, convertida ya en parte de nuestra vida cotidiana.

La semilla del diablo

Dos días antes de su muerte, John Lennon concedió una larga entrevista al periodista inglés Andy Peebles con vistas a ser radiada por la BBC. Era el mes de diciembre de 1980 y el ex *beatle* acababa de editar, después de cinco años de silencio, un nuevo disco titulado *Double Fantasy.* En un momento de la larga conversación, el periodista preguntó: «En esta etapa, ¿sientes que ahora, en diciembre de 1980, el tema y la facilidad para escribir han vuelto a ti?» «Sí», le contestó Lennon. «¿Y que vas a ser extraordinariamente prolífico en los meses y años venideros?» «Sí, creo que va a ser uno de esos períodos en que dicen: "Esos dos harían cualquier cosa para tener publicidad; por Dios, quitadlos de las portadas, que se vayan".»

Estados Unidos fue el primero en crear y exportar a la vieja Europa la música que luego se llamaría pop y rock. *Desde mediados de la década de los cincuenta, Bill Haley y sus Comets, primero, y Elvis Presley, después, con el* rock and roll, *sentaron las bases para la transformación musical de toda una generación juvenil. En la foto, de izquierda a derecha, John Lennon, George Harrison, Paul McCartney y Peter Best posan en el local de Liverpool donde ensayaban. Peter Best sería luego sustituido por Ringo Star, tras una serie de discusiones que originaron la primera y única escisión del grupo. Best no perdonó nunca a sus ex compañeros la expulsión. En Liverpool pronto fue conocida la existencia de los Beatles. A los jóvenes les gustaba la música que hacían. Los mayores estaban sorprendidos ante aquellos «melenudos» (ahora parecen tan discretos) y el «ruido» que producían.*

Por entonces, John y Yoko vivían en Nueva York, en el edificio Dakota, de la calle 72, el mismo que años antes había utilizado Roman Polansky para rodar *La semilla del diablo.* Allí les dejó su coche, dos días después de la entrevista, a las once menos diez de la noche; en la entrada, además del portero, estaba el mismo joven moreno y rechoncho que esa mañana había intentado sin éxito que el cantante le firmara un autógrafo en la portada de *Double Fantasy.* Esta vez lo consiguió, pero mientras Lennon garrapateaba su firma en un trozo de papel, el admirador sacó un revólver del 38 y le agradeció la atención con cinco balas. Ya en el hospital, los médicos comprobaron que hubiera bastado la primera para acabar con la vida del músico. Su comentario a Peebles, cuarenta y ocho horas antes, se iba a confirmar de una manera macabra e impensable.

Cuando Mark David Chapman, a quien la policía definió luego como «un cretino de mirada estúpida», asesinó a John Lennon, los Beatles llevaban ya diez años separados. Su posible reunificación era sólo una serpiente de verano que las redacciones alternaban con la aparición del monstruo del lago Ness: musicalmente, ni Paul, ni George, ni Ringo, ni siquiera el más inquieto John contaban ya para la vanguardia musical de la nueva década. Seguían vendiendo discos (sobre todo el siempre profesional y avispado Paul) y la EMI, su casa productora desde los inicios, reeditaba cada cierto tiempo los viejos temas agrupados bajo todos los títulos posibles que un buen departamento de *marketing* puede inventar: «Los Beatles y el *rock and roll*», «Las canciones de amor de los Beatles»...

Pero los adolescentes que a mediados de los sesenta les habían aupado a un lugar que ningún artista de la historia había conocido antes tenían ya por lo menos treinta años, y las nuevas generaciones habían evolucionado con demasiada rapidez. Parece difícil de creer: en 1980, ninguna orquesta melódica que se preciara podía olvidar en su repertorio *She Love You, Yesterday* o *Let It Be;* en 1964, los cuatro *beatles* representaban el mayor soplo de aire fresco que la música y la sociedad occidentales habían conocido en mucho tiempo.



Los chicos de Liverpool.

Una ciudad llamada Liverpool

A principios de los años sesenta, la música juvenil pasaba por una mala época. Casi todas las grandes figuras del *rock* habían tirado la toalla, y los jóvenes norteamericanos volvían a bailar de nuevo a los compases de unas suaves melodías que los optimistas creían enterradas desde la llegada de Elvis. El relevo lo iba a tomar Europa, adonde los gérmenes del cambio, igual que la peste en Nosferatu, iban a llegar por mar.

Los Beatles no surgieron en Liverpool por casualidad. La ciudad, situada al noroeste de Inglaterra, poseía un puerto muy activo, en cuyos muelles atracaban a menudo barcos norteamericanos. Las novedades culturales (llámense discos o camisas vaqueras) llegaban así antes a esta provinciana e industriosa ciudad que a la más sofisticada Londres; pero se trataba de un contacto íntimo, al margen de las modas y de los medios de comunicación, que son a fin de cuentas los que deciden el rumbo de los gustos.

John, Paul, George y Ringo habían nacido allí, entre 1940 y 1943, en el seno de familias de clase baja. Ninguno tenía grandes aspiraciones culturales, ni tampoco interés ni posibilidades de estudiar una carrera universitaria: como cualquier otro joven de su generación y de su nivel social, cumplirían por los pelos sus obligaciones escolares y luego tendrían que buscar trabajo en alguna fábrica u oficina.

John había nacido el 9 de octubre de 1940, en pleno bombardeo de la aviación alemana, hijo de un marino que nunca volvió a aparecer por la casa familiar, y de Julia, una mujer sorprendente por la alegría y la liberalidad con que se tomaba la vida, y que falleció atropellada por un coche cuando John contaba nueve años. Lennon demostró desde muy joven unas magníficas cualidades para la provocación social: era juerguista, violento, agudo e imaginativo; detestaba el colegio y sólo se sentía interesado por el dibujo, la redacción de pequeños cuentos y la música. Suya fue la idea de formar los Quarrymen, el grupo que luego daría origen a los Beatles, y casi nadie le discutió la condición de líder carismático.

Paul McCartney, a quien siempre iría unido su nombre, era bastante diferente. Vestía también como un *teddy boy*, pero no era ni tan violento ni tan mal estudiante, y conseguía casi siempre alcanzar ese difícil punto de equilibrio entre los gustos adolescentes y las buenas relaciones con la familia. Un amigo común, Ivan



Los Beatles

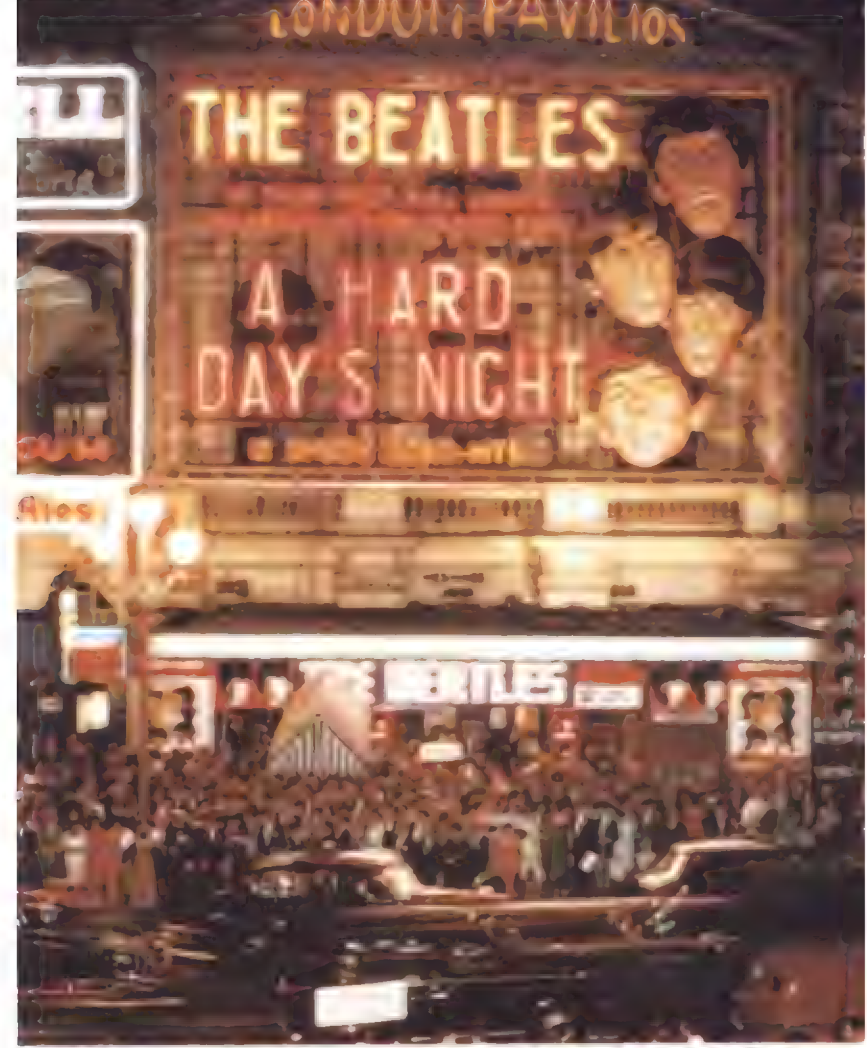
Las fans se agolpan ante las verjas del palacio de Buckingham

Pocas personas «respetables» hubieran apostado en sus inicios por aquellos «melenudos» que en sólo tres años se habían colocado a la cabeza de los discos más vendidos en Europa y América y producían para el Reino Unido más divisas que la British Leyland. En 1965, la reina Isabel II de Inglaterra los condecoró como Caballeros de la Orden del Imperio Británico.

La sociedad de consumo comercializó pronto todo tipo de productos con el sello Beatles, desde calzoncillos hasta abrelatas. No podían faltar las versiones cinematográficas de sus canciones, y así se hicieron A Hard Day's Night (¡Qué noche la de aquel día!) *(1964),* ¡Help! (¡Socorro!) *(1965), dirigidas ambas por Richard Lester, y* The Yellow Submarine (El submarino amarillo) *(1968), obra del director George Dunning.*



La princesa Margarita charla con los Beatles.



Cine donde se exhibía A Hard Day's Night (¡Qué noche la de aquel día!), de los Beatles

Vaughan, les presentó durante una actuación de los Quarrymen en una fiesta parroquial, y Paul fue aceptado como nuevo guitarra en el grupo. George Harrison, el personaje más discreto de los Beatles, era también el más joven, y necesitó varias semanas de prueba para ser aceptado en el conjunto, pese a su amistad con Paul. Ya por entonces hablaba muy poco; casi todo su tiempo lo dedicaba a ensayar a solas con la guitarra de 30 libras que le habían comprado sus padres, los señores Harry y Louise Harrison. El cuarto *beatle* era Ringo Starr, pero su entrada en el grupo fue más tardía, en sustitución de Peter Best, el batería originario y curiosamente el miembro del grupo que más interés femenino despertaba en Liverpool. Las razones de su expulsión nunca han quedado del todo claras: la madre de Best, que aún no ha perdonado a los otros tres miembros por su decisión, explica a cualquier periodista que desee escucharle que todo fue fruto de los celos y la envidia; la verdadera razón apunta, sin embargo, a que Best sintonizaba cada vez menos con sus compañeros y que éstos encontraron una buena ocasión para desprenderse de él cuando el primer productor del grupo, George Martin, puso reparos a su forma de tocar.

Un ascenso irresistible

Los primeros Quarrymen cambiaron su nombre por el de Silver Beatles. El grupo era entonces un quinteto, y lo formaban John Lennon y



Los cuatro nuevos Caballeros de la Orden del Imperio Británico.

Siempre en primera página de la prensa mundial, haciendo buena música y declaraciones supuestamente humildes pero terriblemente revulsivas, los Beatles rozaron muchas veces el escándalo. Quizá la ocasión más conflictiva de su carrera fue cuando John, rodeado de policías y guardaespaldas, pronunció, dirigiéndose a los periodistas, una frase que levantó ampollas: «Los Beatles somos más famosos que Jesucristo.» Una revolución sexual y religiosa estaba en marcha y los Beatles se lo decían con música a sus millones de seguidores, repartidos por todo el mundo. El mensaje del amor y la paz cristalizó en la maravillosa canción All You Need Is Love (Todo lo que necesitas es amor).

Paul McCartney, que tocaban la guitarra, cantaban y componían; George Harrison, que era el guitarra solista; Peter Best, batería, y Stuart Sutcliffe, un estudiante de arte, amigo de John, al que habían convencido para que tocara el bajo. Su música rápida y estridente había calado ya a finales de los cincuenta en la juventud de su ciudad, que se arremolinaba entusiasmada en locales hoy históricos, como la Cavern, hasta llamar la atención de Brian Epstein, el dueño de la mejor tienda de discos de la ciudad, que se ofreció para ser su *manager*. Epstein era un joven tímido, muy educado y bastante depresivo, al que su familia había colocado al frente de la tienda, a la vista de las dificultades con que tropezaba para abrirse camino en la vida; el encuentro con los Beatles resultó providencial, y destapó el frasco de sus magníficas cualidades como representante. Se movió como un auténtico apóstol a la búsqueda de contratos, de productores, de casas discográficas, y controló hasta su muerte todos los aspectos de la carrera de los cuatro de Liverpool, hasta el punto de que cuando éstos decidieron en 1966 abandonar las giras, él se sintió hundido en el más profundo de los pozos y falleció a las pocas semanas víctima de una sobredosis de barbitúricos.

La primera gira de los Silver Beatles había tenido lugar en Escocia, donde acompañaron a Johnny Gentle. El segundo viaje, mucho más importante para su carrera, les había llevado a Hamburgo, donde conocieron un bullicioso ambiente y en el que maduraron, lejos de sus casas, como personas y como músicos. Allí grabaron algunos discos acompañando a Tony Sheridan; allí intimaron con el batería de otro conjunto de Liverpool, Rory Storm and the Hurricanes, llamado Ringo Starr; allí nació lo que luego todo el mundo llamaría el corte de pelo *beatle*, creación de la novia alemana de Stuart, Astrid; allí conocieron el verdadero ambiente de los *rockers* y la cultura del cuero; allí les abandonó amistosamente Stuart Sutcliffe para dedicarse a la pintura, poco antes de que un tumor cerebral acabara con su vida. Cuando, en el intervalo de las dos temporadas que pasaron en el puerto alemán, Brian Epstein se interesó por ellos y les vio actuar en la Cavern, los Beatles habían sentado ya seguramente las bases de su posterior éxito.

Necesitaban, sin embargo, una casa discográfica que los lanzara en Inglaterra, y a su búsqueda dedicó Epstein todos sus esfuerzos. Lo consiguió al final tras una audición en la EMI, gracias a la amistad que le unía con el editor George Martin. Los Beatles estaban por entonces en Hamburgo y recibieron la noticia como si de una verdadera tabla de salvación se tratara: Stuart había muerto en abril de 1962 y todos sentían que su carrera se había estancado. A las órdenes de Martin, y ya con Ringo en la batería, grabaron el primer *single*, que incluía *Love Me Do*, y que apareció en las tiendas en octubre de 1962. La acogida fue buena, pero no pudo compararse con la que el público tributó a *Please, Please Me*, que se disparó al número 1 en enero de 1963; el siguiente, *From Me To You*, fue también otro éxito, pero la locura llegó con

el cuarto sencillo, que incluía *She Love You.* En sólo un año, los Beatles habían superado a todos sus competidores en el mercado inglés, abriendo de paso la espita por donde se colarían otros grupos *pop,* como los Rolling Stones, los Kinks o los Animals.

La «beatlemanía»

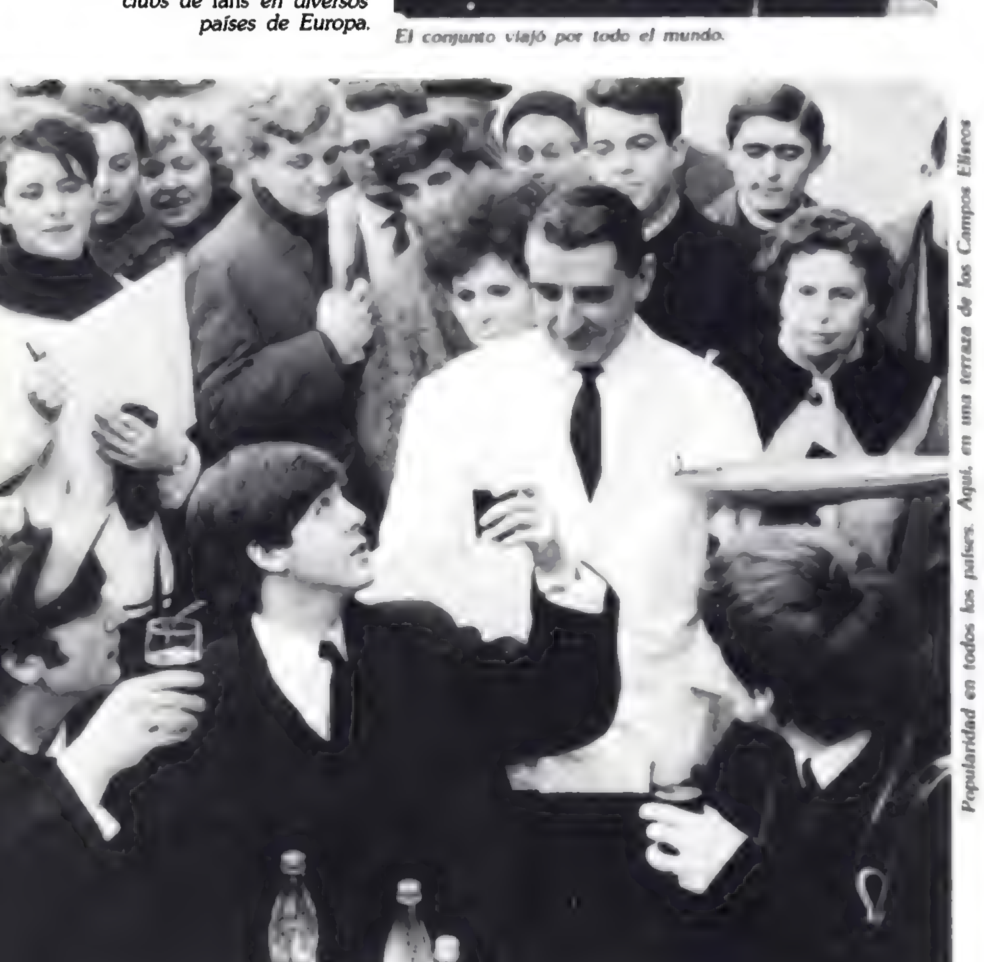
El nombre de los Beatles proviene de la fusión de dos voces inglesas: *beetle,* que significa escarabajo, y *beat,* que puede traducirse por golpear; fue inventado seguramente por John Lennon y hoy sirve para definir, sin discusión alguna, a los primeros años de la década de los sesenta. Tras sus grandes éxitos de 1963, los Beatles lo ocuparon todo, hasta tales grados que hoy resulta difícil de entender cómo una sociedad tan estable como la inglesa se dejara conmover en sus cimientos por cuatro adolescentes: todo empezó, lógicamente, con la juventud, que se sintió identificada con la música, con las actitudes irónicas, descaradas y humorísticas de sus ídolos, con sus peinados cada vez más largos, con sus chaquetas sin cuello... Compraron sus discos a millones y les convirtieron en el vivo ejemplo de que no hacía falta llegar a viejo para encontrar un lugar en la sociedad; en la demostración de que los jóvenes podían bastarse para triunfar sin la ayuda de nadie. Lo quisieran o no, los Beatles se convirtieron en la imagen idealizada de miles y miles de jóvenes no sólo ingleses, sino también norteamericanos, suecos, alemanes, etc.

En torno a ellos empezó a surgir una verdadera industria: chaquetas Beatle, jerseys Beatle, pelucas Beatle, botines Beatle, chapas, pegatinas, revistas, que Brian Epstein se decidió a controlar, no sólo por razones de rentabilidad, sino también por el loable y sincero deseo de evitar que los desaprensivos entraran a saco en el mundo ilusionado de los adolescentes. La «beatlemanía» supuso una indudable inyección para la economía británica, y la Corona acabó reconociéndolo con la entrega de la medalla del Member of British Empire, como premio a la inyección de divisas que los cuatro músicos significaban. Llegaron también las películas *A Hard Day's Night* y *Help,* alocadas y divertidas, fruto de su colaboración con Richard Lester, y las multitudinarias giras por Estados Unidos, donde sus discos copaban también los primeros puestos de las listas de éxitos.

La calidad de su música, su mensaje ideológico y un perfecto apoyo publicitario a través de los modernos medios de comunicación social hicieron de los Beatles unos personajes famosos en todo el mundo. En cualquier lugar despertaban expectación, llenaban teatros y estadios, y movilizaban a miles de fans (jóvenes y no tan jóvenes) para conseguir un autógrafo, tocar la ropa o escuchar en directo la voz de sus ídolos favoritos. Todavía siguen funcionando clubs de fans en diversos países de Europa.



El conjunto viajó por todo el mundo.



Popularidad en todos los países. Aquí, en una terraza de los Campos Elíseos

Algo se resquebraja

Una de las razones del extraordinario éxito de los Beatles hay que buscarla en la propia personalidad de los integrantes del grupo, en el que no se daba una subordinación a las ideas de un líder. Cada uno cumplía un papel diferente, y aunque la responsabilidad de las composiciones recayera casi siempre en Lennon y McCartney, nadie se hubiera atrevido ya en 1964 a imaginarse unos Beatles sin la presencia socarrona de Ringo Starr. El periodista americano Nik Cohn definió bien el juego de personalidades cruzadas que estaba en la base del conjunto: «Lennon era


Cassius Clay pudo con los cuatro

John Lennon siempre fue la conciencia crítica del grupo y pronto se sintió utilizado por la industria y la sociedad de consumo, pero «sigo —declaró— porque me gusta la música, comunicarme». «Que cada uno tenga su sueño... Podéis hacer lo que sea, con tal de que no esperéis que los líderes lo hagan por vosotros. No puedo despertaros. Tenéis que despertar vosotros mismos. No puedo curaros. Tenéis que curaros vosotros mismos...» «Todos tenemos contradicciones; yo trabajo para hacerme rico y sigo siendo socialista, pero me gustó mucho poder decir cuando la familia real asistió a uno de nuestros conciertos: "Los de los asientos baratos, dad palmadas; los de las localidades más caras, solamente haced ruido con las joyas".»

el brutal; McCartney, el guapo; Ringo Starr, el simpático, y Harrison, el equilibrado. Y es más, Lennon no tenía ningún tacto, pero McCartney era diplomático por naturaleza. Si Harrison parecía tonto, Lennon era inteligente; si Ringo hacía el payaso, Harrison era el sombrío y el pesimista, y si McCartney era sofisticado, Ringo era sencillo y elemental.» Cualquiera podía, por tanto, identificarse con el conjunto, y esto dotaba a los Beatles de una fuerza y un carisma especiales que no poseyeron nunca los Rolling Stones, por ejemplo, que centraron siempre su atractivo en las extremadas personalidades de Mick Jagger y Keith Richard.

La mayoría de las composiciones del conjunto aparecieron firmadas por Lennon y McCartney, y no hay duda de que esta colaboración fue una de las claves del éxito. Personal y musicalmente eran muy diferentes: mientras Lennon era violento, desgarrado, innovador y un apasionado del *rock and roll,* Paul tenía una facilidad innata para la melodía y las baladas románticas y algo dulzonas; el cóctel resultaba, por tanto, equilibrado y perfecto. Lennon fue el primero del conjunto que se interesó por las drogas, por la política y por la música de vanguardia; McCartney, que era mucho más conservador en sus actitudes hacia la vida, demostró siempre más interés por el lado profesional del negocio, y cuando Brian Epstein murió, fue él el que tomó las riendas del conjunto. Mientras duró la comunicación entre ambos, las cosas funcionaron; cuando se rompió, los Beatles desaparecieron.

La aparición en diciembre de 1965 de su Lp. *Rubber Soul* es considerada por muchos como el punto de inflexión en la carrera de los Beatles. Aunque el disco incluía todavía buenas canciones, los observadores más atentos descubrieron una tendencia al reblandecimiento y a la pomposidad, que luego se confirmaría en los siguientes, *Revolver* y *SGT Pepper's Lonely Hearts Club Band,* y que acabó con la frescura y la fuerza de los primeros tiempos del grupo.

Fue George Harrison el que acercó a todo el grupo a la filosofía oriental y a las doctrinas pacifistas del Maharishi de Bangor, a quien llegaron a acompañar a la India.

La evolución parecía, sin embargo, inevitable: los Beatles se habían visto rodeados por la admiración general, habían leído incluso en algún periódico que su música podía compararse a la de los grandes clásicos del XIX, frecuentaban ya el trato con intelectuales y artistas, y tenían los medios técnicos y monetarios para realizar una música más sofisticada; personalmente, no eran tampoco los adolescentes aguerridos de la Cavern o de Hamburgo, y necesitaban dar rienda suelta a sentimientos y opiniones nuevos, que además flotaban en el ambiente y marcarían poco tiempo después a la década de los sesenta: el pacifismo, el hippismo, la expansión de la mente, las drogas... Si a ello unimos ese manierismo inevitable en el que siempre termina cayendo cualquier artista con éxito, comprenderemos mejor su evolución.



George Harrison y John Lennon con el Maharishi

En 1966, hartos ya de las giras tumultuosas, decidieron dedicar sus esfuerzos a los discos exclusivamente. Por la misma época, George Harrison había empezado a interesarse por las filosofías orientales y había arrastrado a los demás miembros a los brazos del Maharishi, mientras Lennon se iniciaba en el consumo del ácido y entraba en un mundo de crisis y duda permanentes; acababa de conocer, además, a una artista japonesa de vanguardia, Yoko Ono, cuya presencia supondría una cuña definitiva en lo que hasta entonces había sido una piña. El rodaje de *Magical Mistery Tour,* iniciada por decisión de Paul para levantar otra vez el vuelo de un conjunto que tras la muerte de Epstein parecía cada vez más tocado, significó su primer gran fracaso de público. Desde entonces todo pareció decidido: Lennon, el antiguo líder, según declaró después, se tomaba ya su labor con el resto del grupo «como quien va al trabajo a las nueve de la mañana»; Harrison profundizaba en su interés por todo lo oriental, y Paul, impotente para frenar la crisis, preparaba el golpe de efecto de ser él el primero en abandonar el barco. Como telón de fondo, la más absoluta de las confusiones envolvía el entramado de negocios que rodeaba al conjunto, y mientras John, George y Ringo querían que fuese Allen Klein, antiguo *manager* de los Rolling, quien pusiese orden en el pozo sin fondo, Paul prefería contratar a un abogado neoyorquino, padre de su futura esposa Linda Eastman.

En 1964 los Beatles coparon simultáneamente los cinco primeros puestos de las listas de ventas de discos de Estados Unidos; en Europa ya habían realizado hazañas similares en numerosas ocasiones. Pero esta beatlemanía *no sólo era consecuencia de su música, sino de su mensaje, algo que lo. jóvenes inquietos de la década de los sesenta necesitaban imperiosamente y que encontraban en las composiciones de la pareja (el aceite y el vinagre de una estupenda ensalada) Paul McCartney (romántico y blando) y el genio ácido de John. Los años sesenta no pueden entenderse sin oír* Love Me Do, Yesterday, Nowhere Man (Hombre de ninguna parte), She's Leaving Home (Se va de casa), Get Back (Vuelve), Let it Be, Hey Jude, Lady Madonna, All You Need Is Love (Todo lo que necesitas es amor) *y tantas otras.*



Una de las últimas fotos de los Beatles

El adiós

En 1970, Paul anunció desde Nueva York su marcha de los Beatles e inició una carrera en solitario no muy brillante, pero que le ha permitido mantenerse en candelero hasta hoy mismo. John estaba prácticamente separado del conjunto desde hacía dos años, en los que había grabado varios discos con su compañera Yoko; editó en 1970 y 1971 dos magníficos Lp., *John Lennon* e *Imagine,* pero no parecía demasiado interesado en continuar una carrera profesional como la de McCartney y acabó por trasladarse a vivir a Nueva York. George Harrison estaba mucho menos «quemado» que sus amigos e hizo

coincidir la separación con su maduración como compositor, faceta esta en la que se había visto bastante restringido con los Beatles: su mastodóntico *All Things Must Pass* fue el disco con más éxito de los editados por un ex *beatle*, pero desgraciadamente el tiempo demostró que George no poseía mucha más imaginación que la demostrada en su millonario disco, y a pesar de que hoy sigue lanzando nuevas canciones, la mediocridad se ha enseñoreado de su trabajo. Ringo, para muchos el más normal y divertido de los cuatro de Liverpool, no se complicó la vida tras la ruptura, y, aunque también grabó varios discos en solitario, enfocó su carrera personal hacia el mundo del cine.

Un pobre resumen para quienes lo significaron todo en la década de los sesenta, es cierto, pero sería injusto exigir a unos jóvenes que empezaron en la música con veinte años que aún mantuvieran a los treinta y cinco la frescura y el espíritu innovador que les hizo famosos. Casi toda la música *pop* que se hizo después de su aparición bebió, además, de sus fuentes, desde la más sencilla de los primeros discos hasta la sofisticada del Sargeant Peppers o el doble Lp. blanco. Eso los sitúa en un lugar privilegiado en la historia de la música de la segunda mitad del siglo XX.

J. G. A.

Bibliografía básica

COHN, N.: *Historia de la música pop*, ed. Nostromo. Madrid, 1973.
DAVIES, H.: *The Beatles. The Authorized Biography*, ed. McGraw Hill. Nueva York, 1968.
DISTER, A.: *Los Beatles*, ed. Júcar. Madrid, 1973.
Veinte años de Beatles, revista *Rock Especial*. Madrid, 1982.

«Eramos tan felices», afirmó Yoko en la primera entrevista concedida tras el asesinato de John Lennon. «Unos días antes del crimen, recuerdo que pensaba: "Esto es demasiado bueno".»



John Lennon junto a su esposa, Yoko Ono.

Juventud de todos los pelajes en el funeral de John Lennon, celebrado en el Central Park neoyorquino.

CRONOLOGIA

Política internacional

Moise Tshombé acepta el plan de U Than de reconciliación del Congo y abandona el país. La autoridad del gobierno central vuelve a la provincia de Katanga.
Alemania federal rompe las relaciones diplomáticas con Cuba al establecerlas ésta con la República Democrática Alemana.
España y Estados Unidos firman por cinco años más la continuidad de los acuerdos de defensa mutua y cooperación económica.
Jruschov acepta establecer un «teléfono rojo» entre Washington y Moscú.
Golpe de Estado en Irak. El general Kassen es ejecutado.
Harold Wilson es elegido líder del partido laborista en Gran Bretaña.
Nace la Organización de la Unidad Africana (OUA), en Addis Abeba (Etiopía).
Continúan las luchas raciales en Alabama. Kennedy lleva al Congreso un plan de lucha contra la discriminación racial.
Moscú acusa a China de violación de fronteras.
El ejército toma el poder en la República Dominicana tras la dimisión de Juan Bosch. Le seguirá en el poder un triunvirato civil.
Harold MacMillan, primer ministro inglés, se ve forzado a dimitir tras el escándalo Profumo. Le sucederá en el cargo sir Alec Douglas-Home.
Ludwig Erhard es elegido canciller federal al retirarse Konrad Adenauer después de catorce años en el cargo.
Golpe de Estado en Vietnam del Sur. Son asesinados el presidente Diem y su hermano Ngo Dinh Nhu. El general Duong Van Minh es nombrado nuevo jefe de Estado.
John F. Kennedy es asesinado en Dallas. Le sucede el vicepresidente Lyndon B. Johnson.
Raúl Leoni, nuevo presidente de Venezuela.
Kenia obtiene la independencia.
La firma del primer tratado nuclear entre la Unión Soviética, Inglaterra y Estados Unidos pone fin a la larga situación de guerra fría entre el Este y los países occidentales.
Dimite en Italia el gobierno de Giovanni Leone.
Fidel Castro visita oficialmente la Unión Soviética.
Conflicto entre Argelia y Túnez después del atentado sufrido por Burguiba, quien acusa a los argelinos de ser los autores.
Julián Grimau, dirigente comunista español, es fusilado en Madrid, pese a las protestas internacionales.

Sociedad

Publicación de la encíclica Pacem in Terris, *en la que Juan XXIII hace un llamamiento a la paz.*
Muere el papa Juan XXIII. Le sucede el hasta entonces cardenal-arzobispo de Milán, Giovanni Battista Montini, con el nombre de Pablo VI.
Marcha sobre Washington a favor de la integración racial.
El doble agente Philby recibe asilo político en la Unión Soviética.
Toma la alternativa el torero Manuel Benítez (El Cordobés).
Premio Nobel de la Paz a la Cruz Roja.

Economía

Francia aplaza sine die *las negociaciones de la entrada de Gran Bretaña en el Mercado Común.*

Ciencia y tecnología

Valentina Tereshkova se convierte en la primera mujer cosmonauta a bordo de la nave Vostok VI.



Larry Rivers: Cartelera para el festival de cine de Nueva York.



En Houston es reemplazado por primera vez el corazón de un enfermo por uno de plástico. El paciente sobrevivirá cuatro días.

Sucesos

Misteriosa desaparición del submarino atómico americano Tresher *a la altura de Boston.*
Gran escándalo en Londres por las relaciones entre John Profumo, ministro de la Guerra, y la modelo Christine Keller.
Alfredo Di Stéfano es secuestrado en Caracas por una organización de extrema izquierda.
Durante un espectáculo de patinaje artístico en Indianápolis se produce una gran explosión por la ruptura de una cañería de gas: 62 muertos y 385 heridos.
Atraco al tren correo de Glasgow-Londres.

Deportes

Youri Vlassov, de la Unión Soviética, es considerado el hombre más fuerte del mundo al levantar 557,500 kilogramos en tres movimientos.

Literatura

Giorgos Seferis: premio Nobel.
Romain Gary: Lady L.
Jorge Semprún: El largo viaje.
Louis Aragon: La locura de Elsa.
Alexander Solzhenitsyn: Un día en la vida de van Denisovich.
Julio Cortázar: Rayuela.
Heinrich Böll: Opiniones de un payaso.
Mueren Jean Cocteau y Aldoux Huxley.

Cine

Joseph Losey: El sirviente.
Luchino Visconti: El gatopardo.
Federico Fellini: Ocho y medio.
Alain Resnais: Muriel.
Alfred Hitchcock: Los pájaros.
Jacques Demy: Los paraguas de Cherburgo.
Oscars de Hollywood a Sidney Poitier por Los lirios del valle *y a Patricia Neal por* Hud.

Teatro

Rolf Hochhuth: El vicario.
Eugène Ionesco: El rey se muere.

Música

Bela Bartok: El castillo del duque Barba Azul.
Igor Stravinski: El diluvio universal.
Samuel Barber: Concierto para piano n.° 1.
Muere Edith Piaf.

Pintura y escultura

André Masson: Conversaciones con el águila.
Marvin Goldstein: Paisaje 2.
Richard Smith: Soft Pack.
José María Subirachs: Horizontal.
Se inaugura el Museo Picasso de Barcelona.

Arquitectura

A. y P. Smithson: Edificio de The Economist, *en Londres.*

Lucha por los derechos civiles en USA.



Ronald Bigs, uno de los ladrones del tren correo.

LA DECADA DE JRUSCHOV

JRUSCHOV simbolizó para muchos la apertura y el «deshielo» en la Rusia posestalinista. Le separaba de Stalin su campechanía, su intento de desdramatizar la vida política de la URSS y su acercamiento a otros países de régimen muy distinto, al amparo de lo que se definió como coexistencia pacífica; le unía al padre de todas las Rusias una parecida concepción del partido y del marxismo, y sobre todo una



Jruschov y Nixon: el perfil de dos grandes potencias

Entre la muerte de Stalin, en septiembre de 1953, y la celebración del histórico XX Congreso del PCUS (Partido Comunista de la Unión Soviética), en febrero de 1956, el simpático y exuberante Nikita Jruschov, modelo de funcionario abnegado y casi «apolítico», se va imponiendo poco a poco a los supuestos «rivales» que pueden hacerle sombra y disputarle el poder omnímodo dentro del férreo y gigantesco Estado soviético. Beria, el otrora todopoderoso jefe de la policía política de Stalin, fue eliminado a finales de 1953. Entre 1954 y 1955, Malenkov y Bulganin fueron anulados, de forma que cuando Jruschov, en una sesión privada del XX Congreso del PCUS, comenzó su discurso diciendo: «El culto a Stalin originó perversiones graves en la legalidad socialista», todos supieron quién mandaba en el país.

dependencia inevitable de la todopoderosa burocracia y del aparato militar.

Jruschov intentó aumentar la producción de bienes de consumo, pero algo falló en sus planes, y Rusia tuvo que importar más trigo que nunca. Buscó también un nuevo marco para las relaciones internacionales y se encontró con la oposición del vecino chino. La combinación de estos problemas acabó por provocar su caída.



Unos orígenes oscuros

La biografía de Jruschov —su trayectoria hacia el poder, su perfil humano— se funde en los mismos moldes que, salvo la excepción de Lenin, han servido para forjar oficialmente a todos los líderes soviéticos. Nacimiento modesto, tenaz carrera como funcionario, ardoroso combatiente en la gran guerra patria, lenta escalada a la cúspide del aparato y, finalmente, acceso a las máximas responsabilidades. Así, Nikita Jruschov, nacido el 17 de abril de 1894 en Kalinovka (Kursk), en el seno de una familia numerosa, pertenece a un medio campesino y se ve forzado a trabajos más duros por razones económicas. A los quince años abandona Kalinovka y se traslada a Ucrania para trabajar en las minas del Don. Son los años que preceden a la Primera Guerra Mundial. En la fecha histórica de febrero de 1917, la caída del zarismo, Jruschov se encuentra en Jarkov; meses después, ya a comienzos de 1918, ingresa en el partido bolchevique y defiende la revolución leninista en las filas de la Guardia Roja de Yugovka, frente a los Guardias Blancos en el mar Negro.

Cuando finalizan las convulsiones de la guerra civil, Jruschov vuelve a su trabajo en las minas del Don. Hasta el año 1925 no ocupará un modesto puesto político: la Secretaría del Comité del Partido Comunista de Petrovo-Marinsky. Nikita cuenta ya treinta y un años. La *Gran enciclopedia soviética,* en su edición de 1957, registra el ascenso de Jruschov en los años siguientes, pero deja en la oscuridad su trayectoria más personal y detallada: «Después de haber terminado los cursos de la Universidad Obrera, Jruschov ocupó un puesto de dirección en la organización del partido en la zona minera del Don y más tarde en Kiev. En 1929 es admitido en la Academia Industrial Stalin de Moscú, donde fue elegido secretario del comité de la misma. En enero de 1931, Jruschov es elegido secretario del comité del partido del distrito Bauman, de Moscú, y después del comité del distrito de Krasnaïa Prenia.»

Parece cierto, aunque las biografías oficiales no suministran datos al respecto, que en los años turbios de las grandes purgas estalinistas, Jruschov se alinea fielmente junto al poder establecido. No otra cosa quiere decir su progreso en los peldaños del partido, aunque tampoco se registra ninguna rapidez vertiginosa en la subida, ni tampoco una responsabilidad directa en las atrocidades de aquellos tiempos del «socialismo en un solo país»; Jruschov es, simplemente, un buen funcionario. De cualquier modo, puede afirmarse que el futuro líder supervive e incluso participa en las purgas estalinistas y que en el año 1937 ya forma parte del Soviet Supremo y



Los años de formación con Stalin. Jruschov es el único con corbata



Jruschov habla ante el Soviet Supremo, en Moscú

es miembro de su Comisión de Asuntos Exteriores. En mayo de 1939, de nuevo en Ucrania, Jruschov es miembro del Politburó, al lado del mismo Stalin, de Mikoyan, de Kaganovitch, de Vorochilov y otros; y, entre todos ellos, no vacila en aplaudir, en agosto de 1939, la conclusión del pacto germano-soviético de no agresión, que conduciría al reparto de Polonia y a la Segunda Guerra Mundial.

Durante la contienda, Jruschov asume en Ucrania importantes responsabilidades económicas y políticas; forma parte del Consejo Militar ucraniano y organiza actividades guerrilleras en la retaguardia nazi. Acabada la guerra, se abre otro período oscuro en la vida política de Jruschov, que se acantona en su feudo ucraniano, pero con una disminución de sus funciones en el aparato político; prácticamente hasta el año 1949, en el que no sólo retorna al Politburó, sino que es uno de los miembros más destacados de su Comité Central, junto a Malenkov y Suslov. Cuando tiene lugar el XIX Congreso del PCUS, el último celebrado en vida de Stalin, Jruschov y Malenkov son los delfines indiscutidos de una sucesión que no tardaría en abrirse con rasgos violentos: la muerte de Stalin, en circunstancias nunca aclaradas, a principios de mayo de 1953. De acuerdo con las previsiones tácitas, Malenkov asume las funciones de jefe de Estado, mientras que Jruschov pasa a ser segundo secretario del Partido Comunista; no existía una primera secretaría. Los meses venideros no fueron fáciles. El día 16 de junio pasa a la historia del bloque socialista, al producirse en Berlín oriental una protesta masiva obrera que es reprimida duramente por el ejército soviético de ocupación. Pocos días después, el 26 de junio, se producía el enfrentamiento con Beria y la posterior ejecución de éste.

Uno de los momentos claves en la carrera política de Jruschov tiene lugar meses más tarde, cuando el 13 de septiembre de 1953 asume las funciones del puesto vacante de primer secretario del partido. A partir de entonces comienza una etapa de lucha por el poder entre los dos delfines estalinistas que se salda con el triunfo de Jruschov, el cual impone sus ideas tendentes a una producción agrícola incrementada con el objetivo de primar el consumo sobre los gastos de la industria pesada y militar: se ponen en roturación extensas zonas de tierras vírgenes en Siberia, en los Urales y en Kazasthan para el cultivo de cereales, fundamentalmente trigo y maíz. El 8 de febrero de 1955, un paso más hacia el poder absoluto: Malenkov dimite de sus funciones de jefe de Estado, sustituyéndole el mariscal Bulganin. Es todo un símbolo de los nuevos tiempos: el oponente político no es eliminado físicamente, sino que se recurre a pro-

cedimientos más civilizados, casi parlamentarios, aunque sea difícil la extrapolación a otros sistemas políticos. Durante cuatro años, el poder bicéfalo será política y pacíficamente compartido por Bulganin y por Jruschov, bajo la hegemonía de este último.

Jruschov, estadista

Los dos nuevos dirigentes iniciarán una apertura de la política exterior soviética, que no contaba con ningún precedente en el historial de la Revolución de Octubre. No sólo se trata de la reconciliación oficial con Tito de Yugoslavia, poco tiempo antes condenado duramente por Stalin, sino también de los frecuentes viajes a países muy alejados ideológica y geográficamente de la órbita de influencia soviética. Pero, como es bien sabido, el mayor signo de apertura, que al tiempo subraya el protagonismo creciente de Jruschov, viene dado por la celebración del XX Congreso del PCUS, celebrado en febrero de 1956, y en el que, en su último acto, Jruschov se erige en el gran acusador de los crímenes y errores del período estalinista. Realmente, no se trataba sólo de la abjuración y condena del que hasta entonces había sido el padre de todas las Rusias y de todos los partidos comunistas; es también un momento vital en la vida política de Jruschov por la conquista del poder: la eliminación definitiva de la vieja guardia estalinista, dirigida fundamentalmente por Molotov y por Kaganovitch; lucha en la que Jruschov recibe un apoyo esencial de otro veterano, Mikoyan. Lo cierto es que, a partir del XX Congreso y de su famoso informe secreto, se tambalea uno de los principios que habían constituido la base enajenadora de los nuevos Estados socialistas de Europa oriental: la función del líder, sacralizada en nombre del culto a la personalidad. A partir de Jruschov, los dirigentes soviéticos serán unos gestores de la función pública, despojados de toda aureola heroica.

No obstante tan prometedores comienzos, la ilusión se rompería bruscamente en el mes de octubre de 1956. Coincidiendo con la crisis del canal de Suez, Hungría interpreta que la condena del estalinismo es una nueva aurora socialista; tras una sucesión de días inciertos, los tanques soviéticos irrumpen en las calles de Budapest. Era verdad que algo cambiaba en la política exterior e interna soviética, pero no tanto como para abdicar de su posición hegemónica en el seno del bloque socialista; su posición era algo por encima de toda discusión. Superada la crisis húngara, en junio de 1957, Jruschov separa del Comité Central a Molotov, Malenkov y



El apoyo a la Cuba revolucionaria. El Che Guevara es recibido por Jruschov en Moscú

Según el historiador Michael Voslensky, nacido hace sesenta y dos años en la URSS y actualmente exiliado en París, el país de los soviets, el primero que hizo una revolución socialista, está dominado desde los tiempos de Stalin por una nueva clase o casta dominante, La Nomenklatura. *En la obra que lleva este mismo nombre, Voslensky describe a la nueva clase como una casta de privilegiados y explotadores, mezcla de funcionarios y militares que se eligen entre sí y ejercen un poder total y absoluto. Vendrían a ser unos 750.000 en toda la URSS (lo que hace que junto a sus familias sean unos tres millones de privilegiados, el 1,5 por 100 de la población total de la Unión Soviética), y su ideología «no es ni marxista ni leninista, sino una recreación de la nobleza, clase dominante de la antigua sociedad feudal rusa».*



La plaza Roja y el Kremlin de Moscú.

La plaza Roja de Moscú, protagonista de tantos acontecimientos de la historia de la Unión Soviética, es una de las más amplias y más bellas del mundo. Ascendiendo hacia ella desde el río Moscova se ven, a la izquierda, las torres y las murallas del Kremlin, al pie de las cuales está el mausoleo de Lenin (el cadáver embalsamado de Stalin también estuvo allí expuesto al público, pero fue removido tras el XX Congreso del PCUS, que decidió la desestalinización y confirmó a Jruschov en el poder). De frente, el espléndido Museo de Historia; a la derecha, el edificio de los grandes almacenes del Estado; y al lado del observador, las bellísimas cúpulas de la catedral de San Basilio, mandada construir en el siglo XVI por Iván el Terrible para conmemorar su victoria sobre los kanes mongoles. Una vez terminada su construcción, el zar mandó sacar los ojos a sus dos arquitectos para que no pudieran volver a repetir los planos de una obra tan fantástica.

Kaganovitch, a los que se destina a labores en la administración de empresas o a lejanas embajadas.

Comienza la etapa más brillante de Jruschov. El cuarenta aniversario de la Revolución de Octubre, festejada en 1957, se conmemora con un hecho que sorprende a la humanidad: el lanzamiento del primer *Sputnik*. La Unión Soviética se sitúa a la cabeza de la carrera espacial. En marzo de 1958, el Soviet Supremo nombra a Jruschov jefe del Estado, al tiempo que conserva el puesto de primer secretario del partido. El XXI Congreso aprobará el Plan Septenal presentado por Jruschov, su proyecto económico más ambicioso. Con las manos libres y todo el poder en ellas, Jruschov se lanza a lo más característico de su mandato: la renovación en profundidad de la política exterior de su país.

La coexistencia pacífica

El día 15 de septiembre de 1959, Jruschov llega a Washington. Es el primer jefe de Estado soviético que visita Estados Unidos. Fue un viaje no exento de provocaciones, pero a cuyo final Jruschov se había granjeado las simpatías de una buena parte de la opinión pública mundial. En una de las muchas conferencias de prensa que concedería, fue tajante: «O nuestro encuentro con el presidente Eisenhower conduce a la liquidación de la guerra fría o, de lo contrario, continuará la carrera de armamentos.» Jruschov regresaría a la URSS fortalecido por lo que se bautizó con el nombre de «espíritu de Camp David», fruto de sus conversaciones con Eisenhower en este lugar y base sobre la que se asentarían las relaciones americano-soviéticas; el diseño de una política que definiría toda una acción de deshielo: la coexistencia pacífica. La meta era una competición no belicosa entre dos sistemas políticos y económicos antagónicos que mostrarían al resto del mundo las virtualidades y defectos de cada uno, partiendo ciertamente de la superioridad del campo socialista, desde la óptica soviética. Días después de su regreso de Washington, en octubre de 1959, tenía lugar otro encuentro histórico: el de Jruschov con el general De Gaulle.

El camino de la coexistencia pacífica, sin embargo, estaba erizado de obstáculos. Dos de ellos fueron extremadamente dramáticos. El primero tuvo lugar en mayo de 1960, cuando es abatido sobre territorio soviético un avión espía norteamericano, el *U-2* pilotado por Powers; incidente que, de rechazo, reavivaría en juego recíproco uno de los focos de tensión adormecidos: el problema de Berlín, congelado desde hacía tiempo pero nunca resuelto. El segundo





La revolución rusa de 1917 fue en su momento una superación del zarismo y una esperanza, pero, poco a poco, el comunismo soviético se ha ido anquilosando y desmoronando ideológicamente. La desestalinización y la llegada de Jruschov al poder supusieron una recuperación de la esperanza: una liberalización a nivel interno y una nueva política exterior, dialogante y abierta, que sentó las bases de la coexistencia pacífica entre las dos superpotencias. Por suerte, esto último se ha mantenido a pesar del asesinato de Kennedy y de la zancadilla de Breznev a Jruschov en octubre de 1964. A nivel interno, sin embargo, Breznev fue la vuelta al estalinismo; la losa que sepultó la esperanza de un cambio, si bien a los disidentes ahora se los envía al exilio o a los sanatorios psiquiátricos, en vez de al paredón de fusilamiento.

incidente, de alcances insospechados, ocurrió en el otoño de 1962: la crisis provocada por los misiles soviéticos instalados en la isla de Cuba. En la semana del 22 al 28 de octubre de aquel año, la humanidad estuvo más cerca que nunca en toda su historia de la guerra nuclear. La crisis se resolvió con una serie de concesiones recíprocas: los soviéticos retiraron sus proyectiles del Caribe, y los norteamericanos hicieron otro tanto con sus bases militares en Turquía. Dos hombres, Jruschov y Kennedy, habían dado muestras sobradas de su talla excepcional como estadistas. El año 1963, sellado finalmente por el magnicidio de Dallas, se presentaba con una luz esperanzadora: la distensión entre los dos superpoderes.

El mismo Nikita Jruschov, el hombre de los ademanes groseros, de los chistes ejemplarizadores, de los refranes de viejo campesino, fue también el definidor más exacto de su concepción de la coexistencia pacífica, muy distinta de la enunciada por Lenin y radicalmente opuesta a la propugnada por los líderes chinos. Afirmaba Jruschov: «Presuponemos que los países con sistemas sociales diferentes no sólo pueden coexistir, sino que debe irse hacia una mejora de sus relaciones, hacia el fortalecimiento de la confianza mutua, hacia la cooperación. La importancia histórica de los cinco principios ya conocidos, formulados por la República Popular China y por la República India, y apoyados por la Conferencia de Bandung, así como por una amplia opinión pública internacional, reside precisamente en que ellos configuran la nueva forma de relacionarse los Estados con regímenes sociales diferentes. ¿Por qué no adoptarlos como base de las relaciones pacíficas entre todos los Estados de cualquier parte del mundo? Tal adhesión respondería a los intereses vitales y a las exigencias de los pueblos.»

Las dificultades de Jruschov

Los dos grandes logros de Nikita Jruschov, la desestalinización y la práctica de la coexistencia pacífica, se vieron enturbiados en buena parte, una porción decisiva en su mantenimiento en el poder, por otros dos procesos de importancia mayor. El primero hace referencia a las relaciones con la China popular del presidente Mao, a lo que de inmediato se bautizaría con el nombre de debate chino-soviético. Conflicto que no debe simplificarse, pues tiene múltiples aspectos: desde las interpretaciones doctrinales, casi escolásticas, acerca de la práctica del marxismo-leninismo, hasta el mismo contencioso territorial fronterizo, pendiente entre los dos Estados desde la ya lejana época zarista, pasando por las divergencias en torno al concepto y a la práctica

La política internacional soviética de la era Jruschov se volcó en mejorar las relaciones con Occidente, especialmente con Estados Unidos. Jruschov era sencillo y campechano, inteligente y lleno de socarronería campesina, todo un personaje de reacciones imprevistas ante la prensa, como se demostró durante sus viajes a Norteamérica en tiempos de Eisenhower y Kennedy. Podía ponerse a discutir con los periodistas de que los gansos soviéticos eran más grandes que los estadounidenses, durante la visita a una granja, o sacarse un zapato y golpear, lleno de indignación, la tribuna de oradores de la ONU, mientras protestaba por los actos de espionaje de Estados Unidos contra la Unión Soviética.

de la coexistencia pacífica. Sea cual sea la perspectiva que se adopte, el conflicto larvado desde la muerte de Stalin y avivado por el XX Congreso del PCUS se materializa a lo largo del año 1960.

El «revisionismo» de Jruschov fue denunciado por Pekín en todos los foros políticos y en términos de extrema dureza. El órgano oficial del partido comunista chino, el *Diario del Pueblo,* escribiría: «El XX Congreso del PCUS fue el primer paso de la dirección de este partido en el camino del revisionismo. Siempre hemos sostenido que algunos de los fines formulados por el XX Congreso a propósito de las luchas internacionales y del movimiento comunista internacional son erróneos y contrarios al marxismo-leninismo. La repudiación total de Stalin, bajo el pretexto de la lucha contra el culto a la personalidad, y el paso pacífico al socialismo por la llamada "vía parlamentaria" constituyen en particular dos errores de principio de una extrema gravedad.» El resumen fue que desde 1960 se multiplicaron los incidentes militares en la frontera chino-soviética y las relaciones bilaterales entre ambos países quedaron prácticamente congeladas; particular relieve cobraría la retirada de los asesores y técnicos soviéticos que residían en China popular, en función de los acuerdos de 1949, y que suponían una importante ayuda para los planes de industrialización y desarrollo de los dirigentes de Pekín.

El otro factor que conduciría inexorablemente a la defenestración de Jruschov sería el fracaso de su política agrícola, en particular, y de sus planes económicos, en general. El año 1963 registró cosechas de cereales muy reducidas, y la URSS se vio obligada a ampliar considerablemente sus compras de trigo y maíz en Canadá y Estados Unidos; pese a lo cual, Jruschov insistió en la roturación de tierras vírgenes y en la instalación de nuevas plantas para la fabricación de fertilizantes. Por otra parte, Jruschov continuó primando la producción de artículos de consumo, en detrimento de la industria pesada. El re-



Jruschov y Nixon: el diálogo necesario de la «coexistencia pacífica».



Ciudadanos soviéticos visitan la tumba de Jruschov, en Moscú

Es curioso que Jruschov, el menos envarado y hermético de los primeros mandatarios soviéticos, sea el único que no fue enterrado cerca de las murallas del Kremlin. Nunca fue un burócrata elegante y elitista, sino un hijo de campesinos que desde su puesto de líder sindical minero supo escalar el aparato de poder de la Unión Soviética. Su cara sonrosada y sus ademanes francos fueron la imagen de un comunismo con rostro humano que «no pudo ser», y la esfinge hierática de Breznev pronto volvió a colocar en su lugar el poder omnínodo de La Nomenklatura.

sultado, como escribe Isaac Deutscher, fue que «las ciudades experimentaron una escasez de alimentos como no habían conocido desde los terribles años de la Segunda Guerra Mundial; la elevación del nivel de vida popular se detuvo, a pesar de que la producción industrial de bienes de consumo continuaba en expansión».

La caída

El fin formal del estalinismo, que no de sus concepciones de fondo, desencadenó un mecanismo de consecuencias insospechadas. Junto a la aparición, absolutamente nueva en sus modos de expresión, del fenómeno de la disidencia, también debe señalarse la consolidación de un grupo dominante: la burocracia del partido en unión sagrada con el aparato militar. El sistema burocrático soviético, absolutamente rígido, no podía asumir los costos del contencioso chino-soviético —más exactamente, la fractura del bloque socialista—, a lo que había que sumar el fracaso de una gestión económica que en absoluto era imputable al mismo Jruschov, sino a todo el aparato soviético. Pero todo sistema grupal, para sobrevivir, necesita una víctima propiciatoria cuya expiación haga posible precisamente la perpetuación del sistema. El 14 de octubre de 1964, mientras Jruschov se encuentra de vacaciones a orillas del mar Negro, el Comité Central del PCUS, reunido en Moscú, decide su «dimisión». Cuatro puntos figuran en el acta de acusación: la personalización de su dirección del partido, la desorganización del sector económico, el entreguismo de su política exterior y las fracturas causadas por su gestión en el bloque comunista. A partir del 15 de octubre de 1964, Jruschov será un tranquilo jubilado. Por lo menos se habían impuesto sus modos y habían quedado superados los tiempos de las purgas y del crimen del opositor.

El dato más importante, posiblemente, de la caída de Jruschov será el intento de imposición de una dirección colegiada en la cúspide del poder soviético. Leónidas Ilych Breznev, hombre de sólida carrera en el seno del PCUS, será nombrado primer secretario del mismo. Alexis Nicolievich Kosygin, responsable veterano en puestos de economía y de planificación, sucederá a Jruschov como jefe del Estado. Nikolai Viktorovich Podgorny será designado, en 1965, presidente del Presidium del Soviet. La experiencia desaparecerá en los años siguientes con la consolidación de Breznev sobre el resto de la *troika*.

R. M.

Bibliografía básica

DEUTSHER, I.: *La década de Jruschov*, Alianza Editorial, Madrid, 1971.

DEUTSHER, I.: *The Unfinished Revolution. Russia, 1917-1967*, Oxford University Press. Londres, 1967.

ESTIER, C.: *Jruschev*, Fontanella. Barcelona, 1967.


NEC
ELECTRONICS
FUJIYA
FUJIYA GRILL & TEA·ROOM



1964

El «MILAGRO» JAPONES

CON una extensión reducida para una población de más de 100 millones de habitantes, Japón es hoy una de las grandes potencias industriales de la Tierra. ¿Qué sucedió para que un país derrotado y ocupado tras la Segunda Guerra Mundial, que carecía además de materias primas, sea hoy un peligroso competidor incluso para Estados Unidos? La explicación es compleja y debe de tener presente la evolución de la política internacional en el este asiático tras la revolución china, la peculiar idiosincrasia del pueblo japonés y de su estructura empresarial y laboral, la ayuda americana...

De este tema nos habla el artículo de Fernando López Agudín, periodista, comentarista político y corresponsal de prensa del Consejo de Europa en España.

Un país a la deriva

Tras las bombas atómicas de Hiroshima y Nagasaki y los raids de los aviones norteamericanos sobre las mayores ciudades japonesas, el país quedó arrasado. No recuperó su soberanía nacional hasta abril de 1952, después de siete años de ocupación militar estadounidense, y su asombroso desarrollo económico posterior era impensable en los no muy lejanos tiempos del feudalismo, que dominaba su estructura social. El capitalismo feudal ha demostrado ser un sistema imparable, al que ni siquiera puede frenar la crisis energética. El japonés medio, con su trabajo, austeridad y sacrificio, es el que ha hecho el milagro de convertir al país en una potencia industrial de primer orden.

En el verano de 1945, nada más finalizar la Segunda Guerra Mundial, en la que Japón fuera derrotado, el pueblo nipón era una población exhausta tanto en el aspecto físico como psicológico; desde el comienzo de la guerra contra China, preludio de la conflagración universal, habían muerto más de tres millones de habitantes y el país había sufrido las experiencias más espantosas: grandes incursiones aéreas sobre sus principales capitales y la explosión de dos bombas atómicas en Hiroshima y Nagasaki. Más del 30 por 100 de los japoneses quedaron sin hogar y, durante cerca de un año, Japón había estado sin comunicaciones marítimas y los transportes terrestres casi habían desaparecido. Económica, política, social y psicológicamente, Japón era un país a la deriva tras la borrachera de propaganda bélica y de valores hipernacionalistas a la que se había entregado desde mucho antes del comienzo de la Segunda Guerra Mundial, en la que había formado parte de las potencias del Eje junto con la Alemania nazi y la Italia fascista.

Menos de veinte años más tarde, ya en la década de los sesenta, Japón ocupaba el cuarto o quinto lugar entre las potencias industriales del mundo. En 1950 superaba al Reino Unido en la construcción de barcos, y en 1961 en la producción de acero; y en la década que nos ocupa sólo los Estados Unidos de América iban por delante de Japón en lo que se refiere a la industria de aparatos de radio y televisión. En el mismo período alcanzaba y pasaba por delante de Alemania occidental en la fabricación de automóviles y se hallaba en quinto lugar de las naciones en la concesión de ayudas exteriores a los países subdesarrollados.

Algunos años después, el 0,3 por 100 de las tierras del universo y el 3 por 100 de la población mundial, concentrado en el archipiélago nipón, generaban el 10 por 100 del valor añadido mundial, y su comercio exterior suponía el 7 por 100 del internacional; en una palabra, desde 1960 hasta el final de la década de los setenta, Japón ha sido la economía que mayor crecimiento ha mantenido desde 1960 hasta la actualidad. Y mientras el conjunto del mundo occidental iniciaba la carrera hacia el desempleo, Japón sólo alcanzaba el 2,2 por 100 en su índice de parados. Así, podríamos dar una serie de datos realmente sorprendentes que anuncian un salto prodigioso desde la triste realidad al término de la guerra mundial al final del *boom* económico internacional.

Tokio, bombardeado por los aviones norteamericanos.





Modernos electrodomésticos en viviendas tradicionales

Después de la transformación acelerada que sufrió la sociedad japonesa, tras su derrota en la Segunda Guerra Mundial, la población pasó a ser, en su mayoría, urbana e industrial. A finales de la década de los sesenta, el 43,5 por 100 de los japoneses vivía en «las tres grandes ciudades industriales», Tokio, Osaka y Nagoya. Los casi 120 millones de japoneses se han acostumbrado a medirlo todo. Luego, el Centro Japonés de Productividad procesa las informaciones y compara los datos con los de otros países, difundiendo orgullosamente que son los primeros en casi todo.

Más que los datos fríos de la estadística productiva y las cifras de los índices de producción, conviene destacar la venta de los productos nipones: las sociedades europeas se han visto invadidas, desde los años sesenta, por una abigarrada y variada profusión de artículos *made in Japan* de excelente factura y calidad, y con unos precios realmente baratos en comparación con parecidos o semejantes productos europeos. De esta forma, el «milagro» japonés forma parte de la historia de los últimos veinte años con tanto o más derecho que muchos otros fenómenos culturales, políticos o ideológicos.

La reforma MacArthur

La clave de este milagroso relanzamiento se debe en gran medida al general norteamericano Douglas MacArthur, jefe de las tropas de ocupación del ejército americano en el archipiélago nipón desde el final de la guerra mundial. MacArthur, eficazmente ayudado por el primer ministro japonés Yoshida, puso en pie una serie de reformas político-económicas que iban a sentar las bases del despegue de este país.

La ocupación norteamericana, partiendo de la drástica premisa de aislar el país ocupado del resto del continente asiático, inició un programa de occidentalización forzada de todas las estructuras de la vida nipona. Desde la desmitificación de la figura sagrada hasta entonces del emperador Hirohito, al que el general MacArthur recibió en su despacho en mangas de camisa y botas plantadas en la mesa de trabajo, a la elaboración de un proyecto constitucional de inspiración norteamericana que civilizaba la figura del emperador y localizaba la soberanía en el pueblo.

Pero la aportación más importante, desde un punto de vista económico, fue la reforma agraria y la aplicación de una ley contra los grandes grupos *zaibatsu*, especie de grandes monopolios de características feudales. Ambas medidas sentaron las bases del posterior relanzamiento de la economía japonesa, al permitirle insertarse en el mercado mundial sin las ataduras casi feudales que predominaban en sus relaciones internas y externas; en este sentido, el dúo MacArthur-Yoshida liberaba las fuerzas productivas del corsé feudal en el que se encontraban desde hacía bastante tiempo.

Los años de ocupación, que se denominan «el intermedio americano de Japón», y los años posteriores de adaptación al sistema occidental constituyeron un decisivo catalizador que impulsó hacia adelante las tímidas reformas institucionales del siglo pasado; las reformas de 1945 no son sino la continuación de las reformas iniciadas en 1870 y 1880 y de las abordadas en la década de los veinte del presente siglo. Sin ellas la labor del citado tándem no hubiera podido cuajar como lo hicieron los proyectos del invasor norteamericano.

La reconversión de los *zaibatsu*, monopolios financieros industriales, estaba ya planteada en la sociedad nipona desde finales del siglo pasado; 1945 sólo facilita, al crear las condiciones para la liquidación de las estructuras feudales que habían dado su soporte al grupo belicista del general Tojo, que los *zaibatsu* anteriores al final de la guerra, propiedad de una sola familia, sean sustituidos por *zaibatsu* organizados en torno a sociedades bancarias.

La revolución china y la guerra de Corea

La razón de esta política de reformas de los ocupantes americanos, que hoy pagan en sus cabezas y, sobre todo, con sus bolsillos, hay que encontrarla en el inmenso vecino chino de Japón; en China, el final de la guerra mundial coincide con los primeros pasos de una radical revolución socialista que pone en cuestión todo el sistema económico basado en la economía de libre mercado y, por encima de todo, trastroca el cuadro geoestratégico del continente asiático en beneficio de la Unión Soviética.



Asesinato de Inejiro Asanura

Es ahí donde hay que buscar la explicación de que la toma de Japón no fuese acompañada de una partición del país en dos o más mitades, como había ocurrido con Alemania, dividida en diversas zonas controladas por las potencias aliadas. El no proceder a esta división y subdivisión del suelo nipón, a pesar de que el verdadero enemigo de Estados Unidos, en términos de batallas y pérdidas humanas, habían sido las tropas niponas, permitió la posterior recuperación de la economía japonesa, que mantuvo así la unidad de su mercado interno.

Por ello, el ejército de ocupación, desde el primer momento, buscó activamente la forma de poner de nuevo en marcha la industria japonesa a pleno rendimiento; las purgas norteamericanas entre los hombres de negocios por su colaboración con los crímenes de guerra del general Tojo, que fuera ahorcado junto con siete de sus ministros, resultaron mínimas, y aun cuando algunos fueron inhabilitados personalmente, seguían siendo los que movían los hilos desde los bastidores. Con excepción de un reducido número de empresas comerciales que habían utilizado mano de obra coreana y china en forma de esclavitud, y de escasas fábricas de armamento pesado, la ocupación dejó intacta la estructura económica y se limitó a las reformas mencionadas anteriormente, que tan decisivo papel jugaron en el relanzamiento de la economía nipona.

Va a ser el estallido de la guerra de Corea, que confirma los temores norteamericanos sobre la influencia de la revolución china en el continente asiático, el principal impulsor de la economía japonesa; a partir de ese momento, los intereses estratégicos de Estados Unidos pasan por levantar todo tipo de restricciones al país ocupado y hacer de él un potente aliado en la lucha contra el comunismo. Así, la guerra fría, que en Asia se ha convertido en caliente, es el factor número uno que contribuye a sacar a Japón de su condición de país derrotado y ocupado. De esta manera, cuando la ocupación finalizaba formalmente en 1952, quedando tan sólo una red de bases norteamericanas en territorio nipón, como la célebre de Okinawa, hacía tiempo que los objetivos de los ocupantes habían cambiado al convertirse en decididos partidarios de la rehabilitación y reconstrucción de Japón.

La recuperación militar

Quizás el dato que mejor simboliza este viraje total de los Estados Unidos de América, apenas desencadenarse el conflicto coreano, es la autorización de una «Reserva Nacional de Policía» —*Keisatsu Yobitai*—, en clara violación del artículo noveno de la Constitución impuesta por el mismo general MacArthur: la prohibición de que Japón se dotara de fuerzas de aire, mar y tierra, así como de todo tipo de armamento. Esta decisión del mismo general MacArthur, en junio de 1950, fue acompañada de otra medida militar que consistía en el envío a la península

coreana de varios miles de ex soldados nipones conocedores del terreno por haber combatido contra los nacionalistas coreanos de Kim Il Sung durante la Segunda Guerra Mundial.

El levantamiento *de facto* del artículo noveno de la Constitución era el estímulo que faltaba para el relanzamiento de la industria nipona; a los pedidos de la Reserva de Policía, que un año después ya se denominaba Fuerza de Seguridad, habría que añadir muy pronto, en 1954, los de la *Hoantaio Jieitai* (Fuerza de Autodefensa), como denominan incluso hoy a la Fuerza Aérea. El número de las fuerzas armadas se elevó desde los 75.000 iniciales a 152.000 al término del mandato de Yoshida en 1954. El posterior gobierno de Hatoyama fue aún más rápido, al alcanzar en 1956 la cifra de 214.000 hombres uniformados, y ya bajo el gobierno Kishi, el ex jefe del Estado Mayor de las tropas niponas que combatieron contra los norteamericanos, y que jugara un papel decisivo en el bombardeo de la flota americana en Pearl Harbor junto al almirante Yamamoto, el general Genda Minoru, dirigía el conjunto de estas fuerzas armadas.

Traducido a un plano económico, la guerra de Corea tuvo una gran importancia en la modelación del desarrollo industrial de la posguerra. Así, la estructura productiva fue relanzada en base a la demanda de materiales bélicos, y un 72 por 100 de las plantas industriales no confiscadas fueron recuperadas para su función tradicional; las compras militares hechas por Estados Unidos entre 1951 y 1960, por ejemplo, bastaban para subvencionar alrededor del 14 por 100 de las importaciones japonesas, lo que suponía un gran beneficio para un país que venía sufriendo un problema crónico en su balanza de pagos.

La posterior guerra de Vietnam aceleró este motor bélico de la recuperación económica nipona. Un conocido experto en economía norteamericano, el profesor Bix, señala en uno de sus trabajos sobre la economía japonesa que «los gastos bélicos norteamericanos han constituido un factor importante en la resurrección del capitalismo japonés». Y no sólo en términos de acumulación de capital para otras inversiones, sino en el terreno tecnológico, al facilitar el desarrollo de armamentos un paralelo crecimiento tecnológico en otros campos.

La política laboral

Pero todo ello hubiera sido inútil si no hubiese ido acompañado de una política laboral *sui generis* que iba a facilitar extraordinariamente lo que en los medios y círculos occidentales se denomina como el «milagro japonés». Una explicación de fondo exige la mención explícita del comportamiento global de los trabajadores nipones, sobre los que descansa, en gran medida, el éxito de la política económica nipona. Y esta conducta, según los especialistas, venía motivada por un factor desconocido en las latitudes europeas: el trabajador se hallaba totalmente integrado en su empresa a través de un complejo mecanismo que hacía del personal de cada empresa una especie de socio interesado en la marcha y en la evolución de la unidad productiva en la que trabajaba.

La patronal francesa (CNPF) señalaba en un reciente documento que «más allá de los mecanismos macroeconómicos, más allá del dinamismo ilustrado de los *management*, la explicación esencial de la realización de las empresas japo-



El emperador Hirohito y la emperatriz Nagako

La violencia política ha sido una constante en la vida japonesa, y minorías de signo ideológico contrapuesto han cuestionado por la vía terrorista los logros de su moderno e impecable país. Uno de los acontecimientos más sonados fue el asesinato en 1960 del líder socialista Inejiro Asanura. La integración social tiene tres pilares básicos: el empleo de por vida, con salario en función de la antigüedad; la fortaleza del sindicalismo exclusivamente de empresa y la consulta organizada a todo el personal de las decisiones patronales. Una combinación de feudalismo y democracia, paternalismo y capitalismo competitivo, donde lo único que importa es la productividad, por encima de los problemas personales y sociales.

nesas se encuentra en su política de participación del personal, generalizada desde hace veinte años y sin equivalente hoy en el mundo». En efecto, ¿en qué parte del mundo occidental los trabajadores entran a trabajar como lo hacen los obreros de la importante factoría de Matsushita, que entonan el himno de la empresa antes de ponerse a producir: «Para construir un nuevo Japón — trabaja duro, trabaja duro — aumentaremos nuestra producción — la enviaremos a todas las naciones — sin tregua ni descanso — como un *heyser* — sinceridad y armonía — eso es Matsushita Electric.»

La economía japonesa tiene varios «trucos», siendo el más importante el de su organización, que sigue el sistema de la doble estructura. Todo gira en torno de unos 20 grandes trusts (zaibatsu) que satelizan el resto de medianas y pequeñas empresas. Los trabajadores de éstas (un 65 por 100 del total) ganan mucho menos que el 35 por 100 privilegiado de las primeras, y en caso de crisis ya «está previsto» que cierren y desaparezcan, puesto que se dedican a los sectores más dependientes de las fluctuaciones del libre mercado.

Pero no era una mera cuestión de himnos empresariales. La política de integración tenía tres soportes esenciales: el empleo de por vida con un salario en función de la antigüedad, la organización participativa de las decisiones y el sindicato de la empresa. El empleo de por vida y el salario en función de la antigüedad significaba que las empresas contrataban a sus empleados en el momento en que los jóvenes terminaban su formación académica o profesional, y que desde entonces hasta su retiro tenían un empleo fijo en la misma y que la retribución aumentaba en función de los años de servicio. Es decir, una situación muy parecida a la del funcionariado de los países europeos.

La organización participativa giraba en torno a las consultas de los empleados en base a lo que se denominaba «círculos de control de calidad», y la intervención sindical residía en la hegemonía de los sindicatos de empresa por encima de los de rama o los globales, y no digamos de los vinculados a partidos políticos de izquierda: todas sus actuaciones tenían como punto de referencia a la empresa y nunca actuaban contra los intereses generales de la misma o de los empresarios. Es decir, eran organizaciones sindicales estrechamente ligadas a los grandes *trusts*, más conocidos como *zaibatsus*, que cuestionaban los intentos de los partidos de izquierda o de las centrales sindicales de clase —como la Sohyo, ligada al partido socialista— por penetrar en el mundo laboral nipón de un modo cualificado.

Puntos débiles

Sin embargo, el «milagro» no fue fácil ni lo es el mantener este tipo de clima psicológico. Japón reunía múltiples puntos débiles en su entramado económico, y no digamos en el social,



El paso de una sociedad tradicional a otra de consumo.


Japón, país líder del sector de la construcción naval

1964

El «milagro» japonés

que apuntaban a graves dificultades en su seno a no tardar mucho. El principal de ellos era su escasa disponibilidad de recursos naturales, que contrastaba con la riqueza de sus recursos humanos; así, sólo un 12 por 100 de la tierra es apto para la agricultura, siendo el arroz el principal cultivo, seguido de la patata y de una variedad de cultivos de producción notoriamente insuficientes para satisfacer las necesidades alimentarias de la población. Por si fuera poco, además, el 67 por 100 de la superficie está cubierto de bosques, en su gran mayoría no comercializables, y el subsuelo ofrece gran diversidad de minerales, pero ninguno en cantidad apreciable.

De este modo, a comienzos de los sesenta, Japón se veía ya obligado a importar toda su lana, algodón, goma natural, bauxita, estaños, azúcar y más de la mitad de la semilla de soja, del trigo y de la sal que consumía. Pocos años más tarde se estimaba, en círculos oficiales nipones, que Japón sólo contaba con provisiones para veinte días de casi todas las materias primas industriales. Se contaba con petróleo para cuarenta y cinco días —frente al promedio de sesenta días que mantienen la mayoría de los países desarrollados que dependen del exterior para su aprovisionamiento petrolífero—, y ya al comienzo de la década de los setenta un destacado informe confidencial indicaba que, si las tasas de crecimiento se mantenían al ritmo precedente, Japón consumiría en el plazo de una década un 30 por 100 del total de las exportaciones mundiales de materias primas, frente al 12 por 100 cifrado en aquel momento.

Más aún. Incluso dentro de la política de personal, a la que hacíamos referencia más arriba, existía un problema que podía convertirse en explosivo. Y es que los tres soportes de la participación de los trabajadores en el original sistema nipón únicamente afectaban a una tercera parte de la población activa; así, los obreros con empleo fijo para toda la vida no iban más allá de un 35 por 100. Diferenciación que venía marcada por el hecho de pertenecer a una de las empresas pertenecientes a los 20 grandes *zaibatsus* o a las pequeñas y satelizadas pequeñas o medias empresas que oscilan a su alrededor. Esta doble estructura social reflejaba una doble estructura productiva, y los grandes *zaibatsus* conservaban en el fondo una concepción feudal de las relaciones laborales.

La renovación de los ocupantes norteamericanos no había penetrado más lejos del mundo político y la reconversión de los *zaibatsus* no significaba su eliminación. Así, una vez readaptados a la vida económica de un sistema de libre empresa y economía de mercado, los *zaibatsus* pudieron mantener la relación feudal en el seno de las empresas; al fin y al cabo, como destacan los sociólogos norteamericanos Ruth Benedict y Talcott Parsons, «la esencia del problema para Estados Unidos residía en cómo desmovilizar los elementos antagónicos que presentaba en su seno el capitalismo japonés sin socavar el sistema en su totalidad».



HIROHITO (Tokio, 1901)

Emperador de Japón. Su trayectoria sintetiza, de alguna manera, los grandes cambios experimentados en los últimos tiempos por una sociedad tan estratificada como la japonesa.

Descendiente de una de las familias reinantes más antiguas del mundo, fue el primer príncipe heredero que salió de Japón y visitó Europa en 1921. A su regreso, debido a que su padre, el emperador Yoshi-Hito, estaba impedido por una enfermedad mental, fue nombrado regente. En 1923 sufrió un atentado. En 1926, a la muerte de su padre, ascendió al trono, adoptando para su reinado el lema de «Showa-tenno», algo así como «paz refulgente», del qúe el curso de la historia haría una ironía siniestra.

A lo largo de su reinado, y como continuación de un proceso iniciado con anterioridad, el poder de la oligarquía se fue desplazando progresivamente hacia los sectores militares, que ya en 1919 habían hecho de Japón la tercera potencia naval del mundo.

Durante la primera etapa de su reinado, Hirohito, monarca de derecho divino, sagrado e inviolable, apoyó los propósitos expansionistas de los militares, respaldando la conquista de Manchuria en 1932 y la intervención militar en China de ese mismo año. La progresiva exaltación nacionalista, la abolición de las libertades y de los partidos políticos (se llegó a la instauración de un partido único), fueron acercando a Japón a las potencias nazi-fascistas europeas.

La colaboración abierta con la Alemania de Hitler

data de 1936, y se plasmó en el Pacto Tripartito de 1940, que consagró el eje Roma-Berlín-Tokio. Como jefe supremo de la armada imperial, Hirohito emprendió en 1941 la guerra contra Estados Unidos. Tras el ataque japonés contra Pearl Harbor, los nipones controlaron el Pacífico y el Sudeste asiático, para ver, el 6 y 9 de agosto de 1945, sus ciudades de Hiroshima y Nagasaki arrasadas por las primeras bombas atómicas.

El emperador de la «paz refulgente», desoyendo a los partidarios de la resistencia a ultranza, anunció por radio la rendición de Japón el 15 de agosto de 1945. A partir de entonces cambiaron las cosas. Sostenido por las fuerzas norteamericanas de ocupación, al mando de MacArthur, y por la clase dirigente japonesa, se libró de cualquier proceso por crímenes de guerra, pero la derrota marcó el fin de la época imperial a la vieja usanza.

Hirohito renunció a las prerrogativas divinas que le adjudicaba la religión oficial sintoísta, el 1 de enero de 1946, para convertirse, ese mismo año, en cabeza de una monarquía constitucional que reconocía en el pueblo el origen del poder, al modo europeo, pasando a ser «símbolo del Estado y de la unidad del pueblo, procediendo su situación de la voluntad del pueblo soberano» (artículo 1.° de la Constitución de 1946).

A partir de entonces, Hirohito hizo numerosas apariciones en público, antes vedadas, y sus fotografías y las de su familia se popularizaron.

Ceñido a sus funciones de rey constitucional, no disimuló sus inclinaciones por un reforzamiento del aparato militar, planteamiento frecuentemente compartido por los grandes grupos patronales que controlan la pujante economía japonesa.

Desde su juventud, Hirohito ha sido un gran aficionado y fecundo cultivador de la biología marina, especialidad sobre la que ha publicado varios trabajos.

Volvió a salir de Japón por segunda vez, en un gesto insólito en las tradiciones niponas, en 1971 para hacer una visita estrictamente privada a París.

Huida hacia el comercio exterior

De esta manera, y en la medida en que las dificultades aumentaban y la carencia de fuerzas de energía propias obligaba a importar el 88 por 100 de la que necesita, se aceleraba la huida hacia el comercio exterior como medio de compensar la situación. Por un lado, Japón sólo importaba lo indispensable —alimentos, materias primas y combustible— y exportaba artículos manufacturados, maquinaria y equipos de transportes, suponiendo estos capítulos el 90 por 100 de todas sus exportaciones, dirigidas a zonas geográficas muy concretas: los Estados Unidos de América y la Comunidad Económica Europea.

Efectivamente, el creciente déficit que Japón acumulaba con respecto a los países exportadores de petróleo alcanzaba, veinte años después del inicio de la década de los sesenta, unos 40.000 millones de dólares; déficit que fue parcialmente enjugado por un mayor dinamismo exportador hacia los países desarrollados —que representan un buen mercado para las exportaciones niponas— y a la vez por una reducción de los mismos. El superávit que se ha venido generando de esta forma a favor de Japón con respecto a Estados Unidos —unos 7.300 millones de dólares en 1980— y hacia la Comunidad Económica Europea —unos 14.000 millones de dólares en 1981— es la primera fuente de conflictos que genera la estrategia comercial japonesa.

Peor aún. Más que el volumen del superávit, lo que mayores problemas acarrea hoy a Japón, en sus relaciones con los países desarrollados occidentales, es la concentración de sus exportaciones en sectores industriales occidentales en crisis: sólo los automóviles y demás material de transporte suponen un 39 por 100 del total de ventas a los americanos y un 20 por 100 de las dirigidas a los europeos. Lo que provoca que estos países reclamen acuerdos, parcialmente ya logrados, para que los japoneses autolimiten sus ventas y abran las puertas de su mercado a los productos occidentales. Los pactos entre las distintas firmas occidentales, europeas o americanas, para impedir que los japoneses penetren en los mercados de Occidente están a la orden del día y son una potencial fuente de conflictos internacionales.

La competitividad es tal que algunos publicistas occidentales han llegado a señalar que si, para Europa y Occidente, Japón, con su ímpetu comercial, ofrece serios retos, «también es verdad que no se puede obligar a un país que quiere producir a que esté con los brazos cruzados. Se olvida demasiado a menudo que el lanzamiento relámpago de los japoneses contra Pearl Harbor, cuchillada casi mortal asestada en el costado militar americano, en parte se debió a que los nipones estaban exacerbados al ver que desde Washington se les cortaban los mercados del Pacífico. Los occidentales pueden contener el asalto japonés, pero con cierto tiento. No se puede acorralar al dragón». Y ello en una época de crisis económica generalizada.


Una peluquera realizando el peinado tradicional japonés



El eclipse del Sol Naciente

Sin embargo, esta visión apocalíptica del peligro amarillo, traducción años ochenta de *Fu Man Chu ataca,* si tiene el mérito de indicar las consecuencias del «milagro» nipón para Occidente, no se tiene en pie a la hora de establecer una posible analogía entre la lucha de mercados de los años treinta y la lucha de mercados de los años ochenta. Entonces, el rival económico de Japón, Estados Unidos, no tenía la fuerza que actualmente posee dentro del mundo occidental, ni tampoco existía la amenaza del mundo soviético, del que es vecina la sociedad japonesa y con el que mantiene reivindicaciones territoriales centradas en la cuestión de las islas Kuriles.

De ahí su penetración en el resto de Asia. Corea, Formosa, Indonesia, Singapur, Filipinas, Malasia, Australia, Hong Kong, Birmania, India, Tailandia, Pakistán y Ceilán disfrutan de los préstamos, créditos y ayuda técnica de los expertos nipones, sintetizada así por uno de los líderes políticos que la ha recibido, el sultán Tunku Abdul Rahman: «Aun cuando Japón concede préstamos, recoge con la otra mano, como por arte de magia, casi el doble de la cantidad facilitada.» Es decir, el «milagro» japonés, gracias a su experiencia y talento, ha sido convertido en la base industrial, en el empresario internacional y en el consumidor de materias primas capaz de transformar en económicamente viable la región del Sudeste asiático.



Cartel turístico de la ciudad de Kioto.



Las nuevas generaciones.

El problema radica en que ello no es suficiente para el dinamismo industrial nipón; el sur y este de Asia no bastan, pero el continente europeo y el americano van a estarle vedados cada día más. De ahí a la perspectiva de un cierto eclipse del Sol Naciente nipón no hay más que un corto camino, salvo que la crisis económica sea superada en un plazo corto o medio.

F. L. A.

Los niños japoneses nacen pesando 2,93 kilos, tienen una edad media de setenta y un años, dos meses y once días, y la media nacional es de 2,3 hijos por familia. La educación es muy estricta y se complementa con clases particulares. Los niños juegan poco, y el primer regalo que reciben es un pupitre o mesa de trabajo. Los escolares son divididos en grupos que compiten entre sí, y los errores se pagan caros. Cada año se suicidan unos 300 estudiantes, avergonzados de su torpeza intelectual y su fracaso en los exámenes, mientras que hay clínicas especiales para niños con enfermedades gástricas, como úlcera de estómago, dolencia típica de adultos sometidos a stress y casi desconocida en la población infantil de otras latitudes.

Bibliografía básica

BETTELHEIM, C., y otros: *Imperialismo y comercio internacional,* Editorial Siglo XXI. Madrid, 1977.

HALL, J. W.: *El imperio japonés,* Editorial Siglo XXI. Madrid, 1973.

HALLIDAY, J., y MCCORMACK, G.: *El nuevo imperialismo japonés,* Editorial Siglo XXI. Madrid, 1975.

PALLOIX, Ch.: *Firmas multinacionales y procesos de internacionalización,* Editorial Siglo XXI. Madrid, 1975.

SANIEL, J.: *El futuro de Japón en el Sudeste asiático,* Editorial Masamichi Inoki. Kioto, 1973.



EN 1964 se popularizaron las emisiones televisivas por Mundovisión. Era un paso más en la rápida implantación de un medio de comunicación que había iniciado su despegue poco antes de la Segunda Guerra Mundial, y que conoce en estas últimas dos décadas un auge inimaginable. Vivimos hoy en la sociedad de la televisión: la presencia del aparato que un día inventara Marconi es algo corriente en cualquier hogar occidental, y frente a su pantalla pasamos de dos a cuatro horas diarias. Y, sin embargo, aún estamos lejos de disfrutar de todas sus posibilidades: la difusión del color ha sido sólo un anuncio de novedades tan revolucionarias como la difusión directa por satélite, los canales continentales, la televisión por cable, el sonido estereofónico, el videotexto, el teletexto, etc.

José Ramón Pérez Ornia es periodista y escritor especializado en temas de radio y televisión.



1964

La caja mágica

La televisión, las imágenes producidas por las descargas de electrones en los tubos catódicos, juega desde hace tres decenios un papel muy importante en nuestras vidas. Absorbe una media de dos a cuatro horas diarias de permanencia por persona ante el televisor en los países desarrollados; impone modelos de comportamiento social; conforma las opiniones y actitudes políticas, e incita y marca las líneas de consumo a través de sus mensajes de publicidad. La televisión ha dado un golpe de estado en el mundo de la comunicación cuando estamos ya a las puertas de su segunda generación.

Las emisoras de televisión han sido hasta ahora casi la única fuente de programas y servicios que llegan al televisor a través de las ondas. Nuevos tipos de televisión competirán a corto plazo con los servicios que prestan las actuales emisoras y cadenas: la televisión por satélite y por cable, la televisión de pago, el videotexto y teletexto; sistemas a los que hay que sumar todas las variedades del video doméstico y el propio desarrollo de la imagen electrónica hacia una televisión de alta fidelidad. El televisor dejará de ser el mero receptor de las emisoras y se convertirá en un terminal de televisión para satisfacer las más variadas exigencias de entretenimiento y diversión, de información y educación. Las industrias y mercados internacionales preparan el advenimiento de la segunda generación de televisión, ya experimentada en Estados Unidos para 1985. Especialistas norteamericanos aseguran que, para entonces, las grandes cadenas de televisión perderán el 15 por 100 del tiempo que sus audiencias dedican hoy día a ver la televisión, porque los telespectadores la utilizarán para otros fines.

La palabra «televisión» fue usada por primera vez en junio de 1907, por la revista norteamericana *Scientific American*. Las expresiones «telégrafo visual», «radio visual» o «visión eléctrica» se utilizaban en aquellos años para definir un medio de comunicación que todavía no había sido inventado, incluso cuando la radio se encontraba aún en fase experimental, en manos de un puñado de radioaficionados y de la marina norteamericana. El pintor y escultor George du Maurier dibujó para la revista *Punch*, en 1879, una premonitoria escena de ciencia ficción: una pareja sentada delante de la chimenea contemplaba cómodamente en una pantalla un partido de tenis; los dos felices telespectadores podían, además, comunicarse verbalmente con los jugadores.

Desde que Alejandro Graham Bell comenzó a exhibir en público su teléfono (1876) proliferaron los más fantásticos inventos. Si era posible

disponer de un aparato para la transmisión a distancia de los sonidos, ¿por qué no iba a ser posible también transmitir «telegráficamente» las imágenes? Se sucedieron en pocos años el fonógrafo (1878), el cine (1895) y el radiotelégrafo, presentado por Marconi en Gran Bretaña en 1896 después de haber sido rechazado por las autoridades italianas y luego de ver cómo unos agentes de aduana destrozaban en Londres su sospechosa «caja negra». Tres años más tarde llegaba la Marconi a Estados Unidos. Nacería de aquella pequeña caja una gigantesca concentración de poder que iba a controlar el futuro de las ondas descubiertas por Heinrich Hertz.

El éter se llenó pronto de voces y de ruidos. Surgen las primeras grandes sociedades norteamericanas que comienzan a experimentar las posibilidades de la radio: la American Telephone and Telegraph Company (AT & T), la American Marconi, la General Electric y la Westinghouse. Estas dos últimas se expanden, al amparo de la Primera Guerra Mundial, por ser los principales fabricantes de lámparas y tubos de vidrio con gas; las primitivas transmisiones por radio eran una poderosa arma para los militares. Se libró entonces una guerra sorda tecnológica que proporcionaría a Estados Unidos su futura hegemonía; el petróleo, la fuerza naval y las comunicaciones resultaban tres piezas claves en el balance del poder. Gran Bretaña era en 1919 la principal potencia marítima y Estados Unidos el máximo productor de petróleo. Gran Bretaña mantenía también el liderazgo en las comunicaciones mundiales por cable y estaba a punto de obtenerlo también en la radio, a través de la British Marconi.

La industria, a la caza de un nuevo invento

Bajo presiones del ejército norteamericano, que aspiraba a ostentar el monopolio de la radio y de todas las patentes, el 17 de octubre de 1919 se creó la Radio Corporation of America



La pequeña pantalla, un objeto omnipresente en todo el mundo.

La tecnología ha llegado a ser una dimensión cultural cada vez más importante en el seno de las modernas sociedades. La década de los sesenta asistió a su despertar, y así lo entendió el profesor y comunicólogo canadiense Marshall McLuhan, que plasmó sus opiniones sobre los modernos medios de comunicación social en libros como La novia mecánica: el coche, El aula sin muros, La galaxia Gutenberg: génesis del homo typographicus, El medio es el mensaje, *o* Comprensión de los medios, *que han llegado a ser obras clásicas de consulta, imprescindibles para todos los estudiosos del fenómeno de la comunicación moderna.*



Televisor de Bayrd, con espiral de orificios de Nipkow (1929).

La carrera científico-técnica ha disparado el presente y el futuro del hombre durante el siglo XX. De cada 10 inventos que conocemos y disfrutamos (a veces también los sufrimos), nueve fueron descubiertos en el presente siglo, y a partir de la Segunda Guerra Mundial la carrera tecnológica no ha hecho más que acelerarse prodigiosamente. Los nuevos objetos y sus funciones originan una transformación cultural de las sociedades que los utilizan. En 1960 comenzó la llamada década prodigiosa; en diez años el mundo cambió: automóviles, transistores, electrodomésticos y televisión fueron parte importante de ese cambio.

(RCA), que compra la American Marconi. Poco después, en 1921, la AT & T, la United Fruit, la General Electric y la Westinghouse se reparten las acciones de la RCA. El 2 de noviembre de 1920, a las ocho de la tarde, nacía en Pittsburg (USA) el primer servicio regular de radiodifusión al público para transmitir los resultados de las elecciones en Estados Unidos.

El cine dejaba de ser mudo y se pensaba, entretanto, en la televisión. Las industrias se volvieron hacia todos aquellos investigadores que trabajaban en solitario. Entre esa pléyade de inventores hay que citar a los norteamericanos George Carey, W. E. Sawyer, Charles Francis Jenkins, Ernest F. W. Alexanderson, D. M. Moore, al británico John Logie Baird, al francés Maurice Leblanc, al alemán Paul Nipkow, quien en 1884 patentó su disco giratorio que permitió la obtención de las primeras imágenes de televisión mecánica, y a su colega Karl F. Brown, que ideó el tubo de rayos catódicos con pantalla florescente; a los rusos Vladimir Zworykin, que primero trabajó para la Westinghouse y después para la RCA, y Boris Rosing, dos de los principales impulsores de la televisión electrónica que sobrevivió.

Si la radio se consolidó en torno a la Primera Guerra Mundial, la televisión iba a nacer bajo el signo de otros dramáticos acontecimientos, al lado de la crisis económica de Estados Unidos, telón de fondo del trabajo de los investigadores: las dictaduras fascistas de Hitler, Mussolini y Franco, y la Segunda Guerra Mundial, precedida de la sangrienta contienda española.

Los primeros fabricantes de lámparas y tubos fueron las empresas matrices de las grandes cadenas de televisión norteamericanas y de sus respectivas empresas de producción de programas y de receptores. En septiembre de 1926, la RCA creaba la National Broadcasting Company (NBC), que un año después tenía dos redes nacionales de radio e instalaba una estación televisiva en 1932 en el Empire State Building, de Nueva York. Su principal rival era la Columbia Phonograph Broadcasting System (CBS), nacida en 1927.

Los europeos se habían adelantado, sin embargo, en la primacía de servicios regulares al público. El 10 de septiembre de 1929, Baird puso en marcha en Londres, para la British Broadcasting Company (BBC), una emisión de media hora al día, pero con muy escasa definición. Alemania comenzó sus emisiones regulares de televisión en 1935 con 180 líneas de definición. La televisión mecánica también se había experimentado en la Unión Soviética desde el 1 de octubre de 1931, y en Francia, desde la torre Eiffel, en 1932. La BBC abandonó el sistema de Baird y adoptó el de Electric and Musical Industries (EMI). El 2 de noviembre de 1936 lanzaba al público las primeras emisiones regulares del mundo en televisión de alta definición, en 405 líneas y 25 imágenes por segundo. En Estados Unidos, la NBC, cuyo presidente era un militar, Lenox Lohr, montó sus primeras emisiones en torno a la feria mundial de Nueva York. El 26 de febrero de 1939 emitió su primera prueba y el 30 de abril, como apunta el historiador Erik

En todos los lugares del mundo donde surge la noticia, ya sea el suburbio de la ciudad donde se asienta la emisora local, o el frente de batalla de un país lejano, hay siempre un reportero con una cámara al hombro. El récord de velocidad de la televisión a la hora de transmitir una noticia se alcanzó, sin embargo, en Estados Unidos, y es difícil que sea superado: la locutora Christine Chubbuck se suicidó ante millones de espectadores, disparándose un tiro en la sien durante un programa en directo.



Las cámaras filman la actualidad en todas partes.

Christine Chubbuck.

Barnouw, apareció por primera vez en las pantallas de televisión un presidente de gobierno: Franklin D. Roosevelt.

La mayoría de los países no estaba en condiciones de inaugurar los servicios de televisión hasta pasados los primeros efectos de la Segunda Guerra Mundial. La República Federal de Alemania y México salen en 1950; Holanda y Japón, un año después; Italia y la República Democrática de Alemania, en 1952, año en el que la Ampex lanzó el primer magnetoscopio; España y Suecia, en 1956. El parque de televisores y, por tanto, de telespectadores aumentó espectacularmente en Estados Unidos durante aquellos años: de los 30.000 receptores que se estima existían en 1947 se pasó a cuatro millones de aparatos en 1950.

La década de los años sesenta se abrió en 1961 con el primer vuelo humano en torno a la Tierra y se cerró en 1969 con la llegada del primer hombre a la Luna, acontecimiento retransmitido por televisión a todo el mundo. Desde entonces las grandes superpotencias se han lanzado a la carrera espacial, seguidas por otros países no tan importantes. En 1967, 89 naciones firmaron un tratado internacional para el uso pacífico del espacio, pese a lo cual el 75 por 100 de los satélites se utilizan con fines militares. Los avances en sistemas de telecomunicación no se han detenido ni un instante.

Los avances de la técnica

Entre las efemérides que señalan los más espectaculares avances de la televisión cabe reseñar: la televisión en color, que nace en Estados Unidos (1953) con el sistema National Television System Committee (NTSC); las transmisiones internacionales gracias a la creación de Eurovisión (1954) y de Intervisión (1960) para los países europeos de uno y otro bloque, y las primeras transmisiones simultáneas entre los continentes de Europa y América en 1962 con el lanzamiento del satélite *Telstar*, que dio paso en 1967 al primer programa de Mundovisión.

Las distintas aportaciones de los investigadores lograron formar y transmitir las imágenes electrónicas en movimiento, es decir, la televisión, que, en palabras simples, consiste en transformar la luz en señales eléctricas (señal de video, análoga a la señal de audio que produce el micrófono) que a su vez vuelve a transformarse en información luminosa, tanto en su fuente original como en el receptor. Pero los sistemas y normas de televisión son también distintos en el mundo e incompatibles entre sí. Hay cuatro normas principales según el número de líneas por imagen y el número de imágenes por segundo: 525 líneas y 30 imágenes por segundo en Estados Unidos y prácticamente todo el continente americano; 405 líneas y 25 imágenes por segundo en Gran Bretaña, si bien se está pasando paulatinamente al sistema mayoritario europeo de 625 líneas y 25 imágenes por segundo; exceptuada Francia, que opera con 819 líneas. Tres son los sistemas de televisión en color: el norteamericano NTSC, adoptado también por Japón; el francés SECAM (Système Electronique Couleur avec Mémoire), utilizado también por la Unión Soviética, y el alemán PAL (Phase Alternation Line), vigente, entre otros países, en España. Las diferencias de normas y sistemas de televisión en color obligan a utilizar convertidores de las señales para que los programas puedan intercambiarse o emitirse simultáneamente en los distintos países.

Las televisiones nacionales

El régimen jurídico y económico de las emisoras de televisión varía también: en algunos países (Europa occidental, con la excepción de



Gran Bretaña e Italia, y en Europa del Este) existe monopolio en radiodifusión reservado a empresas de titularidad estatal, si bien ciertas naciones europeas introducirán la gestión privada para la televisión por cable; en otros, especialmente en Latinoamérica, que sigue el modelo de Estados Unidos, predominan las televisiones privadas de carácter comercial. El Estado se reserva en todos los casos la concesión de licencias para emitir programas de radio y televisión tanto a las empresas públicas como privadas. Conviven a veces, como en Estados Unidos, Canadá y Japón, sistemas mixtos en los que concurren televisiones públicas junto a las privadas. Gran Bretaña optó por romper en 1954 el monopolio de la BBC con la creación de la Independent Broadcasting Authority (IBA), entidad pública de la que depende un consorcio de empresas privadas productoras de programas.

Distintas son asimismo las fuentes de financiación de las empresas de televisión: la emisión de publicidad en las televisiones privadas, cuyos objetivos fundamentales son comerciales, dependiendo la facturación de la misma y sus tarifas del número de espectadores que ven los programas; en muchos casos las emisoras emiten, además de publicidad, programas patrocinados (producidos, en definitiva) por las propias firmas comerciales; y el impuesto o canon por tenencia de receptor de radio y de televisión en las emisoras estatales. Así, los daneses pagan unas 13.600 pesetas anuales por televisor en color; los británicos, alrededor de 9.000 pesetas anuales, y los italianos, aproximadamente 7.000 pesetas al año por la tenencia de un receptor en color. En algunos países, como Italia, la financiación de la televisión estatal es mixta: publicidad y canon. España es uno de los pocos países con televisión en régimen de monopolio sin canon por receptor. RTVE se financia con los ingresos que recibe por publicidad y con subvenciones de los presupuestos generales del Estado; su presupuesto para 1983, con una plantilla de 11.000 trabajadores fijos, asciende a 50.000 millones de pesetas.

Los programas que difunden las emisoras de televisión, tanto los de cobertura nacional como los regionales y locales, se clasifican, según los géneros dominantes, en: informativos (especialmente, los telediarios que se emiten a la misma hora cada día) y programas de actualidad; dramáticos (adaptaciones de literatura y teatro u obras originales para la televisión); cinematográficos (películas de cine y dibujos animados fundamentalmente); musicales (y de variedades o entretenimiento en general, como concursos, y *shows*); deportivos (especialmente transmisiones en directo); educativos; culturales e infantiles. Algunas televisiones, sobre todo las públicas, producen y difunden programas especiales para



El satélite de comunicaciones Telstar.



HERBERT MARSHALL MCLUHAN (Edmonton, Alberta, 1911-Toronto, 1980)

Conocido universalmente a partir del éxito de su libro *La galaxia Gutenberg* (1962), el canadiense Marshall McLuhan fue uno de los pioneros de los estudios de la comunicación de masas. La aparición de su primer libro se remonta a 1951, *La novia mecánica*, subtitulado *Folklore de la sociedad industrial*, y en él mostraba cómo la opinión pública en una sociedad democrática está configurada por la industria y por la publicidad.

Sin embargo, McLuhan había llegado al campo de la comunicación con unos antecedentes poco habituales. Licenciado en ingeniería por la universidad de Manitoba, durante unas largas vacaciones de verano decidió dedicarse al estudio de la literatura inglesa. Se trasladó a Cambridge y en su universidad estudió educación medieval y literatura isabelina. Obtuvo la licenciatura en 1936 y el doctorado, también por la universidad de Cambridge, en 1942 con una tesis sobre «El lugar de Thomas Nashe en la erudición de su época». En 1937 se había convertido al catolicismo (su familia era de tradición metodista y baptista, y su hermano, ministro episcopaliano). En 1939 se casó con Corinne Keller Lewis, con la que tuvo seis hijos.

De 1953 a 1955 dirigió un seminario de cultura y comunicación, financiado por la fundación Ford, y en colaboración con el antropólogo Edmund Carpenter fundó la revista, especializada en es-

tos temas, *Explorations*. Desde 1963 dirigió el centro de cultura y tecnología de la universidad de Toronto. En 1967 aceptó una invitación para enseñar en la Fordham University, de Nueva York.

Su obra ha dado lugar a los debates más enconados. Si para algunos McLuhan ha sido el «profeta de la era electrónica», otros le reprochan la imprecisión terminológica, el estilo nebuloso y hasta la falta de rigor conceptual, como Umberto Eco, que le calificó de pensador de *cogitus interruptus*. En cualquier caso, sus teorías son deliberadamente provocadoras. McLuhan parte de tres postulados generales: todos los inventos son extensiones de facultades humanas, físicas o psíquicas; la rueda es la extensión del pie; el libro, del ojo; el vestido, de la piel; la electricidad, del conjunto del sistema nervioso. Toda transformación de los medios de comunicación lleva a un cambio no sólo del entorno social, sino de la forma de percepción y del psiquismo individual y colectivo. El modo de comunicación importa más que el contenido; *el medio es el mensaje*.

Como consecuencia distingue cuatro etapas en la historia de la humanidad: la fase oral y tribal, anterior a la escritura y que asocia a la edad de oro, a la armonía de los sentidos, a la comunión de los seres. La época escribal, en que la lectura hace su aparición, aunque continúa siendo principalmente oral («en la antigüedad leer era leer en voz alta»). La edad de la imprenta, que reduce la percepción al campo visual, acelera el proceso de individualización, «destribaliza al hombre» y divide su sensibilidad, acentuando el divorcio entre pensamiento y sentimiento, espíritu y corazón. Finalmente, la era de la galaxia eléctrica, que introduce la multiplicidad de puntos de vista, la simultaneidad del tiempo y el espacio, la participación constante. De este modo, el mundo está a punto de convertirse en una inmensa aldea que catapultará al hombre del siglo XX a una forma de vida próxima a la tribal.

En 1964 publica otro de sus grandes éxitos, *Comprensión de los medios*, al que seguirán, entre otros, *El medio es el mensaje* (1967), *Guerra y paz en la aldea global* (1968), *Contraexplosión* (1968) y *Del cliché al arquetipo* (1970).

audiencias minoritarias o como medio subsidiario de los distintos niveles de educación. De acuerdo con una clasificación más genérica, los programas podrán dividirse en espacios de ficción, por oposición a los de hechos reales, así como en programas «en vivo» o manipulados previamente a la emisión mediante el montaje; en emisiones en directo o en diferido y producidas en estudio o en exteriores por la propia emisora o por entidades ajenas a la misma.

Hoy día existe casi un televisor por cada hogar en la mayoría de los países desarrollados. Hay en Estados Unidos 1.000 estaciones de televisión a lo largo de todo el territorio, que emiten diariamente ciento veinticinco horas de programas distintos, de las que 737 son emisiones comerciales y 263 son no comerciales y educativas, financiadas con fondos públicos o por fundaciones privadas. El coste anual de las televisiones comerciales norteamericanas asciende a 500.000 millones de pesetas; los televisores están encendidos en cada hogar, por término medio, siete horas al día, el doble del tiempo que dedican los británicos y españoles.

Un futuro muy cercano

Una serie de servicios nuevos, que se pondrán en marcha en los próximos años, cambiará tanto la actual distribución de programas por televisión como el mercado internacional de la imagen y de la información. Entre ellos, la difusión directa por satélite (DBS), experimentada ya en Estados Unidos, Canadá, Japón, Unión Soviética y otros países, que exige por parte del usuario una antena parabólica; en el caso de Europa desaparecerán las actuales fronteras televisuales al poder captarse en un país las emi-



Niños jugando con videojuegos

siones de los territorios vecinos; las naciones de la Comunidad Económica Europea están estudiando y experimentando un canal común para emitir diariamente un programa de televisión europea.

La aparición del cable (conexión directa, en vez de aérea, entre emisora y receptor, similar a la red telefónica) diversificará y ampliará la naturaleza de los programas que llegan al público; el cable, experimentado ya en Estados Unidos y en algunos países europeos, como la República Federal de Alemania, Bélgica, Holanda, Suiza y Gran Bretaña, permite aproximadamente 30 canales diferentes de programas, con mejor calidad de la imagen, que facilitan la especialización de los mismos por géneros de programas. El cable interactivo, o de doble dirección, hace posible, como sucede con el teléfono, la comunicación televisual entre los usuarios. La televisión con sonido estereofónico compatibilizará la emisión de un mismo programa en dos idiomas; se experimenta igualmente la televisión tridimensional o en relieve (la televisión sueca emite ya un programa a la semana en período de pruebas) y los japoneses están desarrollando un nuevo sistema de televisión en alta definición o fidelidad, en 1.125 líneas, con una calidad de imagen que se aproxima a la cinematográfica y que contempla el uso de pantallas grandes y gigantes, sistema incompatible con todos los que existen en la actualidad.

También a través del teléfono (videotexto) o de la emisión convencional de televisión (teletexto) se pueden recibir en el televisor, acoplado a un decodificador cuyo precio oscila entre las 10.000 y 20.000 pesetas, servicios de información, consultas a bancos de datos, periódicos, etcétera.

El incremento de canales y fuentes de emisión de programas de televisión llevará a la introducción de la televisión de pago, utilizada ya en Estados Unidos: el usuario puede ver en su casa una película de estreno, una transmisión deportiva en directo u otro programa cualquiera pagando solamente el servicio que solicita.

Hay que añadir a todas estas nuevas modalidades de televisión las prestaciones que ofrezcan los equipos de video doméstico: programas suministrados por videodiscos o videocassettes, los juegos electrónicos, el acoplamiento del televisor a un ordenador, con utilización de pantallas planas y más grandes, videoimpresoras para obtener copias en papel, además de las aplicaciones a que se destina actualmente el video en la industria y en la educación. Nuevas tecnologías que cambiarán sustancialmente el mundo de la televisión antes de que finalice el siglo.

J. R. P. O.

La torre de RTVE de Madrid, de 191 metros.

1964

El mundo de la televisión

Desde principios de la década de los sesenta, Estados Unidos y Canadá comenzaron a utilizar los videos como juguete para niños e incluso como un medio con fines educativos. La polémica sobre el empleo de materiales audiovisuales para la enseñanza y el juego todavía no está cerrada, pero por su propia naturaleza y versatilidad el video parece un instrumento idóneo para que el niño se entretenga y pueda investigar su propio entorno. Su mayor inconveniente consiste en que los escolares se alejen de la realidad y se vuelvan «adictos» de la pequeña pantalla, anteponiendo su postura de espectadores a sus juegos y actividades reales. Pero los medios son sólo máquinas que los buenos estudiantes pueden utilizar creativamente.

El espectacular avance tecnológico en el campo de las telecomunicaciones permite avisar a un país amigo de los movimientos de tropas en una zona conflictiva remota que le interesa, organizar a nivel mundial un sistema de telecomunicaciones marítimas útiles a todos los navegantes, cualesquiera que sean su nacionalidad, raza o religión, o retransmitir a todo el planeta acontecimientos importantes de interés. Los Juegos Olímpicos celebrados en Tokio en 1964 fueron los primeros que se retransmitieron por televisión vía satélite a más de 100 países. El informe internacional de la comisión McBride, encargado por la UNESCO, ha puesto de manifiesto que el desarrollo de un programa común de comunicaciones es la única posibilidad de acuerdo y coexistencia pacífica entre los dos bloques.





CHIPRE: UNA ISLA DIVIDIDA

HASTA la década de los años sesenta de nuestro siglo, Chipre fue una isla donde las dos comunidades que la habitaban convivían en relativa concordia. La concesión por parte de Inglaterra de la independencia en 1960 hizo estallar, sin embargo, un conflicto que provocó una guerra civil y la actual división de la isla en dos sectores, uno habitado por la población greco-chipriota y otro por la de origen turco. ¿Cuáles han sido los motivos de esta lucha? ¿Han influido en ella la estrategia y los intereses de Grecia y Turquía?

Anunciación Bremón, autora de este artículo, es periodista y está especializada en temas de política internacional.

Un conflicto del siglo XX

La isla de Chipre, situada en el extremo sudoriental del mar Mediterráneo, ha sido a lo largo de su historia teatro de luchas encarnizadas entre diversos pueblos y civilizaciones, fundamentalmente a causa de la fertilidad de su suelo y de su privilegiada situación geográfica, verdadera encrucijada entre Europa, Asia y Africa. Conquistada y poblada sucesivamente por fenicios, griegos, egipcios, turcos y británicos, fueron turcos y griegos, sin embargo, los dos pueblos que habrían de dejar marcada su impronta con más fuerza en la isla. Estas dos comunidades se reparten actualmente la población chipriota, formada casi exclusivamente por un 81 por 100 de griegos (alrededor de 450.000) y un 19 por 100 de turcos (algo más de 100.000). A pesar de la


Barricada en las calles de Nicosia, capital de Chipre

La República de Chipre pudo ser independiente gracias al acuerdo tácito de Estados Unidos y la Unión Soviética, interesados en mantener el equilibrio de la zona. La postura neutral de Makarios y su intervención permanente en los foros internacionales siempre fueron apoyadas por los soviéticos, que contaban en el interior de Chipre con un potente partido comunista (AKEL) que obtenía más del 30 por 100 de los votos.

disparidad étnica, cultural y religiosa de estos dos pueblos, turco-chipriotas y greco-chipriotas han convivido durante siglos sin excesivos problemas. Las graves dificultades que hoy asolan a Chipre no tienen más de un cuarto de siglo de antigüedad.

Sometida al dominio turco desde 1571, Chipre fue cedida al Imperio británico en 1878. La fase colonial que se inicia en esa fecha no finalizará hasta 1960, año de la primera constitución chipriota, que convierte a la isla en una república independiente bajo el liderazgo del arzobispo Makarios. Los cinco años anteriores a la proclamación de la república, marcados por los acontecimientos propios de todas las luchas anticoloniales, vieron surgir con fuerza entre la población greco-chipriota la idea de la *enosis*, que propugnaba la unión de Chipre con Grecia, meta que era vista con creciente hostilidad y temor por la minoría turca. Gran Bretaña, por otra parte, no favorecía, en modo alguno, con su política la emergencia de un sentimiento nacional chipriota, lo que sin duda dificultaba aún más la posibilidad de una salida negociada al problema, como pretendía la Constitución de 1960. Todo ello, unido a los intereses internacionales, existentes desde el comienzo de la independencia sobre los intereses locales, hizo inevitable el planteamiento de una grave crisis en el breve plazo de tres años.

Makarios, Kissinger y Ford durante la Conferencia de Helsinki

La crisis de 1964 y el conflicto civil

El presidente Makarios, considerando descompensada la situación entre las dos comunidades, propone a los líderes turcos la reforma de la Constitución de 1960 para restringir los derechos y prerrogativas de la minoría turco-chipriota. La solución no es aceptada por aquéllos, y en diciembre de 1963 empiezan a producirse atentados contra chipriotas turcos, muchos de los cuales son asesinados por miembros de la organización terrorista greco-chipriota EOKA. Estos acontecimientos provocaron entre la población turca un movimiento de pánico que desembocó en un auténtico repliegue sobre sí misma a lo largo de diez años: entre 1964 y 1974, los habitantes turcos de las zonas mixtas se reagrupan e instalan en enclaves a veces fortificados y defendidos por milicias armadas ajenas al control del gobierno. Turquía contribuyó a consagrar este estado de cosas permitiendo a los habitantes de estos enclaves mantenerse a costa de subvenciones del gobierno de Ankara; Makarios, por su parte, no hizo prácticamente nada para ayudar a los turcos que lo desearan a reinstalarse en sus antiguos domicilios, del mismo modo que nunca condenó explícitamente los atentados cometidos por la EOKA contra ellos.

Consumada la separación entre los dos pueblos por la presencia de contingentes militares griegos y turcos, conforme preveían los acuerdos de 1960, el gobierno turco, en febrero de 1964, amenaza con intervenir militarmente si las Naciones Unidas no hacen acto de presencia para garantizar la paz; en marzo, el Consejo de Seguridad decide el envío de fuerzas multinacionales en períodos renovables de tres meses. Sin

embargo, en agosto del mismo año el ejército turco bombardea el litoral, al oeste de la isla, en represalia por los incidentes ocurridos entre las dos comunidades, en los que nuevamente hubo víctimas turco-chipriotas. A los bombardeos sigue un intento de invasión que es impedido, en última instancia, por el presidente norteamericano Johnson.

Durante toda la conflictiva etapa que va de 1964 a 1967, ambas partes despliegan una gran actividad diplomática, en la que el gobierno de Makarios lleva la mejor parte, ya que negocia desde una posición de fuerza: dispone del apoyo de la Unión Soviética y de los no alineados en la ONU. El gobierno griego empezará pronto a introducir en la isla clandestinamente armas y tropas, que se encuadran en las fuerzas regulares chipriotas o incluso en servicios *paralelos*, y el gobierno de Ankara actúa del mismo modo. Esto va a conducir a una radicalización creciente del conflicto, que progresivamente queda en manos de los elementos más extremistas de los dos bandos. Así, los sectores turcos más progresistas, partidarios del diálogo con los greco-chipriotas, sufren una dura persecución que llega incluso al asesinato, mientras que, en el lado griego, la EOKA recrudece sus actividades terroristas a la par que los elementos más reaccionarios del ejército griego se hacen dueños de la situación.

El golpe de los coroneles

La permisividad de Makarios ante los extremismos de estos sectores, que él creyó poder utilizar en su favor, pronto se vuelve un arma en su contra con la llegada al poder, en abril de 1967, de los coroneles en Grecia. Las estrechas relaciones que habían existido entre Makarios y el gobierno griego se van haciendo cada vez más tensas, mientras el líder chipriota se convierte a ojos vistas en un símbolo de la resistencia contra la dictadura militar griega. En noviembre y diciembre se produce otra amenaza de desembarco turco que nuevamente es frenada por Estados Unidos, y de resultas de la cual Turquía obtiene sustanciosas ventajas, como la repatriación de los oficiales griegos encuadrados en el ejército chipriota y la expulsión de la isla del general Grivas, cerebro del terrorismo antiturco en Chipre. La nueva situación obliga a Makarios, reelegido presidente a principios de 1968, a reanudar las negociaciones entre las dos comunidades, que en un principio se limitarán a los representantes de los turco y greco-chipriotas y que a partir de 1973 incluirán a los gobiernos de Ankara y Atenas y a las Naciones Unidas.

El punto de partida de estas conversaciones son los acuerdos de 1960, a los que los turcos quieren aproximarse lo más posible, mientras

Nicosia siempre ha sido la capital de Chipre. Curiosamente, es la única localidad importante de la isla que no está en la costa, sino en el interior, en medio de un paisaje yermo y calcinado. Es un poblachón provinciano, dividido ahora por un muro verde, ocupado por tropas de la ONU, que separa a turco-chipriotas de greco-chipriotas. Estas dos comunidades nunca se fundieron, sino que siempre lucharon entre sí para lograr la hegemonía dentro de la artificiosa República de Chipre, un Estado pensado para conseguir una integración imposible, al que un jurista de la ONU calificó de «curiosidad constitucional».



La población sufre los efectos de la guerra civil.



Tropas regulares turcas controlan un acceso a Nicosia

La Iglesia ortodoxa autónoma, con el etnarca o arzobispo Makarios a la cabeza, era la única fuerza nacional capaz de vertebrar al país en torno suyo, superando y dejando en un segundo término diferencias seculares. Pero llegó un momento en que la propia independencia del etnarca-presidente molestó a unos y a otros, y muy a su pesar se quedó sólo con el apoyo de la izquierda, controlada por los comunistas.

que esta vez Makarios es partidario de empezar de cero. En contra del arzobispo jugará el cambio en la escena política griega: en efecto, la junta militar conspira secreta o abiertamente contra él, apoyando las actividades del general Grivas, de nuevo en la isla, que se esfuerza en conseguir el poder por la fuerza y que, en connivencia con el gobierno griego, organiza dos intentos de asesinato del patriarca, en 1970 y 1973. La popularidad creciente de Makarios entre la comunidad greco-chipriota y su reelección arrolladora como presidente de la república en febrero de 1973 contrastan con su situación cada vez más débil en el terreno político: sostenido fervorosamente sólo por su pueblo, pasa a ser considerado por las demás partes como el principal obstáculo para una solución del conflicto. A la actitud de la junta militar griega, que incluso llega a intentar deponer a Makarios de sus prerrogativas religiosas con la ayuda del Santo Sínodo de Chipre, se suma el acuerdo creciente que se perfila entre los gobiernos turco y griego. Por otra parte, el interés estratégico de Estados Unidos en la zona se acrecienta ante la próxima reapertura del canal de Suez y a causa de los yacimientos petrolíferos del mar Egeo, cuya soberanía es también objeto de litigio; todo ello hace que la diplomacia americana apoye, más o menos discretamente, la postura de Atenas, sin contar con que Estados Unidos reprocha a Makarios su no alineamiento y amistad con la URSS, aunque éste ponga buen cuidado en garantizar las dos bases militares de soberanía británica, pero que son utilizadas también por los americanos.

La invasión turca de 1974 y la partición de la isla

En abril de 1974, las conversaciones a cinco bandas entran en un punto muerto a causa de la cuestión del mar Egeo. Makarios decide jugar duro, y el 2 de julio exige a los coroneles griegos la retirada inmediata de todos los oficiales griegos que están en Chipre encuadrados en la Guardia Nacional. En respuesta, los coroneles ordenan el 15 de julio a sus oficiales que hagan marchar a la Guardia Nacional contra el palacio presidencial y depongan a Makarios. Como si se tratara de una operación sincronizada, cinco días después las tropas turcas desembarcan en Kyrenia, sin encontrar esta vez, naturalmente, ninguna *oposición enérgica* de Estados Unidos como en ocasiones anteriores.

La población chipriota resiste con dureza a la invasión en condiciones de clara inferioridad; el nuevo gobierno *títere* de Nicosia, presidido por el ultraderechista Nicos Sampson, ex activista de la EOKA, llama a la resistencia «hasta la última gota de sangre», pero no hay por parte de Atenas envíos de tropas ni avituallamientos, por lo que la lucha ha de hacerse únicamente con la Guardia Nacional y los civiles greco-chipriotas; mientras, la ofensiva turca aumenta progresivamente sus fuerzas hasta llegar a 40.000 hombres. Trágica paradoja, el 24 de julio, sólo nueve días después del golpe de Estado propiciado por la junta, el régimen militar se hunde en Grecia y Karamanlis regresa del exilio para restaurar la democracia.

Con el alto el fuego acordado por el Consejo de Seguridad el 22 de julio, cuando ya las tropas turcas han conquistado buena parte del norte de la isla, el conflicto entra en una fase diplomática, aunque aquél no es respetado más que en parte y los combates continúan. Una conferencia tripartita reunida en Ginebra a finales de julio y primeros de agosto no alcanza resultados prácticos, ya que la posición turca es conseguir a toda costa que se acepte la partición de la isla como un hecho consumado. Para presionar aún más en este sentido, el gobierno turco lanza un durísimo ataque a mediados de agosto para ocupar toda la mitad norte de la isla, estableciendo lo que se llamará en adelante la «línea Attila», que corta el país en dos y delimita la zona turca actual, que abarca cerca del 40 por 100 del territorio. La ofensiva determina un nuevo éxodo de la castigada población chipriota: los griegos emigran hacia el sur y los turcos hacia el norte, buscando la protección de sus respectivas comunidades, consumando así la separación que las circunstancias políticas habían impuesto.

Makarios regresa triunfalmente a Nicosia a finales de ese año, hecho que hay que encuadrar dentro de la imposibilidad del gobierno chipriota de mantenerse en el poder una vez restablecida la democracia en Grecia. Sampson hubo de ceder primero el poder a Clarides, presidente de la Asamblea, pero no fue suficiente: el único interlocutor válido para intentar resolver la crisis seguía siendo el viejo político, que, refugiado durante esos meses en una de las bases militares británicas, suscitó, con su regreso a la presidencia de la maltrecha república, el apoyo de todos los sectores políticos greco-chipriotas, de la extrema derecha a los comunistas.

Si bien Makarios vuelve a la escena pública insistiendo en sus tesis unitarias sobre Chipre y en la necesidad de llevar el problema al plano internacional y a la ONU, los acontecimientos de 1974 habían modificado profundamente las relaciones de fuerza entre las dos comunidades. Aunque la zona controlada por los turcos no llegaba al 40 por 100, englobaba, sin embargo, el 70 por 100 del producto nacional bruto —es la

Tropas de infantería de marina turcas ante el cadáver de uno de sus compañeros



MAKARIOS III (MIJAIL CRISTODULOS MUSKOS) (Panayia, Chipre, 1913-Nicosia, Chipre, 1977)

Si ha habido un hombre que reúna todos los atributos del carisma, ha sido, sin duda, Makarios III: artífice de la independencia de su país.

Mijail Cristodulos Muskos nació el 13 de agosto de 1913 en Panayia (Chipre) en una familia campesina humilde. A los trece años ingresó en el principal monasterio chipriota, donde se hicieron cargo de su educación. Después de los estudios secundarios en Nicosia, fue ordenado diácono de la Iglesia ortodoxa griega en 1938. Entre ese año y 1943 estudió derecho y teología en Atenas. En 1946 fue ordenado sacerdote con el nombre de Makarios (Bienaventurado) y continuó los estudios superiores de teología en Boston, gracias a la ayuda del Consejo Mundial de las Iglesias. A su vuelta, en 1948 decidió solicitar un puesto en la Facultad de Teología de Atenas y continuar su carrera religiosa, pero sus compatriotas le eligieron obispo de Citium. Desde entonces participó activamente en el movimiento de los chipriotas que exigían la unión de la isla con Grecia, la *Enosis*. En Chipre se había mantenido, bajo el dominio británico, la tradición de que la población estuviese representada por sus jefes religiosos. El 20 de octubre de 1950, Makarios fue elegido arzobispo de Chipre y, como consecuencia, «etnarca», es decir, jefe de la comunidad griega ortodoxa de la isla. En medio de la indiferencia

británica y las reticencias de los sucesivos gobiernos griegos, que no querían enfrentarse a Londres, Makarios recorrió una serie de países buscando apoyo para la autodeterminación de Chipre.

El 31 de marzo de 1955, la EOKA, dirigida por el coronel Grivas, inició la lucha armada contra los británicos. El 5 de marzo de 1956, Makarios, que había seguido propugnando la vía pacífica, fue deportado a las islas Seychelles, donde permaneció hasta la firma de los acuerdos de Zurich y Londres (1959), que convertían a Chipre en una república bajo la triple tutela británica, griega y turca. El 13 de diciembre de 1959, Makarios fue elegido presidente de la república.

Animado por la llegada de Georges Papandreu al poder en Grecia, Makarios propuso la revisión de la Constitución. Su proyecto chocó con la hostilidad de los chipriotas turcos y del gobierno de Ankara. Las dos comunidades de la isla se enfrentaron de forma sangrienta en el invierno de 1963, comenzando un largo drama que conduciría a la invasión turca de la isla en 1974.

El golpe de Estado de los coroneles en Grecia y la toma de postura de Grivas a favor de éstos convirtieron a Makarios en el símbolo de la resistencia a la dictadura y le llevaron a defender la independencia completa de Chipre. Las tensiones con Atenas fueron creciendo. El 8 de marzo de 1970 y el 7 de octubre de 1973, Makarios escapó a dos intentos de asesinato. Grivas vuelve clandestinamente a Chipre e intenta organizar una EOKA-B. Los tres metropolitanos chipriotas destituyen a Makarios de sus funciones eclesiásticas, pero el clero y el conjunto del pueblo expulsan a aquéllos. El 15 de julio de 1974, Atenas recurre al golpe de Estado, dirigido por Sampson, un aventurero, contra el presidente chipriota. Makarios escapa una vez más a la muerte y se refugia en el extranjero.

La invasión turca y la partición de la isla serán las dos secuelas más importantes del fallido golpe de Estado. El 7 de diciembre de 1974, Makarios vuelve a la isla en medio del entusiasmo de la población. Su gobierno rehízo la economía con bastante rapidez e inició una ofensiva diplomática para salvar a su pueblo. Empeñado en estas tareas, el 3 de agosto de 1977 una crisis cardiaca terminó con su vida.

zona más fértil de la isla—, el 65 por 100 de la capacidad hotelera, el 48 por 100 de las exportaciones agrícolas y el 56 por 100 de la producción minera. Por tanto, en la nueva etapa son ellos los que muestran mayor intransigencia y parecen menos dispuestos a negociar. Así, en febrero de 1975, Rauf Denktash, líder de los turco-chipriotas, proclama unilateralmente el nacimiento del Estado federado turco-chipriota como primer paso para el establecimiento de un Estado federal chipriota. Denktash, elegido presidente pocos meses después en elecciones generales, considera a partir de entonces a Makarios únicamente como presidente de la comunidad greco-chipriota, con paridad total entre ambos líderes, punto de vista que Makarios no acepta. Ello no es obstáculo, sin embargo, para que, en el curso de los dos años siguientes, la situación evolucione lo suficiente como para que ambos lleguen, en enero y febrero de 1977, a un acuerdo de principios sobre una negociación futura, que se basaría en los puntos siguientes: creación de una república federal independiente, no alineada y bicomunitaria; establecimiento de un gobierno central con poderes capaces de asegurar la unidad del Estado bicomunitario; reparto del territorio, que sería administrado por cada comunidad, en función de la productividad de las tierras y de los títulos de propiedad; garantía de los derechos de circulación, establecimiento y propiedad entre las zonas norte y sur.

La muerte de Makarios frustró seguramente la posibilidad de que se encontrase una salida al contencioso, aunque también es verdad que, más allá de los principios, no se habían alcanzado resultados concretos.

Chipre, ¿un callejón sin salida?

Diversos intentos de negociación posteriores a 1977 no han variado sustancialmente la cuestión chipriota, ya que los verdaderos puntos a negociar permanecen sin resolver; a saber: el regreso de la población griega al norte, la retirada de las fuerzas extranjeras estacionadas en la isla, el porcentaje de territorio que permanecería bajo control turco-chipriota y las prerrogativas del gobierno central.

En la actualidad, las posiciones se encuentran más o menos donde estaban, es decir, en la pugna por la definición de la forma de Estado federal, de la cual, en principio, ambos sectores son partidarios. Los turco-chipriotas insisten en el establecimiento de un Estado bizonal compatible con su carácter federal y único, a su entender capaz de garantizar la seguridad de los turcos. Para el gobierno de Nicosia, el término de bizonalidad equivale a aceptar la partición de la isla y desnaturaliza la vía federal. La estrategia de Denktash se dirige esencialmente a conseguir



El turismo, uno de los principales ingresos del país, dejó paso a la guerra

que los greco-chipriotas no puedan usar su posición mayoritaria para imponer sus decisiones a la minoría, mientras que Kiprianou, jefe del gobierno de Nicosia, no puede aceptar la idea de dos entidades separadas con igual *status,* pues ello significaría dar menos peso al voto de los griegos que al de sus conciudadanos turcos. Así las cosas, los recientes intentos de negociación entre Grecia y Turquía para solucionar este viejo problema se ven obstaculizados en parte por la reticencia de los líderes turco-chipriotas a dialogar con la naciente coalición centro-comunista, probable ganadora de las elecciones presidenciales de febrero.

La llegada al poder de los socialistas en Grecia no ha variado por ahora significativamente las perspectivas, aunque los greco-chipriotas tienen sus esperanzas depositadas en la presión que Papandreu pueda ejercer sobre los demás miembros de la OTAN para que persuadan a Turquía de que varíe su política respecto a Chipre. Pero, como observaba no hace mucho el comentarista británico Edward Mortimer en el diario *The Times,* es posiblemente más peligroso que el respaldo moral y político que Papandreu dé a los greco-chipriotas pueda impedir que éstos comprendan que también por su parte son necesarias mayores dosis de flexibilidad de cara al futuro.

A. B.



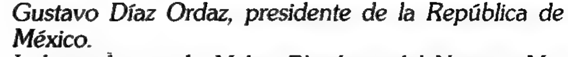
Las víctimas de la guerra



Pintadas contra las dos superpotencias en un campo de refugiados chipriotas.

En pocos años, Chipre ha pasado a ser de isla paradisiaca, reclamo del turismo internacional, a un país asolado por la guerra civil, con cada bando apoyado por fuerzas extranjeras. Tras la ocupación militar turca, la isla ha quedado dividida en dos partes: al norte, la poblada por los turco-chipriotas (120.000 personas, que constituyen el 20 por 100 de la población total), que engloba el 40 por 100 del territorio, el 70 por 100 del producto nacional bruto, el 50 por 100 de las exportaciones agrícolas, el 56 por 100 de la producción minera y el 65 por 100 de las plazas hoteleras del país; al sur, los 500.000 greco-chipriotas (80 por 100 del total) tienen que conformarse con el 60 por 100 del territorio, muy pobre, árido y yermo en su mayor parte. El problema sigue sin resolverse, y la situación se mantiene por la fuerza de las armas turcas. Makarios dejó escrito antes de morir: «No aceptéis los hechos que son impuestos por la fuerza de las armas.»

Política internacional

Disturbios en Panamá entre estudiantes panameños y empleados norteamericanos en el canal. Ruptura de relaciones con Estados Unidos.
Francia reconoce a China popular.
Willy Brandt es elegido presidente del partido socialdemócrata alemán.
Anastas J. Mikoyan se convierte en jefe de Estado de la Unión Soviética.
En Rota (Cádiz) se instala la segunda base de submarinos norteamericanos Polaris.
Joao Goulart, presidente brasileño, es depuesto por los militares. Es elegido como sucesor el general Humberto Castelo Branco.
Ian Smith, primer ministro de Rhodesia.
Muere el primer ministro hindú Nehru. Le sucede Lal Bahadur Shastri.
Primer Congreso Nacional Palestino en Jerusalén. Se crea la Organización Nacional para la Liberación de Palestina.
Nyerere es elegido presidente de la República de Tanzania, país nacido de la unión de Tanganica y Zanzíbar.
Heinrich Luebke es elegido nuevo presidente en la República Federal Alemana.
El presidente congoleño Kasavubu llama del exilio a Moise Tshombé para que forme gobierno. Es proclamada la República Popular del Congo.
Destitución de Jruschov. Breznev y Kosygin pasan a ocupar los cargos de primer secretario y primer ministro, respectivamente.
Barry Goldwater es designado candidato a la presidencia de Estados Unidos por el partido republicano, y Lyndon Johnson, por el demócrata. Los demócratas obtendrán la victoria.
Nuevos disturbios en Chipre. La aviación turca bombardea la isla.

Gustavo Díaz Ordaz, presidente de la República de México.
Independencia de Malta, Rhodesia del Norte y Malawi.
Victoria de los laboristas en Inglaterra. Harold Wilson forma gobierno.
Saud de Arabia Saudí es depuesto por su hermano el emir Faysal.
Giuseppe Saragat es elegido presidente de Italia.
Estados Unidos continúa la escalada de intervenciones militares en apoyo de Vietnam del Sur. Se libran combates navales en el golfo de Tonkín y se bombardean bases militares en Vietnam del Norte.
Firma de un tratado de amistad entre la República Democrática Alemana y la Unión Soviética.
Choques sangrientos entre hindúes y mahometanos en Bengala.
En la ONU se debate el tema de la descolonización de Gibraltar.
Muere el rey de Grecia Pablo I. Le sucede su hijo Constantino II.
Muere el general americano Douglas MacArthur.

Sociedad

El presidente Johnson firma la nueva ley de derechos civiles de los negros.
El papa Pablo VI visita Jerusalén y la India.
Primera encíclica de Pablo VI, Ecclesiam Suam.
El ex presidente argentino Juan Domingo Perón se instala en España.
La Casa Blanca hace público el informe Warren sobre el asesinato del presidente Kennedy.
La Cámara de los Comunes británica abole la pena de muerte.
Premio Nobel de la Paz a Martín Lutero King.



Economía

Los Seis adoptan el Plan Marjolin contra la inflación. Se acuerda, además, la reducción de las tarifas aduaneras de las importaciones industriales norteamericanas.
En España se pone en marcha el I Plan de Desarrollo. Se pretende la organización racional de la producción industrial concentrándola en polos de promoción.

Ciencia y tecnología

China hace estallar su primera bomba atómica.
Francia y Gran Bretaña deciden construir un túnel debajo del canal de la Mancha.
El Ranger 7 *se estrella contra la Luna después de haber transmitido fotografías de excelente calidad de la superficie lunar.*
Se obtiene sintéticamente la insulina.
Premio Nobel de Química a Dorothy Mary Crowfoot-Hodgkin, de Gran Bretaña, por descubrir la composición de la vitamina B_{12}.

Sucesos

Catástrofe ferroviaria en Jajinci (Yugoslavia), con 60 muertos y 300 heridos, al accionar un viajero la señal de alarma.
Poco antes del proceso a los médicos de Auschwitz,



Juan Barjola: Sin títu...

se suicidan el profesor Heyde, responsable de 100.000 muertos, y el coacusado Tillemann.
Cuatro barcos de pesca cubanos son apresados por Estados Unidos. A la mañana siguiente, Fidel Castro corta el agua potable a la base americana de Guantánamo.

Deportes

Se celebran los XVIII Juegos Olímpicos en Tokio y los Juegos Olímpicos de Invierno en Innsbruck.
Abebe Bikila gana el maratón olímpico por segunda vez consecutiva.
Cassius Clay se proclama campeón del mundo de los pesos pesados tras noquear en un asalto a Sonny Lyston.
España gana la Copa de Europa de Naciones de Fútbol al batir por 2-1 a la URSS.
Jacques Anquetil gana por quinta vez el Tour.

Literatura

Jean-Paul Sartre rechaza el premio Nobel.
Alberto Moravia: El autómata.
Cesare Pavese: Diálogo con Leuco.
John Le Carré: El espía que surgió del frío.
Pablo Neruda: Memorial de la Isla Negra.
Ernest Hemingway: París era una fiesta.

Cine

Peter Glenville: Becket.
Elia Kazan: América, América.
Pietro Germi: Seducida y abandonada.
Jean Girault: El gendarme de Saint-Tropez.
Vittorio de Sica: Matrimonio a la italiana.
George Cukor: My Fair Lady.
Michelangelo Antonioni: El desierto rojo.
Luis Buñuel: Diario de una camarera.
Oscars de Hollywood a Julie Andrews por Mary Poppins *y a Rex Harrison por* My Fair Lady.
Mueren Harpo Marx y Alan Ladd.

Teatro

Peter Weiss: Marat-Sade.
James Baldwin: Blues para Mr. Charlie.
John Osborne: La evidencia.

Música

Lutoslawski: Juegos venecianos.
Hans Werner Henze: Ariosi.

Pintura y escultura

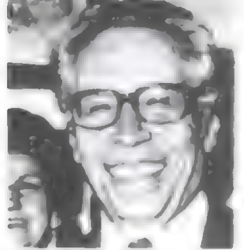
Juan Genovés: Por la espalda.
Andy Warhol: Orange Disaster.

Arquitectura

Hans Scharoun: Sala de Conciertos de la Filarmónica, *Berlín occidental.*



Muerte de MacArthur



Gustavo Díaz Ordaz



Bonzo panameño ante la embajada USA

LA MODA:
DE COCO CHANEL A MARY QUANT









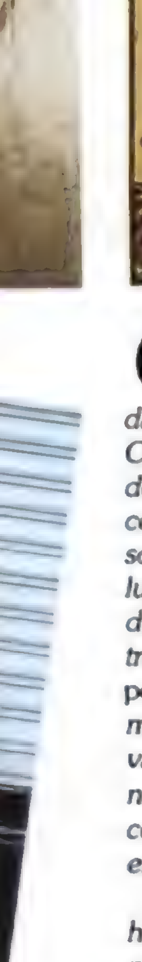




1965







CHANEL, Dior, Balenciaga, Saint Laurent... Son los reyes de la alta costura, los dictadores de una moda más cercana al arte que a la industria. Creadores de unos modelos que la mayoría de los hombres y mujeres del mundo sólo conocen a través de las revistas o del cine, son también sacerdotes de una religión del lujo y la aristocracia a quienes la evolución de nuestra sociedad ha obligado a cambiar, tras la implantación definitiva del prêt-à-porter. ¿Cuál es el porvenir de los grandes modistas? ¿Quedarán arrinconados definitivamente por la democratización que impone la gran industria, o permanecerán quizá como estandarte histórico de una forma de entender la elegancia y el lujo social?

María Luisa Malibrán Viéytiz, periodista, ha colaborado en distintos medios de comunicación. Actualmente trabaja como periodista en la revista de economía e información general El Europeo.

¿Varoniles o femeninas?

Inventada tal como la conocemos por los gremios de sastres del siglo XIV, la moda alcanzó su apogeo a partir del XVIII, y en el XIX y XX los cambios han sido cada vez más rápidos y profundos, caminando hacia la sencillez y el utilitarismo. Coco Chanel, en sus diversas etapas, encabezó los nuevos gustos del funcionalismo moderno, pero sin perder la elegancia tradicional de la alta costura francesa.

Fin de la Segunda Guerra Mundial. Los franceses vuelven a recuperar la noche parisiense. Las luces de los cabarets recobran su primitivo centellear. Un característico, familiar y temido ruido interrumpe la fiesta ciudadana recién iniciada: taconazos de botas militares en la esquina. La tensión deja paso al alivio, cuando por el callejón surge una muchacha con falda recta, corta y oscura, andando enérgicamente sobre unos rudos zapatos de gruesas suelas. En realidad, el temido ruido no era más que el eco de sus bastos zapatos, con suelas de madera, que producían en el asfalto el mismo sonido ruidoso y desagradable de las botas nazis.



Coco Chanel, una institución de la moda.

La importancia económica de la moda, tanto si se trata de alta costura como del prêt-à-porter, es muy notable y constituye una fuente de ingresos fundamental para países como Francia, Gran Bretaña, Italia y la propia España. Los modelos exclusivos de París se venden en las boutiques y tiendas de todo el mundo. La firma de un modista como Christian Dior es algo que siempre se ha cotizado.

Christian Dior en París: la cabeza de un imperio.

Ese era el aspecto de la mujer europea y americana recién acabada la segunda contienda: un uniforme austero y masculinizado.

La reacción no se hace esperar, y al igual que los parisienses vuelven a Montmartre, la alta costura, los creativos de moda, deciden devolver a la mujer la imagen perdida por las bombas. En esta ocasión, en contra de lo sucedido tras la Primera Guerra Mundial, la iniciativa corre a cargo de los que dictan la moda. La mujer no se rebela y acepta gustosa la nueva línea, ese *new look* que le ofrece recuperar una imagen exterior tierna y femenina. El artífice de ese retorno tiene un nombre que se haría perenne en la historia de la alta costura: Christian Dior.

Radicalmente diferente había sido el proceso acaecido tras la primera gran guerra. En aquella ocasión, las mujeres se negaron, se rebelaron y lograron transformar las sugerencias e imperativos que los modistas dictaban. Entonces, en los años veinte, los creativos se escandalizaron; pretendían que la mujer abandonara ese aspecto que se concretaba en: pelo corto, traje sastre, falda supercorta y prendas calificadas de «antifemeninas». Las jóvenes, en esos seis años, habían experimentado un revolucionario cambio: bebían, fumaban, trabajaban, al tiempo que acortaban sus faldas y cabellos, apretaban sus bustos con bandas e incorporaban las varoniles «americanas» a sus vestuarios. El «gretagarbismo» de la atractiva actriz sueca hacía mella. Y, mientras tanto, los modistas, la alta costura, trataban de crear otra figura bien distinta, más femenina: volver a la imagen frágil y delicada de la mujer de la preguerra. Todo en vano. «El modista propone y la parisiense dispone», se decía. Y era cierto. Guerra abierta entre la moda elegida por la mujer y la alta costura, que pretendía envolverla de nuevo en faldas largas, pelo sedoso y ondulado y vaporosos vestidos. Sólo una mujer, una diseñadora, una «maga» de la moda, consigue entroncar con esa rebeldía. Su nombre era Coco Chanel. Ella, desde la alta costura, comprende el cambio, y se adapta a él: convierte la simplicidad en un lujo; adapta las conquistas femeninas que se rebelaban y manifestaban en esa forma de vestir, a la moda dictada en sus bocetos. Había nacido el estilo «Chanel»: trajes sastres, pero con estilo; faldas plisadas, cortes severos, rostros bronceados.

El «Rockefeller» francés

Al igual que Miguel Angel encontró un mecenas sin el cual poco podría haber hecho, Dior tiene la suerte de cruzarse con el ingenio y agudeza del millonario Marcel Boussac, el conocido «rey del algodón», y hombre de gran inteligencia,

que gracias a su talento y rapidez había conseguido hacerse millonario a los veinticinco años. Su objetivo era siempre el dinero. Su medio para conseguirlo, un olfato infalible para los negocios.

Las características de Dior eran bien distintas. De carácter inquieto y sensible, el joven Christian había abandonado rápidamente la carrera de diplomático a la que su familia le había destinado. De esta forma, al poco tiempo, Dior crea una galería de pintura donde expone obras de amigos suyos, entonces no muy famosos, pero con un porvenir espectacular: Dalí, Max Jabob, Berman, Berard y Cocteau, entre otros, son algunos de los compañeros y devotos del futuro modista.

Sin embargo, también al poco tiempo, cambia los cuadros por el dibujo y comienza a trabajar en varias casas de modas como dibujante de figurines y estilista. Finalmente, Dior y Boussac se encuentran: el arte y el dinero por enésima vez se dan la mano, y el resultado vuelve a ser magnífico. Al «Rockefeller» francés no le falta, en esta ocasión, el mismo olfato que en el resto de sus negocios cuando contempla la sensibilidad de Christian Dior. Y, al tiempo, entiende que para intentar y conseguir copar la alta costura con el arte y creatividad de su socio y amigo, debe partir con las alforjas llenas. Así, desde un principio, en la Maison de la Couture de la avenida Montaigne, 30, de París, Dior se ve al frente de 85 empleados, un hotel para presentar sus colecciones y todos los medios imaginables que muy pocos modistas habían podido tener desde un principio a su alcance.

La salida fue fuerte. Su primera colección, presentada en febrero de 1947 —un desafío total: el *new look*—, había nacido con la estrella del éxito. Dior lo explicaba así: «Salíamos de una época de guerra, de uniformes, de mujeres soldados con anchos hombros de boxeador. Yo empecé a diseñar mujeres-flor, hombros redondos, bustos bien modelados, talles finos como juncos y faldas pomposas como corolas.»

Dior entronca con el deseo femenino, al igual que Chanel lo hiciera veinte años antes. La maquinaria perfecta del arte y las finanzas comienza a funcionar. Este respaldo económico de Boussac le permite jugar, crear, innovar y sugerir todo lo que la mujer desea apasionadamente a la vuelta de la contienda. En otoño de 1954, cuando su nombre es ya una institución en Francia, lanza la línea «H»; en 1955, la línea «Y»; más tarde, la «F». Exito tras éxito, que va unido a una expansión de su imperio financiero por todo el mundo.

A los dos años de instalarse en la avenida Montaigne, Dior, con un increíble acierto, abre en Nueva York una filial para que se fabriquen allí las prendas de su colección. Es el nacimiento del *prêt-à-porter* de *luxe;* asimismo, comprende la necesidad de ampliar la variedad de su producción: las medias Dior irrumpen en seguida en el mercado, seguidas por multitud de accesorios e incluso perfumes. Hace, finalmente, realidad una máxima que siempre pervivirá: «Si una mujer no puede vestirse en Dior, sueña con ello toda su vida, y da igual.»



Trajes de noche diseñados por Cristóbal Balenciaga

Siempre rodeadas de lujo, de seda y de raso, en los escenarios más paradisiacos. Dando vida, forma y calor a los modelos y diseños más atrevidos de los creadores más famosos: las modelos. En los últimos tiempos, las formas de desfilar han cambiado mucho, e incluyen a menudo ritmos musicales. Pero la década de los sesenta fue una buena época para la moda. Creadores españoles, como Balenciaga, Pedro Rodríguez, Pertegaz y Paco Rabanne, consolidaron su prestigio internacionalmente.

Cristóbal Balenciaga, «el español»

Cuando Dior desaparece, un 23 de octubre de 1957, contando tan sólo cincuenta y dos años, las bases de su «imperio» eran ya sólidas; veintitrés años más tarde fallecería Boussac, cuando contaba noventa años de edad, y completamente arruinado. Dos años antes de su

El siglo XX ha impuesto en todos los renglones de la moda indumentaria un proceso de sinceridad y simplificación muy acorde con el utilitarismo y funcionalismo del mundo moderno. El cambio acelerado en las modas ha ido parejo a las transformaciones de mentalidad y los cambios sociales y culturales del siglo. La moralidad, por ejemplo, es algo que siempre ha estado relacionado directamente con la moda; hoy, a caballo de la revolución de las costumbres, son muy pocas las indumentarias que pueden escandalizar.

muerte vendía su imperio, Dior incluido, a los hermanos Willot. La desaparición de los dos hombres que un día crearon la firma más prestigiosa de la alta costura no alteró en nada el poder de esas dos iniciales mágicas, «C. D.», que ya sabían caminar solas.

Quizás el éxito de Dior fue adelantarse en todo momento a los acontecimientos. Cuando decide que sus modelos se vendan en el almacén más prestigioso de Nueva York, se adelanta a la irrupción masiva del *prêt-à-porter.* Razones había.

París, en aquel momento, en torno a los años cincuenta, y en concreto la famosísima rue de la Paix, era el centro del espionaje del diseño. Parecía imposible evitar que, en los fastuosos desfiles de los grandes de la moda parisiense, las fotografías clandestinas se realizaran y en un abrir y cerrar de ojos miles de modelos iguales a los de los originales se vendieran a bajo precio en las tiendas de Beverly Hills.

Dior dio en el clavo. Y más tarde, el *prêt-à-porter* le daría la razón, al evidenciarse como el único camino válido para acabar con el espionaje de la alta costura.

El tímido despertar del *prêt-à-porter* no iba a significar que París perdiera su trono como centro internacional de la moda. Al lado de nombres como Dior surgen otros igual de prestigiosos.



Bañistas al estilo de los años treinta.

Chanel vuelve a la carga. «Madre atrevimiento» la llamaron cuando en 1954 vuelve a abrir su casa de modas, pero el triunfo estaba asegurado, como cuarenta años antes, con el mismo estilo y sello que la caracterizaban. Tímidamente, pero con aplomo, aparecen también los italianos Nina Ricci, Carven; y un español, «el español», Cristóbal Balenciaga, para muchos el más grande creador de moda de todos los tiempos.

En general, España, que en época de Felipe II había impuesto su moda sobria a toda Europa, ahora, en los años cincuenta, no conseguía más que realizar ligeras variaciones sobre los postulados franceses. Pedro Rodríguez, Pertegaz e Inés Higueras eran una excepción a esta regla. Y en medio de todos ellos, el gran creador: Cristóbal Balenciaga.

Había nacido en la costa cantábrica. Hijo de una costurera, él mismo contaba su fascinación al contemplar de pequeño los vestidos que lucía una conocida marquesa de su localidad. Un día se dirigió a ella y la interpeló sobre el origen de su vestido. Cuando ésta, después de contestarle, le preguntara por su edad, Cristóbal respondió: «Catorce; pero sé coser y cantar. Señora, ¿me permite que copie su traje?» La marquesa aceptó y el resultado fue perfecto. Esta historia, que parece sacada de un cuento de princesas y pastores, pero que es real, da idea de las características y dotes peculiares del joven Balenciaga.

Años más tarde, cuando estalla la guerra civil española, Balenciaga, que ya había instalado una casa de costura en San Sebastián, se traslada a París. A partir de entonces, su ascensión fue imparable. Mientras la mayoría de los modistas dibujaban, él se entrega por entero a la costura. Sus normas, su estilo, su hacer se convierten en dictados. «El español», capaz de rechazar cheques en blanco si el personaje no era de su agrado, dicta la moda y consigue, como Dior, que su nombre no desaparezca con él.

De la alta costura al «prêt-à-porter»

El *prêt-à-porter,* que había surgido en una época de desarrollo social que originaba que nuevos sectores sociales, como la clase media, desearan acceder a un tipo determinado de moda, se ampliaba día a día. Lo que en un momento pareció una coyuntura terminó finalmente con poner en peligro la sagrada e intocable

alta costura. Los modistas reaccionan rápidamente. Los nuevos creativos de los años sesenta, franceses e italianos la mayoría, no quieren que su poder se les escape de las manos. Los más cautos siguen empeñados y sumidos en un *prêt-à-porter* de *luxe*, pero los más jóvenes e innovadores comprenden a la perfección el impulso de las nuevas generaciones. Si hasta entonces el modista había creado abstrayéndose en alguna medida de los cambios sociales, ahora no tiene más remedio que crear a partir de ellos y en base a ellos. Así, los jóvenes y despiertos creativos vuelven a entroncar, esta vez con mayor ruptura, con las nuevas corrientes generacionales. Yves Saint Laurent provoca un escándalo en París cuando presenta su colección, pero triunfa.

La década se abre con un fuerte impulso juvenil. A partir de ese momento, los modistas saben que deben contar con los jóvenes para dictar sus postulados. Nace el *rock*. De la mano de Elvis Presley comienzan a imponerse determinados atuendos que horrorizan a los grandes de la alta costura: vaqueros, cazadoras de cuero y botas. Desde América va imponiéndose una nueva forma de estar y de vestir.



Toda una concepción del mundo y la moral

Última moda en trajes de baño.



Mary Quant, creadora de la minifalda.

Los jóvenes comenzaron a imponer sus gustos y criterios en los años sesenta a través de la música. Los Beatles pusieron a Gran Bretaña «en la cresta de la ola», y una humilde pero creativa modista británica, Mary Quant, lanzó la idea de la minifalda y después la de la «ropa joven». Su éxito fue arrollador, y la «moda joven» se convirtió en una excelente fuente de divisas para el Reino Unido. Los restos del Imperio británico quedaron en manos de una costurera y cuatro «melenudos». Una de las modelos más populares de ese momento fue la también inglesa Twiggy, con su 1,65 de estatura y sus escasos 41 kilos.



Twiggy, famosa modelo británica.

Los modistas comprenden que ya hay que pasar la hoja dorada en la que la alta costura era un coto reservado para unos pocos. En 1959 un joven creador, discípulo de Balenciaga, abre una *boutique* de *prêt-à-porter* en París. Su nombre dará mucho que hablar: Courreges. Al poco tiempo lanza la moda futurista, caracterizada por monos blancos, botas de media caña y atuendos, en definitiva, que recordaban los trajes espaciales. No es casual que cuando Courreges ofrece esta nueva imagen, Yuri Gagarin hubiera realizado un año antes el primer viaje espacial. Courreges es uno de los pioneros en el *prêt-à-porter*, al igual que Pierre Cardin, uno de los artífices de la alta costura masculina.

En realidad, todos ellos intentaban y conseguían dirigir la marcha del *prêt-à-porter*. Constataban el decaimiento de la alta costura, y por eso sus cambios e innovaciones eran rápidos, al contrario que los de Chanel, Dior o Balenciaga. Protagonistas de una sociedad que estaba cambiando radicalmente, tuvieron el olfato de saber cambiar ellos, y sus modelos. A este espíritu también responde Paco Rabanne, quien a mediados de los años sesenta se convierte, con sus mallas y metales, en un revolucionario de la moda.

Al tiempo, los clásicos, los que han conseguiro crear un estilo y una impronta en la moda, Dior, Chanel y Balenciaga, siguen con su hegemonía dentro de la alta costura y consiguen también algunos éxitos en el *prêt-à-porter*. No cambian sus estilos porque no lo necesitan. En éstos está su capital, limitándose a seguir de cerca la evolución femenina para adaptar a ella sus modelos. Son los auténticos «magos» de la moda.

Una costurera de «Chelsea»

El empuje de los jóvenes tiene su mayor auge en los años sesenta. La protesta frente a una sociedad que consideran caduca y violenta se manifiesta a través de nuevas formas «escandalosas» en el vestir y en el comportamiento social. Los movimientos *hippies* van tomando fuerza, y los jóvenes comienzan a imponer su moda.

Cuando Chanel triunfa, como siempre, en París, en Liverpool aparecen los Beatles. Ellos imponen desde el escenario los cabellos largos y los atuendos originales. La juventud, de nuevo como en los años veinte, se rebela frente a los dictados impuestos en París y desprecia la alta costura.

El no va más de la contestación viene en este caso sugerido desde el taller de una joven costurera desconocida llamada Mary Quant: la minifalda. Del día a la noche, todas las jóvenes

adoptan esta atrevida moda, que ya había presidido el final de los años veinte. Mary Quant logra consagrar la minifalda, acortando día a día su longitud. Poco a poco, los modistas franceses, que contemplan contrariados cómo el *prêt-à-porter* está significando la entrada de nuevos creativos de otros países en su feudo, se suman a la falda corta. París da su bendición a esta «mini» que la Quant ha tenido la agudeza de sugerir.

Tras esta aceptación vendrían muchas más. Los modistas recogen las formas externas de rebelión de los jóvenes y las hacen suyas. Por excéntricas que sean, aunque pequen de sugerencias revolucionarias, como lo que luego fue la moda *Mao*, la flexibilidad de los jóvenes creativos no tiene fin.

Mary Quant, hija del *prêt-à-porter,* se lanza al mundo de la cosmética; y casi al mismo tiempo que recibe la orden del Imperio británico, junto con los Beatles, decide dar por finiquitada la moda «mini». Así, cuando la década de los sesenta apunta a su fin lanza el estilo «abuelita».

El cambio de década coincide con la oficialización por parte de la alta costura de la moda *hippy,* y con un retroceso generalizado hacia formas pasadas: nace el *camp.* Es cuando Yves Saint Laurent, *l'enfant terrible* de la moda parisiense, decide lanzar el *new-new look,* basado en las transparencias y en un salto radical: la «maxi-midi», *new-new look* que no tendría el mismo éxito que el sugerido por Dior veinticinco años antes.

Los años sesenta llevaron al mundo de la moda por derroteros muy distintos de los conocidos. Para empezar, París tendría a partir de aquella fecha que compartir su hegemonía con Italia. Nuevos nombres de modistas de otras latitudes, como el japonés Kenzo, vendrían también a cuestionar aquella frase de que «la moda se hace sólo y desde la capital francesa». Asimismo, otro fenómeno, que, como antes señalábamos, en un principio parecía coyuntural, el *prêt-à-porter,* se convertiría en uno de los vehículos imprescindibles para todo nuevo creador que surgiera o surja: un *prêt-à-porter* que ya no se limitará a accesorios imprescindibles, sino que llegará al más mínimo objeto imaginable. La moda, además, era ya una industria potente, no sólo vital para la economía francesa, sino también para la de países vecinos. Mientras tanto, la alta costura se estrechaba día a día y la socialización de la moda que naciera de la mano del *prêt-à-porter* comenzaba a ser un hecho. Sin embargo, la *jet society* cuidaba de mantener un pequeño pero vital feudo para sus demandas externas, que siempre les diferenciarán de esa clase media tributaria del *prêt-à-porter.*

Mary Quant comenzaba su declive; mientras, los diseñadores americanos seguían empeñados, aunque sin éxito, en trasladar de Europa a América el cetro de la moda. Algo permanecía inalterable, sin embargo: la moda como tal. Su increíble capacidad de adaptarse a todos los cambios sociales imaginables demostraba y demuestra su carácter indestructible, porque, como ya dijera Oscar Wilde: «El sentimiento de ir a la moda proporciona a hombres y mujeres una seguridad que la religión no podría darles.»

M. L. M.

Bibliografía básica

BARTHES, R.: *Système de la mode,* París, 1967.

LATOUR, A.: *Los magos de la moda,* Ediciones Acervo. Barcelona, 1961.

RUBERT DE VENTOS, X.: *Teoría de la sensibilidad,* Ediciones 62. Barcelona, 1968.

Aparte de para abrigarse, los hombres han utilizado ropas desde los tiempos primitivos para adornarse o para inspirar temor o autoridad. Los trajes más vistosos eran utilizados por hechiceros y caudillos, que transmitieron dicha costumbre a reyes y emperadores. El mundo moderno ha igualado a los hombres en lo que al vestido se refiere, aunque se mantienen diferencias, sobre todo en la indumentaria productiva de las distintas profesiones. Los jóvenes y las minorías marginales también utilizan el vestido para diferenciarse de los valores generales de una sociedad a la que pertenecen pero en cuyo futuro no creen. La moda punk se caracteriza por su exhibitoria fealdad, su agresividad y hasta su crueldad plástica. Pero este tipo de indumentarias de contestación suele ser efímero.



La dureza de los atuendos y la moda punk



Después de más de un cuarto de siglo de independencia, la realidad económico-social de Marruecos sigue ofreciendo el mismo aspecto desolador y tercermundista de la época del protectorado colonial franco-español. Según un reciente informe del Banco Mundial, uno de cada tres marroquíes es calificado de «pobre absoluto»; el 50 por 100 de la población activa está en paro, y los precios no dejan de subir. Las protestas populares se ahogan a cañonazo limpio (matanzas de Casablanca de 1965 y 1981), dentro de un sistema político que es una rara mezcla de monarquía teocrática islámica y democracia formal. El rey Hassán II es el mejor pagado del mundo y dispone para sus gastos de más de 6.000 millones de pesetas anuales, que equivalen al 1,3 por 100 del presupuesto total del país.

EL MARRUECOS DE HASSAN II

TODO el mundo quedó muy sorprendido aquella tarde de domingo del 26 de febrero de 1961 cuando la radiodifusión nacional interrumpió sus emisiones para dar paso a una «declaración muy importante del príncipe heredero». Con la voz quebrada por el dolor, Hassán anunció la muerte de su padre.

La prensa matinal había dado cuenta puntualmente de la intervención quirúrgica a que iba a ser sometido el soberano por segunda vez en el espacio de pocos meses. Pero la intervención —una sencilla extirpación de amígdalas acompañada del corte del tabique nasal— había sido descrita como algo casi rutinario y nadie había pensado en la posibilidad de un fatal desenlace.

Unos años más tarde, en 1965, Hassán II se convierte en el monarca absoluto de Marruecos.

Jacobo García Blanco, periodista, es el autor de este artículo.

La compañía ferroviaria canadiense Budd, con sede en Troy (Michigan), recibió en 1979 el encargo de construir un tren especial para Hassán II de Marruecos. El supertrén regio debía tener seis vagones capaces de circular independientemente a más de 200 kilómetros por hora, candelabros de oro y cristal de roca, bañeras para más de una persona, ventanas antibala y un sofisticado sistema de seguridad. Su precio: 650 millones de pesetas.



Marruecos consiguió su independencia en 1956, y un año más tarde se convirtió a la democracia. Todo fue consecuencia de la decisión de Roosevelt en la Conferencia de Casablanca celebrada en 1943. El sultán Sidi Mohamed pasó a ser Mohamed V, un rey teóricamente constitucional y cabeza de una monarquía hereditaria. Los ideales norteamericanos inventaron en el norte de Africa un trono (mueble desconocido en un país de cojines), unos partidos políticos, un Parlamento y una Constitución.

El cabeza de la nueva dinastía marroquí tenía el carisma de ser el sultán histórico de su pueblo y de haber sido perseguido por los franceses, que intentaron poner en su lugar al impostor Muley Arafa. Pero la independencia del país siempre recibió el apoyo y las presiones norteamericanas sobre Francia y España, dentro del proceso general de descolonización que eclosionó en la década de los sesenta.



La familia real marroquí.



Firma de la independencia de Marruecos (hasta entonces protectorado franco-hispano).

El padre de la patria

La identificación del pueblo con su rey era profunda y sincera. Para sus súbditos, Mohamed V era el hombre que había hecho posible la independencia. Cuando en 1953, obligado por los franceses, tuvo que marchar al exilio, la imaginación popular empezó a ver, las noches claras de plenilunio, su rostro dibujado en la superficie de nuestro satélite.

Sin embargo, el tiempo no había pasado en vano desde el día de su triunfal retorno y la posterior proclamación de la independencia. De 1956 a 1961, la situación política no dejó de deteriorarse, siguiendo la misma pauta de tantos otros países recién salidos de una situación colonial.

Cuatro gobiernos se habían sucedido sin lograr resultados apreciables respecto a la definitiva institucionalización del Estado y al despegue económico y social del país.

La monarquía alauita, establecida en Marruecos desde 1660 y personificada en Mohamed V desde sus dieciocho años de edad, se resistía a perder atribuciones y someterse a una norma constitucional. El rey asumía los poderes civil, militar y religioso, y, desde mayo de 1960, la jefatura del gobierno. Como vicepresidente del mismo, Mohamed V nombró a su primogénito y heredero, Hassán, que ya se hallaba en posesión de la jefatura del Estado Mayor de las Fuer-



Mapa del territorio marroquí durante la época colonial.

zas Armadas Reales. Desde entonces, la presión popular no había cedido ni un solo instante, y palacio había respondido una y otra vez con la represión y la negativa a conceder las libertades democráticas.

La difícil transición

La prensa conservadora se preguntaba, tras la muerte de Mohamed, si el nuevo monarca sería capaz de resistir el empuje de los partidarios de una república popular, agrupados en la Unión Marroquí de Fuerzas Populares, dirigida por el Mehdi Ben Barka.

La prensa izquierdista, por el contrario, advertía sobre el escoramiento del nuevo rey hacia la extrema derecha y pronosticaba complicaciones serias, entonces y en el futuro.

En general, el diagnóstico de la prensa y las cancillerías extranjeras era más bien pesimista. Y, como para corroborar esta impresión negativa, los primeros actos de gobierno del nuevo rey fueron de marcado carácter autoritario.

Ya antes del entierro de Mohamed, que se celebró en olor de multitud y con la solemnidad y pompa de rigor, Hassán convocó a su gabinete con el fin de estudiar medidas extraordinarias de seguridad para mantener la situación bajo control. Inmediatamente después de la ceremonia de entronización del nuevo soberano, quedó descartada la posibilidad de que se llegase a formar, tal como deseaban los partidos políticos, un gobierno de unidad nacional. Era propósito de la corona garantizar la continuidad del Estado en todos los órdenes: político, económico, administrativo. Las esperanzas del pueblo marroquí acerca de una pronta convocatoria de elecciones generales para la formación de una asamblea constituyente se verían, primero, aplazadas y, más tarde, defraudadas con la promulgación, por medio de un dahír, o decreto real, de una «ley fundamental» que definía a Marruecos como país árabe e islámico en vías de dotarse de un régimen de monarquía constitucional.

Un proceso en espiral

Sin embargo, esta promesa aún no se ha cumplido. Cada vez que las fuerzas democráticas han conquistado una plataforma sólida desde la cual erigir el edificio constitucional definitivo, algún acontecimiento ha venido a desmoronar sus ilusiones. El proceso político resultante será un lento, quebrado y a menudo cruento avance hacia la democracia interrumpido por sustos y convulsiones.

Así, la Constitución aprobada en referéndum en diciembre de 1962 y las elecciones legislativas, municipales y comunales que tuvieron lugar en 1963, y que desembocaron en la apertura

La monarquía alauita marroquí conoce sus orígenes y siempre ha hecho valer su papel de aliado de Estados Unidos en el norte de Africa. Hassán II, en declaraciones a la revista Time, *resumía admirablemente su posición dentro de la estrategia general de las dos superpotencias: «La táctica de los rusos en Africa es como la táctica de un loro trepando a un árbol. Primero cayó Angola; luego, Congo-Brazzaville; más tarde, Etiopía, y después, el Sáhara. Paso a paso. Si conquistan el Sáhara (caso de que el Frente Polisario lograra independizarlo de Marruecos), los rusos tendrán una ventana en el Atlántico, lo que siempre han soñado, y la llave del Mediterráneo. La VI Flota norteamericana tendría que regresar a Estados Unidos y dejar los mares a la flota soviética.» (Nueva York, 5-XII-1979.)*



España, pasillo hacia Marruecos para el turismo francés.

Tras su subida al trono en 1961, Hassán II ha ido eliminando a sus enemigos políticos (él mismo sufrió varios atentados) y controlando férreamente desde dentro la, en teoría, democracia formal marroquí. Entre purgas y fusilamientos, «el partido del rey», apoyándose en el clero islámico y en la expansión territorial, se ha convertido en el poder real del país. Tras los dos referéndums constitucionales de 1980 (que aprobaron por aplastante mayoría —mayorías tan típicas de los países totalitarios— las propuestas del rey), el poder de la corona y todos los poderes fácticos que lo apoyan se han consolidado aún con más fuerza.



Hassán II ante los micrófonos.

solemne del primer parlamento marroquí en noviembre de aquel año, supusieron un breve simulacro de vida democrática al que pondría fin el estado de excepción que siguió a los graves disturbios de Casablanca de marzo de 1965.

Durante el régimen de excepción, que se prolongó desde junio de 1965 hasta julio de 1970, y en cuyo período el monarca concentró todos los poderes en su sola mano, el pueblo marroquí conoció vejaciones y sufrimientos innumerables que no quebrantaron su inagotable capacidad de resistencia.

A los complots, reales o ficticios, seguían los procesos masivos, que daban lugar a largas condenas de prisión o fusilamientos. A las alzas de precios sucedían las huelgas, y a éstas una represión que, por supuesto, implicaba a las fuerzas armadas. Los continuos arrestos de opositores al régimen, que en tiempos de normalidad democrática en Marruecos ni siquiera respetan la inmunidad parlamentaria, bajo el estado de excepción degeneraban a veces en simples secuestros. Este fue el caso del líder de la UNFP, Ben Barka, secuestrado y hecho desaparecer en París, ciudad en la que había buscado refugio ante las persecuciones de que era objeto. Pero el brazo represivo marroquí era capaz de alargarse hasta donde fuera necesario, en connivencia con las más tenebrosas complicidades.

Marruecos (con la ayuda de Estados Unidos) ha sido el rival de Argelia (apoyada por la Unión Soviética) en la zona del Mogreb. El conflicto fronterizo argelino-marroquí que dio lugar a la guerra de 1964 (y que todavía sigue latente, acentuado por el apoyo de Argelia al Frente Polisario en el Sáhara) sirvió a Hassán II para eliminar a Ben Barka, el líder de la oposición democrática marroquí, que dio la razón a los argelinos.



Acción de las bombas en Fez, en 1954.

Un paso adelante, dos pasos atrás

La Constitución aprobada mediante referéndum en 1970, sin ser plenamente democrática, era al menos una vía en la que se hubiera podido profundizar. Pero el atentado de Sjirat, que tuvo lugar en julio de 1971, al mostrar al trono que sus enemigos no se hallaban tan sólo, ni siquiera principalmente, en las filas de la oposición, sino también entre los rangos más elevados de las fuerzas armadas, activó una vez más los mecanismos de regresión institucional. El brutal atentado, perpetrado por dos altos oficiales que gozaban de la confianza real, dejó tendidos sobre el césped del palacio veraniego de Sjirat a un centenar de invitados reales, pero la represión que siguió al pronunciamiento arrojó un saldo aún mayor: alrededor de 150 muertos en Rabat, en el curso de las operaciones de restablecimiento del orden, y ocho oficiales superiores que fueron pasados por las armas en castigo por su traición.

Un nuevo atentado contra la vida del monarca tendría lugar un año más tarde, pocos meses después de la promulgación de una nueva Constitución —la tercera del reinado—. El 16 de agosto de 1972, el avión en que Hassán regresaba de París fue atacado por cazas de la base de Kenitra. Los atacantes, al fallar su objetivo, dirigieron sus iras contra el aeropuerto de Salé y el palacio real de Rabat, pero el rey se hallaba a salvo. Aquella misma noche, el ministro de Defensa, general Ufkir, el hombre que había dirigido personalmente el secuestro de Ben Barka y que gozaba de la máxima confianza real, encontró la muerte en la antesala del despacho de Su Majestad en el palacio de Sjirat. Al día siguiente el ministro del Interior revelaría que Ufkir había sido el cabecilla del complot que estuvo a punto de acabar con la vida del monarca.

El trono siente inseguro el suelo sobre el que se asienta. Una vez más se ha comprobado que los más feroces enemigos del rey se encuentran en los círculos más próximos al poder. Una magnífica excusa para mantener al país bajo un severo control. Marruecos entra en una década de democracia estrictamente vigilada. Una libertad de prensa recortada coexiste con apariciones esporádicas del maquis; la proscripción de ciertas organizaciones políticas y sindicales no impide las manifestaciones públicas de repudio al régimen; las espectaculares redadas y operativos policiales, así como las amenazas que el rey dirige personalmente desde la televisión a sus opositores, alimentan, al provocar una y otra vez la contestación popular, un dispositivo de acción-represión que es prácticamente imposible desactivar.



Ben Bella y Hassán II firman el tratado de paz argelino-marroquí



MEHDI BEN BARKA (1925-1965)

Político marroquí. Hijo de un gendarme, procedía de las clases humildes de Rabat. Dotado de una tenacidad y de aptitudes intelectuales nada comunes, estudió matemáticas antes de consagrarse a la actividad política, en la que destacó pronto por sus conocimientos, capacidad de análisis y simpatía personal.

Miembro desde 1944 del Istiqlal, partido nacionalista representativo de la burguesía urbana de ciudades como Fez y Mequinez, desplegó una intensa actividad en la lucha por la independencia y la monarquía constitucional. Estuvo encarcelado de 1951 a 1953. Fue preceptor del entonces príncipe heredero, Hassán II. Cuando, en noviembre de 1956, Marruecos alcanza la independencia, Ben Barka rechaza todo cargo gubernamental, limitándose a un escaño por elección en la Asamblea, de la que llegaría a ser presidente.

Con una concepción mucho más progresista del nacionalismo que el Istiqlal capitaneado por Allal al-Fassi, la escisión se planteó en septiembre de 1959, en que funda la Unión Nacional de Fuerzas Populares (UNFP), que quiere apoyarse en las masas urbanas, agrupa a la izquierda no comunista y apoya una política exterior acorde con la de los países socialistas árabes.

Acusado por la policía de Ufkir de conspirar contra el príncipe heredero, Ben Barka permanece en el exilio, ocupando un lugar destacado en los organismos internacionales de los países del Tercer Mundo. Respondiendo a los reiterados llama-

mientos a la unidad nacional que hace Hassán II al subir al trono, regresa a su patria en mayo de 1962, pero el atentado que sufre en noviembre entre Casablanca y Rabat, que oficialmente se presenta como accidente, le decide a exiliarse de nuevo, lo que no es óbice para que sea elegido diputado por un arrabal de Casablanca.

En octubre de 1964, al estallar el conflicto fronterizo entre Argelia y Marruecos, Ben Barka se muestra partidario de Argelia, por lo que es condenado a muerte en rebeldía. Por entonces se había convertido en un personaje molesto, así por su prestigio internacional, gracias a su postura independiente tanto del bloque americano como del soviético, como por ser el chivo emisario al que en Marruecos se achacaban muchas de las protestas y descontento de la población.

El 29 de octubre de 1962 fue detenido en París, poco después de mediodía y en pleno bulevar de Saint-Germain-des-Prés, por unos supuestos policías franceses. Nunca se le volvió a ver con vida ni fue hallado su cadáver. En esos mismos días estaban en París el general Ufkir, su viejo enemigo y ministro marroquí del Interior, y su brazo derecho, Dlimi, director de la seguridad marroquí. El 3 de noviembre, Ufkir asistió a una cena de gala con altos funcionarios franceses; probablemente para entonces Ben Barka ya había sido asesinado.

El periódico *Le Monde* denunció los hechos y estalló un escándalo jamás aclarado a pesar del tardío juicio. El 6 de noviembre, el general De Gaulle prometía a la madre de Ben Barka «el máximo rigor y la mayor diligencia» en la investigación; poco después retiraba al embajador de Francia en Rabat, rompiendo las relaciones diplomáticas con Marruecos.

Parece ser que en el asesinato de Ben Barka intervinieron ayudas paralelas de la policía francesa, con agentes al servicio de Ufkir y gángsters de los bajos fondos, sin descartar tampoco la participación o inducción en todo este siniestro asunto de los servicios norteamericanos, a quienes sin duda molestaba el prestigio de Ben Barka entre los países no alineados.

Sus hijos intentan aún, infructuosamente, reabrir el proceso.

Calle marroquí.



El general Ufkir.

Huyendo hacia adelante

En los momentos críticos de su reinado, Hassán ha sabido recurrir al peligro exterior —real o inventado— para contener la presión popular, aglutinar en torno a su persona a todas las fuerzas nacionales y obligar a éstas a olvidar sus disputas y reivindicaciones para ofrecer un frente común de cara al exterior.

Históricamente, Marruecos sostenía contenciosos con dos antiguas potencias coloniales —Francia y España—, con una tercera potencia ocupante más reciente —Estados Unidos— y, desde la independencia, con sus dos vecinos: Argelia y Mauritania. Una acumulación tal de asuntos pendientes permitió al poder establecido en Marruecos jugar la carta de la sagrada unión nacional siempre que lo estimó conveniente. Una y otra vez, Hassán ensayó la técnica de la huida hacia adelante.

A partir de la independencia, Francia y España cedieron a las justas reclamaciones marroquíes.

Argelia y Mauritania las rechazaron enérgicamente, puesto que no se trataba de suelo marroquí ocupado por fuerzas extranjeras, sino de fronteras heredadas del colonialismo y, por tanto, intangibles, según la Carta de la OUA.

El Sáhara, por fin, supuso el peor atolladero para Marruecos. No sólo por haberse constituido en un nuevo tropiezo en sus planes expansionistas, sino también para su economía, sus proyectos de futuro y su situación dentro de la comunidad internacional. Desde los días de euforia nacionalista de la *marcha verde*, en noviembre de 1975, hasta hoy, Marruecos, que no ha obtenido espectaculares beneficios de su ocupación del Sáhara ex español, se ha visto empobrecido a consecuencia del esfuerzo bélico. Y si un día los marroquíes soñaron con ver su suelo libre de bases extranjeras, hoy han tenido que admitir de nuevo la presencia de aviones norteamericanos en su territorio a cambio de la concesión de sustanciosos créditos, destinados a modernizar y equipar a unas fuerzas armadas condenadas a patrullar incansablemente un desierto bajo cuyas arenas no acaban de brotar las inmensas riquezas de que un día se habló.

Balance de un reinado

La marroquinización de la economía, que en 1973 se plasmaba en un ambicioso código económico de tinte nacionalista, se ha visto frenada por la nueva y reciente legislación sobre inversiones extranjeras.

El tímido proceso de reanudación de la democracia iniciado en 1977 ha sido nuevamente interrumpido a raíz de los graves disturbios de Casablanca de 1981, que arrojaron un saldo jamás precisado de muertos, pero que la oposición hace rondar el millar.

En el plano exterior, la adhesión incondicional de Marruecos al bloque occidental, y más concretamente a Estados Unidos, lejos ya de las ilusiones iniciales de independencia nacional, neutralismo y equidistancia entre los bloques, se refuerza en la misma medida en que el régimen se muestra incapaz de organizar la vida política del país al modo occidental.

Un viento cálido sopla desde el Sáhara. En ocasiones, el viento deviene torbellino, arrastrándolo todo a su paso. ¿Está Marruecos preparado para no dejarse envolver por ese turbión de ruido y de furia?

J. G. B.

Bibliografía básica

HASSÁN II: *The challenge. The memoirs of King Hassan II of Morocco.* Londres, 1978.

MORALES LEZCANO, V.: *Orígenes contemporáneos del nacionalismo marroquí,* Instituto Hispano Arabe. Madrid, 1979.

PALAZZOLI, C.: *Le Maroc politique. De l'indépendance à 1973.* Sindbad, La Bibliothèque Arabe, Col. *Textes politiques.* París, 1974.

ROBERT, J.: *La monarchie marocaine,* Librairie Générale de Droit et Jurisprudence. París, 1963.

RUIZ DE CUEVAS, T.: *Apuntes para la historia política de Africa. Estados Mediterráneos. Marruecos,* Instituto Hispano Arabe. Madrid, 1978.

WATERBURY, J.: *Le commandeur des croyants. La monarchie marocaine et son élite,* P.U.F., París, 1975.



La cantera del Polisario.

La anexión del Sáhara español por Marruecos y Mauritania, tras la espectacular marcha verde *de noviembre de 1975 y el acuerdo tripartito de Madrid, que el gobierno de Arias Navarro, con Franco agonizante, tuvo que firmar cediendo el territorio, sirvió a Hassán para hacer olvidar a su pueblo gravísimos problemas internos. Pero la resistencia del Polisario y la ocupación marroquí del Sáhara mauritano en 1979 no han hecho más que agravar las dificultades y los impuestos sobre un pueblo empobrecido y sangrado. El rey, que ostenta el título de «jefe absoluto de los verdaderos creyentes» y se hace respaldar por un Consejo Superior de Ulemas (doctores en religión), concentra todos los poderes y cuida mucho las relaciones con las fuerzas armadas, sobre todo después de la traición del general Ufkir y la más reciente de Dlimi.*

Política internacional

Muere el ex primer ministro inglés Winston Churchill.
Asesinato del líder nacionalista negro Malcom X, en Nueva York.
En las elecciones chilenas vence el demócrata-cristiano Eduardo Frei.
Con la aprobación del Parlamento israelí quedan establecidas relaciones diplomáticas con Alemania federal.
Muere Gheorghiu-Dej, primer secretario del partido y presidente del Consejo de Estado de Rumania. Le suceden Chivu Stoica y Nicolai Ceausescu.
Intervención norteamericana en la guerra civil dominicana. El presidente Juan Bosch es derrocado.
Ben Bella es depuesto de su cargo y arrestado por el coronel Houari Boumedian, nuevo presidente de Argelia.
Dimisión forzada del primer ministro griego Georges Papandreu. Después de muchos días de crisis formará gobierno Stephanopoulos.
Sir Alec Douglas-Home abandona la dirección del partido conservador británico. Le sucede Edward Heath.
En Vietnam, Estados Unidos bombardea por primera vez por encima del paralelo 17. Ofensiva del Vietcong en el delta del Mekong, y de los marines *americanos cerca de Da-Nang.*
Complot militar en Indonesia contra Sukarno. El general Suharto toma el mando del contragolpe.
El papa Pablo VI pronuncia un discurso en la sede de las Naciones Unidas.
En el Congo, el general Joseph Mobutu derriba a Kasavubu en un golpe de Estado incruento. Con su subida al poder empieza el final del conflicto.
Ben Barka, líder de la oposición al rey Hassán II y dirigente de las fuerzas populares de Marruecos, es secuestrado y asesinado en París.
Filipinas elige como presidente al nacionalista Ferdinand Marcos.
Ian Smith proclama unilateralmente la independencia de Rhodesia.
Elecciones presidenciales en Francia. Será necesaria una segunda ronda, en la que saldrá vencedor De Gaulle, con 55,19 por 100 de los votos, frente a François Mitterrand, que obtiene el 44,80 por 100.
Nicolai Podgorni sustituye a Mikoyan como presidente del Presidium del Soviet Supremo.

Sociedad

Gran manifestación de estudiantes en Washington en contra de los bombardeos en Vietnam del Norte.
El padre Arrupe, elegido general de los jesuitas.
El Senado americano aprueba la ley del derecho al voto de los negros.
El premio Nobel de la Paz es concedido al Fondo Internacional de las Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF).
Clausura solemne del Concilio Vaticano II.
Aparición de la nueva moda que marcará una época: minifalda y cabello largo.
Mueren el ex rey Faruk de Egipto, el doctor Albert Schweitzer, Isabel de Bélgica, la Bella Otero, Porfirio Rubirosa y el doctor Barraquer.

Economía

Fracasan en Bruselas las negociaciones sobre la «Europa verde».

Ciencia y tecnología

Gran Bretaña adopta el sistema métrico.
El Mariner IV *pasa a 9.045 kilómetros de Marte y envía 21 fotografías del planeta.*
Una carta fechada en 1440, encontrada en la universidad de Yale, indica que América fue descubierta en el siglo XIII *por el navegante vikingo Leif Ericsson.*

Sucesos

El cadáver del general Delgado, jefe de la oposición portuguesa, es encontrado en Badajoz.
En Da-Nang son ejecutados tres norvietnamitas. En represalia son asesinados dos prisioneros americanos en poder del Vietcong.
Tres vagones del tren Madrid-Barcelona se incendian. Mueren 30 personas.
Se recupera el cuadro de Goya Retrato del duque de Wellington, *desaparecido en 1961.*
Evasión de Ronald Biggs, condenado a treinta años de cárcel por su participación en el atraco al tren de Glasgow.



Entierro de Le Corbusier.

El volcán Taal entra en erupción en el archipiélago de Filipinas: 2.000 muertos y 28.000 personas evacuadas.

Deportes

Jim Clark gana las 500 millas de Indianápolis. Es la primera victoria de un europeo desde 1914.
La Unión Soviética triunfa en los campeonatos europeos de baloncesto.
El francés Jean-Claude Killy se convierte en la nueva figura del esquí mundial.

Literatura

Mijail Sholojov: premio Nobel.
Edgar Snow: Estrella roja sobre China.
Alain Robbe-Grillet: La casa de citas.
Albertine Sarrazin: El astrágalo.
Mueren Thomas Stearns Eliot y Somerset Maugham.

Cine

Guy Hamilton: Goldfinger.
Pier Paolo Pasolini: El evangelio según San Mateo.
Ingmar Bergman: Los comulgantes.
Federico Fellini: Julieta de los espíritus.
Milos Forman: Los amores de una rubia.
Sergei Bondarchuk: Guerra y paz.
René Clément: ¿Arde París?
Oscars de la Academia de Hollywood a Lee Marvin por La ingenua explosiva *y a Julie Christie por* Darling.
Mueren Stan Laurel y Ladislao Vajda.

Teatro

Alfonso Sastre: Diálogos de Miguel Servet.
Peter Weiss: La investigación.

Música

Leonard Bernstein: Salmos de Chichester.
Paul Dessau: Réquiem por Lumumba.
Muere Tito Schipa.

Pintura y escultura

Kenneth Noland: Luz de tumba.
Robert Rauschenberg y Wilhelm Klüver: Oráculo.

Arquitectura

Viljo Revell: City Hall, *Toronto.*
Kenzo Tange: Catedral católica, *Tokio.*
Empiezan a desmontarse los templos faraónicos de Abu Simbel, amenazados por la presa de Asuán. La operación está patrocinada por la UNESCO.
Muere Le Corbusier.



«Julieta de los espíritus».





James Bond en Goldfinger

1965

CASSIUS CLAY



Nunca han sido fáciles las cosas para los negros en los Estados Unidos de América, sobre todo si son pobres, y Cassius Marcellus Clay sufrió desde su más tierna infancia los efectos de la discriminación racial. Su madre, Mamá Odessa, llamada cariñosamente Bird (Pájaro) por su familia, le recordó a su hijo que siendo un bebé le negaron un vaso de agua en un restaurante «sólo para blancos». La discriminación racial fue la base de su rebeldía y sus críticas al sistema americano. La viuda de Martín Lutero King, el líder pacifista negro asesinado a balazos, le dirá públicamente: «Eres el campeón de boxeo, de la justicia y de la paz.» Pero el rebautizado Mohamed Alí prefiere sus rotundas afirmaciones personales: «¡Yo soy el mejor!» «¡Soy maravilloso!» «¡Yo soy el más grande!»



CASSIUS Marcellus Clay, hijo de Cassius Marcellus Clay y de Odetta Grady, nació negro y pobre el 17 de enero de 1942, en Louisville (Kentucky). Cassius Clay, que disputó 25 combates con el título mundial en juego y que fue el primer boxeador que recuperó tres veces la corona universal, finalizó su carrera profesional tras haber ganado 70 millones de dólares. Clay, Mohamed Alí desde el 28 de noviembre de 1964, fecha en la que ingresó oficialmente en la secta de los Musulmanes Negros, también fue conocido como El loco de Louisville *por sus constantes bravatas.*

El 17 de febrero de 1966, el boxeador anunció que, por sus creencias religiosas, no participaría en la guerra del Vietnam. Esta decisión le supuso, meses después, una condena de cinco años y un paro forzoso como boxeador de casi tres años.



Boxeador por casualidad

Cassius Clay llegó al mundo del boxeo gracias a la bicicleta que le robaron una noche de 1954. Le recomendaron, para recuperarla, que acudiera al gimnasio Columbia, en donde el policía Joe Martin impartía sus clases a los aficionados del barrio. Clay no recuperó la bicicleta, pero fue invitado a entrenarse. Sólo contaba entonces doce años, pesaba 40 kilos y medía 1,52. A las seis semanas de su ingreso en el gimnasio obtuvo su primer triunfo en público. A los catorce años ganó su primer galardón de novato de los Guantes de Oro.

Entre los doce y los dieciocho años, Clay celebró 108 combates y obtuvo un centenar de victorias. En el campo aficionado fue desarrollándose físicamente hasta convertirse en un atleta superdotado. Aunque sus preparadores Joe Martin y Fred Stoner no lograron quitarle el hábito de mantener los guantes bajos y ese aspecto despectivo hacia el contrario que caracterizó toda su vida profesional, sí consiguieron moldearle el estilo que le llevaría a los grandes triunfos mundiales.

En 1960 se produjo la primera explosión Clay en el mundo entero. Con dieciocho años, 1,85 de estatura y 81,650 kilos obtuvo su sexto título de los Guantes de Oro y el campeonato nacional. Su indiscutible supremacía le lleva a representar a Estados Unidos en los Juegos Olímpicos de Roma. En la categoría de los semipesados eliminó a Because (Bélgica), Shatkov (URSS), Madigan (Australia) y batió en la final al polaco Pietrzykowski.

Aquel triunfo fue la primera gran alegría de Clay, pero las consecuencias del mismo le marcaron para toda la vida. Loco de alegría, tomó un avión para Nueva York y posteriormente otro hasta Louisville. La ciudad le brindó un cariñoso recibimiento. Clay llegó con la medalla de oro colgada del cuello, medalla que no se quitaba ni siquiera para ducharse. Los amigos pretendieron organizarle un homenaje. Contrataron un restaurante para el domingo siguiente. Cuando Clay llegó a la puerta del local se encontró con un letrero que prohibía la entrada a los perros y a los negros. La bofetada de la discriminación racial le cambió la mentalidad de manera definitiva. En un arranque de ira lanzó al río Mississippi aquella medalla de oro olímpica que tanto estimaba. Lo hizo porque, según manifestó, una medalla no significaba igualdad de derechos.

Tras el incidente se decidió a convertirse en boxeador profesional. Su obsesión por ser campeón del mundo, el mejor y el más grande, ya no le abandonó. Clay no sintió nunca complejos

«Yo peleo por dinero, como todos, pero también utilizo la fuerza de mis puños y la inteligencia de mi cerebro para mejorar la condición de mi gente frente a la gran hipocresía de la patria sólo para blancos. Estoy en contra de la opresión racista y a favor del poder negro. Rezo a Alá y a Mahoma, su profeta, y creo en la hermandad de todos los hombres. Yo soy boxeador, no político. Pero el tener un título y poder comprar automóviles no me ha hecho idiota. La circunstancia de que yo viviera bien no me impidió darme cuenta de las condiciones en que vivía mi pueblo. Y con los puños soy el mejor.»


Clay y Angelo Dundee.


Clay y Henry Cooper, que abandonaría en el sexto asalto.

por el color de su piel, pero su revancha consistió en lograr que un negro dominara a todos los blancos del negocio boxístico. Incluso llegó un momento en que prescindió de sus ayudantes blancos para que todo su equipo estuviera compuesto por gente de color. En ese conjunto de hombres que permanecieron a su lado en los mejores momentos de su vida profesional sobresalió el viejo preparador Angelo Dundee, que fue quien psicológicamente supo captarle para que sus entrenamientos fueran los más adecuados.

Un ascenso meteórico

Tras la consecución de la medalla olímpica recibió varias ofertas para pasar al campo profesional. Finalmente aceptó la de Bill Faversham, que formó una sociedad de 11 hombres ricos conocida como «el grupo patrocinador de Louisville». Durante seis años, Clay estuvo unido al clan de su ciudad y obtuvo notables ingresos. Su primer entrenador para la etapa profesional fue el viejo campeón mundial Archie Moore, con quien no congenió demasiado el joven y exultante Clay. El cambio por Dundee fue obligado. El 29 de octubre de 1960 se enfrentó, ya como profesional, a Tunney Hunsaker en Louisville, y en pelea a seis asaltos venció a los puntos. Poco después se impuso a Donnie Fleeman, que había ganado 45 combates, 20 de ellos por fuera de combate.

Clay, en su continua ascensión durante 1961, 1962 y 1963, fue venciendo obstáculos. Unicamente Jones Doug pudo terminar en pie la pelea. Los demás adversarios acabaron noqueados. Por entonces, Clay ya había establecido la costumbre de anunciar a la prensa en qué asalto dejaría fuera de combate a su adversario. Trece peleas con 13 victorias, 10 de ellas por *K.O.* o *K.O.* técnico, le pusieron a las puertas del título mundial. Cuando contaba veinte años se convirtió en el número ocho de la clasificación mundial.

El más grande

Cassius Clay tenía prisa por ser campeón del mundo y vaticinó que lo sería a los veintiún años. No pudo cumplir esta promesa porque tuvo que esperar hasta el 25 de febrero de 1964. El título en versión de la WBC se lo ganó a Sonny Liston en Miami. Liston sólo pudo soportar siete asaltos. Clay le propinó una gran paliza. Aquella movilidad prodigiosa para un peso pesado que tenía el nuevo campeón, aquella arrogancia, los desplantes continuos causaron un gran impacto entre los aficionados del mundo.

Ese mismo año, Clay anunció su cambio de religión. En septiembre de 1964, Mohamed Alí se casó con la modelo de Chicago Sonji Roy, de la que se divorció en enero de 1966. Mohamed se divorció porque, según indicó al juez, tenía unas costumbres demasiado occidentales para un musulmán. Sonji usaba vestidos por los que, según su marido, «se le podían ver todas las ranuras del cuerpo». El divorcio le costó a Alí una pensión de 350 dólares semanales durante diez años. Sonji manifestó al término del juicio que había sido la única que le había vencido.

La conversión de Mohamed coincidió con las marchas por los derechos civiles en los estados del sur de Estados Unidos y las grandes batallas de Harlem. Cassius era por entonces gran amigo de Malcom X y Elías Mohamed.

Un campeón incómodo

La lucha contra Alí la inició el presidente de la Asociación Mundial de Boxeo, Ed Lasman, que dijo del campeón que era «un oprobio para el boxeo y un pésimo ejemplo para la juventud».

El combate de revancha contra Sonny Liston lo ganó en Lewiston el 25 de mayo de 1965 por fuera de combate en el primer asalto. Los enemigos de Alí le acusaron de haber amañado el combate. Los problemas para Alí comenzaron en el momento en que fue reclasificado para el reclutamiento militar. Clay se graduó en la Central de Segunda Enseñanza en 1960. Fue el número 367 de un curso de 390 alumnos y recibió un «certificado de asistencia» por sus éxitos deportivos. En 1962 las pruebas de inteligencia le declararon «no calificable para lograr alta». En 1966 el percentil 30 fue reducido a 15 para el reclutamiento, y Clay, que tenía un percentil 16, fue reclamado para acudir a Vietnam.

Trató de defenderse, pero el cerco legal se fue estrechando en torno a él. «Ningún vietcong me ha llamado negro», llegó a decir. La campaña contra Clay, al margen de los problemas jurídicos, fue en aumento. Varios Estados le declararon *persona non grata.* El 22 de noviembre de 1965 venció a Floyd Patterson en La Vegas por *K.O.* técnico en el duodécimo asalto, y a partir de ese momento decidió combatir fuera de su país. Cuatro defensas del título mundial las hizo en cuadriláteros no estadounidenses. El 23 de marzo de 1966 venció por puntos en Toronto a George Chuvalo; el 21 de mayo venció en Londres por *K.O.* técnico en el sexto asalto a Henry Cooper; el 6 de septiembre, también en Londres, venció a Brian London por *K.O.* en el tercer asalto, y el 10 de octubre derrotó por *K.O.* técnico en el duodécimo asalto a Karl Mildenberger. Antes de que finalizara el año regresó a Estados Unidos, y el 14 de noviembre batió por *K. O.* técnico en el tercer asalto a Clevelland Williamas.

Cassius Clay unía a su gran fortaleza y espléndida forma física una excepcional agilidad y unas dotes notables de actor. Sus gestos, gritos y provocaciones al contrario enardecían al público. Antes de un combate, Clay retaba, pinchaba e insultaba a su contrincante por medio de provocadoras declaraciones a la prensa. Luego, en el cuadrilátero, hasta le sacaba la lengua y sabía poner al otro púgil en un desastroso estado de confusión psicológica que él sabía aprovechar.

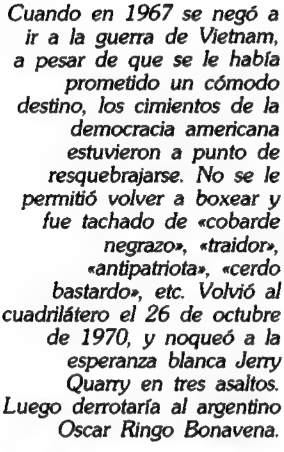


Antes del combate.

Tres años de obligada inactividad

Clay puso en juego su título dos veces a comienzos de 1967. El 6 de febrero, en Houston, ganó a los puntos a Ernie Terrel, y el 22 de marzo, en Nueva York, puso fuera de combate en el séptimo asalto a Zora Folley. Esta fue la última pelea de su primera y triunfal etapa. A partir de este momento comenzó su «exilio» del ring. En abril fue llamado a filas y en nombre de su fe religiosa se negó a prestar el juramento de fidelidad. Alí presentó una apelación ante la Corte federal, pero la Comisión de Boxeo de Nueva York y la WBA le retiraron la licencia y le desposeyeron del título antes de esperar a la sentencia. Alí fue condenado a una multa de 10.000 dólares y a cinco años de cárcel. Fue acusado incluso de marxista por sus enemigos, pero él se negó a luchar por una supuesta libertad en Asia, dado que entendía que esa libertad no la disfrutaban sus hermanos de raza en Estados Unidos.

Alí estuvo inhabilitado desde abril de 1967 hasta septiembre de 1970. En 1967 mantuvo su gran popularidad y fue invitado a dar conferencias en varias universidades para que explicara las razones de su negativa a acudir a la guerra. Ese mismo año se casó con Belinda, una estudiante musulmana, y se le vio en numerosos actos públicos en los que no dejó de ser centro de atracción. El abogado judío Bob Arum consiguió en junio de 1970 que fuera anulada la sentencia condenatoria, y en septiembre el Estado de Georgia le concedió la licencia de boxeador. El 26 de octubre de ese año reapareció en Atlanta y venció a Jerry Quarry por *K.O.* técnico en el tercer asalto: su regreso triunfal como boxeador terminó con la gran esperanza blanca.



Cuando en 1967 se negó a ir a la guerra de Vietnam, a pesar de que se le había prometido un cómodo destino, los cimientos de la democracia americana estuvieron a punto de resquebrajarse. No se le permitió volver a boxear y fue tachado de «cobarde negrazo», «traidor», «antipatriota», «cerdo bastardo», etc. Volvió al cuadrilátero el 26 de octubre de 1970, y noqueó a la esperanza blanca Jerry Quarry en tres asaltos. Luego derrotaría al argentino Oscar Ringo Bonavena.

Segundas partes fueron buenas

La nueva oportunidad para proclamarse campeón mundial se le presentó el 8 de marzo de 1971, pero en Nueva York le venció por puntos Joe Frazier, su peor enemigo, ante el que no pudo desquitarse hasta el 1 de octubre de 1975, en Manila. Alí conservó ante Frazier el título que ya había recuperado al vencerle por abandono en el decimoquinto asalto.

Alí recuperó la corona mundial el 30 de octubre de 1974 en Kinshasa al batir a Foreman por fuera de combate en el octavo asalto. Esta pelea se le presentaba sumamente difícil al ya veterano campeón, pero psicológicamente derrotó a Foreman antes de subir al cuadrilátero. La defensa de la negritud le valió el apoyo de todos los espectadores del combate. Tras el triunfo sobre Foreman, el 24 de marzo de 1975 venció en Cleveland a Chuck Wepner por *K.O.* en el últi-



Con Annazette Chase en la película El más grande.



Clay y Jerry Quarry.

mo asalto; a Ron Lyle, el 16 de mayo de 1975, en Las Vegas por *K.O.* técnico en el undécimo asalto; a Joe Bugner, el 1 de julio de 1975, en Kuala Lumpur por puntos; a Frazier, en el citado combate de Manila; a Jean P. Coopman, el 20 de febrero de 1976, en San Juan por fuera de combate en el quinto asalto; a Jimmy Young, el 30 de abril de 1976, en Landover por puntos; a Richard Dunn, el 25 de mayo de 1976, en Munich por *K.O.* técnico en el quinto asalto; a Ken Norton, el 28 de septiembre de 1976, en Nueva York por puntos; a Alfredo Evangelista (uruguayo nacionalizado español), el 16 de mayo de 1977, en Landover, también por puntos; a Ernie Shavers, el 29 de septiembre de 1977, en Nueva York, también por puntos.

«Paren el combate»

La racha de victorias con el título en juego se truncó el 15 de febrero de 1978 en Las Vegas. Aquel día fue batido a los puntos por Leon Spinks. La revancha se celebró en Nueva Orleáns el 15 de septiembre del mismo año, y Alí conquistó de nuevo el campeonato del mundo tras vencer a los puntos. Tras este combate anunció su retirada. Después de aquel retorno, que fue como un ritual negro ante Jerry Quarry, Mohamed Alí había llegado al final de su carrera. No obstante, aburrido por una vida en la que únicamente había sido espectador de los hechos de los demás, el 15 de octubre de 1980 reapareció en el Caesars Palace de Las Vegas en un intento por ser una vez más campeón mundial.

En el undécimo asalto, desde su rincón pronunció su última frase boxística: «Paren el combate.» Ese fue el adiós de Cassius Marcellus Clay, un hombre dedicado fundamentalmente en estos momentos al cine, la religión y la política. Alí, que en la actualidad está casado con Verónica Porsche, una guapa modelo, no tiene otra dedicación especial que la de ayudar a la captación de nuevos miembros para los Musulmanes Negros. En 1980 apoyó al presidente Carter en la batalla por el boicoteo de los Juegos Olímpicos de Moscú, y como enviado especial de la Casa Blanca visitó varios países. En 1982 fue recibido por el papa Juan Pablo II, al que entregó su biografía titulada *El más grande*.

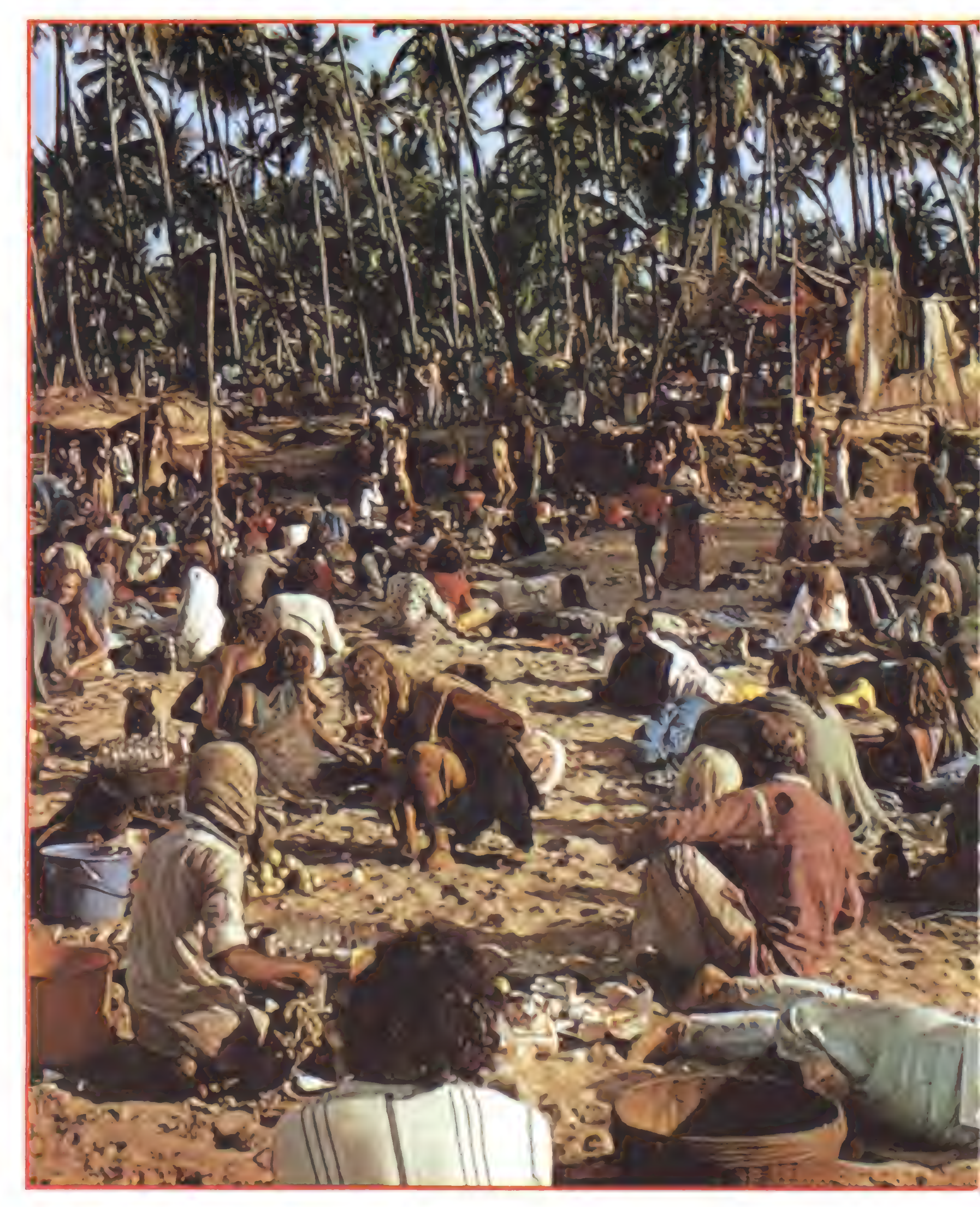
Clay, considerado por la revista *The Ring* como el tercer gran campeón de la historia, tras Joe Louis y Jack Dempsey, ha sido catalogado por otros como el número uno de todos los tiempos. Como aficionado disputó 167 combates, de los que ganó 161, fue campeón olímpico en 1960, en Roma, y como profesional, de 60 combates ganó 57 (37 antes del límite) y de las tres derrotas únicamente una fue antes del límite: la última.

J. G. C.



Derrotado por Joe Frazier.

El combate celebrado el 8 de marzo de 1971, en el Madison Square Garden, de Nueva York, entre Mohamed Alí y Joe Frazier fue algo más que un encuentro deportivo y ha pasado a la historia del boxeo al mismo nivel que el mítico encuentro de Joe Louis con Max Schmeling en la década de los treinta. Una pancarta decía: «Alí, zúrrale al criado de los blancos»; pero el «integrado hombre de color», Frazier, llegó hasta el final y venció a Cassius después de 15 reñidísimos y demoledores asaltos en los que se dieron 592 y 579 golpes, respectivamente. Los dos púgiles fueron internados en el hospital, y el Frazier campeón guardó cama durante cinco semanas. El ardoroso Alí dijo al terminar el combate: «Eres el campeón y una mala bestia.» El frío Frazier le puntualizó: «Somos dos negrazos malas bestias.» Ambos se repartieron una bolsa de cinco millones de dólares (unos 400 millones de pesetas.





Hippies en Goa (India).

LOS «HIPPIES»: SUS RAICES Y SU SEMILLA

La rebeldía hippy, que arrastró a millones de jóvenes del mundo occidental, tenía en su fondo un claro fundamento religioso: la búsqueda de la verdad, la pureza, la paz. Algo imposible de encontrar en el funcionamiento real de las sociedades de consumo del capitalismo competitivo, en las que muchos de los valores «oficiales» que se enseñan en el colegio son hipócritamente vulnerados en la vida diaria. La huida a Oriente y el uso de drogas alucinógenas fueron dos de las vías usadas para intentar llegar a la «verdadera paz», para «ver a Dios cara a cara». «Quiero que Dios me enseñe su rostro», gritaba a todos Jack Keruac, poeta y filósofo beatnik. *Pero los jóvenes clamaban por un Dios diferente al oficial, que en boca del cardenal Spellman comparaba a los soldados norteamericanos en Vietnam con soldados de Cristo, defensores de la civilización occidental.*

LLAMARON a la puerta de la sociedad después de la Segunda Guerra Mundial, cuando todos respiraban por el final de la pesadilla bélica: eran los jóvenes. Siempre habían existido claro, pero en la segunda mitad de nuestro siglo el tener veinte años dejó de ser un preámbulo de la madurez para convertirse en una marca de comportamiento social: primero fueron los beat, *luego los* rockers, *y ya en los sesenta, la gran invasión* hippy, *con sus flores, sus harapos, su pacifismo y su desprecio por la ordenada sociedad productiva.*

Miguel Bayón, escritor y crítico teatral de la revista Cambio 16, *es autor de varias novelas y de un estudio sobre los movimientos contraculturales.*

Hartos de guerra

Al hablar de los jóvenes y sus movimientos, siempre sufrimos la miopía de referirnos a lo que sucede en los países industrializados: se olvida nada menos lo que ocurre en las tres cuartas partes del mundo, compuestas muy mayoritariamente por masas de menores de veinticinco años. Pero las historias de los desposeídos, de los condenados de la tierra, no interesan mucho.

Los llamados *movimientos juveniles* son, por tanto, característicos de los países industrializados. Y un fenómeno moderno, de después de la Segunda Guerra Mundial. Los jóvenes de la Europa arrasada de los años cuarenta que tenían acceso no sólo a la lucha por la vida, sino a las inquietudes culturales, generaron una conciencia *existencialista* de la vida humana como opuesta a las morales tradicionales y volcada a la captación del momento presente e irrepetible. Era una visión de la existencia humana que sacaba fuerzas de flaqueza precisamente del *absurdo* de estar vivos.

En Estados Unidos, la guerra mundial había sido una pesadilla más o menos lejana, y los jóvenes se lanzaron con fruición al consumo. No todos: sectores más sensibilizados cultural o artísticamente decidieron rechazar la opulencia que se venía encima, y hacer alarde de comportamientos poco edificantes. Eran los *beatniks,* o «golpeados». Lo importante —proclamaron— era la vida, el dejarse arrastrar, el huir de las ataduras del trabajo o de las responsabilidades. Adoptaron los andrajos como uniforme, y el vagabundeo como forma de vida. Poetas como Ginsberg, Ferlinghetti, Snyder; novelistas como Kerouac, clamaron por una nueva sensibilidad fundada en drogas como la mescalina, en filosofías orientales como el budismo y el zen, en la abolición de las barreras sexuales.

Respondían con la dejadez a la agresividad de un país que guerreaba en Corea y exhibía por doquier su condición de líder. El cine y el primer *rock* fueron recogiendo actitudes de *rebeldes sin causa:* James Dean o Elvis Presley empezaban a simbolizar la juventud como valor en sí, como don mítico.

La guerra fría, la división del mundo entre buenos y malos, acarreará el fomento de la rivalidad entre las masas jóvenes potencialmente peligrosas para el sistema: las tensiones logran ser canalizadas desde arriba hacia enfrentamientos entre *mods* y *rockers,* por ejemplo; los unos, más finos y aseados; los otros, broncos y navajeros. Divide y vencerás es la consigna del sistema. Mientras las pandillas jóvenes pelean entre sí por ser los más machos (las chicas siempre serán relegadas al papel de comparsas y *pa-*

Músico hindú



Jóvenes hippies en Madrid.

quetes en las motos), no volverán su agresividad contra una sociedad que enmascara la injusticia que la mueve. Cuando no pelean, los jóvenes aspiran canciones de un romanticismo resquebrajado, como *Bye Bye love:*

Adiós, adiós, amor;
adiós, adiós, dulce caricia;
hola, vacío,
me siento como si fuese a morir.

Los «hippies»

Los años sesenta son los de la prosperidad económica en los países industrializados. En consecuencia, los preside una creatividad optimista respecto al futuro. Pero cada vez son más los jóvenes que no ven claro que sólo haya de vivirse para producir y consumir. La agresión estadounidense en Indochina, la resistencia de aquellos pueblos, será el detonante para tomas radicales de postura entre los jóvenes. Y la década *prodigiosa,* donde florecieron como nunca la música y la solidaridad juveniles, se cerrará con la explosión de 1968 en Europa, hija de la agitación latente en los círculos más inquietos de Estados Unidos desde 1965.

El movimiento *hippy* no es un todo homogéneo, puesto que la época no puede ser más inventiva, fogosa, dispersa. Lo *hippy* recoge la herencia *beatnik* en cuanto a rechazo del papel productivo que se espera de los jóvenes, y en cuanto adscripción a nuevos enfoques del mundo venidos de Oriente. También, en la apariencia externa, los *hippies* hacen gala de un restallante eclecticismo: por oposición a los *square men* (gente cuadrada), cubren de flores sus cabellos, adoptan vestimentas más o menos apaches o paiutes, se echan encima variopinta quincalla política: signos pacifistas, del Black Power, del *Che* Guevara, del Vietcong.

La capital por esencia es San Francisco, en especial el barrio de High Ashbury, pero lo que el sistema no sabe denominar de otra manera que *hippismo* se extiende por todo Occidente. La música es el gran vehículo; a través de ella se preconiza un nuevo estilo: la vida en comuna, la reivindicación del amor, de la liberación sexual, de las drogas como *puertas de la percepción.* Los grupos de *rock* se convierten, desde el nombre a sus actitudes en escena o en la calle, en banderas de esa nueva conciencia: Rolling Stones, Beatles, Jefferson Airplane, Doors... Y los cantautores (hasta la palabra es nueva) como Dylan lo funden todo en un mismo crisol explosivo: la carretera, el amor efímero, el plante ante la violencia, la ruptura de las convenciones lingüísticas, el eclecticismo musical, la pasión expresada en una voz rota, insobornable, compañera:

La superación de los nacionalismos y el sentirse «ciudadanos del mundo» fue otra característica de los hippies, *viajeros infatigables por todas las latitudes. Se les podía encontrar vagabundeando, a pie, haciendo* auto-stop, *vestidos con túnicas de colores, adornados con flores y collares, bajo largas melenas, en todos los caminos: de América a la India, pasando por la vieja Europa. Y España era un país barato y con buen clima donde se podía descansar en el largo camino hacia ninguna parte. Todavía en el verano de 1981, más de 10.000 jóvenes se juntaron durante una semana en la sierra de Cazorla (Jaén), entre los ríos Guadalquivir y Segura, donde Franco cazaba: era la VII Reunión Mundial de* Hippies. *La Guardia Civil vigilaba a los «melenudos», y la prensa casi silenció el hecho. No pasó nada.*



El festival de Woodstock

Los ciudadanos normales, los que nunca se han cuestionado su horario, la obediencia a los jefes y el porqué de lo que hacen, siempre han descargado su agresividad contra los marginados. Y los hippies *eran un blanco fácil: «vagos», «melenudos», «vagabundos», «drogadictos», «degenerados» y «desertores», epítetos en su mayoría injustos contra un grupo de muchachos que introdujeron una gran grieta moral en el sistema occidental de valores. Pero los jóvenes idealistas cada vez tienen menos sitio en un mundo aséptico y tecnificado.*

y algo está pasando
y usted no sabe qué es,
¿eh, míster Jones?

Míster Jones, el *square* medio, tal vez no supiera a qué atenerse, pero el sistema en sí generó pronto sus defensas y supo orientar buena parte de las energías rebeldes. En el terreno de los hechos, mayo de 1968 fue una derrota para los jóvenes que clamaban «Prohibido prohibir» o «Habla con tu vecino». Estados Unidos acabaría retirando a sus muchachos de Indochina ante la *débâcle* final, con lo que el principal aglutinador de la lucha juvenil desapareció. El sistema se aplicó por doquier a instrumentalizar la concepción del mundo y las nuevas necesidades de esas generaciones.

La gran feria de Woodstock

Las jornadas de «música y amor» de Woodstock simbolizan ya la domesticación, en los años setenta, del movimiento. Idolos y masas se reúnen allí en una aparente explosión de solidaridad. Pero la «nación de Woodstock» es sólo un escaparate, un espectáculo (que, además, será filmado y comercializado por las multinacionales del cine y del disco), y cuando la multitud se dispersa, exhausta y borracha de entusiasmo, las tribus no volverán ya a reunirse. Será el canto del cisne de aquella gran marea que se había manifestado contra la intervención americana en Indochina en pleno centro de Washington. Los líderes del Black Power irán cayendo uno a uno, tiroteados como el *Che* Guevara. Y el espectro de la recesión económica asoma ya sus colmillos, el empezar la resaca de los años setenta.

El *hippismo* deshilachado se refugia en las drogas (controladas ya de arriba abajo por las mafias más o menos compinchadas con los prohombres gubernamentales) y en la huida religiosa, cuanto más exótica mejor: Hare Krishna, secta Moon, guru Majarishi, conocimientos trascendentales, ufologías... Esas masas juveniles ignoran la percepción de Lenin a raíz del fracaso revolucionario de 1905: «En épocas de reflujo, proliferan los misticismos.» De la consigna de «Luchar en la calle», gritada por los Stones o los Jefferson Airplane, se ha retrocedido hasta el último reducto, el individuo que, a solas, mira sus propios rescoldos, como en esos versos de Paul Simon:

Cuando pienso en toda la basura
que aprendí en el colegio,
me maravillo de ser capaz
hasta de pensar.

El sistema aplastó literalmente a base de inflación «informativa» la identidad o identidades de lo *hippy*. Las contradicciones, creativas o no, del movimiento se acabaron por convertir en ligaduras. ¿En qué debía lo *hippy* reconocerse? ¿En los «niños de las flores»? ¿Pero quiénes eran los «niños de las flores»: los que se manifestaban con flores ante los fusiles de la Guardia Nacional, o los que huían al nirvana o a la yerba? «Todo lo que necesitamos es amor», cantaban los multicolores Beatles. ¿Pero qué era ese amor, ese *LOVE* escrito con mayúsculas en anuncios de coches, en discotecas, en el casco de un *marine*? El movimiento era ya pasto de gurus y de policías infiltrados. No supo cohesionar a tiempo sus mil energías descontentas. Macabramente, High Ashbury había sido antes un cementerio que un barrio. Pocos recordaban ya la canción de Dylan:

> *Pues quien es perdedor ahora*
> *más tarde vencerá:*
> *porque los tiempos están cambiando.*

Sí: los tiempos ya no eran lo que habían sido.

Coletazos y semilla

Pero los rescoldos se negaban a ser aventados. El Black Power fue vencido, se olvidaron los gestos puño en alto de los atletas negros estadounidenses en la Olimpiada de México (poco antes, en ese país, habían sido masacrados cientos de estudiantes); pero la antorcha de la reivindicación racial-social fue recogida por los chicanos y demás minorías hispanas.

Los *hippies* más radicalizados políticamente trataron de aglutinarse en el movimiento *yippy*, alrededor de un grupúsculo formado en 1967, el Youth International Party (Partido Internacional de la Juventud), dirigido por Abbie Hoffman y Jerry Rubin, quien sacó a la luz su propio libro rojo: *Revolución para joderles*. En 1968 lograron invadir la convención del Partido Demócrata y una «militante» desnuda ofreció a la presidencia una cabeza de cerdo en bandeja: «Este es nuestro candidato.» En la bolsa neoyorquina arrojaron billetes de dólar, y los circunspectos jugadores se mataban por llenarse los bolsillos. Los *yippies* difundieron también que la cáscara de plátano era la nueva droga secreta, y el susto de las multinacionales bananeras fue mayúsculo hasta que se comprobó que todo había sido una broma.

Los *yippies* carecían de la fuerza organizativa de movimientos europeos como el alemán, dirigido por Rudi Dutchke (eliminado políticamente de un balazo ultraderechista en la cabeza), o del francés, que conmovió los cimientos del régimen gaullista y que contaba con figuras dotadas a la par de sensibilidad política y humorística,

Políticamente, los hippies *siempre han sido poco efectivos, ya que para ellos la política constituye una vía más de integración al sistema. El psicólogo español Castilla del Pino califica al movimiento* hippy *dentro de «las formas aprácticas de protesta colectiva», cuyas extravagancias anulan su propio radicalismo. Sin embargo, algunas de las ideas de Marcuse, la nueva izquierda norteamericana y la revolución de mayo de 1968, así como las críticas al consumismo de los modernos ecologistas, tienen sus raíces en el movimiento* hippy.



Un descanso en un festival de música

En realidad, los hippies buscaban el paraíso perdido, y con su resistencia pasiva querían cambiar el mundo. En 1967 el 35 por 100 de los jóvenes norteamericanos llamados al servicio militar se negaron a entrar en el ejército. Los eslóganes «No matarás; este mandamiento va por ti», «Queremos jardines, no campos de batalla», «El fusil es el sexo de los impotentes», pronto se hicieron populares. El amor libre pasó de ser una teoría de ciertos autores a practicarse por miles de jóvenes. El escritor Norman O. Brown dijo en una de sus obras: «Las parejas hippies cogidas de la mano, de esa forma tan abierta e inocente, recuerdan a niños guiándose unos a otros a través de un bosque, aunque, por supuesto, son niños que se acuestan juntos.»

como Cohn-Bendit. Lógicamente, el movimiento americano se orientó más al desplante, a la acción propagandística e irrespetuosa.

El ejemplo de los Baader-Meinhoff (que no en vano empezaron atentando contra grandes almacenes, templos del consumo) o del Ejército Rojo japonés trató de ser imitado en Estados Unidos por grupos como los Weathermen (Hombres del Tiempo) y los cristianos Conspiradores por la Paz: hubo atentados contra instalaciones militares y complots para «el asesinato del asesino Nixon». Decía Abbie Hoffman en *Revolución para mandarles al infierno:* «Dejad de construir todo el mundo, salvo a vosotros mismos. Comenzad a vivir vuestra visión.»

Pero la tribu había sido dispersada. La batalla de las armas estaba perdida.

En Europa, la resaca de 1968 no careció de frutos. Algunos colectivos teóricos, como los *situacionistas,* muy anteriores a Mayo, herederos de los surrealistas y constituidos en una zumbona «Internacional» (I.S.), siguieron publicando terribles comunicados contra el trabajo y la sociedad alienada *(la sociedad del espectáculo):* «El pasado se deshace, los juegos se hacen», clamaba gente como Debord o Vaneigem. Los *situacionistas* siempre se vieron a sí mismos como fermento, como despertadores: contra la sociedad de la separación, lo revolucionario era «organizar encuentros». Su problema fue siempre el alto nivel lingüístico de su discurso, en las antípodas formalmente (no tanto en la práctica) de, por ejemplo, esos iconoclastas americanos autodenominados *Up against the Wall Mother Fuckers.*

Con metas más concretas socialmente, los *provos* holandeses, constituidos en *provotariado,* son los padres de los actuales *squatters* o *kabouters,* ocupantes de casas deshabitadas. Menos clásicamente marxistas que los agitadores italianos, se dedicaron al mismo tiempo a la lucha electoral (con éxitos municipales) y a batirse en la calle por conquistas de lo que luego se llamó «calidad de vida» o *ecologismo.* El símbolo *provo* fue la bicicleta. Conscientes de vivir «en el país más dirigista», consiguieron organizar un considerable movimiento práctico, de indudable influencia en nuestros días. Incluso sus consignas, formuladas por Van Duyn o De Vries, estarían vigentes hoy: «Proponemos cambiar el nombre de Ministerio de Defensa por Ministerio de Ofensa. Que el ejército sea desarmado y dividido en grupos de juglares y comediantes.»

Los años ochenta

El sistema, ahora, sigue tratando de provocar guerritas que desvíen la atención: así, los *pop-*



El renacimiento del naturalismo

pies (de *pop*, vestidos finamente) deben defenderse de los feísimos *punkies* (que en su atuendo y costumbres enlazan con las pandillas de los cincuenta y primeros sesenta). El *punk*, en todo, no es un fenómeno de masas organizadas: intentan asquear con sus cabellos teñidos estentóreamente, su aspecto guarro, sus alfileres en los labios o las orejas, toda su chatarra; pero sus «líderes», como Sid Vicious o Johnny Rotten (Juanito el Podrido), no pasan de cantantes *rockeros* pronto envueltos en la droga. Esa marginación e inoperancia es característica de otras sectas parafascistas herederas del clásico gamberro *Hell's Angel*, como los Skinheads, con sus cráneos rapados y su racismo.

Lo que sigue siendo menos controlable para el sistema son los movimientos generalizados, que combaten a la vez legal e ilegalmente. Ahí están los *verdes* alemanes y sus mil compañeros en Europa y América: por ahora no han logrado aún unificarse coherentemente, liberarse de cierto tipo retrógrado de ecologismo, pero ya constituyen un peso social. Y enlazan con los movimientos *pacifistas*, que tampoco son unívocamente blandos, y pretenden aglutinar una alternativa a este recrudecimiento de la guerra fría y el armamentismo propiciado por la llegada de Reagan a la Casa Blanca. Al fin y al cabo, son los jóvenes los que más directamente sufren el paro y la violencia organizada, y de ahí que no cesen en su búsqueda de organizarse en favor de la vida. Tal vez aún no ha vuelto a ser de actualidad aquel eslogan sesentaiochista: «No toméis el Metro, tomad el poder.» Pero no han envejecido las voces de los Jefferson Airplane:

Es un tiempo salvaje,
estoy haciendo cosas
que aún carecen de nombre.

M. B.



Hoffman, Davis y Rubin, líderes yippies



La moda del striking

Los hippies *significaron el nacimiento de una contracultura que cuestionaba todos los valores de las sociedades modernas y de consumo en cuyo seno se habían desarrollado. El desnudo en público (el* striking*) y otras formas de provocación y protesta fueron usados para luchar contra el sistema establecido, sin demasiado éxito. En Estados Unidos los* hippies *unieron sus voces al movimiento por los derechos civiles contra la segregación racial de los negros y al movimiento pacifista contra la guerra de Vietnam.*



LA COPA DE EUROPA

1966

Lo que empezó como la ocurrencia de un periodista francés se ha convertido con el paso de los años en la competición deportiva que más público mueve en el viejo continente: la Copa de Europa, el torneo eliminatorio en el que los campeones de Liga de cada país dirimen la hegemonía futbolística continental. Equipos como el Real Madrid, el Benfica portugués, los italianos Inter y Milán, el Ajax holandés, el Bayer alemán; jugadores como Di Stéfano, Mazzola, Eusebio, Rivera, Cruyff, Beckenbauer, han inscrito sus nombres en el palmarés del torneo y forman hoy parte de la leyenda del deporte.



Final Hamburgo-Liverpool.

Después de los Campeonatos Mundiales de Fútbol, los torneos más importantes de este deporte son, sin duda, la Copa de Europa de Campeones de Liga —«la Copa», por excelencia— y la Copa de Europa de Campeones de Copa, o «Recopa». Cuando nació «la Copa», en 1956, España comenzaba a salir de su aislamiento diplomático tras la guerra civil, y un equipo hispano, el Real Madrid, consiguió el preciado trofeo internacional durante cinco temporadas consecutivas. En 1966 el equipo merengue volvió a ganar la Copa de Europa, por sexta vez. El nombre de España comenzó a ser respetado en los campos del deporte rey.



El Real Madrid, campeón de Europa en 1956

El 13 de junio de 1956, el público francés que llenaba el estadio del Parque de los Príncipes de París tuvo la oportunidad de asistir a un gran partido. El Real Madrid, contra los pronósticos oficiales, venció por 4 a 3 al Stade de Reims francés. En los cuatro años siguientes, el equipo blanco español derrotó a la Fiorentina italiana (2-0), al Milán (3-2), nuevamente al Stade de Reims (2-0) y al Eintracht alemán (7-3). La alineación merengue de aquel primer partido de la final europea todavía es recordada con admiración por los madridistas: Alonso, Atienza II, Marquitos, Lesmes, Muñoz, Zárraga, Joseíto, Marsal, Di Stéfano, Rial y Gento. Hombres que forjaron una leyenda. Su último triunfo lo consiguió en 1966, con la famosa delantera ye-ye que posa bajo estas líneas.

La ocurrencia de un periodista

Gabriel Hanot, director del diario deportivo francés *L'Equipe*, fue el padre de la idea de la creación de la Copa de Europa de clubs campeones de Liga. Gabriel Hanot sugirió la creación de esta competición como consecuencia de una polémica periodística que mantuvo con un colega inglés, quien el 15 de diciembre de 1954 afirmó en su columna del *Daily Mail* que había que considerar al Wolverhampton Wanderers como oficioso campeón europeo, dado que había vencido en encuentros amistosos al Spartak de Moscú y al Honved de Budapest. Este último equipo poseía en aquellos momentos a algunas de las más grandes figuras de la historia del fútbol húngaro e incluso internacional.

Gabriel Hanot, en su respuesta al *Daily Mail*, aseguró que no podía afirmarse que el mejor equipo continental fuera el Wolverhampton, puesto que no existía ninguna competición oficial que calificase para ello. Dada la situación, Hanot entendió que lo mejor era establecer la fórmula idónea para la designación del mejor conjunto europeo. Hanot citó en París a Santiago Bernabéu en representación del campeón español, a Gustav Sebes por el fútbol húngaro y al inglés Bendrignan. En esta reunión cuajó la idea de crear la competición. Tanto la Federación Internacional de Fútbol Asociación (FIFA) como la Unión Europea de Fútbol Asociación (UEFA) no prestaron gran atención a la idea, puesto que consideraron que no podría llevarse a cabo y que estaba abocada al fracaso. No obstante, el 17 de mayo de 1955 la FIFA se dio por enterada y expuso sus condiciones para oficializar la competición.

Las reglas impuestas por la FIFA fueron éstas:

1. Que los clubs participantes tuvieran la previa autorización de sus respectivas federaciones nacionales.
2. Que la competición fuera organizada por la UEFA.
3. Que la palabra Europa quedara reservada para competiciones de selecciones nacionales.

Los organizadores aceptaron las condiciones del máximo organismo futbolístico internacional, y el torneo nació con el nombre de Copa de Europa de Clubs Campeones Europeos. Posteriormente, el uso popularizó el nombre de Copa de Europa. Es precisamente la Copa de Europa de selecciones nacionales la que necesita un mayor enunciado para que pueda ser distinguido por el público. El 21 de mayo de 1955, la UEFA acogió la idea del torneo y la hizo propia para explotarla.

La primera final

El éxito inicial de la Copa de Europa hizo que, a su imagen y semejanza, nacieran otras competiciones futbolísticas. Tras los campeones de Liga comenzaron a disputar otro torneo los campeones de Copa.



Amancio, Félix Ruiz, Grosso, Velázquez y Gento



Real Madrid-Borussia. Copa de Europa de 1975-76

1966

La Copa de Europa



Posteriormente surgió la Copa de la UEFA, que la Federación Europea rescató para sí de una organización que nació sobre la base de las ciudades que tenían ferias internacionales de muestras. La Copa de Ferias es la actual Copa de la UEFA, que es el torneo más largo de los tres, dado que cuenta con una eliminatoria más.

El primer encuentro se disputó el 4 de septiembre en Lisboa y tuvo como protagonistas al Sporting portugués y al Partizan de Belgrado. Al partido asistieron 30.000 espectadores, lo que fue un claro índice del interés que posteriormente iba a tener el torneo. En la primera Copa de Europa no participaron los clubs británicos. Los ingleses, considerados como los inventores del fútbol, siempre han mirado de soslayo el nacimiento de los campeonatos internacionales en los que se pretende establecer una supremacía. En la propia Copa del Mundo, disputada por vez primera en 1930, en Uruguay, no estuvieron presentes los ingleses, que tampoco acudieron a los campeonatos de 1934 y 1938. Debutaron en el Mundial de 1950, en Brasil, y fueron derrotados por España y Estados Unidos.

El 13 de junio de 1956 se jugó la primera final del torneo. El escenario elegido fue el Parque de los Príncipes de París, y los protagonistas, el equipo francés Stade de Reims y Real Madrid.

Los galos, para alcanzar la final, eliminaron al Aarhus de Dinamarca, al Voros Lobogo de Hungría y al Hibernian de Escocia. El Madrid dejó en la cuneta al Servette suizo, al Partizan de Belgrado y al Milán. En la primera competición se inscribieron 16 equipos, 22 en la segunda y 24 en la tercera. En la actualidad participan todos los campeones europeos.

Los equipos de la primera final fueron éstos:

Real Madrid: Alonso; Atienza II, Marquitos, Lesmes II; Muñoz, Zárraga; Joseíto, Marsal, Di Stéfano, Rial y Gento.

Stade de Reims: Jacquet; Zimmy, Jonquet, Giraudo; Leblond, Siatka; Hidalgo, Glowacki, Kopa, Bliard y Tremplin.

El encuentro tuvo un inicio feliz para el conjunto galo, dado que Leblond y Tremplin marcaron los dos primeros goles de la final. Antes de que se llegara al descanso, Di Stéfano y Rial lograron el empate. Nuevamente los franceses se pusieron por delante en el marcador. Esta vez fue Hidalgo el autor del tanto. Posteriormente, Marquitos consiguió la segunda igualada y Rial marcó el gol que supuso el triunfo al Real Madrid.

Hegemonía blanca

La segunda Copa de Europa de Clubs Campeones de Liga tuvo caracteres históricos. Los ingleses aceptaron inscribirse, y para ello contaron con el Manchester United, que era el mejor equipos de las islas. Prácticamente, ese equipo desapareció tras un accidente aéreo. Superviviente de aquella gran tragedia fue Boby Charlton, jugador que años después se proclamó campeón del mundo con la selección de su país.

También intervino en esta ocasión el Honved de Budapest. España tuvo en aquel caso dos participantes, dado que el Madrid ganó su derecho a intervenir por segunda vez como primer vencedor. Campeón de Liga fue el Athlétic Club de Bilbao, que fue precisamente quien eliminó al Honved. El primer encuentro se jugó en San Mamés, pero el segundo, que coincidió con la invasión soviética en Hungría, tuvo que disputarse en Bruselas. Aquel equipo, con hombres como Grosics, Boszik, Puskas, Kocsis y Czibor, se convirtió en una especie de selección en el exilio. Un conjunto llamado Hungaria recorrió algunos países europeos, en una gira en cierto

ALFREDO-ESTEFANO DI STEFANO LAULHE (Buenos Aires, Argentina, 1926)

Jugador de fútbol, uno de los más completos y populares de la historia de este deporte. Heredó de su padre la afición al fútbol y jugar le resultó siempre una diversión. Empezó en equipos bonaerenses de barrio, como Once y Venceremos e Imán. En 1943 comenzó su carrera profesional en las divisiones inferiores del River Plate; dos años después estaba en el primer equipo. En 1949 se fue a Colombia y fichó por el Millonarios, de Bogotá, que iba a ser su trampolín para el salto a España. En 1952 vino por primera vez a Madrid para participar en el torneo de las bodas de oro del equipo blanco, y causó sensación. Ingresó en el Real Madrid el 22 de septiembre de 1953 y fue, sin duda, el jugador más popular del equipo.

Durante sus once años de estancia en el Real Madrid, donde causó baja el 30 de junio de 1964, su actuación fue realmente brillante. Jugó 282 partidos de Liga, marcando 218 goles y siendo campeón ocho veces; en Copa jugó 50 partidos, con 40 goles; 58 en la Copa de Europa, con 49 goles, y cinco trofeos continentales; en Copa Intercontinental jugó dos partidos, con un gol y un título; en Copa Latina, cuatro partidos, dos goles y un título; en partidos amistosos, nacionales e internacionales, jugó 94 encuentros y marcó 96 goles. En total, 510 partidos y 418 goles.

Fue siete veces internacional en Argentina y 31 en Es-

paña. Se nacionalizó español el 13 de octubre de 1956.

Veloz —ya en Buenos Aires le apodaron «la saeta rubia»—, resistente, con un gran dominio del equilibrio, maestro en la finta y el pase, era un jugador «todo terreno», capaz de una enorme compenetración con sus compañeros de equipo y de encontrar el punto flaco del adversario. Como asegura él mismo, «siempre hay un hueco en la defensa, uno que no está marcado. Y yo me colaba en ese hueco». Los jugadores más famosos de su época no dudan a la hora de los elogios: «... uno de los mejores jugadores del mundo» (Puskas); «... era un fuera de serie» (Gento); «... un monstruo, el mejor futbolista del mundo» (Mateos).

Inquieto, nervioso antes de los partidos, estudiaba las jugadas al detalle. Aunque en todos los aspectos Di Stéfano era un ganador nato, considera que el fútbol es cuestión de oficio: «Es convivir con la pelota.»

Se retiró con cuarenta años; había enseñado a jugar y a ganar a varias generaciones de jugadores.

Tras su retiro inició una desigual carrera como entrenador. En 1967-1968, con el Elche; en 1968-1969, con el Boca Junior argentino; en 1970-1974, con el Valencia, con el que logró la Liga y dos subcampeonatos de Copa y al que regresó en 1979-1980. En la temporada de 1981 volvió a Argentina, a su viejo River, para regresar una vez más a España en 1982 como entrenador del Real Madrid, casi veinte años después de abandonarlo por disensiones con Santiago Bernabéu. Di Stéfano ha vuelto a lo que el solía llamar, esbozando una sonrisa, «la fábrica». No parece dispuesto, al menos por el momento, a escribir sus memorias, a pesar de las numerosas indicaciones recibidas en ese sentido. Tiene fama de hombre serio, propenso al enfado, aunque él lo niega rotundamente, asegurando que es un problema de aspecto externo, pero no de carácter.

Ya se ha hecho mítico el monumento a la pelota que adorna el jardín de su chalet, en la madrileña calle del Henares, y que lleva una escueta y significativa inscripción: «Gracias, vieja.»



Real Madrid-Celtic de Glasgow. Copa de Europa de 1979-80.

modo similar a la que en los años de la guerra civil española realizó la selección de Euskadi.

De aquellos jugadores húngaros recalaron en España: Kubala, que en principio estuvo en Italia y Suiza; Kocsis y Czibor, que fueron al Barcelona; y Puskas, que se enroló en el Real Madrid. A la diáspora húngara pertenecieron también Nemes, Kakzas, Peter, Ksoca, Szabo y Szalai, que jugaron en diversos equipos españoles.

El Manchester fue eliminado por el Real Madrid en las semifinales. Con anterioridad, el equipo madrileño había dejado en la cuneta al Rapid de Viena y al Niza. La final se disputó en el Santiago Bernabéu, de acuerdo con la norma de que cada campeón tuviera como premio que la siguiente final se jugara en su campo. Al repetir el Madrid se desechó la idea. La segunda Copa de Europa la ganó el Madrid al batir a la Fiorentina italiana por 2-0, con goles de Di Stéfano, de penalti, y Gento.

El Real Madrid, que además de las grandes figuras con que ya contaba fichó al francés Kopa, se convirtió en el dueño del fútbol europeo. Los cinco primeros títulos los ganó con gran brillantez. Con ello estableció un récord que no ha podido ser igualado por ningún otro club. Al repetir suerte en 1966 se convirtió además en el único hexacampeón. El Real Madrid es líder también en el número de finales disputadas, ya que, además de las seis ganadas, perdió otras tres. Una de ellas, la que perdió en Viena en 1964 por 3-1 ante el Inter de Milán, produjo la baja como jugador de Alfredo Di Stéfano, quien, disgustado por la decisión de la entidad, firmó contrato con el Español de Barcelona. Di Stéfano, el jugador más querido por el público de Madrid, pudo volver al club, como entrenador, en 1982. Para ello fue necesario que muriera Santiago Bernabéu.

Galería de campeones

La Copa de Europa, tras la época gloriosa del Madrid, conoció el éxito de otros grandes equipos, como el Benfica de Portugal, cuya gran estrella fue Eusebio, un mozambiqueño que se convirtió en el mejor jugador de todos los tiempos del fútbol lusitano. El Milán, que fue el tercer equipo campeón, tuvo su gran estrella en Altafini. El Inter campeón se hizo sobre la base de jugadores como los españoles Luis Suárez y Peiró, y el italiano Mazzola. Como entrenador interista triunfó Helenio Herrera. Jugadores destacados del Celtic, campeón en 1967, fueron Gemmel y Chalmers. El Manchester ganó su único trofeo con Boby Charlton. El Milán, que volvió a ser campeón, lo hizo bajo la batuta de Gianni Rivera, «*il bambino d'oro*». El Feyenoord, que inició el *boom* del fútbol holandés,



Kevin Keegan, el jugador inglés más famoso del momento



Rummenigge: número 1 del fútbol alemán

Desde su nacimiento en Inglaterra y Escocia, a mediados del siglo XIX, el fútbol moderno ha pasado de ser una actividad puramente deportiva a un fenómeno de masas, de importante repercusión económica y social. Estudiosos de la psicología y la sociología han comparado los modernos estadios (y más recientemente la transmisión de los partidos por televisión a todos los hogares) a los antiguos coliseos, donde las masas experimentaban verdaderas «catarsis» colectivas y liberaban su agresividad. En el campo, cada hombre cumple su papel, y los jugadores, junto al árbitro y al público, perpetúan la leyenda del héroe vestido con calzón corto. El héroe de nuestro tiempo.

estuvo dirigido por Israel. Al Feyenoord le sucedió el Ajax, el mejor equipo de la década de los setenta, con Cruyff y Neeskens. A la hegemonía holandesa sucedió la del Bayer de Munich, con sus legendarios Maier, Breitner, Beckenbauer, Hoennes y Muller. El Liverpool llegó a la cima europea con Kevin Keegan, y el Nottingham Forest, con Francis. La Copa de Europa de Clubs ha sido la gran pasarela por la que han desfilado las más destacadas *vedettes* del fútbol continental.

En las grandes finales, en representación del fútbol español no ha estado únicamente el Real Madrid. Aunque con menos fortuna, porque ambos fueron vencidos, aspiraron también al título el Barcelona, que, tras eliminar al Real Madrid, fue batido por el Benfica en Berna por 3-2, en un encuentro desgraciado del guardameta Ramallets (1961), y el Atlético de Madrid, que también llegó a la final, en 1974, para ser batido por el Bayer de Munich en el encuentro de desempate. En el primero, jugado en Bruselas, Luis batió a Maier de libre directo, y a falta de veinticuatro segundos, Scwarzenbeck disparó desde lejos a la desesperada y sorprendió a Reina. En el partido de desempate, celebrado en el mismo escenario, el cuadro atlético, con un equipo castigado por las lesiones, fue vencido por un rotundo 4-0.

J. G. C.

LAS FINALES

1956	Paris	Real Madrid-Stade de Reims	4-3
1957	Madrid	Real Madrid-Fiorentina	2-0
1958	Bruselas	Real Madrid-Milán	3-2
1959	Sttugart	Real Madrid-Stade de Reims	2-0
1960	Glasgow	Real Madrid-Eintracht F.	7-3
1961	Berna	Benfica-Barcelona	3-2
1962	Amsterdam	Benfica-Real Madrid	5-3
1963	Londres	Milan-Benfica	2-1
1964	Viena	Inter-Real Madrid	3-1
1965	Milán	Inter-Benfica	1-0
1966	Bruselas	Real Madrid-Partizan	2-1
1967	Lisboa	Celtic-Inter	2-1
1968	Londres	Manchester United-Benfica	4-1
1969	Madrid	Milan-Ajax	4-1
1970	Milán	Feyenoord-Celtic	2-1
1971	Londres	Ajax-Panathinaikos	2-0
1972	Rotterdam	Ajax-Inter	2-0
1973	Belgrado	Ajax-Juventus	1-0
1974	Bruselas	Bayern M.-Atlético de Madrid	1-1
	Bruselas	Bayern M.-Atlético de Madrid	4-0
1975	Paris	Bayern M.-Leeds United	2-0
1976	Glasgow	Bayern M.-Saint Etienne	1-0
1977	Roma	Liverpool-Borussia M.	3-1
1978	Londres	Liverpool-Brujas	1-0
1979	Munich	Nottingham F.-Malmoe	1-0
1980	Madrid	Nottingham F.-Hamburgo	1-0
1981	Paris	Liverpool-Real Madrid	1-0
1982	Rotterdam	Aston Villa-Bayern Munich	1-0

Política internacional

El coronel Bokassa toma el poder en la República Centroafricana.
Muere Lal Bahdur Shastri, primer ministro de la India. Indira Gandhi le sucede en el cargo.
Francia se retira de la OTAN.
En Yakarta, Sukarno da plenos poderes a Suharto.
Leónidas Breznev, secretario general del Comité Central ruso.
Disolución de la Cámara de los Comunes a petición de Harold Wilson. Victoria laborista en las elecciones inglesas.
El presidente de Irak, mariscal Aref, muere en accidente de aviación. Le sucederá su hermano Abdel Rahman Aref.
Ruptura definitiva entre Rhodesia y Londres.
Comienza la revolución cultural china. Sus objetivos son atacar los «cuatro conceptos viejos»: vieja cultura, viejas ideas, viejas costumbres y viejas maneras.
Castro decreta el estado de alerta después de los incidentes con la base americana de Guantánamo.
Fracasa un golpe de estado en el Congo-Leopoldville, organizado por antiguos ministros.
Joaquín Balaguer, elegido presidente de la República Dominicana.
Se instala un «teléfono rojo» entre el Elíseo y el Kremlin.
Malawi accede a la independencia. La Guayana Británica también se proclama independiente y toma el nombre de Guyana.
Continúan los bombardeos americanos en Vietnam, incluso en zonas desmilitarizadas y en Hanoi.
Incidentes raciales en Chicago. El pastor Martín Lutero King resulta herido.
Siete Hermanos musulmanes son condenados a muerte por haber conspirado contra Nasser. Tres serán ejecutados y los otros cuatro indultados.
Asesinato de Hendrik Verwoerd, primer ministro de Africa del Sur.
Se instala en Bruselas la sede de la OTAN.
Pekín anuncia que dos aviones norteamericanos han bombardeado pueblos chinos. Washington lo admite como un «error» de sus pilotos.
Costa e Silva, elegido presidente de Brasil.
Franco presenta en las Cortes un plan de reforma constitucional.
Kurt Georg Kiesinger, elegido canciller de la República Federal Alemana.
Con la Declaración de Tashken terminan los enfrentamientos entre la India y Pakistán.
Indulto total en España para las responsabilidades políticas derivadas de la guerra civil.



André Breton



Lisboa. Puente [illegible]

Sociedad

El papa Pablo VI recibe al primado de la Iglesia anglicana, doctor Ramsey.
Rudolf Hess queda como último prisionero en Spandau, al ser liberado Arbert Speer y Baldur von Schirach.
Muere el torero mexicano Carlos Arruza.

Economía

Asociación de las industrias automovilísticas francesas Renault y Peugeot.

Ciencia y tecnología

La URSS consigue, después de varios intentos fallidos, posar suavemente una nave espacial en la Luna.
Un cirujano americano logra destruir un pequeño tumor con ayuda de un rayo láser.
Desde Cabo Kennedy es lanzado el primer observatorio astronómico orbital equipado con telescopios y radiotelescopios.
Descubrimiento en Kanev (Ucrania) de una cabaña de hueso de mamut de una antigüedad de cinco mil años aproximadamente.
Un equipo de espeleólogos belgas superan el récord del mundo en profundidad subterránea: 1.152 metros.

Sucesos

Un bombardero americano B-52 pierde cuatro bombas «H» en Palomares (Almería).
A pesar de la oposición del Arzobispado, la policía entra en el convento de los capuchinos de Sarriá, de Barcelona, donde se habían encerrado estudiantes e intelectuales.
Se descubre en Orly, dentro del tren de aterrizaje del Caravelle Moscú-Varsovia-París, el cuerpo congelado de un pasajero clandestino.
Detienen en Nueva York a Richard Speck, asesino de ocho enfermeras en Chicago.
Jean-Pierre Marquant consigue atravesar a pie «el valle de la Muerte», en el desierto californiano (168 kilómetros), en ocho días.

Deportes

Jack Brabham es elegido el mejor piloto automovilístico del año.
En los campeonatos del mundo de fútbol, Brasil queda eliminado, sin poder acceder a los cuartos de final. Quedan finalistas Inglaterra y Alemania, ganando la primera por 4 a 2.
Don Schollander, curado de mononucleosis, bate dos récords del mundo en los campeonatos USA de natación.

Literatura

Samuel Yosef Agnon y Nelly Sachs: premios Nobel.
Milovan Djilas: La ejecución.
Alexander Solzhenitsyn: La casa de Matriona.
Han Suyin: El árbol herido.
Isaac B. Singer: La casa de Jampol.
Guillermo Cabrera Infante: Tres tristes tigres.
Truman Capote: A sangre fría.
Jean-François Steiner: Treblinka.
Muere André Breton.

Cine

Martin Ritt: El espía que surgió del frío.
François Truffaut: Fahrenheit 451.
David Lean: Doctor Zhivago.
Joseph Losey: Modesty Blaise.
Alfred Hitchcock: Cortina rasgada.
Ingmar Bergman: Persona.
Claude Lelouch: Un hombre y una mujer.
Pietro Germi: Señoras y señores.
Gillo Pontecorvo: La batalla de Argel.
Alain Resnais: La guerra ha terminado.
Carlos Saura: La caza.
William Wyler: El coleccionista.
Oscars de Hollywood a Paul Scofield por Un hombre para la eternidad *y a Elizabeth Taylor por* ¿Quién teme a Virginia Woolf?
Mueren Buster Keaton, Walt Disney y Montgomery Clift.

Teatro

Edward Albee: Un delicado resumen.

Música

Igor Stravinski: Cánticos de réquiem.
Michael Tippett: La visión de San Agustín.

Pintura y escultura

Peter Blake: El monarca del Valle.
Takis: Señal.
Las inundaciones sufridas en Florencia y Venecia destruyen y dañan gran cantidad de obras de arte.
Muere en Stampa el escultor Alberto Giacometti.

Arquitectura

Gio Ponti: Edificios del Secretariado Islamabad, *en Pakistán.*



Kurt Kiesinger



José Guinovart. Sin título

1967

A las siete de la mañana, hora israelita, del día 5 de junio de 1967, la aviación judía despegaba de sus aeródromos en dirección a las bases y aeropuertos egipcios; dos horas más tarde había desaparecido por completo la fuerza aérea egipcia, sin ni siquiera haber podido despegar. Era el comienzo de la guerra de los seis días que había de llevar a los judíos, cinco días después, al canal de Suez, tras ocupar el desierto del Sinaí y conquistar la Cisjordania, Jerusalén y una buena parte de la meseta siria.

Así, en menos de una semana el poderoso ejército judío barría literalmente a los árabes en todos los frentes; las fuerzas armadas de opereta de los egipcios, a pesar de contar con material militar de primera clase de origen esteeuropeo, no opusieron la menor resistencia, y, al contrario, las imágenes televisivas sobre su actitud y comportamiento en el desierto del Sinaí proporcionaban un cuadro nada digno ni honroso de su moral de combate.

LA GUERRA DE LOS SEIS DIAS



Ariel Sharon y Moshé Dayan, tras la victoria



Un convoy israelí se cruza con prisioneros egipcios.

La biografía de Moshé Dayan se confunde tan estrechamente con la historia reciente de Israel, que para algunos llegó a ser su símbolo más genuino. Fue el segundo niño que nació en el primer kibbutz *del país. Su infancia transcurrió en el primer* moshav *(aldea cooperativa). A los catorce años militaba ya en la Hagana, el ejército clandestino de la comunidad judía en Palestina.*

En octubre de 1939 fue detenido por las autoridades británicas, junto con otros miembros de una unidad armada de la Hagana, y condenado a diez años de cárcel. Liberado en febrero de 1941, cuando Londres, presionado por Rommel en Africa, buscó la colaboración de la comunidad judía, Dayan organizó una compañía israelí y participó en la invasión de Siria con los aliados. Allí, en un combate contra las fuerzas francesas de Vichy, perdió un dedo y el ojo izquierdo. Desde entonces llevó el parche negro que llegó a ser su signo más característico.

En 1953 fue nombrado jefe del Estado Mayor y emprendió una amplia reorganización del Tsahal, el ejército israelí. En 1956 dirigió el espectacular avance de las fuerzas israelíes durante la campaña del Sinaí, que en cinco días las llevó hasta el canal de Suez. Un año más tarde, al final de la ocupación del Sinaí, bajo la presión conjunta de soviéticos y americanos, llevó a Dayan a abandonar el uniforme —aunque no la actividad militar— y a iniciar su carrera política.

El 2 de junio de 1967, las presiones de la opinión pública en vísperas de la guerra de los seis días obligaron a Levi Eshkol a ponerle al frente del Ministerio de Defensa en el gabinete de Unión Nacional. Al día siguiente, el gobierno decidió iniciar la guerra. La posterior victoria cubrió a Dayan de la aureola de hombre providencial, tanto en el interior como en el extranjero. Sus múltiples iniciativas políticas le llegaron a convertir en el «rey» de los territorios ocupados.

Seis días después

Un día antes de que finalizara esta corta guerra, el 9 de junio, la conmoción es de tal calibre que el líder egipcio Gamal Abdel Nasser dimite de su puesto de la presidencia de la república y del resto de los cargos políticos que ostentaba. Sin embargo, pese al descalabro militar y a la tremenda frustración sentida por la opinión pública, en la misma noche del 9 de junio, una amplia movilización social aclama a este dirigente y consigue que retire su dimisión.

No obstante esta puesta en escena, bastante frecuente en todas las latitudes, de la dimisión para adelantarse a la reacción y a la indignación populares de la sociedad egipcia, no cubre el fracaso del proceso revolucionario que había iniciado en 1952 al alimón con el general Naguib y desde 1954 en solitario. Los tres años que van a seguir desde estas aciagas fechas de la guerra de los seis días a su muerte van a estar presididos por el derrumbe político de toda la operación renovadora de la sociedad egipcia que con tanto tesón y esfuerzo había iniciado.

En los frentes de batalla de la guerra de los seis días, en los arenales del desierto del Sinaí, se empantanaban todos los proyectos de la unidad árabe y del renacimiento de un nacionalismo árabe fuerte y potente. Sólo habían pasado once años desde su gran triunfo, cuando la nacionalización del canal de Suez y la derrota de la invasión anglo-francesa de Port Said y de los invasores judíos en el citado desierto, para que todo el prestigio alcanzado entonces se transformara en desesperanza y humillación.

La imagen de los generales egipcios corriendo delante de las tropas israelitas daba la vuelta al mundo, y el aparato de propaganda del Estado de Israel, ayudado por la mayoría de los medios de comunicación occidentales partidarios del Estado judío, se encargaba de airearlas como símbolo de la frustración de un gran sueño que se había desvanecido en poco menos de una semana.

La guerra de los seis días no fue más que otro de los conflictos bélicos que han enfrentado a judíos y árabes a lo largo de su historia, a pesar de que los contendientes estuvieran apoyados por potencias internacionales. Los hechos consumados y la conquista de nuevas tierras por Israel nunca fueron reconocidos por la comunidad internacional, exigiendo la ONU al Estado hebreo devolver los territorios ocupados a sus anteriores soberanos árabes. Israel todavía no ha cumplido las resoluciones de las Naciones Unidas.

Los primeros síntomas

Máxime cuando la guerra que acababa de finalizar no había estallado de repente cogiendo por sorpresa a los mandos egipcios; sobre todo en una zona internacional de tensión estructural desde la creación del Estado de Israel. Más aún, los primeros síntomas de que algo iba a ocurrir eran fácilmente perceptibles desde los últimos meses del año 1966 y desde comienzos de 1967 a través del creciente enfrentamiento de



Mitla, después de la batalla



Israel y de Siria por la cuestión de los comandos palestinos que actúan sobre territorio judío desde sus bases y refugios instalados más allá de la frontera siria.

Así, en el mes de abril de 1967, tras algunas represalias judías sobre Jordania, los aviones israelitas sobrevuelan Damasco y el 13 de mayo de 1967, menos de un mes antes de que se inicie la guerra relámpago, la prensa occidental reproduce unas declaraciones del general judío Rabin, en las que afirma que las acciones revolucionarias de Siria ponen «en peligro a todos los Estados de Oriente Medio y que mientras no sean derrocados los gobernantes sirios no habrá posibilidades de paz». Unos días antes, el periódico judío *Haaretz* llegaba a señalar que «un choque frontal con Siria será inevitable si los sirios no cesan de impulsar los *raids* terroristas».

Pero la tensión alcanza su punto máximo, paradójicamente, con dos decisiones egipcias: la carta que Gamal Abdel Nasser envía el 16 de mayo al secretario general de las Naciones Unidas, el birmano U Thant, pidiéndole la retirada de «los *cascos azules* de las Naciones Unidas estacionados en Egipto desde el conflicto del canal de Suez» y, sobre todo y por encima de todo, el bloqueo del estrecho de Tiran —la llave del golfo de Akaba—, que cierra la salida del puerto judío de Eilath, a partir del 23 de mayo.

Estas medidas realzan el prestigio del mundo árabe, y el estadista egipcio consigue incluso firmar un acuerdo, el 30 de mayo, con el cauto monarca jordano, Hussein, que nunca le había seguido en su exaltación de la unidad árabe; medidas, además, que coinciden con una intensa propaganda antisionista en la que se da por sentado que los judíos serán lanzados al mar y que el Estado de Israel desaparecerá para siempre de la faz de la tierra y de la lista de estados internacionales.

En medio de tanta exaltación y del acuerdo Nasser-Hussein, que colocaba al ejército jordano bajo mando egipcio en caso de conflicto con Israel, nadie da importancia en el mundo árabe a la formación de un gobierno de unión nacional judío en el que el general Dayan, el vencedor de la batalla de 1956, reaparece con la cartera de Defensa en sus manos, tras haber perfeccionado sus conocimientos militares en la guerra del Vietnam del Sur. Es decir, todo estaba anunciado de antemano y no cabía ningún margen para la sorpresa, más allá, claro está, de la hora y el día elegidos para el ataque.

El factor internacional

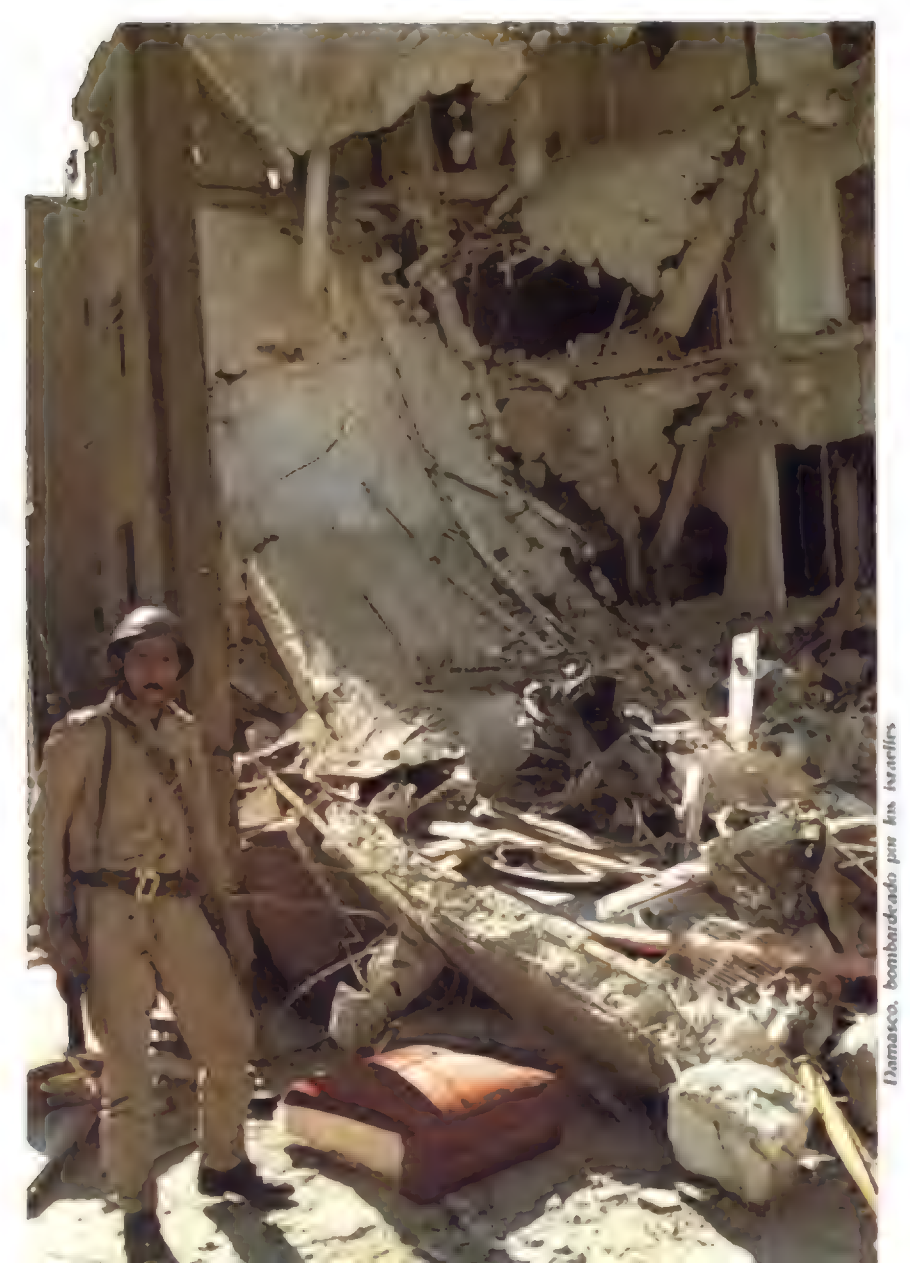
Lógicamente, a la vista de todos estos datos, cabe preguntarse por la desproporción entre la

Israel es un país de contrastes. La creación del Estado hebreo fue la cristalización del gran sueño de los judíos de todo el mundo, condenados al éxodo desde siglos. En él conviven, junto a minorías musulmanas y cristianas (maronitas, coptos, armenios, greco-ortodoxos, drusos, etcétera), judíos provenientes de todos los países, que, por encima de sus diferencias políticas e intereses económicos, coinciden en defender —y expansionar— el territorio de su Estado en Palestina, considerándose, según su religión, «el pueblo elegido de Dios» y fundamentando sus derechos en la propia Biblia.

dureza de las medidas adoptadas por Gamal Abdel Nasser y la falta de preparación y blandura de sus fuerzas armadas; pensar que el Estado de Israel no iba a reaccionar no tenía sentido alguno, y decidir un ataque sin tener los medios y las condiciones mínimas y adecuadas era caer en una posición aventurera que no encajaba en la personalidad del líder egipcio, que siempre supo combinar la osadía con la prudencia.

Sólo es explicable esta desproporción si se sitúa el conflicto en el contexto internacional y dentro del marco de la lucha de bloques que sostienen los Estados Unidos de América y la Unión Soviética, dado que, en cierto sentido y forma, la confrontación árabe-israelita era la continuación de la pugna entre el Este y el Oeste a través de personas y ejércitos interpuestos. Y quien más se ha referido en concreto a este factor internacional de la guerra de los seis días ha sido el analista político judío, de orientación progresista, Isaac Deutscher: «La guerra árabe-israelita se inscribe en esta serie de acontecimientos: el levantamiento contra el presidente de Ghana Kwame Nkrumah, el triunfo del golpe militar en Indonesia, la escalada de la guerra en Vietnam y el golpe militar en Grecia.»

La guerra de los seis días aún no ha terminado, porque los árabes siguen teniendo argumentos para mantener desenterrada el hacha bélica contra Israel. Los ataques posteriores de Egipto y Siria (1970, 1973) volvieron a saldarse con victorias judías, pero el pequeño Estado hebreo se siente amenazado por todos sus flancos y no deja de ser curioso que, tras acceder al poder en 1977 la coalición derechista e integrista Likud (en los treinta primeros años de Israel, 1947-1977, las elecciones siempre las había ganado el laborismo), se haya visto obligada a negociar la paz con sus vecinos, por presión de una buena parte del propio pueblo judío.



Damasco, bombardeado por los israelíes

Ello era bien evidente cuando a comienzos de 1967 un conato de levantamiento popular estuvo a punto de derrocar al rey Hussein de Jordania; en aquel momento, el presidente israelita Eshkol afirmó en la prensa que, en caso de derrocamiento de la monarquía hachemita, las tropas hebreas entrarían en Jordania. Afirmación que guardaba una estrecha relación con las necesidades políticas de Estados Unidos, preocupado por la caída de gobiernos pro occidentales en la zona del Oriente Medio, más que con la tradicional preocupación de defensa de los judíos.

En aquella década —hoy ya no ocurre igual— la tensión entre los pueblos árabes y judíos servía de vehículo a la lucha entre soviéticos y norteamericanos, y los dirigentes americanos y los rusos animaban a ambos contendientes en sus reivindicaciones respectivas. A pesar de que ambas potencias habían patrocinado la creación del Estado de Israel sobre el suelo palestino, la posterior guerra fría había inclinado al Estado naciente en los brazos de Estados Unidos y a los árabes en los brazos de la Unión Soviética.

Es decir, sólo en el marco de las relaciones entre Egipto y la URSS, muy estrechas entonces, es posible entender que a Gamal Abdel Nasser se le fuera la fuerza por la boca, como se dice en castellano, y que, por tanto, su actitud quedara en una fanfarronada de pésimo resultado para Egipto y todo el mundo árabe. Sólo a partir de alguna promesa de la URSS, o de una interpretación egipcia en tal sentido de la postura soviética en base a la ambigüedad de toda diplomacia, tiene cierta explicación esta decisión de Gamal Abdel Nasser de tirar hacia adelante cuando no tenía tras de sí fuerza alguna para hacerlo.

El ultimátum de noviembre de 1956

Quizás, incluso, sólo exista la explicación por la memoria histórica de los hechos de 1956 en los que Gamal Abdel Nasser fuera salvado *in extremis* por el ultimátum soviético de noviembre de 1956 a los gobiernos de París y Londres para que dieran por finalizada la invasión de Port Said, en combinación con la invasión israelita del desierto del Sinaí por las tropas del legendario general Dayan. La actitud de la Unión Soviética, que en ningún momento fue consultada por los egipcios antes de la nacionalización del canal de Suez, tal vez sirvió de cálculo en las nuevas medidas de Gamal Abdel Nasser en este final de primavera de 1976.



El Mirage III, un arma decisiva para Israel.

El nivel cultural y la preparación técnica de las tropas se han convertido en elementos esenciales de la guerra moderna, en la que las computadoras sustituyen a las espadas y fusiles. Los hebreos son menos, pero muy superiores a los árabes.

El bloqueo de los estrechos de Tiran fue decidido también sin consultar con su aliado internacional; posiblemente con la intención de arrastrar el apoyo soviético de la misma manera y forma que lo arrastrara en el otoño de 1956. Si fue así no tardaría en comprobar el error de su cálculo: tres días después de haber cerrado el estrecho de Tiran, presentado por su propaganda como un enorme éxito que retrotraía la situación en el golfo de Akaba a la que existía antes de 1956 y del conflicto de Suez, «el embajador soviético despertó a las 2.30 de la mañana del día 26 de mayo a Nasser para advertirle que el ejército egipcio no debía ser el primero en abrir fuego», advertencia que fuera religiosamente seguida al pie de la letra por Nasser, que ni siquiera procedió al minado de los estrechos que acababa de bloquear.

Probablemente, Gamal Abdel Nasser esperaba que Estados Unidos presionaría en el mismo sentido y en igual grado con sus enemigos los judíos y que, por tanto, todo quedaría en un *status quo* nuevo que él había creado a partir de una política de hechos consumados. Pero la situación internacional había cambiado y ya no era posible ni viable ningún tipo de ultimátum soviético en defensa de sus reivindicaciones, porque entonces la Unión Soviética no estaba interesada en aumentar la tensión, ya de por sí muy alta a causa de la guerra de Vietnam; ni tampoco Estados Unidos iba a adoptar la postura que sostuvo en aquella época de la caída del imperio colonial anglo-francés.

Algo de ello debió de ocurrir, para explicar el desastre organizativo y la vergonzosa conducta militar de los árabes, dado que el grito popular anónimo en El Cairo, Damasco y Beirut en el mes de junio era el de «los rusos nos han abandonado». Y cuando la Unión Soviética votó en las Naciones Unidas el alto el fuego sin la exigencia de que las tropas judías se retiraran previamente de los territorios ocupados, Gamal Abdel Nasser dijo al embajador ruso que «la Unión Soviética se pondrá ahora a la altura de una potencia de segundo orden».

Los antecedentes

Fuera así o no, el hecho cierto es que la URSS no estaba dispuesta a jugarse el todo por el todo frente a la otra gran potencia norteamericana; lo que fue posible en 1956 gracias a la neutralidad de Estados Unidos ya no lo era en 1967, en que Israel contaba con el sostén, precisamente, de los neutrales de hacía once años.



Antiaéreo destruido en Suez.



Manifestación árabe en Nueva York

Buena preparación militar e ideas claras: defender su patria, el derecho de Israel a existir. La Biblia y el fusil han sido dos elementos que definen la historia del nuevo Estado judío. Obligados a luchar contra la hostilidad de sus vecinos árabes, su superioridad militar los ha convertido de dominados en dominadores. Pero ahora piden a Yahvé la paz, la auténtica paz, la del saludo «Shalom aleikhem» («La paz sea contigo»).

Variación de las posiciones de los dos grandes bloques, o, mejor dicho, de los máximos rectores de los dos grandes bloques militares: nada nuevo en la larga historia de la lucha que opone el pueblo árabe al pueblo hebreo. Si en la primera guerra árabe-israelí de 1948 las dos grandes potencias fueron neutrales, pero apoyaron implícitamente a los judíos, y en la segunda dieron su ayuda a los árabes, en la tercera —la de los seis días— bifurcaron su sostén en dos direcciones completamente opuestas. Aunque hay que decir que la ayuda de Estados Unidos a Israel iba más lejos que la ayuda de la Unión Soviética a Egipto; matización y graduación que nacían del hecho objetivo de que la partida se desarrollaba en el campo occidental.

Era obvio, pues, que si las dos anteriores guerras las había ganado militarmente Israel, era imposible que perdiera la tercera, apoyado por los americanos, como estaba. En efecto, en la inicial guerra árabe-israelí, de mayo de 1948 a enero de 1949, las primeras organizaciones bélicas del Estado judío, Haganah e Irgun, derrotan rápidamente a los ejércitos de Egipto, Líbano, Jordania y Siria, que habían entrado poco después de que las Naciones Unidas decidiesen dar el visto bueno a la creación del Estado de Israel. Igual ocurrió con la segunda guerra, de finales de octubre a primeros de noviembre de 1956, donde sólo la acción diplomática de Estados Unidos y la amenaza soviética de utilizar cohetes como medida de represalia por la acción emprendida por los paracaidistas franco-británicos en Port Said y la invasión israelí del Sinaí, impidieron a los judíos rentabilizar su éxito militar.

Soldado judío

Y es a partir de entonces cuando la controversia árabe-israelí se inscribe en la dialéctica de las tensiones de los dos grandes bloques; a una velocidad de vértigo, Gamal Abdel Nasser se inclina por la estrecha relación con los países socialistas, como respuesta al cerco que se organiza contra su régimen nacionalista desde la nacionalización del canal de Suez, mientras que Israel paulatinamente refuerza los considerables lazos que le unían con el mundo occidental y, sobre todo, con los Estados Unidos de América.

Las consecuencias

Las primeras consecuencias de los resultados de la guerra de los seis días no hicieron sino agudizar los datos esenciales que antecedían a la guerra entre los dos pueblos semitas; el conjunto de los países árabes rechaza el modelo occidental, seis países (Egipto, Siria, Sudán, Irak, Argelia y Yemen) rompen sus relaciones diplomáticas con Francia e Inglaterra, y sólo uno



de ellos, el mismo que días antes del estallido del conflicto se declaraba unido a Egipto, la Jordania de Hussein, volvía al seno del mundo occidental. En la misma línea de protesta se iniciaba un tímido embargo de ocho países árabes productores de petróleo sobre las entregas a Inglaterra, Francia y Estados Unidos.

En el mundo occidental sólo la Francia del general De Gaulle tiende a mantener una postura de equilibrio entre los dos contendientes: el líder francés suspende los envíos de armamento a Israel y la entrega de los aviones *Mirage* ya contratados. Al mismo tiempo, el gobierno francés hace saber su intención de no reconocer las modificaciones territoriales conseguidas militarmente por los judíos: «Todo Estado tiene derecho a vivir, como es el caso de Israel. Pero condeno la apertura de hostilidades por parte de Israel y no acepto ninguno de los cambios territoriales realizados por la acción militar» (declaración del presidente de la República Francesa, Charles de Gaulle).

En el otro campo, la sorpresa es total, por cuanto no se calibraban con exactitud la debilidad y la fragilidad del mundo árabe, y, en concreto, del régimen egipcio, en el que tanto habían invertido los soviéticos. La impresionante pérdida del material militar egipcio, unos 170.000 millones de pesetas en tan sólo seis días, dejaba totalmente desnudo a un aliado que, de repente, aparecía completamente desprovisto de recursos, cuadros y dirigentes. Más de once años de cuantiosa ayuda de todo tipo proporcionada por el bloque oriental se hundían con el ejército egipcio en los arenales del desierto del Sinaí. Y aunque al día siguiente del desastre, el 11 de junio, el jefe de Estado soviético, acompañado del mariscal Zakharov, jefe del Estado Mayor ruso, llega a la capital egipcia para hacerse cargo de la reconstrucción material del destrozado ejército egipcio, un abismo de desconfianza mutua se ha abierto entre la gran potencia protectora y el mediano país protegido. Ni siquiera el envío de una serie de unidades de la *Eskadra* soviética, como contrapunto a la presencia permanente de la VI Flota norteamericana frente a las costas egipcias, logra superar el recelo recíproco entre dirigentes árabes y soviéticos: unos desconfían de hasta dónde puede llegar el apoyo de la URSS, y los otros lo hacen de la solidez y la combatividad de un sistema político nacionalista.

Las anexiones

El Estado de Israel, al margen de los primeros triunfos conseguidos en todos los terrenos, inicia

En Israel coexisten desde el rabino integrista más radical hasta la joven rockera, diplomada en electrónica por una universidad norteamericana, que a la vez es sargento-especialista de las fuerzas armadas de su país. Con el apoyo de Estados Unidos, donde reside la comunidad judía mayor del mundo, los hebreos han convertido el propio desierto en un vergel, pero les falta la paz.





Mujer jordana. La guerra la ha convertido en una refugiada.

una serie de medidas destinadas a consolidar su presencia en los territorios ocupados; al igual que en las dos guerras anteriores, los judíos se disponen a consagrar *de iure* lo que habían conseguido *de facto* bélico. Más aún: la guerra de los seis días que acababa de terminar se había iniciado, precisamente, por la puesta en cuestión de uno de los triunfos logrados en la última guerra: la apertura del golfo de Akaba, obtenido como consecuencia de la guerra de 1956, y que Gamal Abdel Nasser pretendía volver a cerrar, fue el pretexto esgrimido por los hebreos para la reapertura de las hostilidades.

La política de anexión se inicia, por parte del Estado de Israel, desde la primera guerra árabe-israelí de 1948, en la que como consecuencia de su triunfo se apodera de la mitad de la ciudad de Jerusalén —sometida entonces a un extraño estatuto internacional— e instala, violando los acuerdos de las Naciones Unidas, su Parlamento en ella. Igualmente, después de la segunda guerra árabe-israelí, los judíos logran que los *cascos azules* de las Naciones Unidas se estacionen en la zona del estrecho de Tiran y Gaza, formando una especie de dique de contención; a la vez, consiguen la apertura del golfo de Akaba para dar salida al puerto judío de Eilath.

Pero es ahora, a partir de la puesta en cuestión de lo obtenido hace once años, cuando Israel va a lograr la parte del león, dado que en esta ocasión ha logrado insertar su conflicto en la espiral de la tensión dialéctica entre los países del Oeste y los países del Este. Tan sólo diecisie-

Como siempre ocurre, la peor parte de una guerra la lleva la población civil, especialmente la del país derrotado, y en este caso «anexionado» a la fuerza a otro Estado. Después del conflicto de 1967, Israel se anexionó el sector árabe de Jerusalén, Cisjordania, Gaza, los altos del Golán y la península del Sinaí. Tras la devolución de este último territorio a Egipto en 1982, como consecuencia de los acuerdos de Camp David (Estados Unidos-Israel-Egipto, 1978) y de la paz egipcio-israelí (1979), todavía viven bajo dominación judía 1.300.000 árabes palestinos, que sufren constantemente la violación de sus derechos humanos y políticos.



Jerusalén. Notre-Dame de Francia, en ruinas.

te días después de la finalización de la guerra, el 28 de junio, el Parlamento judío vota y aprueba la anexión del sector jordano de Jerusalén, la parte vieja de la ciudad. Mes y medio más tarde, el 19 de julio, el presidente del Estado de Israel, Levi Eshkol, afirma que la banda de Gaza es territorio israelita. El balance, según los expertos, es impresionante: «Las nuevas fronteras trazadas por los tanques les ponen a unos 120 kilómetros de El Cairo, a 150 de Ammán y de Damasco; han llegado al canal de Suez, han cogido los ríos Jordán, Banyas y Yarmuk, pozos de petróleo y 50 kilómetros de oleoductos. En total hay 1.300.000 árabes en los territorios ocupados por Israel.»

El acaparamiento es de tal grado que lo que Israel gana en terreno lo pierde en política y diplomacia; en efecto, los resultados anexionistas de la guerra de los seis días dejan bien claro que la motivación bélica de los judíos no nace de una necesidad puramente defensiva, sino que la conquista de territorios forma parte de su naturaleza estatal. Las declaraciones anteriores y posteriores, así como las acciones del gobierno judío, confirman esta lectura de las intenciones de los responsables hebreos: en el fondo de la concepción de la seguridad del Estado de Israel existía y existe la teoría de la necesidad de un amplio entorno de seguridad, de lo que los nacionalsocialistas denominaban como un *hinterland,* sin el cual el Estado recién creado sucumbiría al cerco de sus enemigos.

El efecto palestino

Sin embargo, el principal efecto del conflicto bélico fue el relanzamiento del nacionalismo palestino sobre nuevas bases. La total derrota de los gobiernos árabes frente al Estado de Israel supone tal desastre militar, político, psicológico, económico y social, que acaba por provocar la regeneración de un movimiento nacional que dormía el exilio dorado a la sombra complaciente de la Liga Arabe. La complicidad en la exaltación nacionalista y en la demagogia antisionista, en los meses que precedieron a la guerra, de los líderes de la muy oficial Organización de Liberación Palestina, más concretamente de su dirigente máximo Ahmed Chukeiry, hace que el fracaso revierta contra tan singular personaje, que llegará a pedir en mayo de 1967, un mes antes del estallido del conflicto, el exterminio de la población judía y la desaparición de Israel.

Es entonces, una vez desenmascarada la demagogia, cuando en el seno de la resistencia palestina emerge la autoridad y el prestigio de una organización clandestina, Al Fatah, y de un líder de reconocido relieve, Yasser Arafat, más conocido entonces como Abu Amar. Fundado en 1958, este movimiento es marginado por la Liga Arabe, en beneficio de domésticos como el citado Chukeiry, hasta que a principios del verano de 1967 la derrota de los seis días provoca la aparición en primer plano de la organización que iba a ser el principal enemigo del sionismo. Para comprender su importancia, basta tan sólo señalar que la recién terminada quinta guerra árabe-israelí, desarrollada ese verano en torno a la invasión del Líbano, ha tenido como protagonistas al mismo ejército judío invasor de entonces y a la organización palestina que en 1967 se rebelaba contra un modo de hacer la guerra y la política en los Estados árabes.

La guerra de los seis días hace que, en el verano de ese mismo año, Al Fatah logre integrar a todas las organizaciones palestinas, convirtiéndose en un movimiento autónomo, independiente de los partidos políticos y de todos los gobiernos árabes; a la vez, desde entonces, esta organización empieza a desarrollar una larga acción de lucha armada dentro del territorio controlado por el ejército de ocupación, combinada con una intensa lucha política y de movimiento de masas en Cisjordania. Paralelamente, sienta las bases de una amplia acción diplomática que ha hecho de ella una organización respetada en los foros internacionales y en los distintos círculos políticos del país. Todo ello arranca veinte días después de la terminación de la guerra de los seis días, cuando se empieza a celebrar, el

Ya desde el tiempo de las cruzadas medievales, Palestina, o Tierra Santa, fue un lugar de lucha entre «los tres pueblos del libro» (cristianos, musulmanes y judíos). Los Santos Lugares, la tierra donde nació, vivió y murió Jesucristo, ha sido desde hace siglos un centro de peregrinación internacional. La ciudad de Jerusalén es considerada por los hebreos como su capital política, pero durante muchos años tuvo un estatuto internacional que reconocía su universalidad histórica, siendo Tel Aviv la capital del Estado de Israel.


Una boda israelita en Hebrón



Hebrew Stadium. 1967: ceremonia por los muertos israelíes

Alguien dijo que «la patria es la tierra y los muertos». Los judíos de Israel y sus compañeros de raza y religión, diseminados por todo el mundo, están dispuestos a morir por defender su nuevo país, al que por primera vez tienen derecho. Lo curioso es que, hostigados por un cerco árabe hostil, han tenido que defenderse y después se han expansionado, privando a otros pueblos, como el palestino, del derecho a una patria. Como consecuencia de esta opresión nacional, el fatídico mecanismo subversión-represión no ha cesado de provocar incidentes de gran violencia política y social en los territorios ocupados.

30 de junio de 1967, una importante conferencia clandestina de la que sale una sola y única consigna: luchar y resistir.

El hundimiento del despotismo nacionalista

Por ello, no es nada casual que, a partir de esos días, la figura del combatiente palestino, o la de Yasser Arafat pistola al cinto, haya sustituido a la del líder egipcio Gamal Abdel Nasser. Y es que desde junio de 1967 a septiembre de 1970, fecha de su muerte, el presidente egipcio no fue más que un cadáver político, al que sólo el impresionante respeto de las masas populares de su país mantenía aún en el poder.

La gran víctima de los seis días guerreros fue este político nacionalista que, de repente, veía caer todo el edificio político pacientemente montado a lo largo de tres lustros; una vía política que combinaba el nacionalismo más intransigente con el despotismo en las formas políticas más radicales, se evidenciaba como incapaz no sólo de resolver los problemas de la sociedad egipcia, sino de afrontar, al menos en condiciones mínimas de dignidad y de respeto, el desafío del Estado de Israel. Su apuesta al todo o nada, en mayo de 1967, se convirtió un mes más tarde en un *boomerang*.

En efecto, la guerra de los seis días había diezmado la pobre economía del país; el ejército de fanfarria sólo se sostenía por los créditos y la ayuda militar de la Unión Soviética; su prestigio como líder neutralista caía por los suelos, al quedar convertido en un peón de segunda o tercera categoría en la partida de ajedrez entre los dos grandes, y su carisma personal había prácticamente desaparecido en el seno de las masas musulmanas. La muerte del despotismo nacionalista dejaba las puertas libres al retorno de las viejas fórmulas políticas o a planteamientos inéditos radicales que iban mucho más allá de las ideas y de los intereses de Gamal Abdel Nasser.

El nasserismo, que había apasionado a las grandes masas del Oriente Medio a finales de la década de los cincuenta y comienzos de la década de los sesenta, habíase esfumado como el viento del desierto que levantaban los blindados israelitas en su triunfal marcha hacia el canal de Suez; pero aún se revelaba como incapaz e impotente para sanear la sociedad egipcia. La derrota árabe, sobre todo la del ejército egipcio, indicaba a todas luces que tras la victoria hebrea no sólo existía una superior tecnología, una formación europea, una sociedad moderna, unos apoyos internacionales sólidos y fortalecidos, sino la total identidad de un pueblo, en este caso el judío, con los ideales y los intereses nacionales de su raza.

La derrota del nacionalismo árabe era a la vez el triunfo del nacionalismo judío. ¿Por qué en Israel la causa nacional judía era uña y carne de la sociedad, y en Egipto, por poner un solo ejemplo árabe, la causa nacional no calaba socialmente? La respuesta a este interrogante demostraba que Nasser no pudo, no quiso modificar las estructuras de la sociedad egipcia para sacarla del subdesarrollo, y que tras un empuje renovador inicial sumergió al país en una burocracia asfixiante al servicio del régimen que había creado. Sólo confió en el apoyo internacional, que tanta suerte política le había proporcionado en 1956, y cuando éste no tuvo el grado y el volumen que él esperaba se hundió con su ejército en el Sinaí.

La guerra de los cien años

Bastantes años después de su muerte, cuando acaba de terminar la quinta guerra árabe-israelí, de lo que lleva camino de ser una versión moderna de la guerra de los cien años, y en descargo de la principal víctima de la guerra de los seis días, hay que señalar que el camino de Nasser no ha sido reemplazado por ningún otro y que, incluso, su heredero legítimo e histórico, el movimiento nacionalista palestino que lo reemplazó en la imaginería árabe, tropieza hoy con muchos de los problemas con que Gamal Abdel Nasser chocó poco antes del hundimiento total de su proyecto político.

De ahí que la guerra de los seis días haya que insertarla como un episodio más de un largo combate entre los pueblos judíos y árabes; en realidad habría que hablar más de la batalla de los seis días que de la guerra de los seis días, puesto que todos estos cinco conflictos no son sino batallas de una misma guerra en la que cambian los protagonistas árabes y permanece siempre la sombra de Tsahall o ejército judío. Referirse única y exclusivamente a la de los seis días, como hemos hecho en este breve trabajo, tiene un mero valor periodístico o cronológico.

En ese sentido hay que decir, como conclusión principal, que la guerra de los seis días todavía no ha terminado y que su futuro y desenlace son completamente inciertos; de momento, y hay que señalarlo porque la penúltima guerra de los tres meses del año 1982 es una fase más de la guerra de los seis días, la superioridad militar israelita es aplastante, aunque no pueda decirse lo mismo de la relación de fuerzas en los campos de la política y de la diplomacia.

De cualquier forma, los árabes están en peores condiciones que en la batalla de los seis días; la desunión, el vacío dejado por Nasser, la lucha interna entre unos y otros, el subdesarrollo y el atraso semifeudal siguen dando todas las ventajas a los hebreos en esta guerra de los cien años. La única superioridad árabe reside en que ahora la guerra dura tres meses en lugar de seis días; es decir, la resistencia árabe ha aumentado, al menos en el pueblo palestino. Quizá por esto el Estado de Israel se cebe sobre ellos.

F. L. A.

Bibliografía básica

BARKER, A. J.: *La guerra de los seis días*, San Martín. Madrid, 1979.
DEUTSCHER, I.: *El judío no sionista*, Ayuso. Madrid, 1971.
MESA, R.: *Las revoluciones del Tercer Mundo*, *Cuadernos para el Diálogo*. Madrid, 1971.
PORCEL, B.: *El conflicto árabe-israelí*, Ariel. Barcelona, 1969.
RODINSON, M.: *Los árabes*, Siglo XXI. Madrid, 1981.



Los judíos viven en guardia permanente frente a los enemigos árabes exteriores, mientras reprimen sin piedad (las víctimas de ayer son hoy verdugos) a los árabes-palestinos del interior y de los territorios ocupados. A nivel internacional, la guerra de los seis días sirvió para consolidar a Israel como «Estado gendarme» de los intereses de Estados Unidos en Oriente Medio, hundir el nacionalismo revolucionario árabe y desbaratar la estrategia política y diplomática de la Unión Soviética en la región.

Vigilancia israelí en el Jordán

En un mundo donde más de la mitad de la humanidad pasa hambre y donde por este motivo mueren cada año 40 millones de personas, especialmente niños del llamado Tercer Mundo, los científicos de los países desarrollados no dejan de realizar espectaculares avances tecnológicos que, en su mayor parte, son usados para perfeccionar los sofisticados armamentos que mantienen el precario equilibrio internacional de los bloques. Este es un contexto que no conviene olvidar al valorar los avances de la medicina, un campo donde la inteligencia sí puede servir para mejorar la vida humana y luchar contra la muerte. Y junto a la ingeniería genética, los trasplantes de órganos constituyen los avances más espectaculares de la medicina de nuestro tiempo.

Barnard siempre amó la celebridad y cultivó su faceta de hombre público y famoso, codeándose con el gran mundo y haciendo explosivas declaraciones a la prensa. En realidad, la técnica de los trasplantes cardiacos fue estudiada y descrita por vez primera en 1960 por el doctor norteamericano Sanway, de la universidad de Stanford (California).

Barnard durante una operación.

1967



LA ERA DEL TRASPLANTE

LOS adelantos de las ciencias en los últimos siglos, que han permitido pasar del caballo a la nave espacial, han alcanzado un éxito rotundo en el campo de la medicina. En el siglo XX se han podido curar enfermedades consideradas antaño como verdaderos males de la humanidad. Pero uno solo de estos hechos puede equipararse al de la llegada a la Luna: el trasplante de corazón.

El 3 de diciembre de 1967, en medio de una gran expectación, el doctor Barnard realiza el primer trasplante de corazón. La humanidad late de esperanza ante tal acontecimiento.

¿A qué se debe tanta curiosidad si ya se han realizado con éxito trasplantes de otros órganos de nuestro cuerpo? Pilar Collar estudia la excepcional importancia de este órgano en el desarrollo de la vida afectiva del hombre y nos hace revivir aquellos momentos.



Barnard en Roma, en 1968

El motor de la vida

Ningún órgano de nuestro cuerpo ha ocupado tantas páginas de la literatura universal como el corazón. Fuente de inspiración para poetas, trovadores y juglares, le ha sido atribuido un papel fundamental en el desarrollo de la vida afectiva del género humano. Amor, odio, tristeza, alegría se han localizado equívocamente en este pequeño órgano. No es objeto de este artículo explicar los ocultos motivos que han llevado al hombre, desde la prehistoria a nuestros días, a conceder un lugar tan preferente al corazón frente al cerebro, que es el verdadero centro de la vida racional y de los sentimientos. Pero debemos resaltar la excepcional importancia de este músculo para comprender la expectación y polémica que supuso el primer trasplante de corazón.

Christian Barnard y el doctor Chatelain, en Mónaco

El hombre ha pagado un caro tributo al desarrollo de la civilización, que ha llegado a ponerla en cuestión, al ser el origen de numerosas enfermedades, entre las que destacan las cardiacas. Cabría la posibilidad de pensar que hoy la vida es menos dura que en los albores de la humanidad, cuando el ser humano debía enfrentarse en una ruda lucha, a menudo desigual, con poderosos animales que constituían la base de su alimento, o cuando tenía que recorrer enormes distancias en busca de algunos frutos que complementaran su nutrición. Sin embargo, el sedimentarismo de la sociedad actual representa para la continuidad de la vida un peligro notablemente mayor que el de los más fieros animales. Más que el cáncer, la poliomielitis, la leucemia y la tuberculosis juntas, incluso bastante más que los accidentes de circulación, las enfermedades del corazón son causa de muerte.

Médicos y científicos de todo el mundo han estudiado el funcionamiento de esta máquina.

Considerada como la más perfecta de todas, se ha conseguido repararla mediante la sustitución de piezas, tratamientos adecuados, etc. Pero hay casos en los que el motor está tan dañado que necesita ser sustituido.

A ningún trasplante, ni al de riñón ni al de córnea, se le ha prestado tanta atención. Y es que ahora se trata del corazón, de ese motor de la vida tan importante para el hombre.

De la ciencia ficción a la realidad

Como ha sucedido en numerosas ocasiones, los relatos fantásticos se han hecho realidad. No sólo las increíbles aventuras descritas por Julio Verne en sus libros han podido ser realizadas. Era difícil imaginar que los trabajos del doctor Frankestein pudieran tener alguna proyección en la ciencia posterior, y, sin embargo, el cirujano que se prepara a realizar un trasplante se asemeja, naturalmente salvando las distancias, al doctor que diera vida a un muñeco reuniendo órganos de otras personas. Incluso, a veces, si comparamos las condiciones de obtención de órganos para realizar el trasplante, las coincidencias son asombrosas: en Francia hubo que esperar a una ejecución para obtener el primer órgano a trasplantar.

El 3 de diciembre de 1967, una noticia ocupa las primeras páginas de la prensa mundial: un joven médico sudafricano acaba de «devolver» la vida a un ser humano al trasplantarle un corazón. Se trata del doctor Christian N. Barnard, cuyas manos saldrán fotografiadas en todos los periódicos. Durante casi veinte días el mundo entero late de emoción en espera de los resultados. Nunca hubo tanta expectación por este tipo de intervenciones, ya frecuentes con otros órganos.

Pero en el decimoctavo día el paciente muere. Este hombre, que había sido el centro de la información diaria en numerosos países, vuelve a ocupar un lugar preferente en los boletines de noticias. Sin embargo, en medio del desánimo general, el doctor Barnard decide seguir adelante. Un nuevo paciente, un odontólogo de Ciudad del Cabo, desahuciado por los demás médicos, anima a Barnard. La operación es un éxito, y el paciente llega a incorporarse a una vida casi normal. El trasplante empieza a ser una práctica quirúrgica extendida por numerosos países: el inventor de dicha técnica, el profesor Norman Shumway, de Stanford (Estados Unidos), a quien Barnard había visto realizando trasplantes de corazón en perros, ostenta el récord de operaciones.

Pero la supervivencia es escasa. Poco a poco los pacientes van muriendo y la esperanza decrece al fallecer el odontólogo, al año y medio

Existe un tratado médico del siglo XVIII, obra de Saint Ives, en el que ya se aconseja la utilización del trasplante de córnea, pero esta técnica oftalmológica comienza a usarse masivamente en la década de los treinta por el inglés Thomas, el soviético Filatof y el español Ramón Castroviejo. España ha alcanzado celebridad en este campo con los hermanos Barraquer, de Barcelona. Los trasplantes de otros órganos comenzaron después de la Segunda Guerra Mundial: en 1951, el italiano Scola injertó el primer riñón; en 1967, el doctor estadounidense Starlz realizó el primer trasplante de hígado, y Barnard hizo lo mismo con un corazón. Actualmente, los cirujanos injertan córneas, piel, sangre y vasos sanguíneos, riñones, pulmones, corazones y válvulas cardiacas, hígados, huesos y médulas óseas, cabellos, testículos, ovarios y extremidades seccionadas.



Philip Blaiberg. 594 días vivió gracias a un trasplante de corazón.


El doctor Jarvik, inventor del corazón artificial

Todo trasplante supone un receptor y un donante. Para ello es muy importante definir médica y legalmente qué es la muerte, ya que cuando una persona fallece en accidente de tráfico, por ejemplo, muchos de sus órganos siguen «vivos» durante varias horas y pueden ser trasplantados a otro cuerpo. Hoy día la muerte legal se certifica cuando el cerebro ha cesado en sus funciones. El rechazo a la donación de los órganos que siguen vivos y pueden ser aprovechados por otra vida viene dado por problemas culturales, antropológicos y religiosos. Hace falta crear una nueva visión del cuerpo, menos individual y más social.

del trasplante. Cuando todo el mundo creía que su vida había sido normal, al aparecer paseando plácidamente en las numerosas fotografías que recorrieron todas las agencias de prensa del orbe, su mujer hace unas declaraciones en las que afirma que su marido había sufrido enormemente con el nuevo corazón.

Esta muerte, y muchas otras que consternaron a la humanidad, hizo que se fuera abandonando poco a poco, aunque no totalmente, este tipo de trasplantes. No obstante, existen casos de supervivencia, incluso superior a diez años, que animan a los médicos a seguir investigando las causas del rechazo.

Nuestro mejor amigo es nuestro peor enemigo

Esta afirmación, en apariencia paradójica, define exactamente el problema del rechazo, que impide que un paciente acepte el corazón salvador. Nuestro sistema inmunitario, que tantos buenos servicios nos presta al defendernos de los agresores externos, vuelve sus armas contra nosotros mismos y expulsa lo que es ajeno. ¿Cómo programarlo para que distinga lo que nos ataca de lo que necesitamos?

La respuesta la tienen los genetistas. Un mayor conocimiento del mecanismo genético permitirá al médico elegir aquel donante que presente los antígenos más parecidos a los del receptor, lo que evitaría el rechazo. Por ahora la única solución viable consiste en inhibir los linfocitos, pero esto supone dejar al paciente expuesto a cualquier infección que podría causarle la muerte.

No sería muy difícil imaginar lo que siente el enfermo en estos momentos, que, por otra parte, no han debido de ser los peores. Estudios psiquiátricos realizados sobre pacientes de Shumway han demostrado que el estado de tensión a que se ve sometido el enfermo antes y después de la intervención le ha provocado, en numerosas ocasiones, una situación de paranoia que puede ser el origen de serias alteraciones del comportamiento. Esperas demasiado largas



Trasplante de corazón artificial

de un donante, miedo a la infección, miedo al rechazo, angustia, etc., contribuyen a ello.

Incluso más allá de la ficción

Ni siquiera la ciencia ficción pudo intuirlo y, sin embargo, ha sido posible en estos días. Curiosa coincidencia: de nuevo, un dentista, en esta ocasión de Seattle, ha vuelto a ocupar los titulares de la prensa al serle «implantado» un corazón artificial. Al final de la operación, un portavoz del equipo médico declaraba que el paciente vivía gracias a un prototipo realizado por Robert Jarvik, de treinta y seis años de edad, joven doctor cuyas aportaciones a la medicina son valiosísimas.

Las primeras declaraciones del dentista retirado de Seattle han conmovido al mundo al agradecer al corazón artificial que le permita seguir queriendo a su mujer. No cuentan las incomodidades que supone vivir pegado a una máquina; lo más importante es la vida.

¿Cuál será el futuro del trasplante de corazón? ¿Podrá lograrse la creación de un corazón artificial que nos permita una autonomía total de movimientos, o, por el contrario, se podrá perfeccionar el conocimiento del mecanismo genético para evitar el problema del rechazo en el trasplante de órganos?

Podríamos avanzar en el tiempo: en una universidad de un país avanzado se trabaja en un proyecto humanitario para la conservación, y no destrucción, de la vida. Pero hay mucha gente relacionada con este trabajo. No entendemos. Nos ponemos una bata y una identificación falsa que nos permita andar entre ellos sin que nos extrañen. Ahora vemos más claro: no sólo hay médicos, hay muchos ingenieros nucleares que buscan una fuente de energía que ocupe poco espacio, ingenieros electrónicos que trabajan en circuitos miniaturizados, físicos que estudian diferentes pilas: atómicas, de diversos combustibles, etc. De repente, de la calma del laboratorio se pasa a un gran ajetreo. Miramos a nuestro alrededor sin comprender, hasta que alguien grita: «El experimento ha sido un éxito...»

P. C.

Los trasplantes han dejado paso a la hibernación, la fecundación artificial (los bebés-probeta) y la ingeniería genética (hasta ahora sólo con animales), en una carrera médica que no se detiene. En 1972, Barnard injertó el corazón de un mono a una mujer de veintiséis años que murió a las dos horas y media de la operación, pero el cirujano volvió a salir en los periódicos de todo el mundo. Según datos de Eurotrasplantes, entre 1967 y 1977 se realizaron 339 trasplantes de corazón (vivos, 74), 299 de hígado (vivos, 39), 37 de pulmón (vivos, ninguno), 52 de páncreas (vivos, ninguno) y numerosísimos de córnea (5.000 anuales en la clínica Barraquer), riñón y válvulas cardiacas, estos últimos con gran éxito.



El cadáver del Che, en el pueblo boliviano de La Higuera.

1967



LA MUERTE DEL «CHE» GUEVARA

ERNESTO Che *Guevara pertenece a ese grupo de hombres que no diferencian las creencias de la acción y que son capaces de arriesgar la vida por verlas realizadas. El* Che *murió en la escuela de una aldea perdida en Bolivia el 8 de octubre de 1967: era el final de una aventura romántica que pretendía levantar a los campesinos contra el régimen del general Barrientos. «Crear dos, tres, muchos Vietnam» había sido su consigna, nacida al calor de las guerras en Extremo Oriente y del victorioso recuerdo de la guerrilla contra Batista en Sierra Maestra. Algo falló, sin embargo, en Bolivia, y el* Che *cayó, casi solo y malherido, en manos de los* rangers *bolivianos.*

La revolución cubana triunfante y las figuras de Fidel Castro y del Che *Guevara influyeron mucho en la formación ideológica de numerosos jóvenes de izquierda. Tras su muerte en Bolivia, Fidel Castro dijo de Guevara: «Los escritos del* Che*, el pensamiento político y revolucionario del* Che*, tendrán un valor permanente... Y no dudamos de que el valor de sus ideas, como hombre de acción, como hombre de pensamiento, como hombre de acrisoladas virtudes morales, como hombre de insuperable sensibilidad humana, tiene y tendrá un valor universal.»*

Un día antes de su muerte, el Che, entonces comandante Ramón, escribió en su diario de campaña: «Se cumplieron los once meses de nuestra inauguración guerrillera sin complicaciones, bucólicamente; hasta las 12.30, hora en que una vieja, pastoreando sus chivas, entró en el cañón en que habíamos acampado y hubo que apresarla. La mujer no ha dado ninguna noticia fidedigna sobre los soldados...; se le dieron 50 pesos con el encargo de que no fuera a hablar ni una palabra, pero con pocas esperanzas de que cumpla a pesar de sus promesas. Salimos los 17 con una luna muy pequeña, y la marcha fue muy fatigosa y dejando mucho rastro por el cañón donde estábamos...»

Una leyenda para los años sesenta

Ernesto Guevara de la Serna, médico, revolucionario, guerrillero y ex ministro de Cuba, fue rematado por un sargento boliviano, tras haber sido herido en una escaramuza. Esta muerte vulgar, un poco sórdida, estuvo acompañada de toda clase de leyendas: hay quien dice que en el momento de su muerte, el *Che* no dijo nada y se limitó a mirar intensamente a su verdugo con ojos burlones; otros afirman que exclamó severamente: «Decile a tu coronel que *Che* se escribe sin acento, que lo que puso en la pizarra está mal...» Hay, por último, quien, en tono más épico, asegura que, cuando iba a ser ejecutado, Ernesto Guevara gritó, desafiante: «¡Observa, hermano, cómo muere un hombre!»

Esta mitificación que acompañó a Guevara antes, en y después de su muerte tiene mucho de los años sesenta, una época que se caracterizó por un auténtico deseo popular de contar con ídolos, con mártires, con héroes, con seres que escaparan a la sosa vida cotidiana y abrieran caminos de esperanza. Los jóvenes, que demostrarían su poder o, al menos, lo intentarían en 1968, vivieron la utopía como pocas veces antes, en la historia, lo habían hecho. La figura del *Che* Guevara con su uniforme verde oliva, su boina y su entrega a la causa de la revolución mundial fue probablemente, junto con Marilyn Monroe, el otro gran mito de la época, el gran símbolo de esa ansia de cambio y acción que caracterizó a la década.



El Che y Fidel

La muerte del héroe

El día 8 de octubre de 1967, un destacamento de *rangers* bolivianos, al frente de los cuales iba el coronel Centeno Anaya, localizó a un grupo de guerrilleros que llevaban varios meses operando por la zona. Al mando del grupo revolucionario está un misterioso comandante, *Ramón*, que el comandante de los soldados cree que es el *Che* Guevara. Hay versiones contradictorias, ya que los servicios secretos cubanos habían hecho correr el rumor de que el ex ministro había sido muerto en la República Dominicana. Otros indicios, sin embargo, tales como confidencias de desertores y la presencia del intelectual francés Regis Debray en Bolivia, indicaban que el *Che* podía estar vivo y ser, precisamente, el jefe de la guerrilla que operaba en la región.

El combate dura poco: los *rangers* son 150, los guerrilleros solamente 15. La mayoría resultan muertos o gravemente heridos. El propio *Che* Guevara recibe varios balazos de metralleta. Después es trasladado a la escuela del pueblecito de La Higuera, donde se consulta a La Paz qué ha de hacerse con tan destacado prisionero. La respuesta llega pronto: ha de ejecutársele con la mayor discreción; luego se decidirá si se dice a la prensa que murió en combate o no.

El encargado de hacer el trabajo, es decir, pegar un tiro al prisionero para acabar con su vida, es el sargento Mario Terán, quien, al parecer, tuvo que tomar una considerable ración de alcohol para cumplir tan repugnante orden.

Enterado el coronel Centeno Anaya de que el asunto quedaba culminado, informó rápidamente a La Paz, al presidente de la república, René Barrientos, y al vicepresidente, general Alfredo Ovando. Prometió, de paso, que enviaría las manos del hombre muerto para que pudieran ser comprobadas las huellas dactilares. Uno de los que se mostraron más satisfechos de la discreta y limpia resolución del caso fue el mayor Shelton, asesor de Estados Unidos en Bolivia

para la lucha antiguerrillas. El mayor dijo que la operación había sido notablemente barata, sobre todo si se la comparaba con el costo de Estados Unidos por cada vietcong muerto: 400.000 dólares. El *Che* y sus 14 hombres habían salido mucho más económicos.

Inmediatamente se produjo un compás de espera. Pocas personas creían que el *Che* Guevara, cuya muerte se había anunciado en varias ocasiones, hubiera fallecido de verdad. Se pensaba en una maniobra propagandística de la CIA para desanimar al movimiento revolucionario. Ya los servicios de Batista, durante la revolución cubana, habían hecho algo muy similar anunciando la muerte del «facineroso y cuatrero agente del comunismo internacional *Che* Guevara».

En estas circunstancias, el general Ovando selecciona a un grupo de periodistas y fotógrafos y se traslada a la zona. Se sacan fotografías del cadáver, que tampoco convencerán a casi nadie. Todo el mundo piensa en un hombre de fisonomía parecida o en un montaje. Al fin, es el propio Fidel Castro quien disipa las dudas: el día 15 de octubre, a las nueve de la noche, el primer ministro habla desde los estudios cubanos de teledifusión; fue un discurso solemne que retransmitieron todas las radios del país y también la cadena de televisión.

La afirmación de Fidel Castro es tajante: «La noticia relativa a la muerte del comandante Ernesto Guevara es dolorosamente cierta.» Para Fidel hay varias pruebas concluyentes: una es la de las dos páginas del diario fotografiadas por los periodistas y que, en opinión de Castro, no dejan lugar a dudas de haber sido escritas por el *Che* —«ésta es la letra del *Che*, su inconfundible letra»—; están luego las declaraciones, llegadas por la agencia Interpress, del médico José Martínez Caso y de los soldados bolivianos que intervinieron en la operación, que parecen ser absolutamente ciertas. Por último, alude Fidel a la existencia de un desertor de la guerrilla, Antonio Rodríguez Flores, el cual, tras su entrega, comunicó al ejército boliviano la situación exacta de la guerrilla. Fidel Castro concluye: «Por mucho que cueste imaginarse que un hombre de su talla, de su prestigio, de su personalidad haya muerto en combate no tiene nada de extraordinario eso... porque siempre se caracterizó por su extraordinario arrojo, por su desprecio al peligro, por un gesto siempre en cada momento difícil.»

El héroe ha entrado en la historia. El poeta Nicolás Guillén escribirá un hermoso poema que comienza a cimentar el mito:

Soldadito de Bolivia,
soldadito boliviano,
armado vas de tu rifle,
que es un rifle americano.



En los campos de Cuba

Te lo dio el señor Barrientos,
soldadito boliviano,
regalo de mister Johnson
para matar a tu hermano.
No sabes quién es el muerto,
soldadito boliviano,
el muerto es el Che *Guevara*
y era argentino y cubano.

Un aventurero de clase media

El 14 de junio de 1928 nació, en una ciudad de provincias de Argentina, Ernesto Guevara de la Serna. Su padre era Ernesto Guevara Lynch, un hombre que había estudiado arquitectura, políticamente conservador, pero con una cierta tendencia a la rebeldía formal con respecto a su clase; es decir, se apunta a la bohemia y rehúye los besamanos de la aristocracia criolla. Su madre, en cambio, Celia de la Serna, era una mujer extraordinaria, progresista y culta, que podía haber sido una «niña bonita» («Celia era preciosa», dirá el *Che*) y que prefirió la lucha antiperonista y socialista. En su casa, Celia dio siempre una absoluta libertad a sus cinco hijos y procuró inculcarles el amor por la cultura. Cuando Ernesto padre y Celia se separaron, Ernesto hijo se mantuvo siempre al lado de su madre y sostuvo con ella una correspondencia hasta el final. Poco antes de partir para su última y peligrosa misión, escribirá una emotiva carta que resultará una despedida definitiva.

Ernesto era el mayor de sus hermanos, y su salud fue muy precaria desde pequeño: a los dos años tuvo un grave ataque de asma que casi acaba con su vida. Consiguió salvarse, pero

El Che era un hombre de acción que también creía en las palabras, un aventurero romántico que se emocionaba con los sufrimientos de la gente sencilla, como lo prueba el siguiente poema escrito por él: «Vieja María, vas a morir, / quiero hablarte en serio: / Tu vida fue un rosario completo de agonías, / no hubo hombre amado, ni salud, ni dinero, / apenas el hambre para ser compartida: quiero hablar de tu esperanza, / ... Toma esta mano de hombre que parece de niño / en las tuyas pulidas por el jabón amarillo. / Restriega tus callos duros y los nudillos puros en la suave vergüenza de mis manos de médico. / Escucha, abuela María: / cree en el hombre que llega, / cree en el futuro que nunca verás. / ... Descansa en paz, vieja María, / descansa en paz, vieja luchadora, / tus nietos todos vivirán la aurora. / LO JURO.»



El Che y Nasser

Como representante del gobierno de Cuba, el Che viajó por todo el mundo. Primero fue la visita obligada a la URSS, sostén económico del nuevo régimen cubano; después, a Argel, donde Ben Bella medió para intentar la reconciliación Cuba-Estados Unidos. El Che también visitó España, Suiza, Checoslovaquia, China popular, India, Egipto, Uruguay, otros países de Africa y América y Estados Unidos, donde dijo, en la tribuna de la Asamblea General de la ONU: «La coexistencia pacífica debe ejercitarse entre todos los Estados y no sólo entre los poderosos.»

será el resto de su vida un enfermo crónico. Cuando, años más tarde, suba las cuestas de Sierra Maestra, tendrá que ser ayudado en muchas ocasiones, y las jornadas de Bolivia le derrumbarán. Cierta vez, durante un viaje a China popular, el ataque deriva en afección cardiaca y la muerte está de nuevo muy cerca de él. Si hubiera muerto en tal momento, la historia recordaría poco más que a un funcionario que murió de infarto en misión oficial, en lugar de un héroe que sucumbió con las armas en la mano mientras luchaba por el sueño de la emancipación de los pobres.

Desde niño fue un voraz lector y un mal estudiante. En su casa no había disciplina; los pequeños hacían lo que querían con su vida. Ernesto no suspendía porque era demasiado listo, pero no era, ni mucho menos, un estudiante brillante. Hacia los catorce años leía a Salgari, que le gustaba, y a Freud (por consejo de su madre), al que no entendía muy bien; poco tiempo después leía a Baudelaire y a Neruda.

Las lecturas del poeta chileno corresponden, más o menos por 1945, al año en el que la familia Guevara se traslada a Buenos Aires y allí, en la capital, comienza Ernesto a estudiar medicina, carrera que termina en 1953.

Mucho se ha hablado del *Che* Guevara como médico. Para unos tenía magníficas disposiciones para haber llegado a ser un notable doctor; para otros, en cambio, nunca hubiera pasado de mediocre. Lo cierto es que no poseía disposiciones científicas, como demostrará posteriormente en su enfoque de los problemas económicos. Guevara era un hombre más voluntarista que racional y más intuitivo que dialéctico. Como médico tuvo, eso sí, una cualidad importante: su interés por remediar el dolor humano y su sincera entrega a los demás, pero también es verdad que nunca se tomó en serio el estudio y la investigación.

A partir de 1949 comienza a dar muestras de la inquietud y el espíritu aventurero que caracterizaron su vida. Con apenas veintiún años se le ocurrió aplicar un motorcito a su bicicleta e irse a recorrer Argentina. Fue un largo viaje, pero, al parecer, provechoso: anduvo cerca de 4.000 kilómetros en tan rudimentario vehículo, hasta el punto de que la firma que vendía los motores, Amerimex, le propuso su utilización propagandística, lo que aceptó el muchacho a cambio de una reparación.

La cosa se repetiría, en grande, un año más tarde. Ernesto Guevara y su amigo Alberto Granados, que luego contó muchos detalles de su vida, decidieron hacer un recorrido por toda Sudamérica en motocicleta. Subieron hasta Perú y visitaron una leprosería, pasaron a Venezuela y Colombia; después, se separaron y Ernesto viajó en avión con unos conocidos de su familia que trataban en ganado. Llegó hasta Miami y allí fue deportado por las autoridades norteamericanas. De vuelta en Buenos Aires se dedicó por una temporada a su carrera: aprobó 12 asignaturas y se licenció en medicina.

Médico revolucionario

Por un breve tiempo, el *Che* parece reflexionar. El título de médico, recientemente conseguido, le abre nuevos caminos. Piensa dedicarse

al estudio de las medicinas tropicales porque ya tiene en la cabeza el salir de Argentina y convertirse en un «ciudadano de América». Es decir, está buscando una especialidad que pueda ejercer en cualquier país. Para empezar piensa marchar de nuevo a Venezuela, donde Alberto Granados sigue trabajando con los leprosos.

No llegará jamás a la leprosería venezolana. Estuvo en Perú, donde se hizo amigo del escritor Jorge de Icaza, y, con anterioridad, en Bolivia y Ecuador. En este último país, un abogado porteño, de ideas progresistas, le recomienda su próxima etapa: Guatemala.

Guatemala era por aquellos años (1951-1953) un lugar de atracción para los más entusiastas jóvenes de su tiempo. Había sido éste uno de los países más descaradamente explotados por las pocas familias terratenientes y, sobre todo, por la tristemente célebre United Fruit, más conocida por *Mamita Yunai*. De pronto, todo se tuerce: gana las elecciones presidenciales Jacobo Arbenz, que comienza a realizar una política reformista e implanta la reforma agraria: la United Fruit ve expropiadas parte de sus posesiones que el gobierno da a los campesinos indios. De todos lados llegan simpatizantes a prestar su apoyo al presidente guatemalteco. Algo parecido ocurrirá, veinte años más tarde, en el Chile de Salvador Allende.

Ernesto Guevara arriba a Guatemala en las postrimerías del experimento democrático. Intenta prestar su contribución como médico; sin embargo, pronto llega el golpe de Estado, favorecido por la CIA y financiado por la todopoderosa *Mamita Yunai*. Por primera vez, el *Che* da muestra de su carácter decidido e intenta organizar la resistencia: «Era necesario resistir —dirá más tarde— y casi nadie quiso hacerlo.»

Huye a México, donde se casa con Hilda Gadea, una joven peruana que había conocido en Guatemala. Trabaja como fotógrafo turístico y entonces ocurre un hecho de gran trascendencia en su vida: conoce a un grupo de exiliados cubanos que traman el volver a invadir la isla y acabar con la dictadura de Batista. Allí, una noche, conecta con un brillante abogado llamado Fidel Castro Ruz.

Los dos hombres se entienden, y será Castro el que insistirá para que el *Che* vaya con ellos en la expedición del *Gramma*. Por entonces ni Castro ni Guevara son aún comunistas. Guevara, en su estancia en Guatemala, había leído a Marx y Lenin, pero mantenía posiciones que iban desde el nacionalismo al leninismo y del voluntarismo al trotskismo.

El *Che* es acogido con frialdad por el grupo de cubanos, dada su condición de argentino y, por tanto, de extranjero. No obstante, Fidel vence la resistencia haciendo constar la condición



Un personaje para Time

1967

La muerte del «Che» Guevara

Siempre en primera plana de la actualidad, al lado de los grandes, el Che no dejó de ser un hombre sencillo, amante de la gente normal. Durante su estancia en España firmó numerosos autógrafos, regaló un pañuelo a la dependiente de una tienda madrileña que lo atendió, y escribió a una supuesta parienta: «De verdad que no sé bien de qué parte de España es mi familia... No creo que seamos parientes muy cercanos, pero si usted es capaz de temblar de indignación cada vez que se comete una injusticia, somos compañeros, que es más importante. Un saludo revolucionario de Ernesto Che Guevara.»


En la ciudad universitaria de Madrid.

El Che en un viaje oficial

Como es frecuente entre los ideólogos y los hombres de acción, el Che no era un buen político ni un buen gestor. Como jefe del Departamento de Industrialización del Instituto Nacional de Reforma Agraria firmó el decreto que acabó con el latifundio cubano. Más tarde, como director del Banco Nacional, firma los billetes con su seudónimo, participa en la reforma sanitaria y educativa, y siempre insiste en lo mismo: «crear un hombre nuevo que actúe por estímulos morales y no por dinero».

de médico de Guevara, lo cual puede ser útil llegado el momento.

La aventura cubana

Como ya se sabe, el desembarco del *Gramma* fue un desastre. Hubo un naufragio, se perdió casi todo el material de guerra y, lo que fue peor, cayeron en una emboscada del ejército de Batista en un lugar llamado Alegría del Pío. El inicial grupo de 82 hombres fue terriblemente diezmado. La leyenda dice que sólo quedó Fidel con 12 combatientes. Otros historiadores, como Hugh Thomas, mantienen que el número de los que quedaron fue de 20.

Durante toda la campaña armada, el *Che* apenas ejerce de médico. Por lo demás, había perdido desde el primer combate el modesto instrumental y las pocas medicinas que llevaba. Las marchas son una tortura para este hombre enfermo que apenas logra controlarse a base de una buena dosis de voluntad y aguante.

Pronto Fidel se da cuenta de la valía del *Che* para la labor que tienen por delante. Es, sin duda, un hombre de gran valor natural, muy sereno, inteligente y disciplinado. A pesar de su hándicap físico, llegará a mandar una de las columnas guerrilleras y tomará parte en acciones de notable importancia, como la toma de Las Villas y de Santa Clara. Será también de los primeros en entrar en La Habana.

Un mal burócrata

Tras la victoria, el *Che* Guevara pierde pie. Los diferentes cargos que ocupa en el gobierno revolucionario son una prueba durísima para él. Ese hombre sincero, inteligente, valiente y generoso, ese gran soldado que es el *Che* Guevara,



Reunión de la OEA en Punta del Este, en 1961

resulta un mal burócrata y un peor diplomático.

Es nombrado director del Banco Nacional en un país exento casi totalmente de cuadros de confianza. El *Che* tiene escasas nociones de finanzas y de problemas monetarios. Sus conocimientos generales de política económica y de relaciones económicas internacionales no tienen aplicación en el nuevo Estado. Además, hay algo más importante: Ernesto Guevara desprecia el dinero, tiene una repugnancia visceral por el papel-moneda. Irónicamente, firma los billetes con su seudónimo: *Che* Guevara.

Es nombrado, después, ministro de Industria y se lanza a una industrialización indiscriminada del país. En 1962-1964 debe reconocer el fracaso de su política de industrialización y abandonar el cargo.

Su labor como embajador volante de Cuba no es menos desafortunada. Asiste a la Conferencia de la OEA en Punta del Este y, casi en secreto, hace sendas visitas a los presidentes de Argentina y Brasil, Frondizi y Quadros, que son víctimas de su imprudencia y deben dejar el poder. Aún hay algo peor: los discursos del *Che* aumentan día a día la alarma de Estados Unidos. Guevara pide una revolución simultánea en todos los países del Tercer Mundo: «Crear dos, tres, muchos Vietnam...», y se enfrenta, verbalmente, varias veces a la URSS y a China, naciones a las que acusa de no ayudar debidamente a los países revolucionarios.

El *Che* llega a ser, sin duda, un quebradero de cabeza para la incipiente revolución cubana. Fidel Castro, que le aprecia personalmente y recuerda su meritoria actuación en la lucha revolucionaria, se ve cada día más urgido para que se deshaga del *Che* de una forma honorable.

Los defensores incondicionales del *Che* suelen censurar la actitud del gobierno cubano, del partido y del propio Fidel Castro, que parecían tener prisa por alejar a Guevara de la isla. Probablemente esto es cierto. El *Che* pertenecía a una época de guerra fría y no tuvo la suficiente flexibilidad para darse cuenta de que la etapa de la coexistencia entre el Este y el Oeste había llegado: su deseo de una revolución continua chocaba con la estrategia que la URSS se había marcado para el nuevo período.

Las últimas batallas

A primeros de abril de 1965, el *Che* Guevara deja todos sus cargos y abandona Cuba. Escribe una sincera carta a Fidel Castro, que éste leerá algún tiempo más tarde: «Otras tierras del mundo —escribe el *Che*— reclaman el concurso de mis modestos esfuerzos. Yo puedo hacer lo que te está negado por tu responsabilidad al frente de Cuba, y llegó la hora de separarnos... Si me llega la hora definitiva bajo otros cielos, mi último pensamiento será para este pueblo, y especialmente para ti... Dejo un pueblo que me admitió como a un hijo; eso lacera una parte de mi espíritu. En los nuevos campos de batalla llevaré la fe que me inculcaste..., la sensación de cumplir el más sagrado de los deberes: luchar contra el imperialismo dondequiera que esté.»

Como embajador plenipotenciario de Cuba, el Che llevó la voz de la revolución a todos los foros internacionales, basando sus intervenciones en las dos famosas Declaraciones de La Habana (1960 y 1962), resumen de principios de la nueva Cuba. En octubre de 1961, durante la conferencia del Consejo Interamericano Económico y Social de la OEA, celebrada en la localidad uruguaya de Punta del Este, el Che se enfrenta abiertamente a la Administración norteamericana y «desenmascara», con datos y cifras escalofriantes de la miseria de América latina, los planes de la Alianza para el Progreso, propuestos por Estados Unidos. Su enorme sinceridad y elocuencia ponía en grandes aprietos a los políticos tradicionales, mucho más diplomáticos.





«Déjeme decirle, a riesgo de parecer ridículo, que el revolucionario verdadero está guiado por grandes sentimientos de amor. Es imposible pensar en un revolucionario auténtico sin esta cualidad.» Son palabras del Che Guevara.

Un rostro que se haría leyenda



En la selva boliviana, poco antes del final.

«En muchos países de América latina, la revolución es hoy inevitable. Ese hecho está determinado por las espantosas condiciones de explotación en que vive el hombre americano... El deber de todo revolucionario es hacer la revolución... Cada año que se acelere la liberación de América significará millones de niños que se salven para la vida...» (II Declaración de La Habana, Cuba, 1962.)

Parte hacia Europa y se traslada al entonces Congo ex belga, donde las guerrillas comunistas, seguidoras del asesinado Patricio Lumumba, luchan contra el general Mobutu. Guevara está allí unos siete meses, pero no consigue ponerse de acuerdo con los guerrilleros: son gente de características extrañas para él, acostumbrada a un tipo de lucha muy diferente del que el *Che* llevó a cabo en Sierra Maestra.

Decide entonces una nueva aventura: un país sudamericano, dominado por una dictadura, y con una guerrilla inexistente que él pueda formar. Sus objetivos serán modestos: mantenerse durante un tiempo suficiente para dar lugar a que el pueblo oprimido tome conciencia de que existe un fermento de resistencia. No se trata de vencer, sino de dar ejemplo.

Para que la CIA no ponga dificultades a su viaje —que pronto decide que será a Bolivia— pide la colaboración de los servicios secretos cubanos. Estos le ayudarán a trazar una cortina de humo que pueda despistar a los agentes norteamericanos: harán correr el rumor de que el *Che* ha muerto en una incursión de cubanos para ayudar a los demócratas de Santo Domingo contra los yanquis. Hay quien afirma que lo que convenció al espionaje norteamericano fue la afirmación de Fidel Castro de que el *Che* estaba sirviendo a la revolución en otros lugares del mundo. La CIA pensó que Castro había eliminado a su ex colaborador y justificaba su muerte hablando de su marcha.

Mientras, el *Che* adopta una personalidad muy distinta: afeitado, bien vestido, con el pelo teñido de rubio, una calva muy pronunciada y gafas de concha, Ernesto Guevara se convierte en el hombre de negocios Adolfo Mena.

A mediados de 1966 realiza un viaje de reconocimiento por varios países: Uruguay, Brasil, Paraguay, Argentina... Adopta diversos disfraces, entre ellos el de sacerdote. Al fin, elige el sudeste de Bolivia como el sitio más idóneo para iniciar la guerrilla. Aun en el momento de iniciarse, se tenían serias dudas de que el hombre que estaba en Bolivia fuera realmente *Che* Guevara. Hubo incluso sospechas de que el gobierno boliviano mantenía la ficción para conseguir más ayuda militar de Estados Unidos.

Los aspectos castrenses de la guerrilla estaban calculados y podían, quizás, haber salido bien. Los errores más importantes estaban, sin embargo, en la evaluación de los aspectos políticos. En primer lugar, el campesinado de Bolivia, con un bajísimo nivel cultural y político, atemorizado por los soldados, negó su ayuda en todo momento al grupo guerrillero. Por otro lado, el partido comunista se negaría a prestar un apoyo en las ciudades a lo que consideraba una auténtica locura, que sólo valdría para atraer la represión gubernamental contra las fuerzas progresistas. Tampoco existía un claro apoyo internacional.

La aventura boliviana del *Che* se convierte así en un acto solitario, casi romántico. Durante los meses que durará va haciendo un diario en el que se da cuenta de cómo van siendo diezmados sus escasos seguidores, de cómo van teniendo crecientes dificultades para obtener cobijo y alimentos, y de cómo su salud y la de sus hombres se van resintiendo. En septiembre ponen precio a su cabeza (5.000 dólares) y dan la noticia de su muerte. Este será el motivo para que nadie crea que es verdad lo que ocurrirá un mes más tarde, cuando sea rematado en la aldea de La Higuera.

Antes de partir para Bolivia había escrito una carta a su familia, que será un auténtico testa-

mento. En ella dice: «Queridos viejos: Otra vez siento bajo mis talones el costillar de *Rocinante*. Vuelvo al camino con mi adarga bajo el brazo. Hace de esto casi diez años, les escribí otra carta de despedida. Según recuerdo, me lamentaba de no ser mejor soldado y mejor médico. Lo segundo ya no me interesa. Soldado no soy tan malo.

Nada ha cambiado en esencia, salvo que soy mucho más consciente. Creo en la lucha armada como única solución para los pueblos que luchan por liberarse, y soy consecuente con mis creencias. Muchos me dirán aventurero, y lo soy, sólo que de un tipo diferente y de los que ponen el pellejo para demostrar sus verdades.

Puede ser que ésta sea la definitiva. No lo busco, pero está dentro del cálculo lógico de posibilidades. Si es así, va un último abrazo. Los he querido mucho, sólo que no he sabido expresar mi cariño. Soy extremadamente rígido en mis acciones y creo que a veces no me entendieron. Ahora, una voluntad que he pulido con delectación de artista, sostendrá unas piernas fláccidas y unos pulmones cansados. Lo haré.

Acuérdense de vez en cuando de este pequeño *condottieri* del siglo XX.»

El mito «Che» Guevara

Pocas figuras contemporáneas han tenido, tras su muerte, destinos más variados. La efigie del *Che* Guevara aparecerá en carteles y *affiches* de los más variados tipos. Será comparado a Jesucristo como el gran libertador de los oprimidos, muerto por los fariseos, mientras el imperio dominador se lava las manos. Habrá grupos de extrema derecha que reivindiquen a un *Che* Guevara amante de la acción, de la lucha y del voluntarismo. La izquierda más joven, que empieza a encontrar aburridos los partidos comunistas, a los que juzgan de burocráticos y anquilosados, encontrará en el *Che* su líder natural.

Por lo demás, el consumo pronto se aprovecha y en los comercios de París, Londres, Nueva York y Estocolmo se venden millones de boinas, cazadoras y *posters* del *Che*. El capitalismo ya ha digerido a uno de sus más encarnizados enemigos.

Hoy en día el mito que es el *Che* Guevara ha superado con mucho a la persona que fue Ernesto Guevara. Esta mitificación, este enfoque malsano, se ha hecho precisamente a costa de sus mejores cualidades. El mito del mártir guerrillero ha supuesto que con frecuencia se olvide el verdadero modo de ser y pensar de este hombre, que sinceramente quiso la libertad de los oprimidos y luchó por lograrlo de la mejor manera que pudo. De la razón o sinrazón de su lucha es preciso esperar algún tiempo y tener una mejor perspectiva.

R. D. C.

Bibliografía básica

CANTO HERNÁNDEZ, R.: *Cuba, anverso y reverso*, Sedmay. Madrid, 1974.
CASTRO, F.: *La revolución cubana*, Ediciones Era. México, 1972.
GONZÁLEZ-MATAS LLEDO, L. M.: *Las muertes del «Che» Guevara*, Argós Vergara. Barcelona, 1980.
HARNECKER, M.: *Cuba. ¿Dictadura o democracia?*, Siglo XXI. México, 1975.
Diario del «Che» en Bolivia, Ciencia Nueva. Madrid, 1968.

Hasta sus enemigos reconocen que el Che *fue un hombre excepcional. En carta de despedida a sus hijos, Guevara escribe: «Su padre ha sido un hombre que actúa como piensa... Crezcan como buenos revolucionarios. Estudien mucho para poder dominar la técnica que permite dominar la naturaleza. Acuérdense que la revolución es lo importante y que cada uno de nosotros, solo, no vale nada.»*



El cadáver es mostrado a la prensa





GRECIA: EL GOLPE DE LOS CORONELES

EL 21 de abril de 1967, un golpe de Estado militar acababa en Grecia con el gobierno minoritario de Panayotis Canellopoulos, dando fin así, por la vía de la fuerza, a un período de inestabilidad política que duraba ya cerca de dos años. La dictadura de los coroneles, *nombre por el que se conoció pronto al régimen griego en todo el mundo, habría de durar siete años, a pesar de la falta de apoyo popular de los griegos. El 24 de julio de 1974, el veterano líder de la derecha Constantino Karamanlis regresaba a Grecia ante el hundimiento virtual de la junta militar y asumía la tarea de restaurar la democracia.*

Desde los tiempos de la dominación otomana y la represión ejercida sobre los patriotas griegos por los jenízaros turcos, que originó un amplio movimiento de solidaridad internacional y llevó a luchar al lado de los independentistas a personalidades como lord Byron, el pueblo griego ha vivido en sus carnes tragedias sólo comparables a las obras dramáticas de los antiguos e inmortales helenos. Frente a un pueblo mayoritariamente demócrata se fue formando un ejército politizado y reaccionario.



Tanques en Atenas.

En todas las crisis balcánicas, Grecia ha sido la perdedora frente a Turquía, que casi siempre ha contado con el apoyo de las grandes potencias del momento. La frontera marítima del Egeo —«un mar griego, limitado por una costa turca»— ha sido causa constante de litigios territoriales, ya que Ankara no reconoce el reparto de la Convención de Ginebra, que le adjudica sólo un 9 por 100 del mismo, frente a un 36 por 100 griego y un 56 por 100 de aguas internacionales, por donde la Unión Soviética (antes Rusia) tiene derecho de paso y salida al Mediterráneo.



Panayotis Canellopoulos, primer ministro griego antes del golpe.

La Grecia de la posguerra

Los acontecimientos que condujeron a esta situación arrancan de la crisis que, a partir de la derrota electoral sufrida por Karamanlis en 1963, hizo evidente la imposibilidad de continuar con la hegemonía de la derecha que aquél representaba en Grecia, y que había ejercido el poder sin demasiados problemas durante el período que va de 1955 a 1963. El predominio en esa etapa del partido ERE (Unión Nacional Radical), apoyado en buena medida por la poderosa extrema derecha y por Estados Unidos, no pudo impedir el avance creciente de una oposición política que no hacía más que reflejar los cambios sociales y económicos producidos en Grecia después de la Segunda Guerra Mundial. En efecto, tras la liberación del suelo griego, ocupado durante tres años (1941-1944) por tropas alemanas, italianas y búlgaras que ejercieron contra la población una represión particularmente cruel, las organizaciones de resistentes se negaron a obedecer la orden de entregar las armas dada por el general británico Scobie. Ello originó una auténtica guerra civil, ya que estas organizaciones, y en particular el EAM (Frente de Liberación Nacional), tenían el respaldo de la gran mayoría del pueblo y habían establecido en las regiones que se iban liberando una autén-

tica autoadministración que había emprendido ya profundas reformas sociales. Tras el acuerdo que se alcanza en 1945 con la garantía del gobierno británico, pronto se reanudan las hostilidades. Instaurado en todo el país un clima de terror por las actividades de la extrema derecha, los partidos republicanos se abstienen de participar en las elecciones de marzo de 1946, que dan el poder al partido populista monárquico. Con el regreso a Grecia del rey Jorge II, el terror se recrudece, y las organizaciones armadas siguen la iniciativa del partido comunista y se reagrupan en las montañas, donde crean en 1946 el Ejército Democrático de Grecia y hasta un gobierno provisional. Un nuevo período de guerra civil se abre, y no concluye hasta 1949, cuando los insurgentes son derrotados con la ayuda de Truman a las fuerzas oficiales, y por el abandono que hace Stalin de la causa de los comunistas griegos a raíz del reparto de zonas de influencia pactado entre aquel dirigente, Churchill y Roosevelt en Yalta y Postdam.

El centro, en el poder

La situación política no se estabiliza hasta dos años después. Grecia entra en la OTAN en 1951 y empieza a recibir los beneficios del Plan Marshall para su reconstrucción. El país conoce una industrialización apreciable entre 1953 y 1963, que produce también un cierto reforzamiento de la clase obrera y de la pequeña y mediana burguesía urbana, clases que formarán la base de la oposición a los sucesivos gobiernos de derecha. En las elecciones de 1963, la Unión del Centro, liderada por Georges Papandreu, padre del líder socialista y jefe del gobierno en 1980, obtiene el 42 por 100 de los votos, y tres meses más tarde se asegura la mayoría absoluta en nuevos comicios. Papandreu forma gobierno y Karamanlis se exilia voluntariamente en París, vencido tanto por las constantes intromisiones de la corona en el gobierno como por el inequívoco rechazo popular a su política.

Papandreu gobernará Grecia desde entonces hasta el 15 de julio de 1965, fecha en la que el rey Constantino II (que había sucedido al rey Pablo, muerto en marzo de 1964, hermano de Jorge II) le hace imposible su continuación y dimite. Durante estos dos años, los modestos intentos del gobierno centrista por modernizar el país y realizar algunas reformas sociales se vieron obstaculizados por la oligarquía griega, que advertía en ellos una seria amenaza para sus privilegios. Otro factor desestabilizante fue, sin duda, la política gubernamental de apoyo a los puntos de vista del arzobispo Makarios en la cuestión de Chipre, que no aceptaba la solución norteamericana al litigio, consistente en la partición de la isla y en la presencia constante en ella de fuerzas de la OTAN. Una parte de la derecha desata en esta etapa, y más agudamente a partir de 1965, una fuerte campaña de descrédito contra el parlamentarismo y el sistema de partidos, con el fin de convencer a la opinión de la necesidad de un régimen fuerte; mientras tanto, el descontento social crece y el palacio real responde con una política de depuraciones en la policía y en el ejército que coloca en los puestos claves del poder a personas de ideología ultraderechista y fidelidad monárquica.

La dimisión forzada de Papandreu en 1965 abrió una crisis que agudizó más los problemas. En ella jugó un papel destacado el rey Constantino, decidido a asegurar a la derecha en unas próximas elecciones el poder que ésta había perdido en 1963. Para ello el rey intenta primero desvincular del partido del centro a un número suficiente de diputados para formar con ellos un gobierno apoyado por la derecha. Fracasada esta vía, encarga simplemente la formación del gobierno al líder de la oposición, que, al no obtener la investidura, disuelve la cámara y convoca nuevas elecciones para el mes de mayo de 1967.

El apoyo de Estados Unidos a los ejércitos turco y griego, frente a la ideología izquierdista mayoritaria en ambos pueblos, ha sido determinante para explicar la reciente historia de los dos países integrados en la OTAN (Organización del Tratado del Atlántico Norte), a pesar de que el Atlántico Norte quede muy lejos del cálido y prístino Egeo. La película O Thiassos (Los comediantes)*, obra de Theo Angelopoulos, cuenta magistralmente, a lo largo de doscientos cuarenta minutos, la historia trágica de la Grecia moderna.*



Georges Papandreu y Lyndon B. Johnson

La represión indiscriminada y la brutalidad del régimen de los coroneles volvió a generar un gran movimiento de solidaridad internacional con los demócratas griegos. La detención durante treinta y dos días de lady Amalia Fleming, médica y viuda del inventor de la penicilina, no hizo más que desprestigiar a la dictadura. Frente a los intentos de privar de su nacionalidad a numerosos demócratas exiliados, la actriz Melina Mercouri (actual ministra de Cultura, tras la victoria del PASOK en las elecciones de 1981) escribió su libro Nací griega *y grabó numerosos discos contra los coroneles «asesinos de su propio país». El revolucionario Alexandros Panagoulis atentó contra el dictador Georges Papadopoulos en 1968 e hizo una brillante defensa de sus razones. Amnistiado en 1973, se hizo popular por su postura ética y por su amistad con la periodista Oriana Fallaci. Fue asesinado por «las tramas negras» en Atenas, la noche del 30 de mayo de 1976. Su compañera escribió un hermoso libro titulado* Un hombre, *que perpetúa su memoria y lo compara con los antiguos héroes helenos.*

Los coroneles

Un mes antes de las elecciones, el ambiente político está caldeado. Panayotis Canellopoulos, líder de la derecha encargado por el rey del escrutinio, declara intimidante: «Es impensable que Papandreu consiga la mayoría en el Parlamento», a pesar de que todos los sondeos lo dan por seguro; a ello responden los centristas amenazando con desencadenar la revolución si el rey escoge el camino del golpe. Aunque Andreas Papandreu, hijo de Georges y líder también del partido del centro, dirige una advertencia solemne a sus militantes y electores para que dejen de hablar de la inminencia del golpe, el 21 de abril, a las dos de la madrugada, tan sólo dos días después del llamamiento, 150 blindados y carros de combate y unos centenares de soldados y oficiales se hacen con el control de Atenas.

La eficacia con que se lleva a cabo el golpe sorprende a los griegos y a todos los partidos políticos; teniendo en cuenta que sólo 300 oficiales, de los 100.000 con que cuenta en ese momento el ejército, participan en el mismo, y que ni la marina, ni la aviación, ni la policía estaban comprometidas inicialmente, la operación parece un completo éxito técnico. Los asaltantes pertenecen casi en su totalidad a una unidad de élite, la Brigada de Asalto de Montaña, integrada en la OTAN y entrenada por los americanos. Más tarde se sabrá que los tres principales autores de la conspiración —el coronel Papadopoulos, nuevo ministro de la Presidencia; el coronel Mazarekos, ministro de Coordinación, y el general Pattakos, ministro del Interior— han sido en un momento u otro de su carrera oficiales de los servicios de información. Papadopoulos es especialista en contraespionaje, y Pattakos declararía ese mismo año a la televisión independiente británica ITV: «La resistencia en Grecia es imposible, porque conocemos muy bien su alcance. Yo mismo he servido —como ustedes saben— en los servicios de inteligencia de su país y por tanto sé cómo trabajar.»

Parece evidente que el golpe se preparó con gran secreto. Andreas Papandreu recibió esa misma noche informes que aseguraban que la junta de generales que se venía reuniendo regularmente en presencia de un cercano colaborador de Constantino se había separado esa noche sin fijar la fecha. Lo que Papandreu evidentemente no sabía era que a la sombra de la *gran junta* funcionaba una *pequeña junta,* la de los coroneles, decidida a actuar por su cuenta y riesgo. Jean Meynaud, profesor de la universidad de Montreal, cuenta en su *Informe sobre la abolición de la democracia en Grecia* que los





La viuda de Fleming



miembros del triunvirato informaron a otros nueve oficiales de la inminencia del golpe veinte horas antes del mismo, y a otros veinte, catorce horas antes del asalto.

Evitar las elecciones, salvar al país

¿Qué motivaciones tenían los militares realmente? El coronel Pattakos lo declararía poco después con toda claridad: «Hemos hecho la revolución para evitar las elecciones.» Y Papadopoulos precisa en declaraciones a la prensa: «Lo que nosotros pretendíamos era salvar al país del peligro comunista.» La ideología de los coroneles, no por repetida en todas las latitudes resulta menos sorprendente en algunos puntos. Pattakos se asigna la tarea de establecer un *nuevo orden moral*, y se da a sí mismo un plazo de un año para instaurar en Grecia una nueva sociedad grecocristiana; las primeras disposiciones en este sentido serán hacer cortar las melenas de los jóvenes, prohibir la minifalda, encarcelar a los homosexuales y declarar obligatoria la asistencia a misa de todos los escolares. El nuevo primer ministro, Constantine Kollias, declara en su primera alocución al país: «Desde este momento ya no hay derecha, izquierda ni centro. Sólo hay griegos que creen en Grecia y en la verdadera democracia, no en la de la anarquía y el populacho.»

Los primeros actos de la dictadura consisten en la abolición de 11 artículos de la Constitución referentes a los derechos individuales y políticos y a la formación de un nuevo gobierno, cuyo primer ministro es Kollias, fiscal general del Tribunal Supremo. El rey da su aquiescencia a la situación y la justifica públicamente en alocución al país. Tres horas después de la toma de Atenas están arrestadas varios miles de personas, entre las que se cuentan militantes o simpatizantes de izquierda, veteranos de la guerrilla, sindicalistas, estudiantes y simples ciudadanos demócratas. En la cúpula de la vida política sucede lo mismo: diputados, antiguos ministros, periodistas de todas las tendencias son arrestados. El primer ministro en ejercicio, Canellopoulos, es conducido al Ministerio de Defensa, donde se encuentran ya Georges y Andreas Papandreu. Los cuatro miembros del ejecutivo del partido progresista EDA son asimismo detenidos. Un año después del golpe se estimaba en 60.000 al menos el número de personas que habían sido detenidas por períodos variables o permanecían encarceladas. A esa cifra hay que añadir los alrededor de 5.000 comunistas *peli-*



Alexandros Panagoulis



Melina Mercouri



CONSTANTINO KARAMANLIS (Proti, Macedonia, 1907)

Si ha habido una figura que haya dominado la vida política griega durante los últimos treinta años, ha sido, sin duda, Constantino Karamanlis, incluso en los años de exilio voluntario en París.

Hijo de un maestro rural, Karamanlis nació en Proti (Macedonia) cuando la provincia estaba aún bajo el dominio turco. En 1932 se licenció en derecho por la universidad de Atenas y en 1935 fue elegido diputado populista por Serrai. Al año siguiente, con la dictadura del general Metaxas, abandonó la política hasta el final de la ocupación nazi.

En 1946 volvió a ser elegido diputado y nombrado ministro de Trabajo. En sucesivas remodelaciones se encargó de las carteras de Transporte, Bienestar Social, Defensa y Obras Públicas. Su labor, especialmente en el último ministerio, le convirtió en una figura de creciente popularidad. Sin embargo, su consagración definitiva le vino en 1955 de la mano del rey, quien, al día siguiente de la muerte del general Papagos, le encomendó, ante la sorpresa de muchos, la formación del nuevo gobierno. Karamanlis creó un nuevo partido, convocó elecciones anticipadas y, en febrero de 1956, logró 165 escaños de un total de 300.

Desde entonces trabajó con gran energía para acelerar la recuperación de Grecia, favorecido por la generosa ayuda de Estados Unidos. Según las cifras oficiales, la renta nacional aumentó un 59 por 100 entre 1955 y

1961. En política exterior, sus dos mayores éxitos fueron la firma del acuerdo de Londres sobre Chipre, el 19 de febrero de 1959, y la admisión de Grecia en la Comunidad Económica Europea como Estado asociado, en 1962.

Sin embargo, aunque las sucesivas elecciones le siguen dando la victoria en las urnas (en 1961, con numerosas acusaciones de fraude), la oposición se va aglutinando alrededor de la figura de Georges Papandreu y su Unión de Centro. Al mismo tiempo, sus disputas con palacio son constantes. A raíz de una de éstas sobre la delimitación de los poderes del monarca y del gobierno representativo, Karamanlis dimite en junio de 1963. Las elecciones del mes de noviembre de ese año dieron la victoria a la Unión de Centro. Un mes más tarde, Karamanlis se exilió voluntariamente a París.

Tras el golpe de los coroneles, Karamanlis guardó silencio durante unos meses. En noviembre de 1967 hizo su primera declaración contra la junta. Desde entonces multiplicó sus ataques a la dictadura, aunque se mantuvo al margen de la lucha emprendida desde el extranjero contra la misma. El 23 de julio de 1974, después del desastre político, económico y militar creado por la dictadura, Karamanlis acepta volver a Grecia y restaurar la democracia. Al día siguiente, miles de griegos le aclamaban en las calles de Atenas.

Sus once años en París le habían dado una visión política y una tolerancia de las que carecía antes y, sobre todo, una gran admiración por el general De Gaulle. Cuatro meses después de su regreso, el partido organizado por Karamanlis, Nueva Democracia, conseguía una victoria electoral sin precedentes: el 54 por 100 de los votos y 214 escaños sobre 300.

Su logro indiscutible fue restaurar la democracia sin verter sangre. Hizo juzgar y encarcelar a los coroneles, aunque la oposición criticó su resistencia a depurar la Administración y las fuerzas armadas de los colaboradores de la dictadura. Legalizó el partido comunista. Mantuvo una estricta neutralidad en el referéndum que terminó con la monarquía griega. Hizo elaborar una nueva Constitución inspirada en el modelo *gaullista*, y, por fin, en la primavera de 1980 se convirtió en presidente del país.

grosos que, según declaraba Papadopoulos el 27 de abril, habían sido internados en campos de concentración. Un año más tarde explicaba esta decisión añadiendo: «Yo no puedo tolerar que los comunistas, verdaderas bestias salvajes, disfruten de una libertad que puede poner en peligro la seguridad de los ciudadanos, porque eso me obligaría a disparar contra ellos, del mismo modo que lo hacen los policías contra un león que se ha escapado de su jaula.»

Siete años de dictadura inestable

Todos los partidos políticos, cientos de organizaciones sindicales, culturales o incluso deportivas son puestos fuera de la ley. Alcaldes, concejales y prelados son destituidos de sus funciones, y numerosos ciudadanos residentes en el extranjero son privados de su nacionalidad. Reinstaurada la censura sobre la prensa, la edición de libros y los espectáculos, la depuración no excluye tampoco a la administración civil, al profesorado ni al ejército. Entre 600 y 800 oficiales, entre ellos 85 generales, son retirados o despedidos cortésmente.

El 13 de diciembre de 1967, sólo ocho meses después de instaurada la dictadura, el rey Constantino, su familia y el primer ministro Kollias abandonan Grecia con destino a Roma, después de un fracasado intento de restablecer la situación anterior al 21 de abril. Aunque los extremos de este «contragolpe real» no han sido nunca bien aclarados, parece evidente que el rey no recibió una respuesta significativa dentro de las fuerzas armadas a su llamamiento por radio en pro del derrocamiento del gobierno. Los griegos ven marchar al que sería su último rey en medio de la más absoluta indiferencia, y la junta militar se apresura a nombrar un regente, el teniente general Zoitakis, y un nuevo primer ministro, Papadopoulos. Pasos posteriores del gobierno griego, como, por ejemplo, la destitución del rey Constantino y la proclamación de la república en julio de 1973, no logran ocultar el alejamiento popular del régimen ni su aislamiento internacional: ya en el año de 1969 la asamblea consultiva del Consejo de Europa lo había condenado por violación de los derechos humanos.



El rey Constantino

Por otra parte, ciertas medidas tomadas en los inicios de la dictadura de cara a ampliar su base popular, especialmente en el campesinado —aumento de pensiones a los agricultores retirados, primas a los algodoneros, elevación de los precios agrícolas, etc.—, tuvieron un efecto superficial y no modificaron las estructuras arcaicas de la agricultura, al mismo tiempo que la política deflacionista practicada, la austeridad y el paro redujeron el consumo y las inversiones.

La resistencia interior se acrecienta notablemente desde 1972 y es especialmente aguda en 1973, año en que es abortado un levantamiento de la armada, que pretendía restablecer la democracia, y los 3.000 estudiantes de la Escuela Politécnica de Atenas ocupan el centro durante tres días y exigen elecciones «honestas». El gobierno responde con la proclamación de la ley marcial, la creación de tribunales militares de excepción y una intervención armada contra los estudiantes que causa decenas de muertos. El 25 de noviembre, a los pocos días de estos hechos, el general Ghizikis se proclama presidente de la república y destituye a Papadopoulos, jefe de la junta militar, y a Markezinis, primer ministro. El endurecimiento subsiguiente del régimen no hace sino precipitar su fin: después del intento de asesinato, en julio de 1974, del arzobispo Makarios en Chipre, organizado por la junta griega, y la invasión turca de la isla que le sigue, aquélla no puede mantenerse en pie y se colapsa en medio de un país agitado por huelgas y manifestaciones. Llamado Constantino Karamanlis para que regrese a Grecia y se haga cargo del poder civil, éste llega a Atenas el 24 de julio de 1974 y pone fin al régimen militar.

El nuevo gobierno democrático restablece las libertades fundamentales, pone en vigor la constitución de 1952 y legaliza todos los partidos políticos, incluido el comunista. El 8 de diciembre los griegos votan en referéndum la abolición de la monarquía y la instauración de un régimen republicano por el 69 por 100 de los votos. Una nueva constitución entra en vigor el 11 de junio de 1975, y dos meses después concluye en Atenas el proceso contra los responsables del golpe de Estado: Papadopoulos, Pattakos y Mazarekos son condenados a muerte por alta traición y rebelión militar, si bien el presidente de la república, Constantin Tsatos, decide conmutar la pena por la de reclusión a perpetuidad.

A. B.

El apoyo exterior norteamericano a través de la OTAN y la actitud cómplice de la corona griega con la extrema derecha fueron dos factores de suma importancia para el asentamiento de la dictadura de los coroneles, quienes, asentados en el poder, no dudaron en expulsar al soberano. Una vez restablecida la democracia en 1974, la nueva Grecia —ya republicana— fue muy benévola con los antiguos secuestradores de su soberanía. Amalia Fleming, elegida diputada socialista, declaró: «Siempre supe que la dictadura caería. La dictadura es algo horrible que nunca, nunca, resuelve los problemas de un pueblo.»



Mazarekos, Papadopoulos y Pattakos, en el banquillo

Jean-Claude Killy.



Miguel Angel Asturias.

Política internacional

Alexei Kosygin, primer ministro de la URSS, condena en Londres el régimen de Mao.
Moise Tshombé, antiguo primer ministro congoleño, es condenado a muerte en Kinshasa.
El mariscal Costa e Silva es elegido presidente de Brasil.
Los militares toman el poder en Grecia.
El escritor francés Régis Debray, teórico de la guerrilla y compañero del Che, es hecho prisionero por las fuerzas armadas bolivianas.
Guerra Civil en Nigeria. Las tropas federales luchan contra las de la región secesionista de Biafra.
Washington envía 45.000 hombres a Vietnam. Continúan los bombardeos sobre Hanoi.
Ernesto Che *Guevara es hecho prisionero y ejecutado en Bolivia.*
Guerra de los seis días: Israel ataca a Egipto, Siria, Irak y Jordania. Caen en su poder el Sinaí, los altos del Golán y el sector árabe de Jerusalén.
En Moscú se conmemora el cincuentenario de la Revolución de Octubre.
Durante el viaje del general Sallal a Moscú, los militares toman el poder en el Yemen.
Estados Unidos devuelve a México el territorio de «El Chamizal».
Muere el ex canciller alemán Konrad Adenauer, a los noventa y un años de edad.

Sociedad

El papa Pablo VI visita Turquía y se entrevista con el patriarca Athenágoras.
El sha Reza Pahlevi se corona «rey de reyes».
Se firma el acuerdo internacional sobre la utilización del espacio para fines pacíficos.
Unas 700.000 personas se manifiestan en la Quinta Avenida, de Nueva York, en apoyo de los soldados americanos en Vietnam.
El premio Nobel de la Paz, al igual que el año anterior, es declarado desierto.

Economía

Devaluación de la libra esterlina en un 14,3 por 100.
Nuevo programa de austeridad en Inglaterra.
Inauguración de la Exposición Universal de Montreal.

Ciencia y tecnología

El profesor Christian Barnard, de Africa del Sur, realiza el primer trasplante de corazón humano. El enfermo Louis Washkansky morirá a los pocos días.
China hace explotar su primera bomba de hidrógeno.
Dos helicópteros atraviesan el Atlántico sin escalas, repostando en pleno vuelo.
La Academia de Ciencias de la Unión Soviética da a conocer un estudio sobre los delfines y su lenguaje, que comprende por lo menos 400 sonidos distintos.
La nave espacial rusa Soyuz I *se estrella al aterrizar en la Tierra, muriendo el cosmonauta Vladimir Komarov.*
El antropólogo Leakey realiza exploraciones en Africa que le llevan al descubrimiento de importantes fósiles homínidos.

Mueren Oppenheimer, padre de la bomba A, y el doctor Gregory Pincus, inventor de la píldora.

Sucesos

Jim Garrison, fiscal de Nueva Orleáns, afirma que la muerte del presidente Kennedy fue el resultado de un complot.
La hija de Stalin, Svetlana, pide asilo político en Estados Unidos.
El avión en que viajaba Moise Tshombé es secuestrado y desviado a la altura de las Baleares hacia Argel.
Incendio de los almacenes Innovation, en Bruselas, con 325 muertos.
En Brasilia una mujer de cuarenta y cinco años da a luz a su hijo número 32.

Deportes

Sir Francis Chichester da la vuelta al mundo en solitario a bordo del velero Gipsy Moth*.*
La Unión Soviética obtiene de nuevo el título de campeón europeo de baloncesto.
Jean-Claude Killy, vencedor de la primera copa del mundo de esquí.

Literatura

Miguel Angel Asturias: premio Nobel.
Gabriel García Márquez: Cien años de soledad.
François Mauriac: Memorias políticas.
Dominique Lapierre y Larry Collins: O llevarás luto por mí.
Mario Vargas Llosa: La casa verde.
Vladimir Nabokov: El don.
Vassilis Vassilikos: Z.
Mueren Azorín, André Maurois y Albertine Sarrazin.

Cine

Joseph Losey: Accidente.
Claude Lelouch: Vivir por vivir.
Michelangelo Antonioni: Blow up.
Arthur Penn: Bonnie and Clyde.
Jacques Tati: Playtime.
Luis Buñuel: Belle de jour.
Oscars de Hollywood a Rod Steiger por En el calor de la noche *y a Katharine Hepburn por* Adivina quién viene esta noche.
Mueren Martine Carol, Toto (Antonio de Curtis), Anthony Mann, Spencer Tracy, Françoise Dorléac, Jayne Mansfield y Vivien Leigh.

Teatro

Fernando Arrabal: El arquitecto y el emperador de Asiria.
Antonio Buero Vallejo: El tragaluz.
Peter Weiss: La canción del fantoche lusitano.

Música

Pau Casals: El pessebre.



Antonio López García: Aparador

Pintura y escultura

Philip Pearlstein: Dos modelos desnudas en el estudio.

Arquitectura

Sachio Otani: Sala de Conferencias, *Kioto (Japón).*



1968

EL ASESINATO DE MARTIN LUTERO KING



CUANTOS hombres más deben morir antes de que podamos tener una sociedad que sea de verdad pacífica? ¿Cuántos años más deben transcurrir?» Con estas palabras recibió Coretta Scott King la noticia del asesinato de su esposo, ocurrido en la ciudad de Memphis el 4 de abril de 1968. La muerte del reverendo Martín Lutero King, elocuente ministro baptista que desde los años cincuenta había dirigido el movimiento de masas para lograr la igualdad de derechos civiles para la población negra de Estados Unidos, fue a la vez un símbolo y un síntoma definitivo del grave problema racial que aquejó a la nación norteamericana desde su creación. El líder tenía sólo treinta y nueve años y había predicado con ahínco la moderación para lograr que la gente de su raza pudiera convivir en paz y armonía con la mayoría blanca, superando la vergonzosa segregación a la que estaban sometidos 22 millones de negros en una población total que se acercaba a los 200 millones. En 1964 había recibido el reconocimiento mundial al obtener el premio Nobel de la Paz.

La población negra constituye entre el 8 y el 10 por 100 de la total de Estados Unidos y, en su mayor parte, vive en unas condiciones de peculiar subdesarrollo y miseria dentro del país más rico de la tierra. Casi un 35 por 100 de los negros estadounidenses son «pobres absolutos», el analfabetismo y la falta de formación profesional son moneda corriente, encabezan las listas de delincuentes en casi todos los Estados, y las cárceles están repletas de gente de color. Sus sueldos medios son inferiores a los de los blancos, sus casas sórdidas, y un pequeño detalle que resulta estremecedor: más de la mitad de la carne enlatada para perros es consumida por los negros más pobres. La libertad de expresión y de crítica, consustancial a la sociedad norteamericana, a pesar de que han denunciado los hechos en múltiples ocasiones, no han conseguido cambiar la situación.

Martin Lutero King ha muerto



Kennedy, Johnson, Lutero King y otros líderes negros.

De los grandes principios legales contra la discriminación racial, a la lucha concreta por mejorar los salarios de los negros en un Estado, una ciudad, una empresa. Todos los campos sirven para defender la justicia y los derechos humanos.

Una simple huelga de basureros

La causa inmediata de su muerte fue, irónicamente, una pequeña disputa laboral de 1.000 trabajadores negros del departamento de recogida de basuras de la ciudad sureña de Memphis, en el Estado de Mississippi. El reverendo King había acudido a defender las modestas reivindicaciones salariales de este grupo, que llevaba dos meses desafiando al intransigente alcalde blanco de la ciudad. Lutero King intentaba repetir, por medio de la persuasión y las demostraciones pacíficas, los clamorosos éxitos obtenidos años atrás en ciudades como Montgomery, Birmingham y Selma, que le habían catapultado a la cabeza del movimiento negro de resistencia pacífica. Su avión se había retrasado por varias amenazas de bomba, algo que se repetía constantemente en cada una de sus intervenciones públicas. El día anterior, en un discurso pronunciado ante otros 2.000 huelguistas, el líder de los derechos civiles había presentido ya que algo podía ocurrirle ante la insistencia de amenazas similares: «Tenemos ante nosotros —había dicho— días difíciles. Pero ya no me importa, pues he dominado el temor a la muerte. Ya he alcanzado la cumbre de la montaña. Como cualquier otra persona, me gustaría vivir una vida larga; la longevidad tiene su propio sitio, pero ahora ya no me importa. Ahora lo que quiero es hacer la voluntad de Dios. El me ha permitido ya subir a lo alto de la montaña y yo he podido mirar desde allí y he visto la Tierra prometida.»

Los periódicos de Memphis habían recibido con fuertes críticas al reverendo King porque éste se había albergado en el lujoso hotel Holiday Inn, cuyas habitaciones costaban 29 dólares. El líder negro, para no empañar su imagen ante sus seguidores, escogió aquella vez un hotel de propiedad negra, el Lorraine. Tanto él como su séquito abonarían por adelantado los 13 dólares por habitación de aquel lúgubre y sucio edificio situado en el gueto de la calle Mulberry. Enfrente se alzaba una macilenta y mísera casa de huéspedes que albergaba a una clientela anónima, generalmente de raza negra. La recepcionista recordaría después a un extraño cliente blanco, bien vestido y de pelo oscuro, que había solicitado una habitación que tuviese una vista del Lorraine.



Lutero King y Abernathy, detenidos.

La habitación 306

Lutero King se albergó en la habitación 306 del segundo piso y en el atardecer se dispuso a cambiarse de ropa para asistir a un recital de música espiritual negra ofrecido por el cantante Ben Branch.

Desde una ventana de la vecina casa de huéspedes sonó un disparo solitario. Lutero King había salido minutos antes al balcón para tomar el aire y hablar con unos ayudantes que preparaban su automóvil para la velada. El disparo del asesino fue tan certero que la bala rompió en dos la corbata, atravesó el cuello y se incrustó en la espina dorsal. Treinta policías acudieron



Marcha sobre Washington

rápidamente a asistir al moribundo y una ambulancia lo llevó con toda urgencia al hospital de San José, a 20 bloques de distancia. El doctor que abrió su camisa encontró un hueco tan grande en su garganta que pudo meter un dedo entero en la herida. La policía, en sus apuros por llevar al reverendo King al hospital, perdió la oportunidad de apresar al asesino, cuya arma —un rifle *Remington* con mira telescópica—, un par de binoculares y una maleta fueron encontrados abandonados cerca de la casa de huéspedes. Martín Lutero King moría una hora después de efectuado el disparo.

El asesino huyó en un coche blanco, marca *Ford Mustang*. La policía local aseguró que lo había perseguido sin éxito durante veinte minutos por las calles y autopistas de Memphis. El mundo entero quedó horrorizado con las nuevas noticias de violencia que azotaban a América. Desde la Casa Blanca, el presidente Lyndon B. Johnson, que ya había presenciado cinco años antes el asesinato de su predecesor en otra ciudad del Sur, Dallas, se dirigió con aire sombrío a toda la nación: «América está desolada y sobrecogida. Pido a todos los ciudadanos americanos que rechacen este acto de ciega violencia que ha abatido al doctor King, un hombre que vivió predicando la armonía y la no violencia.»

La guerra racial

Muchos negros no escucharon el llamamiento, especialmente en la capital norteamericana, donde existía una mayoría de esta raza que superaba el 66 por 100 de la población. El pillaje, los incendios y el saqueo se corrieron como la pólvora en la capital y en varias decenas de ciudades norteamericanas Stokely Carmichael, el temido líder revolucionario del movimiento negro Black Power, se encontraba en aquel momento en Washington, y en una conferencia de prensa incendiaria rechazó el llamamiento de Johnson y pidió a sus correligionarios que buscasen armas: «La América blanca ha matado al doctor King, lo que supone una declaración de guerra contra la América negra... La gente de nuestra raza tiene que sobrevivir, y la única forma de hacerlo es consiguiendo armas.»

La respuesta de Johnson fue proclamar un

Tras la guerra de Secesión y la victoria de los yanquis del Norte (industrial, abolicionista de la esclavitud) sobre los «caballeros sureños» (algodoneros, racistas), los negros fueron teóricamente liberados. Pero la autonomía legislativa de los Estados hizo que siguieran discriminados jurídicamente en muchos lugares del Sur y económicamente en todo el país, reproduciéndose un infernal círculo de la pobreza. Frente a la violencia de los racistas blancos y de los propios negros radicales (Poder Negro, Panteras Negras, etcétera), el gran mérito del pastor Martín Lutero King fue construir un gran movimiento de masas, pacífico y dialogante, que protagonizó acciones tan espectaculares como la «marcha sobre Washington».



Manifestación contra la violencia policial.

Los WASP (White. Anglo-Saxon. Protestant) siempre han defendido sus privilegios por medio de la fuerza y la violencia. Los negros, con su incultura, su pobreza y su superstición, siempre han tenido miedo. Miedo de reclamar sus derechos, miedo de las leyes, de los jueces blancos, de la policía blanca, del Ku Kux Klan. La fotografía superior, tomada durante una manifestación contra la violencia policial, le valió un premio a su autor, M. Herron.

«estado de violencia y desorden» y llamar a la Guardia Nacional. El ejército movilizó a 15.246 soldados regulares para defender a la capital del pillaje y la violencia. En los días sucesivos, el número se tuvo que incrementar a 21.000, además de otros 34.000 miembros de la Guardia Nacional. Diez negros murieron en los enfrentamientos, 2.600 resultaron heridos, otros 21.000 fueron arrestados en Washington y otras ciudades que se sumaron a la revuelta. Unos 185.000 negros se vieron privados de su hogar como consecuencia de los incendios. El levantamiento logró sofocarse gracias a las órdenes terminantes dadas por el gobierno federal de no disparar y de evitar hasta el extremo la confrontación, pero en mayor medida por los llamamientos de los dirigentes moderados negros y los sucesores de Martín Lutero King hacia la gente de color en favor de la calma y la paz racial. Los 711 incendios provocados en Washington ofrecieron un espectáculo pirotécnico que no se había presenciado en la capital norteamericana desde que las tropas británicas la incendiaron en 1814. Otras 168 ciudades y pueblos de la nación se vieron envueltos en desórdenes y revueltas similares, un homenaje póstumo totalmente desacorde con la experiencia pacífica y ordenada que había estado predicando durante veinte años el líder negro asesinado. La agonía anárquica que azotó a la nación en esos tres días de abril de 1968 superó con mucho los desórdenes y confrontaciones que habían dominado las décadas de los cincuenta y de los sesenta en la larga marcha contra la segregación racial.

Todavía no se habían apagado los incendios cuando aparecieron los rumores sobre conspiración en el asesinato. Estos rumores se vieron facilitados por las persistentes dudas que existían sobre la muerte del presidente Kennedy, asesinado también cinco años antes en Dallas. En el caso presente, sin embargo, los rumores de conspiración se agrandaron ante la incapacidad manifiesta del Federal Bureau of Investigation (FBI) para capturar al presunto asesino, a quien se había logrado identificar desde un comienzo.

Un extraño asesino

El primer nombre que ofreció el FBI era el de un tal Eric Starvo Galt, pero poco más tarde se averiguó que correspondía a un seudónimo utilizado por el autor del crimen para desorientar a la policía. Las huellas dactilares encontradas en el rifle cuando el asesino huyó pertenecían a un fugitivo de una prisión de Missouri, James Earl Ray, condenado a varios años de cárcel por delitos de atraco a mano armada, falsificación de cheques bancarios y robo de automóviles. El FBI tardó trece días en trazar su identidad: Ray se había escapado de la prisión en abril de 1967 después de tres intentos previos fallidos; tenía un historial pendenciero, de borracho y otros delitos menores tras su paso por el ejército. Después de su fuga se había radicado en Los Angeles, donde la gente que le conoció ofreció pruebas de que había llevado una extraña doble vida y personalidad, entre las que destacaba su odio hacia los negros y, paralelamente, un carácter tímido y agradable. En los siete meses anteriores al asesinato de King, había viajado en reiteradas ocasiones entre México, Los Angeles, Nueva Orleáns y Birmingham, gastando abundante dinero, tomando lecciones de baile y bebiendo mucho vodka. Uno de sus compañeros de prisión declaró al FBI que Ray había mencionado varias veces que conocía a alguien que

había ofrecido un botín de 100.000 dólares por la muerte del doctor King. En las audiencias que llevó a cabo la Comisión de Asesinatos de la Cámara de Representantes existen declaraciones en este sentido sobre un grupo de hombres de negocios de Missouri que había hecho tal proposición. Un tal Russell G. Byers, vendedor de automóviles en la ciudad de San Luis, confirmó que había recibido una propuesta de este género. El FBI descubriría después que un cuñado de Byers, John Spica, había compartido una celda en la prisión con Ray, lo que añade gran peso a la teoría de la conspiración.

Ray fue arrestado en Londres el 8 de junio; el anuncio coincidió con los funerales del también asesinado senador Robert Kennedy. El homicida había realizado una huida espectacular desde Canadá a Londres, pasando por Lisboa y Bruselas con un pasaporte que había logrado con la ayuda de un policía canadiense. Llevado ante los tribunales, se confesó culpable a cambio de obtener una sentencia de noventa y nueve años de prisión en vez de la silla eléctrica. Nadie logró explicar de dónde procedían los fondos que le permitieron llevar una vida tan lujosa y hacer tantos viajes en los dos meses posteriores al asesinato. En sus reiterados intentos por obtener un nuevo juicio, que le fueron denegados hasta por el Tribunal Supremo, la policía logró demostrar que Ray había seguido meticulosamente al dirigente negro durante dos semanas antes de cometer el crimen. En 1977, llevado ante la Comisión de Asesinatos de la Cámara de Representantes, Ray insistió en que no fue él quien disparó el rifle, sino que fueron otras manos las que lo hicieron y las que le proporcionaron el dinero y el arma. Pero el asesor legal de la comisión, Richard Sprague, declaró que Ray había confesado privadamente la existencia de otros individuos en el complot. Aquel mismo año, Ray logró escaparse de la prisión con otros cinco condenados, pero fue arrestado cincuenta y dos horas después, con lo que se multiplicaron las dudas sobre la existencia de personas interesadas en comprar su silencio.

La última marcha

Cuatro días después del asesinato, los líderes moderados negros convocarían una marcha silenciosa sobre la ciudad de Memphis que encabezó la viuda de Lutero King, Coretta King, a quien el senador Robert Kennedy prestaría su avión privado, el mismo que luego, en su carrera por obtener la Casa Blanca, le llevaría hasta Los Angeles, donde sería a su vez asesinado el 8 de junio de aquel mismo año. Una multitud de 42.000 negros se congregaron desde todos los puntos de la nación ante la alcaldía de Memphis. El cantante Harry Belafonte entonó uno de los cánticos espirituales de las largas marchas negras en búsqueda de la igualdad racial y social. Coretta King pidió a toda la nación que aceptase la amarga experiencia de la muerte de su marido como preludio de un cambio en los espíritus. Dos días después se celebró el funeral en la ciudad de Atlanta. El ataúd del líder negro fue colocado en un sencillo carro de labranza arrastrado por dos mulos, como símbolo de la identificación de Lutero King con los pobres y oprimidos. El vicepresidente Humphrey,





Acido contra una piscina multirracial

Frente a la brutalidad del Ku Kux Klan, muchos otros blancos son racistas más moderados y lo que desean es un apartheid o separación de las dos razas en todos los aspectos de la vida social. En ocasiones, sin embargo, este racismo latente estalla con brutalidad como el día en que un vendedor de coches echó ácido en una piscina donde blancos y negros se bañaban juntos, o cuando los jóvenes blancos de la escuela de Little Rock provocaron serios incidentes al negarse a aceptar la integración en sus aulas. El fotógrafo estaba allí, y Little Rock le valió el Pulitzer



Incidentes en la escuela de Little Rock

Un herido en San Francisco. Foto premiada de Jack Vanderwhite

Toda lucha social es larga y puede acabar con la paciencia de algunos de los que participan en ella. En USA, la injusticia de la situación y la brutalidad de la represión hicieron que se formaran grupos de jóvenes negros radicales que proponían «la lucha armada y el marxismo-leninismo» para liberar a «la colonia negra» enclavada dentro del «Estado imperialista blanco» (Black Panters/Panteras Negras), o que se negaran a todo tipo de colaboración con cualquier blanco, aunque fuera progresista y apoyara su causa (Black Power/Poder Negro), cayendo así en otro tipo de racismo.



Chicago, 1968

Robert Kennedy, Nelson Rockefeller, Richard Nixon, Eugene McCarthy y George Romney, todos ellos aspirantes aquel mismo año a la Casa Blanca, asistieron al silencioso tributo de despedida junto a dos centenares de senadores y congresistas y medio millar de alcaldes de todo el país. El presidente Johnson, en cambio, no estuvo presente: pocos días antes había anunciado su total retirada de la política y su renuncia a presentarse a las elecciones para un nuevo mandato, frustrado por el desastre creciente de la guerra de Vietnam y la oposición interna al conflicto. Otros dos testigos importantes en este acto fueron Jacqueline Kennedy, viuda del presidente asesinado, y el dirigente revolucionario negro Stokely Carmichael. Durante tres horas, 120 millones de americanos presenciaron por televisión el funeral. El momento más emotivo de la ceremonia fue cuando la señora King pidió inesperadamente que se pusiese en la iglesia la cinta del último sermón pronunciado por su esposo antes de morir. La célebre fuerza oratoria del reverendo King fue escuchada con gran dolor por todo el país: «Si alguien de vosotros se encuentra presente en el momento de mi último viaje, quiero que sepáis que no deseo un gran funeral. Tampoco quiero que se mencione que obtuve el premio Nobel. Eso es lo de menos. Lo único que quiero que se diga es que Martín Lutero King intentó amar a alguien. Que intentó dar de comer a los hambrientos; intentó durante su vida dar vestido a aquellos que estaban desnudos y que intentó amar y servir a la humanidad; intentó dar su vida sirviendo a otros...» Ralp Abernathy, su lugarteniente en el movimiento de resistencia pasiva aglutinado en la Conferencia de Líderes Cristianos del Sur, manifestaría en el mismo lugar: «Ningún ataúd puede contener su grandeza.»

Al día siguiente, el Congreso de los Estados Unidos le rindió un último tributo. La Cámara de Representantes, que durante dos años se había resistido tercamente a votar una ley ya adoptada por el Senado sobre derechos civiles, aprobaría la histórica medida por 250 votos frente a 171. El presidente Johnson canceló un viaje a Hawai, donde debía reunirse con su plana mayor militar y discutir una importante iniciativa de paz en Vietnam, y firmó la ley invitando a varios centenares de líderes negros a la Casa Blanca. Una de las consecuencias inmediatas de la ley fue la posibilidad de que los negros alquilaran y compraran casas en las zonas y edificios antes reservados exclusivamente a los blancos.

El fin de un «drama americano»

La muerte de Lutero King fue el final trágico de un drama americano. El movimiento de derechos civiles, que se había iniciado con la aplicación de protestas masivas no violentas y que había obtenido ya algunos éxitos iniciales con varias leyes contra la segregación pública en el sur del país, pasaría a llamarse indistintamente la revolución negra o la segunda reconstrucción. El símbolo aglutinante de esta revolución, tanto para los negros norteamericanos como para otras minorías raciales a lo largo del mundo, había sido este ministro de la Iglesia baptista, nacido en el Estado de Georgia en una familia de clase media que desde varias generaciones atrás luchaba por la causa de los derechos civiles. El padre de Lutero King, Michael Lutero King, cambió su nombre y el de su hijo en honor del célebre teólogo alemán de la Reforma protestante. Tanto su padre como su abuela materna habían sido también ministros baptistas. Tras estudiar teología y obtener un doctorado en la universidad de Boston, King se interesó profundamente por la filosofía de la no violencia de Gandhi y fue destinado como pastor a una iglesia en Montgomery, Alabama, en 1954. Un año después se convertiría en líder indiscutible de los tímidos movimientos de protesta de la gente de su raza al lanzar el primer boicot a los autobuses de Montgomery para oponerse a la segregación que se practicaba en todos los servicios públicos de los estados del Sur. Pasó más de un año hasta que las autoridades locales capitularon ante los actos de protesta pacífica, las marchas y el boicot que se extendía a toda la región. Sus magníficas dotes oratorias y la repetición de actos de desafío no violentos culminarían en el año 1963 con una imponente marcha sobre Washington en la que participaron 200.000

Martín Lutero King recibió el premio Nobel de la Paz en 1964, cuatro años antes de ser asesinado. Añadía así su nombre a una lista formada, entre otros, por Arístides Briand, la Cruz Roja Internacional, Joseph Chamberlain, Cordell Hull, Leon Jouhaux, Frank Kellogg, Linus Pauling, Teodoro Roosevelt, Albert Schweitzer, Thomas Wilson, Jane Addams, Klas Arnoldson, Ferdinand Buisson, Nichols Butler y Edgar Cecil Chelwood. Fue el primer hombre negro que lo obtuvo.



negros y un importante sector académico y juvenil de blancos liberales identificados con su causa tras las esperanzas lanzadas por la llegada de John F. Kennedy a la Casa Blanca. El movimiento se extendió por todo el Sur, forzando la disgregación en supermercados, bibliotecas, universidades y demás lugares públicos. Para 1961 el movimiento contaba ya con más de 70.000 jóvenes negros, en su mayoría estudiantes, entre los que se practicaron unos 4.000 arrestos. En la primavera de 1963, los actos de protesta y de desafío recibieron gran atención pública cuando la policía lanzó varios destacamentos con perros y gases para disolver las manifestaciones. El reverendo King fue encarcelado en Birmingham, desde donde escribió sus famosas *Cartas desde la prisión*, que sirvieron para organizar la marcha sobre Washington ante el monumento a Lincoln, donde se hizo la petición al Congreso de conceder igualdad legal a todos los ciudadanos. En esta ocasión, la muchedumbre aclamó victoriosamente a Lutero King por el peso emotivo y profético del discurso *I have a dream* («Yo tengo una ilusión»), basado en frases de la Biblia. En esta pieza oratoria el dirigente negro resaltó su fe en la inminencia del logro de la igualdad de todos los hombres y en el éxito final de las protestas espontáneas de la gente de su raza.

Políticamente, el movimiento logró encontrar cauces más firmes con el avanzado programa adoptado durante la campaña electoral de John F. Kennedy, quien, además de conseguir gran parte de los votos negros en las elecciones de 1960 frente al republicano Richard Nixon, presentó sin éxito varias leyes en favor de esta minoría durante su corto mandato (1961-1963). El Congreso, sin embargo, aceleró el proceso de votación gracias al formidable impulso dado a estas leyes por su sucesor, Lyndon B. Johnson, quien en 1964 logró firmar el programa legislativo más amplio de la historia de Estados Unidos en el campo de los derechos civiles. Entre las leyes adoptadas se prohibió cualquier tipo de discriminación en lugares e instituciones públicos y se amenazó con retirar los fondos federales a las comunidades que persistieran en segregar las escuelas y centros docentes.

La muerte de Lutero King marcó, sin embargo, la desintegración del movimiento creado por él. Sus sucesores se enzarzaron en interminables luchas intestinas sobre cómo conducir el movimiento y afianzar los avances políticos logrados. La impaciencia de los nuevos líderes jóvenes fomentó una mayor militancia negra, mientras aparecían focos de gran tensión social en los guetos de las grandes ciudades industriales del Norte o se atacaba frontalmente la filosofía religiosa de la no violencia que había sido propugnada por King y sus sucesores en la Conferencia de Líderes Cristianos del Sur. Ya en 1965 las revueltas raciales y sociales en el distrito negro

El mensaje igualitario y pacifista, ingenuo y claro al mismo tiempo, de Martín Lutero King, Ralph Abernathy y otros líderes moderados llegó a muchas personas, entre ellas a los miembros de otras minorías marginadas de Estados Unidos (indios, chicanos, puertorriqueños, etc.). Tras una etapa de radicalismo en que funcionó el infernal mecanismo de acción-represión, los líderes moderados volvieron a hacerse con el control del movimiento negro en la Convención Nacional sobre Política Negra, celebrada en 1972, y apoyaron la elección del presidente demócrata Jimmy Carter en 1976.



Coretta King, en el entierro de su esposo



Manifestación tras la muerte de Lutero King

de Watts, en Los Angeles, demostraron la carga profunda de descontento que escondía el movimiento racial. Después vendrían los *riots* de Chicago y Nueva York, donde la presencia de Lutero King sólo apagó superficialmente los focos de confrontación y de violencia. En 1967, el líder negro se comprometería públicamente a protestar por el envolvimiento del país en la guerra de Vietnam, lo que originó grietas importantes en la comunidad negra. En la misma víspera de su asesinato, Martín Lutero King había anunciado la formación de una coalición de pobres de todo el mundo y un programa de reconstrucción de la sociedad, una «revolución de valores», para lo cual proyectó otra marcha de los pobres sobre Washington. Su viaje a Memphis cortó en seco sus planes y su visión de reforma de la sociedad norteamericana.

Desaparecido el líder moderado, quedó el campo libre a los focos de militancia violenta. En pocos meses surgirán grupos minoritarios, como los Panteras Negras, cuya virulencia y odio racial iniciales serían pronto suprimidos de la circulación por la policía y el FBI. Este grupo no llegó a contar con más de 1.200 seguidores, en su mayoría estudiantes y rebeldes de las causas perdidas de años anteriores. «Nosotros queremos lo mismo que perseguía Lutero King, pero nuestras tácticas son diferentes», afirmarían dos de sus principales líderes, Huey Newton y Eldridge Cleaver; este último se vería forzado a huir a Argelia después de un pulso a tiro limpio con las fuerzas del orden. Los Panteras Negras aparecieron en escena a comienzos de 1969 como símbolo de la frustración violenta negra. Tres docenas de sus más virulentos revolucionarios cayeron acribillados por la policía tras una caza sin cuartel que causó también la muerte de cerca de 10 agentes en varias batallas campales de Chicago y Los Angeles. Su «ministro de información», Cleaver, escribiría la célebre obra *Soul on ice*, un potente manifiesto sobre la futilidad de la lucha racial a través de la elocuencia y de la moderación impulsada por la «revolución blanda» de King. Este intento de revolución violenta fue aplastado de la misma forma convincente con que se forzó la desaparición de líderes como Lutero King, Malcolm X o Stokely Carmichael: a balazos o con el exilio.

G. V.

El viejo espíritu americano que combina libertad con capitalismo y que forjó la leyenda del self-made-man, *u hombre que se hace a sí mismo y asciende de limpiabotas a millonario, cada vez está más apagado y es imposible de realizar entre monopolios y multinacionales. En el seno de Estados Unidos luchan desde su nacimiento dos sociedades: una libertaria, solidaria y humanitaria que tuvo su cenit con Roosevelt, y un sector poderoso, triunfador y competitivo que desprecia a los débiles y a las minorías. Al llamar a los negros para la guerra hubo que darles igualdad de derechos en el ejército; después, en 1948, una ley de Igualdad en el Empleo. En 1965 la nueva ley de Derechos Civiles reconoció el de libertad de los negros a hacer política. Y siempre hay hombres, como Martín Lutero King, que hacen que las leyes se cumplan.*

Bibliografía básica

GERBEAU, H.: *Martin Luther King, el justo,* Atenas. Cartagena, 1971.

KING, M. L.: *Por qué no podemos esperar,* Círculo de Lectores. Barcelona, 1972.

KING, M. L.: *Viajeros de la libertad,* Fontanella. Barcelona, 1963.

LLARCH ROIG, J.: *Martin Luther King,* Juventud. Barcelona, 1970.

RODRÍGUEZ LÁZARO, J.: *Martin Luther King,* Semic. Barcelona, 1971.

Checoslovaquia ha sido desde antiguo un país rico, industrializado, pluralista y tolerante. Compuesto por varias etnias (checos, 65 por 100; eslovacos, 29 por 100; húngaros, 4 por 100; alemanes, polacos, ucranianos), tiene dos lenguas oficiales y está acostumbrado a discutir sus diferencias. Checoslovaquia aceptó el socialismo colectivista, pero siempre discrepó de la excesiva uniformidad, la planificación obligatoria y la supeditación a la Unión Soviética. La URSS, en nombre del socialismo —en abstracto—, dividió a todo el bloque del Este en 17 «zonas económicas» (16 en la propia URSS y una el resto de países «socialistas»). Un día de agosto de 1968, Praga conoció el precio a pagar por las ilusiones de libertad.



La resistencia checa.

LA PRIMAVERA DE PRAGA

En la noche del 20 al 21 de agosto de 1968, 600.000 soldados del Pacto de Varsovia invadieron Checoslovaquia. Terminaba así el experimento político más sugestivo de los surgidos en las democracias populares de influencia soviética: el intento de conciliar las mejoras sociales con la libertad, o, como todo el mundo acabó por denominarlo, «el socialismo con rostro humano». La Unión Soviética demostraba una vez más que no estaba dispuesta a tolerar alteración política alguna que pusiera en peligro el equilibrio de Yalta. El fracaso de la Primavera de Praga fue a su vez el éxito de la doctrina que Breznev definiera con sincero cinismo como «la soberanía limitada». Fue también el inicio de un nuevo cisma en el movimiento comunista y el punto de arranque de lo que hoy conocemos como «eurocomunismo».



«Animo, Dubček»

Checoslovaquia llegó al socialismo de la mano de los tanques soviéticos vencedores de los nazis, pero tras haber seguido un proceso propio, en el que la izquierda ya era muy poderosa como consecuencia de la industrialización y de las masas obreras, que votaban a socialistas y comunistas durante la etapa de república democrática. Pero el socialismo checo, pluralista y tolerante, nunca casó bien con el estatismo soviético y el expansionismo ruso. Socialistas sí, pero libres e independientes.



Tropas rusas se preparan para la invasión.

El partido comunista checoslovaco era desde antiguo el más potente del bloque del Este (1.500.000 afiliados, el 10 por 100 de la población), y el socialismo no resultaba algo artificial e impuesto desde afuera (como sucedía en la católica y atrasada Polonia, cambiada por la izquierdista Grecia en el «tuyo, mío» de Stalin-Churchill durante las conferencias de Yalta y Potsdam). Cuando el proceso político checo amenazó la estabilidad del bloque, las fuerzas del Pacto de Varsovia lo aplastaron sin contemplaciones.

El comunismo checoslovaco

El marxismo-leninismo, como forma y sistema de Estado, llegó al corazón de Europa por vías escasamente ortodoxas. Fueron los tanques soviéticos los que en su avance sobre Berlín, a finales de la Segunda Guerra Mundial, irían imponiendo un mecanismo de enfeudamiento, de Estados satélites que forjarían un cinturón defensivo en torno a la Unión Soviética. Checoslovaquia, ya desmembrada en la Conferencia de Munich (1938) para satisfacer las ansias expansionistas de Hitler, sería en la posguerra protagonista de nuevos dramas políticos; sin pesar para nada en su haber, o quizá precisamente por ello, su anterior trayectoria democrática.

Checoslovaquia, a diferencia de otros Estados de Europa oriental aliados de Hitler durante la contienda y sojuzgados por regímenes fascistas, había mantenido, a falta de un espacio físico, territorial, sobre el que asentarse, sus estructuras de gobierno en el exilio. Incluso en el mes de julio de 1941 se había firmado en Moscú un tratado bilateral de alianza entre la Unión Soviética y la Checoslovaquia democrática, aprovechando precisamente una visita del presidente Benes a Stalin. Y en mayo de 1945, antes de la llegada de los carros de combate rusos, había tenido lugar el heroico levantamiento de la ciudad de Praga contra los ocupantes nazis. Dentro de una política de total entendimiento, la nueva Checoslovaquia cedería a la Unión Soviética la Rusia subcarpática.

Tras la liberación se instaura en Praga un gobierno de carácter democrático, de clara orientación socialista; tendencia que subraya el hecho de que en octubre de 1945 más del 60 por 100 de las industrias fuesen nacionalizadas. Cuando más tarde, en mayo de 1946, se celebran elecciones generales, el partido comunista obtiene el 38 por 100 de los votos y 55 escaños. Le siguen otros partidos (popular, socialdemócrata, democrático). Todos conjuntamente formarían un gobierno de frente nacional. Posiblemente, las primeras tensiones ruso-checas surgirían en el momento en que Praga manifestó su intención de acudir a la Conferencia de París, preparatoria de la puesta en marcha del Plan Marshall, en julio de 1947. Intención que tropezó con el veto soviético. Meses después, Clement Gottwald, secretario general del PC checoslovaco, diría: «Checoslovaquia nunca ha desempeñado, ni lo pretende, el papel de intermediario entre el Este y el Oeste. Checoslovaquia adopta la política internacional democrática y pacífica de la URSS y de las democracias populares eslavas.» Declaración que en modo alguno encajaba con las intenciones de los restantes partidos que constituían el gobierno de frente nacional. La situación interna del país, económicamente crítica, la actuación de la Kominform, el curso de la guerra fría, eran datos que elevaban la tensión polí-



«Asesinos, idos a vuestra casa»

«¿Lenin, Lenin, se han vueltos locos?» Esta frase y otras parecidas aparecieron en las paredes de Checoslovaquia tras la invasión de «los tanques amigos» del Pacto de Varsovia (URSS, Checoslovaquia, Albania, Bulgaria, Hungría, Polonia, Rumania y RDA) para aplastar la Primavera de Praga. Para muchos comunistas de todo el mundo fue la última careta que la Unión Soviética, el antiguo «paraíso comunista», se quitó para descubrir su verdadera faz imperialista, dentro de la línea del más puro expansionismo panruso que siempre soñaron los zares. Albania se retiró inmediatamente del Pacto de Varsovia y se alineó al lado de China en el conflicto ideológico chino-soviético.

tica en Checoslovaquia mientras se aproximaban las fechas de las nuevas elecciones legislativas, señaladas para la primavera de 1948. Estas elecciones nunca se celebrarían, al menos en la forma inicialmente prevista. Antes se abriría un período de aceleración histórica en la lucha y conquista del poder. El 25 de febrero de 1948 tiene lugar en Praga una gigantesca manifestación obrera —más de 200.000 personas— en apoyo a la política comunista; ante este tipo de presión, Eduardo Benes, presidente de la república, forma un nuevo gobierno, dos días más tarde, en el que tienen amplia mayoría los ministros comunistas. Uno de los prohombres liberales, Masaryk, titular de la cartera de Asuntos Exteriores, muere el 10 de marzo en circunstancias harto sospechosas: un aparente suicidio, que encubría un asesinato político. Era el episodio que ha pasado a la historia con el nombre de «golpe de Praga». Cuando en mayo de aquel mismo año se celebran las elecciones generales, el partido comunista obtiene el 90 por 100 de los votos emitidos. Checoslovaquia, enlazando con la crisis de Berlín, engrosaba definitivamente el bloque soviético, con unas circunstancias especialmente dramáticas: sus fronteras comunes con Austria y con la República Federal de Alemania.

La primera consecuencia del «golpe de Praga» consistió en la instalación de los hábitos y prácticas estalinistas. Sobre las purgas y los procesos políticos en Checoslovaquia, iniciados en 1948 por Slanski, ha escrito Fernando Claudín que comenzaron «por barrer el núcleo dirigente del partido eslovaco (Clementis, ministro de Relaciones Exteriores del gobierno central; Husak, Novoneski y otros) y terminó por barrer al propio Slanski y a otros destacados dirigentes del partido checoslovaco, acusados de alta traición, sabotaje, espionaje y complicidad con el sionismo. Su proceso se vio en diciembre de 1952. Slanski y 10 acusados más, todos ellos veteranos comunistas, fueron ahorcados».

Arthur London, el autor de *La confesión*, excombatiente en España en las Brigadas Internacionales, y luego en la resistencia francesa, ofreció un escalofriante testimonio de cómo se desarrollaron los procesos estalinistas en la Checoslovaquia de los años posteriores a 1948. Fue, sin variaciones notables, la repetición de los procesos estalinistas de Moscú del decenio de los años treinta; salvo que en las falsas actas acusatorias y en las confesiones arrancadas mediante todo tipo de coacción surgió un nuevo delito político: el titismo, enfermedad que incluso se extendió a los partidos comunistas occidentales, que expulsaron de sus filas a los supuestos seguidores de ese desviacionismo de la ortodoxia soviética, que no marxista. Igual que sucediera algunos años antes en la URSS, dirigentes veteranos y probados en otras luchas acabaron por confesar crímenes no cometidos.



Dubček en agosto de 1968

La popularidad de Dubček, Svoboda, Sik, Cernik y otros dirigentes comunistas de la Primavera de Praga poco pudo hacer frente a los tanques soviéticos, que volvieron a imponer por la fuerza el «socialismo real, del frío, sin rostro humano».

La desestalinización

El informe de Jruschov al XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, en 1956, coincide —en el mismo año— con el levantamiento húngaro. Lo que se presenta como una revisión del sistema político interno soviético, la denuncia de los errores y crímenes de Stalin, se trocará muy pocos meses después en un férreo mecanismo de relación entre el centro, Moscú, y el resto de las democracias populares, que, mediante su lealtad, sirven de escudo defensor a la Unión Soviética. El mismo Arthur London describió en los términos siguientes la situación en el seno del bloque del llamado socialismo real: «Retórica de la guerra fría, ajustes de cuentas en el aparato del partido, desgarramientos del mundo comunista, exigencias de Moscú, alimentan la depuración.» A este tenebroso cuadro de comportamientos políticos hay que sumar las dificultades económicas, industriales y alimentarias que afectan a todo el bloque y hacen más difíciles sus relaciones con el mundo capitalista.

Quizás el tema de fondo, aún no suficientemente dilucidado, se refiera a los mecanismos de un sistema que convirtió a los antiguos estalinistas, a los dirigentes responsables de los procesos, en los mismos artífices de la pomposamente llamada desestalinización. En Praga, por ejemplo —y es una muestra de las reticencias ante el ejercicio de la autocrítica—, las rehabilitaciones parciales no comienzan hasta el año 1961, cuando ya muchos de los condenados habían sido ejecutados, habían muerto en las cárceles o malvivían en el olvido y en el exilio interior. La rehabilitación total no llegará hasta el año 1968. Al final de tan largo recorrido salió a la luz del día que todos los procesados y condenados lo habían sido sobre la base de pruebas falsas y de confesiones obtenidas mediante tortura.

Por otra parte, para evitar posibles fisuras dentro del bloque, en el año 1955 nacía el Pacto de Varsovia, «tratado de amistad, de cooperación y de asistencia mutua» que, bajo el liderazgo soviético, agrupaba a todas las democracias populares, con la lógica excepción de Yugoslavia y, años después, con la retirada de Albania, que optó por Pekín en el debate chino-soviético. Presentado como respuesta a la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), y dentro del patrón de tratados regionales de carácter defensivo estipulados en la carta de las Naciones Unidas, el Pacto de Varsovia, como se comprobaría más tarde, estaba llamado a desempeñar importantes funciones de gendarme en el interior del bloque para mantener su cohesión y, fundamentalmente, la fidelidad al centro de poder soviético.

Gottwald moría en Checoslovaquia, en marzo de 1953, poco después de la desaparición de Stalin. Zapotocky fue designado presidente de la república, y Novotny, notorio estalinista, se hizo cargo de la dirección del partido comunista. Este mismo Novotny, de pasado sanguinario, fue el responsable de la llamada desestalinización en Checoslovaquia, proceso que retrasa lo más posible y que se limita a la puesta en libertad de



Tanques en Praga



Ciudadanos checos pegados al transistor.

algunos detenidos como una prueba de magnanimidad, ya que su liberación iba acompañada de un recordatorio de las actividades políticas por las que fueron condenados. Sin embargo, en fecha aún temprana, en 1956, Novotny debe hacer frente a los primeros síntomas de protesta intelectual, que rechaza tajantemente, al tiempo que multiplica su poder al sumar a las funciones de secretario general del partido las de presidente de la república a la muerte de Zapotocky, en 1957. Hasta los años 1962 y 1963 Novotny no comienza a ceder ante la presión política; aprueba entonces la creación de una comisión para «investigar las violaciones de la legalidad socialista» y «la necesidad de eliminar los vestigios del estalinismo». A partir de esos años, las rehabilitaciones se multiplican, y a los nombres de los perseguidos se unen otros, menos conocidos, como Alexander Dubček, secretario del partido eslovaco, que coincidirán en un mismo afán común. Son también años de renacimiento intelectual, ilustrados, entre otros, por los nombres del cineasta Milos Forman y el novelista Milan Kundera; renacimiento que no viene acompañado por un desarrollo económico, frenado por una planificación absolutamente rígida —la subordinación de los intereses económicos nacionales a los superiores de la Unión Soviética— que es criticada públicamente por economistas como Ota Sik.

Pero los resultados reales de la desestalinización irían surgiendo lentamente. En noviembre de 1964, Novotny era reelegido, para un nuevo mandato de cinco años, en la presidencia de la república; etapa que no llegaría a concluir. El día 5 de enero de 1968 era sustituido en la secretaría general por Alexander Dubček, y el 22 de marzo del mismo año el mariscal Svoboda ocupaba la presidencia de la república. En su primer discurso oficial, Dubček expuso claramente su concepción de una democracia socialista, y de entrada anunció la abolición de la censura para recuperar una de las libertades fundamentales, la de expresión. Más tarde, en abril de 1968, se hablaría de «la vía checoslovaca al socialismo». En aquellas mismas fechas, Novotny era excluido del partido comunista y se anunciaba la celebración de un congreso extraordinario en el mes de septiembre.

El socialismo que venía del frío

El día 8 de abril de 1968, el presidente de la república encomienda a Cernik la constitución de un nuevo gobierno, cuyas dos vicepresidencias son asumidas por Husak y por Ota Sik. Es el retorno al poder de los perseguidos por el estalinismo. Junto a Husak reaparecen hombres como Smrkovsky, elegido presidente de la

Alexander Dubček fue, junto al viejo general Svoboda, el líder indiscutible de la Primavera de Praga. Hijo de comunista emigrado a la URSS, comunista desde su juventud, resistente contra los nazis, formado en la escuela de cuadros del partido, supo interpretar maravillosamente, desde dentro del aparato burocrático, los deseos de su pueblo. Profundamente decepcionado por la invasión soviética y destituido de todos sus cargos, se le denigró y se le dio el empleo de guardabosques, vigilante del aparcamiento del Ministerio de Agricultura en Bratislava. Jubilado en noviembre de 1982, siempre se negó a ir al exilio y hacer autocrítica de su política. Sigue soñando con volver al frente del gobierno de su país.



Resistencia en Praga.

Asamblea Nacional; Josef Pavel, ministro del Interior; Leopold Hoffman, presidente de la Comisión Militar de la Asamblea Nacional, y Eduard Goldstücker, presidente de la Unión de Escritores Checoslovacos. Este amplio movimiento nacional se simbolizará en el nombre de Alexander Dubček, secretario general del partido comunista checoslovaco, quien en 1939, a los dieciocho años de edad, había ingresado en las filas comunistas y en 1944 luchaba contra los ocupantes nazis de su país. Su programa político, elevado en abril de 1968 a las más altas instancias del gobierno, del mundo del trabajo y de los medios intelectuales, encierra lo que se ha llamado desde entonces «la vía checoslovaca al socialismo». Es justo recordar que la originalidad del proceso checoslovaco no se fundamenta en un planteamiento anticomunista, sino todo lo contrario: se trata del intento más genuino producido hasta ahora de entroncar las conquistas materiales de la revolución proletaria con los logros formales del entramado de libertades proporcionado por la revolución burguesa. No otra cosa quiere decirse con la expresión, popularizada en 1968, de «un socialismo con rostro humano». Se quería establecer una nueva relación entre el partido y el pueblo, o, en otros términos, que el pueblo participe en la dirección política del país y no sea un marginado permanente. «Nuestra democracia socialista —decía Dubček— tiene que fundarse en la coparticipación, la cohesión y la colaboración de todos los ciudadanos. Queremos satisfacer la aspiración de los ciudadanos a una sociedad en la cual el hombre no sea un lobo para los demás hombres.»

Por doquier surgen voces que apoyan el proyecto del nuevo socialismo, que hacen suya la ya bautizada «Primavera de Praga». Nacen los consejos de fábricas, cuyos miembros son elegidos por vez primera mediante voto secreto y tienen capacidad para nombrar al director de la empresa y fijar los planes de trabajo y de producción; lo cual no estaba muy lejos de la en tiempos condenada experiencia autogestionaria yugoslava. Desde otra perspectiva, el economista y vicepresidente del gobierno Ota Sik afirmaba: «Si queremos romper el aparato burocrático que dirige nuestra vida económica, no es sólo porque vamos a llevar a la práctica ideas nuevas, sino también porque es algo inevitable para poner fin al sistema autoritario. Una gestión democrática de la economía es un medio eficaz para garantizar el actual proceso democrático en Checoslovaquia. El pilar de estas garantías es precisamente el consejo de trabajadores de las empresas.»

Era una auténtica revolución socialista dentro del llamado socialismo real, difícilmente realizable, pero que se había puesto en marcha.

Quizás uno de los textos más sorprendentes de aquella explosión de optimismo fue el que, firmado por 70 personalidades —el *Documento de los 70*—, se publicaba el 27 de abril en el semanario *Literarni Listy* bajo el significativo comienzo con el que ha pasado a la historia: «Dos mil palabras de obreros, de agricultores, de funcionarios, de científicos, de artistas, de todos.» Estas dos mil palabras constituyen un documento estremecedor: «Como en 1945, la primavera nos ha brindado este año una gran oportunidad. En efecto, tenemos una vez más la suerte de asir con las manos nuestro problema común, que lleva el nombre de elaboración del socialismo, y de modelarlo a imagen de nuestra antigua reputación honorable y de la opinión relativamente favorable que teníamos anteriormente de nosotros mismos. La primavera ha terminado y no volverá nunca. En invierno conoceremos la continuación.»

El fin de las ilusiones

El llamamiento de las dos mil palabras no era una especulación teórica: conocía profundamente la realidad circundante y las amenazas latentes. En vísperas del verano advertía: «La posibilidad de una intervención de fuerzas extranjeras en nuestra evolución ha creado últimamente una gran inquietud. Frente a estas fuerzas superiores en número no nos queda más que mantenernos firmes, resistir cortésmente y evitar las provocaciones.»

Pero, fatalmente, la maquinaria de guerra ya había entrado en funcionamiento. Moscú no podía tolerar la pervivencia de un fenómeno político que minaba las bases mismas de su hegemonía en el interior del bloque. La interpretación y la aplicación del marxismo según los ideólogos soviéticos estaba fuera de discusión. La multiplicación de comunismos nacionales, si se toleraba, no tardaría en propagarse, resquebrajar y arruinar todo el aparato de dominación. Por otra parte, Checoslovaquia dejaba al descubierto, por sus fronteras con el bloque occidental, uno de los flancos más frágiles del Pacto de Varsovia. En consecuencia con todo lo anterior se desencadena un mecanismo de fuerza de carácter disuasorio. A finales del mes de junio, las fuerzas del Pacto de Varsovia realizan maniobras conjuntas en suelo checoslovaco. Días des-



Barrotes contra tanques

ALEXANDER DUBČEK (Uhrovec, Eslovaquia, 1921)

El 27 de noviembre de 1921 nació Alexander Dubček en Uhrovec, una pequeña aldea eslovaca.

En 1925 su familia se trasladó a la Unión Soviética y permaneció allí hasta 1938. Alexander realizó sus primeros estudios en las ciudades de Frunze y Gorki. En 1939, ya en Checoslovaquia y poco antes de la ocupación alemana, se afilió al partido comunista, entonces clandestino. A partir del otoño de 1944 se incorporó a la brigada Jan Zizka y participó en lo que más tarde se conoció como el levantamiento nacional eslovaco contra los alemanes. Su hermano murió en un enfrentamiento con los invasores, y él fue herido en dos ocasiones.

Después de la guerra trabajó durante cuatro años en una fábrica de levadura de Trencin. En 1949 fue elegido secretario del comité de distrito de Trencin, y en 1951, diputado de la Asamblea Nacional y miembro del Comité Central del partido comunista eslovaco. Al mismo tiempo cursó Derecho en la universidad de Komensky.

En 1955 fue enviado a Moscú a estudiar durante tres años en el Colegio de Ciencias Políticas del Comité Central. A su regreso, en 1958, inicia una fulgurante

La política internacional «de bloques» ha conducido a la carrera de armamentos y a la supeditación de buena parte del aparato productivo, tanto del Este como del Oeste, a la fabricación de armas. La población de los llamados países socialistas ha visto reducidos drásticamente sus niveles de consumo en aras de la gran industria bélica, lo que ha provocado protestas y descontento. Los dirigentes de ambos bloques emplean parecidos argumentos «defensivos» frente al «enemigo exterior» que supuestamente amenaza a cada sistema.

carrera política: secretario del Comité Regional de Eslovaquia y miembro del Comité Central del partido checoslovaco (1958), secretario del Comité Central del partido comunista de Eslovaquia, miembro de su Presidium y miembro del Presidium del Comité Central del partido comunista de Checoslovaquia (1962). Era el primer eslovaco que conseguía un puesto de tal responsabilidad en el partido nacional.

En octubre de 1967, Dubček, que había ido identificándose con los intelectuales liberales, con los partidarios de la reforma económica, como Ota Sik, y que aglutinaba a los autonomistas eslovacos, lanzó un ataque directo contra el secretario general Antonin Novotny en una reunión del Comité Central. Inmediatamente, Novotny viajó a Moscú en busca de la protección soviética. Mientras tanto, Dubček aprovechó su ausencia para consolidar la oposición. El 5 de enero de 1968, Novotny se ve obligado a dimitir como secretario general, aunque manteniendo el puesto de presidente. Ese mismo día, Dubček fue nombrado secretario general. El 22 de marzo dimitió como presidente y fue sustituido por el general Ludvik Svoboda. Otros cambios, como el nombramiento de Josef Smrkovsky como presidente de la Asamblea Nacional y la formación de un nuevo gobierno dirigido por Oldrich Cernik, llevan al poder a los partidarios decididos de una profunda reforma.

En los meses siguientes, Checoslovaquia vive en una intensidad febril, con la mayoría de la población absolutamente identificada a este intento de convertir el país en una «sociedad libre, moderna y profundamente humana». El experimento será brutalmente suprimido el 21 de agosto de 1968 por la intervención de los tanques soviéticos, apoyados por cuatro países del Pacto de Varsovia.

Meses más tarde, en abril de 1969, Dubček fue obligado a dimitir. En enero del año siguiente cesó en el Comité Central, y poco después fue nombrado embajador en Turquía. Pocos meses más tarde fue expulsado del partido y enviado de guardabosques al departamento forestal de Bratislava, en donde permaneció hasta su jubilación, a principios de 1983.



Autobuses incendiados en Praga

pués, el 17 de julio de 1968, el partido comunista checoslovaco recibe un ultimátum de los gobiernos de la Unión Soviética, Polonia, Hungría, Bulgaria y la República Democrática Alemana, cuyas fuerzas aún no se habían retirado de Checoslovaquia tras la realización de las maniobras militares, instándole a la rectificación de sus errores; ultimátum rechazado por Praga el día 19 de julio. El 3 de agosto, tras una entrevista entre Breznev y Dubček, tiene lugar en Bratislava la Conferencia de los Seis (los cinco gobiernos anteriormente citados y el de Checoslovaquia). Eran los últimos intentos del chantaje. Los ejércitos extranjeros aún no se habían retirado. Praga no cambiaba su orientación política y cada vez se encontraba más aislada, aparte del apoyo, que no podía sobrepasar lo simbólico, del mariscal Tito y del presidente Ceaucescu.

En la noche del 20 al 21 de agosto de 1968, 600.000 hombres del Pacto de Varsovia intervenían en Checoslovaquia: soviéticos, polacos, húngaros, búlgaros y alemanes orientales. Al tiempo que ocupaban el país y el mundo veía con estupor los tanques soviéticos recorriendo las calles de Praga, eran detenidos los miembros del Presidium del partido comunista checoslovaco. El día 22, en una fábrica de Praga, el XIV Congreso Extraordinario otorgaba su pleno apoyo al gobierno, que ya era tan sólo un rehén en manos soviéticas. El día 26 de agosto de 1968, Dubček y Svoboda eran trasladados a Moscú y obligados a firmar unos documentos humillantes para el sentimiento nacional del pueblo checoslovaco: las tropas ocupantes se retirarían paulatinamente a cambio de «la normalización» del país; es decir, el retorno al período anterior a la Primavera de Praga.

«La normalización»

Ciertamente, la intervención del Pacto de Varsovia fue incruenta; sólo se enfrentó a una resistencia pasiva aún no superada por completo. La población de Praga que años antes había acogido clamorosamente a los tanques soviéticos vencedores de Hitler, recibía ahora con flores y con perplejidad a los que retornaban como fuerzas de ocupación. El clima moral en el bloque socialista descendió a los niveles más bajos conocidos desde los sucesos de Hungría del otoño de 1956. ¿Qué justificación oficial se dio al acto de fuerza? Aparte los consabidos ataques a las fuerzas imperialistas, a los agentes del espionaje, al entreguismo de los dirigentes nacionales, la explicación ofrecida a la actuación militar fue la conocida con el nombre de «doctrina Breznev de la soberanía limitada». La soberanía



Sangre checa

nacional dentro del bloque del Pacto de Varsovia tiene vigencia en tanto no se ponga en peligro la integridad misma del grupo. Los límites de la soberanía nacional los fija, evidentemente, la Unión Soviética.

Gustav Husak, antigua víctima del estalinismo, fue el hombre escogido por Moscú para llevar a cabo la normalización. Inmediatamente sustituye a Dubček en el puesto de secretario general del partido comunista y el 16 de octubre de 1968 firma en Moscú el tratado checosoviético que determina el estacionamiento ilimitado de las tropas del Pacto de Varsovia para «garantizar la seguridad de los países del bloque socialista». Mientras, los checos continuaban, dentro de su estupor, con la práctica de una resistencia pasiva que alcanzó momentos dramáticos cuando, en enero de 1969, se suicidó en público el estudiante Jan Pallach y sus exequias movilizaron a toda la población de Praga.

En los últimos meses de 1968 y a lo largo de 1969 se produciría la exclusión del gobierno, primero, y del partido comunista, después, de todos los artífices de la experiencia del socialismo con rostro humano: Sik, Kriegel, Vaculik, Smrkovsky, etc. Alexander Dubček, al que se había alejado del país designándole embajador en Turquía, era llamado a Praga y expulsado del partido comunista en junio de 1970. Tiempo después moría en el olvido el mariscal Svoboda. La experiencia checoslovaca, la única válida hecha hasta ahora desde el interior mismo del mundo comunista, había fracasado. Una vez más, los tanques soviéticos ponían punto final a las ilusiones y abrían un nuevo cisma en el bloque ideológico. Los partidos comunistas de Europa occidental, con muy pocas excepciones —la de Portugal entre otros—, condenaron la actuación soviética. Pero todo fue en vano: la seguridad del bloque estaba por encima de cualquier otro razonamiento y las garantías de Moscú por encima de cualquier interpretación ideológica.

R. M.

Bibliografía básica

DUBČEK, A.: *La vía democrática al socialismo,* Ariel. Barcelona, 1968.

FEITO, F.: *Historia de las democracias populares,* Martínez Roca. Barcelona, 1971.

LIEHM, A.: *Tres generaciones,* Editorial Ayuso. Madrid, 1971.

LONDON, A.: *La confesión,* Editorial Ayuso. Madrid, 1971.

MANDROU, R.: *Les sept jours de Prague, 21-27 août 1968. Première documentation complète de l'entrée des troupes aux Accords de Moscou,* Editions Anthropos. París, 1969.

MARTINET, G.: *Les cinq communismes,* Editions du Seuil, París, 1971.

La «retención» de varios dirigentes checos y su traslado a Moscú «para conversaciones» decapitó la resistencia interna y pactó el tránsito pacífico hacia la nueva situación. Dubček, Cernik y Kriegel fueron «liberados» gracias a la intervención del viejo general Svoboda, quien según parece llegó a amenazar con suicidarse ante Breznev, pistola en mano. La resistencia popular cuajó poco a poco, y en 1977 varios intelectuales y obreros publicaron la llamada «Carta 77», exigiendo al régimen el respeto de las libertades y los derechos humanos para que floreciera una nueva primavera. Fueron perseguidos y encarcelados, pero la rebelión continúa.

DURANTE el mes de mayo de 1968 todos los periódicos y televisiones del mundo ofrecieron las imágenes insólitas de un París dominado por los estudiantes. Barricadas que se creían olvidadas desde los tiempos de la Comuna, paredes repletas de consignas a medio camino entre la provocación y el humor, políticos profesionales de todas las ideologías preocupados por el derrumbe de la sociedad in-



Los estudiantes, a la ofensiva.

1968



dustrial, utopía, enfrentamientos nocturnos con la policía, manifestaciones multitudinarias... Este fue el paisaje de París durante un mes de primavera; un mes en el que la imaginación se despertó y miles de personas dijeron no a una sociedad que a cambio de asegurar el sustento diario condenaba al aburrimiento permanente a todos sus ciudadanos. Pero era una apuesta muy fuerte, y al final los estudiantes perdieron.

EL MAYO FRANCES

Pasteur y la bandera roja



Sartre y los obreros de la Renault.

La revuelta estudiantil

Sería un enfoque demasiado cómodo y absolutamente falaz abordar el Mayo francés de 1968 mediante explicaciones al uso, que hicieron furor en aquellos momentos. Unas analizan la cuestión con el eterno recurso al problema generacional, al enfrentamiento entre padres e hijos, entre adultos y adolescentes; otras invocan el impulso lírico de los jóvenes arrojados a la búsqueda gratuita de la aventura; finalmente están las argumentaciones de los que pretenden liquidar el tema con la eviterna referencia a la actuación de los agentes de potencias extranjeras infiltrados en las filas de muchachos ingenuos y fácilmente manipulables. Ninguno de estos proyectos analíticos es válido; ni por separado ni conjuntamente.

El movimiento estudiantil del decenio de los años sesenta tiene como escenario todo el mundo occidental y parte del bloque comunista. Arranca, en el decenio anterior, de los *campus* universitarios norteamericanos, y su marco es la lucha por los derechos civiles de la población de color, que enlazaría años más tarde con la protesta contra la intervención militar de Estados Unidos en Vietnam, en el Sudeste Asiático. Luego vendrían la República Federal de Alemania y el movimiento de las comunas; Italia y los intentos de unir movimiento estudiantil con movimiento obrero; España, cuya universidad sería un baluarte en la lucha contra el franquismo; Checoslovaquia y el apoyo de los estudiantes a la Primavera de Praga. Por lo tanto, los motivos inmediatos, primarios, que provocan la protesta estudiantil son, ciertamente, distintos. Pero existen unos datos generales coincidentes. Con frecuencia se ha recurrido, como fórmula retórica gastada, a la crisis de toda una sociedad. En este caso, la hipótesis es válida. Se trata del rechazo total de una sociedad ahíta, cuya meta única es el incremento incesante del consumo, sin otro valor que la multiplicación frenética de la productividad para aumentar ininterrumpidamente los beneficios. Y se vuelve la mirada a otros mundos, al llamado Tercero, donde se están librando batallas decisivas para los pueblos comprometidos y para el futuro de toda la humanidad: la revolución cubana, la guerra de Vietnam, la lucha de liberación del pueblo argelino, la revolución cultural china, la tragedia palestina, el socialismo nuevo en Checoslovaquia; son muchos los caudales que van a desembocar en París en el mes de mayo de 1968, con independencia de lo que luego ocurriese con ciertos modelos y con el mismo fenómeno estudiantil. Si puede hablarse de una proclama única, su lema sería el combate contra el Estado. Como han escrito dos estudiosos del tema, «antes de mayo

de 1968, un cierto número de dogmas parecían haberse impuesto y habían invadido la enseñanza de los sociólogos: estabilidad relativa de las sociedades industrializadas, opuesta a las conmociones del Tercer Mundo; integración casi total de las clases obreras en la sociedad moderna, despolitización masiva de la juventud y, en particular, de la juventud estudiantil...» (Schnapp y Vidal-Naquet). Todos estos tranquilizadores de las conciencias rectoras saltarían hechos pedazos en pocas jornadas y su conmoción desequilibraría los cimientos del orden establecido. Pero, sin caer en exageraciones especulativas, aunque más de un joven soñase con las alturas de Sierra Maestra, los colectivos y los individuos que rechazaban un orden de cosas sabían bien lo que querían, aunque ignorasen que sus demandas no tenían cabida en los mundos conocidos. A este respecto, quizás el juicio más certero sobre el estado colectivo de los ánimos sea el del profesor Alejandro Nieto: «La comunidad ideológica se apoya en un doble repudio que caracteriza al movimiento estudiantil de los países de capitalismo avanzado; repudio del sistema capitalista en el que se mueve y repudio de la alternativa neoestalinista que le ofrecen los partidos oficialmente revolucionarios.» Desde luego, este bagaje negativo posibilitaba ofertas muy diversas: desde la acción estrictamente pragmática —cambiar un gobierno por otro— hasta el proyecto rigurosamente utópico —cambiar el modelo de sociedad—, deseo que enlaza históricamente con las más románticas ensoñaciones anarquistas. No es de extrañar, por lo tanto, que ante la rebeldía juvenil se alzasen, formando un muro impenetrable, las voces y las acciones de pensadores y de políticos que presentan como única alternativa posible la conservación y defensa de lo ya existente. Así ocurrió, entre otros, con el filósofo Raymond Aron, que en aquellas fechas ironizaba desde las páginas de *Le Figaro,* hablando sarcásticamente de psicodrama o de fin de una civilización y desconociendo o despreciando la cuestión planteada muy certeramente por el checoslovaco Radovan Richta en su obra *La civilización en la encrucijada.*

Fuesen cuales fuesen las causas últimas del malestar que provocó la revuelta en Francia, como años atrás en Berkeley, es importante señalar que su escenario primero fue la universidad, antes de irrumpir en las calles. Y ello por varios motivos. El primero, porque el medio universitario es el más anquilosado de la sociedad contemporánea, allí donde se reproduce sistemática y caricaturescamente la miseria intelectual vigente, ordenando no sólo una jerarquía de personas, sino también de valores. Otro motivo reside en que los universitarios disponen siempre de unos medios intelectuales y materiales superiores a los que objetivamente tienen entre sus manos otras capas sociales; en otros términos, los universitarios parecen estar más disponibles para

La revuelta estudiantil se quedó finalmente en eso, revuelta, porque, aunque pudo ser el detonante de un cambio general, la izquierda tradicional no se atrevió a ir más allá y frenó a sus propias bases. El poder estuvo en la calle desde el 3 al 30 de mayo —cuatro semanas—, pero nadie se atrevió a cogerlo y convertir el movimiento de protesta en revolución. Más de 10 millones de trabajadores se pusieron en huelga y se solidarizaron con los estudiantes, pero los dirigentes sindicales y políticos de la izquierda dieron marcha atrás y evitaron jugar la carta de la aventura.



De Gaulle, entrevistado por Michel Droit

emprender una empresa de tamaña envergadura, cuyo desenlace no sólo ignoraban, sino que en última instancia tampoco pudieron controlar.



Gases lacrimógenos en el bulevar Saint Germain.

La génesis del movimiento

El primer acto, en una sucesión cronológica de carácter obligado, siempre un tanto artificiosa, tiene como escenario la universidad de Nanterre y la huelga desencadenada en el mes de noviembre de 1967. Nanterre era el centro del *gauchismo* marginado, repleto de jóvenes insatisfechos que, en un momento dado, coinciden además con unos docentes descontentos con un sistema universitario anclado en el pasado y representado por el ministro *gaullista* de Educación Fouchet. El motivo de la protesta era el sistema de exámenes y evaluaciones. Interesa destacar que el núcleo primero de donde arranca el movimiento huelguístico es la facultad de Letras y Humanidades y los departamentos donde se practican enseñanzas sociológicas; centros que, por otra parte, contaban con mayorías democráticas y representativas en sus juntas de departamento y de facultad. No es casual, aparte prota-

Tras la evacuación de la Sorbona.



Un estudiante caído

gonismos personales, que en Nanterre profesase sus cursos una personalidad como la de Henri Lefebvre, filósofo que desde hacía años había roto con los medios académicos, universitarios y políticos, y reclamaba un modelo de sociedad absolutamente antagónico del dominante. La huelga de Nanterre es el anuncio de lo que va a ocurrir meses después. Surgen ya las primeras pintadas, las frases escritas en las calles, aquellas paredes que tenían la palabra y que desempeñaban una función liberadora para los escribas y absolutamente provocadora para los lectores involuntarios. En Nanterre nació aquel grito de protesta lúdica: «Mientras más hago la revolución, más ganas tengo de hacer el amor.»

El segundo acto en la representación estudiantil se produce el día 22 de marzo de 1968. En la tarde de aquella jornada tiene lugar una reunión conjunta de profesores y estudiantes que concluye con la ocupación de la sala de juntas de la facultad de Letras de la universidad de Nanterre por un centenar y medio de jóvenes. Nace el Movimiento 22 de Marzo, el más sólido políticamente de todos los grupos que surgieron al calor de la protesta. También saltan a las páginas de los periódicos los nombres de los líderes que el mes de mayo hará famosos: Jacques Sauvageot, veinticinco años, vicepresidente de la UNEF, licenciado en Derecho y en Historia del Arte; Alain Geismar, secretario general del SNE-Sup y profesor de Física; Daniel Cohn-Bendit, veintitrés años, estudiante de segundo curso de Sociología en Nanterre y militante del Movimiento 22 de Marzo; aquel *Daniel el rojo,* que por su origen familiar, que dio base al gobierno francés para impedir su entrada en territorio nacional, haría que los estudiantes de París llenasen las calles gritando ante las fuerzas policiales: «Todos somos judíos alemanes.»

La ocupación de los locales de Nanterre merece del poder la respuesta habitual: suspensión de las clases durante una semana; aunque también es verdad que nadie podía vaticinar un desbordamiento de tal envergadura, que el mismo Lefebvre caracterizaría poco después con la ayuda de tres calificativos: contestación, espontaneidad y violencia.

El bonito mes de mayo

Las enseñanzas se reanudaban en Nanterre el primero de abril. Eran las vísperas de las vacaciones francesas de Pascua, que, a golpe de calendario, aportaba al gobierno el bálsamo de una tregua. Pero tan pronto acaban las vacaciones, se produce el salto de Nanterre a la Sorbona, al corazón de París, en el barrio Latino. El 2 de mayo llegan los *enragés.* El día 3 es la explosión: en el patio central de la Sorbona tiene lugar, al mediodía, una asamblea de estudiantes que, pasadas las cuatro de la tarde, es disuelta

De Gaulle era un presidencialista autoritario nato que estaba orgulloso de encarnar a la propia République y defenderla de «la canalla y la anarquía». Este mensaje del viejo general llegó muy claro a millones de franceses que se asustaron del ambiente que reinaba en las calles de París. Los moderados cerraron filas en torno a De Gaulle y al ejército para la defensa del orden, mientras que la izquierda clásica desconfiaba de las formas y espontaneidad de la rebelión juvenil-estudiantil. La represión fue muy dura, pero, eso sí, a golpes y bombas de humo, sin emplear nunca las armas de fuego. Ningún estudiante murió a manos de la policía y tampoco sucedió al revés.

Junto a jóvenes como Geismar, Sauvageot y Cohn-Bendit (Daniel el rojo *por el pelo y el corazón), dirigentes de estudiantes y profesores, había dos intelectuales que, aunque peinaban canas, tenían los mismos ideales que los jóvenes de las barricadas: Jean-Paul Sartre, premio Nobel y filósofo existencialista, y Herbert Marcuse, filósofo alemán nacionalizado norteamericano, discípulo de Husserl y Heiddegger, y seguidor de Engels y Marx. Sus libros hablaban de una revolución nueva, total, que liberaría a todos del aburrimiento y que llevarían a cabo los estudiantes y otros grupos marginados.*

por la policía, que asalta el recinto universitario a petición del propio rector. Del centenar de estudiantes encerrados en los coches celulares, más de 20 pasarán a la comisaría del distrito. Aquella noche no arde París, pero sí se incendia el barrio Latino. Los estudiantes empiezan a buscar la playa bajo los adoquines que lanzan contra las fuerzas del orden. El 6 de mayo (el día anterior había conservado la tranquilidad por su carácter dominical) más de 20.000 estudiantes se manifiestan en Denfert-Rochereau. Un día después son ya 50.000 los estudiantes que engrosan la manifestación. El Boul'Mich, la calle Saint-Jacques y la de Rennes, la plaza Maubert son de los estudiantes que, tras las barricadas, se defienden al tiempo que hostigan a la policía con adoquines y explosivos caseros. El gobierno afirma que no tolerará la violencia en la calle. El partido comunista vacila: apoya las reivindicaciones académicas de los estudiantes, pero condena en términos extremadamente duros a los ya bautizados con el apelativo de *gauchistas,* de claras reminiscencias leninistas. El 10 de mayo, los tres líderes (Geismar, Sauvageot y Cohn-Bendit) inician negociaciones con el rector, Roche, que fracasan inmediatamente. Las barricadas se alzan todas las noches, en tanto que Nanterre y la Sorbona continúan cerradas. La noche del 11 de mayo es especialmente dramática: hasta las seis de la madrugada del 12, la policía no consigue controlar la situación en las calles del barrio Latino ni proceder a levantar las barricadas. El lunes 13 de mayo se manifiestan un millón de personas. Junto a los estudiantes, aunque todavía con timidez, figuran los primeros obreros y los representantes de algunas centrales sindicales. En cierta medida, los llamamientos de apoyo han encontrado eco, posiblemente más por la brutalidad de la policía y la espectacularidad de la acción estudiantil y por un sentimiento elemental de solidaridad que por una coincidencia con los móviles ideológicos de los universitarios, de difícil conexión con la causa obrera. Al final de aquella jornada, los estudiantes ocupan nuevamente la Sorbona, escenario del espectáculo revolucionario que, luego, será compartido con las bambalinas del teatro del Odeón. Al día siguiente comienzan las primeras huelgas parciales en centros fabriles, la Renault entre otros, y la ocupación de las instalaciones de la Sud-Aviation, en Nantes, por los propios trabajadores.


Retirada de un herido

Desde una perspectiva histórica, la semana que comienza el 13 de mayo es la decisiva para el movimiento estudiantil: a las universidades cerradas se unen las primeras fábricas en huelga. Es el momento en que se mantiene un pulso real con el poder. El primer ministro, Georges Pompidou, recuerda que «el gobierno cumplirá con su deber», es decir, mantendrá el orden. La opinión política comienza a aproximarse a los estudiantes. Mendès-France acude al mitin del estadio de Charletty, junto a la ciudad universitaria, y días después anunciará que está dispuesto a ponerse al frente de un gobierno provisional. Al final de esta semana, el presidente de la república, que se había mantenido alejado del conflicto, tanto política como físicamente, regresa de su viaje oficial a Rumania. El poder ya no se encuentra desasistido de su símbolo protector. En sus primeras declaraciones, el general De Gaulle afirmará, con su arrogancia habitual: *«La réforme, oui. La chienlit, non.»* Pero ni siquiera su mismo gabinete es unánime: Pisani y René Capitant presentan su dimisión; días más tarde seguirá su ejemplo Peyrefitte.

Ante un clima de crisis generalizada, casi de ausencia real de poder, el gobierno adopta dos medidas que, de forma diferente, darán sus frutos, aunque también con un sentido contrapuesto. La primera consiste en dividir la acción y la unión, que puede resultar explosiva, entre estudiantes y obreros. El 25 de mayo comienzan las conversaciones en la calle de Grenelle, sede del Ministerio de Asuntos Sociales, entre el gobierno, la patronal y los sindicatos. Con una facili-

dad inhabitual, gobierno y patronal ceden a las reivindicaciones sindicales. Firmados los acuerdos de Grenelle, los obreros en huelga comienzan a reintegrarse a sus puestos de trabajo. *L'Humanité* arrecia en sus ataques contra el movimiento estudiantil en nombre de lo que denomina una política de Estado. El partido comunista se presenta nuevamente ante la opinión como un partido francés por encima de todo. La segunda medida consiste en el anuncio de un referéndum sobre participación política —la reforma, que decía De Gaulle—. Si el referéndum tuviese un resultado negativo, el general afirma que abandonará la presidencia de la república.

La crisis política

Casi inesperadamente, aún con los estudiantes ocupando las calles del barrio Latino y dominando las barricadas que cada noche resucitan, inmersa la ciudad en una especie de mitin continuo en el que por vez primera los franceses parecen descubrir el poder liberador de la palabra, De Gaulle plantea la crisis en términos políticos, iniciando un período electoral. Los partidos recogen el reto y se lanzan al ruedo.



Quema de una bandera francesa

La llamada «nueva izquierda» pretendía destruir totalmente la vieja universidad napoleónica y con ella el antiguo orden social. Libros como El hombre unidimensional *y* El marxismo soviético *eran críticas feroces tanto contra el capitalismo como contra el comunismo tradicional. En* El final de la utopía, *publicado el mismo 1968, Marcuse resalta las injusticias del mundo moderno y la necesidad de transformarlo por medio de minorías conscientes (estudiantes, intelectuales) que no tengan miedo a la inseguridad en libertad que supondría construir otro mundo basado en la razón, no en la productividad y el lucro.*

La policía se hace poco a poco con la calle

El lunes 27 de mayo tiene lugar el mitin de Charletty, con un Pierre Mendès-France que regresa de la noche de la IV República. Por su parte, François Mitterrand, en una carta abierta a Waldeck Rochet, secretario general del partido comunista, le propone garantizar «el relevo del poder *gaullista* mediante un gobierno popular y de unión democrática» con los comunistas. No obstante, aquel mismo día, el buró político de los comunistas franceses hacía público un comunicado en el que tomaba sus distancias ante los políticos que apoyaban las acciones callejeras, olvidando la causa obrera. En otros términos, consideraban suficiente lo obtenido de la patronal en los acuerdos de Grenelle y daban la crisis por cerrada. Incluso era una crítica abierta a Mitterrand, que había hecho pública también su intención de presentarse como candidato en el supuesto de que una negativa en el referéndum llevase al país a unas elecciones presidenciales.

Y aún quedaba para finalizar el mes el jueves 30 de mayo, en el que otras actuaciones del poder marcarían la crisis más importante vivida por la V República francesa, junto al problema de la descolonización de Argelia. Es el momento en que el general De Gaulle pone en el platillo de la balanza el peso de toda su personalidad para resolver la crisis, con el riesgo claro de su misma carrera política. Es la jornada del 30 de mayo aquella en la que por los Campos Elíseos suben hasta el Arco del Triunfo un millón de personas: antiguos combatientes, pequeños co-



El tirachinas: un arma estudiantil.

«La imaginación al poder». «Sed realistas: pedid lo imposible», «La revolución es el orgasmo de la historia». «Haz lo que te plazca», etc., eran frases que decoraban los muros de las calles de París, tomadas por los estudiantes. Tras una dura carga de la policía, alguien añadió a la primera pintada: «No todo es orgasmo en la revolución.»



La policía avanza entre el humo.





mercientes, damas de los barrios distinguidos, la clase conservadora; y entre todos, quizás el único *gaullista* de corazón, André Malraux, codo a codo con políticos de la catadura de Georges Bidault. Son los comités de defensa de la república. Horas después del desfile por los Campos Elíseos, De Gaulle se dirige al país en un mensaje transmitido por todos los medios de comunicación y en el que, haciendo uso de sus mejores galas oratorias, que nunca le faltaron, anuncia ante la opinión nacional y la clase política, que escuchan estupefactas —anuncia o advierte—: «Hoy he disuelto la Asamblea Nacional y propongo al país la celebración de un referéndum.» A partir de este anuncio, y no por la declaración en sí misma, sino por la inercia que se iba agotando en su propia acción y en su falta de apoyo —más exactamente, en su no extensión a otros sectores sociales—, se inicia la cuenta atrás en el movimiento estudiantil; a pesar, incluso, de incidentes como el de Flins, que cuestan la vida a un joven trabajador, la única víctima de todo el largo proceso revolucionario estudiantil. Desde el 18 de junio se produce la caída vertiginosa del movimiento estudiantil, aunque aún tengan lugar entre universitarios y agentes del orden enfrentamientos de una violencia inusitada, por lo que tienen ya de esfuerzo desesperado. La prensa deja de hablar de estudiantes y se refiere a bandas armadas. El gobierno prohíbe cualquier manifestación pública y disuelve a todos los grupos de extrema izquierda.

Con el final del curso y el comienzo del verano, París volvía a una normalidad artificial y se convertía nuevamente en un producto de consumo para turistas ansiosos de contemplar el escenario de una revolución frustrada y de retratarse ante las últimas pintadas. Al exotismo del espectáculo se unía la tranquilidad proporcionada por un sistema que podía mostrarse seguro ante las alteraciones callejeras y las algaradas estudiantiles. Todo volvía al orden establecido. Las calles del barrio Latino eran asfaltadas apresuradamente y las apisonadoras enterraban para siempre a los adoquines que habían sido, al mismo tiempo, símbolo de la imaginación —«debajo de los adoquines está la playa»— e instrumento de combate. Aquel verano de 1968 arrecia el movimiento de las comunas estudiantiles, que tanto se había desarrollado en Alemania federal. Se organizan viajes colectivos a Katmandú, que en el fondo eran una evasión más a la búsqueda de un paraíso inexistente. Estudiantes extranjeros pueblan el Boul'Mich pendientes de cualquier resto del naufragio. Las editoriales comercializan el pasado y realizan ventas espectaculares publicando cualquier texto, ensayo, libelo, lo que sea, pero que hable del mes de mayo, al que ya se pretende disecar uniéndolo a la tradición revolucionaria francesa. En otras palabras, se trata de la conversión del Mayo francés en el artículo de consumo o, sencillamente, la recuperación del movimiento. La universidad francesa jamás volverá a ser lo que fue. En Nanterre y en Vincennes se aísla a los


La policía disuelve sin contemplaciones



DANIEL COHN-BENDIT (Montauban, Francia, 1945)

Dirigente estudiantil en los sucesos del Mayo francés de 1968, internacionalmente conocido por *Dany el rojo.* Su familia, de origen alemán, huyó a Francia en 1933, donde nació Cohn-Bendit, quien regresó a Alemania en 1958, para volver a Francia en 1964, después de haber adquirido la nacionalidad alemana. Estudiante de segundo curso de sociología en la famosa universidad de Nanterre, en las afueras de París, fue uno de los más destacados dirigentes de los sectores anarquistas aglutinados en el Movimiento del 22 de Marzo, uno de los «grupúsculos» que fueron alma del movimiento insurreccional más importante de Francia en las últimas décadas.

Discutidos, multiformes, alejados de todos los esquemas tradicionales, los acontecimientos de mayo de 1968 —de los que quizá no tengamos aún la perspectiva necesaria por su cercanía en el tiempo— han sido un hito importante en la crisis de sociedad que, según los sociólogos, nos anega. Muchas cosas no han vuelto a ser como antes de mayo de 1968. Cohn-Bendit participó de lleno en aquellas jornadas, tan mitificadas como significativas de la caducidad de las formas tradicionales de lucha política en los países industrializados.

Más que la pormenorizada enumeración de sus actividades en los acontecimientos (interrogatorios policiales de veinte horas seguidas, negociaciones con la policía y con el Ministerio del Interior,

obstáculos gubernativos para su entrada en Bélgica y su regreso a Francia, participación en las batallas campales sostenidas por miles de manifestantes contra la policía, regreso semiclandestino a la Sorbona el 28 de mayo, etcétera), importa destacar su combatividad y coherencia.

Desde los primeros momentos del Mayo francés hubo de enfrentarse a la enemiga del partido comunista, de los sindicatos de obediencia comunista y de la derecha; el *chauvinismo* se cebó en su origen alemán y en su militancia anarquista. El 12 de junio de 1968, el Movimiento del 22 de Marzo fue declarado ilegal junto con todos los demás grupos de extrema izquierda, con la aquiescencia de comunistas y socialistas. Sólo dos personalidades de relieve, Guy Mollet y Jean-Paul Sartre, protestaron seriamente. Desde entonces, los planteamientos de Cohn-Bendit han evolucionado, a tenor del tiempo y de los avatares políticos, hasta un posibilismo moderado, declarada y programáticamente anticonsumista y, todavía, notablemente lúcido.

En la actualidad trabaja en una guardería por las mañanas, y por las tardes se ocupa de una publicación alemana *underground;* cada quince días comenta la actualidad política en una emisora francesa.

En su momento criticó duramente ciertos planteamientos de la política española de la transición, como la firma de los Pactos de la Moncloa.

Respecto al socialismo gobernante, considera que «el poder socialista toma electoralmente las vías de la contestación aparecidas en el Mayo del 68, pero no las integra en un proyecto de sociedad nueva».

Sobre el imperialismo y el nacionalismo, sostiene que «... mientras haya una política de bloques imperialistas habrá nacionalismos». Por otra parte, no es menos crítico respecto a muchos de los planteamientos de los anarquistas españoles.

Con motivo de su presencia en las jornadas culturales organizadas por la CNT en enero de 1983, en Barcelona, dijo claramente que «el anarcosindicalismo se plantea problemas de la sociedad de ayer».



Un inspector ha recogido una cadena en el Odeón, ya desocupado.



estudiantes y a los docentes más activistas, que en el transcurso de pocos años quedarán disueltos en la nada, consumidos en su propia frustración. Por último, a finales del mes de agosto se produce la intervención de las fuerzas del Pacto de Varsovia en Checoslovaquia, poniendo fin brutalmente a la experiencia de un socialismo nuevo, de un socialismo de carácter democrático. El apoyo entusiasta de Fidel Castro a la intervención armada, un año después de la muerte de Ernesto Guevara en la guerrilla boliviana, asestará un duro golpe a otro de los mitos revolucionarios que tan frecuentemente habían sido invocados por los estudiantes franceses y por los de todo el mundo occidental. La leyenda comenzaba a perder a sus héroes.

Epílogo político para franceses

Frente al aire abatido de los jóvenes que en las barricadas, en los pasillos de la Sorbona y en el escenario del Odeón superaban a Sartre e invocaban a Marcuse y habían soñado con una nueva comuna fruto del espontaneísmo, la batalla política continuaba y tendría unos resultados insospechados. Las elecciones legislativas, celebradas a finales del mes de junio, parecían indicar que Francia se volcaba hacia la UDR (Unión para la Defensa de la República), partido en el gobierno, que consiguió una muy holgada mayoría parlamentaria con 300 escaños; socialistas y comunistas eran los grandes perdedores. Pero también hubo otro perdedor oficial: Georges Pompidou, al que el presidente de la república, Charles de Gaulle, sustituyó en el puesto de primer ministro por Maurice Couve de Murville.

Luego llegó el prometido referéndum, que unía en una misma consulta al electorado la reforma regional y la transformación del Senado; referéndum que, por otra parte, De Gaulle presentó como una opción absolutamente personal: no se trataba tanto de un proyecto de reforma, sino de saber si el pueblo francés seguía confiando en el general como figura histórica, como permanente salvador de la patria. Era la repetición de la Francia libre y del protagonismo del general De Gaulle durante la Segunda Guerra Mundial. El referéndum se celebró el 27 de abril de 1969, y su resultado fue un fracaso es-



Gran manifestación de apoyo a De Gaulle

El apoyo de André Malraux (prestigioso escritor, antiguo voluntario republicano en la guerra de España) y otras personalidades «progresistas» al general De Gaulle, «para salvar a Francia de la anarquía», fue decisivo en aquellos momentos de turbulencia e indecisión política. Las calles dejaron de ser patrimonio exclusivo de los jóvenes rebeldes «desharrapados», y los «buenos burgueses», «las gentes de orden», desfilaron en número de un millón desde el Arco del Triunfo a la plaza de la Concorde, a través de los Campos Elíseos. Era la vieja Francia que se levantaba en un flamear de banderas nacionales alrededor de su general con eslóganes como «Orden, trabajo y paz» y el viejo lema republicano. de «Libertad, igualdad, fraternidad». En las elecciones de junio barrieron a la izquierda.
La revuelta estudiantil de mayo, a pesar de su fracaso político, fue un aldabonazo para todas las sociedades industriales desarrolladas de la crisis económico-social que padecerían años más tarde y de la falta de valores para defenderlas. Los «rebeldes» tuvieron sus profetas y vislumbraron un mundo nuevo menos machista (el feminismo moderno empezó allí), menos contaminado (líderes como Cohn-Bendit y Ruy Dutschke formaron luego parte del movimiento ecologista), menos armado (se retomó la tradición anterior de los grupos pacifistas) y, en suma, más humano. Un mundo donde el dinero no fuera lo más importante y el precio del triunfo, la competitividad y la unidimensionalidad del triste hombre productor-consumidor que engrosa sumiso y masificado las muchedumbres solitarias de las ciudades del asfalto.

trepitoso de la alternativa personalista propuesta: 12 millones de papeletas dijeron «no» y sólo 10 millones y medio de votantes escribieron el «sí». Al día siguiente, el general De Gaulle, haciendo buena su promesa, cesaba en el ejercicio de sus funciones como presidente de la república y tomaba el camino de su retiro político, en Colombey-les-deux-Eglises, del que ya no volvería a salir. Era un «después de mí, el diluvio». Volvía a su papel de esfinge y reservaría sus recuerdos para uno de sus leales, el novelista André Malraux.

El día 15 de junio de 1969, la V República francesa tenía un nuevo presidente, Georges Pompidou, y un nuevo primer ministro, Jacques Chaban-Delmas. Había terminado la experiencia del general De Gaulle. En fin de cuentas, la algarabía estudiantil, la *chienlit*, había logrado uno de sus objetivos, quizás inconscientemente: derribar la mitificación del poder personal, encarnado en una figura histórica. Se iniciaba una etapa totalmente distinta en la historia de la V República y de la Francia contemporánea. Al presidente De Gaulle y a los estudiantes del Mayo francés vendrían a sustituirles el juego parlamentario y el de las fuerzas políticas, sociales y económicas reales y actuantes en el país. Mayo de 1968 no sólo había sido una fiesta, sino también una premonición de cambios profundos en la sociedad francesa y una denuncia estridente del modelo ofrecido por el capitalismo avanzado.

R. M.

Bibliografía básica

ARON, R.: *La révolution introuvable. Réflexions sur les événements de Mai*, Fayard. París, 1968.

COHN-BENDIT, D.: *Le gauchisme. Remède à la maladie sénile du communisme*, Seuil. París, 1968.

LEFEBVRE, H.: *L'interruption de Nanterre au sommet*, Editions Anthropos. París, 1968.

NIETO, A.: *La ideología revolucionaria de los estudiantes*, Ariel. Barcelona, 1971.

SCHNAPP, A., y VIDAL-NAQUET, P.: *Journal de la Commune étudiante. Textes et Documents. Novembre 67-juin 68*, Seuil. París, 1969.

TOURAINE, A.: *Le mouvement de Mai ou le communisme utopique*, Seuil. París, 1968.

«Ouvriers, étudiants, un seul combat», Revista *Partisans*, núm. 42, mayo-junio. París, 1968.




Estudiantes detenidos en Ciudad de México



MEXICO: SANGRE EN LA PLAZA DE LAS TRES CULTURAS

EL 2 de octubre de 1968, el ejército y la policía dispararon contra una asamblea de estudiantes mexicanos en la plaza de las Tres Culturas, de la capital del país. Fue un final sangriento, brutal e inesperado para un conflicto que se desarrollaba desde hacía tres meses. ¿Cuántos jóvenes encontraron la muerte aquella noche? El gobierno de Díaz Ordaz no dio nunca la cifra oficial, pero todo indica que fueron alrededor de 400 los caídos para siempre en ese anochecer que iba a empeñar por mucho tiempo la credibilidad política del régimen mexicano.

Paco Ignacio Taibo II, periodista y escritor mexicano, pasa revista a aquellas fechas, situando los acontecimientos en la coyuntura política que vivía el país.

México es un país de contradicciones y contrastes. Su Constitución data de 1917 y fue la primera del mundo (anterior a la soviética) que recogió principios tales como las nacionalizaciones. El partido gubernamental, que tiene la receta mágica, envidiada por cualquier régimen, de ganar siempre las elecciones, se llama Partido Revolucionario Institucional (PRI) y se dice de ideología socialista. La renta nacional está repartida muy desigualmente entre los 63 millones de mexicanos, de forma que la mitad de la población sólo recibe el 13 por 100 de los ingresos totales, mientras que un 10 por 100 de privilegiados obtiene el 50 por 100 del total. Muchas de estas contradicciones cimentaron la revuelta estudiantil del verano de 1968. Un verano sangriento que golpeó en la conciencia de todos los mexicanos.

El juicio

El líder del partido gubernamental, una vez elegido presidente, goza de amplísimos poderes, que casi pueden calificarse de dictatoriales, durante seis años de mandato. Tiene a su disposición los enormes recursos del Estado y toda una amplísima red caciquil a su servicio. Y, sin embargo, en un continente demasiado acostumbrado al sable militar, la experiencia del PRI ha permitido a los mexicanos unos techos de libertad notables.

El movimiento estudiantil de 1968 no fue uno de esos procesos que se incuban en medio de grandes tempestades sociales, en los que las fuerzas se van desplegando, midiéndose y chocando entre sí antes de producirse la movilización definitiva, el gran encuentro entre los estudiantes y el poder. Es cierto: durante los primeros meses del año 1968 se habían producido a lo largo del mundo varios movimientos de revuelta en los que los estudiantes habían desempeñado un papel determinante, pero las condiciones sociales mexicanas hacían que esta influencia apenas causara mella entre los militantes de unas reducidísimas organizaciones de izquierda, que contaban a lo más, en el movimiento estudiantil mexicano, con un par de millares de afiliados. Aunque en el año anterior se había declarado una huelga en las escuelas normales rurales (escuelas de formación de maestros de enseñanza básica en zonas agrarias) que había sido secundada por tres o cuatro escuelas del Instituto Politécnico Nacional (universidad de enseñanza de carreras técnicas y científicas que contaba con unos 70.000 alumnos), y en la universidad había un pequeño foco de escuelas de izquierda que desde el inicio del curso se habían movilizado en torno a la solidaridad con la guerra de Vietnam y en apoyo a la huelga de hambre de un preso político, el ferrocarrilero Demetrio Vallejo, que exigía su libertad tras diez años de cárcel, esto, sin duda, no era suficiente para hacer esperar a observadores exteriores e interiores que la tormenta estallaría. Por eso, el 26 de julio sorprendió a todos, incluso a los que lo vivieron.



La policía espera.

La manifestación de conmemoración del triunfo de la revolución cubana había transcurrido con tranquilidad. No más de 8.000 estudiantes y militantes de los partidos de izquierda habían recorrido el tradicional camino (aquello parecía una peregrinación: siempre los mismos, siempre las mismas consignas, siempre las mismas tensiones entre los grupos; a saber: el eterno partido comunista, los grupos maoístas, el trotskismo nacional) rumbo al monumento a Juárez, en la Alameda de la ciudad, donde se celebraría un mitin. Simultáneamente, 4.000 estudiantes del Politécnico habían desbordado a su dirección (la oficialista FNET) y se habían lanzado hacia el Palacio Nacional para exigir castigo a los funcionarios y oficiales de granaderos que habían golpeado a maestros y estudiantes de la Vocacional número cinco so pretexto de un enfrentamiento entre pandillas juveniles en la plaza de la Ciudadela.

Y, de repente, volaron los golpes de macana (el garrote de los granaderos mexicanos) y comenzó a oírse el *plop* de las bombas de gas lacrimógeno. El poder contestaba como había hecho siempre a las manifestaciones que traspasaban levemente los cauces establecidos, con la misma irracionalidad de un poder habitualmente despótico que no tenía que dar explicaciones a nadie. En las calles de Palma, los estudiantes politécnicos fueron cercados y apaleados, y luego la represión siguió hasta la Alameda y arrasó con los pacíficos izquierdistas que hablaban bien de la revolución cubana.

En la dispersión, algunos estudiantes se hicieron fuertes en el centro de la ciudad y, apoyándose en los alumnos de la Preparatoria tres que



Una de las manifestaciones que precedieron a la noche del 2 de octubre

salían de un festival, quemaron un autobús y lanzaron piedras a los granaderos. Durante las primeras horas de la noche, los choques se multiplicaron en el centro de la ciudad. Ser estudiante era suficiente para considerarse candidato a una paliza por parte de la policía.

Continuando con las sorpresas, en la noche de ese mismo viernes la policía hizo una redada en las oficinas del Comité Central del Partido Comunista, y detuvo a varios estudiantes y a paseantes ajenos al conflicto, que resultaron ser extranjeros. Medio centenar de detenidos y 30 heridos era el saldo de la sorprendente brutalidad policiaca. Se pensó entonces que esto cerraría, junto con el fin de semana, el problema, y que todo quedaría reducido a las débiles protestas y movilizaciones localizadas que la izquierda podía producir.

Pero, durante el sábado y el domingo, grupos de estudiantes que actuaban por su cuenta mantuvieron en torno a la Preparatoria tres, en el centro de la ciudad, una ofensiva violenta contra la policía, secuestrando camiones y levantando barricadas. Paralelamente, los estudiantes radicales del Politécnico celebraron una asamblea en la escuela de Economía y pidieron la desaparición de la FNET, y el secretario general del partido comunista solicitó la destitución de los jefes policiacos.

Un enigma para una investigación que aún no ha sido hecha

Casi quince años después del movimiento de 1968, los investigadores, los participantes y los interesados no han podido desentrañar el enigma de por qué el gobierno mexicano dirigido por Gustavo Díaz Ordaz desencadenó tan desproporcionada represión frente a los acontecimientos del 26 de julio, avivando con ello la hoguera. ¿Pensó el gobierno mexicano que la influencia internacional podía desencadenar en México un gran movimiento estudiantil y quería cortarlo de raíz? ¿Creyó el gobierno mexicano que los hechos del 26 encubrían una «conjura internacional»? ¿Se trataba de un enfrentamiento entre las facciones del grupo en el poder que utilizó el movimiento estudiantil como carne de cañón? ¿O simplemente era el despotismo tradicional que se había pasado un *poco* en una situación conflictiva?

El hecho es que la represión y el fin de semana de choques callejeros, limitados a un barrio de la ciudad y sin mucha trascendencia, abrió el camino de una gran movilización. México fue testigo, como Praga y París, de la capacidad de presión de los movimientos estudiantiles.

Los aparatos del Estado constituyen pequeños estados dentro del mismo, que gozan de una enorme autonomía y son casi incontrolables. La corrupción ha llegado a ser una constante de la vida mexicana, y cuando se ha intentado ponerle coto ha resultado imposible. Un ejemplo: López Portillo, elegido presidente en 1976, quiso poner orden en la policía de Ciudad de México, la capital federal, y tuvo que expulsar del cuerpo a 15.000 agentes, de una plantilla total de 33.000. La propina que todo mexicano da a la policía tiene un curioso nombre nacional: «la mordida»; en Ciudad de México, la tarifa oscila entre 20 y 100 pesos. La revuelta estudiantil fue una llamada brutalmente atendida sobre estas lacras, fruto de la burocracia y la rutina política.

Se inicia la huelga

El 28 de julio, mientras continuaban los choques en el centro de la ciudad, las escuelas superiores con mayor influencia de la izquierda fueron a la huelga. Tras ellas, algunas escuelas medias del Politécnico, que ha sufrido el mayor peso de la represión del viernes, como las vocacionales dos, cuatro, cinco y siete. Y entonces, el ejército entró en acción.

En las primeras horas de la mañana del día 30, soldados de la primera zona militar, dirigidos por el general Hernández Toledo, llegaron al centro de la ciudad, volaron con un bazuca la puerta de la Preparatoria uno y entraron con bayoneta calada. Horas más tarde, los soldados desalojaban la Vocacional número cinco. El saldo fue de varios muertos, cerca de 400 heridos y un millar de detenidos.

En política exterior, México ha mantenido siempre posturas progresistas e independientes, aunque conservando buenas relaciones con Estados Unidos, «el gran vecino del Norte» (que en el pasado se quedó con buena parte de territorio mexicano), como lo prueba el no reconocimiento del régimen franquista y el no sumarse al boicot diplomático al castrismo cubano. Interiormente, México pasa por ser el país más violento de América, sólo superado por Colombia, y todo ello dentro de un contexto donde hay más de tres millones de campesinos sin tierra y donde el Estado todavía no ha repartido 100 millones de hectáreas, como preveía la Constitución de 1917.

La huelga, mientras tanto, había adquirido vida propia. Asamblea por asamblea, las escuelas superiores de la ciudad universitaria iban votando su adhesión al movimiento, y saliendo en manifestación para informar su decisión al resto de la comunidad. Lo mismo sucedía en los dos grandes centros del Politécnico, el casco de Santo Tomás —que concentraba una docena de escuelas— y la unidad Zacatenco. Ahí, la posición de la huelga se tomaba derrotando a la FNET, que salía destruida del enfrentamiento. En un par de días habían nacido los comités coordinadores de huelga.

El último día de julio, un mitin en la explanada de la universidad, en el que intervinieron profesores y el rector, condenó el asalto militar a la Preparatoria uno y la violación de la autonomía universitaria. Mientras tanto, continuaba la represión. La policía asaltó la Escuela de Arte Dramático y mantuvo el cerco militar sobre las escuelas medias del Politécnico en el centro de la ciudad.

La manifestación del 1 de agosto

En la mañana del primer día de agosto, 100.000 estudiantes y profesores salieron en una marcha del recinto de la universidad, en el sur de Ciudad de México. Ante una barrera de tanques colocada a cuatro kilómetros de la universidad, la manifestación se desvió y volvió hasta la ciudad universitaria.

Hasta ese momento, la dirección política del conjunto del movimiento había estado en manos de la rectoría de la universidad, pero a partir de entonces la movilización masiva de estudiantes tomó en sus manos la dirección a través de un naciente instrumento: el Consejo Nacional de Huelga, al que se incorporaron tres delegados por escuela.

Ante la ofensiva estudiantil, el ejército abandonó las escuelas tomadas y comenzó el verdadero despliegue.



La represión fue muy dura con los manifestantes

Estaban en huelga casi 200.000 estudiantes (90.000 universitarios, 70.000 politécnicos, 20.000 normalistas y 20.000 más, entre estudiantes de universidades privadas, universidades de provincia y estudiantes de agricultura), y nacían las «brigadas»: grupos de 10 estudiantes que, con botes para pedir apoyo económico y panfletos, se movían por la ciudad haciendo propaganda y mítines relámpago, pintando paredes y llevando el programa del movimiento a autobuses, calles, fábricas y oficinas.

El programa de los seis puntos:

1. Libertad de los presos políticos.
2. Destitución de los generales Luis Cueto Ramírez y Raúl Mendiolea, así como del teniente coronel Armando Frías (jefe y subjefe de la policía y comandante de los granaderos), a los que se hacía responsables de la brutal represión.
3. Extinción del cuerpo de granaderos.
4. Derogación de los artículos 145 y 145 bis (delito de disolución social que permitía jurídicamente al gobierno encarcelar a la disidencia política).
5. Indemnización a las familias de los muertos y a los heridos víctimas de la agresión desde el 26 de julio en adelante.
6. Deslinde de responsabilidades de los actos de represión.

El 5 de agosto, una nueva manifestación, organizada ahora por los estudiantes del Politécnico, recorría las calles del norte de la ciudad, desde la unidad Zacatenco hasta la Escuela de Ciencias Biológicas, en el casco de Santo Tomás. Desde ese momento, la calle fue de las brigadas de propagànda estudiantiles.

Empezaron a nacer los organismos de apoyo entre los profesores de educación media y superior y una coalición de intelectuales. Finalmente, el día 13 de agosto, el Consejo Nacional de Huelga se lanzó a la toma del Zócalo de la ciudad de México, plaza sagrada de la loa oficial, centro simbólico del poder del país, lugar intocado hasta entonces por los movimientos disidentes.

Partiendo de la explanada del casco de Santo Tomás, medio millón de personas llegaron hasta el Zócalo. Entraron con antorchas en la mano, y los oradores señalaron el poder del movimiento y su reto al Estado mexicano. Ahí se decidió que el diálogo con el gobierno de México debía ser público.

Poco a poco el movimiento comenzó a lanzarse hacia las fábricas, pero fracasó. Los trabajadores del Valle de México, controlados por organizaciones sindicales «charras» (sindicatos amarillos), no entendían a estos estudiantes que pedían democracia: sus lenguajes eran lenguajes diferentes, sus mundos eran mundos distintos.

«Cruzar la frontera entre Estados Unidos y México es cambiar de civilización», afirma el prestigioso escritor mexicano Octavio Paz. Y tiene razón. El río Grande separa dos mundos: el desarrollo y el subdesarrollo, un círculo vicioso e interdependiente que se muerde a sí mismo y del que es muy difícil salir. El antropólogo norteamericano Oscar Lewis describe maravillosamente el ambiente popular y el «círculo de la pobreza mexicana» en sus libros Antropología de la pobreza *y* Los hijos de Sánchez.



Cócteles Molotov contra un autobus



Policía mexicana.

La elección presidencial en México (donde no hay posibilidad de reelección) es un rito que se repite maquinalmente cada seis años. El «tapado», o candidato oficialista del PRI, sale elegido, ya que gana en todos los distritos. Sin embargo, en los últimos comicios, celebrados a finales de 1982, sólo triunfó en 299 de los 300 distritos electorales.

Sin embargo, el movimiento se había consolidado en el seno de una amplísima clase media, hija de cincuenta años de desarrollo posrevolucionario. Padres de familia, empleados, maestros, técnicos, profesionales liberales, oficinistas, intelectuales, engrosaban las filas del movimiento como una fuerza de apoyo básico que seguía a los estudiantes en sus grandes movilizaciones.

Comenzaron a realizarse grandes festivales artísticos en las escuelas en huelga, en la ciudad florecían las pintadas y los carteles, y millares de estudiantes hacían, noche y día, propaganda en la calle a las ideas del movimiento estudiantil. El gobierno estaba a la defensiva, apoyado por la televisión y la prensa, pero aislado socialmente.

El desalojo del Zócalo

El 27 de agosto se produjo la mayor manifestación popular independiente que ha conocido la historia del México moderno.

Partiendo de la explanada del Museo de Antropología, comenzaron a salir los contingentes. Una docena de kilómetros de marcha. Más de 300.000 estudiantes, profesores y padres de familia.

Al culminar el mitin, se propuso, a través de los micrófonos, establecer una guardia permanente en el Zócalo, a la espera del informe presidencial que, como todos los años, el presidente rinde, esperando de él una respuesta a las peticiones estudiantiles.

Del Zócalo salió una manifestación de 4.000 estudiantes rumbo a la cárcel de la ciudad de México, Lecumberri, para llevar a gritos el mensaje de solidaridad de los estudiantes con los presos políticos.

La guardia que permaneció en el Zócalo no era muy numerosa: 3.000 ó 4.000 estudiantes, como mucho. A la una de la mañana salieron del Palacio Nacional tanques ligeros y aparecieron 200 patrullas policiacas que desalojaron a los estudiantes, quienes se replegaron en orden gritando consignas.

Entre las explicaciones oficiales del día siguiente se citaba que «los estudiantes habían violado la catedral y el lábaro patrio», supuestamente por haber colgado una bandera rojinegra en el asta mayor del Zócalo y haber tocado las campanas de la catedral sin permiso. Dos burdos y sorprendentes argumentos para enfrentar al movimiento estudiantil con el catolicismo nacional y el nacionalismo. Junto con esta «denuncia», el gobierno llamó a un acto de «desagravio» en la mañana del 28, que pensó integrar forzando a los empleados de los ministerios a asistir. Sin embargo, la maniobra se frustró. Los empleados públicos, cuyos hijos, en su enorme



Un diálogo difícil

México vive desde hace años en una crisis permanente. El descubrimiento de numerosos yacimientos de petróleo y gas natural, constitucionalmente de propiedad pública, no ha sido suficiente para solucionar los problemas económicos y políticos del país. En la base del subdesarrollo está la desigual relación de intercambio comercial entre los países pobres y los ricos. Alguien lo resumió claramente en una frase: «Cada vez tenemos que dar más sacos de café a cambio del mismo tractor.»

mayoría, eran estudiantes de educación media y superior, estaban muy sensibilizados por el movimiento y se produjeron brotes de rebelión durante la concentración (gritos de: «No vamos, nos llevan», o «Somos borregos de Díaz Ordaz»), que fueron capitalizados por grupos de estudiantes infiltrados. El gobierno se vio obligado a dispersar, utilizando tanques ligeros, su propio acto de desagravio. Y por primera vez apareció la violencia popular, cuando los vecinos de las calles por donde la policía perseguía a burócratas y estudiantes arrojaron botellas y basura contra soldados y fuerzas del orden. Se produjeron varios tiroteos de policías y soldados contra los manifestantes, entre los cuales hubo una docena de heridos por bala.

Grupos paramilitares, agresión en las calles

Díaz Ordaz, en su informe presidencial, fue explícito. Dijo que emplearía todos los recursos en sus manos para acabar con el movimiento estudiantil. No hubo respuesta alguna al llamamiento estudiantil al diálogo público.

Se inició una etapa de represión. Ataques a los mítines en las escuelas vocacionales, tiroteos a las brigadas callejeras, detenciones de abogados sindicalistas que pretendían tender un puente entre el movimiento estudiantil y el incipiente movimiento obrero independiente, y aparición de grupos paramilitares que ametrallaban escuelas. Las detenciones abundaron en los primeros días de septiembre. Abundaron también los mítines en los recintos escolares. Sin embargo, comenzaba a sentirse el cansancio de la huelga, que llevaba en esos momentos casi mes y medio. En estas circunstancias, el Consejo Nacional de Huelga convocó una nueva manifestación para el 13 de septiembre.

Nuevamente se concentró la multitud en el Museo de Antropología; la manifestación había sido convocada como una reunión silenciosa, de luto. Los contingentes se desplegaron por el paseo de la Reforma y marcharon en absoluto silencio. Sólo se oían los aplausos de millares de personas que habían formado espontáneamente una valla hasta el Zócalo. Nuevamente, la movilización rebasaba las 200.000 personas. El movimiento tomó un nuevo impulso. Y se iniciaron los mítines masivos en mercados y fábricas, y el movimiento se vinculó a algunas luchas populares, como la del pueblo de Topilejo. La insistencia estudiantil propició que nacieran, al calor de la propaganda, los primeros comités de lucha en algunas industrias: petróleos, electricidad, ferrocarriles, y, los más importantes, entre los profesores de primaria del distrito federal.

La conmemoración nacional del 16 de septiembre se celebró con un baile y fiesta públicos en el interior de la universidad.

Comienza la represión

Dos días después, el ejército tomó la universidad. Carros blindados y varios miles de soldados a bayoneta calada entraron en el campus universitario el 18 de septiembre, a las diez de la noche. Hay un millar y medio de detenidos, entre ellos varios de los miembros del Consejo Nacional de Huelga.





LUIS ECHEVERRIA ALVAREZ (México, D.F., 1922)

Hijo de un cajero empleado en la administración del Estado, Luis Echeverría nació en la ciudad de México el 17 de enero de 1922. En 1945 se licenció en Derecho y comenzó a ejercer la abogacía. Dos años más tarde se incorporó a la universidad de México como profesor adjunto de Teoría general del Estado.

Paralelamente había iniciado su carrera política en el Partido Revolucionario Institucional (PRI), siendo nombrado en marzo de 1946 secretario particular del general Sánchez Taboada, presidente del Comité ejecutivo en el distrito federal. En 1949 añadió a estas funciones las de director del departamento de prensa del PRI. En enero de 1945 había contraído matrimonio con María Esther Zuno, hija de un antiguo gobernador del Estado de Jalisco, con la que tuvo ocho hijos.

En noviembre de 1952 abandonó los dos puestos en el partido para hacerse cargo de la jefatura del departamento de administración del Ministerio de Marina, y dos años más tarde pasó a ocupar el puesto de oficial mayor de la secretaría del Ministerio de Educación Pública. En octubre de 1957 volvió a los órganos directivos del PRI como secretario general del Comité ejecutivo. Desde ese puesto organizó la campaña presidencial de Adolfo López Mateo. Cuando éste tomó posesión de la presidencia, nombró a Echeverría subsecretario de Gobernación.

En noviembre de 1963, Gustavo Díaz Ordaz renunció al Ministerio del Interior como candidato a la presidencia y fue sustituido por Luis Echeverría, que conservó la cartera hasta 1969. Desde este puesto siguió la política conservadora trazada por su predecesor y perdió muchas simpatías como principal responsable de la represión de los disturbios que comenzaron con las manifestaciones estudiantiles de julio de 1968 y que culminaron el 2 de octubre con la matanza de Tlatelolco, al disparar las tropas federales y la policía contra miles de manifestantes, matando a varias personas, hiriendo a centenares y deteniendo a más de 1.500.

En noviembre de 1969 fue nombrado candidato a la presidencia de la república por el PRI. Dimitió como ministro, y durante varios meses realizó una dinámica campaña que le llevó a más de 900 pueblos y ciudades a lo largo y ancho de México. El 5 de julio de 1970 fue elegido por 11.923.755 votos, frente a los 1.945.391 de su oponente de la derecha, Efraín González Morfín, del Partido de Acción Nacional.

Como presidente, Echeverría se reveló como un «humanista liberal». Con una capacidad de trabajo y una energía excepcionales, recorrió el país observando las condiciones económicas y sociales, respondiendo a las críticas y denunciando los errores del régimen en reuniones con campesinos, estudiantes, hombres de negocios... Inició algunas reformas dentro de lo que podría calificarse de democracia social, pero sus resultados fueron parcialmente anulados por un crecimiento demográfico galopante. Fomentó las inversiones públicas y estimuló el desarrollo de las industrias nacionales y del turismo. Intentó también cerrar las heridas de Tlatelolco poniendo en libertad a unas 900 personas que continuaban detenidas, y consiguió incorporar a sus filas a una parte de los intelectuales, que pasaron a prestar servicios en la Administración pública.

En política exterior terminó con el tradicional aislamiento de México, visitó más de 50 países, acogió a estadistas extranjeros tan diversos como la reina de Inglaterra, el mariscal Tito o Salvador Allende, y se reveló como un infatigable defensor de los intereses latinoamericanos y del Tercer Mundo.



Ante la noticia, la asamblea de estudiantes de Chapingo abandonó la escuela para reorganizarse clandestinamente. Al día siguiente se celebraron centenares de mítines en la ciudad, la policía chocó con los estudiantes y creció el número de detenciones en las casas.

Al cabo de una semana, los choques violentos se habían multiplicado, sobre todo en los alrededores de las escuelas politécnicas que aún no habían sido ocupadas por la policía. Una parte del movimiento, gracias a la organización de brigadas, seguía activa. Muchas máquinas de impresión habían sido sacadas de las escuelas y funcionaban en las casas; en torno a ellas se reorganizaban los grupos de propaganda. Los estudiantes respondían a las agresiones policiacas con piedras y bombas «Molotov».

El día 22 se celebró un mitin en la plaza de las Tres Culturas contra el que no intervino el ejército. Una parte del Consejo Nacional de Huelga se reorganizó y celebró una sesión en Zacatenco. El día 24 el ejército tomó las instalaciones del casco de Santo Tomás. En algunos lugares, los estudiantes respondieron con fuego de pistola al tiroteo policiaco. Durante seis horas se combatió en los alrededores del casco. A las once y media de la noche, los granaderos se apoderaron de las instalaciones y detuvieron a medio millar de estudiantes, a los que golpearon brutalmente. Varios de ellos resultaron muertos. Durante la noche el ejército tomó las instalaciones de Zacatenco. Los estudiantes ya no tenían una base de apoyo, un punto de reunión. Sin embargo, durante toda la semana siguieron las brigadas actuando, miles de propagandistas continuaron celebrando mítines relámpago por toda la ciudad.

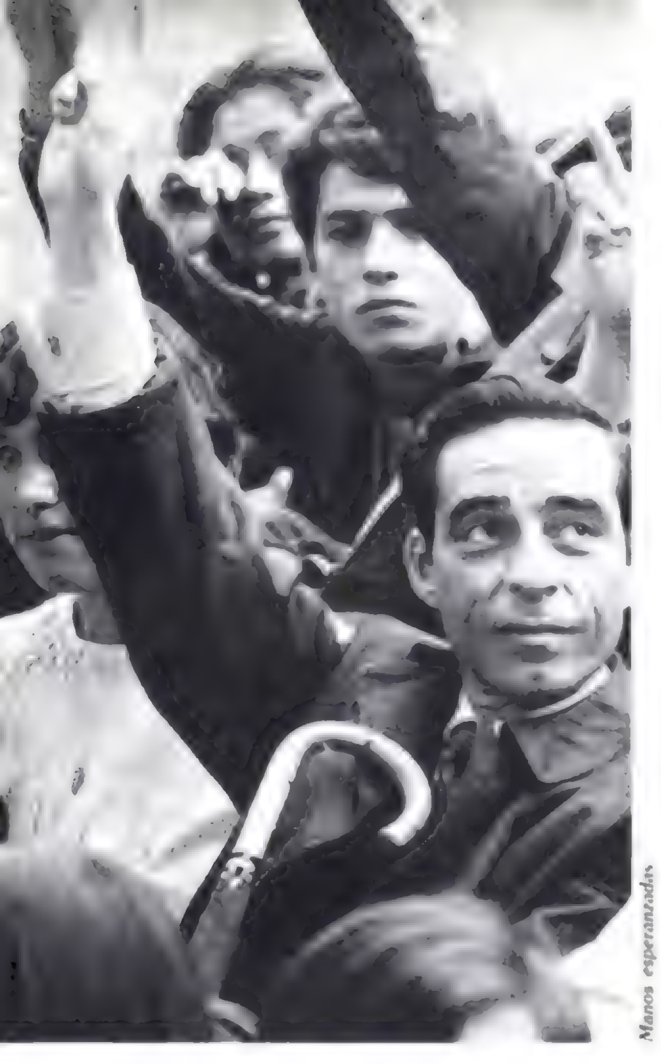
La matanza

El 27 de septiembre, el Consejo Nacional de Huelga (clandestino) llamó a un nuevo mitin en Tlatelolco, al que asistieron 5.000 estudiantes. Se convocó entonces a una nueva movilización para el 2 de octubre. El movimiento, a pesar de los millares de detenidos y de las escuelas ocupadas, se sostenía con las brigadas y la existencia del Consejo Nacional de Huelga.

Los estudiantes se reunían por escuelas en grupos de un centenar, encubriendo sus reuniones con los más extraños pretextos: un bautizo en un sanatorio, un velorio en un cementerio, una fiesta falsa, un encuentro accidental en un museo, un partido de fútbol en un llano. Las brigadas continuaban actuando.

Llegó el 2 de octubre. Se habían concentrado en la plaza de las Tres Culturas cerca de 6.000 estudiantes. El mitin se inició con calma; había cierta tensión, pero se esperaba que no se pro-




Manos esperanzadas

dujera ninguna represión. Se hizo un llamamiento al ejército para que desalojara las instalaciones del casco de Santo Tomás. Dos bengalas cruzaron el aire. Esa fue la señal de la matanza. Durante cuatro horas, soldados y policías dispararon contra la multitud. Desde el edificio Chihuahua, donde se había instalado la tribuna, salían disparos hechos por miembros del parapolicial batallón Olimpia. Los soldados comenzaron a invadir la plaza y a disparar contra el edificio y la multitud, que corría sin poder huir. El caos, la confusión y los cuerpos que caían. Centenares de detenciones, golpes, torturas, asesinato a mansalva de estudiantes. Nunca se conocerá el número de muertos. Se dice que durante la noche se llevaron cadáveres al aeropuerto, y que fueron arrojados al golfo de México desde un avión militar. Se habló de 400 muertos y un millar de heridos y lesionados. Las cárceles de la ciudad de México y el Campo Militar número uno se llenaron. Allí se torturó a los dirigentes del Consejo Nacional de Huelga detenidos.

El gobierno inventó una conjura internacional. Declaró que francotiradores estudiantiles dispararon contra los soldados.

El movimiento se desmoronó ante la represión. Los restos del Consejo Nacional de Huelga aceptaron una tregua con el gobierno, que duró el lapso de celebración de las olimpiadas.

El final de una larga lucha

A últimos de octubre, el gobierno devolvió las escuelas a los estudiantes, pensando que éstos levantarían la huelga. No fue así. Asamblea por asamblea, se votó por continuar el movimiento. Se celebraron mítines en la universidad y en el casco de Santo Tomás, con una reducida asistencia (10.000 estudiantes). La represión mermó el movimiento, pero aún no lo había derrotado.

Continuaron las detenciones. La actuación de las brigadas en las calles se hizo casi imposible. La policía disparaba contra los que veía repartiendo propaganda.

A fines de noviembre, el Consejo Nacional de Huelga, recogiendo la voluntad de varias asambleas, hizo un primer llamado al regreso a clase. Catorce escuelas se sostuvieron hasta el 4 de diciembre. Ese día terminó la huelga estudiantil.

Hubo centenares de estudiantes presos a los que se les montaron procesos fraudulentos y tuvieron que esperar hasta 1971 por una amnistía para ser liberados. Una generación entera de estudiantes mexicanos vivió intensamente ciento veintitrés días de huelga, nació como generación, produjo un serio resquebrajamiento en el sistema mexicano de gobernar. Volvió a poner a la orden del día la palabra democracia.

P. I. T.

Una testigo de excepción de la matanza de la plaza de las Tres Culturas fue la famosa periodista italiana Oriana Fallaci, que incluso resultó herida por los disparos del ejército y los grupos parapoliciales mexicanos. En su libro Nada y así sea, *la prestigiosa reportera cuenta sus experiencias personales en la guerra de Vietnam y durante los sucesos de Tlatelolco y el movimiento estudiantil mexicano.*


Tanquetas en México D.F.


280
270
2

1968

LA XIX Olimpiada de los tiempos modernos se celebró en la ciudad de México del 12 al 27 de octubre de 1968 y pasó a la historia del deporte como la competición en que más récords se batieron hasta aquella fecha: 17 mundiales, 29 olímpicos y 58 nacionales. La televisión transmitió a más de 1.000 millones de espectadores el desarrollo de los juegos, que pudieron celebrarse por encima de problemas deportivos, políticos, sanitarios y raciales, mostrando al mundo el colorido y la simpatía de la forma de ser hispana.

José Ramón Ariño, periodista, resume los resultados deportivos de los juegos y el tenso ambiente que precedió a su inauguración.

LA OLIMPIADA DE MEXICO



Las ceremonias de inauguración y clausura de los Juegos Olímpicos, con todos los miles de atletas vistiendo sus uniformes nacionales, constituyen cuadros bellísimos y de una policromía sin límites. Los mariachis mexicanos supieron contagiar la alegría hispana a todos los participantes, que en la clausura se abrazaron y arrojaron al aire todo tipo de gorros y sombreros, intercambiándoselos fraternalmente, como plasmación plástica de lo que el espíritu olímpico significa, por encima de razas, nacionalidades e ideologías. Claro que eso no fue todo, como se encargó de demostrar el Black Power.



Bob Beamon

Los récords de saltos fueron los más espectaculares de todas las especialidades olímpicas durante el desarrollo de los Juegos de México. La altura de la capital federal favoreció a todos aquellos deportes en los que el esfuerzo era inferior a dos minutos, ya que el aire, aunque tiene menos oxígeno, es más ligero y ofrece menos resistencia al avance o al salto. Sin embargo, en todas las pruebas de resistencia, el bajo nivel de oxígeno del aire hace el esfuerzo más penoso para los atletas, de forma que de 5.000 metros en adelante no pudo superarse ninguna de las marcas anteriores.

Deporte a más de 2.000 metros

Cuando el 12 de octubre de 1968, Fiesta de la Hispanidad, se celebró la jornada inaugural de la XIX Olimpiada, muchos deportistas de todo el mundo respiraron aliviados, ya que se habían suscitado tantos problemas que parecía que los juegos iban a suspenderse. Tras superar un largo debate respecto a la altitud de la capital mexicana (2.277 metros sobre el nivel del mar) y su influencia sobre los atletas, así como numerosos problemas de organización, estalló el escándalo al decidir el Comité Olímpico Internacional (COI) admitir a Sudáfrica en la Olimpiada. Numerosos países del Tercer Mundo, apoyados por todos los del bloque socialista, amenazaron con no enviar sus atletas a México si no se mantenía la prohibición de que participara en las competiciones un país donde se discriminaba a los negros. Sudáfrica no fue admitida, y curiosamente la Olimpiada de México registró un sorprendente triunfo de los atletas de color, conquistando medallas 45 de ellos. Fue la revelación de numerosos países africanos que habían pasado en poco tiempo de las danzas tribales a las competiciones deportivas modernas.

El «Black Power» sube al podio

Pero los triunfos negros alcanzaron también a los norteamericanos, que obtuvieron el primero y el tercer puesto en los 200 metros. Tommie Smith y John Carlos subieron al podio a recoger sus trofeos y mientras sonaba el himno estadounidense levantaron sus puños enguantados de negro, manteniendo baja la mirada. Sus compa-

triotas Lee Evans, James y Ron Freeman, también de color, ganadores de las medallas de oro, plata y bronce, respectivamente, en los 400 metros y de la de oro, junto a Matthews, en la carrera de relevos 4 × 400, volvieron a hacer el mismo gesto de protesta a la hora de recoger sus trofeos. Aparte de batir los récords mundial, olímpico y americano, los seguidores del *Black Power* (Poder Negro) se tomaban su revancha y denunciaban ante el mundo «la hipocresía de una patria sólo para blancos». No hay que olvidar que entonces las calles norteamericanas registraban numerosos disturbios raciales y el movimiento antirracista luchaba por la igualdad de derechos civiles y contra la guerra de Vietnam. El campeón del mundo de los pesos pesados, Mohamed Alí-Cassius Clay, perdió su título por negarse a ir a la guerra, afirmando que «ningún vietcong me ha hecho nada» y recordando que cuando en la Olimpiada de Roma (1960) conquistó la medalla de oro de los grandes pesos para Estados Unidos, no pudo celebrar la victoria al regresar a Louisville, su ciudad natal, porque fue expulsado de un restaurante «sólo para blancos». Clay, indignado, cuenta en su libro de memorias *El más grande* cómo inmediatamente arrojó su medalla al río Mississippi.

No fue éste, sin embargo, el aspecto extradeportivo que más llamó la atención en estos juegos, que se vieron precedidos por la matanza de estudiantes en la plaza de las Tres Culturas de la capital azteca. Una vez conocida la noticia, el ambiente se hizo tan sombrío que nadie confiaba en que las olimpiadas pudieran inaugurarse sólo diez días después de la dolorosa extralimitación del ejército mexicano. Y, sin embargo, así ocurrió.

En el desfile inaugural participaron 6.059 atletas de 112 países que iban a competir en 18 deportes (el judo, que había sido deporte olímpico en Tokio, en 1964, dejó de serlo esta vez) y la ceremonia resultó un éxito. México renunció al derecho que tenía como país anfitrión a tocar su himno, y los atletas desfilaron con la música del *Himno a la alegría*, de Beethoven. La atleta mexicana «Queta» Sánchez fue la portadora de la antorcha olímpica y la que encendió el fuego sagrado en el gran Estadio Azteca, decorado con mosaicos de Diego Rivera.

Un récord increíble: 8,90 metros en salto de longitud

En la Olimpiada de México destacó el colorido, la buena organización y la simpatía de los habitantes de la ciudad de México (3.100.000) y del Distrito Federal, donde está enclavada la urbe (8.500.000). Los deportes náuticos tuvieron como escenario la bellísima bahía de Acapulco, en la costa oeste del país. La altitud de la ciudad de México favoreció a todos aquellos deportes que precisan de un esfuerzo rápido y poco sostenido (saltos, carreras cortas) y perjudicó a los de resistencia. De los 17 récords mundiales y 29 olímpicos que fueron batidos, todavía hay uno que permanece sin superar hoy día: los 8,90 metros que saltó en longitud el norteamericano de color Robert Beamon. La marca anterior estaba en 8,35 metros y el propio Beamon sólo había llegado a saltar 8,33 metros hasta que en la desapacible tarde de la final de saltos mexicana realizó un «vuelo perfecto» (rápido *sprint*,



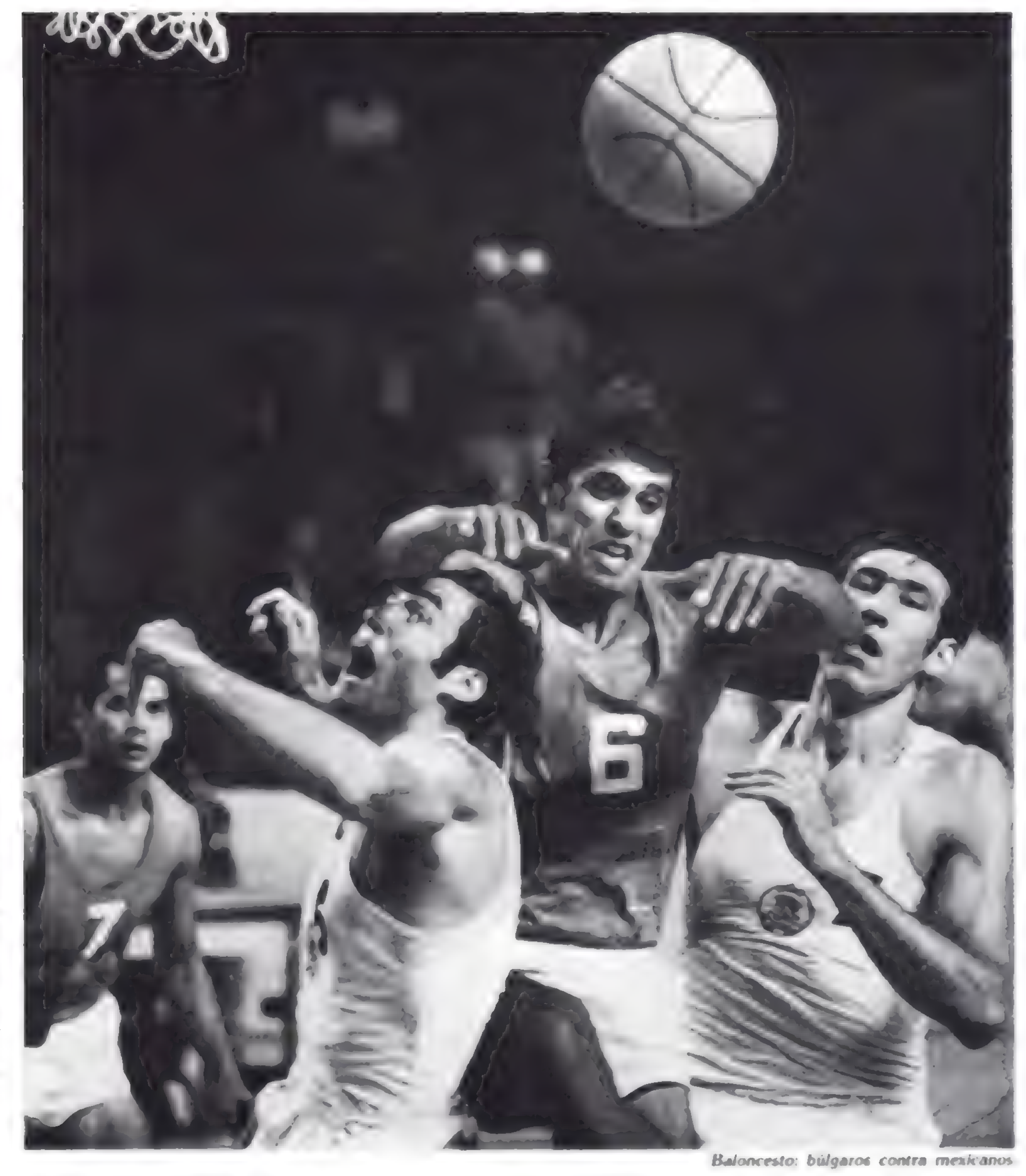
Tommie Smith bate el récord mundial en 200 metros.

La idea de que el deporte se mantenga por encima de las diferencias políticas internacionales no ha podido cumplirse, lamentablemente, en multitud de ocasiones. En México salieron a la luz los problemas del racismo y la discriminación. En la siguiente olimpiada (Munich, 1972), un comando palestino atacó la sede olímpica de la delegación de atletas israelíes y manchó de sangre los juegos. Estados Unidos y otros países del área occidental boicotearon las olimpiadas de Moscú en 1980, alegando que el gobierno soviético no respetaba los derechos humanos. Una lamentable pero auténtica realidad.

gran precisión, bote potentísimo, enérgica tijera en el aire y portentoso golpe de riñones hacia delante en el momento de la caída), quizá favorecido por una racha de viento, y dejó asombrados a todos, al superar en 55 centímetros el récord anterior, establecido por su compatriota Ralph Boston. Los negros se imponían una vez más.

Un nuevo estilo en salto de altura: Fosbury

Otro espectáculo de los Juegos de México fue la competición de salto de altura. El uso de pistas de tartán mejoró los botes de los saltadores, y la gomaespuma del foso permitió al rubio estudiante norteamericano Mike Fosbury saltar de espaldas al listón, caer sin romperse la columna vertebral y batir el récord mundial de Brumel y Thomas (2,18 metros), colocándolo en 2,24 metros. La espectacularidad y la novedad del «estilo Fosbury» hicieron que los que presenciaban los saltos casi no prestaran atención a la llegada al Estadio Azteca del vencedor de la durísima prueba del maratón (a 2.277 metros de altitud), el atleta etíope Mamo Wolde (también de color), que sacó más de tres minutos al japonés Kimihara y al australiano Jim Ryun, dejando en la cuneta a su compatriota Abebe Bikila, ex campeón maratoniano, que tuvo que retirarse a mitad de la carrera. Wolde, tras recorrer los 42 kilómetros y 195 metros de la prueba en 2 ho-



Baloncesto: búlgaros contra mexicanos

Los cinco aros olímpicos, con sus cinco colores (azul, amarillo, negro, verde, rojo), están entrelazados y significan la unión deportiva en limpia competición de los cinco continentes, por encima de razas, ideologías y colores. Todos los atletas deben ser no profesionales y prometer respetar las reglas olímpicas «en auténtico espíritu de la deportividad, para la gloria del deporte y el honor de nuestros equipos», tal y como finaliza el llamado juramento olímpico. Luego, los hechos pueden transitar por caminos algo distintos.

1968

La Olimpiada de México

Los juegos olímpicos nacieron en la ciudad griega de Olimpia en el año 776 antes de Cristo como una especie de festival religioso-deportivo entre las diferentes ciudades-estado helenas, y que a la vez servía como calendario, ya que se celebraban regularmente cada cuatro años. La llama olímpica era el «fuego sagrado» que unificaba a los participantes, quienes al principio sólo competían en carreras alrededor del «estadio» y recitaban poemas. En la era moderna volvieron a celebrarse juegos olímpicos, a partir de 1896 (Atenas) cada cuatro años, con las excepciones de 1916, 1940 y 1944.



Hockey sobre hierba españoles en acción

ras, 20 minutos, 26 segundos y 4 décimas, todavía dio un par de vueltas más al estadio, demostrando que la altura no era problema para un atleta bien entrenado en carreras de fondo.

Otros deportes

En los lanzamientos destacó el blanco norteamericano Al Oerter, que lanzó el disco a 64,78 metros de distancia y revalidó por cuarta vez consecutiva su título olímpico (Melbourne, 1956; Roma, 1960; Tokio, 1964; México, 1968), hazaña nunca lograda por otro deportista. En México fue la primera vez que las atletas femeninas, especialmente las lanzadoras, tuvieron que pasar controles médicos para comprobar efectivamente su sexo. También se establecieron férreos controles antidroga.

En natación masculina, el norteamericano Mark Spitz, que había anunciado que ganaría seis medallas de oro, tuvo que conformarse con dos (en los relevos 4 × 100 y 4 × 200) y esperar a la Olimpiada de Munich (1972) para obtener siete de oro. En natación femenina, las norteamericanas arrasaron. La española Mari Paz Corominas se clasificó en séptimo lugar en 200 metros espalda, con un tiempo de 3 minutos, 33 segundos y 9 décimas. El nadador Santiago Esteva, en 200 espalda masculino, se clasificó en quinto lugar y dejó el récord español en 2 minutos, 12 segundos y 9 décimas. El mexicano Felipe Muñoz ganó la primera medalla de oro de la natación azteca en los 200 metros braza.

En gimnasia, el monopolio de la Unión Soviética fue roto en la categoría masculina por el japonés Sawao Kato (oro) y Nakayama (bronce), que también vencieron por equipos. En gimnasia femenina ganó la checoslovaca Vera Caslavska, que hizo sus ejercicios al son de *La cucaracha* y *Allá en el Rancho Grande,* lo que le granjeó las simpatías del público mexicano. Durante los juegos contrajo matrimonio con su compatriota Josef Odlozil, atleta semifondista. Cuando la checa venció a las soviéticas Voronina (plata) y Kutchinskaia (bronce), que sin embargo ganaron por equipos, el público aplaudió enfervorizado: todavía estaba reciente la invasión de Checoslovaquia por los tanques soviéticos para aplastar la Primavera de Praga. Pero alguien dijo en voz alta: «En Praga no hubo muertos como en Tlatelolco.» La realidad es que también los hubo, aunque no tantos. En boxeo de pesos pesados, el negro norteamericano Foreman ganó al soviético Chapulis, en un bonito combate.

En los deportes por equipos revistieron especial brillantez los partidos de voleibol (URSS, oro; Japón, plata; Checoslovaquia, bronce) y asombraron los japoneses en casi todas las especialidades, obteniendo también medalla de plata en fútbol. En este deporte, España hizo un modesto papel, siendo eliminada en los cuartos de final por México, y una representación mala en el resto. Los estadounidenses revalidaron su título olímpico de baloncesto, y los yugoslavos vencieron a los soviéticos. En hockey, Australia eliminó a la India pero sucumbió frente a Pakistán. Atletas de países jóvenes, sin tradición deportiva, como Kenia, Etiopía, Mongolia, Japón y el propio México, pudieron subir a los podios.

J. R. A.

Política internacional

Alexander Dubcěk es nombrado primer secretario del partido comunista checoslovaco.
El buque americano Pueblo *es capturado en el mar del Japón por los norcoreanos. La tripulación será liberada en las vísperas de Navidad.*
Estallan en Francia los disturbios estudiantiles que luego serán conocidos como el «Mayo del 68».
El senador Robert Kennedy es herido mortalmente por el árabe Sirhan Sirhan después de una reunión electoral en Los Angeles.
Dimite el gobierno boliviano. Será reemplazado por una junta militar.
Son nombrados candidatos a presidente de Estados Unidos Richard Nixon, por el partido republicano, y Hubert Humphrey, por el partido demócrata. Resultará vencedor el primero, aunque la mayoría en el Senado y en la Cámara de Representantes será para los demócratas.
Checoslovaquia es invadida el 20 de agosto por tropas soviéticas y del Pacto de Varsovia. Los dirigentes del partido comunista checo son arrestados. Grandes protestas mundiales por la agresión.
Muere el doctor Oliveira Salazar, presidente de Portugal. Le sustituye Marcelo Caetano.
Rafael Caldera, elegido presidente de Venezuela.
En vísperas de la apertura de los Juegos Olímpicos de México se producen sangrientos enfrentamientos en la capital entre estudiantes y policías. No se consigue establecer el número exacto de muertos, que fluctúa entre los 18 que da el gobierno y los más de 400 que denuncian algunos periodistas.
Asesinato de Martín Lutero King en Memphis (Estados Unidos).
Guinea Ecuatorial proclama oficialmente su independencia.
Comienza la escalada terrorista en el Ulster (Irlanda del Norte).

Sociedad

Nace el infante don Felipe de Borbón.
La encíclica Humanae vitae, *publicada en Roma, condena los métodos artificiales de contraconcepción y el aborto.*
Boda entre Jacqueline Kennedy y Aristóteles Onassis.
El hambre se apodera de Biafra. Trescientos mil muertos a la semana.
René Cassin, premio Nobel de la Paz.

Economía

En Bruselas se adopta el Plan Mansholt, de modernización de la agricultura europea.
Se inician las conversaciones para la entrada de España en el Mercado Común.

Ciencia y tecnología

Los médicos de la universidad de Wisconsin (Estados Unidos) finalizan satisfactoriamente un injerto de médula en un bebé de siete meses.
Un equipo de radioastrónomos del observatorio de Cambridge descubre una nueva clase de estrellas, las pulsares.

Sucesos

El primer hombre del espacio, Yuri Gagarin, muere en accidente de aviación cerca de Moscú.
Asesinato del jefe de policía Melitón Manzanas por ETA. Decretado el estado de excepción en Guipúzcoa.
En Brasil se descubre que el Servicio de Protección de los Indios está exterminando las tribus que debía censar para protegerlas.
Por primera vez, un blanco es condenado a muerte por el asesinato de un negro en Carolina del Sur (Estados Unidos).
Dos búlgaros piden asilo político en Suecia, después de haber atravesado Yugoslavia, Checoslovaquia y



George Dunning: Yellow Submarine

Alemania del Este en un falso fondo de un vagón de tren.

Deportes

En México se celebran los Juegos Olímpicos, con la exclusión de la República de Sudáfrica.
Pedro Rodríguez y Lucien Bianchi ganan Las 24 Horas de Le Mans. El título de campeón del mundo de automovilismo lo obtiene Graham Hill.
Fosbury (Estados Unidos) bate el récord de salto de altura (2,24 metros), implantando un nuevo estilo.
Muerte del corredor automovilístico escocés Jim Clark en una prueba de fórmula II cerca de Stuttgart. Meses después también fallecerá Jo Schlesser, en el curso de una carrera, en Rouen.

Literatura

Yasunari Kawabata: premio Nobel.
Roger Peyrefitte: Los americanos.
John Updike: Parejas.
Alexander Solzhenitsyn: El primer círculo *y* Pabellón de cancerosos.
Desmond Morris: El mono desnudo.
Gore Vidal: Myra Breckenridge.
Mueren Salvatore Quasimodo, Giovanni Guareschi, John Steinbeck y León Felipe.

Cine

Sergio Leone: El bueno, el feo y el malo.
Franklin J. Schaffner: El planeta de los simios.
Franco Zeffirelli: Romeo y Julieta.
Román Polanski: La semilla del diablo.
Stanley Kubrick: 2001, una odisea del espacio.
Walt Disney: El libro de la selva.
Oscars de Hollywood a Katharine Hepburn por Un león en invierno, *a Barbra Streisand por* Funny Girl *y a Cliff Robertson por* Charly.

Teatro

Estreno en Broadway de la comedia musical-rock Hair.

Música

Luigi Dallapiccola: Odysseus.
Harrison Birtwistle: Nomos.
María Callas y Mario del Mónaco forman una compañía de ópera.

Pintura y escultura

Wolf Vostell: Miss Amerika.
Robert Morris, escultura blanda (sin título).

Arquitectura

L. Mies van der Rohe: Galería Nacional, *Berlín.*



Francis Bacon: Portrait of George Dyer in a Mirror



Hambre en Biafra

EL HOMBRE LLEGA A LA LUNA

EN una superficie de rocas y cráteres totalmente embargada por el silencio cósmico, a 386.000 kilómetros de la Tierra, existe un modesto recuerdo de uno de los mayores logros de la historia. Es una pequeña placa metálica sujeta a una de las extremidades del vehículo lunar que alcanzó por vez primera el único satélite terrestre con dos hombres a bordo. Sobre el dibujo de un mapa del mundo está grabada esta inscripción en el idioma inglés: «Aquí pusieron el pie por vez primera los hombres del planeta Tierra. Julio de 1969



Aldrin en la Luna

Con la llegada del primer astronauta al suelo lunar, la humanidad dio real y simbólicamente un gran salto. Los sueños de muchos hombres anteriores a nuestro siglo se habían hecho realidad, y nuestra especie podía viajar por el espacio, el cosmos enigmático y quizás infinito, y llegar a alguna parte. El conjunto de conocimientos científico-técnicos acumulados a lo largo de la historia humana no había servido para erradicar el hambre y la miseria de la Tierra, pero colocaba a un homo sapiens en la Luna.



después de Cristo. Llegamos en paz en nombre de toda la humanidad.»

Los dos visitantes de aquella histórica gesta, que llevó el nombre de Apolo 11, acababan de poner punto final a ocho años de esfuerzos desde que el presidente Kennedy, acuciado por el triunfo soviético del lanzamiento del primer satélite artificial al espacio —el Sputnik, 4 de octubre de 1957—, prometió a la nación americana, en mayo de 1961, que Estados Unidos enviaría un vuelo tripulado a la Luna «antes de que finalice la década actual».

Con la llegada a la Luna se cumplía la ¿intuición?, ¿profecía? del poeta Ovidio (siglo I), que escribió en su Metamorfosis: «... Después nació el hombre...; todos los animales van con la cabeza baja y miran al suelo, pero (los dioses) dieron al hombre un rostro levantado y le ordenaron que estuviera erecto y que elevara sus ojos al cielo...» Las posibilidades económicas industriales, científicas, culturales y militares de la aventura son tan grandes que incluso producen vértigo. ¿Sabremos utilizarlas?

El reto de Kennedy pudo cumplirse antes de que finalizara la década de los sesenta, y los norteamericanos adelantaron a los soviéticos en la carrera espacial, iniciada por éstos en 1957. Ambas superpotencias invirtieron en la misma unos recursos que en 1977 fueron estimados por la NASA en 95 billones de dólares por Estados Unidos, frente a 150 billones de dólares por la Unión Soviética. Hasta esa fecha, los rusos efectuaron 970 lanzamientos, frente a 766 los norteamericanos.



Cabo Kennedy

«Houston, aquí Mar de la Tranquilidad»

Aquel primer viaje del hombre a la Luna, iniciado el 16 de julio de 1969 desde Cabo Kennedy, en Florida, a bordo de un cohete de propulsión llamado *Saturno 5* —en el que se albergaba la nave de mando *Columbia* y el módulo lunar *Aguila*—, cerraba un largo capítulo de fantasías, especulaciones y sueños que había durado muchos siglos. Pero representó también el comienzo de una nueva era de exploraciones espaciales y de avances tecnológicos y aeronáuticos sin precedentes. El pequeño vehículo *Aguila* alunizó en el satélite terrestre, en un lugar llamado Mar de la Tranquilidad, a las 4.18 de la tarde (hora de Cabo Kennedy) del domingo 20 de julio. El comandante del vuelo, Neil Armstrong, descendería, seis horas más tarde, sobre las arenas y piedras que nadie había pisado en miles de millones de años. Edwin Aldrin, piloto del módulo, le seguiría minutos después, mientras el capitán de la nave-nodriza *Columbia* les esperaba a una distancia de unos 100 kilómetros realizando órbitas continuas alrededor de la Luna, en preparación del vuelo de regreso a la Tierra. El amerizaje en nuestro planeta se efectuaría el 24 de julio, al oeste de las islas Hawai, después de un vuelo de ocho días, tres horas y diecinueve minutos de duración.

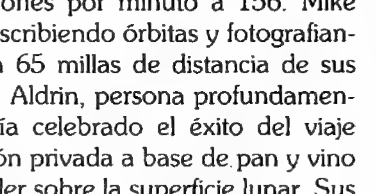
Los dos visitantes, Armstrong y Aldrin, permanecieron en la Luna menos de un día explorando su superficie, recogiendo rocas y colocando una serie de instrumentos científicos y fotográficos. El propio Armstrong describiría así aquella jornada histórica: «Todo estaba listo; los proyectos Gemini y Mercury habían sido un éxito; los siete años de pruebas con el proyecto Apolo fueron minuciosamente agotados después del esfuerzo de más de 300.000 hombres y de un gasto que superó los 25.000 millones de dólares. Seis viajes preparatorios del programa Apolo nos habían ofrecido las máximas garantías de seguridad y éxito. La planificación, las pruebas, los análisis, el entrenamiento habían quedado atrás. Estábamos frente al momento de la verdad. Teníamos gran confianza tanto en nuestras máquinas y cohetes como en el módulo de mando y en el módulo lunar. Sólo quedaba por probar el descenso sobre la Luna y, naturalmente, la exploración de aquella superficie desconocida... El *Apolo 11* despegó con toda perfección, y los tres ocupantes nos encontrábamos llenos de optimismo y de confianza. Tres horas después abandonábamos la zona de gravedad de la Tierra y nos empezamos a acercar a la Luna. En el quinto día de la misión, la nave *Columbia* alcanzaba la primera órbita de la Luna, a 60 millas de distancia. Aldrin y yo nos decidimos a entrar en el módulo lunar *Aguila* para hacer la operación de desenganche de la nave principal *Columbia*. Era el 20 de julio. El descenso nos llevaría dos horas, después de controlarlo con repetidos movimientos y encendidos de los motores. A las 4.18 de la tarde yo mismo rompí la tensión de tantas horas y comunicaba a la Tierra: "Houston, aquí Mar de la Tranquilidad. El *Aguila* ha alunizado".»

Seis horas después, el mismo Armstrong aparecería por la puerta del *Aguila* y descendería a la superficie lunar ayudado por una escalerilla de tres metros. Eran las once de la noche en América cuando el primer explorador de la Tie-

rra en la Luna pronunciaría las célebres palabras: «Este es un pequeño paso para un hombre, pero es un gran salto para la humanidad.» Cientos de millones de seres humanos en todos los rincones de la Tierra contemplaron aquel momento único en el que un hombre de treinta y ocho años, nacido en un pueblecito de 6.000 habitantes, en Ohio, daba su primer paso en una superficie estable fuera de nuestro planeta Tierra. Aldrin le seguiría quince minutos después, y las cámaras de televisión ofrecerían sin pausa a todo el mundo aquel espectáculo de unos seres vestidos con trajes cósmicos danzando a saltos sobre las grises ondulaciones de la Luna, realizando experimentos, hablando con alegría a los miles de científicos y técnicos en el Centro de Control de Houston. La excitación se extendió por todo el mundo ante la odisea más grande desde el descubrimiento de América en 1492. Para Estados Unidos la saga del *Apolo 11* representó la culminación gloriosa de una década turbulenta marcada por la guerra de Vietnam, los asesinatos de un presidente y de su hermano, que aspiraba también al mismo cargo, la muerte violenta del líder de los derechos civiles Martín Lutero King, el caos interno y los experimentos *hippies* de la contracultura, las revueltas raciales... Era el final feliz de una era violenta.

Tres yanquis en la Luna

El mundo entero se detuvo en aquellos minutos gloriosos del domingo 20 de julio de 1969. El pulso de Neil Armstrong subió repentinamente de 40 pulsaciones por minuto a 156. Mike Collins seguía describiendo órbitas y fotografiando la aventura a 65 millas de distancia de sus dos compañeros. Aldrin, persona profundamente religiosa, había celebrado el éxito del viaje con una comunión privada a base de pan y vino antes de descender sobre la superficie lunar. Sus primeras palabras fueron: «Precioso, precioso; una magnífica desolación...»



Estos eran los tres primeros exploradores: Neil Armstrong, primer ser humano que pisó la Luna, estaba a punto de cumplir treinta y nueve años. Era hijo de un contable y había nacido en Wapakoneta, Estado de Ohio. Obtuvo su licencia de piloto a los dieciséis años, antes de conseguir el permiso para conducir un automóvil. A los veintiuno realizó su primera misión de combate en la guerra de Corea, llegando a efectuar hasta 77 antes de regresar a Estados Unidos y de ingresar después en el programa espacial de la NASA. Aldrin había nacido en Montclair, Nueva Jersey; tenía la misma edad que Armstrong, era graduado por la academia militar de West Point y había llevado a cabo 66 misiones de combate en Corea para la Fuerza Aérea de Estados Unidos. Mike Collins, también de treinta y ocho años, nació en Roma mientras su padre, un general del ejército, cumplía una misión de servicio en la capital italiana. Era sobrino del general Lawton Collins, que se hizo célebre en la Segunda Guerra Mundial y más tarde sería nombrado jefe del Alto Estado Mayor. Lo mismo que sus compañeros, había participado previamente en los programas Gemini y Mercury, preparatorios de los del Apolo.

Armstrong y Aldrin, tras sus primeros paseos



La comida de los astronautas.

Para poder colocar una nave en el espacio es necesario que los cohetes impulsores le impriman una velocidad de 40.000 km/h., llamada «velocidad de fuga», capaz de vencer la fuerza de la gravedad. Para salir del sistema solar sería necesaria una «velocidad de liberación» equivalente a 58.000 km/h. Una vez en el espacio, la gravedad es tan pequeña y la resistencia aerodinámica tan escasa que las naves conservan su velocidad inicial y casi no consumen carburante. Los hombres flotan, vuelan, se hacen la ilusión de que son libres.

por la superficie, informarían que sus botas se hundían menos de medio centímetro en la seca y polvorienta capa arenosa de la Luna. Dos horas aproximadamente duraron los experimentos de recogida de piedras y rocas, fotografías y otros ensayos científicos. En total trajeron de vuelta a la Tierra 21,7 kilogramos de partículas lunares. A las 11.42 de la noche, hora de Cabo Kennedy, plantaron la bandera de los Estados Unidos y colocaron un instrumento para medir los movimientos sísmicos y luego otro para comprobar los efectos de los rayos solares. Antes habían instalado, a alguna distancia del módulo lunar, una cámara de televisión que registró para la historia aquellos momentos. Al día siguiente, después de veintiuna horas y treinta y seis minutos de permanencia en la Luna, realizaron la operación de despegue para volver a engancharse con la nave de mando, el *Columbia*. El viaje de regreso culminó con el amerizaje en el Pacífico. Para evitar cualquier contaminación se les sometió a un complicado proceso de cuarentena que duró tres semanas.

Muchas personas de edad avanzada no creen que realmente el hombre haya llegado a la Luna. Piensan que todo fue un montaje televisivo, una película de ficción para engañar a la opinión pública. Y realmente el progreso científico-técnico del hombre quizás haya ido demasiado deprisa en el presente siglo. De la fotografía y el cine se pasó a la radio; después, el transistor, la televisión, la masificación del automóvil, los circuitos y cerebros electrónicos han revolucionado las telecomunicaciones y convertido al mundo en una gran aldea común.



Un paseo lunar.

El proyecto Apolo

Durante los tres años siguientes, Estados Unidos repetiría la gesta enviando a otros 18 astronautas a la Luna. El *Apolo 12* fue lanzado el 14 de noviembre siguiendo los pasos de Armstrong, Aldrin y Collins. La navecilla lunar llegaría al Mar de las Tormentas el 19 de noviembre de 1969. Se realizaron dos paseos por la superficie del satélite y se repitieron varios experimentos, entre los que destacó un viaje de inspección de los restos del *Surveyor*, que había llegado a aquellas latitudes dos años y medio antes. Los astronautas del *Apolo 12* volvieron a la Tierra con varias piezas de esta nave y con 34 kilogramos de rocas lunares. El viaje del *Apolo 13* estuvo rodeado de riesgos y dramas tras su lanzamiento, el 11 de abril de 1970. Cuando los astronautas se encontraban a más de 200.000 millas de nuestro planeta, el módulo de servicio perdió su fuerza motriz como consecuencia de una explosión en un depósito de oxígeno, lo que obligó a abandonar parte del sistema de alunizaje y a emplear el módulo lunar como «vehículo salvavidas» para el retorno a la Tierra, que se efectuó con éxito el 17 de abril. Con el *Apolo 14* se continuó la exploración del satélite en la región Fra Mauro, lo que llevó nueve horas. Se transportaron otros 43 kilogramos de rocas. El viaje se completó con éxito el 9 de febrero de 1971. El *Apolo 15* salió de nuestro planeta el 26 de julio de 1971 y volvió el 7 de agosto después de explorar las Montañas Apeninas y de traerse como carga 77 kilogramos de rocas. El 16 de abril de 1972 se lanzaba el *Apolo 16*, que alunizó en la región Descartes. Los astronautas Young y Duke realizaron tres viajes en un vehículo espacial —el *Rover* lunar— y recorrieron 30 kilómetros, trayéndose de vuelta a la Tierra 98 kilogramos de rocas. También batieron todos los récords anteriores de permanencia sobre la superficie lunar: 71 horas y 12 minutos. La sexta y última misión humana a la Luna, el *Apolo 17*, se realizaría el 7 de diciembre de 1972 con los astronautas Eugene Cernan, Ron Evans y Harrison Schmitt, quienes permanecieron en la superficie del satélite 74 horas y 58 minutos, y tardó doce días en completarse. El retorno a la Tierra, el 17 de diciembre, coincidía curiosamente con el 69 aniversario desde que los pioneros de la aviación Wilbur y Orville Wright realizaron el primer vuelo en un avión de motor.

La carrera espacial

El sueño de un viaje a la Luna es tan viejo como la ciencia de la astronomía. Luciano de



El presidente Johnson y el vicepresidente Agnew en Cabo Kennedy

Los políticos de las grandes potencias han intentado siempre capitalizar los avances científico-técnicos (y la carrera espacial, como uno más) como triunfos políticos de sus respectivos modelos de sociedad. Estados Unidos no podía permitir, a nivel propagandístico, que los soviéticos les llevaran la delantera en la conquista del cosmos. Buena parte de los adelantos científicos en este campo (como en muchos otros) son utilizados con fines militares, teóricamente «defensivos».

Samosata, en el siglo II después de Cristo, ya escribió una obra satírica sobre tan fantástica visita. Los estudios de Galileo y de Copérnico, los libros de fantasía de Julio Verne y las novelas de H. G. Wells hicieron posible, con los avances científicos de finales de los siglos XIX y XX, que el sueño se convirtiese en una posibilidad. La tecnología desarrollada en la Segunda Guerra Mundial con los cohetes *V-2* alemanes y los estudios del ruso Tsiolkovsky, del norteamericano Goddard y del alemán Oberth facilitaron el triunfo soviético del lanzamiento al espacio del primer *Sputnik*, en 1957. Después de este logro, tanto Estados Unidos como la Unión Soviética centraron sus esfuerzos de exploración espacial en la Luna, nuestro satélite y objeto extraterrestre más cercano. En 1959, Moscú logró fotografiar la parte oculta con su nave no tripulada *Luna 3*. En los meses posteriores llegaron a posar otros vehículos similares, sin hombres a bordo, en el satélite. En septiembre de 1970, pocos meses después de la llegada de los dos primeros norteamericanos con el *Apolo 11*, la Unión Soviética colocaba sobre la superficie lunar otra nave sin tripulantes y lograba hacerla regresar a la Tierra con varias rocas y muestras de la superficie. Estados Unidos, previamente al programa Apolo con seres humanos, había realizado una lista de pruebas y viajes a través de las naves experimentales que llevaron el nombre de *Ranger*, *Surveyor* y *Lunar Orbiter*. Todos estos proyectos, lo mismo que los Geminis, lograron fotografiar con gran detalle la superficie y las zonas de posteriores alunizajes. Valentina Tereshkova se convertiría en la primera cosmonauta mundial, después del histórico vuelo de Yuri Gagarin, quien en abril de 1961 realizó la primera órbita terrestre. La carrera espacial entre los dos adversarios mundiales, Estados Unidos y la Unión Soviética, se hizo más acuciante desde que el presidente Kennedy lanzó su desafío en mayo de 1961 de llegar con hombres a la Luna antes de cerrarse la década de los años sesenta. Para 1972, después de consumado el triunfo norteamericano, Estados Unidos había alcanzado una neta ventaja en horas de vuelo espacial: 7.797 frente a las 4.404 de la Unión Soviética.

Tanto Moscú como Washington se centraron en mejorar las técnicas y las difíciles pruebas de las citas espaciales entre dos naves, lo que exigía una gran precisión entre el vehículo nodriza y la nave de alunizaje y una colocación perfecta en las órbitas, ya que si se originaba un retraso de un solo segundo en el lanzamiento, el otro vehículo podía perder el punto de cita por siete kilómetros de distancia. El ruso Aleksey Leonov sería el primer hombre que probaría flotar libremente en el espacio después de abandonar una nave, enganchado a ella con un simple cinturón de mantenimiento. Este logro se consiguió el 18 de marzo de 1965. Ese mismo año Estados Unidos repetiría la hazaña con su vuelo *Gemini 4* y el astronauta Edward White.

En abril de 1967, la Unión Soviética lanzó su más ambicioso proyecto, el *Soyuz 1*, una enorme nave que estaba destinada a realizar una cita con un segundo vehículo a tumba abierta. En el empeño perdió la vida el cosmonauta V. M. Komarov, pero en meses y años posteriores la misma misión se repitió varias veces con todo éxito.

La plataforma de lanzamientos de los satélites norteamericanos instalada en la península de Florida pasó de llamarse Cabo Cañaveral a Cabo Kennedy, a la muerte del joven e ilustre presidente de este apellido. La llegada del primer hombre a la Luna plasmó los ideales del eterno «sueño americano» y satisfizo políticamente a los dirigentes estadounidenses, obsesionados en marcar su supremacía sobre la Unión Soviética.



Cosmos es una palabra grandilocuente y confusa que puede conducirnos hacia la metafísica. Espacio es también algo demasiado amplio que no sabemos totalmente qué es, qué contiene, ni dónde empieza, ni dónde acaba. A pesar de ello se han celebrado varias conferencias internacionales sobre el tema, con el fin de evitar su utilización bélica por un mundo dividido en bloques. Y quizá se haya avanzado demasiado en este campo, descuidando otros, como ya decía el filósofo griego Anaxímenes preguntándole a Pitágoras en el año 600 antes de Cristo: «¿Por qué motivo he de ocuparme en buscar los secretos de las estrellas si tengo continuamente ante mis ojos a la muerte, la miseria y la esclavitud?»

El siguiente programa a bordo de un *Salyut*, junio de 1971, costaría la vida a otros tres cosmonautas soviéticos cuando falló el mecanismo de apertura de esta nave-laboratorio. Estados Unidos también perdió a 10 de sus pilotos espaciales en diferentes ensayos y pruebas anteriores al programa Apolo.

Gastos astronómicos

Tras la llegada a la Luna, Estados Unidos inició una era de mayor austeridad en sus presupuestos y programas espaciales. Desde el desafío lanzado por Kennedy hasta la llegada del *Apolo 11* a la Luna, la nación había gastado en este proyecto de la NASA la suma de 24.000 millones de dólares, cifra que subió a cerca de 40.000 millones cuando se completó el último viaje tripulado del *Apolo 17*. La NASA volvió sus ojos a la exploración planetaria de Marte, Júpiter y Venus, y también la Unión Soviética realizaría varios intentos por situar naves no tripuladas en Marte y Venus, lo que lograría a partir de 1967 (Venus) y de 1971 (Marte). Estados Unidos, tras el fracaso inicial de las pruebas Mariner, remató su propósito de acercarse, fotografiar y finalmente enviar dos naves a Marte, en julio y septiembre de 1976, con el claro propósito de comprobar si existía vida extraterrestre, incluso en la más primitiva de sus formas. El proyecto recibió el nombre de Vikingo, con el que Estados Unidos alcanzó la astronómica cifra de 135.000 millones de dólares en gastos espaciales desde que se fundó la NASA. Si a ello se suma una cantidad aproximadamente igual que se calcula al esfuerzo soviético y los gastos de las otras cinco potencias que han logrado enviar satélites al espacio (Francia, 21; Japón, 13; China, 12; India, 2, y Gran Bretaña, 1), la exploración e investigación cósmica, tanto en el terreno científico como en el económico y militar, ha costado al mundo hasta finales de 1982 un total que se acerca a los dos billones de dólares.

En el momento álgido, Estados Unidos llegó a emplear hasta 600.000 personas en todos sus programas. Desde que se inauguró la era espacial con el lanzamiento del *Sputnik,* todos estos países han colocado en el espacio más de 2.500 satélites, sondas interplanetarias, estaciones orbitales y demás vehículos cósmicos. El llamado espacio próximo a la Tierra está sembrado en estos momentos de otros 5.000 «objetos extraños», como consecuencia de la exploración científica o de las pruebas militares.



La esposa de Aldrin durante la aventura del Apolo 11


Armstrong en Vietnam

Desde que Gagarin realizó su histórico vuelo en 1961, le han seguido en el espacio otros 110 cosmonautas o astronautas, entre los que se encuentran dos mujeres de nacionalidad soviética. Entre todos han acumulado setenta y cinco mil horas de permanencia fuera de la Tierra. El vuelo más largo, hasta finales de 1982, duró ciento ochenta y cinco días, demostrando que el hombre puede vivir y trabajar en el cosmos.

La carrera espacial ha constituido una verdadera competición de prestigio entre las dos superpotencias, con una ventaja neta por parte de Estados Unidos al haber alcanzado seis veces seguidas la Luna con naves tripuladas, un empeño que la Unión Soviética rápidamente calificó de «marginal», por su preferencia en las exploraciones no tripuladas y de carácter científico. Las pasiones de los años sesenta se calmaron en las décadas inmediatamente siguientes. En el campo de los transportes espaciales, las dos grandes potencias han decidido seguir caminos diferentes: Moscú perfecciona su sistema de estaciones orbitales y Washington ha preferido pasar a la generación superior de los transbordadores espaciales, cuyo primer vuelo experimental se realizó en abril de 1981 y el definitivo —con el nombre *Columbia*— en enero de 1983. Lo que ambas potencias contemplan es la estación orbital habitada permanentemente. Su existencia marcará el debut de la colonización del espacio por el hombre.

El viaje a la Luna en 1969 causó una revolución tecnológica y trajo una herencia de conocimientos científicos de los que todavía se escribe sin pausa, a pesar de haber desaparecido uno de los principales cerebros de toda la operación, el técnico de origen alemán Werner von Braun, uno de los grandes pioneros de la exploración espacial. Avances en ingeniería, en electrónica, en los métodos para analizar los 400 kilogramos de rocas traídos del satélite, en la medicina, en las comunicaciones, en la geología y la astronomía, además de la química y la física, se sucedieron sin pausa. La ciencia de los computadores dio un salto de gigante. Los ordenadores instalados en el *Mariner 4*, que fue a Marte en 1965, enviaban ocho unidades de información *(bits)* por segundo. Los computadores de las pruebas que se realizaron cerca de Júpiter a finales de 1969 alcanzaban ya 150.000 unidades por segundo. Las comunicaciones a través de los satélites han dado otro salto prodigioso y han revolucionado el mundo de la información, el teléfono, la televisión y la misma vida de la sociedad. Se ha descubierto que la Luna es rica en titanio, aluminio y oxígeno, lo que abre esperanzas para su futura utilización como fuente de materias primas. El entendimiento y análisis de los datos suministrados por todos los viajes y exploraciones todavía no se han completado, pero han originado un profundo debate en la comunidad científica sobre el origen de la Tierra y de la vida en el sistema solar. Todo ello está obligando a volver a escribir muchos de los antiguos libros de texto.

G. V.

Todavía es pronto para valorar las repercusiones ideológicas y filosóficas de la llegada del hombre a la Luna. Algún científico ha afirmado que la carrera espacial y la utilización de la energía atómica marcan un paso decisivo en la historia de la humanidad. Los otros grandes hitos anteriores serían la revolución agrícola (8.000 años a. C), la revolución urbana (4.000 a. C.) y la revolución industrial (1.800 d. C.), hablando desde un punto de vista tecnológico. A nivel ideológico, las tres grandes revoluciones fueron: la copernicana (1.500 d. C.), que demostró que el mundo no era el centro del cosmos; la darwiniana (1.850 d. C.), que afirmó que el hombre no era el centro del mundo, y la freudiana (1.900 d. C.), que dijo que la razón no era el centro del hombre.

Bibliografía básica

BRAUN, W. VON: *Fronteras del espacio*. 1969.
CLARKE, A. C.: *The Promise of Space*. 1968.
KENNAN, E., y HARVEY, E.: *Mission to the Moon*. 1979.
LEWIS, R.: *Appointment on the Moon*. 1969.
WILDFORD, J. N.: *We Reach the Moon*. 1969.

1969



«El mejor hombre judío»

Nacida en la Rusia de los zares, pionera del movimiento socialista y huida de la represión antisemita de la policía zarista; emigrada a Estados Unidos, seducida por las colonias judías instaladas en Palestina, fundadora del Estado de Israel suplantando al Estado de Palestina, Golda Meir es la historia del sionismo que supo rentabilizar en su beneficio el sufrimiento del pueblo judío durante la Segunda Guerra Mundial. Se trata, sin duda alguna, de uno de los mejores cerebros sionistas y de uno de los políticos más hábiles del siglo XX.

Pero Golda Meir es sobre todo un símbolo del sionismo. El más importante líder de la creación del Estado de Israel, Ben Gurión, que la conocía bien, no vaciló en calificarla como «el único hombre» de todo su gabinete; poco antes de su muerte, ya retirada totalmente de la función pública, exhortaba al primer ministro Rabin a una intervención armada contra terroristas que habían secuestrado un avión israelí en territorio ugandés, con las siguientes palabras: «No eres un hombre si no emprendes una acción militar.» Poco después, comandos israelíes rescataban a los pasajeros violando espacios aéreos y fronteras nacionales y ocasionando una espantosa carnicería en el aeropuerto de Entebe, la capital de Uganda. De ahí que los árabes la calificaran como uno de sus enemigos más inteligentes y, simultáneamente, más implacables.

Una infancia rusa

La razón de estas dos cualidades políticas residía en su biografía personal, que la había cubierto de una coraza para resistir la aspereza y la dureza de la lucha política en un conjunto de países del Tercer Mundo. Nacida en Kiev, hija de un carpintero judío, conoció bien pronto lo que era la persecución antisemita organizada por la policía zarista. En aquellos tiempos, el auge del movimiento obrero ruso, organizado por los bolcheviques, que actuaban en el mundo laboral desde finales del siglo anterior, hacía que el zarismo intentara desviar las ansias reivindica-

GOLDA MEIR

EN 1969, Golda Meir se había retirado por completo de la vida política; tenía setenta y un años, una vida agobiante, hijos y nietos, más un cáncer en la sangre que le venía carcomiendo desde hacía unos diez años. Retirada en su casa, después de haber cumplido un papel histórico en la política sionista, dedicada a la lectura y a la música, concentrada en la redacción de sus memorias, era ya una figura de museo y una especie de estatua en vida que esperaba, de un momento a otro, ser enterrada con toda clase de honores.

Sin embargo, su verdadera carrera política no se había empezado prácticamente: le aguardaban cinco años de dirección del Estado de Israel como primer ministro, una guerra del Ramadán o Yom Kippur y, como consecuencia de ella, una investigación sobre su responsabilidad en el inicial fracaso judío en esta contienda bélica. Toda una vida dedicada a la causa del sionismo finalizaba con la sangre y las lágrimas de un nuevo episodio de la interminable guerra de los cien años entre los dos pueblos semitas: árabes y judíos.

tivas de los trabajadores rusos hacia la venganza contra una raza dedicada históricamente al comercio y a la usura. Así, los *pogrom*, matanzas de judíos en sus barrios o guetos, empezaron a ser bastante frecuentes desde la más temprana edad de Golda Meir.

«Vivíamos entonces en el primer piso de una casita de Kiev, y aún puedo oír claramente cómo decían que un *pogrom* iba a caer sobre nosotros. Yo no conocía entonces, desde luego, lo que era un *pogrom*, pero en seguida supe que se trataba de algo que tenía que ver con nosotros, los judíos; y que un populacho se desparramaba por la ciudad blandiendo cuchillos y palos al grito de "asesinos de Cristo". Por si fuera poco, el gobierno zarista, en su política de relanzar este socialismo de locos que es el antisemitismo, desarrollaba una serie de decretos legislativos impidiendo la libertad de movimientos de los judíos y haciéndoles casi la vida imposible.»

Lógicamente, a medida que se incrementaba la lucha revolucionaria, la represión antijudía aumentaba; así, después de la revolución de 1905 y del Domingo Rojo de San Petersburgo, la supervivencia de la familia de Golda Meir comenzó a estar en peligro. Por si fuera poco, una de sus hermanas mayores, Shana, participaba en el movimiento socialista e incluso se reunía en casa con sus camaradas; esta combinación de sionismo y de socialismo, bastante frecuente entonces en los jóvenes políticos activos de la raza judía, era realmente explosiva. Muchos años más tarde, Golda Meir confesaba a la periodista Oriana Fallaci que el primer recuerdo de su vida era «el de mi padre, que clavaba las ventanas y puertas para impedir a los cosacos que entraran en casa y nos matasen. El ruido del martillo al introducir los clavos en los travesaños de madera, el ruido de los cascos de los caballos de los cosacos cuando avanzaban por nuestra calle...». Poco después la familia Mabovitch emigraba a la ciudad de Pinsk, donde también los cosacos «lanzaban sus caballos contra los niños judíos para divertirse, y los policías golpeaban a los hebreos socialistas por su actividad ilegal». No quedaba más que la emigración a Estados Unidos.

Su madre le decía «Golda, ¿para qué quieres dedicarte a la política siendo tan buena cocinera?» Y Golda, la joven y bonita Golda Myerson, que disfrutaba ya, tras muchas fatigas, de las delicias de una vida pequeñoburguesa en los Estados Unidos, contestaría años más tarde en sus memorias «No me bastaba la felicidad doméstica Necesitaba hacer lo que hago, por mí misma y por mi país Renunciar me hubiera parecido una vileza, ya que yo servía para hacerlo.» Siempre fue una mujer progresista, pero de orden, puritana y sencilla, de Israel —a pesar suyo— y miembro de la rama socialista y moderada del sionismo. Su padrino político fue Ben Gurión, quien le aconsejó cambiar su apellido de Myerson por el de Meir, que en hebreo quiere decir «luz que resplandece»


Golda en 1956.

Una adolescencia yanqui

Primero viajaron a Amsterdam, luego al Canadá, y de allí a Milwaukee, en el centro nordeste americano, donde el padre abandonó la carpintería y se hizo ferroviario, y la madre puso una lechería en la que la pequeña Golda despachaba, aprovechando los ratos libres para estudiar. Pasados algunos años se trasladó a Denver junto con su hermana Shana, la agitadora socialista, donde empezó a trabajar como maestra; allí conoció a un joven judío, Morris Myerson, con el que poco más tarde se casó tras regresar a Milwaukee como bibliotecaria municipal. Todo parecía ya encarrilado en la vida de esta pareja judía pequeñoburguesa en una insignificante localidad norteamericana: la biblioteca, la editorial, la sinagoga, los niños, la madurez y la vejez...

Pero alguien iba a revolucionar esta vida destinada a la mediocridad y tranquilidad placentera, después de un inicio turbulento, volviéndola a la agitación, la acción y la lucha junto con el peligro y el riesgo: Ben Gurión. Este apóstol del sionismo, fundador del Estado de Israel y su inicial primer ministro, llegó a Estados Unidos de América el mismo año que Golda Meir encarrilaba su vida por la senda del matrimonio. «Vino a América —escribiría luego Golda Meir en sus memorias— a hacer un llamamiento a los jóvenes judíos americanos para que fueran a las granjas colectivas hebreas en Palestina y a construir un Estado de trabajadores judíos.»

Ese mismo año, Inglaterra, gran potencia colonial por aquel entonces, daba rienda libre al movimiento sionista con la Declaración Balfour, que prometía la creación de un Hogar Nacional hebreo en territorio palestino; promesa que lanzaba por miles a los judíos europeos y americanos hacia esa especie de tierra prometida donde no fueran objeto de persecución y desprecio universal. La razón de esta promesa estribaba en el deseo del colonialismo inglés de contar con una carne de cañón contra el nacionalismo árabe, que ya tomaba impulso como consecuencia de la Primera Guerra Mundial y, sobre todo, de la revolución rusa de 1917, que llamaba a los pueblos colonizados a liberarse del dominio de las colonias.

El llamamiento de Ben Gurión causó efecto inmediato en Golda Meir, incluso contra la opinión de su marido, que no era partidario de emigrar a territorio palestino; Golda no vaciló en plantear un ultimátum, que terminó con la claudicación de Morris y el embarque en el puerto de Nueva York, el 23 de mayo de 1921, hacia Haifa, donde tardaron en llegar más de dos meses, a causa de un motín en plena travesía que fue resuelto en un atraque del barco en Boston.

Una juventud palestina

Nada más llegar a Palestina se instalaron en un *kibbutz,* donde por espacio de dos años estuvieron trabajando en la recogida de almendras y en el cuidado de gallinas; en 1923 se la encuentra ya en Tel Aviv y en Jerusalén dedicada a la política y al sindicalismo en el Histadrudt (Federación de Sindicatos Unidos).

Esta intensa actividad pública, que la devolvió en 1932 a Estados Unidos para hacer durante dos años propaganda del sionismo, originó una progresiva separación entre ella y su marido; Morris Myerson no había llegado nunca a adaptarse a la idea de residir en Palestina, y seguía añorando la vida americana. Así que en esta ocasión, tras veinte años de matrimonio, fue él quien planteó el ultimátum: o en América con él o en Palestina sin él. Sólo que la respuesta no fue favorable esta vez al chantaje sentimental, y Golda optó por continuar en la lucha. El año 1937 es la fecha de la separación oficial y del inicio de la plena dedicación de Golda Meir a la política.

La crisis sobrevino además en el período más importante para el movimiento judío. El nacionalismo árabe empujaba, el colonialismo inglés decaía y el resurgimiento alemán alentaba la propaganda anticolonial en los territorios ocupados por el imperialismo británico; todo un complicado panorama en el que había que realizar verdaderos encajes de bolillos y en el que una mujer como Golda Meir iba a destacar muy pronto por su enorme capacidad e inteligencia. Por un lado, había que luchar contra los ingleses, que se resistían a la creación del Estado de Israel, aunque estuviesen interesados en la manipulación antiárabe del sionismo; por otro, había que pactar con ellos contra los alemanes y su política de exterminio de la raza judía.

La Segunda Guerra Mundial va a proporcionar al sionismo su gran oportunidad: trasladar sobre las espaldas del pueblo palestino la factura de sus sufrimientos y persecuciones por parte de los nazis. La enorme inmigración de judíos que huían del holocausto aumentaba las fuerzas sociales del judaísmo, a la par que creaba un capital sentimental en beneficio de su causa dentro de la opinión pública del mundo occidental, por lo que nada más terminar la guerra mundial el sionismo se lanza en picado a combatir contra los británicos mediante el desarrollo de una efi-

Tanto como primer ministro o como cuidadora de gallinas en un kibbutz (granja colectiva), Golda Meir siempre estaba orgullosa de ser judía y de estar fundida en comunión con su pueblo. Cuando Argentina protestó por el secuestro del nazi Eichmann de su suelo, para ser juzgado en Jerusalén, Golda habló por Israel en la tribuna de la ONU y dijo una de las verdades de su firme credo: «Ningún pueblo de la edad presente ha tenido que llorar la desaparición de la tercera parte de los suyos, como nos ha ocurrido a los judíos.» Su sueño era morir tranquila en un kibbutz, cuidando de un jardín y dando clases, como en su juventud. «Allí es el único sitio donde hay paz, fraternidad y una igualdad espiritual, auténtica», escribió.



1948. El Altalena, que transportaba armas para el grupo de Beguin, atacado por orden de Ben Gurión.



Golda Meir informa sobre el incendio de la mezquita de El-Aqsa.

Cuando le ofrecieron el puesto de primer ministro ya era abuela, estaba enferma (leucemia) y casi retirada, pero aceptó. No le gustaba nada que la compararan con los grandes hombres que fundaron el Estado de Israel. Era una fumadora empedernida, impresionantemente austera y muy inteligente. Un diplomático británico escribió al Foreign Office sobre ella: «Sus apariencias engañan. Se acerca a ti como una abuelita, con las piernas llenas de varices, casi cojeando, pero cuando empieza a hablar tiene un verbo y una fuerza de convicción que antes de que uno se dé cuenta ha conseguido lo que se proponía. Tiene las ideas tan claras y es tan encantadora, que conmueve, enamora a sus interlocutores. Es una estadista de cuidado.»

caz lucha terrorista en la que una mujer como Golda Meir va a jugar un decisivo papel. Su condición femenina la salvó de ser incluida en la enorme redada de dirigentes judíos en 1946, tras la voladura de todos los puentes fronterizos palestinos, por lo que se convirtió en la coordinadora de todo un movimiento en peligro de ser dispersado por las fuerzas británicas.

Una madurez israelita

Pero la gran oportunidad política de Meir llega con la creación del Estado de Israel: nada más reconocerse, en el año 1947, por votación mayoritaria de las Naciones Unidas, se le encomendó una de las misiones más difíciles: convencer al rey Abdullah de Jordania de que no lanzara contra los judíos la Legión Arabe. Golda Meir visitó al monarca en territorio jordano en condiciones de ópera romántica: vestida de mujer árabe, de noche... Su gesto de valor no sirvió para nada, y dos días después de su disfraz empezaba la primera guerra árabe-judía. La segunda gran misión que se le encomendó tuvo, por el contrario, un gran éxito: la consecución de 50 millones de dólares de la comunidad judía norteamericana para el nuevo Estado de Israel.

Su primer cargo público en el nuevo Estado fue el de ocuparse de la recién creada embajada en la Unión Soviética; durante dos años estuvo en Moscú montando esta oficina diplomática, que luego, unos años más tarde, y como consecuencia del apoyo soviético al mundo árabe, sería cerrada. De este puesto pasó a ser ministro de Trabajo, cargo que ocupó durante siete años; después, ministro de Asuntos Exteriores y secretario general del Partido Laborista, al que representaría en todas las conferencias de la Internacional Socialista. Así hasta el año 1969, en que decidió jubilarse, pero el fallecimiento del primer ministro Levi Eskhol frustró su proyecto y la lanzó a la dirección del gobierno, a pesar de que los sondeos previos sólo le daban en el interior de su partido un 1,5 por 100 de posibilidades de suceder al político desaparecido por un ataque al corazón.

A partir de entonces y durante este intenso período de consolidación del nuevo Estado de Israel, Golda Meir fue tenaz en el objetivo de destruir la amenaza árabe sobre el sionismo; tanto en el conflicto de 1948 como en los de 1956 y 1967, la primer ministro fue un halcón que pedía y exigía la más firme dureza y contundencia frente al pueblo árabe.

De hecho sólo se vio llorar públicamente a esta mujer en el mismo momento de la creación oficial del Estado de Israel, el 14 de mayo de 1948, mientras firmaba en el documento fundacional: «Es el momento más gozoso de mi vida, sin lugar a dudas. Proclamamos en este acto el

establecimiento de un Estado judío en la tierra de Israel, el Estado de Israel.»

Una vejez amarga

Paradójicamente, fue en el instante en que alcanzaba su más alta cima política, el puesto de primer ministro, cuando le llegó a Golda Meir su hora más amarga: la guerra del Ramadán, la primera derrota del ejército judío a manos árabes. Tras el inicial empuje de sirios y egipcios, Israel aceptó el alto el fuego tras seis días de luchas ininterrumpidas; algo así como una venganza histórica de los pueblos árabes humillados en 1967 con la guerra de los seis días, tan diferentes de estos otros seis de 1973.

El conflicto provocó una gran discusión interna en el Estado judío y se abrió una investigación sobre la responsabilidad de Golda Meir en este fracaso militar del sionismo; toda la extrema derecha, encabezada por el actual primer ministro Beguin y el general Dayan, se vuelca contra ella acusándola de imprevisión, de falta de preparación, de intentar pactar con los Estados árabes. Aunque las acusaciones no desembocan en nada concreto y en la encuesta que se le abrió es declarada inocente, Golda Meir está ya «tocada». «No puedo llevar la carga más adelante; he llegado al final del camino.» Esta vez el retiro fue real hasta su muerte, en 1978, como consecuencia del cáncer en la sangre que padecía.

La polémica del Yom Kippur la hirió de lleno: «Nunca volveré a ser la misma persona de antes de la guerra»; y ello a pesar de que en su puesto no hizo sino atenerse a las consecuencias de la presión de Estados Unidos para que lograra una tregua con los árabes. Ya no volvió a añadir más líneas a sus memorias, escritas antes de dimitir de su cargo de primer ministro de un modo definitivo y tajante. De cualquier modo, era bien visible que el Estado que había contribuido a crear treinta años antes tenía una existencia tan precaria como en su gestación y dependía de un Estado protector. En su mismo testamento hay casi una queja amarga: «No quiero plegarias, no quiero monumentos, no quiero que se dé mi nombre a ninguna calle de ninguna ciudad», que va más lejos de su tradicional sencillez y austeridad para entrar de lleno en una lamentación lúcida y descarnada de su papel histórico: traspasar a otro pueblo, el palestino, los sufrimientos, las persecuciones y el terror que de niña la habían sensibilizado contra la injusticia y la opresión. Pocos judíos como ella simbolizan tan perfectamente la historia dramática del pueblo de Israel.

F. L. A.



Golda Meir en la tribuna de los oradores.

DOÑANA, PARQUE NATURAL DEL MUNDO



1969

LA idea de que la naturaleza es frágil y debe ser conservada es muy antigua. Los autores clásicos escribían ya sobre la desertización de grandes áreas del Medio Oriente: primero, umbrosos bosques; luego, desnudos pedregales. Se cuenta que algún emperador chino prohibió que fueran utilizados animales vivos para pagarle tributos, pues ciertas especies habían visto reducirse drásticamente sus efectivos por esta causa. Muchos reyes de la Edad Media, en Europa, persiguieron con severidad a los furtivos, aunque, todo hay que decirlo, más para reservar su propia caza que para proteger la fauna. Sin embargo, todo ello no impedía que la naturaleza, lenta pero inexorablemente, fuera degradándose desde el día mismo en que el hombre plantó su huella en el planeta. En la actualidad, el problema se ha vuelto casi angustioso. Una de las formas ideadas por el hombre para preservar este deterioro ha sido la creación de parques naturales. Uno de los más importantes del mundo es el de Doñana, situado en las marismas del Guadalquivir.

Miguel Delibes es biólogo y colaborador científico del Consejo Superior de Investigaciones Científicas en el Coto de Doñana.

Doñana: un paraíso para las aves.



La idea de «progreso» y desarrollo industrial sin límites, que tiene sus orígenes en la Ilustración del XVIII y el maquinismo del XIX, ha entrado definitivamente en crisis. Procesos de mero «crecimiento económico» (algunos tan desequilibrados y desordenados como el español de la década de los sesenta) se oponen totalmente al nuevo concepto de «desarrollo», armónico, equilibrado y respetuoso con el medio ambiente natural. La «calidad de vida» es algo superior a la mera elevación cuantitativa del nivel de consumo. Y cada vez son más las personas que entienden el mensaje ecologista de respeto a la vida, porque, en definitiva, «el dinero no se come» y el hombre no es más que otro eslabón de la cadena de la vida sobre la tierra.

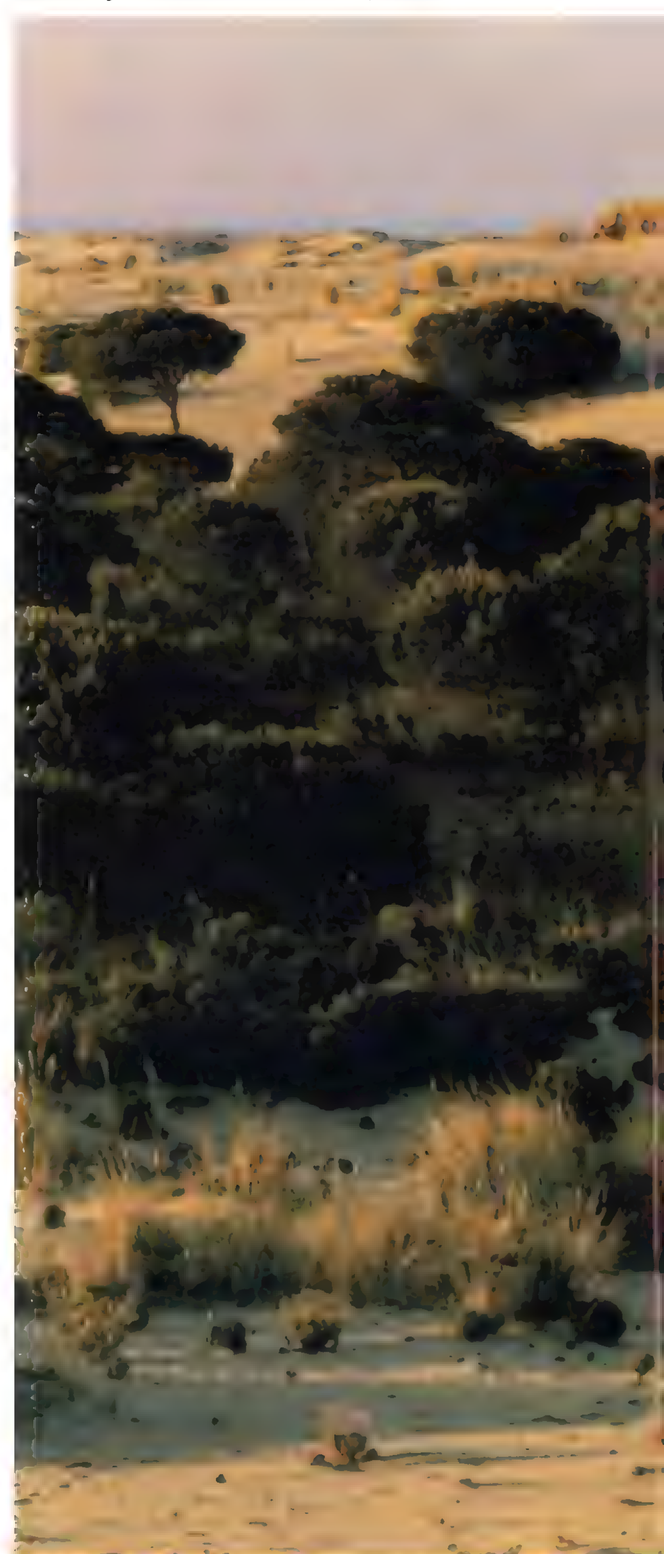
Antecedentes: la naturaleza agraviada

Los primeros pastores y agricultores neolíticos utilizaban el fuego para destruir el bosque, visto entonces como un enemigo, abriendo así espacios libres donde cultivar y apacentar el ganado. Egipcios, griegos, romanos y todos los pueblos civilizados de la antigüedad eliminaron vergeles y exterminaron especies, hasta el extremo de que muchos autores han visto en la erosión y el empobrecimiento de los recursos naturales una de las causas determinantes de la caída de los grandes imperios del pasado. Sin embargo, es durante estos últimos siglos cuando se ha observado un mayor impacto del hombre sobre la naturaleza; y ello no se debe a que la estemos saqueando mejor que nuestros antepasados, sino a que somos más numerosos y poseemos métodos más eficientes.

La Unión Internacional para la Conservación de la Naturaleza publica un boletín denominado *Black Book* que nos habla de las especies desaparecidas desde el año 1600 —36 de mamíferos y 94 de aves—. Apoyándose en el espectacular avance de la ciencia y de la metodología en nuestro siglo, ciertos científicos han intentado crear de nuevo algunas de las especies desaparecidas, en un esfuerzo vano. Este es el caso del uro, especie de toro salvaje de Eurasia, que desapareció en 1627, de los que Julio César afirmaba que «eran tan grandes como los elefantes del norte de Africa». Los hermanos Heck, de Berlín, aseguraron en 1930 haber reconstruido, a través de cruces genéticos entre ganado vacuno, al extinto uro; mas los científicos han rechazado rotundamente semejante posibilidad. Por mucho que evolucione el hombre, sus esfuerzos para revivir cualquier estirpe desaparecida serán estériles.

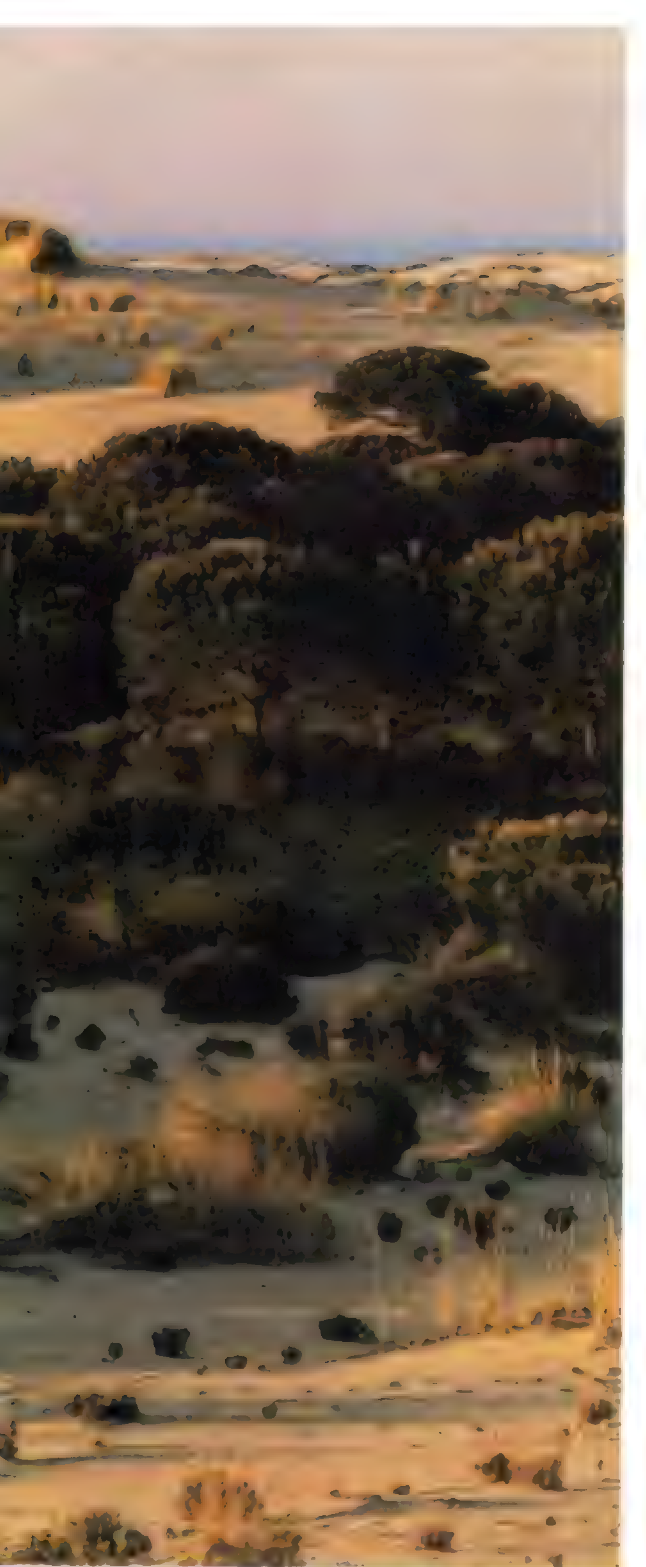
También la UICN confecciona periódicamente otra lista —el *Red Data Book*— en la que se ofrece una relación de las especies en peligro de extinción, que no son pocas. Una antigua superstición que asegura que ver un aye-aye trae mala suerte, es la causa principal de que tan sólo queden 50 ejemplares de estos pequeños simios, únicos representantes de una familia de primates, en Madagascar. Poco más numerosos son los gorilas de montaña, que viven en las regiones volcánicas de Ruanda, Uganda y Zaire. Paradójicamente, en vez de tratar de proteger a estos escasísimos animales en su medio natural, las autoridades de estos países africanos venden a los zoos europeos, a precios astronómicos, las crías de los gorilas que capturan después de abatir a los progenitores. Algunos animales, como la nutria gigante de Sudamérica y el tigre de la India, se hallan a punto de desaparecer a causa de la desorbitada cotización de su piel en los mercados internacionales.

Afortunadamente, el «progreso», causante en gran medida de estos desmanes, ha conllevado un aumento generalizado de la conciencia proteccionista de diversos países: el gobierno de la India, por ejemplo, ha prohibido la exportación de las pieles de tigre, mientras que los de Gran Bretaña y Estados Unidos no permiten su im-



portación. Las autoridades malgaches han establecido una reserva natural, en una isla desierta, para salvar los últimos aye-aye. Las vicuñas de los Andes comienzan de nuevo a desarrollarse favorablemente gracias a la creación del Parque Nacional de Pampa Galeras, en el altiplano peruano. Ejemplos de esta naturaleza son abundantes en toda la geografía del planeta; sin embargo, algunas especies se precipitan hacia su fin a pesar de los desesperados esfuerzos que se realizan para salvarlas. Son muchos los desvelos y los millones de dólares gastados por el gobierno de Estados Unidos, con un resultado francamente desalentador, para mantener a la última población de cóndores de California. Los koalas, cuya imagen es el símbolo oficial de Australia, fueron protegidos con éxito en 1927; sin embargo, las noticias más recientes nos hablan de una grave enfermedad, con carácter epidémico, que afecta a los ovarios de las hembras y les impide procrear, y que ha vuelto a colocar a la especie en una situación verdaderamente alarmante.

Ante estos datos estremecedores, nos viene a la cabeza la famosa frase referida al caballo del rey de los hunos: «Por donde pasa la humanidad no crece la hierba.»


Las dunas de Doñana.

Nacen los parques nacionales

Corría el siglo XIX. Ante el cúmulo de catástrofes que se sucedían sin freno, era lógico imaginar que algunas personas sensibles se vieran motivadas para proteger de un modo eficaz la escasa porción de naturaleza que permanecía sin alterar. Y esto sucedió por vez primera en Norteamérica, y tuvo como principales protagonistas a John Muir y a George Marsh, que reaccionaron ante la desolación que imperaba en la campiña americana tras el paso de los conquistadores europeos. En 1870 un grupo de entusiastas exploradores dedicaron mes y medio a visitar la comarca de Yellowstone, en las Montañas Rocosas, y quedaron tan maravillados ante sus riquísimos valores naturales que decidieron promover una nueva figura legal para proteger la zona. De este modo se consiguió que el 1 de marzo de 1872 se creara el primer parque nacional de América y del mundo, con el propósito, según se dice en la norma legal, de servir «como un parque público o terreno de recreo para el beneficio y el disfrute del pueblo».

La idea fue imitada en casi todo el mundo, especialmente a partir del comienzo del siglo XX, pero con frecuencia se aplicó la denominación a terrenos que distaban mucho de satisfacer los mínimos indispensables de protección. Esto llevó a la IUCN (Unión Internacional para la Conservación de la Naturaleza), organismo surgido en 1948, a dictar cinco condiciones básicas para que un parque nacional pueda ser homologado internacionalmente, a saber: amplia extensión, notable contenido, régimen eficaz de protección, creación y gestión por la más alta autoridad competente del país, y turismo autorizado. Además, como objetivos fundamentales de los parques se señalan: 1.° Oponerse a la expansión humana con objeto de conservar especies, eco-

En Doñana, símbolo de otros muchos parques naturales, no sólo están vivos sus espléndidos animales, sino que el equilibrio ecológico, fruto de millones de años de evolución, se manifiesta, por ejemplo, en el juego de avance-retroceso de las dunas y los pinares. El viento oceánico empuja la arena que, poco a poco, va engullendo «los corrales» de pinos y sabinas. Sin embargo, las semillas de estos árboles, transportadas por el viento, brotan incansables en la retaguardia de las arenas, de forma que cuando la duna ha destruido un bosquecillo, ya ha crecido otro en su «cola». El mar tampoco está quieto y va retrocediendo; antiguamente el delta del Guadalquivir era un golfo y las naves romanas llegaban hasta Lebrija, pueblo situado hoy a 34 kilómetros de la costa.

sistemas y paisajes; 2.° Lograr que los visitantes obtengan distintos beneficios (recreativo, educativo, cultural) de los resultados de la conservación; y 3.° Aprovechar la conservación para llevar a cabo estudios científicos que no puedan realizarse en otros lugares. Dará una idea del éxito de este concepto de parque nacional el hecho de que en 1972, cien años después del nacimiento del primero de ellos, existieran en el mundo nada menos que 1.200 parques homologados.

España se incorpora a las corrientes conservacionistas

Los parques nacionales se establecieron al principio en grandes países poco poblados, como Estados Unidos, Canadá, Sudáfrica y Australia. En Europa, el primer parque nacional merecedor de tal nombre fue probablemente el Schweizerischer National Park, creado en 1914, pero muy pronto se unieron al mismo los parques españoles, ya que España fue pionera en esta materia. Por iniciativa personal de don Pedro Pidal y Bernaldo de Quirós, marqués de Villaviciosa de Asturias, fue aprobada por el Senado la ley de Parques Nacionales el 7 de diciembre de 1916, que formalmente estuvo en vigor hasta 1957, año en que fue derogada por la ley de Montes. Basados en la ley de 1916, que se proponía, entre otras cosas, evitar en las áreas protegidas «con la mayor eficacia todo acto de destrucción, deterioro o desfiguración por la mano del hombre», fueron creados en 1918 los parques de Covadonga, en Asturias, y Ordesa, en los Pirineos.

Ahora bien, si España fue adelantada en la creación de parques nacionales, de justicia es resaltar que muy pronto se dejó sobrepasar por otros países, ya que entre 1918 y 1954 no hubo ni una sola nueva declaración. Y ello, naturalmente, no fue por falta de espacios naturales merecedores de tal distinción. Cuando en 1954 se declararon los parques del Teide y la Caldera de Taburiente, ambos en el archipiélago canario, ya había comenzado en Doñana la aventura de José Antonio Valverde.

España se ha incorporado definitivamente, al menos en el plano teórico y legislativo, a la protección del medio ambiente. La Constitución democrática de 1978 recoge en su artículo 45 la defensa de los recursos naturales. El rey Juan Carlos I, en su discurso a la Comisión Interministerial del Medio Ambiente, con motivo de la celebración del Día Mundial del Medio Ambiente, el 5 de junio de 1980, dijo: «Todo español que se afane en cuidar, proteger, ensanchar y engrandecer la frontera del hombre contará siempre con el estímulo y la gratitud de la Corona...» «Resulta ya ineludible un código internacional del medio ambiente... para dominar a ese quinto jinete del Apocalipsis en que lleva camino de convertirse el desarrollismo incontrolado.»



El meloncillo en Doñana.

Un cazadero redescubierto por la ciencia

Doñana fue citada por primera vez, bajo el nombre de Las Rocinas, en las crónicas de Alfonso X el Sabio, que tras la reconquista del reino de Niebla en 1262 estableció allí su cazadero real. Después, siempre por su condición de zona privilegiada de caza, estas tierras fueron visitadas por hombres y mujeres ilustres, como Guzmán el Bueno, Alfonso XI, Felipe IV, Quevedo, Felipe V, Goya, Eugenia de Montijo, Alfonso XIII, etcétera. Pero no fue sino hasta bien entrado el siglo XIX cuando se reconoció al Coto su interés científico.

En 1854, don Antonio Machado, naturalista, abuelo de los poetas Antonio y Manuel, publicó su *Catálogo de las aves observadas en algunas provincias de Andalucía*, primera obra zoológica en la que se mencionaban extensamente el Coto de Doñana y las marismas del Guadalquivir, y se señalaba de modo indirecto su carácter de refugio para una serie de especies que difícilmente podían ser observadas en otros lugares. Once años después, seguramente atraído por el artículo de Machado, visitó la zona lord Lilford, quien publicó luego un corto trabajo en *Ibis*, prestigiosa revista ornitológica con gran difusión internacional. A partir de entonces muchos y muy famosos científicos extranjeros —Brehm, Dresser, Witherby, Jourdain, Verner, Swan...— viajaron al delta del Guadalquivir, donde obtuvieron material y realizaron observaciones para sus trabajos de investigación. Corría, pues, el siglo XX, Doñana ya era famoso, al menos entre los ornitólogos, pero en España no sólo no se hacía nada por conservar aquella comarca privilegiada, sino que se planificaba la desecación integral de la marisma y su transformación en campos de cultivo.

Estimulado por las antiguas crónicas y las publicaciones de los extranjeros, Francisco Bernis, primer ornitólogo moderno español y fundador de la Sociedad Española de Ornitología, ideó una excursión científica al Coto de Doñana, que pondría en práctica en 1952 llevando como preparador al vallisoletano José Antonio Valverde. El propio Valverde ha contado en una entrevista la impresión que le causó aquella primera visita:



En Doñana aún hay águilas imperiales

El águila imperial (Aquila heliaca), *y en especial la subespecie española que puebla Doñana, es el tesoro más importante del parque. Con una talla de 79-84 centímetros, un peso de 2,5-3,5 kilogramos y una envergadura que puede superar los dos metros de punta a punta de sus alas, es una gran cazadora de conejos, patos, reptiles y pequeños mamíferos. Suele poner tres huevos, de los que sobreviven dos polluelos. Al igual que otras rapaces, situadas al final de la cadena alimentaria, sufre muchísimo los efectos de la contaminación, calculándose que ya quedan menos de 100 parejas en todo el mundo. Si no se protegen, sólo podrá verse su bella y fiera estampa en los billetes y sellos de correos.*

«Realmente inenarrable. Era la primera vez que veía especies que hasta entonces sólo conocía por libros, y que entraba en contacto con la gran fauna: venados, gamos, linces, jabalíes, etc. Hubo dos días de los que conservaré un recuerdo imborrable: cuando nos asomamos, montados en uno de los barquitos que llaman cajones, al lucio de Vetalengua, bordeado de bayunco y castañuela y lleno de gallaretas y lavancos, y la mañana en que llegamos a la colonia de garzas imperiales que entonces criaba en el carrizal del Hondón. Ibamos a caballo en un mundo irreal, entre dunas y marismas, y cuando llegamos a las altas cañas un chorro de garzas saltó volando y gritando, dejando los lugares con sus huevos azules en las plataformas de carrizo. Todo era nuevo y salvaje. Creo que aquel día me asomé por primera vez a la Naturaleza con mayúscula. Sólo en el Sáhara, años después, volvería a tener una impresión semejante.»

Y es que Doñana realmente impresiona, pues se conjugan allí una serie de circunstancias afortunadas que hacen de la región un auténtico paraíso natural.

Patrimonio del mundo

Simplificando mucho las cosas, podríamos distinguir en Doñana una zona de barros, inundable todos los años, denominada de las marismas, y una zona de arenas, que si cerca del mar se mueven, formando las famosas dunas vivas o móviles, pronto asientan y sostienen un denso matorral, con alcornoques, pinos y sabinas dispersos.

La marisma, muy productiva desde el final del invierno hasta el comienzo del verano, mientras hay sol y está inundada, alimenta una altísima densidad y diversidad de invertebrados, peces, anfibios, reptiles y, sobre todo, aves. Se trata de fochas, pollas de agua, cigüeñuelas, avocetas, archibebes, flamencos, pagazas, charranes, patos colorados, patos reales, garzas y muchas otras especies, que hacen de este medio en primavera, como decía Valverde, un mundo irreal, mágico, de tan lleno de vida. La marisma seca en verano apenas es más que un desierto pajonal por el que corretean las liebres, pero en otoño, con las primeras lluvias, se tornan asequibles las semillas que quedaron apresadas por el fango endurecido bajo el sol, y también los rizomas de la castañuela, una planta marismeña que debe su nombre, precisamente, al aspecto de pequeña castaña de estos productos subterráneos. Semillas y rizomas son muy apetecidos, de forma que auténticas legiones de patos reales, silbones, cucharas, rabudos, carcetas, porrones, etcétera, huyendo del hielo y la nieve del norte de Europa, plantan sus reales en la marisma. Sin olvidar, claro, a los más de 70.000 ánsares o



Todo va unido en el proceso de la vida, y la garza imperial de la fotografía no podría subsistir sin las marismas. La ecología es la ciencia que se ocupa de las relaciones entre los seres vivos, de las que existen entre éstos y los lugares donde habitan y las repercusiones que tiene en todo el conjunto la modificación de alguno de los elementos o factores implicados en el maravilloso y complejísimo proceso de la vida. Y hay que aprender a conservar la naturaleza para poder sobrevivir.

gansos salvajes, el 80 por 100, al menos, de los que pueblan Europa continental, que se reúnen en estas marismas para comer casi exclusivamente castañuela y regresar gordos a sus áreas de cría, allá por el mes de febrero.

El monte o matorral de Doñana, crecido sobre las arenas estabilizadas, no difiere mucho, en lo que respecta a su fauna, de lo que debió de ser muchos siglos atrás gran parte de la península Ibérica, es decir, la sometida a un clima mediterráneo. Abundan allí ciervos y jabalíes, no son raros los meloncillos o mangostas y las águilas culebreras, y, sobre todo, aún puede uno topar cualquier día con alguno de los últimos linces ibéricos, o sorprender los gritos y acrobacias aéreas de una de las últimas parejas de águilas imperiales.

Si Doñana desapareciera, si se transformara irreversiblemente, el mundo iba a perder con seguridad varias especies de animales y plantas, y la fauna europea, en particular, iba a verse afectada muy negativamente. Por eso se ha señalado muchas veces que la conservación de las marismas del Guadalquivir y su entorno debe ser, como ha sido y seguirá siendo, una empresa supranacional, pues Doñana es patrimonio del mundo. Por eso, también, al preguntársele a Valverde que cuándo había surgido en él la idea de crear una reserva o parque nacional en la zona, contestó: «Nada más volver de aquel paraíso que era Doñana. Y por primera vez tomó forma en 1953.»

Batallas por Doñana

Si Doñana se ha conservado casi intacta durante siglos ha sido más por las dificultades que suponía transformarla que por falta de voluntad para hacerlo. Uno de los problemas mayores, por ejemplo, fue el paludismo, que antes o después afectaba a todos los que de un modo permanente trataban de establecerse en la marisma. No por otra razón escribía Alfonso XI de esta tierra que era «muy dolenciosa», y siglos después el inglés Richard Ford podía decir que «en sus pantanos campa perpetuamente por sus respetos la fiebre». No obstante, mediado nuestro siglo, el paludismo fue, afortunadamente, erradicado, y los medios técnicos disponibles eran ya suficientes para domeñar la salvaje y resistente marisma. Entonces, para salvarla, hubo que poner toda la carne en el asador.

Desde el principio, Valverde había comprendido que la importancia de Doñana trascendía España para ser, como mínimo, un asunto europeo. Por eso asistió a congresos internacionales, participó en mesas redondas, presentó proyectos de la IUCN, acompañó a renombrados científicos (como Huxley, Mountfort, Peterson, etc.) a visitar estas tierras, siempre postulando la necesidad de una cooperación internacional que garantizara su conservación. Por eso, cuando algunos organismos oficiales, amparándose en la ley de Aguas, trataron de hacer suya la marisma para transformarla, el ambiente en el exterior era muy favorable para el intento de Valverde —ya entonces en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC)— de comprar una parte de estos terrenos y organizar desde allí la defensa del conjunto.

Ahora bien, no había fondos y sobraba prisa. No se podía esperar. Entonces, Valverde, estimulado por el suizo Luc Hoffmann, que donó de forma anónima medio millón de pesetas, inició una colecta internacional para comprar la finca de *Las Nuevas,* obteniendo un éxito sorprendente. Consiguió personalmente casi tres millones de pesetas, y la IUCN y la IUBS (Unión Internacional de Ciencias Biológicas) ofrecieron ocho millones más al ministro de Educación de entonces, Ibáñez Martín. Pero en el momento

en que *Las Nuevas* iba a pasar a ser reserva, sus propietarios recibieron una oferta mejor, a la que los conservacionistas, después de sus esfuerzos, no pudieron llegar.

Se produjo entonces una situación nueva. Había dinero, pero no había tierras que comprar. Para administrar estos y otros fondos que en el futuro pudieran recabarse con fines parecidos se formó en 1961 el WWF (World Wildlife Fund; Fondo Mundial para la Naturaleza), que, integrado en aquellos tiempos por asesores de Valverde en el tema Doñana, estableció su sede en Morges (Suiza) y quedó constituido como una asociación benéfica internacional, exenta del pago de impuestos. Todo indica, por tanto, que, en contra de lo que suele leerse, no fue Doñana el primer proyecto del WWF, sino que éste surgió en gran medida gracias al impulso que Doñana había generado.

Con el WWF en marcha, presidido por el príncipe Bernardo de Holanda, pudo reunirse más dinero y se planeó la compra de otros terrenos del delta ajenos a *Las Nuevas*. Tras laboriosas gestiones (Valverde ha contado cómo él escribía las cartas que Franco enviaba al príncipe Bernardo, pero también las que el príncipe enviaba a Franco), en diciembre de 1963 fueron adquiridas 6.700 hectáreas para destinarlas a reserva.

«El compromiso final —escribió Valverde— fue que para la compra de Doñana y organización de la Estación se aportaran 22 millones por el WWF —de ellos 11 eran «trasplantados» del proyecto de *Las Nuevas*— y 18 millones por el CSIC. La finca sería propiedad del CSIC, y por tanto patrimonio nacional. Se organizaría un comité internacional consultivo con representación de ambas partes, y todos los gastos de sostenimiento, etc., correrían a cargo del Consejo.»

Un año después, en diciembre de 1964, la propiedad era, a todos los efectos, del CSIC, quien creó allí las llamadas Reserva y Estación Biológica de Doñana, de las que Valverde fue nombrado director.

En 1969 el WWF, en esta ocasión a través de su sección española, ADENA, compró por más de 25 millones de pesetas 3.200 hectáreas de marisma, cuya propiedad debía ser transferida al CSIC y que pasaron a constituir la Reserva de Guadiamar. En agosto de ese mismo año, por iniciativa personal del jefe del Estado, Francisco Franco, el Consejo de Ministros aprobó la creación del Parque Nacional de Doñana, mediante un decreto que aparecería publicado el 27 de octubre de 1969.

El Parque, tal como fue constituido entonces, abarcaba no sólo las 10.000 hectáreas de reservas, sino 25.000 hectáreas más, repartidas entre las provincias de Huelva y Sevilla. Sin embargo, dejaba fuera casi toda la extensión de playas y varias zonas fundamentales de la marisma. Valverde, en su calidad de director de la Estación Biológica, fue nombrado conservador.

ALGUNAS DE LAS ESPECIES EXTINTAS EN LOS ÚLTIMOS SIGLOS

ESPECIE	LUGAR Y AÑO DE EXTINCION	
Moa	*Nueva Zelanda*	*Sobre 1600*
Uro	*Europa Septentrional*	*1627*
Dodo	*Isla Mauricio*	*1680*
Dugong de Steller	*Mar de Bering*	*1776*
Emú	*Isla de los Canguros*	*1803*
Paloma azul	*Isla Mauricio*	*1826*
Alca gigante	*Océano Artico*	*1844*
Búho reidor	*Nueva Zelanda*	*1868*
Pato del Labrador	*Península del Labrador*	*1875*
Tarpán	*Sur de Rusia*	*1879*
Caracara	*Isla Guadalupe*	*1900*
Paloma migratoria	*Norteamérica*	*1914*
Tarro moñudo	*Corea*	*1916*
Pollo de los brezos	*Costa Este de EE.UU.*	*1932*
Tortuga gigante	*Isla Pinta*	*1964*

Una nueva ley en un nuevo contexto

El decreto de creación del Parque Nacional adolecía de graves defectos, empezando por los propios límites trazados, y ello se puso de manifiesto muy pronto. En 1971 fue declarado de interés nacional el proyecto agrícola «Almonte-Marismas», cuyo objetivo era transformar para poner en regadío una extensa zona limítrofe con

Además de su nacionalidad, los hombres tienen una patria común: el planeta Tierra, cuyas dos terceras partes están compuestas de agua, origen de la vida. En mayo de 1968, el Consejo de Europa aprobó la «Carta Europea de Agua», de la que resumimos uno de sus apartados: «Sin agua no hay vida posible. Es un bien precioso, indispensable a toda actividad humana. Constituye un patrimonio común cuyo valor debe ser reconocido por todos. Tenemos la obligación de utilizarla con cuidado y no desperdiciarla. Alterar la calidad del agua es perjudicar la vida del hombre y de los otros seres...»



Flamenco común.



El Machu Picchu, otro de los grandes parques naturales del mundo.

el Parque, lo que podía afectar gravemente a éste. En otro de los límites crecía implacable la urbanización de Matalascañas, con su secuela de perros cimarrones, basuras, riesgos de fuego y atentados estéticos. Al socaire de la urbanización, además, se promovía una fuerte campaña para conseguir una carretera costera Cádiz-Huelva que aislaría al Parque del mar. Los riesgos eran muchos, por lo que había que movilizarse de nuevo.

Pero, comenzada la década de los setenta, las cosas no eran ni remotamente parecidas a como las vivió Valverde veinte años antes. La conservación de la naturaleza se había convertido en ese lapso en una preocupación fundamental de todos los gobiernos, hasta el extremo de que muchos de ellos contaban con ministerios para el medio ambiente. Del mismo modo, la opinión pública se había sensibilizado ante estos problemas, por lo que era fácil conseguir espacio en los medios de comunicación para exponer tesis conservacionistas. Por todas partes, por fin, y también en España, florecían grupos ecologistas, los llamados «verdes», que optaban decididamente, cargados de argumentos, por un mundo distinto. En adelante las luchas por Doñana ya nunca volverían a ser luchas en solitario, de uno o unos pocos hombres clarividentes. Había cambiado el signo de los tiempos.

No puede extrañar por eso que tras multitud de discusiones en la recientemente creada CIMA (Comisión Interministerial de Medio Ambiente), donde se reunían, entre otros, representantes de la Administración del Estado con ecologistas, investigadores y otras fuerzas sociales interesadas, se llegara a consensuar una ley para el Parque Nacional de Doñana que después sería aprobada en el Parlamento español con el voto favorable de todos los grupos políticos, lo que constituyó una sonada excepción. Esta ley fue publicada en el *Boletín Oficial del Estado* el 28 de diciembre de 1978, día de los Santos Inocentes. Mediante ella se ampliaban sustancialmente los límites del Parque, se creaba la figura del Preparque, o zona periférica de protección, y se prohibía *de facto* el trazado de carreteras importantes por el interior del área protegida. El futuro de Doñana, al menos sobre el papel, quedaba así garantizado.

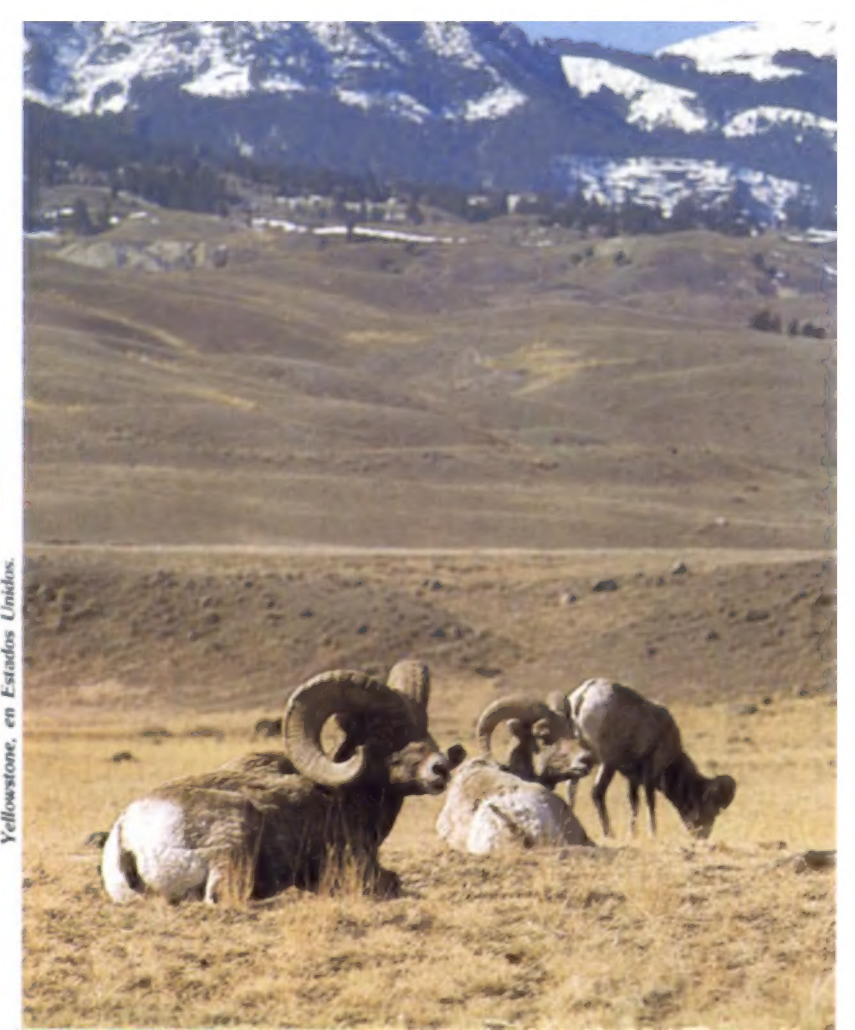
Mas sería erróneo desprender de todo lo antedicho que con la concienciación pública la conservación de la naturaleza ha dejado de ser un problema. Por el contrario, lo es y cada día más grave, pues el poder transformador del hombre no ha cesado de incrementarse. Pero también es cierto que defender el derecho a existir de las flores y los pájaros ya no es un asunto de visionarios, e interesa cada día a más gente en todos los países. Para mucha de esa gente, en España, en Europa y en el mundo, el Coto de Doñana, las marismas del Guadalquivir, han sido desde hace treinta años una bandera, un símbolo, una representación viva de los valores que hay que preservar. Y digo un símbolo porque hoy ya no se trata tanto de salvaguardar este o aquel rincón de singular belleza, esta o aquella especie, cuanto de conservar el equilibrio natural, la última armonía que le queda a nuestro planeta, pues existe la conciencia clara de que lo que está en juego es nuestra propia supervivencia. Por eso, si Doñana se perdiera, pensamos, no sólo el patrimonio mundial sería más pobre, sino que todos nosotros nos habríamos aproximado un poquito más al abismo.

M. D.

ALGUNAS DE LAS ESPECIES AMENAZADAS EN LA ACTUALIDAD

Ballena azul	(Océano Antártico)
Tigre de la India	(Indonesia)
Lobo marsupial	(Tasmania)
Cóndor de California	(EE.UU. y México)
Aguila monera	(Filipinas)
Bisonte europeo	(Europa Septentrional)
Gorila de montaña	(Africa)
Grulla blanca	(Norteamérica)
Aye-aye	(Madagascar)
Orix	(Arabia)
Nutria gigante	(Amazonas)
Manatí	(Sudamérica)
Foca monje	(Mediterráneo)
Paloma rabiche	(Canarias)
Aguila imperial	(Sur de España)

En 1855 se firmó un tratado entre el gobierno de Washington y el gran jefe indio Seattle, que dice en su mensaje al presidente norteamericano: «Somos parte de la tierra y, asimismo, ella es parte de nosotros. Las flores perfumadas son nuestras hermanas; el venado, el caballo, la gran águila; éstos son nuestros hermanos... Sabemos que el hombre blanco no comprende nuestro modo de vida. Yo soy un piel roja y un salvaje, y nada entiendo de lo suyo. Esto sabemos: la tierra no pertenece al hombre; el hombre pertenece a la tierra. Esto sabemos: todo va enlazado..., todo lo que le ocurra a la tierra le ocurrirá a los hijos de la tierra. El hombre no tejió la trama de la vida: él es sólo un hilo. Lo que hace con la trama se lo hace a sí mismo... También los blancos se extinguirán..., contaminan sus lechos y una noche perecerán ahogados en sus propios residuos... Termina la vida y empieza la supervivencia.»



Yellowstone, en Estados Unidos.

CRONOLOGIA

Política internacional

Mao elige a Lin Piao como su adjunto y sucesor.
De Gaulle se somete voluntariamente a un referéndum nacional de confianza del pueblo francés. Sale derrotado y dimite. Le sucede Georges Pompidou.
Los nigerianos toman Umuahia, capital provisional de Biafra.
Husak reemplaza a Dubcěk como primer secretario del partido comunista checo.
Enfrentamientos entre católicos y protestantes en Irlanda del Norte. Inglaterra envía tropas.
Disturbios en los territorios ocupados por Israel en la guerra de los seis días al cumplirse el décimo aniversario.
El ejército proclama la república en Libia aprovechando la ausencia del emir Idriss.
Nixon anuncia la primera retirada de soldados estadounidenses de Vietnam.
Golda Meir es nombrada primer ministro de Israel.
Willy Brandt es elegido canciller de Alemania federal.
Grecia se retira del Consejo de Europa.
Se firma el Pacto Andino entre Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia y Chile.
Franco designa a Juan Carlos de Borbón su sucesor a título de rey.
Ayub Khan dimite como presidente de Pakistán. Le sucede Yahya Khan, que aplica la ley marcial.
Mueren Dwight Eisenhower, el ex rey Saud de Arabia, Joseph Kasavubu, ex presidente del Congo-Kinshasa; el general Barrientos, presidente de Bolivia; Moise Tshombé y Ho Chi Minh.

Sociedad

Pablo VI denuncia, en su viaje a Uganda, el neocolonialismo.
Ratificación del Tratado de No Proliferación de Armas Nucleares entre Moscú y Washington. Washington renuncia a las armas bacteriológicas y a no ser el primero en la utilización del gas tóxico.
Bernadette Devlin, de veintiún años, diputada por el Ulster, causa estupor en Londres por su primer discurso en el Parlamento, en el que acusa a la policía de comportarse salvajemente en Irlanda del Norte.
Premio Nobel de la Paz a la Organización Internacional del Trabajo.

Economía

En Bruselas se llega a un acuerdo sobre los precios agrícolas europeos.
Después de veinte meses, el oro vuelve a encontrar su validez oficial en el mercado europeo.
Por primera vez se conceden los premios Nobel de Economía. Los galardonados son Jan Tinbergen y Ragnar Frisch.
Estalla en España el escándalo financiero de la empresa de telares Matesa.

Ciencia y tecnología

Los americanos llegan a la Luna. Neil Armstrong, Ed-



Bob Fosse: **Noches en la ciudad.**



Retrato de Ho Chi Minh en una manifestación en París.

win Aldrin y Michael Collins posan su nave en el Mar de la Tranquilidad el 20 de julio. Armstrong será el primero en pisar el satélite. El 24 de julio el Apolo 11 *amerizó en el Pacífico.*

Descubrimiento de pinturas rupestres en Ribadesella (Asturias).

Un óvulo humano es fertilizado en una probeta.

La estructura de la gammaglobulina, molécula clave de la inmunidad, es descifrada por el profesor Gerald M. Edelman, de la universidad Rockefeller.

Primer vuelo del avión supersónico anglo-francés Concorde.

Se distribuye por todo el mundo la vacuna contra la rubéola.



Ada o el ardor, de Vladimir Nabokov.

Sucesos

Jan Palach, estudiante checo, se prende fuego como protesta por la ocupación de tropas soviéticas en su país. Morirá a los pocos días.

Escándalo en Estados Unidos por el accidente sufrido por el senador Edward Kennedy en Chappaquiddick, en el que su coche cae al agua y muere ahogada su secretaria Mary Jo Kopechne.

La mezquita El Aqsa, en Jerusalén, es incendiada por un australiano. Se origina una violenta reacción por parte de los árabes.

El embajador de Estados Unidos en Río de Janeiro es secuestrado por un comando revolucionario. Será canjeado por prisioneros políticos.





Ted Kennedy



Funeral de Eisenhower.

Deportes

Angel Nieto se proclama campeón del mundo de motociclismo en 50 centímetros cúbicos.
Se celebran los Campeonatos Europeos de Atletismo en Atenas.
Eddy Merckx es descalificado en el Giro de Italia bajo la acusación de haber tomado estimulantes.
Catherine Lacoste, campeona de golf en Inglaterra, Estados Unidos y Francia.
Muere de cáncer la campeona de tenis Maureen Connolly.

Literatura

Samuel Beckett: premio Nobel.
Jorge Semprún: La segunda muerte de Ramón Mercader.
Félicien Marceau: Creezy.
Manuel Puig: Boquitas pintadas.
Vladimir Nabokov: Ada o el ardor.
Mueren Karl Jaspers y Rómulo Gallegos.

Cine

Bob Fosse: Noches en la ciudad.
Claude Chabrol: La mujer infiel.
William Wyler: Funny Girl.
Pier Paolo Passolini: Teorema.
Costa Gavras: Z.
Peter Yates: Bullitt.
Luis Buñuel: La vía láctea.
Eric Rohmer: Ma nuit chez Mand.
John Schlesinger: Cowboy de medianoche.
Federico Fellini: Satyricon.
Oscars de Hollywood a Maggie Smith por The prime of Miss Jean Brodie *y a John Wayne por* Valor de ley.
Mueren Joseph von Sternberg, Sharon Tate, Robert Taylor, Judy Garland, y Boris Karloff.

Teatro

Fernando Arrabal: El jardín de las delicias.
Peter Barnes: The Ruling Class.
Mueren Margarita Xirgu y Lola Membrives.

Música

Joaquín Rodrigo: Cantos de amor y de guerra.
Olivier Messiaen: La Transfiguración.

Pintura y escultura

Niki de Saint Phalle: Nana negra.
Alexander Liberman: Path.
Muere el pintor Vázquez Díaz.

Arquitectura

Kallmann, McKinnell y Knowles: Ayuntamiento de Boston *(Estados Unidos).*